

Manuel de Faria y Sousa

**EPÍTOME
DE LAS HISTORIAS
PORTUGUESAS**

CLÁSICOS DE HISTORIA 568

MANUEL DE FARIA Y SOUSA

**EPÍTOME DE LAS HISTORIAS
PORTUGUESAS**

*Epítome de las Historias Portvgvesas.
Primero i Segundo Tomo. Divididos en quatro Partes.*
Por Francifco Martínez, a cofta de Pedro Coello, Mercader de Libros
Madrid 1628
https://archive.org/details/bub_gb_pF3RTvLl018C/mode/2up

*Epítome de las Historias Portvgvesas.
Adornado de los retratos de fus Reyes con fus principales hazañas.*
Francisco Foppens, Impreffor y Mercader de libros
Bruselas 1677
<https://www.cervantesvirtual.com/obra/epitome-de-las-historias-portuguesas--dividido-en-quatro-partes/>

ÍNDICE

PRELIMINARES

Dedicatoria.....	8
Dedicatoria del segundo tomo.....	9
Prólogo al lector.....	9
Los autores de cuenta portugueses.....	11
Tabla de las cosas capitales de esta primera y segunda parte.....	11
Aprobaciones originales.....	14
Nuevas Aprobaciones.....	14

PARTE PRIMERA

Prólogo.....	15
I. Desde el año 2174 hasta el de 1553 antes del Nacimiento de Cristo, que fueron 767 después del Diluvio.....	15
Algunas memorias de las cosas del mundo por los años pasados.....	22
II. Desde el año 1553 en que tuvo su principio el nombre de Lusitania, hasta el de 1079 antes del nacimiento de Cristo.....	22
Algunas memorias de las cosas del mundo por estos años.....	27
III. Desde el año 1079 hasta el de 508 antes del nacimiento de Cristo.....	27
Algunas memorias de las cosas del mundo por estos años.....	31
IV. Dan principio los africanos a la conquista de Lusitania, desde el año 508 hasta el de 211 antes del nacimiento de Cristo.....	31
Algunas cosas notables del mundo por estos años.....	39
V. Desde el año 222 hasta el de 200 antes del nacimiento de Cristo.....	40
VI. Dan principio los romanos a la conquista de Lusitania desde el año 200 hasta el de 143 antes del nacimiento de Cristo.....	43
Memorias de algunas cosas notables del mundo.....	49
VII. Desde el año 145 hasta el de 133 antes del nacimiento de Cristo.....	50
VIII. Desde el año 133 hasta el de 80 antes del Nacimiento de Cristo.....	59
Memorias del mundo más notables.....	61
IX. Desde el año 80 hasta el de 59 antes del nacimiento de Cristo.....	62
Algunas memorias del mundo.....	69
X. Desde el año 59 hasta el de 43 antes del Nacimiento de Cristo. Hechos de Julio César entre portugueses, y los de ellos contra él.....	70
XI. Desde el año 43 hasta el 41 antes del Nacimiento de Cristo.....	75
XII. Sucesos de cuarenta años antes del Nacimiento de Cristo.....	78
Advertencias.....	82
Memorias del mundo por estos años.....	82

PARTE SEGUNDA

Prólogo.....	83
I. Desde el año primero del Nacimiento de Cristo hasta el de 271.....	83
Algunas memorias del mundo por estos años.....	91
II. Desde el año 271 al de 435 del Nacimiento de Cristo.....	92
Algunas noticias de las cosas del mundo por este tiempo.....	96
III. Desde el año 412 hasta el de 448. Entrada de los godos en España.....	97
Memorias del mundo por esos años.....	102
IV. Desde el año 448 hasta el de 560.....	102
Algunas memorias del mundo por estos años.....	107
V. Desde el año 560 hasta el de 672.....	107
Algunas memorias del mundo por estos años pasados.....	114
VI. Desde el año 672 hasta el de 712.....	115
Sucesiones de los pontífices por estos años.....	119
VII. Desde el año 712 hasta el de 813. Entran los moros en España.....	119
Memorias de lo más notable del mundo por esos años.....	125
VIII. Desde el año 815 hasta el de 999. Casos admirables.....	125
Sucesión de los pontífices.....	133
IX. Desde el año 982 hasta el 1072.....	133
Algunas noticias de las cosas del mundo.....	139

[INTERMEDIO]

Prólogo.....	140
Discurso a que dieran motivo las inclinaciones de estos reyes, y la diferencia de los tiempos en que vivieron.....	140

PARTE TERCERA

Prólogo.....	145
I. Henrique conde de Portugal (1072-1112).....	145
Sus hijos y de la condesa.....	149
Las primeras armas del reino con título de condado.....	149
Algunas memorias del mundo.....	149
II. Don Alonso I. (1094-1185).....	150
Los hijos legítimos.....	156
No legítimos.....	156
Títulos y oficios.....	156
Armas del reino.....	157
[Personajes ilustres].....	157
Algunas memorias del mundo.....	157
III. Don Sancho I (1154-1212).....	158
Los legítimos.....	160
No legítimos.....	161

Títulos.....	161
Armas del reino.....	161
[Personajes ilustres].....	161
Algunas memorias del mundo.....	162
IV. Alonso II (1185-1133).....	162
Los hijos legítimos.....	164
No legítimo.....	165
[Personajes ilustres].....	165
Algunas memorias del mundo.....	165
V. Sancho II (1207-1246).....	165
[Personajes ilustres].....	168
Algunas memorias del mundo.....	168
VI. Alonso III (1210-1279).....	168
Los hijos legítimos.....	171
No legítimos.....	171
Armas del reino.....	171
[Personajes ilustres].....	171
Algunas memorias del mundo.....	172
VII. Don Dionis (1261-1325).....	173
Los hijos legítimos.....	177
No legítimos.....	177
Títulos y oficios.....	177
Algunas memorias del mundo.....	177
VIII. Don Alonso IV (1290-1357).....	178
Sus hijos legítimos.....	181
Armas del reino.....	181
Algunas memorias del mundo.....	182
IX. Don Pedro (1320-1367).....	182
Sus hijos legítimos y de Dona Constanza.....	185
Y de Doña Inés de Castro.....	185
Ilegítimo.....	186
Títulos que dio.....	186
X. Don Fernando (1340-1383).....	186
Sus hijos legítimos.....	191
Ilegítima.....	191
Títulos que dio.....	191
XI. Don Juan I (1357-1439).....	192
Sus hijos legítimos.....	200
No legítimos.....	201
Títulos que dio.....	201
Armas del reino.....	202
[Personajes destacados] en armas.....	202

Descubrimientos.....	202
XII. Don Duarte (1401-1438).....	203
Sus hijos legítimos.....	205
Memorias del mundo desde el tiempo del rey Don Pedro.....	206
XIII. Don Alonso V (1432-1481).....	206
Sus hijos legítimos, y no tuvo otros.....	212
Títulos que dio.....	212
Descubrimientos.....	213
Cosas del mundo.....	213
XIV. Don Juan II (1455-1495).....	214
Su hijo legítimo.....	219
No legítimo.....	219
Títulos que dio.....	219
Armas del reino.....	219
Personas insignes, y descubrimientos.....	220
Memorias extrañas.....	220
XV. Don Manuel (1469-1521).....	221
Hijos legítimos (y no tuvo otros).....	227
Títulos que dio.....	228
[Otros personajes destacados].....	229
Memorias del mundo.....	229
XVI. Don Juan III (1502-1557).....	229
Sus hijos.....	231
No legítimos.....	232
Títulos que dio.....	232
[Otros personajes destacados].....	232
En el mundo.....	233
XVII. Don Sebastián (1554-1578).....	233
Títulos que dio.....	241
De lo mas notable general.....	241
XVIII. Don Enrique (1512-1580).....	241
Títulos que dio.....	246

PARTE CUARTA

Prólogo.....	247
I. Don Felipe I (1527-1598) Desde el año 1580.....	247
Hijos.....	254
Títulos que dio.....	254
[Del mundo.].....	255
II. Don Felipe II (1578-1621).....	255
Sus hijos.....	257
Títulos que dio.....	257

[Del mundo].....	257
III. Don Felipe III (1605) Su reinado hasta 1628.....	258
Los hijos.....	263
Títulos que dio.....	263
Algunas memorias del mundo, viviendo los tres reyes antecedentes.....	263
IV. En que tiene su principio una breve descripción del Reino de Portugal.....	264
De la antigua Lusitania, y sus primeras poblaciones y habitantes.....	264
V. Lo que es ahora el reino de Portugal.....	266
Región primera: Entre Duero y Miño.....	267
Segunda región: Trasmontes.....	268
Tercera región: Beira.....	268
Cuarta región: Extremadura.....	269
Quinta región: Alentejo.....	269
Sexta región: Algarve.....	270
[Lugar en las Cortes].....	270
VI. De la antigüedad de este Reino, y del origen de sus nombres, Lusitania, Portugal, Suevia y otros.....	272
VII. De las conquistas de este Reino.....	274
VIII. Del título de este Reino y de sus conquistas.....	277
El portugués al castellano.....	279
El castellano al portugués.....	279
IX. De los montes y fortalezas del Reino.....	280
X. De las aguas.....	281
XI. De los frutos y minerales.....	282
XII. De las Religiones, Órdenes Militares y Santos.....	285
XIII. Dignidades eclesiásticas y seglares.....	287
Oficios Titulares.....	289
XIV. De la Nobleza del Reino.....	290
XV. Tribunales y Consejos Superiores.....	295
XVI. De lo que poblaron y alcanzaron Lusitanos fuera de la patria.....	297
XVII. Algunas de las cosas prodigiosas de este Reino.....	299
XVIII. De los escritores portugueses.....	300

ILUSTRACIONES

Galería de los reyes de Portugal.....	307
---------------------------------------	-----

PRELIMINARES

DEDICATORIA

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON MANUEL DE MOURA CORTE-REAL,
MARQUÉS DE CASTEL-RODRIGO, CONDE DE LUMIARES,
COMENDADOR MAYOR DE LA DE LA ORDEN DE CRISTO, CAPITÁN Y
GOBERNADOR DE LAS ISLAS TERCERAS, SAN JORGE, FAYA Y PICO,
GRANDE DE ESPAÑA, GENTILHOMBRE DE LA CÁMARA DE SU
MAJESTAD, DE SU CONSEJO DE ESTADO, Y VEEDOR DE SU HACIENDA.

Doy gracias a mi elección, pues me vino a conceder lo que más deseaba, que era llegar a escribir dedicatorias sin lisonjas (por no decir mentiras) porque V. E. no tiene necesidad de ellas; y cuando la tuviera, le falta totalmente paciencia para sufrirlas, como faltó a Alejandro para las de Aristóbulo. Tampoco he de decir en ella a V. E. quién sean sus ascendientes, porque ello sirve solo para los que no saben lo que son, o para los que quieren que les digan que son más de lo que ellos mismos saben. Los estudios de V. E. afrentara yo, si ahora me detuviera a referir aquí los progresos de su familia clarísima continuada desde seiscientos años de padres a hijos sucesivamente dilatados. La mucha mano que tuvieron con sus príncipes, los lugares grandes que dignamente ocuparon así en la paz como en la guerra. Menos lo haré del alto punto de valor y gobierno de su excelentísimo padre de V. E. porque demás de lo dicho, y que yo no oso tanto, sería impropio usurpar a la Fama un asunto en que se ocupa ha tantos años, pues ella no celebra reyes portugueses sin que con ellos envuelva notorios ascendientes de V. E. hasta que llegando al mayor colmo, siendo Don Felipe el II el primer rey de toda esta Monarquía después de la pérdida de España, los capaces hombres del marqués, que está en el cielo, fueron aquellos a quien se vino a fiar tan grave peso. De donde no solamente ha de considerar, que con tanta estimación fue privado de su príncipe, sino que lo fue de Don Felipe el Prudente, el ejemplo y el arte de reyes verdaderos; y que no sólo era electo suyo, antes deseado de sus reinos, porque tales sujetos no los dan las edades sino muy despacio, y muy por tasa. Bien, pues, con razón no pocas veces descansaba este vigilante Monarca en su cuidado, como en los papeles de su mano lo confiesa porque podía decir como Felipe Macedónico, despertando de un sueño prolijo, *que se había atrevido a dormir más un poco, porque velaba Antipatro*. También para asegurar al mundo lo que en V. E. se atesora, no necesitando de revolver cenizas para descubrir resplandores, arrojárame a decirlo, si la modestia con que se ilustra no fuera reverente obstáculo a mi pluma, que consagra a V. E. con el amor de la patria esta imagen de sus memorias, en cuanto a V. E. inclinan las edades venideras (ellas darán cumplimiento a esta profecía) muchos mármoles y bronces, escritos y figurado, y el Cielo promete dilatarle los días con el mayor número de los mortales: que a quien entre ellos goza singularidad en las obras, no es grande exceso que se le desee en los años.

Madrid 10 de julio de 1628.

Manuel de Faria y Sousa.

DEDICATORIA DEL SEGUNDO TOMO

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON MANUEL DE MOURA CORTE-REAL,
MARQUÉS DE CASTEL-RODRIGO, CONDE DE LUMIARES,
COMENDADOR MAYOR DE LA DE LA ORDEN DE CRISTO, CAPITÁN Y
GOBERNADOR DE LAS ISLAS TERCERAS, SAN JORGE, FAYA Y PICO,
GRANDE DE ESPAÑA, GENTILHOMBRE DE LA CÁMARA DE SU
MAJESTAD, DE SU CONSEJO DE ESTADO, Y VEEDOR DE SU HACIENDA.

El primer tomo de este Epítome dediqué yo al nombre de V. E., y no estimando menos el segundo, fuera injusto buscarle padrino de menos estimación. Lo que V. E. hace de todos estudios virtuosos me hizo alentar (envidioso de ellos) para ofrecerle algunos; poco ofrezco, mas nadie me negará el acierto de saberlo ofrecer. Algunas memorias hallará V. E. de sus mayores; y es sin duda que, temiendo lo que conozco de su natural deje de decir mucho, porque dedicándoselas no pareciese la verdad escrupulosa. Estuve para perder la honra de no presentar a V. E. este papel, a trueque de no perder el lance de no agradar a los que leen, con referirles particularidades excelentes. Pero impórtame más que me vean ellos mirado de V. E., y que tiene el mundo un príncipe que alabando a todos huye perpetuamente de alabanzas. ¿Mas cómo sin darle las mayores podemos decir que no las quiere? Guarde Dios a V. E. dilatados años.

Madrid 10 de julio de 1628.

Manuel de Faria y Sousa.

PRÓLOGO AL LECTOR

Acordáronse tan tarde los escritores portugueses de poner en memoria las hazañas de sus naturales héroes, que peligraron irreparablemente muchas y grandes en el naufragio del olvido. Y de los que se escribieron se tiene tan poca noticia, ya porque no se han impreso algunas, ya porque las más de ellas están en portugués (lengua que por su grandeza y majestad se tiene dificultado a las demás naciones) que, si no es entre los naturales viene a correr lo escrito casi la misma fortuna que lo olvidado.

Unos y otros se han mostrado diligentes, hallando cada cual novedades con que ilustrar sus trabajos, porque tan imposible es que un ingenio solo lo halle todo, como que todo sea novedad en alguno. Con este presupuesto me llevo tras sí la grandeza de este cuidado: reduciendo a tan pequeño papel tantas historias un poco diferente de los pasados, porque algunos fueron tan breves, que quedaron en restitución a la memoria; otros tan dilatados en la brevedad, que también se hicieron deudores por su camino. Porque es temeridad en el fértil campo de tantos hechos exceder de dos géneros de escritura: o hacer muchos libros donde se vea todo, o de todos una cifra donde, como en imagen, se considere más de lo que se mira. Si bien en ambos estilos la multitud confunde la elección, y empobrece la elocuencia. Menos procuré mostrarla, que mostrarme diligente en esta suerte de escritura. Mas imitando a los que más felicidad tuvieron en ella, tomé licencia para alentar un poco el estilo. No me pasó por el pensamiento imitar a aquellos que dejando la Historia se divierten en juicios, para los cuales es menester un juicio de Dios porque vuelto en un prolijo sermón el juicio, si hay paciencia que lo deje leer, no hay memoria de lo que quedaba leído de la narración que en rigor es solamente lo que toca al historiador.

Tan excelente como se sabe lo fue Josefo, y en él no se halla palabra que exceda de una relación constante de sucesos. Tito Livio y Salustio, que son los otros maestros, siendo llevados de la copia, no se divierten con ella del asunto.

Paréceles a los modernos, que imitan a Cornelio Tácito, que sembró de aforismos políticos sus historias, sin considerar que lo hizo de manera que apenas con la política deja el caso; y con toda esta industria, más que de historiador, tiene fama de político; lo uno y lo otro es con ingenio y con razón: historiador, porque no deja de serlo; político, porque lo pudo ser. No como oí, que en la Historia vemos a algunos tener pláticas en bocas de hombres, que apenas les concedió lengua su nacimiento y su oficio, ofrecer políticas y restauraciones de Imperios a otros que apenas supieron entenderse con la pequeñez de sus rincones. Así me parece que imitan algunos historiadores a Tácito, como poetas a Don Luis de Góngora.

Yo seguiré un camino, no tan apretado como el de Josefo, ni tan licencioso como el de muchos modernos. Hallaráse la Historia señora del estilo: y este procuraré que sea fácil y abierto, llano y lleno. Si lo consigo, daré lo que conviene, si no mostraré que lo conozco.

Es este Tomo dividido en cuatro Partes: la primera contiene lo que obraron nuestros lusitanos desde que tuvieron el nombre hasta el Nacimiento de Cristo. La segunda desde este año hasta el primer rey de Portugal. La tercera será hasta el último natural suyo. La cuarta, desde la unión de esta Corona a la de Castilla, con una breve Descripción del reino.

Algunos me aconsejaban que tratase de traducir de tomo en tomo las Crónicas portuguesas: mas verdaderamente el traducir (y más de portugués en castellano) arguye mayor deseo de ser autor, que ingenio para serlo. Demás que no hay traducción que no sea afrenta del traducido. Este es estilo mío, que cuando no satisfaga a los lectores, me deja a mí satisfecho con la gloria de haberme aplicado, y con la cortesía de no meter la mano en lo ajeno, de que ni el mismo sol sale con crédito, porque cuando sale, de todas las cosas que tienen cuerpo hace sombra, y toda sombra es traducción de su cuerpo; pero la más perfecta, no más de un borrón, que mal distinto pudiera ser bien excusado.

Largo campo me ofrecía el haber hecho memoria del origen de muchas familias, casas, títulos y oficios de este reino, para salir a correrlo, y preguntarles lo que querían que más se dijese de ellos, después de haberlos bien sazonado con adulaciones, a imitación de muchos discípulos modernos de Paulo Jovio, que por España hizo un pedido a sus príncipes para el papel y tinta que quería gastar en sus historias; y como ellos no las quisieron sospechosas, volviéndose con afrentas contra los mismos a quien convidaba con alabanzas, se vino a hacer historiador de los turcos. Mal lograda elegancia y grandeza de sujeto, que yo no se lo niego. Mas como esto es estilo ajeno de la gravedad histórica, aunque propia industria de la codicia, yo bien que no sea conocido por la primera, como consecutivamente no lo soy de la segunda, fácilmente me darán los mismos señores licencia para haber dicho el origen de sus casas, no como adulador, cuando me nieguen que sea como historiador en este Breviario de las cosas más memorables de mi Patria. Su crédito y honor solamente ha motivado esta ponderación, para que los que aquí hallaren alabanzas, se aseguren que son dictadas por la verdad, no vendidas por la lisonja; si aquella no mereciere premio, yo de ésta no lo quiero.

En estas primeras dos Partes sigo a fray Bernardo de Brito¹ en las que escribió de la Historia general del reino, después de haberlas conferido con los autores que cita y con otros, quito y añado adonde me pareció que lo debía hacer. Fácilmente dirán muchos que se opusieron a sus escritos, contra los nuestros. De toda suerte de apología me ha librado doctísimamente el doctor fray Bernardino de Silva respondiendo a unas censuras que contra fray Bernardo compuso antes la envidia que el celo. Diré solamente dos cosas, una que la mayor culpa que se da a fray Bernardo es alegar con Laimundo, escritor portugués hallado en la Librería de Alcobaça, que quieren sea apócrifo e inventado por fray Bernardo: está contra esto, que primero que el escribiese ya había alegado con él un varón docto, grave y lleno de virtud. Otra, que fray Bernardo de Brito, doctor en

1 El historiador fray Bernardo de Brito (1569-1617) escribió, entre otras muchas obras, la influyente *Monarchia Lusytana*, un tanto al modo de la *Crónica* de Florián de Ocampo, luego proseguida con mejor criterio por [Ambrosio de Morales](#). Aceptó muchas tradiciones antiguas, y también otras modernas, por ejemplo de Annio de Viterbo. (Nota del editor digital.)

Teología, cronista de su religión de San Bernardo y del reino, fue versado grandemente en toda suerte de Historias, el hombre más diligente para escribirlas que conoció España; apenas en toda ella le quedó lugar o ruina que no viese; en Portugal ni monte ni valle que no midiese a palmos, archivos o piedras que no revolviese, dando noticia a los propios portugueses de sí propios. Quien tuviese deseo de escribir sin fundamentos no tenía para que fatigarse de esta suerte. Volviéronle algunas afrentas por esta gloria. Escribió aquellas primeras dos partes que llama *Monarquía lusitana* dignas de toda estimación, la *Crónica de San Bernardo*, historia de las eclesiásticas la más bien escrita que tiene España. En portugués no tenemos alguna con estilo sino las suyas: las otras son unas relaciones definidas, y algunas peor. No le salto a fray Bernardo sino haber nacido en Roma siglos antes, que no le excediera Tito Livio en ser venerado.

Nacer en Portugal para esto es desventura. Ingenio portugués bien lo pueden procurar todos, mas alabanzas portuguesas nadie las procure. Edificaba el gran Alonso de Albuquerque en la India una fortaleza, y mandó esculpir en una piedra de ella los nombres de algunos que habían con más valor ganado la ciudad. Unos se quejaban que los pusieron postreros, otros que no los ponían; hizo el capitán famoso volver la piedra, y de la otra parte esculpir estas letras: LAPIDEM QUEM REPROBAVERUNT ÆDIFICANTES. Todos quieren ser alabados, y que ninguno lo sea. Yo no escribo en la Patria, ni para ella. Sé que necesitan de esto los extraños; si de esta manera, por ventura, puedo librarme de los propios naturales.

LOS AUTORES DE CUENTA PORTUGUESES

que hasta este año de 1628 escribieron particularmente de los reyes de Portugal son:

Fernán López, que escribió sus Crónicas desde el primero hasta Don Alonso V, en cuyo tiempo murió; perdiéronse sus obras.

Gomeseanes de Azurara, la toma de Ceuta por el rey Don Juan el I; no anda impresa.

Duarte Galván en tiempo del rey Don Manuel escribió la Crónica de Don Alonso Enríquez primer rey; no anda impresa. En las Crónicas desde Don Sancho I hasta Don Duarte se entiende que hay pedazos de las de Fernán López, porque metieron la mano en ellas diferentes autores, como Fernán Novais, Rui de Pinama; aunque por suyas se cuentan las de Don Juan el I, Don Duarte, Don Alonso V y Don Juan el II; ninguna impresa.

Damián de Goes en tiempo de Don Juan III, la Crónica de Don Manuel, impresa dos veces.

García de Resende la de Don Juan II, que se imprimió cuatro veces.

El obispo Don Gerónimo Osorio la de Don Manuel en latín; imprimióse muchas veces.

Fray Joseph Teixeira, Duarte Núñez de León, Pedro de Mariz y Fray Bernardo de Brito escribieron casi en un tiempo Elogios de todos los reyes en tiempo de Felipe primero.

Duarte Núñez de León recopiló las Crónicas de los reyes hasta Don Fernando, que se imprimieron, y no las de Don Juan I, Don Duarte, y Don Alonso V, que también recopiló.

Francisco de Andrade la Crónica del rey Don Juan III, en tiempo de Felipe II.

Últimamente el Padre Antonio de Vasconcelos en latín unos Elogios de todos los reyes.

TABLA DE LAS COSAS CAPITALES DE ESTA PRIMERA Y SEGUNDA PARTE

De la primera, que es hasta el nacimiento de Cristo.

I. La venida de Túbal y Noé a España, memorias suyas en este reino, y de los reyes que tuvo hasta que fue llamado Lusitania; principios de algunas de sus poblaciones, con entradas de varias gentes, y sus costumbres.

II. El origen del nombre de Lusitania, y después del de Portugal; los reyes que tuvo particulares y naturales: Luso, Sículo, Lisias, Górgoris. capitanes y gobernadores en muchos años que no quisieron reyes los lusitanos, expediciones suyas por varias partes del mundo; venida de Homero y Ulises a Portugal, y de otras naciones varias: ruinas de unos lugares, y erección de otros.

III. Prodigiosa crianza del rey Habidis, y otros sucesos grandes, de que resultó salir mucha gente de Portugal, y entrar en él extrañas; sus poblaciones, sus costumbres y su religión. Guerras que tuvieron en la Patria y fuera de ella; entrada de los judíos en España, y por dónde: hazañas de Baucio Capeto, capitán lusitano contra los fenicios.

IV. Entrada de los africanos en Lusitania, el dominio que tuvieron en ella, sacrificios notables, transmigraciones de familias particulares, sus estilos en la Paz y en la Guerra, sus empresas militares, domésticas y remotas; valor de sus mujeres; navegaciones de africanos por nuestros mares; templos levantados a diferentes ídolos; flotas nuevas de gente nueva en puertos lusitanos, sus poblaciones; nacimiento de Aníbal en Lusitania.

V. Las acciones de Aníbal primeras entre lusitanos y con ellos en Italia; su Confederación para estas guerras con Viriato rey lusitano; las hazañas de este rey: calamidades y ruinas; principio de los romanos en la conquista de España, en particular de Lusitania: ejércitos grandes, capitanes famosos, batallas y hechos extremados.

VI. El fin que tuvo el dominio de los africanos en Lusitania, los progresos de los romanos, sus capitanes y sus hechos, y los de lusitanos contra ellos, muchos y maravillosos; memorias curiosas, sangrientos estragos: valor de Apimano, de Cesarón, de Cancheno, insignes capitanes lusitanos, sus victorias en África; traición con que mató muchos el cónsul Sergio Galba.

VII. Estupendas hazañas del capitán Viriato lusitano contra Roma, los ejércitos que degolló, el aprieto en que puso todo su poder, y la infamia con que capitanes suyos le hicieron matar, su muerte y suntuoso entierro; hechos excelentes de mujeres lusitanas, y otras memorias ilustres de la Patria.

VIII. Lo que, muerto Viriato, hizo el cónsul Junio Bruto con los portugueses: vagan algunos de ellos, y son fundadores de poblaciones grandes: ruinas de algunas en Lusitania, principios de otras, siendo victoriosas o vencidas.

IX. Nuevos movimientos de lusitanos contra Roma, capitaneados por Sertorio, capitán romano; sus costumbres, sus industrias, su valor, sus victorias ilustres que tuvo de Metelo y de Pompeyo. Batallas grandes entre varia gente: maravillosos hechos de fidelidad y valor lusitano: traición con que fue muerto Sertorio, su entierro y epitafio.

X. Hechos de los lusitanos contra Julio César; y otros capitanes fuera de la Patria: casos raros.

XI. Hazañas de lusitanos contra César en favor de los dos Pompeyos Noyo y Sexto, hermanos hijos del gran Pompeyo: excelentes sucesos de fineza en lealtad y valentía; lastimosa muerte de Noyo: entrada de César en Lisboa.

XII. Prosigue Sexto contra Roma en Portugal: César con nuevas victorias; extraños acontecimientos en armas de varones y mujeres lusitanos: ruinas, muertes. Estado de las cosas de Portugal al tiempo del nacimiento de Cristo.

*De la Segunda parte. Que es desde el nacimiento de Cristo
hasta el conde Don Enrique, tronco de los reyes de Portugal.*

I. Memorias de algunos emperadores en Portugal: sus presidios, sus ciudades y lugares insignes. Discípulos del apóstol Santiago en este reino; venida a él de Herodes. lusitanos famosos en diferentes artes. Vida y muerte admirable de santos naturales; algunas hazañas de portugueses en

la Patria y fuera de ella, fábricas y edificios grandes; noticias de algunos pueblos y sus comarcas y otras memorias.

II. Martirio de nueve hermanas portuguesas ilustres por ocasión de sus propios padres; prodigioso el de Quiteria; de san Vicente y sus hermanas; la maravillosa invención del sagrado cuerpo de santa Eufemia. Vida y patria del papa san Dámaso, y otros santos.

III. Entran los godos, alanos y suevos, vándalos, burgundiones y silingos. Naciones septentrionales, en España; competencias y muertes sobre el imperio; varios conflictos de guerra en Lusitania; celébranse concilios; toman los lusitanos el nombre de suevos que tuvieron largo tiempo y el de Suevia Lusitania; poseída de aquella nación, de que tuvo reyes naturales que sustentaron guerras porfiadas con los confinantes.

IV. Envidias, traiciones, motines en vasallos y en validos; peregrinan las armas lusitanas, y en varias provincias ganan varias victorias: fenece la sangre real de los suevos en Portugal: celébranse concilios, danse batallas; vuelven a elegir rey los lusitanos, y suceden cismas en la elección, y a ellas, guerras, muertes y miserias. La falsa doctrina de Arrio se difunde por el reino, júntanse concilios contra ella; milagro espantoso en el Valle de de Osela; suceden godos en la corona lusitana a los suevos.

V. Respira la religión católica; la corte real en Braga estaba ahora; extraño milagro obrado en Francia a devoción de embajadores lusitanos. San Martín griego viene a Portugal, y por que causa; gracioso y grande milagro suyo. Concilios que se juntaron contra la escuela Arriana. Al príncipe Hermenegildo martiriza su padre, después de haberle perseguido en Portugal adonde se había retirado de su ira. Casos notables por la ambición de reinar: perseguida la Fe Católica, mostrábanse constantes los lusitanos. Edificios del reino. Concilios, guerras, vida y muerte y sepulcro admirable de santa Irene.

VI. Wamba portugués electo rey de España, su valor, sus hechos, su religión; castiga una rebelión grande y peligrosa; matale un bárbaro codicioso de reino con veneno; los reyes sucesores celebran muchos concilios; el rey Witiza puso su corte en la ciudad de Braga, y fue con sus maldades el precursor de la ruina de España.

VII. La pérdida de España; invasión de los moros, ejecutando barbaridades; peregrinación, penitencia, muerte y entierro del rey Don Rodrigo en Portugal: invención de reliquias e imagen milagrosa que había llevado; restauración de España, estado de la religión, miserias y calamidades: el tributo de las cien doncellas que en Lusitania se pagaba, y como dejó de pagarse. Guerras, batallas y ruinas; cómo se castigaban los adúlteros.

VIII. Ganan los reyes cristianos muchas tierras con grande estrago de los moros; hechos admirables; prodigioso milagro de la resurrección de muchos muertos. Batalla y victoria insigne. Juan Abad capitán y religioso clarísimo. Martirios diferentes; consagración de la Iglesia mayor de Sevilla; obispos desterrados; lugares de Lusitania rendidos y reparados; notables sucesos del rey Don Ramiro; rebeliones y desafíos. Guerras domésticas; cautiverio de personas y vírgenes santas; invención de imagen milagrosa; vida, muerte y sepulcros de santos.

IX. Prosiguen guerras de moros y cristianos, y de estos entre sí propios; valor y hazañas del conde portugués Don Froila Vermuiz; conquistas en Portugal por el rey Don Fernando; hechos grandes de dos hermanos, insignes capitanes lusitanos; escalamientos y ruinas de plazas importantes; restauración de otras. España se divide en tres reinos: el de Lusitania queda a Don García, que fue despojado de él por su hermano Don Sancho; maravillas en armas de Don Rodrigo Froyaz y sus hermanos; venida a España de Don Enrique, fundamento y origen de los reyes de Portugal.

APROBACIONES ORIGINALES

MUY PODEROSO SEÑOR,

Por mandado de V. E. he visto el *Epítome de los señores reyes de Portugal*, escrito por Manuel de Faria y Sousa con gran erudición, estilo, curiosidad, y con muchas cosas dignas de la memoria ínclita de aquellos reyes, dignos de toda inmortalidad. Puede V. A. dar la licencia que pide para que se imprima. Madrid, septiembre 3 de 1626.

Maestro Gil González Dávila.

Fue aprobado por orden del Vicario general de Madrid el doctor Don Juan de Mendieta por el propio maestro Gil González Dávila, Cronista de su Majestad, a 25 de agosto del año de 1626, y dada licencia el mismo día por el dicho Vicario por ante Juan Francisco de Haro Notario.

SUMA DEL PRIVILEGIO

Tiene Manuel de Faria y Sousa privilegio por diez años, para que él o la persona que eligiere pueda imprimir este libro intitulado *Epítome de las historias portuguesas*, y no otra alguna, so las penas en él contenidas. Pasó en el oficio de Lázaro de Ríos, secretario del rey nuestro señor y su escribano de cámara, a quince días del mes de septiembre de mil y seiscientos y veinte y seis años.

NUEVAS APROBACIONES

Podese imprimir, Lisboa 2 de mayo de 1672.

Fr. Bispo de Martyria.

Que se possa imprimir vistas as licenças do S. Oficio, & después de empresso tornará à Mesa, pera se teixar, & sem isso não correrá. Lisboa 19 da Janeiro de 1672.

Monteiro. Magalhães de Meneses. Lemos. Miranda. Carneiro.

SUMA DEL PRIVILEGIO

Carlos II rey católico de las Españas y de las Indias, y señor potentísimo de los Países Bajos, permitió a Francisco Foppens imprimir un libro intitulado *Epítome de las historias portuguesas*, escrito por Manuel de Faria y Sousa; y defendió a cualesquieres impresores imprimir el dicho Epítome, o venderlos de otra impresión que del dicho Foppens, en estos sus Estados, por el tiempo de nueve años, so las penas contenidas en la Carta del Privilegio, dada en Bruselas 7 marzo 1677. Firmada

Loyens

PARTE PRIMERA

PRÓLOGO

El pueblo lusitano desde que tuvo este nombre, hasta la juventud del rey Don Sebastián (distancia de más de tres mil años) tanto obró en la paz y en la guerra, que si con ellos se confiere la multitud de sus hechos, totalmente quedan aquellos (aunque no son pocos) excedidos de estos, que son casi innumerables, pareciendo no de una sola mano, mas de muchas varias; penetrando por tantos trabajos y peligros, que para darle un nombre eterno y glorioso parece que compitieron la Virtud y la Fortuna. Temerario intento, querer reducir tanta grandeza a la cortedad de este papel. Si no es que así como en la descripción del Orbe, sus maravillas más dilatadas se miran en cifras y sombras breves, podré persuadir con palabras sucintas y elegancia pequeña acciones heroicas, hazañas memorables de una gente que en sus principios fue terror del mayor Imperio, y después constituyó el suyo en los remates del mundo con publica admiración de los mortales. Veránse cosas no menudas, antes todas capaces y llenas para Historia: ilustrarse una nación con sus armas, y hacer ilustres otras con seguirlas; guerras prolongadas y sangrientas, intestinas y remotas; una propia sangre pelear contra sí propia; contumacias insignes en asedios, insidias y asechanzas; resoluciones horrendas en hambreados, en sedientos, en afligidos; con desolaciones declinar unas ciudades y familias; con nuevos principios crecer otras; vencimientos y muertes, caídas y exaltación de reyes, príncipes y capitanes, de ejércitos, legiones y catervas; competencias y emulaciones y ardimientos de industria, y valor y corazón; apagar y establecer Monarquías y señoríos; en una tierra cautivas y pisadas gentes e insignias extrañas; despojos de batallas y naciones debeladas; carros poblados de armas rompidas, y trofeos honoríficos; plaustros llenos de trabucos y tormentas militares; competir una bandera en correr otro tanto como el Sol; conflictos navales y terrestres; diferentes imágenes de Marte; victorias y triunfos; colmos y resultas de sudores virtuosos; sucesos que parecieran fábulas, sino los calificaran o alegres, o tristes monumentos. Para que creamos que los hubo, trabaja la fe de la tradición de los Anales, y es menos siempre lo que debemos a la memoria de lo que nos debe el olvido. Será pues, si no el estilo, digna de alabanza la materia. Más de mil y quinientos años eran antes del Nacimiento de Cristo, cuando empezó el nombre de Lusitania; bien que ya sin él tenían sus habitantes dignamente conseguido muchos aplausos de la Fama. Por eso servirá de Proemio a su gloria y a nuestro Breviario lo que pasó desde la entrada de Túbal en esta provincia, hasta que con propio nombre fue más conocida y admirada.

I.

DESDE EL AÑO 2174 HASTA EL DE 1553 ANTES DEL NACIMIENTO DE CRISTO, QUE FUERON 767 DESPUÉS DEL DILUVIO.

Castigado el mundo con la inundación universal de las aguas, serenado el Cielo, restituidos a su armonía los elementos, descansó sobre las puntas de Ararat (sierra notable en las de Armenia) el

Arca, en que tantos días por olas temerosas se había fatigado la esperanza de la propagación humana. Salió de ella Noé, ofreció holocausto a Dios, obligándole a mayores favores y beneficios. Asegurado de ellos bajó de aquella cumbre a la llanura de un campo, a que llamo Miriadan, porque estaba hecho una balsa de cadáveres, un espectáculo formidable de la vanidad de los hombres. Allí fundó la ciudad Saga Albina, ilustre diseño de las que tuvo después el mundo, que vino a dividir en tres partes, por hallarse ya con multiplicación de gente bastante para poblarlas. La Asia le tocó a Sem, a Cam el África, y la Europa a Jafet. En Saga Albina dejó a su hija Araxa, y pasó a la provincia de Italia. Fue la despedida después que Nembrot puso por obra la soberbia de su pensamiento en la torre de Babilonia, impedida por Dios con la división de las lenguas (2174).

A España trajo la hebrea (con que se entendió largos siglos) Túbal, hijo quinto de Jafet, que navegando el mar Mediterráneo, tocó el Estrecho de Gibraltar y el Promontorio Sacro, hasta que surgiendo en la parte más occidental de Europa, convidado del apacible sitio y sereno cielo que gozan los moradores de la villa de Setúbal, a la lengua del mar y de Tajo, la hizo población primera de nuestra España; nombre que con poca corrupción conserva el de Cetubala, que significa Ayuntamiento de Túbal.

Pasaba esto en los años 1800 de la Creación del mundo, ciento y cincuenta después del Diluvio: 2170 antes del Nacimiento de Cristo. Hacía más de ciento que Túbal moderaba las riendas al gobierno de estas provincias, cuando les dio leyes escritas, y ordenó ceremonias divinas para que entre sí viviesen rectos y políticos, y en el conspecto de Dios reverentes y agradecidos. A España pasó Noé en estos años (2055), deseoso de ver, antes del fin de sus días, los progresos de la sucesión de sus nietos; última y colmada gloria de la vejez. Admirando pues nuestro segundo Padre la población de Setúbal, de edificios, si no suntuosos no vanos; la traza y el gobierno, todo lo imitó en algunos lugares de Vizcaya, cuya memoria no toca a nuestro cuidado. Dio la vuelta diligente a Italia, obligado de las insolencias de Cam, que con la ausencia del padre se envolvía en ellas más vicioso.

Quedó Túbal prosiguiendo en el gobierno de su gente con aplauso común de ella: habitaba su primer asiento y descanso lo mejor del tiempo; mas ahora visitando los que ya repastaban sus ganados por los campos y riberas abundantes de Entre Tajo y Guadiana, y penetraban los senos de la provincia del Algarbe, vino a enfermar de manera, que rindió el espíritu, a los ciento y cincuenta y cinco años de su reinado, en que vio y tuvo sesenta y cinco mil personas descendientes de sus tres hijos. Fue sepultado (2009) en la última parte de la tierra con grande sentimiento de los poseedores de España: motivo de que por largas edades se conservase la memoria de su sepulcro, venerado de ellas con afectuosas demostraciones de dolor y de respeto, no atreviéndose a pisar la tierra del monte que le guardaba, como santa en opinión de todos. De aquí le resultó el nombre de Promontorio Sacro, poseído hasta los tiempos del primer rey de Portugal don Alonso Enríquez, que mandó se llamase Cabo de San Vicente. De suerte que fue sitio este destinado a gloriosos renombres, como depósito y erario de singulares despojos de tesoros inestimables. Sagrado por el cuerpo de Túbal, memorable autor de las poblaciones urbanas de España; santo por haber sido monumento de nuestro mártir Vicente, ilustre apoyo del templo Militante.

En tanto que la competencia, ambición y malicia estaban forjando armas, inquietud y miserias, se lograba en nuestra Lusitania un provechoso silencio, una conformidad divina: el ejercicio era el descanso, porque el trabajo era gustoso; entre pensamientos con medida, como aquellos que sólo paraban en guiar rebaños de varios animales, y aplicarse a alguna cultura, sacando de ellos y de ella el vestido y el sustento: que si la delicia no se hubiera introducido, siempre la naturaleza con esto se hallara contenta. A Túbal sucedió en el gobierno de España su hijo Ibero, de quien tomó nombre el río Ebro, y España Iberia; fue inventor de la pesca. reino treinta y siete años, y de ellos poco entre los portugueses. El padre Mariana acompañando opiniones escrupulosas, no quiere que hubiese tal rey, ni los que se siguen hasta Gerión, con pretexto de la verdad, y siente que hubo este con los mismos autores que sienten que hubo aquellos, y las otras verdades suyas, mejor

encarecidas que ejecutadas: que no hay escritor por más presumido de ellas, que no se aproveche del que tiene por mentiroso en lo que con su opinión quiere que se tenga por verdadera; y más adonde al tomar de la pluma no se depone el odio, o el amor, que antes de tomarla se tiene a los sujetos de quien se escribe: porque aquel siempre ha sido autor de agravios, y este de descuidos. De que no hubo estos reyes, ¿que reliquias? ¿que vestigios? De que los hubo son muchas las persuasiones, el inconveniente ninguno.

Jubalda, o Idubeda, tercero rey de España, hijo y sucesor de Ibero, al quinto año de su gobierno (1970), deseoso de ver toda su gente, se entró por aquella parte de Entre Tajo y Guadiana, entonces lo más poblado de la Lusitania. Mas como los habitantes de ella le miraban descontentos, porque a imitación de su padre Ibero, y no a la del deseado Túbal, tenía su asiento entre otra gente que entre la portuguesa (no goza menos antigüedad esta envidia virtuosa, esta excelencia rara, de querer a sus príncipes dentro de sus almas) los acabó de dejar tristes con su ausencia para los montes de Idubeda, a observar las influencias de los Planetas, la variedad de los tiempos, los secretos de la naturaleza, como dado a la Astrología o Mágica. Aquí le alcanzó la muerte, y le enterraron los suyos con sesenta y cuatro años de imperio, o para mejor decir, de estudio, porque más tiempo le llevó la Filosofía que la Corona.

Empezó a reinar Brigo (1906), que de su padre Jubalda no heredó con el cetro el descuido con que había tratado el pueblo lusitano. Porque luego que tomó el gobierno se le mostró aficionado, de suerte que la primera jornada que hizo fue a quitarle con su presencia el sentimiento con que se hallaban, de que toda se la hubiese negado el segundo y tercero rey, cuando el primero tan famoso se la había concedido toda. Y si de su nombre lo tomaron muchos lugares de España, como fundados por él, no son pocos los que en Portugal dan irrefragable testimonio de cuanto deseaba engrandecer este reino en retorno del amor de sus vasallos. Lacóbriga, cerca de la villa de Lagos; Conímbriga la antigua, en cuya memoria sucedió la moderna, ilustre seminario de las letras a la orilla del Mondego; Medóbriga, que tuvo su asiento junto a Portalegre; Brigancia, cabeza del Ducado más insigne de España. En señal del deseo que tenía de engrandecerla y municionarla con ciudades y castillos, traía uno por divisa en sus banderas. En medio del cuidado de tanto aumento no se olvidaba de lo político, con cuya disciplina se vio muy adelante la gente lusitana. Y por la misma razón, más obligada a sentir su muerte, que fue a los treinta y dos años de su reinado.

Tago (1855) tuvo, como el padre, la misma inclinación de dilatar su imperio, y por eso le llamaron Orma, que vale pared o edificio. De su nombre lo tomó el Tajo. Por este tiempo comenzaron los portugueses a derramarse con mayor ánimo, extendiéndose por la tierra, y poblando varios lugares hasta entonces inhabitados, haciendo tratable y fértil lo oculto y áspero de la fragosidad de algunos montes. Veinte y nueve años tuvo el cetro de España.

Heredóle su hijo Beto (1816), que significa dichoso y bien afortunado. De este nombre se escribe que vino a España el otro de Bética, que en ella se continuó largo tiempo: entre los autores se conserva con la provincia de Andalucía; y entre las aguas con el caudaloso Betis. Por este tiempo se multiplicaba tanto el número de gente y de ganados en toda Lusitania, que no pudiendo los campos ya sufrirlos, fueron obligados de la necesidad a penetrar la tierra. De estos que la iban dejando, se tiene que el rey Beto hizo algunas poblaciones en Andalucía, a cuyos moradores llamaba bétulos o bástulos. Aun entonces vivían los portugueses en aquella simplicidad primera, y modo de proceder sencillo, que Túbal les había enseñado: conocían un solo Dios criador de todas las cosas, sin ídolos ni otras supersticiones diabólicas, de que el mundo estaba ya lleno en estos años por la inconstancia humana, más fácilmente rendida en otras provincias. La metrópoli de sus poblaciones era Setúbal, adonde había un modo y figura de república, la más política con que en aquel siglo se ilustraba España. Así eran los moradores de ella venerados de los otros, como gente más antigua y sabia; reconociendo todos el origen que traían de aquella parte.

De este sosiego y superioridad gozaban, cuando desde África pasó a España (1798) un hombre facineroso y delincuente (a quien llamaron Gerión, que en caldeo quiere decir Peregrino)

acompañado de algunos. Y si bien no se atrevió a entrar en Lusitania, hizo su asiento en sus confines, cuales eran la isla Eritrea, Ernea, o Junonia en el mar de Poniente y costa de Portugal, que se entiende haberlas cubierto las aguas, cuando en tiempo del emperador Valente, por los años de Cristo 380, saliendo de su natural prisión, se dilataron por varias partes. Desde aquí, dando en tierra firme, empezó a descubrir sus dañados intentos con hacer diferentes entradas por ella, robando algún ganado a nuestros portugueses, que como ajenos ahora de las armas, libraban el remedio de la opresión en la mudanza del lugar. Mas Gerión, aprovechándose de esta paciencia y silencio, vino a repetir los saltos, de manera que en breve tiempo se halló necesitado de ganar más tierra para apacentar el ganado que ya tenía: este era el oro y la riqueza que en la infancia del mundo ponían en mayor cuidado. Satisfecho del buen temperamento de la isla, aguardó la muerte de Beto, que sobrevino a los treinta y un años de su corona. Alteróse el estado de las cosas, de modo que postrado el sosiego y descanso, tuvo principio la inquietud y la ruina de las gentes.

Al paso que el tirano Gerión deseaba la muerte de Beto, se supo aprovechar de ella. Para invadir el gobierno de una corona y herencia ilustre, no le refrenó la oscuridad de sus costumbres. Salió de la Isla Eritrea, entrando por las tierras de Portugal con tanta industria, que despendiendo con sus habitantes lo mismo que les había robado, pudo ganar nombre de liberal y dadivoso: virtud tan poderosa, y tanto de príncipes, aun en los malos, que los portugueses llevados de verla en éste, le dejaron llamarse rey. Ni Gerión para conseguir tal nombre hallaba ya tan poca potencia en ellos, pues para su intento fue la primera gente a que se presentó con dádivas y acciones dignas de imperio. El otro modo con que entró a usurpar la libertad de la tierra fue con ficciones e hipocresía de nuevas ceremonias en sacrificios notables, y no vistos de los nuestros: que (como la novedad eleva los ánimos) teniéndole por cosa más que humana, le consentían que se hiciese legislador. Lo que había de dar la virtud, ganó la industria.

Los pueblos confinantes viendo que le habían admitido los lusitanos, reconocidos por más antiguos y políticos, sin resistencia consintieron que Gerión los gobernase (1794). De este tirano se escribe que tomó el nombre la ciudad de Girona, por cuyos confines se hizo poderoso y rico; pero tan insufrible en el modo, que la tierra comenzó a sentir cuanto cuesta un rey injusto, cuando levanta la mano sobre pueblo poco fuerte. No trató la Corona con otras artes mejores, que las mismas con que la había usurpado; colocado en el lugar de rey así lo ocupaba con libertad, como si lo hubiera adquirido con derecho. Mas fue el sentimiento en tiempo que tenía tan inclinada la gente lusitana (siempre afectadora de imperio, y el nervio de la guerra) que ya con su socorro, que libraba en su fidelidad, se daba por seguro de todos los movimientos que sin ella pudieran ser formidables. Acérrimo ahora contra los españoles, el africano usaba de las fuerzas de ellos mismos: envolvían las artes de África los corazones de España.

Los de Andalucía buscando remedio a tanto precipicio como les amenazaba, y sabiendo que Osiris paseaba el mundo vencedor y poderoso en favor de los que podían poco, le dieron cuenta de su miseria: y a mayor la que esperaban que la sufrida. Osiris que tenía más trabajo en buscar a quien vencer, que en ser vencedor, fácilmente se dejó convidar, y pasando en España contra Gerión, supo que si bien se hallaba embebecido en sus impiedades, y muy entrado por la tierra, mandó a tres hijos suyos que con la más gente que les fuese posible procurasen juntarse con él para presentar la batalla. Previniéndose ellos, y marchando todos llegaron a encontrarse por las orillas del río Guadiana, adonde se embistieron con tanta contumacia, que Osiris se miró a punto de perder en aquella jornada la gloria de otras muchas; porque el valor de Gerión y sus hijos era grande, y la gente de Lusitania, aunque hasta entonces con poca usanza de las armas, se hallaba tan singular en fuerzas, que sustentaron el peso de la batalla largo plazo. Mas como el haber querido Osiris entrar en este hecho, luego empezó a ser victoria con la muerte de Gerión, como suele ser con todas las de los capitanes, perdió los bríos y ardor militar el ejército, de tal manera, que a la fuga fiaron el remedio. Osiris usó del vencimiento con tanta clemencia, que pareciendo más juez árbitro y

sosegado que capitán orgulloso y ahora bañado en sangre, concedió liberalmente el cetro de España a los tres hijos del tirano muerto. Llamábanse Lominios (1760).

Fue tan estimada de nuestros lusitanos esta piedad y grandeza de ánimo de Osiris, que considerándolo tan feroz en la batalla, tan religioso en la victoria, se lo pagaron con dádiva tan costosa como poner las almas en la mano del demonio, admitiendo entre sí el culto y adoración de cosas criadas que Osiris les propuso. De él tomaron el estilo de contar los años de cuatro en cuatro meses, como los egipcios; conservado en España hasta que los romanos se hicieron señores de ella. reino Gerión treinta y cuatro años; escuela primitiva y larga de insultos y latrocinios. Volvió al Egipto Osiris, dejando algunos de sus compañeros en la tierra. Estos eran árabes llamados cenitas; hicieron su asiento junto a la boca del Guadiana: de ellos se llamó también Cenítico el Promontorio Sacro.

Los tres Geriones o Lominios comenzaron a reinar en España con tan particular conformidad y armonía de amor fraterno, que de aquí resultó la fábula de ser gobernado este Imperio por un rey de tres cabezas, cual el que algunos habrán mirado esculpido en monedas o medallas del emperador Adriano. Parecía que lo que había adquirido el padre con injuria y con violencia, habían de conservar los hijos con religión y con justicia. Mas pasaron pocos días que no mostrasen que más querían ser hijos de su padre, que padres de sus vasallos: es ésta obligación de reyes. Acordados pues de cómo los andaluces y los que confinaban con el reino de Aragón y Valencia fueron el total motivo de que Osiris diese la muerte a su padre (que aun entre tiranos y bárbaros se sentía entonces la de aquellos de quien se heredaban las coronas) mudaron su asiento para aquellas partes, con intento de oprimirlas en las ocasiones más sazonadas.

En Portugal había grande abundancia de ganados por todos los campos fertilísimos que yacen entre el río Guadiana y Cabo de San Vicente; porque andaban ya sus moradores bien vistos de la fortuna, y traían siempre ejercitado en armas un tropel de mancebos robustos, para que habiendo quien aspirase a levantarse contra sus intentos, mirase en ellos la prevención de un seguro presidio.

Temerosos todavía los Lominios de que Osiris les había dado el reino para gobernarlo justamente, con acuerdo de que volvería sobre ellos si no lo hiciesen, se conjuraron con otros tiranos, de manera que Tifón, hermano de Osiris, y (por él) gobernador de Egipto, fue el propio que a traición le dio la muerte, y envió a cada uno de los conjurados una parte de aquel cuerpo, a sus manos infeliz, aunque al mundo memorable: infamia apenas vengada con la muerte que Hércules hijo de Osiris (por otro nombre Horo Líbico) le dio en batalla campal. No contento con esto, procuró presentarse a los demás conspirados con el mismo ánimo. Resolvióse en pasar a España, y de camino en África mató al gigante Anteo, a quien dio sepultura en la ciudad de Tánger, conquistada por el rey Don Alonso Quinto: adonde siglos antes había admirado la grandeza de sus huesos el capitán Sertorio. Desde allí saltó en España tan diligente, que primero vieron los tres Geriones su peligro que el autor de él. Porque los de Andalucía, opresos de ellos, como lo habían sido de su padre, solicitaron en Horo Líbico el amparo que habían hallado en Osiris. Respondióles él tan a medida de su deseo, que luego vino buscando los enemigos, ya retirados a los lugares más fuertes de Lusitania: con cuya gente si de todo no se daban por seguros, por lo menos se hallaban más animosos para esperar lo que la Fortuna quisiese hacer en la dura competencia (que tan cercana esperaban) de las armas. Con ellas prontas se firmaron los hermanos en un sitio, llamado de los antiguos *Saltus tercenorum*. Hércules, ya viéndolos en lugar fuerte por naturaleza, ya considerando la ferocidad con que los lusitanos peleaban, aunque su ánimo fuese indomable, pesando con el discurso el poder de los campos que miraba, parecióle (fiándose de los suyos no tanto como de sí) más a propósito desafiar los Geriones cada uno a singular batalla, que ellos con presunción vana aceptaron, y con ella las muertes que sucesivamente les dio Hércules. Ganó de esta manera por sí solo, lo que por ventura perdiera con su ejército (1718).

Sentidos los portugueses de que sus príncipes les atasen así las manos con las leyes del desafío, y viéndolos muertos, empezaron a menearse para embestir con Hércules, por vengarse en él

con desbaratarle, o en sí mismos con perderse. Mas el capitán victorioso con industriosa retórica les puso delante de los ojos la tiranía con que estaban privados de la propia libertad, acordándoles también que era hijo de Osiris, a quien debían la religión y ceremonias de que usaban contentos. Con esto los aplacó, de manera que en gratitud de su rendimiento hizo nuevos sacrificios a los dioses, llamando para estas fiestas los más nobles, con que entró seguramente hasta el Promontorio Sacro, adonde fundó un templo suntuoso, frecuentado largas edades con ceremonias egipcias por él instituidas. De esta suerte, aquella desgracia, que los portugueses imaginaron derribada del golpe hazañoso de Hércules, quedó incluida en límites y términos gloriosos. Tanto estimaron este nuevo rito y fábrica, que en remuneración de ella, de común consentimiento, saludaron por su príncipe y rey un hijo del mismo Hércules. Híspalo se llamaba, y con muchos egipcios quedó en Lusitania dando principio al gobierno de vasallos, si no esperados por el nacimiento extraño, merecidos por el valor y la fortuna. Sucedió esta elección el último año de cuarenta y dos que reinaron los Geriones. Hércules, dejando el hijo en su nuevo reino, pasó a Italia por tomar venganza de los lestrigones, que habían entrado en la conjuración contra su padre.

Felizmente entró Híspalo tomando el gobierno de esta monarquía: alivio de que ella no necesitaba poco, como tan lastimada con las tiranías de sus antecesores. Singularmente lograban favores suyos nuestros lusitanos, como aquellos a quien hacía más estimables el haberlos dejado Hércules Líbico con tanta superioridad engrandecidos. Poco lugar le dio la muerte para ejecutar las obras que prometían sus esperanzas; porque diez y siete años de imperio son cortos para un rey deseado. Entre las cosas memorables suyas, es una haber introducido dar sepultura a los muertos, y ponerse luto los vivos. En su tiempo se fundó la celebrada torre de la Coruña por Cayo Sevio Lupo, artífice lusitano.

En la corona sucedió a Híspalo su hijo Hispano, sujeto de pensamientos verdaderamente reales (1701). Reconociéronle por su príncipe los portugueses en el templo de Hércules, con ceremonias que si bien se ignoran, no serían poco notables, pues lo eran mucho todas las suyas entonces, como la de tener por sacrilegio osar de ver el Sol cuando se ponía, porque realmente imaginaban que se ahogaba en el mar. Esto obligaba a los que vivían cerca de aquella playa, que no le mirasen, pareciéndoles notable falta en objeto que adoraban por Dios debajo del nombre de Apolo, volvían las espaldas hasta verle resucitado en el Oriente. Mas adelante proseguían los que habitaban en el Promontorio, no parando de noche en toda aquella tierra, teniendo por sin duda que los dioses entretanto la ocupaban. Solamente los sacerdotes del ídolo, y el rey en el día que era levantado, podían quedarse por la marina mirando al ocaso: mas al punto que el Sol de todo se escondía, se echaban por el suelo en señal de tristeza, y recogidos al templo aguardaban la mañana en que el rey salía al mismo lugar adonde el día de antes había visto morir el Sol, sin apartarle de él hasta que otra vez le miraba nacido. Así volvía contento a los suyos, hacían juntos sacrificios, y con esto quedaba tenido por más sabio y capaz, como quien había alcanzado ver secretos y misterios de los dioses. Treinta y dos años tuvo Hispano este cetro, a que no dejó heredero, dejando a sus provincias juntas el nombre de España, que por este perdió el otro que había tenido de Iberia.

Cargado de trofeos gloriosos y muchos años Hércules por faltar heredero a su hijo, vino a España (1669), adonde fue congratulado con faustas aclamaciones en memoria del beneficio que los años pasados habían recibido de él. Singularizáronse en esto los portugueses, así como él lo había hecho con ellos en los favores. Sintiendo que se le acercaba la muerte, nombró por sucesor a Héspero, capitán suyo y valeroso. Todavía sobre sus años largos, veinte y nueve tuvo el viejo venerable esta Corona, todos empleados más en la doctrina de cosas políticas y domésticas, que en las armas; porque entonces era más necesario lo primero que lo segundo; y aun para tanta edad más fácil, más propio. Dejó a los lusitanos llenos de dolor y deseo. Quiso tener su entierro entre ellos, y así fue sepultado en aquel templo del Promontorio Sacro, con que los había hecho, y hacía ahora, más conocidos: adonde, para ese efecto, mandó labrar un rico y suntuoso sepulcro, adornado de dos

columnas de plata por las otras, con que hizo una inscripción y elogio perpetuo de sus hazañas. Estaban estas llenas de letras egipcias, que contenían algunos conjuros contra la ferocidad del mar, en cuya virtud creían los moradores que nunca sus olas podrían llegar a las puertas de aquel edificio, que en la playa tenía sus fundamentos. Aquí (aunque después trasladado al otro templo de Cádiz) fue de varias gentes adorado por dios, entre los muchos que la ciega gentilidad tenía.

Celebrado el entierro de Hércules, tomó el gobierno de España Héspero su capitán, varón prudente y experimentado: en cuyo tiempo se entiende fueron ya descubiertas las islas de Cabo Verde, del príncipe, de santo Tomé, y las Antillas, que de él se llamaron Hespéridas. Poca inclinación tuvo a la gente portuguesa, y menos devoción al templo de quien le había dado tal corona. Mas pagáronselo bien, pues en la primera ocasión le dieron a entender de cuanta importancia había sido a sus antepasados el tenerlos contentos y favorecidos. Envidiando pues Atlante Ítalo, hermano de Héspero, su prosperidad, no dándose por satisfecho con el gobierno que tenía de buena parte de Italia, determinó ganársela con quitarle la vida. Halló aliento en la discordia que tenía con los portugueses y andaluces. Pasó a España con buen ejército (1628), que protestaba conducir solamente en defensa del derecho de hermano mayor; como si el cetro que tenía Héspero hubiera sido herencia de padre, y no nombramiento de amigo. Cierra los ojos el interés, finge razones la codicia. Ayúdanle los españoles, que busca favorable, contra el hermano que aborrecen severo y desabrido, de manera que fue fácil quitar la corona a Héspero, y mucho menos ponerla a Ítalo con quien se la quitaron. Viéndose perdido Héspero, salió de España, donde había reinado diez años: pasó a Italia, y en ella con pocos más acabó la vida.

Ítalo habitaba en Lusitania, adonde le nació de Leucaria una hija que se llamó Roma. Otros hijos tuvo, que fueron Sícoro sucesor suyo en la Corona de España, Mergete gobernador de los aborígenes, Electra mujer de Camboblasco y madre de Dárdano rey de Troya, Maya venerada como diosa. Mas obligado Ítalo de lo mucho que Héspero le iba ganando en Italia, después de diez años de gobierno de España, acudiendo a remediarlo en persona, dejó a su hijo Sícoro el señorío de esta monarquía, llevando un copioso campo de lusitanos y andaluces. Aportó en Sicilia, adonde se detuvo, ejercitando la gente en el modo de pelear con disciplina, ajustando con su valor natural la esperanza de la victoria que pretendía del hermano. Mas él, nada descuidado en este tiempo, convocaba mucha gente de Etruria, que considerada su razón le deseaba mejor fortuna. Todavía temiendo Héspero, si no la destreza militar de los portugueses, que aun ahora era poca, el valor que siempre fue grande, trató conciertos y paces, que tuvieron efecto hasta que llegó la muerte al perseguido Héspero.

Quedo Ítalo solo en aquella provincia, que de él tomó el nombre de Italia, como de Héspero España el de Hesperia. Allá hizo repartición de tierras y vasallos; quedándolo de su hija Roma los lusitanos que había llevado vencidos del amor con que la veneraban, como aquella que entre ellos había nacido princesa suya. Para sí hizo Ítalo una población en el monte Aventino; para su hija en el Palatino otra, de donde señoreaban a todos los aborígenes, poseedores antiguos de la comarca. A esta nueva ciudad dio Roma su propio nombre, que hoy permanece en la más insigne del Orbe. De manera que sus primeros fundadores fueron portugueses, o por lo menos los más de ellos; no Rómulo, como algunos pensaron. Conténtese Rómulo con haber escapado del peligro de las olas del Tíber; con haber sido ampliador ilustre de la princesa de las ciudades del mundo, y conque por serlo tanto mereció, que algunos autores le llamasen fundador suyo. Gobernó Roma sus lusitanos, y otras gentes, quedándole sujetas por muerte del padre todas las de Italia. Sustentó este peso con varoniles hombros hasta que Mergete su hermano, que había quedado de poca edad, la tuvo para tomar las riendas del gobierno en cuanto llegó a tenerla Romano hijo heredero de la propia Roma.

Partido Atlante o Ítalo para Italia, quedó su hijo Sícoro gobernando el reino de Lusitania, adonde residió casi todos los días de su vida, dando poco motivo a los escritores por las armas. Visitando sus tierras dejó su nombre a un río de Cataluña, que hoy se llama Segre, y entre los

antiguos se llamó Sícoris. De aquí se dice tener una parte de España el nombre de Sicoria. Tuvo cincuenta y cinco años la corona (1554).

Luego que en Lusitania supieron la muerte de Sícoro, levantaron por rey a su hijo Sicano, príncipe animoso y conveniente a los sucesos de aquellos días. Porque los portugueses que fundaron a Roma y vivían junto al río Tíber, portándose por ventura más imperiosos y presumidos (natural inclinación suya) con los aborígenes, antigua gente de aquella provincia, de lo que se permite a quien vive en tierra ajena, dieron tanto que sentir a los naturales, que los obligaron a rompimientos peligrosos. Aunque en los primeros encuentros quedaron mejorados, todavía llegaron a tal aprieto, que pidieron socorro a España. Sicano, que con pecho belicoso sólo mendigaba asuntos en que señalarse, juntando la gente más guerrera que pudo darle su reino, pasó brevemente a Italia. De Lusitania era la mejor parte de la soldadesca, como aquellos que encendidos en amor y deseo de sus naturales ausentes y en peligro, ya no temían ninguno por llegar a ayudarlos a vencer sus contrarios. Salió esta flota del río Guadiana, en memoria de la cual, y del nombre de su rey se escribe que le quedó este nombre. Dio el socorro tan cruel asalto y castigo al enemigo, que muchos años después no se atrevieron a mirar, menos que con temor, a los que vivían en esta provincia.

Allanado el orgullo y movimiento, pasó Sicano a Sicilia en favor de los otros españoles que allí había dejado Atlante entonces no poco oprimidos de los lestrigones y cíclopes, antiguos moradores de la isla, gente descomunal y salvajina, gigantes en la estatura, fieros en el aspecto, brutos en las costumbres. Venciéndolos en diferentes batallas Sicano; dejó la tierra poblada con su gente. De suerte que de ella, y de la que ya había llevado Ítalo se ve que fueron españoles, y los más de ellos portugueses sus primeros cultores. Volvió Sicano a España más acompañado de triunfos que de armas; porque aquellos seguían su persona, y aquellas le dejaron de seguir obedientes, quedándose en los presidios que les había fiado. Treinta y un años fueron los que tuvo el peso de esta monarquía.

Algunas memorias de las cosas del mundo por los años pasados.

Vivía Túbal cuando Melquisedec fundó la ciudad de Jerusalén, y poco adelante Semiramis los muros de Babilonia. Murió en Italia Noé, que por sus últimos años fue inventor de las cerraduras en las puertas. Por Vesta su mujer tuvo principio la observancia, o culto de las vírgenes vestales. En los días de Brigo florecía Abraham. Ganaban nombre las Amazonas. Sucedió la venida de Faetón en Italia, y después de ella una seca tan grande que ocasionó la fábula notoria. Murió en tiempo de Beto el rey de Salem Melquisedec, en quien por todos estos años estuvo el sumo sacerdocio, que vino a Jacob, siendo derechamente de Esaú, si él no se hubiera hecho incapaz de tanta dignidad. Reynaba Gerión cuando Jacob se dio a servir a Labán por la hermosa Raquel. Murió Ismael, hijo de Abraham y de su esclava Agar. Saliendo el mar Ático de sus límites llevó una parte grande de la tierra con copioso número de gente. Fue vendido José el hijo más amado de Jacob. Sucedió la esterilidad de Egipto. Vivía Hispalo cuando en aquella sombra del verdadero Pontificado sucedió a Jacob Leví, y a éste su hijo Caath pocos años adelante, en que nació María y Moisés, hermanos tan celebrados en las divinas letras.

II.

DESDE EL AÑO 1553 EN QUE TUVO SU PRINCIPIO EL NOMBRE DE LUSITANIA, HASTA EL DE 1079 ANTES DEL NACIMIENTO DE CRISTO

Muerto Sicano, fue su hijo Siceleo aclamado rey en toda España; no solamente heredero de la Corona, sino del ánimo valeroso de su padre. Varios sucesos tuvo en estas partes; varios movimientos le hicieron pasar a las de Italia; varios golpes, mas ilustres todos, ejecutaba por ellas

cuando le sobrevino la muerte a los cuarenta y cuatro años de su reinado. Fue luego obedecido por rey y señor de esta Monarquía su hijo Luso (1509). En lengua antiquísima de España Luso significa largo: dióse luego el nombre, o porque él lo fuese, o porque está tendida a lo largo del mar nuestra provincia, de que tenía el título. Deseoso de habitarla y poseerla en persona, salió luego de Italia, dejando bien acomodado lo que parecía más importante y peligroso. Obligó mucho los portugueses con la visita que luego hizo al templo de Hércules, de que ellos hacían tanta cuenta: quiso que le aclamasen en él con las ceremonias que solían en la exaltación de sus reyes.

Trató con tan singular amor a la gente de esta provincia, que casi olvidado de todas las otras, sólo cuidaba de ennoblecerla y dilatar sus términos. De aquí tuvo principio en estos vasallos suyos el nombre de lusitanos; que sin falta fue resulta de la envidia que los otros les tenían, llamándolos así, como si dijeran, los amados y los queridos de Luso. Atributo grande, y que permaneciendo hoy, conserva la memoria de un tal rey, y un breve elogio de la fidelidad de esta nación con sus príncipes, que de los nombres de ellos con cada uno que sucede se pudiera derivar otro nuevo en virtud del amor y fe que con cada uno tienen.

Este pues es el origen de llamarse Lusitania nuestro reino: y lo que debajo de este nombre se contenía, toda la tierra que se extiende entre los dos caudalosos ríos Guadiana y Duero; que desaguan aquel en el Océano Atlántico, este en el Océano Occidental, habiendo bañado poco antes los muros de la famosa ciudad de Oporto, de quien ha resultado el nombre de Portugal tan conocido. Del Occidente y Mediodía tiene por término la costa marítima. Del Norte la divide de Galicia el Duero. Del Oriente lleva una línea casi recta que toca en una grande vuelta que hace este río cerca de la villa de Castro Miño, hasta dar en el Guadiana, con cuya corriente quedaba esta provincia dividida de la que los antiguos llamaron Bética. Ahora es otra su grandeza, como se verá en la descripción que ha de servir de remate a este papel; aunque perdió, con la mudanza de los tiempos, muchos lugares populosos. Treinta y tres años reinó Luso.

Sucedíole Sículo hijo suyo (1476). Grandes esperanzas dio a los lusitanos el nacimiento y crianza de este rey, por haber sido entre ellos mismos: y no se engañaron en ellas, porque Sículo los tenía en superior estimación a todos los demás pueblos. Atajó la muerte tantos deseos: antes que ella sobreviniese, como nuestro príncipe buscaba ocasiones en que dar muestra de su valor, dio grato oído al favor que de Italia le pidieron los antiguos españoles que vivían en Roma: porque los aborígenes, enemigos suyos implacables, haciendo liga con los enotrios y aruncos, no sólo talaban sus campos, mas los oprimían en sus propias casas, obligándolos a vivir casi como cercados.

En Sicilia pasaba lo mismo nuestra gente con el orgullo de los cíclopes y lestrigones, que rehaciendo sus fuerzas bajaron de las montañas en tanto número, que los españoles estuvieron a punto de dejar aquellas islas. Mas cuando más apretados se miraban los unos y los otros llegó Sículo con una flota así poderosa, que solamente la fama anticipada bastó para reprimir la osadía de los conjurados. Era lusitana la mejor parte del socorro. Húbose con él este príncipe tan valerosamente, que restituyó a los moradores de Roma todo lo perdido, quedando las fuerzas de los que entonces los encontraban más animosos.

Con nuevo aliento pasó a Sicilia en defensa de los que ya dijimos estaban maltratados del furor de brutos victoriosos. Presentáronse en campaña, y como toda la virtud guerrera de bárbaros es el ímpetu y la rabia, osadamente se arrojaron al combate. Mas que de hombres fue la acción primera, y menos que de mujeres la siguiente, porque salieron huyendo a las montañas, antes cuidadosos de salvar las vidas, que corridos de verse desbaratados: propio de los que defienden solamente el interés. No les valió la huida, porque Sículo los siguió, hasta que redujo a miserable servidumbre la arrogancia de algunos que quedaron con vida, para ser testigos de su miseria. Dúdase si volvió a España el rey, o si murió en Sicilia. Sintió la gente portuguesa tan entrañablemente su muerte, que viéndose quedar sin sucesor suyo, se resolvieron en no experimentar voluntades y humores de príncipes, después de perder uno tan belicoso, tan amado.

En paz segura vivían sin rey, teniendo por bienaventuranza, tan grande como ella lo es, la quietud y libertad. Trataban sólo de apacentar sus rebaños; no salían de entre ellos las discordias, siempre inexcusables; eran árbitros de ellas los más antiguos. Proseguían conformes el culto de su templo en el Promontorio Sacro. Casi cien años de perpetuidad contaba este silencio, cuando se vio en España Baco hijo de Semele con varias gentes que seguían sus insignias o banderas. No es el famoso por las hazañas en la India, ni el otro inventor de labrarse la tierra. Este ejército extraño no fue poco temido de los naturales, en cuanto no tuvieron noticia más que de su multitud (1301). El temor que hallaron con la vista, serenaron con la experiencia de las delicias en que se envolvían las armas: ya lograban fácilmente las músicas y adufes, que entre el estruendo de los atambores no eran menos oídas. De aquí tuvieron principio las folías en nuestra provincia.

En ella había entrado Baco llevando el ejército por la marina hasta dar en el río Guadiana, en cuyas márgenes se detuvo sin atreverse a penetrar la tierra: porque los portugueses temerosos de que afectaba el dominarlos con poder y con industria, le daban asaltos terribles en la retaguardia, retirándose cautos y ligeros a los bosques y lugares que conocían por seguros. De esta furia los divirtió mucho Sileno, ayo de Baco detenido a su consejo, hasta que pudo ganar algunos de los que más osados le mataban mucha gente. Lo que no las armas, pudieron los favores: nunca tormentas militares rindieron tanto la gente lusitana como caricias y regalos. Sabía Baco hacerlos, halló nación que nunca supo menos que dar la vida por la de sus príncipes. Nación que sola entre todas es totalmente grata al beneficio, y vengadora del agravio. Ríndense los portugueses, capitulando con Baco, que no se había de llamar rey suyo, porque sus corazones estaban tan llenos de la memoria de Luso, que no había en ellos lugar para admitir obediencia y yugo de rey que no fuese cosa de aquel deseado príncipe. Previene nueva industria el título real, consentido el señorío. Baco (descubierto el intento de los lusitanos por su lengua, y por su trato su poca doblez) considerando que el nombre de Lisias hijo suyo, que allí tenía, era poco diferente del de Luso por quien lloraban, les persuadió que en él se había transferido el alma del difunto, y que su venida entre ellos no era sino para remunerarles tanto amor como aquel que en ausencia suya le tuvieron. Alegres ya con la nueva llamáronse unos a otros, diéronse la enhorabuena, y a Lisias, entre la admiración y el contento, las libertades y el reino de Lusitania. Así que este nombre fue deducido de Luso, como ya se dijo, y como ahora parece, de Lisias el de Lisitania, que también tuvo. Baco su padre volvió a Italia; él quedó absoluto señor de esta mejor parte de Europa. Pocos fueron los años que se logró el gobierno de un tan suave príncipe, que con las costumbres ejercitadas en el reino hizo creíble la invención con que lo había usurpado.

Muerto él volvieron los portugueses a su porfía de que no tuviese título de rey el que les había de gobernar: eligieron por su capitán (1299) a Licinio, compañero de Lisias, valido suyo, soldado de valor y ánimo ardiente. Deseoso de dar muchas esperanzas de sus hechos, fue prólogo benemérito de ellos un poderoso ejército que juntó de mozos robustos con las mejores y más lucidas armas que hasta entonces había observado la milicia de España, como aquellos que las recibieron de este capitán, inventor propio de ellas, y de la fundición del hierro. Por ello fue llamado de muchos, Hijo de Vulcano.

Con este campo, mayor que en la copia en el orgullo natural y militar destreza, salió Licinio buscando a Palatuo, rey de los valencianos y andaluces, que prevenido y animoso no rehusó la batalla. Vinieron a encontrarse en Moncayo, adonde se vio un espectáculo terrible: porque los capitanes eran ambos a dos valerosos, la gente de cada cual extremada; todo junto hizo más sangriento el conflicto: bien que en el postrer periodo Palatuo se puso en fuga por una parte, en tanto que sus soldados por otra hacían la misma diligencia. Quedó Licinio señor de casi toda la Monarquía de España. Fundó por aquellas partes muchos lugares y plazas, dejando en ellas presidios de portugueses, como quien ya tenía experiencia de su fidelidad y valor. Pero llevado de una fiereza y crueldad natural suya vino a serles odioso; y mucho más después que con poca causa

dio la muerte a ciertos soldados, de que resultó que casi todos le negaron la obediencia, y desampararon los presidios.

Palatuo, que andaba ausente, conociendo cuanto los nuestros saben sentir y castigar afrentas, viéndolos ofendidos y alterados, les envió embajadores, significándoles su voluntad para con ellos. Este rendimiento y aquella tiranía ocasionó la respuesta tan medida con el deseo de Palatuo, que se ánimo a juntar gente: motivo grande fue de que hallase mucha haber publicado que la portuguesa le estaba afecta e inclinada. Vino marchando a Lusitania cuando Hércules Tebano y los otros Argonautas impelidos de naufragios surgieron en España, no muy apartados del Guadalquivir. Buena fortuna se prometió Palatuo con la mala de los naufragantes. Visitó al Tebano, díjole su justicia y su aprieto. Al paso de las sumisiones corrieron los refrescos y las dádivas, poderosa recomendación en todas edades. Hércules promete que no volverá a embarcarse sin dejarle restituido a su Corona. Conformaron sus gentes, vinieron contra el tirano Licinio, que no dormía, bien que con todo su cuidado fue vencido y deshecho: muerto casi todo su ejército, y toda su esperanza, no paró menos que en Italia. En hacimiento de gracias por tan importante victoria hizo Hércules que se renovase el ejercicio de los juegos Olímpicos por las riberas del Guadiana. Diose esta batalla en el monte Cauno o Moncayo. Puesto en sosiego Palatuo, Hércules pasó a Italia. Los portugueses, habiendo sacudido el yugo de la cerviz pública quedaron exentos de señorío ajeno, alegres con la libertad, mas no así con la ruina de aquel templo célebre, que hacía sus tierras frecuentadas de gentes varias, porque sucedido un terremoto grande, igualó con sus fundamentos sus remates.

Setenta años permaneció la tiranía de Licinio y gobierno de Palatuo: mucho más el modo de república lusitana, teniendo la razón por ley, practicando todavía algunas que en verso quedaron escritas de las que Túbal les había dejado, cuando sucedió que un lusitano llamado Górgoris (nombre que a lo antiquísimo significaba ascua, brasa o llama), dando con unas abejas en el hueco de una encina, observada su asistencia y labor, vino a descubrir sus panales, y aponer en uso la miel, con que largos siglos se conservaron las frutas, y sazonaron los regalos que introdujo la gula y la delicia: hasta que apuradas ellas fue cayendo de aquella estimación primaria este dulce con la introducción del azúcar, cuya abundancia en nuestra provincia también se debe a los descubrimientos portugueses: por ventura el verdadero motivo de ser siempre más estimados los dulces de Portugal, si ya el vicio de tantas blanduras no oscurece un poco la gloria de su invención, bien que nunca se vio blandear la del pueblo lusitano en cuanto a los extraños mostró nuevas artes, sino después que ellos le mostraron la codicia y la ambición, estudios en que entrado discípulo le vemos ahora con todo el magisterio: no sin dolor lo confiesa la verdad. Mas volviendo a nuestro Górgoris, el bocado, como si tentara a nuestros primeros padres, no le valió menos de una corona, cual era ya la de Lusitania en aquellos tiempos, porque sus naturales teniendo la novedad por grande se la pagaron en semejante moneda, haciéndose a sí mismos rey, siendo la cosa en que más estudio ponían, que nadie se hiciese rey de ellos; y así descubriremos por momentos, que con ser naturalmente arrogantes defensores de la libertad, no perdiéndola nunca, combatidos con guerras y aspereza, nunca dejaron de perderla tentados con suavidad y dulzura.

De esta manera el industrioso Górgoris se vio ahora (1136) adorado de los portugueses, y más adelante de los valencianos, que siguieron siempre las pisadas de gente tan belicosa. Así volvieron a unirse sobre no pocos años de su división; así empezó a reinar en toda España Górgoris lusitano; no griego, cómo con engaño lo pensaron algunos; sabiéndose que este nuestro, a diferencia de cuantos pudo haber, fue llamado Melícula, porque había sido el inventor de la miel entre los españoles. Dominábalos al fin, cuando una hija suya se hizo preñada de un galán que seguía sus amores. De su propio padre dice algún autor, porque luego que nació un niño de este parto le mandó arrojar entre animales fieros, para que las entrañas de ellos fuesen perpetuo silencio o de su culpa, o de su agravio. Mas los brutos (que tal vez no lo son tanto como los propios hombres) en lugar de muerte (vueltos no sin misterio sus alumnos) le dieron vida. Sabiéndolo el padre le mandó echar en las

corrientes del Tajo, ahora Tíber o Nilo de España con el nuevo Rómulo o Moisés portugués: pues junto a la villa de Santarem fue hallado en la playa, adonde una cierva le dio leche, y con esta piedad nombre al lugar, que le tomó del propio niño, llamado Habidis, llamándose Escalabis, casi esca Habidis. De la madre silvestre heredó la ligereza conque vagaba por aquellos montes con admiración de los cazadores, cuando encontrándole advertían que era hombre en la forma, y en las acciones fiera.

Sabido por el rey Górgoris tan extraño caso (ya no imaginaba que podía ser su nieto) ordenó como le armasen lazos: preso en ellos se lo trajeron; por notorias señales vino a conocerlo. Convirtió en amor la crueldad, domesticóle con buenos ayos y maestros, hízole claro con ilustres artes y disciplina. Su gracia natural para rendir voluntades fue mucha; y no se descubrió poco en conciliar las fieras antes de tener entendimiento, y después de tenerle la voluntad del abuelo (para con su sangre) más irracional que todas ellas. Fundación fue suya la ciudad Astigi, a que sucedió la de Écija; y la de Asturica, llamada así por estar puesta a la orilla del río Astura, que poco abajo da sus aguas al Duero, y pierde el nombre: ella es hoy Astorga, que si entonces era del primer rey de nación portuguesa, fue después del padre del primer rey de Portugal.

Vueltas ya cenizas las más altas torres de Troya (1130), caminaban por diferentes partes del mundo los autores de tanta ruina. Ulises, con pocos bajeles, llegando a cortar el mar de España, y a descubrir la entrada que en él hace el Tajo, entró por ella, prometiéndose en la fertilidad de sus extremos el descanso que le pedían tan prolijas navegaciones. Allí dio principio a la población (hoy innumerable) de la ciudad de Lisboa, con un templo de estructura excelente dedicado a la diosa Minerva, irrefragable memoria de su elocuencia. Fundada y munida la plaza diole nombre del suyo, llamándola Ulisea o Ulisipo. Nuestro Górgoris, sabiendo la detención de gente extraña, la magnificencia del templo, la grandeza de la población, llevando su gente en son de guerra fue buscando a Ulises, que con su facundia y algunas dádivas (que para persuadir son las más fuertes elegancias) le dio a entender el provecho de su asistencia en sus tierras, conque volvió Górgoris tan contento, como había bajado orgulloso: si ya no dejó de usar de las armas por ver que menos sería echarle de su reino, que tener en él por vasallo un héroe que con muchos le quedaba sujeto. Al fin asegurado del valor del peregrino, diole por compañera su hija, la madre del nieto Habidis: por ventura aquella que Homero llamó Calipso, refiriendo los amores que tanto tiempo divirtieron a Ulises, y lloró Penelope. Los griegos, usando mal del consentimiento de los lusitanos, corrían aquellos mares piráticamente. Hiciéronse aborrecibles, de manera que los naturales mostrándose armados sobre Lisboa algunas veces dieron claros indicios de su enojo, que ponderado por Ulises fue causa de que se embarcase para Ítaca. Pocos griegos quedaron en la ciudad. Setenta y siete años reinó Górgoris.

En tanto que Ulises salía de nuestra provincia por el Tajo (1081), entraba en ella Diómedes por el Miño, límite a la parte del norte (como a la del sur el Duero) de aquella tierra fertilísima que de los nombres de estos dos ríos haciendo el suyo, por el de Entre Duero y Miño es célebre y famosa en España, y aun en el mundo, memorada de todos los geógrafos con elogios elegantes. Allí casi donde había desembarcado fundó una ciudad, que fue llamada Tide, en perpetuidad del nombre de su hijo Tideo: y sus compañeros en la margen de Galicia otra, que con el propio nombre se llamó Menor a diferencia de la primera, que pereció con ser mayor, consumiéndola el tiempo. En cuanto la segunda, con el propio se hacía más ilustre, y es hoy cabeza de obispado, observando en el nombre de Tuy el de Tide con poca corrupción. De estos griegos, y de los galos que después vinieron a ser pobladores de esta tierra, se llamó ella Grecia, o Galecia: y no siendo Galicia más de un nombre corrompido o compuesto de dos tan ilustres, casi es hoy (sin razón) abatimiento de sus naturales su propia gloria.

Otros compañeros del mismo griego poblaron un monte en que ahora se ven los vestigios de una fortaleza, arruinada en aquellos tiempos del rey Don Juan el Primero, que los más seguros edificios sintieron lo que puede la ira y el furor. Gaya se llamó la población, como hoy se llama la

que le sucedió más abajo sobre el Duero: aunque también no excede ya de una humilde memoria de lo que ha sido, porque pareciendo más a propósito el sitio de la otra parte del río, que era un valle acompañado de dos pequeños montes, se hizo nueva fundación con tanta felicidad, que es la ciudad de Oporto, en grandeza no inferior a muchas de España, en tratos y comercio la segunda de esta Corona. De sus fundadores, pues, griegos o grayos resultó el nombre de Gaya o Graya, en los principios puerto bien frecuentado de varias naciones, conocido de ellas con el nombre de Porto Grayo, como hoy lo es la última población; y de ambas a dos se deriva el de Portugalo y Portugal. Dos príncipes clarísimos dieron a nuestro reino el nombre primero de Lusitania; el segundo de Portugal mucha gente valerosa, dos poblaciones insignes, y un Puerto grande.

Algunas memorias de las cosas del mundo por estos años.

Reinaba Luso en cuando pontificaba Amran padre del Profeta Moisés, que ya entonces obraba maravillas. Sucedieron las plagas de Egipto, castigo del endurecido Faraón ahogado en las mismas aguas que el día de antes habían hecho camino al pueblo de Israel contra quien iba marchando. En el reinado de Sículo era sumo sacerdote Aarón hermano de Moisés. Fue dada al pueblo de Israel la ley en el monte Sinaí. Ambos a dos murieron: sucedió al primero Eleazar, al segundo Josué. Estuvo en su prisión Dánae hija de Acrisio, rey que hicieron memorable las fábulas de la lluvia de oro, habiendo sido unas pocas monedas con que un galán ganó la gracia de la princesa, dejándola preñada de Perseo, que poco adelante mató la reina Medusa solamente porque con su hermosura inquietaba los hombres: diferentes inclinaciones de padre y hijo, pues aquel con oro, y este con hierro se hicieron famosos por mujeres. Después libró a Andromada del monstruo marino a que había sido expuesta. Sucedió el robo de Europa por Asterio rey, que con pasar a Francia para ese efecto en un bajel que tenía esculpido un toro, dio motivo a la fábula de Júpiter: desdichas que lo fueron más, por venir a parar en manos de ingenios ociosos. Baco estaba en España cuando el gobierno del estado sacerdotal andaba en Finees hijo de Eleazar. Hubo aquel memorado oráculo en Delfos, adonde Apolo era consultado. El robo de Ganimedes por Tántalo rey de Paflagonia, y la fábula procedió de que el navío en que lo llevaron tenía esculpida un águila. En tiempo del rey Lisias era pontífice Abisue; florecía Hércules Tebano; pasaron a Colcos los Argonautas. Capitaneaba Licinio a los lusitanos cuando Gedeón venció los madianitas. Teseo, vencedor del monstruo de Creta, robó a Elena de poca edad, y aunque fue restituida a Esparta, le costó a él la vida: que ya en tan pocos días se empezaba a comprar tan cara su hermosura. En los años de nuestro Gorgoris tuvieron el gobierno pontifical Boco, Ozy, Zaraya y Hely. Murió Jepté por haberse anticipado a festejar la victoria de su padre. Sucedió la historia de Rut y Booz. Floreció Paris, el hermoso hijo de Príamo, robador de Elena. Por ello enfurecida Grecia hizo aquella memorada expedición de que resultó la ruina de Troya, aun mal pagada después con la infame muerte de la misma Elena, a que sirvió de horca un árbol hallado por los celos de Polizo, mujer de Teopoleno. Luchaba ya con las fieras, y admiraban los hombres el filisteo Sansón. Perdieron los hijos de Hely en batalla campal el Arca del Testamento. Eneas aportó en Italia gobernándola Latino; asunto memorable por el instrumento de Virgilio, y de la primera tinta que tomó la pluma del clarísimo historiador Tito Livio.

III.

DESDE EL AÑO 1079 HASTA EL DE 508 ANTES DEL NACIMIENTO DE CRISTO

Muerto Górgoris (1073) fue levantado por rey de España su nieto Habidis, príncipe favorable a los portugueses, como aquel que entre las fieras de sus campos halló piedad cuando su abuelo le

exponía a la furia de ellas propias. Así, no sólo a los hombres, a los mismos montes quite mostrarse agradecido, fundando en la mayor cumbre de los que había habitado la población entonces Escalabis, hoy Santarem, con el favor y socorro de los griegos de Lisboa, que su madre Calipso dominaba desde la ausencia de Ulises. Aquí pues, en esta famosa villa (que nuestro primero rey Don Alonso Enríquez llamaba paraíso de deleites) hizo su asiento Habidis. Tanto cuidado puso en lo político de los lugares, como en lo provechoso de los campos. Dejó en perfección la cultura y labor de estos, el trato y comunicación de aquellos. Con tales ejercicios, viviendo se hizo amable, muriendo deseado (1038). reino treinta y cinco años.

En ellos sucedió aquella seca y esterilidad tan nombrada en España, para cuyas provincias fue un diluvio de fuego por espacio de veinte y seis meses, que no llovió. Despoblóse en Portugal toda la tierra del Algarbe, y de Entre Tajo y Guadiana, que como quedan al mediodía, fueron más apretadas de los rayos del Sol. Acompañólas la población de Setúbal; de sus habitantes pasaron a la sierra de la Estrella algunos; algunos a la provincia de Entre Duero y Miño, y a otros lugares, adonde se hallaba reparo a tanto incendio; que no dejaría de ser grande, aunque no fuese de treinta años, y aunque del todo no te despoblase España. Pareció a muchos, que si en ella hubiese quedado persona con vida, no sería grande la seca. Al rigor del sol sucedió una competencia de vientos, tan furiosa, que a los que entonces habitaban las sierras, viendo volar troncos, caer peñascos, dismantelar lugares, hizo parecer que totalmente se resolvía el elemento terrestre. Serenóse el cielo, llovió, conglutinóse la tierra dividida con fracturas espantosas, continuaron los hombres sus ejercicios.

No pocos españoles pasaron en esta ocasión a Italia; volviendo a la patria, acompañólos el poeta Homero, llevado de hallar en ellos noticia de los príncipes griegos, que por acá tenían conseguido mucho descanso. Llegó con ellos a las riberas del río Guadiana, tanto a su parecer deleitosas, que las llamó Campos Elisios. Tal sentimiento tuvo de nuestro reino un varón famoso después de haber paseado provincias y tierras grandes y regaladas.

Esta propia fama trajo en aquella ocasión a Portugal muchos franceses llamados celtas. Poblaron unos el Algarbe y la región de Alentejo por aquellas partes de junto al Guadiana; otros se mezclaron con los griegos de Entre Duero y Miño a las márgenes de este río, que con ser pequeña parte de Galicia dieron con habitarla nombre a todo el reino. Estos se llamaron ceporos, que en griego vale agricultores o jardineros, y cilenos los que fueron bajando hasta la boca del Limia. De la tierra que yace entre los ríos Garuña y Sequana salían entonces los hombres, por no caber en ella, a relajar el mundo, como ahora por la misma razón salen de Portugal los interanenses, beirones, y ultramontanos. Mejor dijéramos por no caber en sí mismos, porque están hoy en estas provincias ociosas muchas vegas por falta de cultura, conque sus naturales pudieran conseguir con trabajo virtuoso lo que buscan en tierras ajenas vagando viciosamente. Tal es la inquietud humana. Andamos huyendo de aquello mismo que apetecen los extraños. Ellos nos enseñan a estimar nuestros lares. La tierra de promisión se apareció a los judíos cuando alcanzaron a verlos, a pisarlos. Castigados con azote de fuego no los saben dejar. Mas volviendo a los celtas, ellos se dieron a la reedificación de lugares arruinados en nuestra Lusitania, fundando otros de nuevo, ilustráronla con edificios, defendiéronla con armas (952). Tomáronlas contra los fenicios, que por estos años atravesaron aquellas tierras halla llegar al Cabo de San Vicente, de donde llevaron a Cádiz los huesos de Hércules, descubiertos con su sepulcro en las ruinas de aquel templo que allí tantos años fue monumento insigne suyo (932).

Pasados los fenicios a Cádiz, así tiranizaron a los andaluces, de que se ayudaban en sus obras, que los obligaron a tomar las armas en defensa de la libertad, con tanto furor que costó la vida a muchos de los extranjeros (752). Pareció a los que quedaron con ella, que la aseguraban, retirándose a las plazas más fuertes: aumentaron el movimiento de los españoles; fueron obligados a la pretensión de mejorar su fortuna en batalla campal, y la agravaron, porque pocos escaparon vivos. Animóse el resto de ellos con un socorro de gente griega: acumuláronse los andaluces con otro de

los celtas, que ya habían salido de Portugal (y por moradores en la Iberia se llamaban celtíberos) pero en vano. Cobraron los fenicios lo perdido. En los vencidos crecían las miserias. Molestados así andaluces y celtíberos, solicitaron en su favor los celtas lusitanos, que hasta el número de sesenta mil salieron en defensa suya, tan osados y resueltos, que los fenicios fueron reducidos a miserable estrago. Un trozo de ellos retirado a Sidón, plaza ilustre suya y hoy Medina Sidonia, se puso en defensa: desengañáronlos las armas vencedoras, que acampándose en contorno los asaltaron, hasta que entrados los muros. no quedó enemigo con vida, ni piedra en su lugar; fueron grandes los despojos, mayores los de un templo de Hércules que dentro había rico y suntuoso. Usaron los portugueses en él de menos religión que codicia: raros son en aquella, raros en esta. Despojáronlo (no sin admiración de los naturales) de varios trofeos que estaban colgados por las paredes; adorno de ellas, y memoria de casos ya pasados. Por ello estuvieron los andaluces a punto de romper con los lusitanos; y aunque no lo pusieron en efecto, quedaron discordes, de manera que no prosiguieron la fortuna próspera que llevaban peleando en su compañía: quilate subido, por cierto, de religión en gente que quiso mostrar a la portuguesa la observancia de ella.

Los celtas que vivían en Portugal viéndose tan multiplicados (597), que no los podía sufrir la tierra, y no queriendo agraviar los turdetanos sus vecinos, habitantes de la marina que corre desde la villa de Setúbal hasta el río Guadiana, llevando sus ganados, y toda hacienda portátil pasaron el Tajo hacia la Beira, pareciéndoles que los túrdulos antiguos, cuya comarca se extendía por toda la costa que se ve desde el Promontorio de la Luna (hoy Cabo de Cascais) hasta el Duero, los admitirían amigablemente. No fue así, porque temiéndose de que ponían a peligro la libertad, embistieron con los celtas tan feroces que los pusieron en condición de perderse. No fuera menos, si el propio furor de los túrdulos, desordenados ciegamente, no sirviera de remedio a los nuevos huéspedes confusos, no en vano. Porque considerando que le arrojaban sin capitán, y por esta misma razón sin orden, volvieron sobre ellos de manera, que les quitaron de las manos la victoria, y se hicieron dueños temidos en la tierra los mismos que la buscaban necesitados de favor y amparo. Sucedió esto por aquellos montes adonde en nuestros días se ve la villa de Abrantes. Usaron los vencedores con tanta soberbia del vencimiento, que los vencidos engendraron fuerzas en el propio agravio. Resolviéronse en tentar segunda vez la fortuna en batalla campal. Confederáronse con los de Lisboa, a quien concedieron la elección de un capitán para todos; conocían ya que la falta de orden en el encuentro pasado había sido su total ruina.

Juntáronse bien conformes; grande el ánimo, no tanto el poder y las armas, porque las suyas en aquel tiempo eran solamente unos palos toscos y largos, tostadas las puntas al fuego con tal temple, que igualaba la dureza del hierro. Otros llevaban hondas tejidas de lana: tres cada soldado, una ceñida en el cuerpo, en la cabeza otra, otra en la mano: colgábanles a un lado zurriones de pieles de lobos con la munición de las piedras: tan diestros en el tiro, que ninguno se les perdía; resulta era del ejercicio, porque desde niños les costaba la comida haber de derribarla a pedradas de la punta de un árbol, adonde sus padres se la ponían: escuela para la destreza. Las armaduras del cuerpo o los arneses eran pieles de otros animales, repetidas unas sobre otras; quedaba el pelo a la parte de afuera, así se hacían horribles a sus contrarios. Puestos ya los dos campos de túrdulos y celtas frente a frente, aquellos presumidos por victoriosos, estos animados con el mismo dolor de su afrenta, pelearon tan pertinaces, que si bien quedaron vencedores los túrdulos, igualmente fueron heridos de los celtas. Esto les aconsejó que se asegurasen unos de otros. Trataron paces: acordáronse, dejando los túrdulos a los celtas las tierras orientales de Lusitania, que son desde la comarca de Covillán hasta la raya de Castilla, sirviéndoles de mojón la sierra de la Estrella. De manera, que entre estas dos naciones quedó la Beira dividida: la parte occidental y costa marítima a los túrdulos.

Mirábanse ellos a su parecer pacíficos, cuando se les levantó otra guerra más peligrosa, porque fueron invadidos de cierta gente que habitaba las breñas y cuevas silvestres como salvaje, sustentada del caudal de pocas cabras, vestida de sus pieles, mantenida de su leche y del fruto de las encinas. Estos, deseosos de mejorar de sitio y pasto, vinieron caminando contra los túrdulos,

desmandados con tanta barbaridad por los campos ajenos, que castigados dignamente, fueron obligados a buscar otro camino. Pasaron el Tajo; pensaban hallar algún descanso por la fertilísima campaña de la villa de Santarem; los celtas sus cultores se lo negaron, y siguiendo el ejemplo de sus vecinos, mataron algunos. Perdiendo gente marchaban orillas del río harta que descubrieron la playa marítima que tiene sus límites desde la boca del Tajo a la villa de Setúbal por la parte del mediodía, y como no hallaron aquí contradicción, tomaron asiento tan pagados de su traje y costumbres, que a toda otra persona que entre ellos iba a parar no sólo mataban, sino que la comían, de cuya barbaridad tuvo nombre de Barbárico el promontorio vecino: hoy Cabo de Espichel. Llamábanse sarrios, que en caldeo significa campestre.

En tanto que esto pasaba en Portugal, más peligrosa inundación amenazaba a España (589). Nabucodonosor rey de Babilonia, habiendo entrado la ciudad de Jerusalén a fuerza de armas, acordado de la grande afrenta con que los años pasados se había retirado del cerco de Tiro (adonde los portugueses hicieron maravillas) quiso vengarse ahora que se hallaba animado con la reciente fortuna. Hizo marchar el ejército victorioso; dióse a partido la ciudad: pasó a España el rey, con intento de bañarse en sangre de los que en el sitio le habían resistido. Eran principales los fenicios de Cádiz, que ponderando su intento salieron conduciendo mucha gente de Lusitania y Andalucía, que con las armas en las manos hizo entender al enemigo, que no había de poder menos en la patria quien fuera de ella pudo tanto. Levantóse del cerco con que ya estaba sobre Cádiz con ejércitos naval y terrestre: embarcóse, dio las velas al viento, habiendo dejado por todo el reino de Toledo, particularmente en la villa de Lucena, muchos judíos por inútiles para la guerra, y también después nada provechosos para la paz. Esta fue la primera vez y el lugar primero en que los sintió España con tanta infelicidad, que habiéndolos dejado introducir al descuido, este es hoy el mayor cuidado en nuestras provincias, para el comercio, para el honor, para la religión. Todo lo profanaron. Lloraron nuestros padres su entrada; nuestra edad la llora, y la posteridad la ha de llorar.

Mas libres ya de este tirano los fenicios, no lo quedaron así de las armas portuguesas que habían traído en su favor, porque no les pagaban el sueldo con que las obligaron a venir en su defensa. Hallándose pues vanagloriosos con habersele retirado un ejército en que venía la flor de todo el Oriente, ya no sólo pedían a los de Cádiz las pagas vencidas, sino mayores ventajas; y como en esto excedieron la razón, viniendo a las manos fueron rotos, no desanimados; porque rehaciéndose con algunos naturales, vueltos al campo, mejorado el partido, anduvieron crueles en las vidas de los fenicios: a ninguno la concedieron en el conflicto; a pocos quedó plaza en que repararse: haciéndose los nuestros señores de la Andalucía tan libres, que mucha gente de Portugal pasó a vivir en aquella provincia llamándola Turdetania. Fundaron por ella muchas ciudades, en cuanto en Cartago se aprestaba una expedición poderosa para socorrer a los fenicios de Cádiz, que oprimidos y encerrados en la isla por los lusitanos que poseían toda la tierra firme, se valieron de este medio. No se lo negó Cartago, como aquellos que eran sus amigos, sus parientes.

Cuando menos lo pensaban los portugueses surgió en la bahía de Cádiz una lucida flota, que gobernaba Mezerbal, capitán famoso por el brazo, por el consejo. Tuvieron luego algunos encuentros, en que los nuestros acabaron de conocer el valor africano, y que les era menester usar del suyo con mayor acuerdo. Nombraron por su capitán a Baucio Capeto, en la estatura gigante, en la opinión digno de aquel lugar. Ya en este tiempo estaban los cartagineses en tierra bien alojados con mucho orgullo, con mucha orden. Todo fue poco para reprimir el furor, y prevenir la industria del nuevo capitán Baucio, que deseando dar a conocer a los suyos el acierto de la elección, hizo extremos. Observó la disposición del ejército africano, al portugués mostró el arte con que había de embestir. Rompía el alba cuando furiosamente dio sobre el enemigo con tanto silencio, que no sintió el tropel primero que las heridas. Mezerbal que vio el estrago irreparable en medio de la confusión de su gente, con alguna que halló más acordada detuvo el raudal de la victoria, haciendo que los nuestros la llevasen más cara de lo que pudieran, a no oponerse un capitán de tanto valor. Pero al fin

oprimido libró su vida en la ligereza de un caballo. Baucio siguiendo el alcance de muchos multiplicó despojos. Levantó trofeos gloriosos en los altares de sus ídolos.

Algunas memorias de las cosas del mundo por estos años.

Reinando Habidis sucedió a Hely en la dignidad suprema del sacerdocio el santo rey Samuel, y Saúl a él en la Corona de Judea. Fue David ungido en rey de los israelitas. Floreció Homero y su primo Hesíodo, de quien se afirma que le venció en una justa poética. Cuando los franceses entraron en Portugal tenía el pontificado Abiatar: sucedióle Sadoc, Achima, Azarías, Joaquías, Joarib, Josafat, Joyada, Pidaya, Sedequías, Joel y Jonatán. El bermejo Absalón murió infelizmente. Salomón empezó a reinar. Y en Lacedemonia el famoso legislador Licurgo. Vivieron los profetas Elías, Eliseo, Miqueas, Zacarías, Oseas, Amós, Jonás, Osías. Nació Rómulo, ampliador ilustrísimo de Roma, en tanto que Dido fundaba su competidora Cartago. Tuvieron principio las Olimpiadas.

IV.

DAN PRINCIPIO LOS AFRICANOS A LA CONQUISTA DE LUSITANIA, DESDE EL AÑO 508 HASTA EL DE 211 ANTES DEL NACIMIENTO DE CRISTO.

Vencido Mezerbal, aun le quedaron armas y esperanzas en el conocimiento de los vencedores; porque penetrando cuanto se obligaban de términos y medios suaves, con una paz fingida se introdujo entre los lusitanos túrdulos. Ellos la tuvieron por tan verdadera, que le fiaron algunas fortalezas principales; y él entrado en ellas se empezó a mostrar superior de quien se las había fiado. Acusaban los lusitanos la poca fe de Mezerbal, Mezerbal la mucha de ellos. Conocida la industria fue motivo del arrepentimiento, y éste de movimientos varios. Así tuvo principio (509) el señorío de africanos en nuestra España.

Competía Lusitania y África en tanto que aquellos bárbaros, que en la marina de Setúbal seguían los rudimentos oscuros de sus mayores, instituían un sacrificio digno de memoria en esta brevedad. Arrojó el mar una ballena de notable grandeza; acudieron a la playa con tanto temor, que ninguno se atrevía a llegarse todo lo que era menester para ser visto aquello que corrían a ver. Abría la boca el monstruo, como salto de su elemento, y ellos le estimaron por un dios marino, que con señas pedía sacrificios. Hombres y mujeres hubo que se dedicaron liberalmente. De entre todos cupo la suerte a un mozo y una doncella. Degolláronlos, pusiéronlos junto a la ballena, estuvieron allí el espacio que tardaron algunas olas, que los recogieron al seno de las aguas. El desaparecimiento de los sacrificados tuvieron por muestra de que fuera acertado el sacrificio. Aciertos y misterios se imaginaban en las mismas culpas de que pudieran quedar tímidos y corridos. A su posteridad dejaron la ejecución de este modo de delinquir en cada un año con alguna alteración en las ceremonias, siendo la mayor, que algunos días antes el mozo y la doncella que habían de ser sacrificados se lograban libremente. Aun después de la venida de Cristo al mundo permaneció esta superstición diabólica.

Por el mismo tiempo se resolvieron los túrdulos, que habitaban las regiones referidas, en buscar otras más dilatadas. Pasaron quince mil a los campos de entre Celorico y Trancoso. Suspendieron el camino, cansados de romper malezas y breñas, y resistir en ellas a muchas fieras, y a algunos hombres tan brutos y silvestres como los mismos animales indómitos. Casi con igualdad habitaban todos estas sierras tan ajenos del trato humano, que una familia no entendía la lengua de la otra vecina con menos de dos leguas. Los túrdulos siempre mal hospedados, viendo lo poco que negociaban entre tanta bestialidad, ni con la industria, ni con la fuerza, mudando de sitio llegaron a

las márgenes del río Con. Pasáronle; poblaron todas aquellas tierras que hoy tienen las villas de Almeida y Castel-Rodrigo, comarca de entre los dos ríos Con y Águeda, hasta donde desaguan en el Duero. Ellos fueron los pueblos transcudanos, ahora Riba de Con. Aquí hubo primero una población llamada Lancia, y lancienes sus habitantes, como había otra del mismo nombre más interior en Portugal; y entonces tenían los de Riba de Con por nombre transcudanos; opidanos los de Lancia.

Aquellos rudos inventores del sacrificio ya memorado, viendo que los túrdulos vagaban, pasaron el Tajo por ocupar sus tierras (501). Salieron los que quedaron a la defensa por donde ahora se ve la villa de Tomar, mas no lo consiguieron, antes ofendidos de las armas rústicas se retiraron, dando lugar a que cubriesen sus campos, y mucho más cuando vieron que no pretendían entrar en las poblaciones. Porque los mancebos libres no habitaban casa alguna: los casados la traían consigo de cuatro palos que hincados en la tierra sostenían un toldo de pieles de cabras. Fácilmente entraron en estas vegas, y dejándolas fácilmente fueron guiando sus ganados hasta que vadeando el Mondego pararon en los contornos de la ciudad de Viseo. Esta gente que tan poco trataba de consistencias y poblaciones, vino a ser la que las fundó por toda la provincia de la Beira, dilatándose poco a poco hacia el Duero por valles y campos fertilísimos, singularmente las riberas del río Távora.

La propia fortuna, por otro estilo, corrieron más adelante los griegos que habitaban las tierras de Galicia de la otra parte del Miño, con los poseedores de la región de entre este río y el Duero, madre de los mayores regalos que la tierra sabe producir. Fue motivo de la competencia el paso, y la batalla que se dieron una de las temerosas que se habían visto; porque siendo todos políticos y diestros en las armas, tanto hicieron los unos como los otros al correr de las banderas. Costó mucha sangre a los vencedores lusitanos la suerte contraria de los gallegos vencidos.

Sus costumbres no violadas desde que entraron en Portugal hasta el tiempo de los romanos fueron estas. Eran dados a la adivinación de lo futuro en las entrañas de los animales sacrificados. Sus ídolos Marte y Minerva, por la guerra que profesaban, y por la ciencia que presumían. Ofrecíanles las manos derechas de los enemigos presos en las batallas, y a ellos mismos cuando determinaban continuarlas prolijamente, para inferir de lo que especulaban en sus intestinos la próspera o adversa que podían seguir o evitar. En los convites era singular regalo un cabrón. Las mesas redondas aun hoy se usan mucho por esta tierra. Bebían agua; cerveza cuando ocurría algún festejo grande. En tanto que comían, se tocaban algunos instrumentos de más estruendo que armonía. Tales casi todos los antiguos. Permitíase a cualquier convidado salir de la mesa, y danzar a su modo bien encurvados. Sus juegos y otros ejercicios del ocio: luchar, correr, tirar la barra. Los mozos en festines y folías (así le llamamos) cantaban alabanzas de los que morían peleando. Era el nombre de esta fiesta *Gymnopodia*, cosa muy de los espartanos de aquel siglo. Las armas, espada y daga. El estilo de entrar en batalla, dividirse en escuadrones cerrados. El hábito en tiempo de paz, largo y ancho, como siempre lo trajeron en España, hasta que tomando el de todos, vinieron a no tener alguno. Son por ello dignamente llamados los españoles, monos de las otras naciones. Cabellos largos; más gala los menos cortos. Las mujeres honestísimas, con unas túnicas que tocaban el suelo; mantos echados al hombro; ambas a dos piezas eran su cama; acostábanse sobre la una, cubríanse con la otra. Danzaban asidas de las manos en forma circular o redonda; estilo que aun se observa en algunas partes. Los casamientos se hacían a contento de los novios, no de sus parientes: la dote, dos docenas de cabras: la castidad tanta, que no se sabía que cosa fuese adulterio. En las enfermedades no consultaban médicos: poníase en lugar público el enfermo, y cada uno de los que pasaban decía lo que le sería de provecho, conformándose con la experiencia. Los que morían por justicia eran en el campo apedreados, y los caminantes obligados a echar una piedra sobre el cuerpo; así de muchas se venía a hacer un cúmulo, que se podía estimar por entierro suntuoso. Muchos de ellos se ven en nuestra patria, porque aun los pasajeros usan de esta piedad en los lugares que se sabe haber muerto algún hombre. No tenían moneda; trocando bienes se hacían las compras y ventas. Pasaban los ríos y pescaban en barcos hechos de un tronco cavado a manera de

artesas, o como los juncos de los indios. Tal era nuestra gente, tales sus costumbres. ¿Qué mucho luego con estas virtudes y templanza, si el pueblo lusitano fue vencedor tantas veces?

Ahora veremos emprender a los griegos de Entre Duero y Miño contra los de Galicia lo mismo que ellos habían los años atrás intentado contra ellos. Pasaron (480) pues el Miño hasta quince mil hombres de guerra; entre los cuales no faltaban algunas mujeres que tomaban las armas con igual brío, y no con desigual efecto. Cuando los gallegos quisieron acudir a detener el paso a los portugueses, halláronlos ya con campo formado dentro en sus tierras talándolas, matándolos. Apretados ellos, juntáronse en mayor número y mejor orden, volvieron sobre los nuestros, de manera que los obligaron a retirarse a la orilla del río, que como les guardaba las espaldas mostraron el rostro terrible a los gallegos orgullosos. Fue sangriento el combate; a todas partes costó muchas vidas. Aquí pelearon las matronas portuguesas con tanta gallardía, que la victoria fue llamada *Empresa de las mujeres*. Puso ella tanto silencio en las armas gallegas, que tuvieron los portugueses tiempo y sosiego para fundar algunas poblaciones. Queriendo dilatarlas mucho, despertaron furor en los naturales, que en un paso apretado intentaron destruir los portugueses: mas ellos encendiendo una noche muchos fuegos, marchando lo más callado que pudieron, los dejaron frustrados. Corridos de ello con más rabia que concierto, siguieron el ejército lusitano hasta que viniendo a las manos añadieron pérdida a pérdida, muriendo innumerablemente. Consintieron al fin que los vencedores viviesen entre ellos, ocupando lo que de sus tierras les agradase más. Parecióles dichosa aquella en que consiguieron este triunfo, y en ella, como en trofeos gloriosos, levantaron edificios que vinieron a parar en ciudad tan notoria, cual lo fue Iría, que hoy se llama el Padrón.

En la misma ocasión pasaron muchos portugueses al socorro de Cartago, cuando pretendía el señorío de Sicilia contra Gelón, que entonces dominaba parte de ella. De trescientos mil hombres se componía esta flota debajo de la mano de Amílcar e Himilcón: de estos serían los ocho mil lusitanos. Todos perecieron en la empresa. Mejor ventura tuvieron los siete mil y cuatrocientos que debajo de las mismas banderas cartaginesas gobernadas por el capitán Safo pelearon por aquellas partes de África, adonde ahora se ve la ciudad de Tánger, y otras que conquistó el brazo portugués, ya de tantos años atrás con posesión de triunfar en ellas. Extremadamente lo hicieron estos siete mil dejando a los de Cartago señores de muchas facciones importantes. Volvieron a su tierra famosos con la gloria, con el despojo contentos.

Vuelto el capitán Safo a Cartago, fueron enviados a España en su lugar dos hermanos suyos, Hanón e Himilcón. Con la fama que corría de los lusitanos, deseoso Hanón de tratarlos, vino rompiendo las olas del Océano en algunas galeras casi siempre con España a la vista: hasta que pasado el Guadiana, registradas las riberas de Lusitania, descubrió a pocos días el lugar deseado. Salieron en tierra con tanta veneración como si pisaran cielo, por ser en aquella parte adonde los habitantes tenían para sí que de noche bajaban los dioses a sus festejos. Hallaron algunos de los naturales unidos en catervas con las armas y rudeza del siglo, expuestos a defender las cabañas en que vivían. Mas Hanón, que pretendía usar antes de la maña que del poder, se hubo de manera que los obligó a singular amistad. Supo de ellos cual hubiese sido la grandeza y suntuosidad del templo de Hércules, su sepulcro, la traslación de su cuerpo a Cádiz, la tradición del origen de unos cúmulos de piedras, memoria del entierro de Túbal. Parecióle que se debía veneración a la noticia investigada, si ya no era lisonja para obligar los portugueses; pues hizo muchos sacrificios a las deidades del mar con asistencia numerosa de ellos, habiéndoles presentado vestidos y adornos africanos, para que en aquellas ceremonias se mirasen unos a otros con nuevo y extraño lucimiento. Así les ganó las voluntades. Levantó dos montes de tierra con eminencia grande por trofeos de su llegada en estas partes. Volvió a Cartago con notable admiración de todos.

Continuó su hermano Himilcón esta navegación aportando en el Promontorio Barbárico, que ahora se llama Cabo de Espichel, apartado cinco leguas de la garganta del Tajo. Quisieron aprovecharse en tierra de algún refresco los de la flota. Fueron acometidos con ferocidad de los rústicos que vivían en la costa, y muertos casi todos. Mal contentos los que se hallaran vivos con el

hospedaje, dando velas al viento entraron por la barra de Lisboa, adonde se vieron benévolamente oídos; y con pilotos naturales volvieron a seguir su derrota por el Promontorio de la Luna (Cabo de Cascais, último lugar de España) descubrieron las Berlengas, islas ya pobladas de pescadores, que admirados de las embarcaciones cartaginesas se retiraron al monte; mas no tanto que Himilcón no hablase con algunos de los túrdulos, en cuyo distrito quedaba toda la tierra de entre los ríos Tajo y Duero; gente más política, aun con reliquias del gobierno de Túbal. De ellos supieron los africanos mucho de lo interior de Portugal y bruto estilo de vivir de los que habitaban el corazón de sus montañas. Enseñáronles las letras con que se entendían: vistas algunas en nuestros tiempos, ninguna fue conocida. Desde aquí pasó hasta adonde el Mondego desagua en el mar. Saliendo en Buarcos, a pocos días fue reconociendo la marina que se extiende entre el Duero y Vouga, con tanto temporal que le convino entrar por este río. En su ribera halló una población de griegos. Con algunos prosiguió su descubrimiento hasta el Miño. Buen acogimiento hallaba en todos sus moradores. Cortando otra vez el mar de Lusitania recia borrasca puso en peligro todos los vasos: chocaron no pocos y perecieron, los esparcidos surgieron en el puerto de Gaya tan destrozados y rotos que se fueron a fondo algunos; salvóse la gente. Parte de ella volvió a embarcarse con Himilcón que salía a valerse de su hermano Giscón que estaba entre los andaluces. Parte quedó con los naturales. Después (431) pasaron a vivir donde ahora se ve la ciudad de Braga, a que dieron principio, llamándola así en memoria del río Bragada que corre por la parte de África: naturaleza de los nuevos fundadores.

A Himilcón sucedió en el gobierno de las cosas de España Aníbal su primo, que sabiendo la nueva población de sus naturales, la bondad del sitio, la afabilidad de los lusitanos, se resolvió en ver personalmente aquella punta de tierra y remate de toda Europa, que su primo Hanón había visitado. Junto de la villa de Albor fundó también una población ilustre, porque allí quedaba segura de los que habitaban la campaña, con los brazos del mar que ciñen el Isleo, y para sus embarcaciones tenía un seguro puerto en la hermosa bahía que se dilata entre la isla y tierra firme. Llamóse de Aníbal este puerto. Así con disimulación, que parecía amor, fueron ganando los corazones portugueses, creciendo en poder, fuerzas y plazas, con que se hicieron señores de las importantes de España, en que entró buena parte de Lusitania con toda la marina que corre desde el Guadiana hasta el Cabo de San Vicente.

En tanto (420) se levantaron entre portugueses y andaluces unas diferencias al principio tolerables, después deshechas en un espectáculo sangriento. Andaban los turdetanos en Andalucía prósperos: intentaron pastar en los campos de los antiguos vándalos, que acudiendo a defenderlo con las armas, combatiéndose variamente, mas siempre con aspereza y ardimiento, ganaban y perdían, hasta que los turdetanos, de cierto recuento salieron huyendo con dejar un despojo rico. Llevaban todavía un deseo grande de restituirse la fama y gloria perdida. Convocaron los confinantes, y por medio de ellos veinte y tres mil portugueses. No se descuidaban los andaluces, que con premios grandes trajeron en socorro suyo el capitán Aníbal con el ejército africano, que entonces alojaba en Cádiz. Llegado el termino, puertos en orden los escuadrones, roto el aire con instrumentos guerreros, y voces innumerables, se trabó un arduo y admirable caso en armas. Ya los lusitanos y cartagineses tenían conocido que en la gloria o en la infamia aquí ganada o padecida, se libraba la exaltación, o precipicio para largos tiempos. Dudosa estuvo la victoria un día entero. Faltaba el tiempo, no el furor, la bravosidad, la ira, y la esperanza en alguna parte. No bastó a dividir las una revolución arrebatada de elementos con que el cielo arrojaba rayos, truenos, mares, ni aun la muerte del mismo Aníbal, que en lo ardiente de la batalla perdió la vida, mas no la gloria de lo que supo y pudo obrar en aquel conflicto. La noche solamente por haberse entrado tenebrosa apartó los ejércitos, que ya en un mar de sangre pisaban ochenta mil cuerpos muertos. Los heridos fueron tantos, que cuando al otro día miraron en sí propios, una pérdida espantable; la misma admiración fue árbitro entre la pertinacia y el remedio. Con silencio triste dejaron el campo.

Quedaron tan quebrantadas las fuerzas de los lusitanos, que los bárbaros de la marina tuvieron ánimo para armarse contra ellos. Los celtas recogiendo sus ganados a lo interior de sus tierras corrieron a defenderse. Salieron maltratados de una batalla grande. Cobraron brío con ver mudar para Lusitania los turdetanos, que vivían en Andalucía, porque se miraban poco favorecidos de los naturales, y menos de los cartagineses con la memoria fresca de la muerte de su capitán. Uniformes ya los celtas y turdetanos salieron en busca de los bárbaros victoriosos: obligáronlos a pelear de poder a poder en campo raso, fuera de su costumbre, que era con asaltos repentinos, y retiradas perpetuas. El combate fue espantoso. Los rústicos procedían tan rabiosos, que dejadas las armas se abrazaban a sus enemigos, y con los dientes mataban ahora más que con ellas. Todavía como aquellos peleaban con acuerdo y disciplina militar, así cortaban en estos, que pocos quedaron con vida para reconocer el estrago lamentable de sí mismos.

Esto en Portugal; cuando los cartagineses andaban ocupados en las guerras de Sicilia, y vencedores entre los griegos de Atenas (403), adonde renovando los moradores de Agrigento las discordias pasadas, importó a los de Cartago llevar entre otra gente española tres mil lusitanos con que ejecutaron la desolación de los agrigentinos y de su ciudad. Envolviéronse consecutivamente con Dionisio de Sicilia, y con más otros tres mil portugueses celtas, desbarataron al tirano en una batalla, con tanto valor que en el campo fueron rendidos veinte mil contrarios. Mas lo que estos no pudieron, pudo la miseria natural y humana; de enfermedad quedaron todos por aquellas partes. Ni gozaba entonces mucha tranquilidad España, porque enojado el cielo enviaba castigos de tormentas y esterilidades, con que perecían no solamente los hombres, sino las mismas fieras, que contra su naturaleza, obligadas de tanto infortunio, dejando las breñas, se entraban por las puertas de las poblaciones, como rendidas y necesitadas.

De Cartago vino a España por gobernador de Andalucía Hanón segundo. Pasó a Lusitania: desembarcó en el puerto de Aníbal: juntó siete mil portugueses para volver sobre los andaluces rebeldes, no sin causa. Grande se la había dado el capitán moderno con su soberbia y tiranía. Falta la noticia de lo que obró con esta gente.

Poco tiempo adelante los celtas de Alentejo, viendo muy llena su provincia con los turdetanos que entre ellos habitaban, acordaron de entrarse por la tierra. Para esto celebraron sacrificios, y en las aras de sus ídolos juraron de corresponderse con tanta consistencia, con tanto amor, con tanta igualdad, como si todos juntos fueran un cuerpo solo. En la solemnidad de este juramento estaban sobre la playa del mar (muchos siglos después ilustrada con la villa de Alcácer do Sal) cuando vieron que las proas de cuatro bajeles empezaban a tocar la arena. Gente traían no poca del Peloponeso, que fatigada con varias guerras, buscaba algún rincón del mundo adonde pudiesen reposar. Dijéronlo a los turdetanos, que en demostración festiva de su llegada, continuaron con ellos los sacrificios comenzados. Detuviéronse pocos días. Juntos y conformes, pasaron el Tajo con beneplácito de los griegos de Lisboa y su contorno. Pagados de las riberas fertilísimas del río Munda o Mondego, dejaron en ellas gente capaz de fundar una población. Los que la hicieron fueron los turdetanos andaluces llamados colimbrios o columbros en lo más eminente de aquel campo: de este último nombre suyo le dieron el de Colimbria. Esta es hoy Condeixa la Vieja, cuyas ruinas notables y antiguos muros llenos de inscripciones romanas muestran bien cuál era su grandeza. No falta quien le de por fundador a Hércules Líbico, y quien a los cartagineses cuando señoreaban esta provincia: opiniones que pusieron en duda el tiempo de su fundación. Prosiguiendo los griegos su camino con nuestros lusitanos (372), antes de llegar al río Vouga fundaron a Eminio (es la villa de Águeda entre Aveiro y Coímbra), ciudad entonces populosa, que en tiempo de godos y romanos tuvo iglesia catedral de las ilustres de España. Fueron también fundadores de Talabrica, ahora villa de Aveiro. De Lavara, ciudad notable por diferentes memorias, mas falta la del sitio que ocupaba; el nombre permanece en una aldea, que junto a la marina dista dos leguas de la ciudad de Oporto. De la otra de Lamego, que llamaron Lameca, y Laconia, de las que fabe el silencio y el olvido. Deban estas la memoria, o a su grandeza, o a su ventura.

Ya por estos días andaban discordes entre sí nuestros fundadores, cuando entraron por la provincia de Entre Duero y Miño. Fueron mal recibidos de los africanos de Braga, que informados de esta compañía así vagante, tomaron las armas, antes con prevención a su defensa, que con prontitud a ser ofensores. Conocieron en los huéspedes nuevos, aunque diferentes en tratos, en lenguas, en costumbres, un ánimo sencillo y sano. Concediéronles paso libre, con que llegaron a las márgenes del río Belión o Lima, adonde una desconformidad desatada en cruel batalla, entregó al cuchillo y al furor lo mas estimable de todo el ejército. De aquí tuvo principio llamarse Leteo el Lima, porque cuando lo quisieron pasar estas naciones, olvidadas del amor con que hasta allí pisaron varias dificultades, se dieron la muerte unos a otros: ya todo era desorden. Cada familia, como pudo, depuestas las armas, se dio por aquella parte a la cultura de los campos con el favor de sus antiguos cultivadores, que mirando disconformes tanta gente, les distribuyeron tierras en que pudiesen trabajar. Divierte un cuidado lo penoso de otro.

En sosegada paz se miraron los portugueses y africanos (359), que tenían el Puerto de Aníbal y otros lugares al tiempo que Boodes, capitán cartaginés y sucesor de Hanón en España, entró por Lusitania solicitando el amor, la fe de nuestros naturales con regalos, con caricias; lazos ya conocidos para prenderlos. Reducidos los primeros a su devoción, rematadas las capitulaciones, mataron con solemnidad algunos animales delante de un ídolo de Hércules, a quien siempre la gente de Portugal y de Cartago dedicó respeto, veneración y culto, unos por haber reinado entre ellos, otros por traer su origen de Tiro y de Sidonia, adonde el ídolo fue adorado por defensor particular de la provincia. En virtud de la paz reciente con disimulación para sus intentos y esperanzas, persuadió Boodes a los lusitanos que convenía fundar una nueva plaza, y de común consentimiento dio principio a la ciudad de Lacóbriga en el Algarbe. Esta es hoy la de Lagos.

Recogido a Cartago Boodes, sucedióle Maharbal, tan afecto a la gente portuguesa, que llevada ella de una singular blandura con que procedía, le hizo Señor de casi todo el reino del Algarbe, y parte no pequeña de Lusitania, con tanta sujeción y reconocimiento, que apenas dejaba de ser colonia de Cartago. Estando pues entre lusitanos en el Puerto de Aníbal, la metrópoli del gobierno africano, aportó allí un navío de griegos naturales de Chipre, enemigos frescos de los cartagineses. Fue luego entrada de los nuestros, sin que valiese a los chipriotas abrazarse con los ídolos que traían de Venus y Cupido. Poco después penetró Maharbal la tierra con buen trozo de gente por tratar la portuguesa. Teniendo noticia de la ciudad de Elvas, población ya notable, entró en ella con tanta maña, que obligó sus moradores a que con amor particular le recibieren y trataran. En ella o por sus contornos que visitaba, le dio una enfermedad grande: consultados los adivinos, sacó en limpio que el dios Cupido estaba enojado contra sus cosas, por haber ofendido los chipriotas, de quien era venerado: y que por ello, y por el desacato conocido contra su imagen le debía erigir un templo. Obedeció Maharbal: dio luego libertad a los griegos, empezó la obra con tanto fervor de los portugueses, que en pocos días estuvo colocada en altar suntuoso la imagen de la deidad enojada. Era ella de plata, los ojos cerrados, un corazón en la boca, alas en los pies. Fue levantado este edificio junto a Villaviciosa en un lugar llamado Terena; frecuentado grandemente de los antiguos lusitanos con el nombre de Endovelico, que hoy se lee en varias piedras y inscripciones de aquel tiempo. Que traigamos una por desempeño de todas bien lo permitirán los curiosos a nuestra brevedad. Está sobre la puerta de San Agustín de Villaviciosa, adonde desde Terena la hizo traer con otras el duque de Braganza Don Teodosio.

C. JULIUS NOVATUS
ENDOVELICO PRO SALUTE
VIVENNIAE VENUSTAE MA-
NILIAE SUAE VOTUM SOLVIT.

Esto es; que Cayo Julio Novato cumplió el voto hecho al dios Endovelico por la salud de su Dama Viviana Venusta Manilia. Devoto estaba el amante. Acabaría entonces una fineza en amar

(perdonen las hermosas de nuestros años) lo que ahora un interés sin amor. El templo tenía sacerdotisas, gobernábales un sacerdote: sacrificábase en él con ceremonias diferentes. Una de ellas. Traíase un cordero blanco y el sacerdote iba quitándose todos los vestidos ordinarios hasta quedar desnudo; cubríase una veste blanca tan larga que arrastraba por el suelo, de tal manera abierta, que la espalda y brazo izquierdo quedaban descubiertos. Abría el cordero con la mano derecha, y sacándole el corazón con la otra, lo echaba en brasas. Daba a entender con estar desnuda aquella parte, que no había de tener el corazón cubierto de nubes viciosas quien los había de consagrar a las deidades. Rematado este edificio (340), dio Maharbal la vuelta a su patria.

Aquellos chipriotas que de este capitán fueron maltratados, tomándoles sus haciendas, sus hijos, sus mujeres, sus dioses, quedaron tan favorecidos de él (después que comenzado el templo se vio con la salud restituida) que lo menos que ya tenían era lo que trajeron. Las imágenes vieron veneradas en aras suntuosas, las haciendas crecidas en lugares fructíferos; aquellas y estos levantadas y concedidos por los lusitanos, que estimaron su compañía a ejemplo de lo que sus ídolos Maharbal. Junto a la villa de Cacen fundó esta gente la ciudad de Miróbriga: irrefragable testimonio son de su asiento sus vestigios. Resultó el nombre de las oficinas de fundir metal con artificio extremado, propio de estos fundadores, que por ello se llamaban Mirones. La mitad primera de este nombre junta al otro de Briga (que es fortaleza, y común a casi todas las de España) hizo el de Miróbriga, que también fue celebre por las excelentes obras, de esta calidad, vistas en ella; y conocida por el culto que seguía de Vulcano, dios de tales fábricas, cuya imagen bien esculpida fue hallada en sus ruinas.

Por este mismo tiempo, cuando Alejandro rey de Macedonia, ya domador de toda el Asia y de cuanto yace entre los ríos Indo y Eúfrates, venía dando la vuelta, le aguardaban en Babilonia embajadores de todas las provincias del mundo. Entre ellos no fue de menor lucimiento Maurino lusitano.

Asolada la ciudad de Tiro con las armas de Alejandro, y favoreciendo los sidonios, que militaran debajo de sus propias insignias, a los tirios, de manera que pusieron en salvo quince mil de ellos, derramándose por varias partes, una grande cupo a nuestra Lusitania. Tratando con los que entonces tenían en ella el peso de las pretensiones de Cartago, les fue distribuido sitio adonde vivir y hacer una población, interviniendo el consentimiento de los portugueses. Sin él inútil fuera el de los capitanes africanos. Condición hubo de que entre los consentidos vivirían los consentidores naturales: por gozar igualmente de sus oficios, sus magistrados. Aun no estaba empezada la ciudad, ya había codicia para su gobierno: tanto previene el deseo de mandar. Natural es de portugueses, o sea grandeza del pensamiento, o sea vicio de la inclinación. Fundaron en pocos días la villa de Mertola, entonces Mirtiri, que entre ellos valía tanto como la Nueva Tiro. Fue municipio romano. Corriendo los siglos se hallaron en sus ruinas muchas estatuas, columnas, frisos, señas notables, testigos de su grandeza pasada, y del primor y policía de la gente tiria.

Años adelante se vieron los griegos de Entre Duero y Miño tan apretados en la tierra con la compañía de los celtas y turdetanos (los que disconformes al pasar del río Lima se habían derramado por aquellos valles) que de común consentimiento, así como en naufragio se suele perder ropa por no peligrar de todo punto, enviaron sus hijos a poblar en regiones diferentes. Una de ellas las montañas de Asturias, si bien habitadas de otras naciones, crecidas con los nuevos huéspedes. Otros se extendieron por las riberas del río Ezla, famoso con sus estilos portugueses ahora, y después con Lira portuguesa.

Pasado algún tiempo, los africanos de Cartago entre otra parte de España, conducida para la expulsión de Pirro rey de los epirotas apoderado de Sicilia, llevaron dos mil portugueses celtas, con que en batalla naval consiguieron una victoria no poco celebrada de los autores. Con ella se adelantaron tanto los cartagineses, que nadie por estas partes se les atrevió largos años: hasta que los vencieron los romanos, que en todas entonces lograban triunfos.

Continuando Cartago sus expediciones envió a España Amílcar Barcino, sujeto lleno de valor, suavidad y devoción para la guerra, para la paz, para los dioses. Pueden mucho las primeras dos cosas, y muchísimo con los portugueses la última, que siempre entre ellos fue primaria la frecuencia del culto de la religión. Todos miraban a Barcino ocupado en romerías, alegre y favorable; y más entre los nuestros, cuando vio la fidelidad con que cumplían lo capitulado. Visitó el templo del dios Cupido o Endovélico, ofreciéndole riquísimos dones; de oro puro un arco, aljaba y flechas, que permanecieron colgados sobre el ídolo hasta que entrado Julio César en España lo robaron todo sus soldados. Pasó a Lisboa con el propio intento de visitar el templo de Minerva, obra de Ulises a la sazón famosa. Por inclinar la gente lusitana a las cosas de Cartago con más aliento (esto le obligaba a tantas demostraciones) se resolvió en casar con mujer portuguesa; natural era de Lisboa, en el nacimiento de lo más ilustre, en la hermosura de las más célebres. De este matrimonio nació el famoso capitán Aníbal, que después, tan ayudado de los portugueses contra Roma, se descubrió bien que los hacía seguirle en guerra tan peligrosa la fuerza de la propia sangre. A Cartago se recogía ya Barcino con su mujer cuando le nació este hijo, aun en los límites de la Lusitania, bien cerca del puerto antiguo de los cartagineses, en la isla que entonces se llamaba Tricuada, y hoy Coalleira.

Pareció tan acertada en Cartago la industria de que había usado Barcino en aparentarse con portugueses, y tan importante por la misma razón entre ellos su asistencia, que le enviaron segunda vez al progreso de sus intentos y esperanzas en nuestras provincias. Trajo consigo su mujer, de quien ya tenía cinco hijos, Aníbal, Asdrúbal, Magón, Anón y una niña. Después de acomodar varias cosas en la Andalucía pasó a Lusitania con intento de hacerla el seminario de sus empresas. Convocado un ejército numeroso, salió de Portugal tan felizmente, que puso debajo del imperio de Cartago todas las tierras marítimas de entre el Fretto Hercúleo y los montes Pirineos, presidiendo las plazas conquistadas con fuerzas para resistir a cualquier movimiento. Ya en estas ocasiones se hallaba el mozo Aníbal (que había no solamente de ser heredero, antes sobrepasar el valor de su padre) para que en tan ilustre escuela se hiciese digna de cumplir el juramento celebrado en los altares de Hércules, de gastar la vida en desbaratar la gente romana.

En medio de estos triunfos sucedió que los vetones (pueblos de la Lusitania entre los ríos Duero y Con, cuyos términos incluían las ciudades de Salamanca, Ciudad Rodrigo, Lapara y otros lugares hasta el Tajo) teniendo antigua enemistad con los celtas de Alentejo, y con los turdetanos confederados suyos, ponderando cómo la más florida gente había seguido las banderas de Barcino, determinaron vengarse de agravios envejecidos: corrieron sus campos, todo se resolvía en fuego. Alteróse Lusitania de manera que los celtas pidieron licencia a su capitán para acudir a la defensa de sus casas. Él, que les deseaba fortuna próspera, se vino con ellos. Rompía el ejército por lo interior de España, no sin dificultades de pasos aspérrimos. Sufrían todos el trabajo con serena frente, llevados de la esperanza de asaltar los vetones descuidados en su provincia. Ellos todavía prevenidos con avisos y socorros de los focenses, aguardando en sitio conveniente, tenían delante cargados de leña muchos carros con sus bueyes como si hubiesen de caminar. Admirábase Amílcar de la resolución y ánimo de los vetones, mucho más de la máquina. Hizo embestir los celtas contra todo aquel aparato. No les valió el concierto con que lo ejecutaron, porque el enemigo dando fuego a la leña espantó los bueyes de suerte que tirando los carros sañudamente, desordenaron los escuadrones de los celtas que venían peleando con grande disciplina militar, sin que la diligencia de Barcino fuese bastante al remedio, en cuya pretensión perdió la vida tan valerosamente, que no fueron los vetones de balde vencedores. Así acabó este capitán famoso, dejando la gloria de tantas victorias en la mano de aquellos portugueses, con lástima grande de los que le seguían; y no menos de Cartago, que en su valor tenía librado un fin glorioso de todas sus esperanzas. Asdrúbal, yerno suyo, rigió las reliquias del ejército derramado, y juntándole con Aníbal, de común poder, dieron sobre los focenses, autores de la rebelión pasada, con intento de vengar la pérdida, mas fueron resistidos con el socorro de los vetones, que le quisieron remunerar el beneficio recibido, de manera que le hallaron necesitados de valerse de máquinas de guerra, y de más gente portuguesa.

Conducidas esta y aquellas en áspero combate fueron humillados los focenses y sus amigos: a ninguno que pudiese tomar armas le concedió la vida, mostrándose Aníbal en el combate tan hijo de su padre, que ya los soldados no le hallaban menos.

Concluida esta guerra, Asdrúbal supo que los celtas de Alentejo tenían larga desavenencia con los vetones de quien eran siempre mal tratados, y más ahora que los miraban faltos de gente; la más lucida le habían abrasado los carros de fuego. Pasó a su socorro dejando a su cuñado Aníbal en Andalucía. Castigó los ofensores bien a satisfacción de los ofendidos. Así cobraron tanto brío, que entrándose por sus tierras, a sangre y a fuego lo ponían todo. Viéndose los vetones inminentes al mayor peligro, eligieron por su capitán un valeroso y rico portugués llamado Tago, con cuyo gobierno se halló Asdrúbal tan apretado, que le fue forzoso usar de toda su prudencia, de todo su poder, hasta que en una batalla degolló la caballería vetona. Tago solicitó conciertos y paces. Fuéronle concedidas, mas contra la fe jurada le prendió. Asdrúbal, y a los suyos, que viéndose en el último peligro, a buen precio quisieron vender las vidas. Trabóse una batalla recia. A manos de Asdrúbal murió Tago con crueldades indignas de un capitán valeroso, si bien propias de la infidelidad africana. Quedóse con el gobierno de la gente de Cartago en España. Pasó a África Aníbal.

Los romanos que sabían la prosperidad de los cartagineses en nuestras provincias, y se las envidiaban, sucediendo que los franceses de Marsella, sus confederados, trataron con los saguntinos y otros pueblos de la unión con Roma la admitieron. Refuljó de ello que Aníbal, apareciese más presto en España, adonde halló ya muerto su cuñado Asdrúbal, muy como lo merecía la infidelidad usada con el capitán portugués. Éralo un criado suyo, y deseaba vengar su muerte injusta. Viendo un día a los cartagineses ocupados en ciertos sacrificios, y Asdrúbal en medio de ellos coronado de flores, rompiendo por entre todos le dio de puñaladas, con que le dejó sin vida. Diligencia por librarse no la hizo, atormentáronle y murió contento; porque se vea lo que puede una resolución grande, y que el obrar bien, no el poder mucho, es el fiador de la vida.

Algunas cosas notables del mundo por estos años.

Sucedieron en el pontificado Joatán, Nerias, Ofaías, Celo Helcías. Vivió el buen rey Ezequías, en cuyo favor envió Dios aquel ángel guerrero, que en el ejército de Senaquerib rey de los asirios, mató una noche ciento y ochenta y cinco mil hombres. Sucedióle el perverso Manasés, que hizoerrar al gran profeta Isaías, abuelo suyo. Tobías. Numa Pompilio segundo rey de romanos. Cuando los túrdulos se mudaron, fueron pontífices Azarías, Serayas, Josedec, Jesús su hijo. Solón florecía en Atenas: Falaris Agrigentino atormentaba los hombres en el toro de bronce. Caminó Tobías el mozo con el ángel. Sucedió el crimen de los viejos con la casta Susana: poco adelante, la muerte de la hermosa Lucrecia. Ciro y Darío se señalaron en armas; aquel dio licencia a los judíos para reedificar el templo; éste hizo singulares favores al profeta Daniel. Vio el rey Baltasar la mano que escribía en la pared la sentencia de su muerte.

Comenzó Roma a ser gobernada por cónsules. Vivían los filósofos Pitágoras, Anaxímenes milesio, Jenófanes, el jocosos Esopo. Años adelante la valerosa matrona Judit ejecutó aquella hazaña notoria en el cerco de Betulia; Zopiro la suya en el de Babilonia. El romano Horacio Cocles la defendió sólo a todo un ejército el paso. Coclea su hermana la de pasar a nado el Tíber con sus compañeras. Mucio Scévola la de abrasarse la mano por errar el golpe que encaminaba al rey Porsena. El rey Darío dio premios grandes a un privado suyo por haberle alabado la verdad. Restauró Esdras los libros de la ley. Leónidas florecía. En los principios del puerto de Aníbal fueron sacerdotes sumos Joaquín Eliasib, Joyada. Fue la reyna Vasty por su altivez repudiada de Asuero, y puesta en su lugar Ester. Sucedió el castigo de una horca a la privanza de Amán con este rey.

Eran capitanes famosos en Grecia Alcibíades, Blásides, Lisandro. Filosofaba el divino Platón, que antes de eso fue soldado, y después maestro de Aristóteles. Éralo de Filipo macedonio el

valeroso Epaminondas. Furio Camilo impidió al francés Breno la venta que hacía a los romanos de su propia libertad. Cuando en Portugal se fundaba el templo de Endovélico tenía el pontificado Jonatás, sucediéndole Hiado y Onías. Alejandro triunfaba por todo el mundo. Curcio romano dio la vida por la patria. Tolomeo Filadelfo, rey de Egipto, juntó en Alejandría una biblioteca de sesenta mil libros. Con su diligencia logró el mundo la traducción del Libro de la ley escrita en hebraico. Escribió Jesús hijo de Sirac el otro del Eclesiástico. Asdrúbal andaba en España teniendo la dignidad pontifical Eleazaro, Manasés, Simón el Justo, y Onías.

V. **DESDE EL AÑO 222 HASTA EL DE 200 ANTES DEL NACIMIENTO DE CRISTO.**

Aníbal, por su madre portugués y uno de los más ilustres capitanes del mundo, de disposición gallarda, de entendimiento claro, de ingenio grande, empezó de edad de veinte y seis años a gobernar los ejércitos de Cartago, juzgando de sí que había nacido para incendio de toda Italia. Entrado le dejamos segunda vez en Lusitania. Grande pensamiento le trae: gente de pensamientos grandes trata; mucho promete lo primero, mucho lo segundo. Procuró luego ejercitar los soldados con que se hallaba, fiado más que en su número, en su industria, en su valor. Visitó los africanos, visitó los naturales, a ningunos era extraño, a todos excelente, allí con todos dio nueva vida a su pensamiento. Supo en Lisboa de sus parientes y amigos cómo los celtas de Alentejo tenían por capitán y gobernador un portugués con título de rey: llamábase Viriato: no aquel que tuvo puesto el lazo a la garganta romana; mas merecía por su valor la púrpura. Resolvióse Aníbal que le importaba tenerle afecto en ocasión tan grande. Cortando lo mediterráneo de la provincia se fue a ganar la amistad de este rey. Asegurado de ella, por varios modos alcanzó de él que le ayudaría en toda empresa honorífica. Fue la primera prenda de su palabra un golpe de gente lusitana; considerable el número, la calidad mayor. Nunca la espada portuguesa debió triunfos a la multitud de los ejércitos, sino a la grandeza de los corazones.

Ganados estos (no en vano los solicitaba Aníbal primero) pasó en Andalucía. Casóse allá, por obligar más los andaluces, con Hemilce, señora ilustre y rica, a imitación de su padre con los portugueses. Tuvo la misma suerte: parientes, amigos, socorros. Entablado su juego con tan gentil artificio; conducidas de varias partes varias gentes, restaba romper el nudo de un concierto que los años pasados dio su cuñado Asdrúbal con los romanos codiciosos del imperio de España. Hizo llevar sus banderas contra Sagunto, ciudad ya confederada y amiga de la República de Roma. Tuvo prósperos sucesos, con que marchó el ejército orgulloso sobre los vaceos y otras naciones, hasta que bajando a los límites de Lusitania en que vivían los vetones, matadores de su padre Amílcar, talando los campos del contorno de Salamanca, la apretó con duro sitio. Ellos opresos compraron su libertad al cercador, como ya los romanos al francés Breno. Mas levantado el cerco entraron tantos lusitanos en la ciudad con armas, municiones y bastimentos, que quebrando la palabra y el concierto, obligaron a segundo asedio, a nuevo furor. Con tal tesón fueron combatidos, que todo lo que en ellos obraba la pertinacia fue vencido del aprieto. Pidieron que los dejasen salir con un vestido solo. Concedióse Aníbal. Salían sin armas, pero con industria no imaginada, tenían ordenado a las mujeres que debajo de sus vestidos las llevasen. Apenas habían salido cuando al parir ellas armas y tomarlas ellos arrebatadamente, se vio el capitán africano en un caso no esperado. Por entre su gente descuidada de tal ardid, se iban abriendo camino los vetones. A no ser vastísimo el campo enemigo, pudieran prometerse mejor ventura. Fueron degollados casi todos: y a todos perdonara Aníbal, si con la demostración valerosa no hubieran seguido la esperanza: porque a los que la pusieron en la fuga, concedió la vida, y premió la hazaña. La mayor de un capitán victorioso, es el estimar a los

valerosos vencidos. Ya temido al paso que triunfante acabó de publicar el fuego que le abrasaba, o el ánimo que tenía contra las cosas de Roma.

Con ciento y cincuenta mil hombres de guerra y veinte mil caballos ligeros le vio la ciudad de Sagunto ceñir sus murallas. Escalándolas, al cabo de ocho meses que resistió con valor increíble, quedó declarada la guerra cartaginés y romana. Prevenido Aníbal juntaba gente. Las victorias y la fama le servían ya de conductores. De Lusitania llevó mucha. El rey Viriato, mostrando la puntualidad con que sabía ejecutar lo prometido, de portugueses, celtas y túrdulos compuso un escuadrón lucido y fuerte con que partió para Andalucía, por acompañar a Aníbal. Su hermano Amílcar desde Sagunto solicitaba aquella gente robusta de Entre Duero y Miño. Copia considerable y bien armada fue lustre de su ejército. También le siguieron los vetones, con quien su padre y cuñado habían tenido áspera guerra. Llamólos él, que no ignoraba cuál fuese su caballería y destreza: en primer lugar los que vivían por donde el Tajo hace su entrada en Lusitania. Un escuadrón gallardo de caballos ligeros capitaneaba Balaro, portugués en valor como en nacimiento.

Aníbal fía a su hermano las cosas de España, déjale más de doce mil africanos con dos mil y quinientas lanzas, hace una expedición para Cartago de quince mil infantes españoles, y mil y doscientos caballos, seguridad prevenida de sus presidios. Sale de España (218) con ciento y dos mil combatientes. Fue venciendo las dificultades de pasos casi impenetrables por serranías peñascosas, en que gastó cinco meses. Perdida grande la del tiempo, grande la del campo. Treinta y seis mil hombres le consumió el camino. Con el resto se empezó a hacer temido de todo el poder de Roma: porque saliéndole al encuentro por la campaña de Lombardía el cónsul Cornelio Escipión (padre de Escipión Africano) fue tan mal hospedado de nuestras armas, que herido en la cabeza le convino retirarse a Plasencia. Aquí se juntó con él Tito Sempronio. Volviéronse a afrontar los dos ejércitos. Campo fue de la batalla la margen del río Tíber. En vano se mostró valerosa la gente romana en estos dos conflictos: con muerte de treinta mil se vio rota y destrozada.

Asombróse toda Italia, previno defensas, en cuanto Aníbal con principio glorioso pasaba el Apenino, adonde por el rigor del tiempo quedó ciego de un ojo. Salieron los cónsules Neyo Servilio y Cayo Flaminio a recibirle con menos osadía que número de gente. Daños bien conocidos recibían del ejército enemigo, siendo los principales autores de ello los capitanes portugueses Viriato y Balaro. A su pesar eran sufridos los romanos. Menos Flaminio, que buscando al emperador del ejército africano, le vino a hallar junto al lago Trasimeno. Ganáronle las espaldas los baleares y caballería portuguesa, cerraron todos con bravosidad y esperanza; asombro, horror y sangre trajeron a todas partes los instrumentos y la grito y los golpes. Murió el cónsul Apio de una lanza arrojada del brazo de Mogón, hermano de Aníbal. Andaba remediando el estrago del ejército por muerte de Flaminio. Juntando las reliquias de él, quiso el valeroso Mamercio romper por el medio de los enemigos; mas encontró con el escuadrón portugués, a cuyas manos (aquel día superior a todos) perdió la vida; no la fama de haberla perdido gloriosamente.

No anduvo menos terrible el rey Viriato; porque siguiendo, en compañía de Maharbal, capitán de la caballería, un escuadrón de seis mil romanos, vino a ser el último rayo que deshizo y borró toda su esperanza, toda su gloria. Cartago perdió dos mil hombres, treinta mil Roma. De ella salió Quinto Fabio contra Aníbal: púsole en cuidado; no hizo poco sin que hiciese otra cosa. Sucedióle Lucio Emilio Paulo, y Cayo Terencio Varrón: el primero reportado, pertinaz el segundo, que con solo su parecer presentó batalla a los nuestros. Tiempo breve le hicieron ellos el de su engaño. No perdían lance. Pusieron en confusión y rota las armas contrarias. Viriato, que con su gente obraba extremos, advirtiendo que el cónsul Servilio, hombre de singular esfuerzo, con un trozo de romanos se sustentaba en lo más áspero del combate, hecha señal a los suyos que le siguiesen, dio de espuelas al caballo, y haciéndose camino le atravesó con su lanza, mostrándose a los otros tan airado, que ninguno quedó vivo. Caso celebrado luego de los portugueses con el estruendo de gritas al son de los paveses o escudos que tocaban unos en otros a la usanza de aquel tiempo. Cuando el cónsul Emilio, que se miraba apenas con esperanza, viendo muerto a Servilio, y en las manos del

lusitano despojos suyos, que llevaba para hacerse conocer por tan ilustre hazaña, rompió por los escuadrones portugueses furiosamente, y con una lanza hizo en Viriato lo que él antes había hecho en Servilio. Contentóse con morir vengado; porque al fin no pudo excusar la muerte que le dieron los lusitanos; vengando ahora la de su rey, así ajenos de piedad, que discurriendo por el campo, no trataban de otro despojo que sangre romana, vidas romanas, tan encarnizados, que tal vez volvían a herir los muertos por los vivos. Roma aquel día (216), que fueron veinte y dos de agosto, se halló con cincuenta mil soldados menos.

Victorioso y triunfante paseaba Aníbal lo mejor de Italia, en tanto que de Roma enviaban a España Neyo Escipión, que ya fuera desbaratado en Lombardía. Con él tuvo Asdrúbal, que por su hermano gobernaba los africanos, algunos encuentros de que salía con victorias grandes. Después, desdeñado de la fortuna, se halló necesitado de pasar a Lusitania, adonde hizo gente lustrosa. Juntóse con un rey llamado Mandonio agraviado de los romanos. Ya conformes, no sólo reprimieron la corriente de Escipión, sino que le obligaron a usar de alguna industria por no encontrarse con ellos. ¿Quién se asegura de lo que imagina? Así se mejoró la suerte de los confederados, así declinó la de los nuestros. Fue desbaratado después por los romanos el capitán Asdrúbal, que pasaba a Italia. Retiróse a Cartagena. Volviendo a Portugal hizo nueva gente. Con ella y otros socorros de naciones diferentes le vieron cobrar aun más de lo perdido; fama, despojos. Costó la vida a Cornelio Escipión, hermano de Neyo, que después le fue compañero en estas empresas, y poco adelante del propio Neyo. Mucho se inclinaba la opinión romana; y a esa cuenta se vio titubear la constancia de algunos presidios andaluces y catalanes, rindiéndose a Cartago los más de ellos. En todos dejaba Asdrúbal, por seguridad incontrastable, gente portuguesa y africana; ésta porque pretendía el señorío en que se hallaba; aquella porque entre todas la reconocía por fiel en grado no comparable.

A las incomodidades de la guerra en España se acumuló el daño de una peste terrible; en Lusitania con mayor fuerza, el de carestía y falta excesiva de mantenimientos; dos cuchillos horribles a la humanidad; gente innumerable llevaron en esta provincia. Todo procedió de una niebla densa que extendida por la tierra impedía la producción de los rayos del sol. Sucedióle un temblor universal a Europa, el mismo día que Aníbal daba la batalla en Trasimeno, mas no fue sentido de los campos, prontos solamente al furor con que se combatían; siéndolo de muchas ciudades, de muchas montañas con ruinas espantosas.

Así fluctuaba en adversidades nuestra patria, cuando con nuevas instrucciones del senado romano entraba por ella Claudio Nero (207), y tras él Publio Cornelio Escipión, hijo del otro Cornelio (acá fue muerto) y sobrino de Neyo y que prosiguió con diferentes sucesos, poco favorables a Cartago. Para su reparo, y restauración de la pérdida de Cartagena, ya marchaba Asdrúbal Barcino conduciendo desde Portugal grande número de gente, a tan buen tiempo, que llegaba de África Masinisa con muchos caballos nómadas, y algunos elefantes. Mas poco importa la numerosidad, y el valor a quien con ceño se ve mirado de la fortuna. Con la suya próspera rompe Escipión, y deshace los elefantes, los nómadas, y aun los lusitanos. Profundo sentimiento trajo la rota a nuestro capitán, y nuevo cuidado. Era ya peligrosa la resistencia, y a desistir de ella no dejaba de ser descrédito. Resolvióse en pasar a Italia por socorrer a su hermano Aníbal, que en este tiempo hallaba ya caída su felicidad en los casos militares. Dejó las cosas de África en España a cargo del segundo Asdrúbal hijo de Gisgón, que en observancia de lo que le había ordenado se fue recogiendo con toda la gente cartaginesa a Lusitania. Con algún descanso y nuevas compañías de portugueses alentó la esperanza común. Por la Andalucía hizo correr sus banderas. Dichosamente le sucedía. Interrumpióle las victorias marzo Sileno, instruido por Escipión con tanta mano, que desbaratados los africanos se derramaron sin orden por los campos y lugares andaluces.

Magón, sabiendo cómo Asdrúbal (ambos hermanos de Aníbal) que caminaba a Italia con un ejército en que llevaba número grande de lusitanos, había sido infelizmente roto y muerto con la mayor parte de su gente por los cónsules Claudio Nero y Livio Salinador, perdiendo totalmente las

esperanzas de sustentar la guerra de España, se embarcó en una flota que ancoraba en la bahía de Cádiz (203). Dio sobre Génova, y con desolación notable le hizo pagar la amistad que tenía con Roma. Entró en Cartago rico y triunfante; mas recibido tristemente, como de aquellos que miraban ya perdidas las riendas que con paz segura esperaban moderar en el gobierno de tanto imperio. Por último reparo ordenaron a Aníbal, que saliese de Italia con su ejército, tratando con la república romana de algún acuerdo honroso y saludable. Ya lo primero era difícil, y lo segundo no muy fácil; porque Escipión en un trabajo glorioso para que se ofreció al Senado, se afectaba palmas y trofeos africanos. Aníbal obedeció, no sin dolor entrañable, aunque se viese en Italia declinado: porque ya tenía previsto mayor riesgo en la nueva empresa respecto de la reputación con que había tratado las armas el tiempo pasado. Los cartagineses y españoles, con la gente portuguesa que les seguía, hizo embarcar para Cartago, y marchó la vuelta de la ciudad de Zama.

Aquí estaba ya Escipión con ejército numeroso, y ánimo sin medida; como quien se elevaba a todos los triunfos en África, que Aníbal ya perdía en Italia. Viéronse los dos capitanes famosos. Pensóse que de la plática resultase la paz; y el remate fue tomar las armas en campo abierto; adonde los dos ejércitos, y principalmente Aníbal y Escipión acabaron de mostrar lo que valían. Éste se aventajaba a aquel en la artillosa diligencia con que suplió este día la falta de gente, y aun de destreza en esa poca que llevaba: porque sacando algunos escuadrones enteros de portugueses y celtíberos soldados veteranos, los ponía entre los bisoños, para que con su ejemplo se sustentasen animosos. Mas al fin, vencida del número la industria, Aníbal fue puesto en huida irreparablemente, dejando muertos y presos cuarenta mil hombres, los tres mil lusitanos, once elefantes, treinta y tres banderas. Poco le duró la vida sobre la pérdida. Antes de llegar a Cartago se mató a sí mismo con veneno: porque el rey de Bitinia de quien se había fiado, infielmente le prendía para enviarle a Roma, por darle en triunfo, quien sobre su gente había sido triunfante; pero con la muerte se burló de la afrenta. Así desprecia el valeroso la vida sin la gloria.

VI. DAN PRINCIPIO LOS ROMANOS A LA CONQUISTA DE LUSITANIA DESDE EL AÑO 200 HASTA EL DE 143 ANTES DEL NACIMIENTO DE CRISTO.

Las artes y las armas africanas más de trescientos años dominaron nuestra provincia: de ella, y de Italia, y de sus nidos las sacudían ahora las de Roma (200). Sus senadores dividieron a España en dos pretorías, Ulterior y Citerior: esta incluida entre el Ebro y los montes Pirineos, aquella entre el mismo río y las playas del Océano (196). Varios casos tuvieron en ellas varios pretores, o tan poco dichosos, o tan bien resistidos, por lo menos los últimos, en la Citerior Paulo Manlio, en la Ulterior Apio Claudio Nero, que con nueva superintendencia vino desde Roma a España el cónsul marzo Porcio Catón Censorino con ejército consular. De su valor, y mejor de su religión y liberalidad, dan en Portugal testimonio grande diferentes inscripciones; de que se sigue que entre nuestra gente menos ganó con la espada que con la industria.

Sucesor suyo es Escipión Nasica, a quien el Senado prorrogó el tiempo con el cargo de propretor. En sus días se vieron los celtíberos en son de guerra, tratando con la gente de Lusitania, que entrada por las tierras amigas de Roma pusiese en necesidad a Nasica de dividir la suya. Los portugueses, a quien el ejercicio guerrero era vida segura, juntos en buena ordenanza salieron poniendo a fuego y sangre cuanto se les ofrecía con opinión romana. El propretor lo dio todo por perdido, y más si los lusitanos ganaban una vez bríos para afrontarse con él de campo a campo. Aumentábale el enfado mirar a los celtíberos puestos en arma, y toda España atenta al fin de estos principios. Eran grandes; total ruina, total exaltación aseguraban: no medios, no esperanzas. Mandó

al fin, entre el recelo y la resolución, tender las banderas, y caminar a paso tirado contra el ejército lusitano, que sin resistencia se recogía cargado de trofeos y despojos: embarazosos ellos, fatigada la gente, con caminos ásperos, con calores excesivos. Ponderólo Nasica para resolverse en acometer, teniendo por mayor arma la oportunidad del tiempo, y el trabajo de ellos propios. Mas con todas estas incomodidades apenas vieron asomar las insignias romanas, cuando mandaron hacer alto a los que caminaban en la vanguardia, ordenándole lo mejor que sufría la brevedad. Dio nuestra caballería sobre la contraria con tal ímpetu y coraje, que la hizo retirar casi perdida. Vuelven a componerse para embestir la infantería: llevan los romanos otro repelón, con que Nasica acabó de entender que ya la fortuna le mostraba las espaldas. Mas juntando una legión que tenía aparte para reforzarse en el mayor peligro; mejoró la mano, porque pelearon seis horas igualmente heridos, igualmente valerosos, sino cuanto los nuestros excedían en hacer tanto sin descanso, como el enemigo descansado.

Ya desesperado Escipión de vencer con favor humano, recurriendo a sus dioses prometió a Júpiter Capitolino que concediéndole aquella victoria celebraría en el Circo romano costosísimos juegos. Crea la gentilidad el poder vano de sus ídolos, que la hambre, la sed, el trabajo, el camino que apretaron los portugueses, fueron las deidades y los jóvenes capitolinos que alentaron la ventura de Nasica con la retirada que hicieron poco ligeros, como embarazados con el trabajo, con los despojos, y oprimidos con afanes, que permitían mal la entrada de otros. Vencidos pues, empleó su ira en la infantería: cautivó doscientos y cincuenta caballos; ganó ciento y treinta y cuatro banderas; habiendo dado primero ocho mil romanos a la espada portuguesa. Tal fue el tesón, tal la porfía.

El año siguiente vino pretor a España marzo Fulvio, que algunas veces peleó con los lusitanos vetones, rompiéndolos en dos batallas con más ruido y fama, que muertes ni despojos. Con esta suerte de victorias llevó las armas sobre la ciudad de Toledo: acuartelado, dieron sobre él los mismos vetones; y en batalla bien herida estuvo dudoso largo plazo el premio de ella, hasta que lo perdieron los portugueses, por falta sin duda en esta ocasión y las pasadas, de un capitán experimentado; no de valor: pues éste en todas así salto de militar disciplina, siempre fue espantables sus enemigos. Mas el dolor que más ahora se tenía apoderado de sus corazones, era la memoria del triunfo de Nasica.

Estaba ya propretor en España Lucio Emilio Paulo (188), cuando en Lusitania se escuchaba un sordo ruido de armas. En los oídos de Emilio no dejó de ser temerosa su armonía. No en vano; porque caminando contra los bastetanos, vio sobre sí los portugueses con tanto orgullo y concierto, que valiéndose de toda el arte, de toda la experiencia, de todo el ánimo, usó de muchas prevenciones, trazas y avisos: todo no era sobrado; porque obedecida la señal de acometer en ambos campos, conoció Paulo que el portugués quería lavar con sangre romana la mancha que Escipión le había echado. Fue puesto en obra el pensamiento. De todo el ejército enemigo apenas se halló quien pudiese llevar al senado la nueva del vencimiento. Buena le fue la noche al propretor para salvarse huyendo. Rabia trajo la mañana a los portugueses, viendo sola la campaña, en que por ventura pudieran haber quitado del mundo a Emilio, para que después no les hiciera menos clara esta victoria: porque viéndole huido, y viéndose autores del temor que le llevaba, más presumidos que ordenados le fueron buscando. Halláronlo, o más despierto o más venturoso. Dejaron degollados veinte mil hombres. Suceso que en Roma dio motivo a grandes demostraciones de contento, y a dos años de silencio en Lusitania. Este no menos que aquellas celebraban el poder romano.

Mas cuiden los victoriosos del reparo, porque en el silencio se suele dar un filo, y ensayar un golpe la espada portuguesa. Así fue. Salió cortando todo cuanto se le oponía confederado con la gente de Roma. Sintiólo la Andalucía en peso. Mostróse tan horrible a la ciudad de Asta Regia, cerca de Jerez de la Frontera, que sus moradores opresos consintieron en la fortuna próspera de quien los amenazaba. Aquí nos presentó batalla Cayo Catinio. Abrazamos la resolución con más diligencia de la que quisiera su deseo. Trájole el furor un daño arrebatado; mas de nuestra prisa resultó desorden, y de ésta, confusión y perdida. Mil veces ha sido su cuchillo la confianza natural

de la nación portuguesa. Una importante victoria ha dejado en la mano de su enemigo. Animado Catinio, al escalar la ciudad de Asta, que había favorecido los lusitanos, fue muerto. Ellos por algunos días estuvieron suspensos, hasta que, juntos con los celtíberos, se hallaron puestos en campo tan bien armados, tan poderosos como si las muertes pasadas hubieran repetido vidas.

El pretor Cayo Calpurnio Pisón, con causa temeroso de corazones tan incansables, avisó a su compañero Lucio Quincio Crispino, que marchando a grandes jornadas con el mayor número que fuese posible se juntase con él para que con fuerzas comunes pudiesen desbaratar lusitanos y celtíberos. Crispino, que en el mismo temor tenía consejero para seguir el propio parecer, se vino a Andalucía. Vistos ambos a dos, con tanta mano se juzgaron señores de la guerra. Hácense la vuelta de Carpetania (contornos de Madrid y Toledo) saben que ya los cubren las banderas portuguesas. Encuéntrense; varias escaramuzas, varios casos hubo entre la caballería ligera, hasta que saliendo a un valle gente romana para hacer forraje, toda fue degollada. Acudieron los pretores por librar alguna, y poco a poco creció el concurso de socorros de ambas partes de manera, que vinieron a pelear con igual poder. Batalla fue cruel y sangrienta. Dejéronse huir conocidamente los romanos, seguidos de los portugueses con tanta pertinacia, que corriendo y matando sembraron por el campo cinco mil adversarios. Con licencias militares celebraban la victoria; desnudándolos de armas, de vestidos; trocando los broqueles unos en otros.

Otro ejercicio diferente llevaban los pretores, que a paso largo inquietaron la noche, no sin temor de que tras ellos volaba la luz del día. Así entregaron a los nuestros una victoria tan notable, que si como pudieron ganarla, hubieran sabido seguirla, dejaran puesto perpetuo silencio en las armas de Roma contra España. No solamente no fue así, sino que abriéndoles camino para rehacerse, les dieron también osadía para que los viniese a buscar por las riberas del Tajo: adonde con increíble gallardía se peleó buen espacio; unos por conservar lo ganado, otros por restituirse de lo perdido. Todos se hacían lugar por entre sus contrarios a fuerza de lanzas, dardos, ira, furor. Al fin los portugueses y celtíberos, miserablemente vencidos, experimentaron cuánto puede la contumacia. También lo experimentaron los victoriosos, muriendo muchos en esta insigne porfía. Callen sus escritores el número de sus muertos, que los nuestros fueron treinta mil (182). Los pretores entraron en Roma triunfado de lusitanos, como de aquellos con cuya fuerza y constancia había sido sustentada tan prolija guerra. Así iban y venían las olas de los casos militares: así andaban los portugueses ya vencedores, ya vencidos, mas siempre formidables a las legiones romanas. No tenían ellas más sosiego en la España ulterior, que cuanto se lo permitían ellos; porque en moviéndose la provincia lusitana, todas las otras llevaba tras sí: y cuando dejaba las armas, luego los romanos quedaban en paz. Así como cayendo los brazos a Moisés cobraba bríos Amalec, se animaba Roma y respiraba, si no levantaba la mano el portugués. Verdaderamente los nuestros tanto más se aumentaban, cuanto menos salían de las batallas, donde resultaba que ser vencido de ellos era muy dañoso, y vencerlos, poco seguro.

Entre quietud y ruido pasaron las pretorias de Aulo Terencio Varo y Publio Sempronio Longo: Publio Manlio y Quinto Fulvio Flaco, hasta que llegaron a España Lucio Postumio y Tiberio Sempronio Graco (280). Dos años anduvo el primero a las manos con los portugueses alcanzando algunas victorias y perdiendo algunas. Supo que los vaceos trataban con publicidad conciertos con los de Entre Duero y Miño para de una vez concluir con el poder de Roma. Conocido ya cuál fuese el valor de aquellos con quien se coligaban, previniéndoles el tiempo, se fue entrando por la Lusitania: halló ya los de Entre Duero y Miño puestos a punto de marchar, siendo superiores los bracarenses, entrañables enemigos de la nación romana. Humos eran de Cartago, de donde traían su origen los moradores de Braga. Admiración infundió en los portugueses la llegada del pretor por caminos tan difíciles; mas queriéndole mostrar que la despreciaban, o por lo menos que no la temían, le salieron al encuentro adonde estaba alojado. Incitábanle a la batalla por varios modos.

El Póstumo, por informarse del estilo de pelear lusitano, mandó salir una manga de caballería, que fue castigada de los que buscaban tan repentinamente, que el pretor tuvo más motivo de mandar

socorrer los suyos, que tiempo para experimentar cómo peleaban los nuestros. Avivóse con el socorro la escaramuza; creció la furia, inflamóse tanto el enemigo, que hizo perder tierra a los lusitanos con muerte de muchos. Mas volviendo con ardor glorioso, hicieron tanta impresión en sus adversarios, que el pretor, más diligente que ordenado, se valió de sus reales. Entróse la noche perezosa y lenta, respecto de lo que caminaban los pensamientos y esperanzas de los dos campos, en alcance de la mañana. Al nuestro le apareció infausta, porque inopinadamente le asaltó Postumio. Aunque vendieron bien las vidas, perdiéronlas treinta y cinco mil portugueses y vaceos en aquella tarde y en esta mañana (174).

Variamente se mostraba la fortuna de la guerra a Roma y Lusitania, hasta que pocos años adelante (153) entró con el cargo de su pretoría marzo Manilio, con quien Portugal resucitó las discordias pasadas, siendo los principales motores de ellas los bracarenses, con lástima muy del alma de que en la primera lucha que tuvieron con los romanos quedasen tan poco airosos. En la vergüenza pues estaban aguzando el cuchillo. Eligieron por su capitán a Apimano, su ciudadano, hombre sagaz y valeroso. Caminando llevaban varios socorros de las tierras enemigas del pueblo romano, ofrecidos espontáneamente: porque estaban mirando que en la expulsión de aquella gente consistía su quietud y libertad. Así se compuso un ejército lustroso: así iba allanando cuanto difícil se le oponía: así Manilio, llamado del fuego y sangre con que se inclinaban los muros confederados, salió de Andalucía a encontrarse con los portugueses, ya tan cargados de despojos, que el capitán Apimano con más prudencia que codicia, queriendo antes perderlos que llevar el peligro en el embarazo, los hizo quemar tan de veras, que no quedó en el ejército otra cosa que las armas, y bastimentos para cuatro días.

Nuevo furor incendió a los portugueses contra sus contrarios, el ver que por ellos perdieron en una hora lo que ganaron en muchas. Pocas bastaron al otro día que llegaron a verse para poner a Manilio en miserable estado con muerte de mucha gente. Con esta victoria y otras sucesivas, tuvo Apimano enfrenada la inquietud de las armas enemigas. En Roma se buscaban medios eficaces para reparar tanta pérdida, reprimir tanto brío. Mas entonces era lo uno y lo otro tan difícil, que enviado Calpurnio Pisón con título de pretor y nuevas cohortes, buscando con despejo y bizarría el campo victorioso, dejó en la garganta de la ira portuguesa seis mil romanos sin vida; otros tantos sin salud, sin libertad. Uno de los muertos, Terencio Varro, cuestor de su ejército.

Quedaron los vencedores con este suceso tan dueños de la guerra, que sin resistencia alguna fueron cortando y quemado desde el río Guadiana hasta el estrecho de Gibraltar, subiendo por en medio de la Andalucía tan imperiosos, que los lusitanos vetones de Extremadura, juntos con los de Entre Duero y Miño, juraron de perder las vidas debajo de la mano de su capitán Apimano. Mirándose el portugués tan poderoso, dióse a ganar ciudades, y dejar en sus presidios guarniciones a imitación de los romanos. Habíale resistido los días pasados la de Blastofenices; con apretado asedio quiso castigarla. Árbitro estaba de todo el ámbito de la campaña, obrando extremos de valor cuando al subir la muralla que escalaba perdió la vida, y el ejército, sin tal capitán, la costumbre de vencer. Retiráronse. Siguió cada uno el camino de su patria. Desgracia que fue reposo a los adversarios, atentos más al reparo de molestias futuras, que osados a vengar las recibidas. Alentáranse del temor, en cuanto los nuestros del trabajo.

Grande y reciente llaga era en los lusitanos la memoria de la muerte de su capitán Apimano; grande la de haber perdido la victoria de los blastofenices; grande la de mirar interrumpida su prosperidad. Pusieron en su lugar a Cesarón, portugués de hombros capaces para llevar el peso de todo un reino. Con bizarras muestras de ánimo, reparado el ejército con que su antecesor había ganado tantas victorias; entró, por las tierras confederadas del pueblo romano, vejándolas con tan arduos combates, que de nuevo hacía que Roma viese la cara al temor. Pesando el tumulto con que empezaban todas las provincias de España a revolverse y encrespase, despacharon con mayor prisa de lo que solían al cónsul Quinto Fulvio Nobilior, entregándole un grueso ejército con que viniese a domar los pueblos de Celtiberia; en particular los numantinos, de quien Roma tuvo siempre unos

recelos, que andando el tiempo salieron verdaderos. Venía con Fulvio, Lucio Mumio pretor de la España Ulterior, prometiéndose de la gente portuguesa una victoria grande y menos costosa de lo que adelante le salieron algunas. Quince mil romanos traía Mumio, y sabiendo cómo Cesarón abrasaba a la Andalucía, se resolvió en buscarle a tiempo que le hallase cebado en la codicia de los despojos. Mas Cesarón, avisado, hizo recoger su gente y caminar con ellos a Portugal, juzgando por afrenta si les faltaba solicitud para poner en seguro tantas riquezas. Seguía Mumio a paso largo. Alcanzó los portugueses detenidos en pasar el río Guadiana. Cesarón, sintiendo el peligro a las espaldas, dio orden como más felizmente venciesen el paso, enviando para ese efecto algunas escuadras de a caballo. En tanto, con otras salió a entretener el ejército romano (no muy lejos de Villaviciosa) y escaramuzando con diferentes sucesos, consiguió el intento hasta que volvieron los conductores de los despojos, ya seguros en el receptáculo lusitano.

Ahora será batalla lo que era entretenimiento. Púsose Cesarón en campo raso. El pretor conoció la industria, y no desestimó la resolución. Clamaron al arma los instrumentos bélicos en ambas huestes. Con razones ardientes las incitaron sus capitanes. Mumio acordaba a los romanos que en este vencimiento conseguirían fama, riquezas; descanso para sí, para la patria. Cesarón a los portugueses, los triunfos antepasados debajo del bastón de Apimano, y que pues le habían puesto en su lugar, no le dejasen con inferior fortuna. Ellos dieron por respuesta demostraciones de osadía alegre, al son guerrero de las espadas y paveses, tocando cada uno sus armas en las del otro; ya lo que era festejo parecía riña. Al fin se barajaron con tanta bravosidad y rabia, que a los dientes se mataban, cuando la vecindad de los cuerpos no dejaba espacio para el juego de las espadas.

Mas en el mayor empleo fueron los nuestros obligados a retirarse huyendo, sin que bastase a Cesarón alguna diligencia para detenerlos, ni de fuerza, ni de grado. Mumio no se contentaba con menos que con matar a todos los portugueses en cuyo alcance iba haciendo estrago lastimoso. Cesarón lleno de dolor al compás de las voces penosas de los que morían, y de la afrenta de ver huir arrolladas las banderas lusitanas, volviendo las riendas al caballo, y terciando una lanza con rostro feroz y airado opuesto a los que iban huyendo, juraba que al que diese más un paso le había de cortar la vida. Así puso en suspensión la fuga, y reparando diligente un batallón cerrado, viendo que los romanos andaban embebidos con desorden en matar a todas partes, dio sobre ellos tan valerosamente, que el pretor se vio perdido. Dejó la empresa, el campo, y en él muertos cinco mil combatientes. Huyendo a sus reales, dio lugar a que volviesen a cobrar los suyos nuestros lusitanos, que corriendo luego sobre los de Mumio los ganaron, no sin terrible resistencia, en la cual y en el alcance murieron otros cinco mil romanos; de los confederados otros diez mil. Fíense los capitanes de la fortuna próspera, o desesperen de la adversa, verán como todo es desacierto.

Entró Cesarón por Lusitania triunfante, derramando a todas partes despojos de Roma. Subióse Mumio en un lugar alto y fuerte por naturaleza con cinco mil hombres. De aquí salieron a encontrarse con alguna gente portuguesa, que por abatimiento suyo arrastraba a sus ojos algunas de las banderas perdidas el día antes. Mas en éste, concitados con denuestos bajando cobraron parte de ellas, y de otros despojos. Volviendo luego Cesarón al sitio que el pretor ocupaba con seis mil combatientes tan llenos de confianza, que se aseguraban lo estaría él de temor, fueron recibidos duramente; mas siendo mayor el daño que hicieron, el enemigo fue obligado a tomar más que de paso la ladera del monte. Mumio corrido hizo un voto a Proserpina, de que en aquel lugar levantaría un templo consagrado a su nombre, si ganase la victoria. Adelantó su partido (que también el demonio tiene trazas para persuadir que le han menester) y dio tras los portugueses de manera, que en un valle los acabó de romper, y de matar a su capitán Cesarón. Cumplió su voto el pretor: en aquel lugar fundó el templo, llamándole de Proserpina Reparadora. Buenas conjeturas, y varias inscripciones persuaden que este edificio estuvo adonde ahora está, cerca de Villaviciosa, la iglesia de Santiago, si no es la propia.

En tanto que Mumio se ocupaba en la fabrica de su diosa, los portugueses no descuidados, ni caídos de sus deseos, eligieron por capitán un ciudadano de Lisboa. Llamábase Cancheno. Luego

con algunas tropas fue sobre la ciudad de Cunisturgi (junto a la villa de Niebla, sin reliquias de su asiento) porque sustentaba presidio romano. Pasados pocos días de cerco, la rindió con muerte de muchos, y ejecución de crueldades diferentes. Animado Cancheno con el suceso, fue marchando harta las márgenes del Guadalquivir, sin que hallase cosa viva con ánimo para impedir un paso al ejército victorioso. Convite fue de la codicia este sosiego. Vadeando el río, taló los campos adyacentes. Llegó a Gibraltar. Aquí se dividió la gente que gobernaba, vencida de un pensamiento grandemente belicoso. Ya le parecía acabada la ocasión de las guerras intestinas, ya le parecía poca la competencia romana, ya en África asciende a la emulación de los africanos en España. Al fin se divide el ejército. La división es insigne y gloriosa, el motivo ardor y atrevimiento. A la una parte (en dos se distribuye) fue señalada la conquista de ciertas ciudades de la Mauritania, para establecer en ellas un nuevo Imperio. A la otra la perseverancia de la guerra de Andalucía para extinguir en esta provincia la ambición de Roma.

Estos (en cuanto aquellos se detenían en las fábricas de sus bajeles en que habían de pasar el Fretó Hercúleo) entraron por la tierra. Llegando a la ciudad Orcelis, entre los bastetanos (que hoy se dice ser Orihuela) viéronlos acampados por toda la circunferencia, sus moradores. No los asombró ni el número, ni el asedio, ni la porfía. Estaban fortificados, abastecidos, animosos. Sintieronlos los sitiadores; mas no por ello levantaron sus pabellones o tabernáculos; bien que fiando de menos gente los combates, no poca se derramó a robar por los campos vecinos. Era mucha la codicia, no podía ser mucha la cautela. Súpolo Mumio. Salió con diez mil hombres buscando a los nuestros. Hallólos con los hombros cargados de presas, y sin que tuviesen lugar de acudir a las armas pasó a cuchillo los más de ellos. Prendió pocos para que descubriesen por dónde andaban robando sus compañeros. Con varias noticias fue descubriendo y matando hasta el número de quince mil. Esto obligó los que escaparon a que buscasen las alas del ejército tan temerosos, que levantando luego el cerco de Orcelis, caminaron a Lusitania. Que huyen, dicen los romanos. Mas robaron de paso algunos lugares que sus habitantes dejaban, más de medrosos que de buscados.

Los lusitanos reposaron poco tiempo. Los que vivían en la Extremadura por donde entra el Tajo en Portugal, con mano armada abrasaban tierras de Castilla. El pretor Mumio, usando de la brevedad con que solía engañarlos (gran ventaja en la guerra) entonces bien provechosa, los desbarató hallándolos derramados y divertidos. Grandísima culpa es en el que tiene ofendido vivir descuidado. Bien lo pagaron los nuestros. Hizo en ellos mortal estrago. Así acabó gloriosamente su pretoría Mumio.

Vino marzo Atilio desde Roma a Lusitania (150). Hallóla envuelta en prevenciones y estruendos de armas, con que se vieron asaltadas las tierras enemigas no menos que cruelmente. Salió Atilio. Pelearon bien. Nadie recibía más daño de lo que hacía. Mas fue la victoria de Roma. Los vencedores ciñeron la ciudad de Ortrage, y con duro salto la ganaron; no dejaron persona a vida. Las piedras esparció el furor de manera, que solamente esta memoria triste se halla de que hubo esta ciudad, sin que se alcance el sitio de ella. Ruina de que resultó tratarse de paces en Lusitania con Atilio: haciéndose con algunas condiciones tolerables confederados de la República romana. Novedad por cierto rara entre portugueses. Después que se rindieron nadie se avergonzó de rendirse. Los andaluces ya sentían menos su fortuna adversa viendo la misma en una gente que jamás había inclinado la cerviz a yugo extraño. Los otros pueblos, siguiendo los primeros hacían parecer que en favor de los romanos inundaba la Fortuna. Logrósele poco el contento al pretor: porque viéndole ausente los vetones barajaron las cosas de manera, que publicando la guerra contra Roma, fueron provocados los portugueses vecinos de Ortrage a quebrar las paces, primero con la razón, y luego con las armas. Era entrado el invierno. Podía mal Atilio prevenir estos movimientos. Ya había entrado en España Servio Galba en su lugar. En él le dejó tan temeroso de las armas lusitanas, que solo con una perpetua mancha de traición le pareció que podía domarlas; dejando siempre en duda si de otra manera las había de vencer la potencia de su ciudad.

Mas en cuanto pasa el invierno, y Galba fulmina en el pensamiento una eterna afrenta para Roma, vengamos a lo que hizo la otra mitad del ejército de Cancheno, que en Gibraltar se quedaba aprestando para pasar a África. Diéronse por esta parte a robar la tierra, metiendo a saco cuanto se les ofrecía. Llegaron a combatir, y dejar rendida la ciudad de Tánger: que no menos antigüedad goza el valor portugués sobre esta ilustre plaza. Mas descontentos de hallar poco en que emplear las armas, o menos conque hartar la codicia, volvieron a pasar el mar con lo que habían ganado. Era a tiempo que el cónsul Lúculo se hallaba con su ejército entre los turdetanos habitantes de la costa del Océano desde Guadiana hasta Sevilla. Mandó salir su gente contra la nuestra, que robaba sin orden: muerta alguna, fue compelida otra a subirse en un lugar alto, a su parecer acomodado para la defensa. Vino a buscarlos en persona el cónsul, y reconociendo el sitio inexpugnable, que habían elegido pródigos, puso cerco, que llegó a traer hambre a los cercados. Mas ellos viéndose oprimidos, y no por eso domados, bajaron del monte tan resueltos, que abrieron camino por entre los romanos: bien que allí perdieron algunos, con que el cónsul quedó tan ufano, como si hubiera sido una victoria grande. Tal era el caso que hacía de haber vencido portugueses aunque fuesen pocos. Así animado entró por Lusitania no con mucha resistencia, por ser entrado el invierno, tiempo en que no solían pelear los romanos.

Cargado de muchos despojos Servio volvió a la Andalucía, dejando los portugueses más deseosos de venganza, que apercibidos para tomarla. Entrada la primavera lo mostraron bien, saliendo con más ánimo que copia, abrasando cuanto había de romanos, con tal furor, que el pretor Galba, antes del tiempo que determinaba, se vio obligado a salir de sus alojamientos, y buscar los nuestros: bien deseoso de hallarlos descuidados, porque sabía que los portugueses cuidadosos difícilmente serían vencidos. Pero ellos, que con las perdidas antiguas tenían por maestra la experiencia, andaban con recato, y sabiendo del intento del pretor le aguardaron en buena ordenanza. Repentinamente llevó sus banderas Galba. Resueltos y feroces las dejaron volar los lusitanos. Peleóse con virtud de una y otra parte, hasta que llegado el tiempo de ser de una de ellas la victoria, la perdieron los nuestros, poniéndose en huida. Siguiólos Galba, más cruel que recatado, ministrando con esto osadía en los vencidos para que volviesen sobre los vencedores. Trocadas las suertes, mataron los portugueses sin ninguna piedad en los romanos, de que solamente escaparon algunos caballos en compañía de su pretor. Corrido al paso que castigado, aguardando mejor tiempo, se fabricaba mejor fortuna.

Salió después con un ejército de veinte mil hombres: y viendo que los portugueses andaban ocupados en la labor de sus tierras, sin temor de romanos por el estrago pasado, vadeando el Guadiana, por junto a Ayamonte, llevó el campo por entre los turdetanos del Algarve: todo lo abrasaba. Hallándose los portugueses sin prevención acudieron a pedirle paces. Recibiólos con ánimo traidor, dándoles a entender favores, cuando les trazaba la muerte a todos. En dilatada plática les ofreció muchas tierras en que pudiesen vivir contentos: señalándoles plazos y lugares, adonde divididos en tres partes le aguardaren, porque allí les haría una liberal distribución de las que podían apetecer. Salieron agradecidos los portugueses: comunicaron este bien a los suyos. El deseo de mayores aumentos hizo que se juntasen en copia grande, y fuesen a buscar a Galba a donde les había señalado; dividiéronse por tres valles que con poca distancia apartaban los montes. Con palabras abundantes acabó Galba con ellos que le diesen las armas. Cobradas ellas, hizo que su ejército dividido en otras tres partes, diese sobre cada una de las de los portugueses ya desarmados, adonde lastimosamente fueron pasados a cuchillo nueve mil. De esta infame hazaña escapó con vida, entre pocos, un portugués llamado Viriato, después tan cruel azote de Roma, que mayor servicio hubiera hecho Galba a su República matando este solo, que a tantos juntos.

Memorias de algunas cosas notables del mundo.

Tuvieron la dignidad pontifical por estos años Simón hijo de Onías. Onías el menor hijo de Simeón, que siendo depuesto entró Jesús su hermano: luego se introdujo el judío Alquimo, siendo

vivo Menelao que la tenía: entró Jonatás hijo de Matatías. Ejecutó Antíoco extremadas tiranías en Jerusalén; y gloriosas hazañas Judas Macabeo, y sus hermanos. Acabó Escipión de vencer las armas de Cartago. que hasta entonces había sido todo el mayor peligro de Roma.

VII. DESDE EL AÑO 145 HASTA EL DE 133 ANTES DEL NACIMIENTO DE CRISTO.

En Roma si no dejó de parecer mal la traición de Servio Galba, no dejó de estimarse el efecto de ella. Última desdicha de un traidor, que ni para ser bien visto le basta ofrecer ganado aquello mismo que mucho se deseaba ganar. Allí en alguna desestimación empezó este a sentir su afrenta, cuando de aquel incendio ya apagado, súbitamente de las cenizas se levanta ilustre llama. Esto es, que en Portugal se forjaba un rayo formidable para los romanos, que no acabaron de castigar a Galba. Tal fue el famoso capitán Viriato, portugués, sin mezcla de otra nación, nacido en el corazón de Lusitania para glorioso libertador de la patria. Algunos autores le dan humilde nacimiento, y baja ocupación en sus primeros años; una de ellas pastor de ovejas. Poco importa averiguar su origen, porque en las vidas de los héroes no está la sustancia en saberse de cuales padres fueron hijos, sino de cuales obras fueron padres. Lo cierto es, que nunca fue bajo quien las ejecutó grandes, ni grande el que las tuvo viles.

Ya nuestro Viriato había hecho conocer a los portugueses su valor y grandeza de ánimo en diferentes ocasiones, cuando Servio Galba entró en Portugal; y fue uno de los que por parecerles que ganaban sosiego para su patria admitieron la venenosa paz del pretor, y escaparon de la muerte entre los tres valles que sirvieron de sepultura a la mejor parte de los engañados lusitanos. Salió Viriato de aquel peligro, partiéndosele el corazón con dolor de ver morir de tal manera tantos naturales suyos, y deseo de una venganza, no menos cruel, pero más limpia. Entendiendo que ya Galba habría salido de aquellos valles, volvió a ellos por diferente camino, acompañado de pocos, por ver si el pretor había usado de piedad en dejar con vida algún portugués. Mas no viendo otra cosa que una balsa de cuerpos muertos, anegados en su propia sangre, desnudos igualmente hombres, mujeres y niños, robados por el enemigo; llevado del espectáculo lastimoso, hizo que los que con el se hallaban metiesen las manos en las heridas de algunas doncellas, y jurasen por sus almas de vengar aquella sangre inocente, en cuanto tuviesen vida para tomar las armas.

Hecho esto, discurría Viriato por toda Lusitania, publicando la traición de los romanos, y incitando los ánimos a alguna memorable y valerosa venganza. No tardó mucho que se hallase con un trozo de gente, tal que se ánimo a subir por las tierras de Carpetania asolando cuanto hallaba, con tan poca resistencia, que cargado de despojos volvió a entrar en Portugal, adonde hizo celebrar segunda vez el juramento con uno de los cautivos que ahora trajo, y un caballo que mataron en sacrificio al ídolo de Marte. Abriéndoles las entrañas, tomaron en ellas los agujeros de la guerra publicada; y hallándolos favorables, pasaban los soldados por delante del ídolo, metiendo las manos derechas en las entrañas del cautivo, y luego en las del caballo, protestando de no parar hasta hacer otro tanto en el ejército romano.

Entraba el año ciento y cuarenta y ocho antes de la reparación humana, cuando para reprimir estos aparatos de guerra que había en Lusitania vino a ella el pretor marzo Vetilio, hombre valeroso. Ya Viriato con diez mil combatientes iba saliendo de Portugal, más como compañero de cada uno, que como capitán de todos. Cortando por las tierras de Andalucía robaban más furiosos que ordenados, sin que Viriato se atreviere a castigarlos, porque no pareciese que tomaba el nombre, que aun no se le había concedido, mas temiendo el peligro tuvo siempre en buena ordenanza los que le seguían. Todo fue menester, porque el pretor avisado de la poca orden de los nuestros les salió con

diez mil romanos bien concertados, a tan buen tiempo, que fácilmente con muerte de muchos portugueses hizo que los otros fuesen huyendo por donde la suerte les ofrecía el camino.

Viriato, opuesto con un escuadrón al ímpetu de los romanos, juntó a sí no pocos de los que huían, y entrado en una ciudad se defendió valerosamente del enemigo, matándole en los combates tanta gente, que el pretor se resolvió en no seguir más aquel estilo. Cercó la ciudad, obligó los cercados a que le pidiesen paces, cuando sabiéndolo Viriato abrasado en furor se puso en medio de todos, y dijo:

¿Cual ira de los dioses es ésta, oh lusitanos, que tan poderosamente os ha cerrado los ojos del entendimiento, para que de todo punto hagáis, con perpetua esclavitud, infame vuestro nombre? ¿Tantos años ha por ventura que visteis los valles de Lusitania corriendo diluvios de sangre de vuestros padres, de vuestros hijos, de vuestras mujeres? Y sangre derramada a manos de la mayor traición que jamás miró la gente humana. ¿Para qué volvéis con tanta facilidad a exponeros a la clemencia de quien no tuvo fe, palabra, verdad? ¿Queréis que vuelvan nuestros naturales a llorarnos muertos y cautivos? ¿Queréis que vuelvan los romanos a alegrarse con nuestras miserias? Si el ejemplo de las puertas adentro es pequeño, con ser tan grande, siendo siempre cualquiera el que más obliga, mirad la falsedad conque Lúculo extendió su mano en los altares de los dioses, y se atrevió con poca reverencia suya a invocar sus nombres en testimonio de la palabra, que al fin no cumplió a los españoles de su provincia. Sabed pues temer las condiciones con que Vetilio os concede la paz, sabed recelar sus blanduras, porque todas ellas son presagio lastimoso del impío cuchillo de nuestras vidas; y lo que es más, última ruina de nuestra patria. ¿Desestimáis por dicha el honor de la patria, o el bien de la vida? No sirva de motivo el duro cerco con que os oprime: porque si me fuéredes compañeros en un pensamiento mío, a los dioses inmortales obligo mi fe, y a vuestras manos mi cabeza, que sin peligrar la vida de ningún lusitano os ponga en lugar no solamente seguro para vosotros, sino capaz de que con notable crédito vuestro podáis conceder o negar batalla al ejército romano.

Pendientes de tan eficaces razones, callaron todos; porque lo que habían de aprobar con palabras remitieron a las obras, desestimando ya los acuerdos de la paz con Vetilio. Viriato que los miraba con nuevo aliento, discurría a todas partes con semblante alegre y animoso. Desterraba así del pecho de todos la profunda tristeza que tenían concebida. Salieron de ella con llamarle capitán general de Lusitania, y defensor común de la libertad de la patria.

El día siguiente mandó Viriato armar todos los portugueses, y salir fuera de los muros mil caballos con que se hallaba. Poniéndose con ellos enfrente del ejército romano hizo demostración de romper. El pretor temiendo lo mismo puso en orden su gente. Mas como Viriato no pretendía más que suspenderla con aquella amenaza de caballos en cuanto la infantería dejaba la ciudad, y se ponía en cobro, como se lo había ordenado, dejóse estar así grande parte del día, dando cuidado al enemigo entre la suspensión y la orden, hasta entender que en la ciudad no había portugués alguno. Ahora empezó a embestir contra los romanos, que ardían en rabia de ver que toda la infantería lusitana estaba puerta en salvo, sin que les fuese posible seguirla, ya por los ásperos caminos que llevaba, ya por estar atentos a lo que Viriato pretendía. Mas confiados de vengarle en lo que tenían entre manos, dado señal de acometer, lo hicieron con tanto furor que bastara a romper oposición más poderosa de la con que se hallaba el capitán Viriato; que con sus mil jinetes entretuvo todo el día el ejército romano, hasta que entrada la noche le dejó burlado: porque cuando el pretor pensaba que con la luz de la mañana acabaría el caso, marchaba el portugués oculto y callado, buscando la ciudad de Tribola, adonde había ordenado que le aguardase su infantería.

Ardid fue este, que bastó a dar glorioso nombre a Viriato, y nueva gente que se le llegaba de varias partes. Entre tímido y corrido le siguió Vetilio, llevando de camino muchos andaluces; cuando el lusitano, que no dormía, le salió al encuentro en el valle o garganta de unos montes, cerrada con dos entradas angostas, por donde apenas pasarían a la par tres hombres de a caballo. Dejó Viriato libre el valle y sus puertas o bocas: emboscó su gente en las sierras, que como

padrastrós o torres quedaban descubriendo el campo, con tanto silencio, que los exploradores romanos no sintiendo peligro, llevaron a él todo el ejército, entrándolo en aquel sitio, a su parecer seguro. Bien quisieran los portugueses dar luego sobre ellos, mas el capitán ardidoso los detuvo, hasta que los enemigos, fiados en la seguridad imaginada, se dieron a descansar, quitándose las armas y a los caballos los frenos, para que lograsen la fértil hierba del valle. En este tiempo dio Viriato señal de acometer, y empezaron las breñas y peñascos (como en Troya el caballo) a echar de sí gente portuguesa, que rompiendo el cielo con voces, y a los romanos con las armas, lo poblaron todo de admiración y pasmo, sin que hubiese consejo para remedio en daño tan inopinado. Bien procuraría Vetilio salvar su persona, mas quedó cautivo en las manos de un portugués, que por no conocerle, viéndole tan gordo y viejo como él era, por inútil y de poco provecho se quiso desocupar de él. Dióle una estocada con que le acabó la vida: último suplicio en que le acompañaron cuatro mil romanos. Con los que de este conflicto escaparon, y muchos andaluces que juntó, quiso el cuestor de Vetilio mejorar su partido; mas llegando a romper con Viriato, perdió más de diez mil hombres. A buena cuenta ha recibido ya la espada lusitana, en la primera ocasión que la sacudió nuestro capitán, catorce mil romanos, por los nueve mil portugueses.

Ya con asombro de Roma pisaba Viriato muchos despojos de sus ejércitos, cuando el año siguiente (147) fue subiendo por las riberas del Tajo hasta Toledo y confines de Madrid. Su pasaje era un incendio de toda cosa romana. Con estrépito espantoso llevaba sus insignias victoriosas por toda la Carpentania, casi sin levantar la espada, porque la fama que iba delante en virtud de su nombre todo lo prevenía, todo lo allanaba. En este ejercicio le halló Gayo Plaucio, capitán romano que venía a proseguir la guerra en Lusitania, y queriendo hacer el preludio a su cuidado con diez mil infantes y mil y trescientas lanzas, llegó a tan buena ocasión que Viriato se hallaba desacompañado. Habíase derramado alguna gente suya por quemar unas poblaciones. Mas por no dar a entender que temía el poder contrario, suplió con la industria la falta. Con algunas escaramuzas engañaba a Plaucio. Fue guiando el campo con tal orden, que cuando los romanos estaban más inflamados no hallaron con qué desfogarse. Ya los portugueses por caminos y veredas (estudios y artes de su capitán) iban marchando seguros. Plaucio, que le pareció perdía la mejor mano en el juego militar, hizo una expedición de cuatro mil caballos para que lisonjeasen los nuestros con acometimientos y retiradas hasta que llegase el ejército. Alcanzaron a Viriato con el suyo tan perdido de vista, que mandó hacer alto a los que iban en la frente: y haciendo luego correr sus banderas sobre los cuatro mil, los pasó a cuchillo primero que el pretor llegase. Llegó: mas ya los nuestros habían vadeado el Tajo y entrado en Lusitania. ¿Quién ahora no se acordará del mar Bermejo, cuando por la una playa se miraba un pueblo victorioso, y otro por la otra castigado?

Viriato, convocada nueva gente, salió a ocupar un sitio fuerte y abundante de frutas poco distante de los muros de Évora. Éste se llama Pomares. Son pomares en portugués lo que en castellano frutales. Había muchos en este monte, y en su extremidad un templo de la diosa Venus. Aquí vino Plaucio en busca de Viriato, que con impresión notable hizo volver las espaldas a casi todo el ejército. Acudió el pretor peleando por su mano gallardamente. Con el ejemplo volvieron los que iban huyendo. Insistían con nuevo ardor; mas en vano, porque el portugués como león desatado a todas partes iba sembrando la campaña de cuerpos y despojos romanos. Apenas se puso en salvo el valeroso Plaucio (mereció este día este título) dejando tan abatidas las armas de Roma, que se temió de las lusitanas el haber de pasar triunfantes a proseguir el asunto de Aníbal en las provincias de Italia. Permanece en el sitio de la batalla un sepulcro de Lucio Silón Sabino con inscripción notable:

L. SILO. SABINUS. BELLO. CONTRA
VIRIATVM. IN. EBOR. PROV. LVSIT.
AGRO. MVLTITVDINE TELOR. CON-
FOSSVS. AD. G. PLAVT. PRÆT. DELA-
TVS. HVMERIS. MILIT. H. SEP. E.
PEC. MEAM. F. I. IN. QVO. NEMIN.

VELIM. MECVM. NEC. SERV. NEC. LIB.
 INSERI. SI SECVS. FIET. VELIM. OS-
 SA. QVORVMQVE. SEPVLCR. MEO.
 ERVI. SI. PATRIA. LIBERA. ERIT.

Suena esto en nuestro idioma: *Yo Lucio Sabino, que en el campo de Évora en Lusitania en la guerra de Viriato fui con muchas lanzadas herido, y traído en hombros de soldados al pretor Plaucio mandé hacer este entierro en el cual no será sepultada otra persona: y si se hiciere lo contrario, los huesos de cualquier que sea se quiten fuera, si la Patria estuviere en su libertad.* Persona señalada se muestra el dueño del sepulcro; descubriendo, por ventura sin querer, en las últimas palabras, que Roma se vio vecina al trance de la última boqueada, oprimida de nuestras armas. Desconfiado por lo menos iba el difunto de la salud de la patria.

Discurría Viriato por toda España solicitando sus gentes, para acabarla de restituir la libertad perdida. Ya no eran más los romanos de perturbadores de las vías de conseguirla con la espada en la vaina, encerrados en sus presidios. Andaban al fin los portugueses señores del campo, cuando entró por España el pretor Claudio Unimano, capitán así excelente, que en su prudencia, en su valor, en su estrella libraba Roma el fin de todas sus esperanzas. Mostrábase vigilante y artiloso. Bien lo había menester porque Viriato salía a la sazón de Lusitania ceñido de gente lucida; ilustre el centro, ilustre la circunferencia. Con pompa grande salió el pretor a recibirle, pareciéndole que aparatoso desanimaba a los portugueses, que en breves horas le dieron a entender la estima que hacían corazones animosos de una multitud desanimada. Embistiéronse en el campo de Ourique, llanura fatal a la próspera fortuna militar portuguesa. Del copioso ejército de Claudio no escapó ninguno, o de la esclavitud o de la muerte. En señal de la grandeza de este caso (brevemente apuntado en una piedra, entierro de Cayo Minucio, después hallada en aquel lugar) entró Viriato por Lusitania distribuyendo despojos, y levantando arcos triunfales en las puntas de las sierras y montes, coronándolos de banderas e insignias honoríficas ganadas en esta empresa. Eran todo trofeos, todo aplausos para una gente; para otra todo sangre, todo luto.

En tanto que el portugués escuchaba parabienes, el pretor vencido, avisando al de la provincia ulterior Cayo Negidio, le provocó a que entrase por Riba de Con asolando cuanto se le oponía, y adelantándose por la Beira se hartaba de muertes y de robos entre gente no poco descuidada entonces de este salto. Bien conoció Viriato que era esto maña de Negidio para divertir las armas portuguesas, que a cada paso imaginaba sobre su cabeza; mas no quiso dejar de acudir en persona a los oprimidos, cuya miseria le rasgaba el corazón como a aquel que de entre ellos traía su origen. Alcanzó al pretor bien bañado en sangre; toda poca para matar la sed que le apretaba. Junto a los muros de la ciudad de Viseo supo que Viriato venía a pedirle cuenta de los daños pasados. Fortificóse en un campo descubierto, asegurando el ejército con reparos de tierra tan gruesos, que aun hoy permanecen vestigios de su capacidad. Dentro de ellos le tuvo nuestro capitán en apretado cerco, y tanto que obediente al duro imperio de la hambre se resolvió en salir al campo, por donde Viriato empezó a cortar cabezas romanas con tal priesa y valor, que en pocas horas ganó todas las banderas de Negidio. Él salvó la vida, y no hizo poco. Allí fue hallada una memoria de este estrago: inscripción era del sepulcro de un Lucio Emilio.

Con los vencidos que iban huyendo, se juntaron unas bandas de caballos en número de mil. Uniformes se dieron a robar aldeas y otras caserías adonde hallaban poquísima resistencia, cuando los encontraron trescientos portugueses, que cargados de despojos de la batalla pasada caminaban ricos y contentos. Los mil viéndolos pocos y ocupados, parecióles buena la ocasión, y dando sobre ellos hallaron el daño adonde imaginaban la ventura: porque los trescientos les mataron más de otros tantos. Volviendo a tomar el peso que entretanto encomendaron al suelo prosiguieron su camino con quietud maravillosa. ¿Qué mucho? Bien que no es poco esto aunque escuchemos esto otro. Un montañés lusitano con notable soledad pasaba por un valle con lo que le cupo de la presa al hombro, el dardo en la mano, al lado la espada: algunos caballos enemigos le empezaron a seguir,

por darse un poco de recreo pensando que de miedo se daría a correr por las montañas: pero él, que llevaba otro pensamiento, viendo que se había llegado mucho un caballero, puso su carga en tierra, y terciando el dardo se lo arrojó tan diestro que de parte a parte le pasó el caballo; apenas caído, cuando ya con la espada desnuda sobre la cabeza de su dueño se la cercenó de un golpe; con tal temor de los que le miraron, que no hubo alguno que se atreviese a pedirle cuenta de esta osadía. Tomó su ropa, y caminó en paz. De esta manera los varones portugueses. ¿Quién podrá callar la alabanza de las mujeres? Aquí se levanta su valor.

Por varias partes, en varias tropas robaban otros romanos. Venturoso les pareció un salto que dieron a ciertos casares; y no lo fue tanto por lo que después sucedió. Mataron muchas personas, y llevaron presas más de quinientas, la mitad mujeres. Ellas, notando cómo sus nuevos amos tenían más cuenta con los cautivos, contentándose con haberles atado atrás las manos, acordaron entre sí de ejecutar un hecho digno sin duda de memoria. Viéndose ya fuera de Portugal, con que se les exasperaba la esclavitud, una noche que los romanos dormían liberalmente, empezaron a deshacer los lazos de sus prisiones con los dientes, y luego a todas con las manos. Fue insigne el silencio con que acudieron a hacer la misma diligencia entre sus maridos, padres, hermanos; que viéndose libres, y a sus enemigos durmiendo profundamente, tomándoles las armas, con matarlos les hicieron más dilatado el sueño; bien que al ruido del cortar, algunos despertaron desatinados, pensando que tenían sobre sí la espada de Viriato. Creían defenderse, y matábanse los unos a los otros, sin que la tenebrosidad de la noche dejase conocer que las cabezas de su daño habían sido las mujeres lusitanas. Pusiéronse en huida los que pudieron, dejando el campo poblado de armas y otros despojos. Llegada la mañana vistiéronse los nuestros en las lorigas romanas las mujeres vencedoras, porque hiciesen volumen y cuerpo de ejército. No fue mucha esta afrenta para Roma; que no pocas veces las matronas portuguesas depusieron gloriosamente la rueca por la espada, hilando vidas como estambre. No se obligó la naturaleza a que habían de ser de una nación sola las Pantasileas, las Aspasias, las Clelias. De la ambición de las Lucrecias nos sabrían escuchar muchas memorias venerables. No es lugar este de ostentar erudición: mas es de este lugar la hazaña de Ormia lusitana. Fue cautiva de otra escuadra. Tenía marido y hermosura: de que la tuviese Sara entre los extraños se acongojaba Abraham, ¿qué haría un portugués entre soldados? No usó el que se veía señor de la de Ormia de licencia militar con ella: que la belleza contenida en los términos de la honestidad, antes provoca veneración que atrevimiento. Con halagos pretendía alcanzar lo que pudiera con la violencia. Mas al fin acabó ésta lo que no hubieran de acabar aquellos. Ormia, una vez afrentada, diole a entender que ya se conformaba con su deseo. Teníalo de vengarse del que tuvo su enemigo, y de sí misma. Todo lo puso en obra: porque él, asegurado ya, haciendo de ella la última confianza, le dio osadía para que una noche le guardase el sueño, y le cortase la cabeza con su propia espada. Con estos testigos de valor ilustre se vino a su marido (¿qué más resplandeció la viuda de Israel sobre los muros de Betulia?) porque viese que si hubo quien le pudo manchar la honra, no habría quien pudiese gloriarse de haberlo hecho. Aun esto le pareció menos que bastante, para quitar a su marido la sospecha del consentimiento. Delante de sus ojos se mató a sí propia.

Vino a España el pretor Cayo Lelio, hombre valeroso (145). Los autores no particularizan victoria que ganase a Viriato. Por ventura bastó a tenerle en mucho el no quedar vencido de quien los vencía a todos. Pero Roma, anhelando por mejores sucesos, envió dos años adelante (143) a Fabio Emiliano con ejército consular de diez y ocho mil combatientes, para que de todo punto acabase de oscurecer la memoria de Viriato: mas él, que tenía a su cuenta dilatarla, sabiendo de la entrada aparatosa del cónsul por el Andalucía, dio sobre las tierras amigas de Roma, y abrasando los campos, aun hacía mayores daños de lo que acostumbraba. Entre muchos lugares, ganó dos ciudades en que puso guarnición de portugueses por la que tenían de romanos. Fabio, queriendo tener propicios los dioses para el encuentro que temía, se fue a ofrecer sacrificios al templo de Hércules en Cádiz, dejando ordenado al ejército que en su ausencia no se moviese. Sucedió que al otro día llegó Viriato a darle una vista; y era a tiempo, que a él se venían recogiendo no pocos leñadores y forrajeros, asegurados de la escolta que les hacía una caterva de soldados. Dando en

ellos, mató la mayor parte. Los que escaparon, dieron con las nuevas ocasión a que alguna caballería saliese, o a defender los vivos, o a vengar los muertos, o a todo junto. Con maravilloso ardor hicieron estas lanzas impresión en nuestra gente, pues se vio obligada a volver el rostro hasta donde venía su capitán, que por su persona rebatió las armas adversas tan gentilmente que cortó la vida a casi todos.

Llegó Fabio de sus romerías, comiéndose las manos, bramando contra los tribunos y oficiales por haberse atrevido a salir en campo contra Viriato. Mal disimulaba su pena deseándolo, por no acobardar la gente. Pasados algunos días, y poniendo la confianza en la presa, poco después de media noche mandó salir las legiones, y caminar con diligencia media legua adonde estaba el portugués casi ajeno de semejante pensamiento. No lo estaba todavía Viriato, que haciendo dar señal, aunque los suyos, mal desatados del sueño, embistieron confusos, su despejo los libró del asalto. Retiróse a un lugar eminente y tan fuerte, que el cónsul se resolvió en mostrarse antes temeroso que temerario: imprudencia fue siempre acometer peligros invencibles. Éralo este, y aconsejó bien el desvío a Fabio, ufano ya con ser el primero que obligó la espada de Viriato a retirarse. Fuese a recobrar las dos ciudades en que los días pasados quedaron los presidios de lusitanos.

Los de Entre Duero y Miño por este mismo tiempo se armaron contra los gallegos; y receloso el cónsul Lucio Hostilio Mancino, compañero de Emiliano, de que volviesen las armas a los vaceos y celtíberos, y le pusiesen en aprieto, buscándolos primero que le buscasen ellos, los encontró tan descuidados, que le fue fácil matar cerca de treinta mil poniendo en fuga vergonzosa lo restante del ejército. Quedaron los gallegos sin cuidado, y los romanos más cuidadosos, porque sabían cuán poco baratas se compraban coronas militares entre nuestra gente.

A Emiliano sucedió Popilio en la pretoría de España (142): entrado en Portugal juzgaba que se habían desnudado las armas; y era esto, que Viriato andaba divertido en Andalucía incitando los ánimos a que unidos acabasen con las cosas de Roma. Mas como se hallaba poco más que medianamente acompañado, sus naturales fatigados, los extraños dudosos, las fuerzas desigualísimas, ofreció paces a Popilio, que subió muchos grados de opinión por alguno que en las condiciones se había perdido. En tanto pues que Viriato hacía gente en Portugal, apretaba con avisos los pueblos confinantes de Numancia, para que a un mismo tiempo brotase la guerra en todas partes. Ya lo ejecutaban virtuosamente los numantinos, cuando el portugués volaba por las tierras de Riba de Con, tan sangriento, que bien entendió Popilio que la proposición de las paces había sido rebozo. No bastaba que los lugares confederados del pueblo romano les abriesen las puertas para dejar de poner en ejecución varios géneros de castigos aspérrimos: fuera de la misma ira buscaba rigores. Estragos eran que para su remedio trajeron a Popilio tan lisonjeado de su poder, que de campo a campo combatido, fue roto miserablemente. Lo más lucido de su ejército pasado a cuchillo.

No siempre sea vencedor Viriato. Suceda a Popilio, Quinto Pompeyo; oblíguele a retirarse con pérdida de banderas, opinión y gente. Daños son que no se hacen sentir mucho, apagados de la grandeza de tanto triunfo pasado y venidero. Andaba Viriato bien entrado por Castilla, aficionando unos y venciendo otros, cuando sabido el intento con que el nuevo pretor caminaba a Lusitania, convirtió las armas vencedoras en favor de sus naturales. Encontráronse junto a la ciudad de Évora, hubo un bien reñido caso; quedó Pompeyo con victoria y con algún despojo, el mayor la fama. Si la merecía quien no dejaba coronas a Viriato, dignamente la merece quien de él la lleva. Retirado ya fortificóse en el monte de Venus, animando los extranjeros que le seguían con palabras grandes y vivas señales de corazón intrépido. Tres escuadrones eran estos. El primero de los ticios capitaneados por Dictaleón; por Minuro el de los vaceos, segundo. El tercero de los belos por Aulaces. Todos con nuevo ánimo, resulta del ejemplo de Viriato, fueron en seguimiento del romano victorioso, hasta donde le trocaron la suerte en breves horas. Púsose en huida, dejando en la campaña veinte y siete banderas, y hechos piezas cuatro mil soldados.

Encerrando pues el capitán incansable al pretor en sus reparos, entró triunfando por la Andalucía. Era cada paso, una victoria. Llegó a la ciudad de Útica, que tenía presidio romano; y tal, que ofreciéndoles Viriato se diesen a partido, le respondieron con arrogancia y con insolencia. Fingió temor de la respuesta: ordenóles castigo en el fingimiento, porque haciendo caminar el ejército con tanta velocidad que parecía huida, convidó los uticenses a que con caballería ligera le picasen en la retaguardia. Viriato sin detenerse los iba rechazando. Persuadía así, que otra mayor empresa le obligaba a olvidarse de ésta, hasta que creyéndolo ellos se recogieron. A media noche hizo marchar, y atravesando unos valles apartados de la ciudad, dejó emboscada la infantería. Siguió la vuelta de Útica, púsose en frente, por donde entre él y los muros quedaban ciertas lagunas y pantanos, en que solamente hallaba paso quien en ellos era tan diestro como Viriato. Llegada la mañana, viendo los de la ciudad desde sus almenas la gente nueva, que les pareció ser alguna esparcida del campo portugués, salieron a ella bien orgullosos. Nuestro capitán, que no deseaba otra cosa, se fue retrayendo poco a poco a los pasos peligrosos en que andaba peritísimo, por obligar el enemigo a que le siguiese, entendiendo que se retiraba. Sacudiéndose, pues, diestramente de ellos, volviendo el rostro le empezó a dar lanzadas, adonde sin que pudiesen volver atrás, o pasar adelante, casi sorbidos de los pantanos perecieron ahogados en agua, en lodo, en sangre. ¡Caso maravilloso! y que otra vez hace venir a la memoria el mar Bermejo; cuando fue calle para Moisés y sepulcro para Faraón. Frío temor heló los huesos a los de Útica, cuando supieron que sobre tal hazaña tenían sobre sí a Viriato. Admitieron fácilmente guarnición portuguesa. La romana desecharon. Caminando hacia el estrecho de Gibraltar asolaba la marina y tierras de los bastetanos, sin que Pompeyo se animase a impedirle un paso.

Desde Roma vino (140) a proseguir esta guerra el cónsul Quinto Fabio Máximo Serviliano con un ejército de veinte mil hombres, flor de la milicia romana. Juntósele el socorro del rey Mecipsa de África que contenía diez elefantes, o cimientos feroces de otros tantos castillos, y trescientos caballos númeridos. Con este aparato se fue buscando a Viriato, que se hallaba en Útica, de donde salió muchas veces a escandalizar al pretor con saltos acelerados. Bien le puso en cuidado, hasta que, faltando las vituallas, se retiró a Portugal, para que los que tenían frutos en las vegas los cogiesen con algún descanso: aunque siempre era menester llevar en la una mano el instrumento de la cultura, y en la otra el de la guerra. Sudor de sangre costaba la labor.

Mas en tanto que en ella se ocupaban estos, otros que no la tenían se dieron a ganar con las armas lo que no podían con la reja. Llevaron por sus capitanes dos portugueses valerosos, Curio y Apuleyo. Tanto entraban por la Andalucía, que el cónsul Serviliano con todo el ejército acudió a reprimir el curso que llevaban; y porque caminase a paso suelto, para hallarlos cebados en sus robos dejó atrás el bagaje con poca guarda. Los lusitanos que lo entendieron así, como buenos discípulos de Viriato, quisieron lastimarle con maña. Desmintiendo el camino por donde les iba siguiendo el cónsul, vinieron a dar sobre las recuas mal guardadas, y lleváronlas sin resistencia alguna. Mas ahora obrará contra ellos la codicia, lo que en su favor la diligencia pasada. Queriendo más adelante detenerse a robar una copia de bastimentos, les dio tal carga el enemigo, que con muerte del capitán Curio recuperó parte de la pérdida.

De aquí se fue el cónsul, que miraba a Viriato ausente, sobre algunos lugares que estaban por él. Ganó cinco en que había diez mil hombres de presidio, rendidos con hambre, y también admirados con la máquina de los elefantes cargados de castillos, que como no lo habían visto, era para todos espectáculo formidable. No fue todavía el rendimiento sin muerte de innumerables romanos, pues sentido de tanto daño el cónsul no les guardó la palabra en que se habían fiado para entregarse. Infiel y vilmente hizo cortar la cabeza a quinientos, dejando los otros al arbitrio de la soldadesca furiosa y castigada. Supo la atrocidad Viriato, y haciendo que los instrumentos militares conclamasen al arma por toda Lusitania, juntó gente; no mucha. Presuroso se puso en frente del ejército romano, que con aviso de que el portugués venía marchando, le aguardaba en buena ordenanza. Prevenido Viriato para lo que podía suceder en consideración de los elefantes, de que se

espantaban los caballos españoles, no acostumbrados a tan desiguales compañeros, viendo que hasta aquí hubiera batallas contra hombres, y ahora habían de ser monterías contra fieras, ordenó sus escuadrones. Hizo un batallón cuadrado de la infantería, y dejándola atrás espacio considerable, se juntó con los caballos en dos tropas, así dispuestas, que por entrambas se mostraban los peones, con instrucción de que no se moviesen hasta ver si los caballos se retiraban medrosos de los elefantes. Cerró pues la caballería portuguesa con el enemigo, de suerte que le hizo volver atrás, hasta que sobreviniendo los caballos númerados y elefantes, atemorizados nuestros jinetes, sin alguna obediencia al freno, se desordenaron irreparablemente. Viriato que habiéndolo previsto les ordenó que sueltas las riendas los dejasen pasar en prolija carrera, llegó al escuadrón de su infantería, que empezó a retirarse a paso lento. De suerte que los romanos contando a Viriato por perdido, empezaron a desordenarse en el alcance. Pero él, que había reparado ya su caballería (139) viendo a los romanos esparcidos volvió a ellos con tal braveza, que pocos de a caballo escaparon con vida. Seis mil murieron en el campo, en cuanto por él iba huyendo el cónsul con sus elefantes, ya entonces más espantados que espantosos.

Pocos días eran pasados después de esta rota, cuando Serviliano se vio en necesidad urgente de salir contra un portugués llamado Corroba, que siendo cabeza de una caterva de salteadores y forajidos robaba la tierra, matando sin piedad alguna cuantos romanos le quedaban a golpe. Cercólo en un lugar fuerte de donde se defendía. Vencido de la hambre se dio a partido, salvadas las vidas y armas; condición, que no las emplearía más en deservicio de la República romana. Mas el cercador así guardó su palabra, que en viéndolos fuera de aquel receptáculo, a todos, menos el capitán, atrocemente hizo cortar las manos derechas. Quinientas eran. Poca hazaña por cierto, poca fe, en tanto ejército, en tal gente.

Entrada la primavera, brotaban armas los campos portugueses: eran todo instrumentos, todo listas, todo reseñas. Salió Viriato contra el cónsul, que estaba sobre la ciudad de Erisana. Estimábala por los muchos portugueses que la defendían, por las muchas municiones que allí guardaba. Con maravillosa industria y valor, burlando al romano que la ceñía, se entró en ella: y animando los cercados con su presencia, salió tan inopinado, hiriendo con tanto ímpetu en el enemigo, que Serviliano dada señal de recoger, se retiró a un sitio levantado, adonde Viriato le apretó el lazo de manera, que le obligó a querer paces, y proponerlas. Capituladas, tuvo el cónsul por cosa grande sacar de ellas que Viriato sería amigo del pueblo romano, quedando los portugueses dueños libres de todas estas provincias. Así se apartaron conformes, Serviliano para Andalucía, Viriato para Lusitania.

Uno de los que aprobaron estas paces (138) fue Quinto Servilio Escipión, hermano del cónsul, con temor de la espada portuguesa que vio sobre sí sangrienta sin reparo, por otro camino que no fuera aquel. Mas viendo después el descanso que lograban los portugueses, y la ignominiosa paz que admitieron los romanos, todo cuanto primero le había aconsejado el miedo, perturbó la infidelidad. Acusaba públicamente a su hermano, industria con que alcanzó el consulado, y un copioso ejército para mejorar con él en Lusitania las pretensiones de Roma. Tanto supo disimularse, que los portugueses fiados en la paz jurada habían colgado las armas, sin tratar de otra ocupación que romper la tierra con culturas, y multiplicar los réditos de ella. Toda esta felicidad interrumpió la nueva de que el cónsul había entrado a escala vista la ciudad de Arsa, poco distante de Sevilla. En Valencia se hallaba Viriato, que sabiendo el rompimiento, salió con alguna gente caminando a Portugal. Castigó de paso a los de Segorbe, rebelados: por aquí le apareció Escipión con gruesísimo ejército. Viose nuestro capitán obligado a seguir el desvío, habiendo primero puesto en suspensión toda aquella grandeza, con darle a entender que le ofrecía batalla, en cuanto por lo fragoso de unas montañas se salvaba la infantería. Siguióle Escipión por impedirle la entrada en Portugal, y él le cortó el hilo con abrasar todo cuanto encontraba parcial de Roma. Pasó Servilio las armas a la defensa sobre los vetones, que en copia considerable salieron a ser su escándalo y fatiga. Aliviado de ella prosiguió el intento de seguir a Viriato, que por el corazón de España ponía a fuego y sangre

su enemigo, más ajeno de piedad que nunca, como impelido de tanta infidelidad romana. Todas las licencias de la ira, todas las libertades de la milicia eran excedidas de sí propias. Igual instituto el de Escipión en toda Lusitania. Muertes romanas se vengaban en las portuguesas, y al contrario.

Mas como en el corazón de Viriato no era gloria lo que deshacía del enemigo, sino lo que reparaba de la patria, se resolvió en acordar por sus embajadores al cónsul las paces juradas el año pasado, de cuya observancia pendía la duración o ruina de toda España, de toda Roma. Bien conoció Servilio que las razones últimas eran medidas con el valor de su dueño. Temiólo, y el temor le hizo añadir una impiedad a muchas. Oídos los embajadores, y tentados, halló en ellos alma para su malicia. Obligólos con dádivas y promesas libradas en la gracia del Senado, a que con infamia perpetua matasen a su capitán Viriato. Eran estos Dictaleón, Minuro y Aulaces, capitanes señalados, mas extranjeros, que entre los portugueses gobernaban sus naturales. Partieron los enemigos perdurables de la libertad de España, y entre la proposición de la guerra y la esperanza de la paz trajeron suspenso a Viriato, hasta que en el silencio de una noche, entrando en su tienda al tiempo que dormía (¡infando hecho! ¿quién sin dolor lo refiere?) le degollaron. Salieron a dar la nueva al cónsul, en quien ya notaron otro rostro, otras palabras: premio que siempre halló el traidor en aquellos mismos que le conmovieron a que lo fuese: dista mucho el provecho de una traición para quien la pide, de la esperanza de quien la comete.

Venida la mañana, notando los portugueses que su capitán, a quien ella siempre nacía primero, no estaba en el campo, entraron en su tienda, y viéndole muerto entre la admiración y el dolor poblaron el aire de suspiros, de lágrimas la tierra. En venganza de la traición ya prevista, degollaron todos los cautivos romanos que andaban en su compañía. Celebrando el entierro con la pompa más suntuosa que hasta entonces se había visto en semejantes actos, levantaron en medio de un campo una torre o monte de madera: dejaron en la extremidad planicie capaz de colocar en ella el cuerpo con todas las armas que traía en las empresas, coronado de muchas banderas y insignias honoríficas. Subióse en lo alto un sacerdote de los ídolos, y llamando a grandes voces el alma del difunto, degolló algunos cautivos, con cuya sangre roció las armas. Bajando, dio fuego a aquella máquina de leña, que en un pensamiento dejó hecho ceniza aquel cuerpo tantas veces vencedor. Andaban en tanto los soldados en contorno de la llama cantando en tono ronco y triste las hazañas con que se había hecho temido y glorioso.

Celebradas de este modo las exequias del Rómulo español (así le llama Lucio Floro) que no acometió los principios del poder romano, como otros, sino la grandeza y majestad de su imperio, nombraron los nuestros por su capitán a uno que se llamaba Tántalo; mas como la Fortuna había jurado de no dar más de un solo Viriato al mundo, ni para recogerse con su gente a Portugal tuvo destreza. Toda la confusión que al campo de los asirios trajo el hallar troncado el cuerpo de su capitán en el ámbito de un pabellón, trajo al lusitano el golpe ejecutado en la garganta de Viriato. Mas no le trajo todo el castigo; porque Servilio con ambición de que le llamasen piadoso aquellos con quien había acabado de ser tan impío, viendo que muerto Viriato ya no quedaba silla al temor, sin desnudar la espada obligó el ejército lusitano a que dejada la suya se distribuyese por varias partes. Enflaquecía el poder con la división. Acabóse de sentir la falta del capitán perdido; apuróse el llanto, viendo admitir el precepto de rendir las armas, que no solamente aseguraban la patria, sino que ponían yugo en las extrañas.

Era Viriato en el delineamento, de cuerpo grande, miembros abultados, cabellos crespos, señal de fortaleza, los ojos grandes, las cejas caídas, ceño siempre terrible, la nariz corva y no pequeña, con proporción al rostro. En el ánimo: modesto, prudente, liberal, de ingenio pronto, de invenciones rico. Del trato de su persona nunca se infirió grandeza, ni superioridad. Mas que en él, había que ver en un soldado suyo. De la prudencia nunca dejaron de inferirse sucesos prósperos. De los despojos le quedaba solamente la gloria de vencerlos, y despreciarlos. Sobre la tierra desnuda dormía armado, servíale de reclinatorio el morrión y pavés a la cabeza. El sueño le tasaba con avaricia la vigilancia. Poco era luego con tanto varón tanta victoria. Tal fue la espada de Viriato; tal la de

Escipión; tal el remate de quien tuvo Roma a sus pies; tal la suerte de quien se fiaba en la fe de Italia.

VIII. DESDE EL AÑO 133 HASTA EL DE 80 ANTES DEL NACIMIENTO DE CRISTO.

Infausto fue para el pueblo lusitano (diré mejor para toda España) el año 133 antes de la redención humana, no solamente con tanto luto, sino con la poca esperanza que restaba de salud a nuestras provincias. Mas no sabiendo ya vivir sin despojos de romanos los soldados de Viriato, que aunque se hallaban sin él, no era todavía sin ánimo para salir a procurarlos, salieron (136); mas faltos de capitán y orden, fácilmente fue reprimida su arrogancia del copioso poder con que ya se hallaba en Portugal el cónsul Decio Junio Bruto, obligándolos a que le pidiesen paces. Concedióselas con algunas condiciones tolerables. Una, les señalase tierras en que vivir. Estas fueron aquellas fertilísimas acompañadas de la costa marítima al mediodía, partidas con la corriente blanda del Turia (hoy Guadalaviar) adonde fundaron nuestros portugueses la ciudad de Valencia, nombre que sirvió de elogio memorable a la valentía de su capitán Viriato (que las otras dos de España mucho después fueron fundadas) si acaso la derivación agrada a los muy escrupulosos; no sin fundamento se conserva hoy entre portugueses y valencianos mucho de afición; de la lengua algunas palabras.

Puestos en sosiego estos soldados, entró Bruto por Lusitania con mano abrasadora, dejando presidios romanos en todas las plazas, antes desamparadas que rendidas, muchas en pocos días. No fue así en Eburobricio, ciudad que estuvo situada adonde ahora a la orilla del mar se ve la villa de Alfazeiraon. Sus moradores primero que inclinasen la cerviz al yugo de Roma, osaron probar con Bruto las armas. Una legua de sus muros salieron a presentarle batalla. Viose en ella el cónsul tan apretado, que invocando a Neptuno (porque peleaba a vista del mar Océano) hizo voto de levantar un templo en aquel propio sitio si ganaba la victoria. Animáronse los suyos. Al contrario los nuestros, que puestos en huida le dejaron victorioso. Cumplió el voto Bruto. Hoy permanecen vestigios de la fábrica, en cuyo lugar sucedió la moderna de San Giano. Consta de algunas inscripciones romanas que allí se descubrieron, como también de la torre vecina, que largos tiempos sirvió de faro a los navegantes.

El año siguiente pasó Bruto la corriente del Duero con la mejor gente de guerra que se hallaba en España, y dando arrebatadamente sobre los que habitaban desde su margen harta la del Miño, hizo en ellos matanza memorable, con mayor ira que valor; porque logrando la quietud de sus casas sin esperanza de guerra, ni lugar tuvieron para descolgar las armas. Mas por verse así ofendidos, subiéndose a las cumbres de las montañas vecinas, bajaban a deshoras, y hacían saltos no presumidos en el campo adverso con notable daño. Tal el valor del sexo varonil: ¿quién del otro podrá callar las alabanzas? No tuvieron inferior corona las mujeres guerreras, de suerte que Bruto se vio necesitado de mandar degollar algunas de las que cautivaba, por atemorizar las otras, que le atemorizaban a él. Mirándose pues con su gente a cada paso desbaratada por los de Entre Duero y Miño, se dio a quemar la tierra con tanto furor, que los obligó a pedir paces. Respondióles (como quien las deseaba) con muchas franquezas y caricias.

Pudo con esto pasar a poner en cerco la ciudad de Labrica, que halló con el mismo descuido, mas no con el mismo pensamiento y quietud de sus vecinos: porque habiéndole sus moradores pedido paces, y concedidoselas él, apenas vieron trasponer las puntas de las lanzas, cuando salieron a abastecerse y fortificarse: ya los romanos del contorno sienten la muerte y falta de bastimentos. Vuelve Decio sobre la ciudad con tanto rigor, que los obliga a salir de ella sin armas; usando de una

lozanía digna de memoria, bien desigual de lo que en semejantes ocasiones habían hecho antecesores suyos: porque estando ya fuera de los muros y desarmados, hizo que el ejército romano los rodease a todos, y luego con voz severa les dio a entender cuanto contra la fe portuguesa se rebelaron sobre el acuerdo pasado. Diéronse por degollados los labricenses, y estaba el corazón generoso del cónsul muy mal retratado en sus palabras y ceño. Detúvose un poco sin hablar, mirándolos airado, y luego les dijo que se contentaba con aquella demostración de castigo, que volviesen a su ciudad libremente. Gallardía por cierto benemérita de Roma; y que usada con gente portuguesa multiplica réditos excesivos. Desde aquel punto no solamente se mostraron sujetos sino contentos de parecerlo: bien que jamás pudo Bruto reducirlos a que debajo de sus banderas peleasen contra sus naturales.

Pasó el campo a la ciudad de Braga, que fue para Roma otra Cartago. Salieron sus moradores (ofendidos de que el capitán romano se diese a robar las tierras adyacentes) a matarle un trozo de gente que venía haciendo escolta a unas recuas de bastimentos, con que entraron por las puertas de Braga. Acudió Decio a la venganza ejecutando atrocidades en lo que encontraba descuidado. Salieron a pedirle cuenta los bracarenses, ofreciéndole la batalla fuera de su ciudad, distancia de dos leguas. Tendidas unas y otras banderas, previnieron el combate, instrumentos y alaridos. Obraban maravillas en armas, daban golpes espantosos. Largo espacio no tuvieron los bracarenses más ventaja que ser heridos de las manos de sus mujeres los contrarios más temidos en todo el mundo, porque peleaban aquí las portuguesas con singular valor. Habíalo en una y otra parte, mas aunque se dilató la victoria, no hubo duda en que fue de los de Braga con muerte de muchos romanos, huyendo afrentosamente los que no murieron; bien que lo pagaron luego los vencedores con verse vencidos, porque llegada la noche, fiados en su valor, se entregaron vanagloriosos al sueño, otros al descuido, con que no sintieron la lluvia de golpes que Bruto traía sobre sus cabezas. Huyendo no poco sentidos llegaron a la ciudad. Combatióla el enemigo, y arrimándose al muro tocó la dificultad: porque los bracarenses, fiando la guarda a sus mujeres, salieron al campo adonde fueron un poco oprimidos de los romanos, después que los romanos de ellos. Mas las mujeres que desde las almenas se afrentaban de que sus dueños empeorasen, bajaron con tal osadía, que rechazada la caballería enemiga aun en sus reales no se daba por segura.

Bruto siguiendo otro estilo se dio al robo halla llegar a las márgenes del Lima, río de mucho nombre y caudal mediano; ya dijimos la causa porque fue llamado Leteo. Creíase de sus aguas que tenían virtud de hacer olvidar a aquellos que las bebían o pasaban. Tanto lo creyeron entonces los soldados de Bruto, que ninguno osaba probar el vado por no caer en olvido de su patria. Mas el capitán por desmentir el abuso, arrebató de las manos de su alférez la bandera, y espoleando su caballo, pasado el río, de la otra parte en voces altas se puso a referir a los suyos muchas cosas de Roma para que viesen con experiencia la fábula. Ya pasaba el ejército, y salían los camponeses a impedirle el paso con buenas suertes, hasta que la tuvo mejor el enemigo. Los gallegos sus vecinos, que habían llamado, llegaron en número de sesenta mil a vadear el Miño con tan poca felicidad, que sabiéndolo Bruto y encontrándolos, ahogó muchos en la corriente del río, muchos en la propia sangre, muchos llevó cautivos; seis mil dice algún autor. Victoria con que los portugueses perdieron no poca parte del ánimo con que aguardaban aquel socorro. Dejaron discurrir el ejército vencedor, ganando varios lugares sin resistencia alguna.

No quiso morir callando la ciudad de Cinania; opúsose valerosamente al enemigo, que como solía vencer sin pelear, dudó de la victoria con la pelea. Fatigado con pérdidas, halagaba a los cinanienses con ofrecimientos de amistad y partidos honrosos, si lo fuera el último de que con dádivas le pagasen los halagos. Tal fue la proposición de Bruto. Y ellos, *que para defender su patria de tiranos les habían dejado sus padres la espada y el valor, de hierro y no de oro había de ser el precio de la libertad*. Ignórase el suceso sobre la respuesta. Sábese que muchos años adelante fue esta ciudad ilustre asolada de poder diferente. Permanece el nombre en los vestigios y sombras de su grandeza en un lugar levantado sobre el Ave, río de poca fama, legua y media de la villa de

Guimaraens. Dos años consumió Bruto en estas conquistas. De Roma le dilataban el gobierno, porque se hallaban bien con su fortuna. Con otro cualquier fuera lo mismo, porque adonde no hay resistencia, todos son valerosos.

Intitulándose ya conquistador de Lusitania, llevó el ejército aumentado sobre los moradores de la Beira, que como bárbaros indomables, bien que celosos de la libertad, sacudieron el enemigo tan ásperamente, que con trabajo vadeaba ríos, y rompía pasos montuosos, hasta que se vio en necesidad de pelear en campo abierto, adonde conocidamente fue puesto en fuga. Mas volviendo a mejorarse, puso a los nuestros en ella, pero con tanta pérdida de gente que antes la tomara viva, que ganada esta victoria. Conferidos los daños, así como el vencido lo parecía el vencedor. Dejóse quedar con este nombre, junto del río Tavora poco distante de la villa de Vide, donde en nuestros días está una ermita de San Juan Bautista. Asegúranlo varias inscripciones romanas, que por allí fueron halladas. Pasó Bruto el Tajo, y tres años en la ciudad de moro, que estuvo adonde ahora el castillo de Almourol; nombre, asunto y plaza con destinación a las bien fabuladas aventuras de pluma lusitana, en el Palmerín Inglés. Feneció su gobierno el cónsul con tanta fama, que en Roma con aplauso común le concedió el Senado triunfo de portugueses y gallegos.

Mas ahora en cuanto triunfaba Bruto, y Roma ardía en guerras civiles, imposibilitada para la defensa, bien necesitó España de un Viriato, que la supiera restituir a su libertad perdida. Bien temió el Senado ver turbada la esperanza que le llevaron tantas victorias, pues queriendo sustentarse en ella sin armas, que no podía expedir, con artes siempre sustitutas del valor desamparado, envió gobernadores, que con suavidad y caricias ablandasen los ánimos. Mas en vano, porque salió de Portugal un copioso ejército (120), que dividido en partes varias como lenguas de una misma llama iban siendo diluvio de campos y lugares confederados del pueblo romano: de la manera que el agua detenida, minando la prisión, inunda arrebatada todo el valle. Insigne peligro amenazaba esta tormenta, y calificáralo el daño, si el procónsul Cayo Mario con la mejor soldadesca de Italia no saliera a reprimir el curso de algunos. Maltratólos, y ellos punzados, acusada la división, se llamaron unos a otros. Unidos marcharon buscando al enemigo, que desbarataron de campo a campo; y después él a ellos en varios recuentros habiendo convocado españoles celtíberos, y traído de los presidios mucha gente veterana y diestra. Quedaron así, o en tanto sosiego las armas portuguesas, o con tanto descuido los escritores, que casi veinte años pasaremos volando. Por lo menos poco nos detendrá la memoria que en medio de ellos se halla (109), de que tumultuariamente volvieron nuestros lusitanos a perturbar la provincia ulterior, mas con tal estruendo, que de Roma partió Calpurnio Pisón, y luego tras él Servio Sulpicio Galba, de quien no se sabe con particularidad caso alguno memorable. Lo mismo de Quinto Servilio Escipión, que le sucede (107).

Innumerable ejército romano discurría por toda Lusitania (100). Castigáronlo sus habitantes de manera, que para llevar el anuncio de su miseria un solo soldado no se halló con vida. De este golpe quedó afianzada una quietud de cuatro años, descontada al fin de ellos con ver una gran victoria en las manos de sus contrarios, capitaneados por Junio Sileno, que les hizo bajar las armas, hasta que volviéndolas a tomar (96) se hicieron sentir y temer de toda la España Ulterior, con estrago considerable, reparado con el esfuerzo del procónsul Lucio Cornelio Dolabela. Sucesor suyo ha sido Publio Licinio Craso cónsul, que le igualó en la grandeza del ánimo, y en la prosperidad de la fortuna militar (95). Purificósele notable resistencia de los lusitanos de Entre Duero y Miño.

Memorias del mundo más notables.

Por estos años que pasaron desde Viriato hasta Sertorio, fue pontífice sumo el valeroso Jonatás, que siendo preso sustituyósele Simeón su hermano, a quien sucedió Juan Hircano su hijo, aquel que abriendo el sepulcro de David halló en él tres mil talentos de oro. Continuó en el ministerio su hijo mayor Aristóbulo. Pereció gloriosamente la ciudad de Numancia. En la de Útica africana murieron treinta mil personas, doscientas mil en su comarca; en Numidia ochocientas mil, del aire inficionado con la multitud de langosta, que volando de otras partes vinieron a morir en

éstas. Por la boca del monte Etna se vio exhalar tanto fuego y ceniza, que fue bastante a cegar casi la ciudad de Catina.

IX. DESDE EL AÑO 80 HASTA EL DE 59 ANTES DEL NACIMIENTO DE CRISTO

Nunca supo la gente portuguesa abaratar la libertad: nunca otra como ésta pretendió Roma dominar con más ahínco. Tanto cundía la generosidad de nuestro pensamiento; tanto la longitud de su ambición. Viendo pues los lusitanos que se abrasaba Italia en disensiones domésticas, sin que pudiese acudir con fuerzas considerables a las cosas de España, ceñidos muchos de un motín terrible corrieron la provincia, matando la gente romana que estaba de guarnición en los presidios, con tanta celeridad, que a muchos asaltaban con las armas aun calientes de la sangre de otros. Toda edad, todo sexo perecía. Era poca esta materia para tanta llama. Entraron por Castilla en diversas tropas, fiadas a buenos capitanes, matando suelta y furiosamente. Los gobernadores de la gente romana alojada en diferentes puestos, la fueron recogiendo a los más fuertes, desamparando algunos de menos cuenta.

En estas olas de movimientos fluctuaba España, cuando entró por ella (80) el valeroso capitán Sertorio, traído de la ventura, para que mezclado el valor portugués con las artes romanas, viese el mundo que nada les faltaba para ganarlo, sino el norte de un capitán, o como el que perdieron, o como el que hallaban. Era Sertorio ya bien conocido en España, como aquel que en la guerra de Numancia había dado bastante muestra de valentía y de prudencia. Su nacimiento entre los sabinos había sido, región de nombre claro entre todas las de Italia. Padres medianos. Sus primeros años le llevaron las letras: los mejores y últimos las armas. Con singular estrella las había tratado en servicio de la Patria, cuando ofendido de ella misma, solicitando contra Roma igual venganza al premio que esperaba, vino a España, adonde tuvo sucesos varios. Pasó en África, que le miró con diferente ventura, gloriosa y próspera. Descubrió en la ciudad de Tanger el cuerpo del gigante Anteo, y otros monumentos y memorias venerables. Investigábalas curioso, al tiempo que llegaron embajadores de Portugal, pidiéndole con instancia quisiese encargarse de su gobierno, porque así se prometían dichosos lances contra sus enemigos. Había motivado esta resolución de los portugueses el verse vejados de las armas de Cayo Anio, que contra el propio Sertorio fuera expedido por el Senado. Obedecieron unos y otros a su deseo; los portugueses con llamarle, él con venirse luego en compañía de los mismos embajadores.

Entró en Portugal ganando las voluntades de todos con su presencia afable, con su mano dadivosa: gracia y virtud que en todas edades, con todas naciones tuvieron imperio sobre los ánimos mas exentos. Hizo su asiento y plaza de armas en la ciudad de Évora. Después de haber vinculado con el sacramento de la homenaje la lealtad portuguesa, dio vista a toda la provincia, acompañado ya de setecientos caballos y cuatro mil infantes. Con providencia extremada juntaba municiones e instrumentos de guerra. Antevieronlas los confinantes, de suerte que muchos lugares de Andalucía se le ofrecieron espontáneamente. Uno de ellos la ciudad de Osca (no la que ahora vemos incluida en el reino de Aragón), fuerza considerable. Hizo de ella Sertorio Universidad floreciente con pensamiento que calaba más profundamente que en la utilidad de la enseñanza: y era el de asegurarse de los portugueses. No dudaba de la fidelidad; propia la estimaba en ellos; prevenía los enojos de la fortuna. Propuso que, pues hacían ventaja a Roma en las armas, razón era no ser inferiores en la policía. Una academia les ordenaba adonde sus hijos se diesen al estudio de las letras. Llamados de su liberalidad acudieron maestros insignes de varias naciones, de varias facultades principales: filosofía, astronomía y dialéctica. Congratuláronse con él los lusitanos por

los institutos y documentos que buscaba a sus hijos, sin detenerse en desentrañar la industria. Entregáronseles como estudiantes, y él los tenía como rehenes de la lealtad de sus padres.

De otra traza usó notable. Trayéndole un portugués (Españo se llamaba) entre diferente caza una cierva viva, vino a ser tan mansa y doméstica, que le acompañaba sin espanto del estruendo de las armas. Ponderó la mansedumbre y publicó que la diosa Diana se la había enviado para darle por su medio el aviso de los sucesos de la guerra. Con demostraciones acreditaba el fingimiento. Sabiendo qué capitán suyo había vencido alguna batalla, en lugar oculto hacía coronar la cierva de muchas flores, con orden al ministro del secreto, para que la soltase en horas prevenidas. Ella que con las de ausencia del señor usaba del natural instinto, corría a buscarle; de lo que era costumbre hacía misterio Sertorio, e inclinando la cabeza, como que la escuchaba, diciendo a los circundantes lo que había sabido por avisos, les persuadía que Diana con la cierva se lo enviaba a decir. Así le tenían por favorecido de esta diosa: y antes le obedecían, ya como a cosa que corría por cuenta de las deidades, que como a hombre humano. Yo más admiraré siempre la simplicidad (o sencillez, si es mejor) de España, que esta industria de Sertorio. Nunca obrarán mucho los embusteros, si no creyeran mucho los sencillos. Perdona Sertorio, que más nombre le dieron los nuestros, creyendo en esta parte, de lo que él buscaba obrando con otras más ilustres. Perdonen los nuestros, que tanta atención a tan poco artificio antes me pide risa que alabanza. Hanse visto monedas o medallas con su imagen, y del reverso la cierva. Tanto vino a estimar lo que le estimaron por ella.

Habiendo pues Sertorio ganado los corazones portugueses con estas sutilezas (79), y asegurádolos con las prendas de sus hijos que tenía en Osca, osó ponerse en campo contra Roma con ocho mil hombres, casi cinco mil de Lusitania, el resto de Italia y África. Con estos sustentó guerra nueve años continuos a cuatro capitanes, que sobre ser de los más famosos que entonces tenía la República, trajeron consigo siete mil caballos, y ciento y veinte y dos mil peones, sin los socorros de España. La primera empresa de Sertorio fue avasallar por toda la Carpetania muchas plazas, con poca o ninguna resistencia. La segunda naval sobre las aguas del estrecho de Gibraltar contra Cota, capitán romano que allí le impedía el paso a algunos socorros africanos. Metióle a fondo muchos vasos, y ganando los otros fue muerta toda la gente que traían. Navegando victorioso por el Guadalquivir, halló (poco distante de Sevilla) alojado en sus márgenes el ejército de Didio, también romano. Dormía él, y despertaba el alba, cuando Sertorio lo pasó a cuchillo casi todo.

A orden suya Herculeyo su capitán, y excelente, había salido contra Lucio Domicio, que a la del cónsul Quinto Metelo Pío, andaba abrasando desde la Andalucía hasta los montes Pirineos. Caminó Herculeyo la vuelta de Aragón, por encontrarse con el ejército que dudó la batalla ofrecida por los portugueses, en cuanto no le llegaba un socorro de Metelo: mas ellos que siempre fueron impacientes de rodeos embistieron con los romanos: pocos quedaron con vida. Domicio dejó la suya en la espada de Herculeyo. Rota fue tan notable que Manilio, procónsul de aquella parte de Francia que los antiguos llamaron Narbonesa, pasó los Pirineos con gruesísimo ejército de romanos y franceses. Traíale deseo de reparar las reliquias, y eran pocas, y no las reparó: porque el capitán vencedor leyendo en el semblante de cada un portugués muchas venturas, le vino a buscar, y hallándole en los campos de Lérida hubo un temeroso combate, y salieron victoriosos de Manilio los que días antes de Domicio, a pesar de las legiones romanas y caballería francesa que pereció casi toda después de haber este día colmado la opinión honrosa de su valor, sino triunfando, muriendo con maravilloso ardimiento.

En tanto (78) andaba Sertorio a las manos con Metelo, que viéndose mil veces desatinado con los daños que recibía, tomando otro camino de pelear, se fue a poner cerco sobre la ciudad de Lacobriga (hoy Lagos) situada en el reino del Algarve. Apretábale la sed a los cercados. Con premios grandes (lisonja última para que asciendan los ánimos a grandes hechos) obligó dos mil soldados, a que pisada toda dificultad entrasen por sus muros con dos mil cueros de agua. Refrigerados y socorridos sustentaron la plaza en cuanto Sertorio se abastecía; y Metelo solamente con la noticia de la prevención, haciendo llevar los tabernáculos y tiendas con que poblaba la

campaña, la dejó libre. También le obligó la falta de vituallas; y parte de ellas le había tomado Sertorio con muerte de una legión que las guardaba. Diole este aviso el legado marzo Aquilio, que rigiéndola, apenas con caballo y sin armas pudo llegar a los cuarteles.

Metelo se fue entrando por la Andalucía, y Sertorio tras él apretándole, de suerte que sus propios soldados empezaban a tenerle en poca cuenta. Llevólos a Osca, donde estudiaban los niños portugueses, con intento de ganarla; y las prevenciones en ella eran mayores que su intento. De añadidura sintió el ejército lusitano a las espaldas; y de nuevo fatigado pasó a Cartagena. Sertorio a Évora. Aquí internaba (77), cuando llegaron embajadores de Mitrídates rey de Ponto. Proponía *amistad y concordia: porque la fama de sus victorias después que imperaba la gente lusitana, le prometía, que si ambos a dos se conformaban, pondrían perpetuo yugo en la cerviz de Italia. Ofrecíale navíos. Pedía soldados portugueses. Sería de Sertorio el señorío de la Asia, sacado de la boca de Roma con la punta de la lanza.* Suntuosamente recibió Sertorio la embajada, ceñido del magistrado de Évora y lusitanos más insignes y venerables. Mas fiel a su patria, porque no pagase ella agravios que le hicieron sus naturales, respondió solamente al socorro que pedía de portugueses: después se lo envió más lucido que numeroso.

Venía en tanto desde Roma a España el grande Pompeyo. Ya las hazañas de Sertorio no pedían menor competencia. Hasta ahora temió Roma nuestras armas solas, y viéndolas con Sertorio temíalas a ellas, y a sí propia. Juntóse con Pompeyo Metelo. Con Sertorio marzo Perpena, que gobernaba treinta cuadrillas de soldados viejos llegados de pocos días de Cerdeña. Animados los portugueses, y viéndose enfrente del campo romano, importunaban a su capitán, que los dejase salir al enemigo. Mas él, que miraba el poder y multitud contraria, estudiaba cómo había de suplir con la industria la diferencia. No venía en lo que le pedían, y vino forzado. Salieron los que más atrevidos insistían en la permisión, y salieron castigados a placer del enemigo, y aun de Sertorio, en cuanto deseoso de que enfrenasen la temeridad, no la osadía. Aquí sucedió el otro ejemplo con que mejor desengañó los suyos. Hizo traer dos caballos, flaco el uno: mandóle arrancar las cerdas por un mozo, que impaciente de dilaciones, asiendo de ellas juntas, cansóse en vano. El otro hermoso entregado a un viejo para el mismo efecto; y él sacando frutos de la experiencia, cerda a cerda le dejó sin ninguna. Entonces Sertorio moralizó la demostración diciéndoles, que así se debían portar con la gente romana; porque queriéndola sin consejo y maña vencer de un golpe, era imposible; de muchos dados a tiempo no lo era.

Estaba nuestro capitán (76) sobre la ciudad de Laurona (hoy Liria), cuatro leguas de Valencia a las corrientes del Júcar, cuando llegado Pompeyo, dio sobre él juntamente con Metelo, porque levantase el sitio; y en una emboscada perdieron diez mil romanos, que con su teniente Decio Lelio fueron degollados, adelantándose por favorecer sus forrajeros. Tal vez hubo que deseó Pompeyo el retiro sintiendo la cobardía de los suyos: mas lo que espoleaba el temor, detenía la reputación: y tenía atento al reparo de la desolación de Laurona. Deseoso de llegarse tan cerca, que pudiese entrarle algún socorro, vio que le importaba ganar primero un monte, que levantado entre los dos ejércitos era capaz de alguna gente. Con Pompeyo se igualó Sertorio en el pensamiento, y desigualóse de él en tener ocupado el puesto ya cuando él iba subiendo por ocuparle. Pompeyo ardiendo en rabia por haber perdido tan buena mano, intentando cercar y vencer a Sertorio entre la ciudad y su ejército, dio por tan acabada la empresa, que envió a decir a los laitonenses diesen gracias a los dioses por su libertad, mirando de sus almenas cómo tenía cercado a su cercador, y en términos que saliendo ellos a la pelea, no quedaría portugués a vida. Sertorio que había dejado seis mil en una emboscada para atajar cualquier intento del enemigo, viendo que se jactaba (vanamente glorioso) de haberle vencido, motejándole de poco experimentado, dijo para los suyos: *Dejad, que yo mostraré a este rapaz discípulo de Sila, cuanto más importa al capitán experto traer los ojos en las espaldas que en la frente.* Llovieron los emboscados en el contentamiento de Pompeyo, que vuelto a su real, desde los reparos estuvo viendo cómo combatían la ciudad amiga; y como escalada la abrasaron, se estuvo calentando a las llamas de su incendio, sin atreverse a socorrerla ni a pelear

con Sertorio, hallándose con mil caballos y treinta mil infantes; bien que setenta mil o casi eran los nuestros.

Fenecida felizmente esta guerra, rico y triunfante se recogió Sertorio a Évora, donde empezó a lograr los despojos con beneficio público. Cercó de fuertes muros la ciudad. Trajo a ella por un suntuoso acueducto el agua de varias fuentes, que es todo el adorno y el honor y el regalo de sus habitantes. Labró casa para su persona, y casóse con portuguesa del mismo lugar, hija de Firmio Laberio ciudadano nobilísimo. De los muros permanecen algunas ruinas, y ellos fueron vistos hasta el tiempo de nuestro rey Don Fernando, que ornando con otros nuevos y mayores la ciudad, le quitó más en la memoria que le dio en la grandeza. Las casas vi el año de 1619, y hoy no pudiera ser porque sus ciudadanos, poco veneradores de los monumentos gloriosos de la patria, consintieron su ruina.

Mas entrada la primavera (75) salieron Pompeyo y Metelo de los alojamientos en que habían pasado aquel invierno, y bajando al Andalucía, cada uno por su parte trataba de ganar ciudades en que Sertorio tenía guarniciones lusitanas; y él, sacudiendo de sí el ocio, hizo llevar sus banderas contra Pompeyo; encontróle a la margen del Júcar. Miráronse los dos capitanes famosos, pendientes de la duda de poner en la ventura de una batalla el crédito y fama que uno de ellos había de perder irreparablemente. A la suspensión siguió la obra. Pompeyo, porque Metelo no tuviese parte en la gloria que esperaba ganar, Sertorio por no la hazer más incierta con la llegada de Metelo, sacaron su gente en campo abierto un día por la tarde, quedando Sertorio con una escuadra de portugueses (perpetua guarda suya) contra una tropa en que estaba Afranio, capitán de mucho nombre; y contra Pompeyo quedó Perpena. Cerraron los escuadrones, examinaban unos y otros lo último de su potencia. Ya Sertorio con sus lusitanos iba llevando la victoria de Afranio, cuando supo que Perpena con sus italianos casi la dejaba a Pompeyo. Acudió al remedio en persona, y así levantó su vista y ejemplo los ánimos postrados que, en menos de media hora, a rienda suelta dejaron los contrarios libre la campaña. Viose Pompeyo a peligro de ser preso y traído en triunfo a Lusitania, como quien fue de una lanzada portuguesa derribado de su caballo, que por ser un hermoso animal, y ricos sus jaeces, compitiendo los soldados con la codicia sobre quién le había de llevar, haciendo más caso de él que de Pompeyo (misericordia de las grandes cosas en la opinión del vulgo) le sirvió de remedio el desprecio para escapar de sus manos.

En tanto que Sertorio por esta parte vencía (74), bien le imitaba Afranio, teniendo casi vencida la que él había dejado casi victoriosa. Mas nuestro capitán, habiendo ya despachado a Pompeyo, pasó el argumento sobre Afranio, y a cuchillo toda su gente. Al fin aquí fuera sorbido el ejército de Pompeyo, si Sertorio no ponderara que se acercaba el viejo Metelo, con que se resolvió a negar a su gente el alcance que seguía, y dijo: *Yo enviara a Roma azotado este rapaz, si esta vieja no me lo quitara de las manos*. Aquí se le había perdido la cierva, con cuya falta no sabía otra cosa que ser triste: hasta que dándole unos labradores nuevas de ella, les ordenó que lo callasen, y la tuviesen presa en cierto lugar; y en hora señalada la soltasen. Un día, llamados los principales de su ejército les empezaba a decir que ya tenía alguna esperanza de la cierva, porque en sueños le había prometido la diosa de los bosques que se la enviaba con aviso para continuar la guerra. Al articular de estas palabras, la cierva libre ya de la prisión vecina y oculta, venía atravesando el campo, y parando con retozos entre las rodillas de Sertorio, empezó a lamerle las manos. Ella hacía lo que un animal domesticado; él lo que un trivial ingenio; los que le creían, lo que o la mucha ignorancia, o la mucha superstición. Todos viendo a Sertorio sin la cierva pensaban que ya los dioses le desfavorecían, y él que ya la gente; temor más acertado.

Animado el campo con la aparición (prodigioso para decirse lo que sobre una vanidad obra la fe), dada señal de marchar, caminó a Valencia por donde Metelo talaba la tierra (73). Cercóle en una vega; púsole en términos de perecer o pelear. Pero atrevióse a mandar que el capitán Memio, con una manga de caballos, saliese por traer algunos bastimentos. Abundantemente lo sintió Sertorio, y disimulando salió una noche (dejando a Perpena bien instituido para entretanto) y al romper del alba

dio sobre los romanos que venían guardando acémilas y carros; ganados fácilmente con muerte de la mejor parte de la guarda. Metelo blasonando contra Sertorio vino a buscarle, y siguiéndole Perpena, se barajaron en temeroso remolino, de que salió la gente romana (la que salió) huyendo vergonzosamente. Menos el viejo Metelo, que exasperado de ver que tantas veces le mirase con ceño la fortuna, arrojándose en lo más peligroso de los escuadrones lusitanos hacía maravillas de brazo juvenil, que no de lo que prometían sus cansados años: impulsos de la desesperación que, cual rayo si durara como ofende, pudiera acabar mucho. Salió de entre los portugueses un dardo que dio con él en tierra, adonde ya malherido pereciera, si los suyos que iban huyendo, tirados del vínculo de la vergüenza, no volvieran con furor, o para librarle o para morir con él. Salieron con lo primero (teniendo por más cierto lo segundo), porque el venir ya desordenados los nuestros en este tiempo, abrió camino al daño; y tal que perdiendo el campo, torpemente huyeron sin que obstase toda la diligencia, todo el valor de Sertorio; que se opuso con terrible acción a los vencedores, cuando Metelo, restituido a su caballo por animar los suyos con su vista, viendo que Sertorio domaba la corriente del vencer, publicaba premios para quien le prendiese, o le matase. Despierta sin duda el premio muchas hazañas, pero más deseos. Ahora no las hubo, y habíalos de haber. Sertorio con gentil orden detuvo las armas contrarias, en cuanto se salvaba su ejército: siguióle hasta entrar en una ciudad asentada en lugar alto y fuerte. Arrimóse Metelo a las faldas del monte extendiendo su gente por toda la circunferencia, para vencerle con hambre, mas la providencia de Sertorio le tenía municionado y abastecido en abundancia. Pasados pocos días, desmintiendo las guardas y asechanzas de Metelo, le dejó burlado, y con una escuadra de caballos ligeros entró por Lusitania, adonde fue recibido con tanto afecto que en hacimiento de gracias por su llegada se visitaban templos, y ofrecían dones. De una inscripción consta que Julia Donace dejó un cetro y corona de plata en el templo de Júpiter cerca del lugar de Torrano y del río Exarama; que hoy (con mejor culto) es iglesia de Justo y Pastor, sagrados mártires.

El año siguiente salió Sertorio en una flota con intento de robar todas las que hallase en los puertos marítimos que sustentasen presidios de Roma. Discurría por el mar Mediterráneo: bajel enemigo no escapaba. En pocos días se miraron Pompeyo y Metelo casi perdidos; y mucho más con la rota en que Herculeyo, capitán de gente portuguesa, les puso seis banderas de caballos y una legión de infantería con que Probo Emiliano guardaba copiosísimas vituallas: adonde un rico despojo, once banderas, y la muerte de Probo calificaron esta empresa por una de las ilustres lusitanas. Pompeyo y Metelo, dejando el intento, aquel se fue a Navarra, en cuanto este en otro lugar estaba escribiendo a Roma su propia afrenta, y pedía socorros. Nuevas que haciéndose mayores cuanto mas volaban, acabaron de quitar el rebozo a muchos, que viendo la prosperidad de Sertorio confesada ingenuamente por la boca de Pompeyo, desde Italia se le ofrecían, juzgando que quien vencía a Pompeyo, entraría en hora menos esperada por las puertas de Roma.

Mas llegaron los socorros (72). Volvieron los capitanes al juego en que la mucha confianza ahora fue dañosísima a los portugueses: porque viniendo Metelo con su gente apartada de Pompeyo (no muy lejos de Sevilla) le salió al encuentro Herculeyo (que paseaba por Celtiberia señor de la guerra, ganando nuevos lugares y corroborando los ganados en la devoción de Sertorio) y le apretó hasta que le hizo subir un monte a su parecer seguro. Poblaba las faldas del nuestro campo convidando el enemigo a la batalla; y él disimulaba, detenido en ensayos de mejor oportunidad. Hallóla tal, que dio sobre los portugueses cuando ellos no lo pedían, así veloz, que de una carrera, degolló veinte mil, poniendo en huida el resto. Esta fue la primera vez que la gente lusitana perdió totalmente la victoria. Por cierto grande: y tanto para Roma, y tanto para Metelo, que entre notables demostraciones de contentamiento hizo que en los lugares por donde entraba una imagen de la victoria con fútil artificio bajase con diademas y coronas de flores a ponerle una en la cabeza. Premiándose a sí mismo, con ser digno de premio, puso en litigio la vanidad y el mérito: como en nuestra edad Don Fernando duque de Alba con la estatua que en Flandes se levantó a sí propio: honores sin duda debidos a tantos héroes, mas siempre con escrúpulo los mostrara la Fortaleza en el carro de sus triunfos.

Salió Sertorio en seguimiento del vencedor que caminaba a Cataluña; no le alcanzó; bien que si algunas mangas de caballos con que Metelo enviaba a Pompeyo las nuevas, y por notas del suceso cautivos, armas, ropa. Reventó de una emboscada, y matándolos a todos, ganó aquella parte no pequeña de lo que Herculeyo había perdido.

Mas cansóse la Fortuna de prosperar tanto las cosas de la nación portuguesa (71): porque buscando Sertorio camino para restaurar la opinión postrada, lo halló también para sepultar la suya, y con ella la mayor parte de la soldadesca lusitana. Conduciendo grande número de gente contra Metelo que andaba por el reino de Murcia, iba asolando las poblaciones y campos de Andalucía con tanta braveza que la fama de ella dio aviso al romano de lo que le convenía obrar. Retiróse a Valencia por donde discurría Pompeyo, que luego hizo expedición de caballería ligera, porque registrase el número y la potencia con que nuestro campo le buscaba, y hallaron que se hacía temer, la gente mucha, mucha la orden. Pasaron el río Guadalaviar, a cuya ribera en sitio superior y fuerte Pompeyo y Metelo estaban firmes. A pocos días, entrada la resolución, en ambos campos dieron señal de embestir los instrumentos, y volando las banderas sobre las armas, detúvolas el combate de dos soldados que entre una y otra vanguardia de cada una el uno, salieron en singular desafío a ser agüero o profecía del suceso que le aguardaba al general encuentro. El soldado de Pompeyo dio con el de Sertorio en tierra, y al quitarle el yelmo para cortarle la cabeza le conoció por hermano, que siempre había seguido la parcialidad sertoriana. Con dolor fuerte de lo que había hecho, matándose a sí propio se dejó caer sobre el hermano muerto. Caso que suspendió la resolución de los dos ejércitos hasta el día siguiente, en que se acometieron con aspérreo denuedo. Peleaba Sertorio igualmente como gobernaba, cuando le llegó un soldado hecho fuentes de sangre, a decirle que era muerto el capitán de los jinetes. Pagóle la nueva con pasarle de parte a parte, porque no tuviese más lengua para pregonar esta desgracia. Mas no le bastó la diligencia, y otras grandes con que se hubo en este conflicto, para dejar de perder reputación y al fin la victoria con seis mil lusitanos, bien que a los enemigos le costasen ocho mil de los más valerosos que sustentaban en las conquistas de España.

Sintió Sertorio otro tanto como su infelicidad, la entrega que los de Valencia (viéndole vencido) hicieron luego de sí propios a Pompeyo; y más cuando empezaron a ser imitados de plazas importantes; entre ellas Guadalajara, cuyos moradores mirando sobre sí airado a Sertorio, se fueron subiendo a un lugar alto casi inexpugnable, minado de unas cuevas prolongadas en que se recogían tan confiados que con palabras irónicas se burlaban de Sertorio, porque al torno los ceñía aguardando vencerlos. Pero él, advirtiéndole que corría un aire recio, y había mucha arena en el puesto que ocupaba, mandó a sus soldados que continuamente la levantasen para que llevada del aire por la correspondencia que hallaba en las bocas de las cuevas que habitaban estos amotinados, les tapase las suyas y los ojos. Sucedió tan felizmente el ardid, que volvieron las burlas en pedir misericordia, hallada fácilmente en el capitán generoso: mas pedirla al enemigo, última miseria con que castiga la soberbia.

Desde aquí se fue a socorrer la ciudad de Palencia, sobre que Pompeyo estaba acuartelado con tanta porfía, que ya no blandeaba poco la constancia de la defensa; mas picándole Sertorio en las espaldas le obligó a que volviéndolas a los muros se combatiese con nuestros portugueses, que fueron matando romanos con más furor que disciplina. Resultó de ello entrarle tanto Sertorio por sus contrarios, que le mataron el caballo, y le mataran a él, si algunos lusitanos no se ofrecieran a morir por su libertad. Atravesando por en medio del enemigo, y haciéndose plaza con la espada llegaron adonde Sertorio estaba obrando extremos en su defensa. Ganáronle entre sí, y en un remolino, como abejas con su príncipe, volaron por el campo hasta ponerle en salvo. Perdieron muchos la vida en este hecho; y dejaron todos al mundo un ejemplo memorable de lealtad portuguesa, que viéndose animada con la vida de su capitán, ya subido en otro caballo, volvió sobre Pompeyo de manera que le hizo perder el campo, dejar en él las tiendas con muchos trabucos, tormentas y máquinas militares, y caminar más que quisiera en lo tenebroso de la noche; si bien eso

fue la vida de la esperanza de Roma, porque no le faltó a Sertorio para acabarla, sino el no haber podido detener el sol aquel día, o querer Pompeyo aguardar la luz del otro.

Entanto apretaba Metelo a Calahorra con asaltos, de que le desembarazó nuestro capitán, que como se hallaba victorioso, dio sobre los cercadores tan a dicha de los cercados, que allí vio el viejo perecer tres mil soldados veteranos sin remedio alguno; siéndolo del resto los pies, a que se encomendaron todos. Entróse en la ciudad Sertorio; alababa sus moradores, premiaba sus hazañas, cuando supo que juntos otra vez Pompeyo y Metelo tenían sitiada la ciudad de Huesca, la depositaria de los niños lusitanos. En diligencia caminó a socorrerlos: recibieronle prevenidos los dos capitanes; plantó su real junto a los muros, tan mal guardado, que Metelo le compelió a entrarse por sus puertas, dejando en el campo muchas armas y caballos. Este disfavor de la fortuna bastó para que los romanos, que hasta allí le siguieron, se conjurasen (como ella) contra él; o ya por cansados del ejercicio, o ya por codiciosos de los premios que Metelo tenía puestos para quien se lo diese muerto o preso.

Perpena, aquel romano de quien tanto se había fiado, ambicioso de un bastón que se le propuso, tomó a su cuenta el remate de esta traición, no con poco temor de ejecutarla, cuando se le ofreció un camino para temerlo menos, y fue la impaciencia del mismo Sertorio; porque estando en Huesca, y viendo que algunos españoles que allí tenían hijos se habían pasado a su adversario, vencido del enojo, se los mandó matar; lo que imaginaba venganza y castigo ajeno, fue ruina y muerte propia. Porque haciéndose mal visto de la gente, Perpena ganó sitio para la obra de su intento. Sintió conjuración Sertorio, aunque jamás se persuadió que Perpena entraba en ella; llamó los portugueses de su guarda; dioles, con más tristeza que palabras, cuenta de la muerte que aguardaba, y ellos con aquella fervorosa fe nativa mataron luego diez cómplices, queriendo vengarse tan de veras, que algunos que no eran culpados pagaron la fortuna de los que lo eran. Perpena, que más deseaba esta muerte, más alababa el castigo; asegurando con industria el golpe de su alevosía, Sertorio casi adivino de su desventura, ya no se fiaba de romanos; todo se había puesto en manos de portugueses, como en sagrado y receptáculo donde la lealtad jamás peligró; mas no bastó ella toda contra la suma perfidia de Perpena, que fingiendo cierta nueva de contento para Sertorio, y creyéndola él, se dejó convidar del traidor, para solemnizarla con una cena suntuosa; y en ella, cuando más atento al festejo, le mató de veinte y una puñaladas.

Igualmente celebraron los portugueses su entierro como el de Viriato; y con la urna de sus cenizas entrados por Lusitania, en la ciudad de Évora las colocaron en digno sepulcro. Su inscripción pondremos aquí; porque como descubierta (los años de nuestros padres) en las zanjas que se abrían para la iglesia de San Luis, no la refiere alguno de los Prontuarios:

SERTOR. LUSIT. DUX. IN. EXTREM. ORB. PLA-
GA. D. IMMORT. VOVET. ANIM. BUSTO. COR-
PUS. QUI. TIBI. SALO. TETHI. SERVATUS
QUO. LOCO. CIRCA. EBOR. RO. COS. COP. Q. IPS.
CECIDERAT. OLIM. H. EREX. S. CIRCUNVEN-
TAM. DOLO. UMB. ELISIUM. DIRIGE. DIVA. D.
S. T. T. L. AULICUS. P.

Sertorio capitán de los lusitanos en esta última parte del mundo ofrece su alma a los dioses inmortales, y el cuerpo a la tierra. Este es aquel que por ti (oh diosa Thetis) fue libre del mar, y aquí donde los tiempos pasados desbarató un cónsul romano, se le dio sepulcro. Diosa Diana, encamina a los Elíseos el alma que a traición fue destruida. Séate la tierra leve. Aulico puso esta memoria.

La deprecación a Diana por ventura fue procedida de lo que, viviendo Sertorio, imaginaban le favorecía esta diosa, por la industria de la cierva, que la calificó con acompañar hasta morir el cuerpo muerto. Llenas están las historias de ejemplos singulares.

El magistrado de Évora (69), cabeza entonces de toda Lusitania, consultando el modo para asegurar el bien y causa pública, asentaron que no se innovase cosa alguna, hasta ver lo que hacía Perpena, en cuya mano estaba casi todo el ejército de Sertorio; bien que lo mejor le hubiese desamparado, viendo sobre sus cabezas a Pompeyo con mano poderosa, como aquel que cobraba bríos en la falta del capitán pocos días antes tan temido. Salió Perpena a encontrarse con Pompeyo, Pompeyo a vencerle facilísimamente, haciendo que perdida la gente procurase salvar la vida entre unas breñas; donde le hallaron algunos caballos, victoriosos de nuevo con haberle preso, por ver que en aquella cabeza se terminaban todas las fatigas de tan prolija guerra. Infame y vergonzosamente lloró este traidor a los pies de su enemigo: mas en vano; que era justo que no valiesen lágrimas a quien la fidelidad pudiera valer mucho. De orden de Pompeyo, sin quererle oír como pedía, le fue cortada la cabeza: último castigo, mas no bastante para tanta culpa; porque siempre es menor que el daño de una traición el autor de ella.

Afranio valentísimo hombre, con orden de Pompeyo entró luego por Lusitania, y como los camponeses se habían asegurado en las eminencias de algunas sierras con el temor, hallólo todo tan despoblado, que dejaba de parecerle miedo y no artificio la soledad. Dio la vuelta por dar cuenta a Pompeyo, y él no quedó con menor cuidado. Caminaron a poner sitio sobre la ciudad de Osma, cuyos moradores inexorables a sus propuestas, antes impacientes de que dudase de su constancia, con el daño mucho que hacían indignaron al enemigo de manera que tanto crecía de aspereza en el combatiente como de porfía en los combatidos. Eran las cabezas portugueses fidelísimos, que aun después de muerto Sertorio querían más su firmeza que su vida. Los asaltos fueron terribles, el remate lastimoso: porque los cercados despreciando la muerte mataban con el impulso de la desesperación, hasta que murieron todos: el que no a manos enemigas, a las propias: ambición de no dejar la gloria de un morir hermoso, por la comodidad miserable de una servidumbre. Acabaron libres y valerosos.

No obraba menos Calahorra en el mismo tiempo, desesperóse Pompeyo del rendimiento, y fuese a Roma, dejando en su lugar el capitán Afranio, que si porfiadamente apretaba el sitio, los sitiados con gloriosa pertinacia resistieron, hasta (¡espectáculo horrendo!) comer sus hijos y mujeres, y hasta que la muerte los acabó hambreados y sedientos. Llegó Afranio a no tener quien le impidiese la entrada en la ciudad, cuyas calles halló sembradas de cuerpos no solamente muertos, sino informes y horribles. Así que después de la muerte los había tenido en cerco, y aun temido todo el poder de Roma. Eran lusitanos muchos, y por eso asunto nuestro.

Con estas empresas tuvo fin el gobierno de Pompeyo, y sustitución de Afranio. Con estos estragos comenzó otros. Por tiempo de diez años vinieron a España sucesivamente Publio Pisón (67), que en un recuento mató cinco mil lusitanos, Neyo Pisón, Quinto Calidio, que desbarató muchas compañías de ellos, Tuberón, que trajo por su cuestor a Julio César (63): sin que de estos pretores, legados y capitanes se hallen particulares noticias (61). Sucedió a la guerra por la costa de Portugal un temblor con que padecieron ruina muchas fábricas y poblaciones y montes (60). El mar excediendo sus límites ganó campos, descubriéndolos también en otras partes. Hubo varios prodigios y agüeros. En el cabo de San Vicente parió de un toro una yegua un monstruo con cabeza, pecho y manos de buey, el resto de caballo, los pies divididos en cinco partes desiguales, como de persona humana.

Algunas memorias del mundo.

Alejandro tuvo usurpada la dignidad suprema del sacerdocio. Sucedióle su hijo mayor Hircano. Floreció el rey Mitrídates. Hubo un incendio notable en el Capitolio de Roma, de que resultó la pérdida de los Libros Sibilinos, oráculos de los romanos. Viose la ruina del templo de Diana en Delfos. Nació en Mantua el príncipe de los poetas latinos. Empezó a ganar fama marzo Porcio Catón historiador y filósofo de la escuela estoica. Estudiaba Cicerón la retórica con que tanto se hizo aplaudir del mundo. Criábase el excelente lírico Horacio en la ciudad de Fenusio; y en la de

Padua el famoso historiador Tito Livio. Murió el poeta Cátulo a los treinta años de su edad. Fueron contemporáneos Propertio, Tibulo, los dos Marcos Varro, y Emilio, Cornificio y Cornificia su hermana.

X.

DESDE EL AÑO 59 HASTA EL DE 43 ANTES DEL NACIMIENTO DE CRISTO. HECHOS DE JULIO CÉSAR ENTRE PORTUGUESES, Y LOS DE ELLOS CONTRA ÉL.

O fuese descuido, o fuesen nuevos cuidados de Roma, sin capitanes ilustres suyos estuvo nuestra España algunos días, y como faltaba esta competencia sobre los afanes pasados habían los portugueses desnudado las armas: lentamente curaba la paz las llagas de la guerra: esta siempre lastima, y aquella parece que molestaba entonces; pues dejando los lusitanos su quietud y su descanso, entraron por las tierras de Castilla: todo era robo y desolación y fuego y sangre. Las cabezas, los que se llamaban herminios, habitantes de los profundos valles y cumbres peñascosas del monte Herminio, que casi atraviesa todo el reino de Portugal. Su nombre moderno Estrella, deducido de una peña, que superior a todas se remata en la forma que se pintan las estrellas.

Al descuido del Senado romano con las cosas de España se siguió enviar a ella (59) el hombre de mayor cuidado, de mayor ánimo, de mayor osadía, de mayor diligencia y fortuna: al fin no menos que Julio César, si entonces no tan grande como después, ya más claro que muchos que no lo eran poco en su República. Mostróse con su ejército, y otra gente que se le juntó, a los portugueses inquietos y derramados, sin tomar alguno a partido, por atemorizar con la crueldad los otros: era todo vencer, todo matar, obligando los que escapaban de la ira a que recogidos en Portugal apercibiesen sus naturales para el rayo que les amenazaba. Así fue: porque entrado en la provincia no se escuchaban, no se veían sino alaridos, llantos, quejas, temores, ruinas, muertes. No templaba la impiedad el ejército victorioso, ni con el rendimiento de las armas, ni con la oferta de las haciendas, ni con la entrega de las plazas.

Los de la sierra Herminia o Estrella solamente daban cuidado a César. Era (según la información ahora, y según la vista después) inexpugnable el sitio, las armas sin fruto, las amenazas depreciadas, los corazones indomables. Todavía se resolvió en enviarles embajadores, que con muchas razones les persuadiesen a que dejada la habitación de tanta aspereza, quisiesen hacerse tratables, y ocupar los campos vecinos. Ellos, que tenían otro pensamiento, y conocían que aquella montaña y riscos eran no menos que muchas fuerzas inaccesibles fabricadas por la misma naturaleza, mostraron de desprecio contra las armas de César, cuanto de temor les había tributado casi toda Lusitania. Detuvieron como presos a los embajadores, haciendo a sus ojos alarde de su gente, de sus armas, de su modo de menearlas, para que admirados de lo que viesan, informaren a César de lo que debía temer. Mas viendo que todo lo miraban intrépidos, casi desestimando toda aquella retórica bruta y espantosa, los llevaron por los lugares más ásperos de la sierra (imitación parece de lo que Escipión hizo con los exploradores de Aníbal) para que a lo menos viesan que ellos solamente eran armas imposibles de romper. Fuéronse juntando muchos, y al fin con gritos, y con las armas tocadas unas en otras hicieron un estruendo de tanto pavor, que parecía se arrojaban con violencia las más altas puntas de las peñas. A todo este trueno sucedió un silencio grande, y a él esta respuesta:

No pareciere a César que eran los herminios de tan vil ánimo, que se habían de rendir a su nobleza, cuando él no había usado de alguna con los demás lusitanos, que habiéndosele dado como amigos, los asolara como tirano. Si le parecía mal que hubiesen entrado por las tierras de los andaluces, ni ellos aprobaban que él entrase por las de los portugueses, no siendo mejor su

derecho de él en Lusitania, que el suyo de ellos en todo el mundo: así que en los daños hechos, y en la razón de ellos, iguales se miraban todos. Que cuanto a dejar la sierra, la amaban como naturaleza y cuna propia: ni habían servido tanto a César, que les debiese solicitar la comodidad y la quietud de los campos llanos. Que al fin la condición más blanda que habían de escuchar era las armas con que le mostrarían la dificultad a que aspiraba.

Con esto despidieron los embajadores, a quien tomaron las armas que llevaban, por otras propias que les dieron.

Lastimada tenía César toda la gente portuguesa con la impiedad de tanta ruina y muerte: y últimamente con el sacrilegio que cometieron sus soldados en el templo de Endovélico o Cupido, robando no sólo piezas y adornos ricos de las paredes, sino la aljaba y arco de oro del brazo y lado de la imagen, que Amílcar Barcino padre del grande Aníbal allí había dejado: y, lo que era más para ellos, la imagen de plata de la propia Venus: robo que de pasión y temor reverente con el culto de la religión hizo que muchos portugueses se matasen a sí propios. César confuso con estas demostraciones de dolor y sentimiento, y más viendo que del motivo de ellas le acusaba gente rústica y casi bárbara (en su opinión por lo menos), hizo restituir la imagen, con otras señales de piedad, pocas para sobre tantos daños.

Llevó luego el ejército contra los herminios, que osadamente, y con gentil despejo le aguardaban. Llegado, halló que nunca la fama le había representado tan invencible aquella sierra, como ahora lo hacía la propia vista: ponderaba su aspereza, poblada de peñascos desnudos y hórridos, acompañados de breñas y otros árboles silvestres, coronada de nieve, que allí permanece siempre. Todo se le mostraba difícil de ganar, y de ningún fruto después de ganado: ocasión de que el ejército romano murmuraba ya de su capitán: que los soldados más pelean por lo que han de robar, que por la fama que pueden conseguir; y ésta sí aquí la podía haber para César, lo otro de todo punto faltaba para ellos. Mas el corazón de César, que no desmayaba así fácilmente, fiando a la maña todo lo que hacía imposible el tiempo, y sabiendo que los montañeses prevenidos habían puesto sus mujeres e hijos, enfermos y viejos en lo más retirado, venció con dádivas algunos lusitanos ofendidos de los herminios para que guiasen un batallón de soldados por alguna senda segura, hasta llegar adonde estaba aquel depósito.

Mas en cuanto ellos van subiendo con pies y manos, y con las espadas atravesadas en la boca, vengamos a lo que César trabajaba por divertir los montañeses. Hizo tocar arma, fuese arrimando a las faldas del monte, por darles a entender que se arrojaba al asalto. Ellos que lo deseaban, soplando sus bocinas o cuernos, hicieron que César viese cómo no había peñasco, árbol, breña que no produjese hombres armados. Salió un escuadrón romano a provocarlos para informarse del modo con que peleaban: y llegados a tiro de dardo y piedra empezaron a tomar los rayos del Sol nubes de armas, tan densas, que los enemigos ni aun poniendo los escudos en las cabezas las pudieron librar del peligro, recibiendo mucho daño sin hacer alguno, antes retirándose, casi hasta sus alojamientos fueron ofendidos, sin que César se atreviese a socorrerlos, porque juzgaba que sin falta esforzaría la pérdida en la defensa.

Los rústicos ufanos con este principio de victoria desafiaban con muchas afrentas a los romanos; disimulaba César confiado en los soldados que caminaban había dos noches y un día. Halláronse al amanecer del segundo cerca del lugar donde estaban los bienes y aun las almas de todos los serranos, que ajenos del mal que les buscaba por otra parte, uniformes defendían aquella valerosamente. Mas cerrada la tercera noche, dados al sueño los viejos, las mujeres, los niños, dieron sobre ellos las armas, que todo el día estuvieron quedas entre las peñas: mataron mucho. Mas llegada el alba, y viendo los nuestros cuán pocos romanos habían sido autores de tanto estrago, hiciéronlo grande en ellos, siendo las mujeres el brazo más fuerte de toda la cuadrilla. Avisados sus maridos, padres, hermanos de lo que pasaba, sin consejo alguno, arrebatados del amor y sentimiento, desampararon el paso que defendían por acudir a su defensa.

César, que llegaba a conseguir lo que había procurado con la expedición de aquellos soldados, viendo libre la subida, se fue entrando por ella, hasta que se puso en una breve llanura que el monte a un lado tiene, en cuanto los montañeses furiosos acababan de matar los romanos que peleaban con sus mujeres, sin quedar alguno: mas cuando quisieron volver al primero asunto, hallaron que César se lo había ganado felizmente. Y aunque desde el sitio superior que tenían pudieran sin armas destruir el campo romano, si tuvieran cabeza para mostrarles, que imposibilitado de traer allí bastimentos podía perecer en cuatro días, temiendo ya la potencia contraria, atemorizados con la pérdida antecedente, pidieron paces. Concedióselas César tan fácil, como quien alcanzaba que la dilación de un día pudiera ser su cuchillo. Mandólos bajar al campo raso, llevando en rehenes de su obediencia doscientas mujeres con sus hijos.

Volando la fama de esta conquista, y facilidad con que César la consiguió, hizo que muchos lusitanos de diversos lugares adyacentes tratasen de pasar el Duero, por huir las armas enemigas, y habitar otros campos, si no más abundantes, menos sujetos al vencedor. Pusiéronlo en obra tan copiosamente, que parecía haberle despoblado la provincia. Marchaban con orden y concierto militar, porque ya temían lo que luego vieron, que fue el capitán romano a sus espaldas; ya cuando habían pasado la otra parte del río en tablas, en cueros llenos de viento, en yeguas, en bueyes, muchas mujeres, muchos niños, muchos viejos, mucha ropa, todo al fin lo que relaja y embaraza y estorba a la espada en la guerra. No les dio César lugar a que prosiguiesen, y ellos que deseaban ganarlo, asaltaron el ejército con tanta furia, que blandiendo los primeros escuadrones de la infantería, al fin aflojaron de todo, y se dejaron ir de vencida: mas llegando una legión de soldadesca veterana, encendiósse la pelea de manera entre unos y otros, que a ninguna parte se inclinaba la victoria. César, que no se contentaba con dejar de ser vencido, sino con salir vencedor, se entró por el campo portugués peleando por su mano con tal denuedo, que con muchas muertes de ambas partes gozó del vencimiento enteramente.

Bien se persuadía que era éste el último trabajo de los suyos en nuestra provincia: toda la juzgaba con el cuello sometido al yugo de Roma, cuando supo que los herminios o serranos que dejara vencidos y en sosiego, alborotados de nuevo, habían producido sobre ciertas poblaciones donde se alojaba soldadesca romana, y pasándola a cuchillo rigurosamente, incitando los circunvecinos a que coligados hiciesen cruel venganza en los enemigos de su libertad: voz a que se juntó un número infinito, y que pudiera dar cuidado a todo corazón que no fuera el de César, que luego contra el mayor peligro hizo volar las banderas para aquella parte, adonde ya había prevenciones ardilosas de emboscadas, que sin falta fueran formidable lazo al ejército romano, si César, avisado de ello, no frustrara con otro camino las mejores esperanzas de nuestra gente, que dividida en dos partes, quedaba cada cual siendo un campo bastante para sustentar prolongada guerra contra cualquier potencia. El menor enviaron en guarda de los hijos, mujeres, ropa y ganado hacia el mar Océano.

Llegados después de algunos días a mirarse los dos ejércitos romano y portugués, estuvieron un poco sin atreverse ninguno de ellos a ser el primero que rompiese el silencio o el temor; hasta que César, o porque nunca le tuvo, o por no mostrar jamás que le tenía, hizo dar señal de acometer: y la gente lusitana, que no se hallaba menos briosa, echando el resto de lo que valía, sacudió el poder de Roma maravillosamente. César se vio casi vencido, mas como la Fortuna parece que se había obligado a que nunca lo sería, al fin salió victorioso con menos daño de los nuestros de lo que pudiera, a no haberse entrado ya la noche cuando el enemigo se halló sin resistencia en toda la campaña.

Los vencidos, scientes en los pasos dificultosos de la tierra, salieron por varias sendas a juntarse con los que iban caminando a la playa del Océano. Al cuarto día tuvieron vista de una península (es hoy Peniche) adonde se pasaron, con vencer algunas dificultades tan diligentes, que cuando César llegó (siendo el ejemplo de la diligencia) ya no se veía en la playa cosa alguna. Crecía y menguaba a sus tiempos el brazo de mar que estaba en medio de portugueses y romanos. César

ordenó a un capitán que con la mejor gente entrase en la menguante a ganar un puesto a los nuevos isleños, que en defenderlo obraron mucho: y como el enemigo habiendo ya subido el reflujo, peleaba con medio cuerpo en el agua, derramaban las espadas portuguesas sangre romana igualmente sobre la tierra y sobre las olas. Conflicto naval y terrestre a un mismo tiempo. Sobrepujaban los lusitanos por más que César para animar los suvos desde la arena en voces altas los llamaba por sus propios nombres, y les decía que los estaba mirando. Mas viéndose ya el capitán romano casi sin fortuna, quiso volver a la playa. Cuando halló el mar tan crecido, que por no ahogarse le fue forzoso salir en la isla con su gente, sobre la cual se arrojó la portuguesa con tanta ferocidad que no quedó con vida más de un soldado (Sceva se llamaba) que resistiendo solo con valor singular todo el peso de las armas lusitanas, aunque herido por mil partes, nadando salió a la otra parte, adonde por tan ilustre hazaña halló favores de César entre la tristeza del estrago que a sus ojos vio hacer en los suyos.

Difícil le pareció el castigo de esta osadía, si no venían desde Cádiz y otros puertos algunos navíos, para que por lugar más capaz tentase la entrada en la isla. Mas en ella pasados algunos días padecían ya los portugueses cruel hambre, porque cuando allí se entraron acudieron más a salvar las vidas, que a prevenir el sustento de ellas: así se reparaban contra el golpe menos horrible. Este aprieto, y el ver las embarcaciones llenas de gente de guerra contra sí, les hizo darse a César, sin otro partido más de lo que quisiese obrar, o su clemencia, o su rigor. Y él, o porque sólo quiso el triunfo de la nación mas obstinada, o por mostrar que no le era difícil la mayor hazaña, que es vencerse a sí mismo, usó con los herminios de tanta piedad, que liberalmente los proveyó de todo, sin consentir que ni en sus personas, ni en sus haciendas, se les hiciese el menor agravio, con que no solamente los dejó contentos, sino sentidos de la resistencia. Tanto puede la clemencia, tanto la liberalidad de los príncipes. Iba así registrando todo Portugal; ya sin oposición alguna, cuando en lo Mediterráneo de él nació aquel caballo suyo tan celebrado de los autores, por traer en su nacimiento los cascos de las manos hendidas como las del hombre en cinco partes, y después no consentir que nadie se subiese en él, sino el mismo César. ¿Comunícase por ventura la arrogancia de una gente a los brutos de su patria?

Ejecutadas estas hazañas salió César de entre los portugueses con diferente opinión de la con que había entrado: entonces les pareció para los rendidos, guerrero, y ahora para los enemigos afable. Dejólos contentos de tan ilustre vencedor, y de tan valerosos vencidos se fue a Roma contentísimo. Allá le dejaremos un poco revolviendo el mundo para alcanzar el consulado, en cuanto hallamos lo que por estas partes se trataba. Tuberón, que en su lugar sucedió con título de propretor, sustentaba en paz a Lusitania, cuando llegó (56) el procónsul Publio Cincinato más prudente que esforzado, en cuyo tiempo volvieron los portugueses a satisfacerse de las pérdidas pasadas; empezando a perturbarse unos a otros: siempre tuvieron litigioso el descanso, porque nunca le querían comprar con la libertad. Mas lo que resultó de este tumulto, hasta que vino a España el pretor Publio Lentulo Spinter (55), no lo dicen los escritores.

Por este propio tiempo salió de España, y en mayor número de Portugal, un copiosísimo socorro solicitado por los franceses apretados ya con las guerras de Julio César. Presentóles batalla Publio Craso su legado que, después de verse casi vencido, quedó victorioso con muerte de cuarenta mil españoles. Sería mayor la pérdida de portugueses, pues era mayor su caudal.

En tanto que esto pasaba en Francia, vino a Portugal el pretor Quinto Cecilio Dentato, que dio motivo a una guerra peligrosa con querer en año menos fértil pelar sus habitantes, y enviar a Roma mucho trigo, como el pasado lo había hecho por haber sido abundantísimo. Daba Portugal entonces a los extraños lo que ahora les pide a ellos: impidiéronselo con razones los lusitanos, quiso Dentato remitirlo a las armas, ejecutando tiranías que trujeron a nuestra espada sobre su cabeza. Formó campo Cecilio para reprimir la corriente de los nuestros, y saliendo a ellos algunas veces, perdida mucha gente, desocupó la vega con el mayor silencio que le fue posible en lo más callado de una noche. Siguiéronle los portugueses: fortificóse en el monte de Venus (cerca de la ciudad de Évora,

adonde ahora llaman Pomares) con tanta ventaja, que se le pidieron paces: y como ello era lo que menos esperaba de quien le había desbaratado y le seguía, pareciéndole que había sido milagro de la diosa allí venerada, hizo muchos sacrificios, ofreció muchos dones, abrazó la paz.

A estos procónsules sucedieron otros dos (52): Quinto Cecilio Metelo y Tuberón: aquel vencido de los portugueses en los campos de Osma, y después vencedor de ellos; éste de quien no se halla particularidad alguna.

Las inquietudes de los vaceos y lusitanos vetones pusieron a España en tanto aprieto, que el Senado de Roma nombró a Pompeyo por único reparo de sediciones y tumultos en estas provincias: mas en cuanto no llegaba, llegaron tres legados, uno de ellos Petreyo a quien cupo el distrito de Portugal, y el cuidado de desatar la peligrosa liga que habían hecho vaceos y vetones. Para ello le dio mucha esperanza el ver que los portugueses de la Beira, gente indómita y fiera, negada a toda policía, estaba lastimada de los vetones que le corrían, y robaban la tierra, ofrecióse en socorro suyo contra ellos prometiendo ventaja, con que los incitó a tomar las armas debajo de la bandera de Roma: mas ello no fue bastante para dejar de recibir mucho daño, aunque consiguió lo que pretendía, obligándolos a que pidiesen paces: y ellas hicieron holgar la espada algunos días.

Petreyo, saliendo (46) después a favorecer los beirones contra grande número de gente de Entre Duero y Miño, que pasaba a vivir de la otra parte del Duero, perdió mucha soldadesca en la defensa del paso, e impidióselo, obligándolos a que desistiesen de su intento.

Mas volvamos el rostro al camino de Roma, que viene volando a España Julio César (47), habiendo sacudido de la ciudad a Pompeyo y sus parciales. Mas avisados de él los legados, Petreyo que asistía en Portugal, convocó de todo él otros tantos portugueses como tenía de romanos en sus dos legiones, que serían setecientos caballos y ocho mil infantes; se juntó con Afranio, no menos acompañado de aragoneses y vizcaínos. De manera que se hallaban casi con sesenta mil hombres de guerra, dos mil lanzas romanas, treinta mil peones; de españoles el número de los caballos más tres mil, menos diez la infantería. En el reino de Aragón se resolvieron, que su plaza de armas había de ser en el de Cataluña (por muchas conveniencias) la ciudad de Lérida asentada en lugar alto, ceñida de poniente y levante con los ríos Segre y Cinca. En cuanto los dos legados pompeyanos proveían lo que dictaba la guerra, y tenían puesto seguras guardas en el paso de los Pirineos para impedir a César la entrada en España, andaba él escogiendo gente, y haciendo levadas por Narbona y Francia, de que entregó tres legiones a Cayo Fabio su legado, para franquearle el paso, como lo hizo, y tan dichosamente, que primero que los pompeyanos lo supiesen, vieron desde Lérida las banderas cesáreas correr por los campos vecinos, y echar dos puentes de madera sobre el Segre.

Poco después llegó César, y hubo varios casos en que los portugueses fueron bien señalados: haciendo en uno tanto estrago en los cesarianos, que Petreyo y Afranio quedaron dueños de una memorable victoria. La última al fin fue de César, a quien Afranio y Petreyo se acabaron de rendir, hallando en él tanta clemencia, que solamente quiso de ellos, que dejada la gente de guerra saliesen de España. Fuéronse a Pompeyo, que andaba conduciendo gentes de todo Levante.

Con esto quedaron las cosas tan calladas, que César se resolvió en volver a Roma (44), dejando en el gobierno de Portugal y Andalucía, con título de propretor, a Quinto Casio Longino, hombre naturalmente cruel y enemigo de españoles; entre los cuales con la mano del cargo ejecutó los intentos de la inclinación, atrocidades, tiranías, robos, muertes. Últimamente una sed insaciable de riquezas (enfermedad propia de Italia) le llevó a poner en cerco los portugueses que a las faldas del monte Herminio vivían en la ciudad de Miróbriga. Apretólos de modo que le quisieron comprar la libertad: y él la puso en precio tan subido, que apenas dexava de fer el refeate menos dudoso que la victoria. Concedióles once días para deliberar sobre la paga, y en ellos se divirtió tanto de la guarda, que los finados le dejaron una noche burlado, huyendo con sus haciendas a los herminios. Corrido quedó Casio al otro día, porque el silencio en que estaba la ciudad, le llevó a ver la causa, y halló solamente las paredes: mas siguiéndolos por los montes, los acabó de robar de todo punto;

como después a otros en diferentes partes, de que no permanecen memorias que excedan de inscripciones de que confusamente se infieren empresas semejantes.

Los herminios así robados y producidos en número admirable, acordaron de ocupar los campos del Tajo, y echar de ellos los que con el justo título de posesión envejecida se sustentaban de su fertilidad. Previniéronse los camponeses de socorro, y tal como el de los moradores de Lisboa. Mostráronse los herminios a vista de las vegas deseadas, y queriendo pasar el río, hallaron las armas lisbonenses, que en el primero combate mataron mucho. Los serranos oprimidos, dejando el intento aparecieron sobre Lisboa, y acuartelándose en torno, no fuera poco peligroso el sitio, si igualaran al ánimo con que lo intentaron, la orden y el recato. Pero sabiendo los del socorro cómo estaban con poco cuidado, una noche los mataron casi todos. Quedó de todo punto apagada su potencia, mas no su nombre, porque esos pocos que se salvaron fueron bastantes a su perpetuidad en las poblaciones de Marvano y Arameña.

XI. DESDE EL AÑO 43 HASTA EL 41 ANTES DEL NACIMIENTO DE CRISTO

Llamados de casi toda España (43) vinieron a ella los hijos de Pompeyo el Grande, Cneo y Sexto. El primero fue aclamado de todos por general suyo en Cartagena. Salió de esta ciudad con ejército poderoso a visitar algunas, y ganar otras en que dejaba guarniciones y cabezas confidentes y valerosas. En Córdoba su hermano Sexto Pompeyo. Todo lo estaban mirando atentos los dos Quintos, Pedio y Fabio Máximo, legados de César, a quien luego avisaron por la posta del peligro en que sus cosas quedaban, y cómo el reparo de ellas era el único de su persona. Él, que no dejó de temerlo, se dio prisa a caminar. Y ya venía marchando en cuanto Filo lusitano, diestrísimo varón en la milicia, vino a Portugal (adonde era singularmente amado) por hacer gente, y la hizo lucidísima. Juntóse con Cneo Pompeyo, que sobre modo estimó el tercio de portugueses, como quien conocía que contra el poder de Roma, eran sus armas las mayores. Hallóse César con maravillosa brevedad a vista de ellos: mas si bien fue tanta como la admiran los escritores, fue menos de la que importaba a sus legados, que vio miserablemente rotos por el enemigo, no temido en vano. Fue la causa, que Pedio desesperado de que César vendría en tanta diligencia, y temeroso de que Pompeyo se hiciese absoluto señor de esta Monarquía, se puso en campaña: mas pareciéndole su gente menos en ella de lo que en tal ocasión deseaba, asentó con su compañero Fabio, que saliesen a asoldar otra en diferentes partes de Lusitania. Poníanlo en efecto con prisa; mas con otra tanta los siguió Pompeyo, cuidadoso del nuevo socorro que buscaban. Cerca de Capara se alojaron los dos campos uno a vista de otro, y después de algún silencio observado en entrambas partes, los legados mandaron salir unas bandas de caballos, a que salieron otras de Pompeyo, que luego a rienda suelta buscaron sus reparos: tal era el castigo recibido de las armas de Fabio y Pedio.

Quedaron tan orgullosos con el suceso, que apenas llegó la mañana, cuando ya habían doblado la caballería, para que sustentando la ventura de los primeros, quebrantaren los bríos a sus contrarios: mas Pompeyo, deseoso de que conociesen la gente que llevaba, mandó salir los caballos andaluces y portugueses, que aun no fueron bastantes para que los cesarianos quedasen menos que aventajados. Con más gente mejoró Pompeyo la suerte; y Pedio procuró adelantarla con más cinco cohortes de infantería. Repitiendo y acumulando socorros a la refriega, Pompeyo salió con toda su gente, y Fabio con toda la suya. Vino a ser batalla temerosa lo que era escaramuza. Quedaron victoriosos los pompeyanos, y con muchas muertes destrozado el adversario.

Ya en este tiempo caminaba César a Córdoba. Pompeyo que lo supo empezó a hacer lo mismo, y llegando a la ciudad de Ulia (ahora Montemayor) la puso en cerco. Estaba con viva

esperanza de rendirla: mas así porque fue socorrida de César, como porque le convenía acudir a Córdoba, distante cinco leguas, dejó la empresa. En sus contornos halló ya asentado el campo de César, aguardando a que los cordobeses se entregaren, como se lo habían prometido: mas impidiólo la vigilancia de Sexto Pompeyo que los gobernaba, y la llegada del hermano, que enfrió la promesa al paso que los ánimos de sus autores. Hubo entre los dos campos sucesos grandes, no con poca gloria de las quinientas lanzas portuguesas que seguían a Pompeyo, que en ella ocasión quedó favorecido de la Fortuna, y animado.

Ofendido César, llevó sus banderas, y puso sitio a una ciudad fortísima, adonde Pompeyo tenía muchos bastimentos y tormentas militares con presidio de gente lusitana. Llamábase Ategua esta ciudad, y hoy Teba la Vieja. Acudió Pompeyo a los cercados: mas viendo crecer socorros a los cercadores, se fue retirando a Córdoba, tan huido en la opinión de los cesarianos, que Indo, un rey que los seguía, con mucha gente fue tras él. Pompeyo ordenó a Filo que con sus portugueses volviese a él por otra parte, en cuanto por aquella le burlaba. Ejecutólo Filo, de manera que mató al rey Indo, cuando con más valor se defendía.

César con la retirada de Pompeyo continuó más desembarazado el sitio: los sitiados más apretadamente lo pasaban ya, cuando algunos romanos que entre ellos había empezaron a murmurar de Pompeyo, mezclando alabanzas de su enemigo. Esta plática atajó la gente portuguesa con tomar las armas y quitarles a todos la vida; y luego, más crueles que justificados, los echaban de los muros hechos piezas a los ojos de César. Aun más furiosos andaban con las mujeres e hijos de otros que se habían pasado secretamente al campo contrario: a ellas cortaban las cabezas arrojándolas desde lo alto; a ellos vivos al aire, teniendo las lanzas levantadas, para que al caer se atravesasen por ellas. El remate de toda esta resistencia fue entregarse a César: malograda constancia.

Después se encontró con Pompeyo César en la ciudad de Munda, asentada cuatro leguas de Málaga, adonde Pompeyo para entrar en esta batalla que fue sangrienta y espantosa, hizo elección de doscientos caballos portugueses para guarda de su persona. Este día fue tan buen caballero, que por su mano puso a César en tal aprieto que discurriendo a todas partes con toda la ira, y casi con desesperación, decía a sus capitanes: *Ea, ea, pues no tenéis vergüenza, dejadme hoy en su mano de estos dos rapaces*. Cargaron reciamente, y Pompeyo con sus lusitanos se entraba tanto, que si no fuera por ellos quedara cautivo: ni fue tan barato su rescate que no costase la vida a cincuenta portugueses, que por sus príncipes nunca rehusaron perderla. Mas al fin quedó vencedor quien siempre lo quedaba, dejando muertos en el campo más de treinta mil pompeyanos; eran portugueses los siete mil, que en las puntas de la lanza llevaban delante otros tantos del ejército enemigo.

Pompeyo así deshecho infelizmente, se puso en huida entregándose (confiado) a ciento y cincuenta portugueses, que le quedaron de los doscientos de su guarda. Llegó a Algeciras, adonde con muchas incomodidades y desastres entró en una galera, y acompañado de otros bajeles fue rompiendo las olas del Mediterráneo. Íbale dando caza el almirante Didio con la flota de César, y le obligó a que tomando tierra caminase rodeado de sus lusitanos, en los hombros de otros, la vuelta de Portugal: mas no pudiendo ya por sus heridas seguir el viaje, fue alcanzado de otra gente de César, que también por tierra le buscaba; y ésta, junta con la que ya salida del mar le venía acuciando, apretó de manera el alcance, que le necesitó a esconderse en una cueva, en cuanto los portugueses opuestos al enemigo herían desesperadamente: mas vencido de la multitud el valor, fueron muertos unos y presos otros: no habiendo alguno (en observancia de su natural fidelidad) que descubriese a los romanos el lugar que escondía a Pompeyo. Aquí se vieron con firmeza maravillosa depreciadas las caricias y las dádivas, las amenazas y la muerte. Mas lo que no hicieron los extraños, hizo un romano natural suyo y criado, entregando a su señor en las manos de su enemigo; y él así herido, así manco, una rodilla en tierra mató algunos, y le mataron. Cesonio, capitán de César, que marchaba a Sevilla, le llevó de presente la cabeza; y él mandóla enterrar con sentimiento. Clemencia es, después de la venganza. Rezaba Don Juan el segundo por el alma del segundo Don Fernando duque de-Braganza después de haberle muerto. Grandes príncipes por

cierto, sean estas piedades grandes; mas si ellos no hubieran obrado otras, alabáralos la vanidad o la lisonja.

Muchos de los portugueses, que habiendo escapado de este conflicto, se salvaron en la extremidad de un monte, viendo que ya el ejército enemigo había desamparado aquel sitio, pareciéndoles que hallarían a Pompeyo en la cueva para llevarle consigo a Portugal, volvieron allí: mas hallando el cuerpo envuelto en su misma sangre, impelidos de la pena y del dolor, se resolvieron en tomar del caso una venganza admirable. Estaba a este tiempo el almirante Didio (que se había apartado de Cesonio) en la playa despalmando los vasos destrozados con tanto cuidado, que pereció en el descuido de pensar que ya no había lusitanos por aquellos montes: mas esos pocos una noche divididos en tres partes, le embistieron por otras tantas con tal diligencia y con tal ira, que a un mismo tiempo unos encendían navíos, otros cortaban cabezas romanas: representación del infierno, prisa, confusión, oscuridad, centellas, humo, alaridos, sangre, fuego. Ninguna cosa se vio en este asalto menos cruel que la muerte, porque los portugueses, como mataban por vengarse y no por vencer, usaban de fierezas que aun dentro de los mismos términos de la venganza quedaban pareciendo bárbaras. La cabeza y la mano derecha del almirante Didio enviaron al capitán Filo, abono de lo que hicieron por satisfacer o su afrenta, o su desgracia.

Luego que Sexto Pompeyo supo en Córdoba la muerte de su hermano, salió de la ciudad con toda su gente, a que se juntó mucha lusitana que vagaba esparcida en el contorno. Encontró con el capitán Cesonio, el que había cortado la cabeza a Cneo, y estuvo a peligro de pagarla en la moneda que su compañero Didio, si no le pusieran en cobro los portugueses que llevaba. En tanto César se fue a tomar posesión de Córdoba, y dando la vuelta a Sevilla con el mismo intento halló en ella a nuestro Filo que con sus lusitanos le fue valeroso estorbo. Pero oprimido de la copia, dejando las colas compuestas lo menos mal que pudo, salió de la ciudad después de haber pasado a cuchillo muchos sevillanos; porque, para entregarse, tratos secretos tenían con César. Venía a Lusitania para alistar nueva gente, y volver al intento; halló en la ciudad de Lenio al capitán Cecilio Nigro con un ejército de portugueses. Era Nigro igualmente enemigo de César como Filo, y Filo y Nigro amigos grandes: juntólos fácilmente la amistad y el odio, bastando cualquier de estos motivos; mayor el último en todos tiempos, con todas naciones, para adunar contra uno muchas armas. Entraron en Sevilla como rayos sobre el ejército romano, que llegara al último estrago, si César con un ardid no viniera a cogerlos todos en el lazo, que les acabó las esperanzas de pelear, y a los más de ellos la vida para no tenerlas del vencimiento.

Allanada esta dificultad, llevó César las banderas victoriosas por el corazón de Portugal sin resistencia alguna, y tan clemente (ahora lo fue sin duda) que dio libertad a los portugueses cautivos; hizo mercedes a otros que no lo eran; puso pena de la cabeza al que del ejército les hiciese algún daño, porque sumamente deseaba tenerlos sujetos, y sabía que para ellos eran las mayores armas semejantes lozanías; propiedades por cierto de un grande príncipe, de una gente grande. Con estas acciones dignas de imperio consiguió en la ciudad de Beja la paz deseada con lusitanos, que allí por sus embajadores le prometieron fidelidad y reconocimiento, con esperanza, y casi condición o partido de que no los cargase de tributos insufribles. Era esto hacer sed a la sed de Italia; pero César, mas ambicioso de nuestros corazones que de nuestras haciendas, como quien descubría tributos más preciosos, remitiéndolos, nos quiso más por compañeros que por estipendiarios (en esto fueron césares todos los reyes portugueses.) Con tanto gusto usó aquí Julio de su liberalidad y del gozo de sus triunfos, que en memoria de ellos y de la paz conseguida, dio nombre de *Pax Julia* a esta ciudad con inmunidades o privilegios de colonia romana. Los moradores de la de Évora por semejantes favores que de él recibieron la llamaron *Liberalitas Julia*. Los de la villa de Mertola, *Julia Mirtilis*. Los de Santarem *Julium Præsidium* con los mismos privilegios de colonia. Pasó a Lisboa, y concedióle la grandeza de municipio de ciudadanos de Roma, que no tenía otra ciudad alguna de Portugal, presumiéndose tan dichoso en esta entrada, que la llamó *Felicitas Julia*. Y como

quien había avasallado a Lisboa, no tenía más que desear en España, lleno de triunfos, y casi dominador del mundo vuelve a Roma.

XII. SUCESOS DE CUARENTA AÑOS ANTES DEL NACIMIENTO DE CRISTO.

Asinio Polión, hombre prudente, en la ausencia de César quedó gobernando las provincias de Andalucía y Lusitania. Mas como de grandes guerras siempre quedan reliquias fuera de los términos del remedio, tuvo Polión necesidad de tomar las armas contra una tropa de portugueses, que en el remolino de un motín discurrían por la sierra del Algarve, por el campo de Orique, por las vegas comarcanas. Hallábase el capitán romano en la ciudad de Beja, a cuyos moradores pidió socorro, y se lo dieron fácilmente, porque eran unos de los que padecían los daños de este movimiento, que fue deshecho y apagado a poca costa.

Por este tiempo salió Sexto Pompeyo de entre los lacetanos, adonde estuvo encubierto después que fue roto; y recogiendo en el Puerto de Aníbal, que es hoy Villanova de Portimano, en flota no grande salió a hacerse pirata de aquellos mares con tan próspera fortuna, que en pocos días se halló dueño de tantos vasos y gente, que le dio confianza para volver a España, y proseguir los pensamientos de su padre y de su hermano. Juntáronse luego muchos portugueses con que alcanzó de los romanos algunas victorias importantes. Fue mayor la en que murió el capitán Asinio Polión. Mas al fin, vencido Pompeyo por Octaviano, fue muerto en Mileto por donde pasaba al Asia. De esta última rota de Pompeyo escaparon cuatro mil portugueses, que en Macedonia se juntaron con Bruto, compañero de Casio, que andaba asoldando gente para resistir a Octaviano y Marco Antonio, contra los cuales obraron maravillas en armas. Mas vencido Bruto, y muerto a sus propias manos por no verse en las de sus contrarios, vinieron nuestros portugueses a seguir las banderas de Antonio y Octaviano.

Fueron estos años calamitosos a Lusitania (36), con avenidas, con tormentas, con miserias, con enfermedades. No fue el daño menor el ver pasar en España Bogud, rey africano, que después de ejecutados grandes robos y tiranías en toda Andalucía, pasó a Portugal, empezando desde Villanova de Portimano en el Algarve, tanto más furioso, cuanto menos resistido: porque toda la tierra estaba sorbida de infortunios de los temporales presentes, y de los tiempos pasados. Apenas la gente se hallaba con pies para huir el golpe del tirano, cuanto y más defender las haciendas de su codicia. Ya lleno de robos, mas no apagado el deseo de robar, se fue a la villa de Setúbal, que entrada sin resistencia se vio nadar en sangre, y después perecer en llamas. Sucedió a la cimitarra en el cuello de los pobladores, el fuego en la población. Así no vino a ser para los portugueses menor el daño de la ruina de un suntuoso templo de la diosa o ninfa Salacia, edificado a las orillas del río Alcacer, que bañaba sus murallas.

Llevados de este sentimiento se juntaron para ofender de alguna manera a este tirano: que avisado del peligro, lo juzgó por grande. Consideraba que salían a la pelea irritados del golpe con que les había profanado el culto de su religión, y que nunca pelearon por ella que no fuesen vencedores. Con diligencia se metió en los vasos que henchían aquel puerto, mas apenas dio las velas al viento, cuando alterado el mar, jugando con ellos, los cascaba unos con otros, y en las peñas, y en la arena, y en la playa. Era ahora la tierra su mayor naufragio, porque los portugueses puestos a la orilla, los recibían en las puntas de las espadas, adonde dejaron las vidas, y luego las haciendas que las olas trajeron en tanta copia, que casi se dieron por satisfechos de lo perdido.

Pareciéndoles que una tormenta autora de tan deshecha fortuna, había sido venganza que Salacia, como diosa marítima, quiso tomar de un bárbaro osado a profanar su templo, se resolvieron

a su reedificación. Obra fue tan nombrada por el caso que cerca de ella se vino a fundar una población que después mereció ser honrada de Octaviano con privilegio de municipio, llamándole *Salacia Imperatoria* admitida al amparo y protección inmediata de los emperadores romanos. Hoy es su nombre Alcacer do Sal, derivado de los dos: del río y de la diosa.

Eran pasados cinco años de diferentes sucesos, casi todos tristes (28), cuando los gallegos de la ciudad de Tuy y su contorno se dejaron llevar de una transmigración memorable pasando el río Miño, por robar y apoderarse de las tierras que ocupaban los bracarenses y otros habitantes de Entre Duero y Miño. Ejecutáronlo con tanto silencio, que los portugueses primero los vieron que lo entendiesen. Mas luego, con ira y valor, buscaron los nuevos huéspedes, llevando cada uno en la espada que empuñaba la esperanza de la libertad. Pasaron asaltos peligrosos, hasta que combatidos de campo a campo fueron vencidos los de Entre Duero y Miño con notable daño. Eran muchos los gallegos, aunque valerosos los lusitanos. Quedaron tan sin fuerzas éstos, tan presumidos aquellos, que se vieron correr las banderas triunfantes harta las playas del Duero: adonde los moradores de la ciudad de Oporto les enviaron embajadores pidiendo paces, acordándoles que se las debían por no enemigos y por naturales, pues la origen de unos y otros era la misma; griegos todos. Estimaron los gallegos el motivo y el modo de la sumisión, y conformáronse con ella, ejecutando en todos los otros lugares y campos robos, incendios, ruinas, muertes: mas asaltados de una peste que había cundido por toda la provincia, fueron compelidos a volver a sus tierras, tan poco libres del contagio, que mayor fue el mal llevado a sus naturales, que el provecho surtido de sus empresas.

Desasombrados los bracarenses de los dos azotes horrendo y torpe, peste y gallegos, instruidos del furor africano, herencia de sus abuelos, se resolvieron en dar sobre los de Oporto por haberse confederado con los de Galicia, en ocasión que de común poder hubieran de tomar las armas contra ellos. Rompióse la guerra de ambas partes cruel y porfiada; mejorándose los bracarenses hasta que en un recuento fueron presos algunos en quien los portuenses se encruelecieron bárbaramente. Ataron los más de ellos en palos levantados sobre las almenas de sus muros, y jugando los a la ballesta a vista de sus contrarios, los dejaban expuestos a la voracidad de las aves. Corridos los bracarenses, y conmovidos del espectáculo tristísimo a sus ojos, salieron algunos mozos robustos para vengarse; mas presos y muertos, dieron motivo a segunda ira y a segundo dolor, de enemigos y de amigos, acompañando los muertos en las almenas. Entre ellos había un yerno y suegro nobles, cuya muerte lastimó tanto a la mujer del uno e hija del otro, que le pareció no pagaba lo que debía al sentimiento si no diese de él alguna hazañosa muestra. Juntóse pues con otras matronas de bríos varoniles, y algunos soldados diestros y animosos: dejándolos en una emboscada caminó la vuelta de Oporto en el silencio de una noche. Subiendo el muro sacó de él los cuerpos de su padre y de su marido; mas sentida de las escuchas la siguieron algunos, y ella entreteniéndolos con sus compañeras en acometimientos y retiradas hasta donde tenía la emboscada, los entregó al cuchillo y a la cadena. De los presos entró triunfando por las puertas de Braga, en cuyos muros hizo a los prisioneros lo mismo que en los suyos habían hecho a los bracarenses los de Oporto. Dio sepulcro a su marido y padre, y celebró las exequias con matarse a sí propia sobre su entierro: o con mucho amor, o con mucho sentimiento, o con todo junto.

Los de Oporto, que cada uno miraba ya cada mujer de Braga una Judith con su cabeza, pidieron socorro a Norbano Calvio legado de Augusto, que residía en Lusitania. Salieron con él contra los de Braga, que anduvieron bravos: mas como el capitán romano tenía mucha mano, rico con robos entró victorioso en la ciudad de Oporto, seguido todavía de los bracarenses, que picándole en la retaguardia, llegaron a romper muchas lanzas en las puertas de los muros de Oporto; mas saliendo por ellas sus moradores, y los extraños sacudieron de mala manera a los de Braga. Varias ciudades y lugares viendo a los portuenses victoriosos siguieron el estilo viejo del mundo, que es despreciar el vencido, y congratularse con el vencedor. Una de ellas, la ciudad de Cinania, más vecina de Braga que de Oporto. Quebróles los corazones a los bracarenses, mas que su desgracia, esta demostración de sus vecinos, y tomando las armas entre las ansias del dolor y furia

del enojo, caminaron a Oporto, llevando muchas mujeres armadas. Pudiéramos llamar las portuguesas las Parcas de los ejércitos. Ciento y quince de ellas y doscientos hombres eran una lucida banda de caballería, que adelantada a convidar los enemigos, quedó el resto del campo escondido en pasos seguros. Salió de Oporto Norbano Calvio con toda su gente a buscar las matronas que habían hecho alto en lugar eminente: de donde con semblante hermoso y corazón osado miraban toda la potencia romana, que poco tiempo antes había rompido los escuadrones de sus padres, de sus maridos, de sus hermanos. Bien le pareció a Calvio difícil esta empresa: y así no afrentándose de medir el brazo con tales mujeres (adonde se ven armadas ciento y quince, no hay que acordar de doscientos hombres armados) hizo dar señal de acometer: ellas casi vencidas, ya soltando las riendas como que huían, ya volviéndolas como que porfiaban, llegaron hasta donde se escondía su ejército; y vieron de sí los portugueses y romanos un estrago lastimoso: Calvio muerto a manos de una de estas matronas, que con la suya derecha y la cabeza, y de otros principales entraron victoriosos por su ciudad.

Los portuenses, que temían ya la misma pena, concertaron con los de Braga en que les entregarían cuantos romanos había en su ciudad, para que en ellos vengaren su agravio; pusieronlo en obra, matando unos, y prendiendo otros, con que los bracarenses usaron lo último de la venganza y de la ira. No contentos, vendiendo bien a los de Oporto la paz que deseaban, obligáronlos a que sufriesen condiciones menos malas de admitir que la muerte. Digamos algunas, haciendo a los autores cargo de su verdad:

1. Que no podrían levantar muros sin licencia de las mujeres de Braga.
2. Cuando a algún hombre de Oporto se hubiese de dar oficio público, una mujer de Braga armada le pondría el pie en el pescuezo: y con eso quedaría capaz, como si fuera bracarense.
3. Cuando alguno de Oporto casase con mujer de Braga no la llevase de su honra, si no un pariente de ella que más le agradase: y el novio metida la cabeza en una capilla llevaría después del convite la novia en sus hombros al aposento donde en el lecho estaría aguardando el tal pariente.
4. Si algún portuense hallase su mujer en adulterio con hombre de Braga no la pudiese castigar por ello.
5. Si alguno de Oporto tratase amores con mujer de Braga, fuesen apedreados, y dos parientes más llegados del adultero, esclavos del agraviado.

Viéndose pues los bracarenses legisladores en su provincia, se resolvieron a castigar los moradores de Cinania por haber seguido a los portuenses en tiempos de sus victorias. Marcharon con notable aparato contra la ciudad no menos municionada y prevenida. Hubo combates y asaltos temerosos: en ambas partes competían la pertinacia y ardimiento, tanto obraban de bizarría militar los cercados como los cercadores. Mas la hambre que empezó a picar los de dentro, y los de fuera que empezaron a entenderlo, unos mostrados a la ambición de la gloria, otros al interés de la venganza, todo lo apuraban: ya se consumían en la ciudad los animales inmundos; ya se miraban todos ahilados; ya estaba el aprieto árbitro entre la porfía y el rendimiento. Al fin, por no obligarse a oír otras condiciones de paz como las de Oporto, tomaron por último expediente abrir las puertas y salir al campo como leones hambrientos en rebaños divertidos. Viéronse casi deshechos los bracarenses, porque si bien peleaban con esperanza de vencer, los otros con desesperación de vencidos. Fuéronlo al fin con tanto estrago, que reducida a un mar de sangre la ciudad, después que el furor no halló cosa viviente, volvióse a las piedras, y desmantelándola, solamente le ha quedado el nombre.

El emperador Octaviano Augusto viéndose absoluto señor del mundo, y queriendo dar algún descanso a los soldados viejos, que en tantas guerras habían servido y aumentado el Imperio, les señaló campos de que sacasen frutos, y fundó una ciudad en que viviesen. Esta fue Mérida en el distrito de Lusitania, que mandó se llamase *Emérta Augusta*, concediéndole honores y privilegios, como a diferentes lugares de Portugal, haciéndose así celebrar Octaviano con aplauso común de los

naturales, que le levantaban estatuas, y dedicaban templos; menos la gente de Oporto, que estimaba más su persona en cuanto capitán de guerra, que sus imágenes y fábricas en cuanto venerado por deidad: mas acordados de las afrentosas leyes que los de Braga les habían dado, se determinaron en lisonjear a Augusto para que les diese socorro con que se eximiesen de ellas. Hiciéronlo así por sus embajadores: trajéronles respuesta medida a sus esperanzas. Ya Cayo Antistio y marzo Agripa venían capitaneando gente bastante para su desagravio. Cobraron tal brío los portuenses con el socorro, que antes de su llegada salieron a talar los campos de Braga, y entraron por la misma ciudad matando denodadamente sin resistencia, porque los de Braga que lograban sosegada paz, sin imaginación de tal movimiento, ni para acabar de creerlo tuvieron tiempo. Viendo pues con el estrago repentino la guerra abierta, descolgaron las armas, y siguiendo a los portuenses vengando bien los daños recibidos, los hicieron desfilar y correr desatinados para entrarse por las puertas de sus muros.

Acampado se habían en torno los bracarenses cuando empezaron a descubrir banderas romanas volando sobre un ejército tan copioso, que tuvieron por conveniencia recogerse a Braga, y prevenirse para un riguroso cerco. Antes que llegase el romano a ganar sitio capaz de acuartelarse, salieron los bracarenses a encontrarlo con tan gentil despejo y gallardía, que Agripa recibía algún daño; haciéndolo también matando y cautivando. Entre los cautivos lo fue una doncella de la misma ciudad, que puesta en un caballo había obrado extremos en su defensa. Prendióla un soldado, y ella con su hermosura al capitán romano, que obligándose al precio determinaba darle libertad: mas el soldado impaciente, o ya de la dilación de la paga, o ya de la pérdida de la dama, apretaba mucho por satisfacerse, o con la cautiva, o con el precio. Catania (así se llamaba) que oía y miraba el brevísimo apercibir del remate, arrebatándole la daga se arrojó a matarlo, mas perdido el golpe se mató a sí misma. Redimió con la vida la pureza.

Retiráronse los de Braga; acuarteláronse los romanos; combatíanse todos; había escaramuzas. Fue preso en una el segundo capitán Antistio, que viniendo a ser cautivo del padre de Catania, halló en él, no solamente la libertad sin precio, sino dádivas para rescatarse de otro cautiverio si lo tuviese en manos de quien le tratase con menos gallardía. Todo procedió en el viejo, o bien de su nobleza, o bien del suntuoso entierro que al cuerpo de su hija había hecho el capitán Agripa. Nótese lo que pueden competencias de lozanías valerosas. Agripa, que no quería que pareciesen éstas más de España que de Roma, pagó la liberalidad mostrada a su compañero, con suspender los combates, levantar el sitio, pedir a Augusto favor para los sitiados, asegurándolo de la poca razón de los de Oporto; y el emperador conformándose, dio por libres los bracarenses, y a su ciudad prerrogativas de colonia romana, y nombre de Augusta.

Hallándose después en Tarragona Octaviano oyendo embajadores de todas las provincias del mundo, no faltaron de la Lusitania. Eran estos naturales de la villa de Santarem, que de él alcanzaron licencia para dedicarle un templo en aquella villa. Los de Lisboa le ofrecieron otro sobre la sierra de Sintra consagrado al Sol y a la Luna. Permanecen ruinas e inscripciones.

Dos años eran antes del nacimiento del Redentor del mundo, cuando ya todo Portugal, sujeto al Imperio romano como las otras provincias, olvidaba la defensa de la libertad y las armas. Había Augusto repartido nuestro reino en cuatro chancillerías, adonde se determinaban los pleitos y dudas que ocurrían. Éstas: Mérida, Beja, Santarem, Braga. Cuando se público el edicto, que las gentes del Imperio se escribiesen y pagasen en reconocimiento cierta moneda, la primera chancillería en que se publicó fue Santarem, adonde acudieron todos los lugares que hay desde el Tajo al Duero, como a cada una de las otras los que eran de su distrito. Pagaban su tributo, y alistábanse. La moneda valía treinta y seis maravedís; tenía de una parte un rostro humano, de la otra una flor, y de éstas eran las que Judas recibió de la venta de Cristo. De la lista se vio que había en Lusitania cinco cuentos, y sesenta y ocho mil personas cabezas de familias: ¡número admirable! y más en tiempo que la espada era peste, y la codicia mataba más que la enfermedad y la vejez. Pero nuestro reino

tuvo siempre esta bendición de dar hombres para sí, y para el mundo. En ninguna parte suya se hallará tanta gente de una nación como de la portuguesa.

Por estos días se levantó Entre Duero y Miño un lusitano, llamado Corocota, con alguna gente ociosa y forajida, que después de varios insultos, acriminándolos osaron aguardar en campo los capitanes de Roma. Pero maltratados pasaron a Vizcaya por donde con aparato de guerra ejercitaban sueltamente su instituto de robar. Augusto prometió a quien le prendiese a Corocota tres mil ducados, y perdón de cualquier crimen. El portugués, temeroso de que no faltarían deseos al premio, quiso ganarlo, y ganarse. Él mismo se presentó al emperador, y el príncipe por no desmentir su confianza, dióle el perdón, mandóle dar los ducados, y nombróle por uno de los de su guarda.

Advertencias.

En esta Primera Parte fuimos disminuyendo más de dos mil años, que son los que hay desde que se pobló Portugal después del diluvio hasta que nació el Redentor de la generación humana: que así se han de entender los números que se ven en las márgenes². Ahora será al revés: iremos multiplicando desde aquel de su nacimiento hasta el de 1628 en que nos hallamos. Lo primero no pareció inconveniente advertirse aquí, aunque con esa advertencia entraron los capítulos. Lo segundo por excusar el hacerla en todos los que se siguen.

Memorias del mundo por estos años.

Al tiempo que entró César en Lusitania la primera vez, usurpó a Hircano la dignidad pontifical su sobrino Antígono; sucedióle Ananelo de la tribu de Leví, que Herodes después pasó a Antigono; luego la alcanzó Aristóbulo, a quien ella tocaba de derecho hereditario; pero muerto a traición, volvió a proseguir Ananelo, a quien sucedió Jesús hijo de Fabo, Simeón suegro de Herodes, Matatías, Josefo, y Josaro. Floreció Craso, aquel rico y codicioso más cuanto más rico, que también tiene sus desventuras el tener. Tuvo principio la conjuración de Catilina memorada por el excelente estilo de Salustio. Túvolo la fama del historiador Diodoro Sículo. Sucedió la rota de Pompeyo en Farsalia, asunto de la pluma de Lucano. Vivía el famoso astrólogo Sotígenes, que de orden de César enmendó el calendario, y redujo el tiempo de esta manera de contar de 365 días y 6 horas a cada un año. Fue cortada la cabeza y mano derecha al príncipe de la lengua latina por un soldado de marzo Antonio. Cuando él moría, se criaba el dulce poeta Ovidio. Viéronse en el cielo tres soles. Andando en su labor un romano, uno de sus bueyes hablando dijo: No los fatigase tanto, presto faltarían hombres y sobrarían frutos. Vivían en Judea Estolano y Emerenciana abuelos de la virgen santísima María, padres de santa Ana, mujer de Joaquín, y de Hesmeria, madre de santa Isabel. Sucedieron las grandezas de los convites de Cleopatra y marzo Antonio. Floreció Virgilio. Empezó la cuenta de la Era de César. Lograba el mundo paz universal, y nació el Reparó y la Salud de la generación humana.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

2 Entre paréntesis.

PARTE SEGUNDA

PRÓLOGO

Será casi todo este tomo segundo un teatro de olvidos e infortunios lusitanos: una imagen de la variedad e inconstancia del tiempo: porque desde aquel en que Octaviano Augusto acabó de dominar a España, harta la invasión de los alanos y suevos en ella, la paz común y prolongada tuvo en silencio todo rumor de armas, todo motivo de hazañas. Después aunque las hubiese, hizo lo mismo la esterilidad de escritores en nuestras provincias profanadas con las costumbres bárbaras de las naciones septentrionales. Juzgaba (con torpeza) el pensamiento gótico, que desdeñaba del blandir de la lanza el saber tomar la pluma. A la ceguera de esta escuela sucedió el furor de los moros que inundaron por toda España; siglo en que la Lusitania mudó su nombre primero, sus límites antiguos; perdió muchos lugares, mucha policía, y el uso de la lengua latina, con que se hacía ilustre: Veremos a cada paso caer y levantarse nuestra gente: y no le veremos menos valor que en la exaltación en la caída: porque si para aquella fue tal vez forzoso usar de todo el caudal de su ánimo, para ésta fue menester todo el rigor de los tiempos, todo el poder de muchos imperios juntos, todo el disfavor de la fortuna enojada, y una conjuración de todos los vicios que hallaron los poseedores del mundo. Lleva calamidades la ira, levante repita, y ponga sierras, olas y muros de imposibles, verá romperlo todo, y salir de la otra parte nuestra nación con el sufrimiento triunfante, a establecer imperio glorioso. Será entretanto la mayor corona de muchos mártires, que dejando corridos los tormentos, y avergonzados sus ministros, son nuestra inmortal alabanza y esplendor. Mas volviendo a tomar el hilo.

I. DESDE EL AÑO PRIMERO DEL NACIMIENTO DE CRISTO HASTA EL DE 271.

Como con la paz universal que vino al mundo nacido el autor de ella, la tuvo todo el Imperio, para demostración de este reposo, mandó Augusto (fue la tercera y última vez que se cerraron) cerrar las puertas del templo de Jano, gozando así lo restante de su vida con felicidad notable. Participaba de ella nuestra gente, a quien había refrenado aquel costoso precio a que suelen comprarle glorias en la guerra, cuando porfían armas igualmente valerosas; ya contra los romanos no vaporeaba el humo lusitano, sufriendo ahora (si no con poco dolor, a lo menos mitigado con la resulta de un sosiego grande y provechoso) la superioridad de los pretores y legados del Imperio, Cuadrato, y Tito Flavio Claudiano. Así se infiere de varias inscripciones, hoy conservadas, que muestran haber sido de edificios públicos, a cuya labor abrió camino la deposición del hierro militar.

Llegó la muerte al emperador (5), y el sentimiento de ella a nuestra provincia, adonde no fueron menores que las de Roma las ceremonias funerales; en observancia de cuanto siempre los

portugueses por sus príncipes muertos supieron purificar el amor con que los veneraron vivos. Hállase de ello testimonio en el valle de Osela, cerca de la villa de Arouca; es una piedra traída de ciertas ruinas, vestigio de población en la eminencia de un monte que se levanta sobre las orillas del río Cambra. Léese en ella:

IMPER. CÆS. D. AVG. INTER
DIV. REL. COHORT. PRÆSID.
VACE. OSCEL. LANCO. CALEN.
AEM. LEG. X. FRETENS. E-
JUS. NUM. SPECTACULA. ET.
LUD. GLADIAT. E. V. URBES.
LUSIT. L. A. EXP. ET. HE-
CATOMB. D. D.

Esto vale: *Las Capitanías de la legión décima, llamada Fretense, que presidían en Vouga, Ossela, Feira, Oporto y Águeda, ofrecieron espectáculos y juegos de gladiadores a la divinidad del emperador César Augusto, y las ciudades de Lusitania (ya nombradas) hicieron los gastos, y celebraron Hecatombes.* De donde se nota la manera de presidios que el Imperio tenía en los lugares fuertes de Portugal, para conservar los ánimos quietos, con tres leguas de distancia de unos a otros: notoria señal de lo que en Roma se hacía temer el orgullo lusitano. Es imagen por cierto tal memoria de lo que Felipe el Prudente hizo, conseguida la herencia de esta Corona, con sus vasallos, cuando sujetos y atenuados y fieles, se la entregaron. Tanta prevención pedía el pensamiento de que de tanta ceniza se podía exhalar alguna llama.

Considéranse en la inscripción los nombres de poblaciones antiguas. Vacca, hoy Vouga, indicios de magnificencia en un sitio alto y fuerte por naturaleza sobre el río de este mismo nombre. Osela adonde se halló la piedra referida. Lancóbriga, que a la parte del austro dista poco de la ciudad de Oporto, ruinas en la extremidad de un monte. Oporto, con el nombre de Cale o Gaya. Eminio, que es la villa de Águeda. Pondéranse también las Hecatombes celebradas. De suerte, que si los romanos hicieron a su modo espectáculos y juegos de gladiadores, que tenían por oficio matarse en los actos fúnebres a ruego de los vivos en memoria de los difuntos, los portugueses en acatamiento de sus antiguos ritos ofrecieron el más solemne sacrificio de los suyos, que era este de Hecatombes; y constaba de erigir cien aras, matando y ofreciendo en ellas varios animales; de cada especie ciento, que siendo por emperador habían de ser en particular águilas y leones.

Gobernaba por este tiempo la España Ulterior, que incluye en sí nuestro reino de Portugal, el procónsul Vivio Sereno, que como estiradamente fuese romano, en la codicia ejecutaba tiranías abominables; lo menos era pelar los habitantes, y romper los montes lusitanos, llenos de minas de oro tan opulentas, que de ellos y algunos adyacentes salían cada año veinte mil pesos, que son tres millones de ducados. Sacábanse pedazos de diez libras; y el oro tan apurado, que no le llegaban al fuego. Menos lo había menester el de los ríos, como el Tajo, el Mondego, el Alba, el Seira, y otros, cuyas arenas fueron siempre con este metal ilustres.

Imperaba ya Tiberio cuando los portugueses, esperando algún termino en tanta ambición, la descubrieron sin él en este príncipe. Pidiéronle con sus embajadores consentimiento para edificar un templo a la memoria de su nombre y de su madre Livia Drusila: lisonja con que imaginaron volverle más fuave para sus cosas, y no costaría menos a nuestra gente el lisonjear que el sufrir; como aquella que nunca para satisfacción de agravios buscó más árbitros y padrinos que la espada y la sangre y el fuego y la ruina. Pero Tiberio, queriendo antes el oro de sus minas que los sacrificios de sus almas, les negó la licencia, desmintiendo con apariencias de modestia las ansias de la codicia.

Aquí nos aparece la inclinación portuguesa a las letras (37) como hasta ahora a las armas. Dejaron muchos lusitanos la Patria, solamente por ir a ver en Roma a Tito Livio, que entonces tenía

tan atento el mundo a sus escritos, como al Imperio. Otros iban también con embajada de sus naturales por dar cuenta al emperador de un portentoso que se veía en aquella costa. Era un hombre que saliendo entre ciertas peñas, que pendientes sobre el mar formaban una concavidad capaz de recogerle, tocaba un caracol con tanto aliento, que sus voces hicieron que sus moradores con mayor atención aplicasen el oído por alcanzar a ver quien le soplabá: así sucedió, y quedaron tan admirados de su vista, que les pareció materia bastante para la embajada referida.

Muchos siglos fueron señores de nuestro reino los emperadores de Roma. No los nombraré por la sucesión en el Imperio, sino por las memorias que de ellos hubiere entre nosotros. Con esto los que no las tuvieren allá, aquí no las tendrán. Es mi intento no salir del asunto un renglón solo. Sigán ese otro estilo los ambiciosos de fama por el bulto. Eso me ha de deber el lector, que fue mi mayor estudio lo que había de callar por no molestarle. Escritos inmensos, y vastísimas prosas tienen empalagado, y tienen ahito el gusto de leer: necesita de apetitos, y el mayor la brevedad, con algún estilo: este con trabajo lo mostrará quien habla apenas. Nadie que quiera entender la historia que refiero, vague con el oído pensando tal vez que me deleito en episodios, porque cuando más aprisa vuelva, ya traerá perdido el hilo. De tal suerte ha fatigado el juicio nuestra tela. Antes sea acreedor a mi pluma el lugar de algún aforismo, y el magisterio de algún crítico, que la paciencia universal de los que leen.

Pasó la corona imperial a Cayo Calígula, cuya vida hizo parecer buena la de su antecesor, que fue malísima y al fin causa de que deseada su muerte, se le dio violenta. No fue mejor la de Calígula dada por el tribuno Querea, al cuarto año de su imperio, que ejecutaba perverso en cuanto el apóstol Santiago caminaba por España (41), obligado como los otros compañeros, de las persecuciones que contra los fieles se levantaron en Judea después de la muerte del ejemplo y estrella de los mártires Esteban. En los lugares más occidentales de esta Monarquía, y adonde el sol se esconde a nuestro hemisferio, como dice san Isidoro, predicó la ley evangélica. El papa Calixto II particulariza más, escribiendo que juntó nueve discípulos en las partes de Galicia. La mejor era entonces la provincia de Entre Duero y Miño, que es hoy la superior de Portugal, y del arzobispado de Braga, en cuya iglesia el apóstol dejó a san Pedro por obispo. Era Pedro su discípulo, y ahora no sin misterio el primero pontífice de España, para que sobre otra piedra, como en Roma, estuviese firme y segura la religión, nunca apagada entre sus propios habitantes. Por los milagros que obraba este prelado, por la conversión de mucha gente, por la de una reina, y una hija suya, vino a ser (imperando Nerón) el primero mártir (así como pastor primero de esta provincia), obedecido el mandato del marido de la reina convertida, rey o régulo, de que entonces había tantos como hoy títulos. Su sagrado cuerpo se venera en la iglesia mayor de Braga; y fuera de los muros el lugar en que fue hallado. San Pedro de Rates le llama el vulgo. templo antiquísimo parece.

Dejó el apóstol a otro discípulo (su nombre Torcuato) con el obispado de Citania, ciudad poco antes populosa, y ahora solamente imagen triste de su grandeza, entre Braga y Guymaraens, asentada en las márgenes del río Ave. Por allí predicaba y convertía, cuando unos rústicos de la sierra de Vieira, cerca de donde nace el río Selle, con palos y piedras le dieron cruel martirio. Los moradores modernos de ella (casi como en penitencia de la culpa de sus primevos), descalzos y devotos vienen a visitar todos los años el cuerpo de este santo en el templo que tienen vecino, demás de otros que hay dedicados a su nombre, algún tanto corrupto con el de Torcade en la boca popular. Consérvase la memoria de que el día de su martirio a la puerta de la iglesia florecía un olivo, y daba juntamente el fruto sazonado, para que de él se exprimiese el aceite que la lámpara consumía; consérvase una ermita adonde le habían dejado cubierto de piedras; tantas fueron las con que le mataron; consérvase la memoria de que por una luz del cielo se vino en conocimiento del lugar que le escondía; consérvase, o vese correr una fuente, brotada en el paso adonde derramó su sangre y cayó muerto.

Ambos a dos son estos los discípulos que Santiago dejó en España de los nueve que por aquella ilustre parte de nuestro reino había convertido. Los otros se llamaban Cecilio, a quien cupo

Granada; Indalecio, obispo de Almería, entonces Ursi; Eufasio de Liturgy, que es Andújar; Segundo de Ávila; Tesifón de Beja; Esiquio de Carcesa. En los días de Nerva padecieron martirio los más de ellos, y algunos fueron hallados en el Monte Santo de Granada, de que hay escritos a que pueden acudir los deseosos de mayor noticia, que la observancia de nuestro estilo no nos obliga a alguna más dilatada: ella basta para dar a entender cuán fácilmente se presume fueron portugueses los más de estos mártires, derramados por España después que volvieron de Judea con su maestro Santiago, y en Roma fueron por san Pedro constituidos en dignidad pontifical.

Por estos años, depuesto de su corona y desterrado de su patria el sacrílego Herodes, que había muerto al gran Bautista, vino a España, llevado de parecerle que como vivían en ella muchos judíos, y tenían sus sinagogas en las ciudades principales, y él era de la casa real judaica, y su mujer de la familia Asomonea, los hallaría afectos para pasar su destierro más alentado; pero en vano, porque miserablemente fue muerto en un lugar de Portugal llamado Rodio. Dos de este nombre permanecen: el primero junto a la villa de Rediña entre Pombal y Condeixa, adonde se hallan piedras de labor romana, y a una parte del sitio, otro de forma cuadrangular labrado de curioso mosaico, que todo en la memoria de los hombres, por virtud de tradiciones, fue una ciudad llamada Rodón o Rodio. El segundo en el obispado de la Guarda, junto al Tajo. Si en alguno de estos no quisieren los escrupulosos que muriese Herodes, poco pierden ellos por cierto en la reliquia.

Dominaba Calígula menos sobre sus vasallos, de lo que era dominado de los vicios, cuando le sucedió Claudio. Memorias suyas no dejó el tiempo permanecer en Portugal: solamente se halla en Roma la de un portugués llamado Diocles, que por la arena de sus anfiteatros y circos, fue tan singular en las carreras con diferente número de carros y caballos, que después de alcanzar de muchos cien victorias y premios honoríficos en desafíos públicos, y más de otras tantas particulares, se le levantó estatua. Consta de dos piedras: en Preneste una, y otra en el campo Marcio.

De Nerón, sucesor de Claudio, no sólo se hallan diferentes monumentos en Portugal, sino también de su madre Agripina: porque los portugueses, o conformes con la vanidad de la matrona, o agradecidos a algún beneficio alcanzado por su medio, le dedicaron estatuas. De una se halla memoria en la villa de Moura, que antiguamente se llamaba Arucia o Arouce, nombre de un valle vecino, y más ilustre que por él, por la muerte que a un poderoso moro dio Don Pedro Rodríguez, tronco porcierto famoso de la familia de Mouras, que ya con tanto poder tuvo con nuestro reino su principio. La legacía de Lusitania estaba por este tiempo en Oto Silvio, honrado de Nerón con este cargo, para quitarle la honra con usurparle en la ausencia su mujer Popea, de cuya hermosura rara le hizo enamorar la rara incontinencia de ella misma. Diez años tuvo Silvio el gobierno de Portugal tan moderado, tan suave, tan observador de la justicia con nuestros naturales, que los halló después con las armas y haciendas en su favor para ponerse la insignia imperial de Roma. Tuvo Nerón la muerte muy como la ganó su vida (69).

Padecieron debajo de su mano, después de abrasada Roma, los sagrados compañeros Pedro y Pablo, y Santiago con sus discípulos: y en la ciudad de Évora (siendo presidente en ella Validio) san Mancio, uno de los setenta discípulos de Cristo, que en Portugal predicaba la verdadera ley de su maestro. Martirizado, en un barco misteriosamente llevado por las olas del mar, surgió en la playa de la villa de Sines de este reino el romano san Torpes (valido de Nerón un tiempo) a cuyo cuerpo y nombre dio suntuoso sepulcro y vida una señora lusitana llamada Celerina, a quien Dios había revelado la navegación de tal tesoro, y el puerto que buscaba: en el mismo sitio se levantaron después altares y templo, de que permanecen las ruinas.

Ganaron la propia corona del martirio los tres dichosos hermanos Susana, Torcuato, y Cucufate, naturales de la ciudad de Braga: ellos degollados, y la virgen también, después de ser expuesta a la ferocidad de un oso. Acompañáronlos el mancebo Víctor, y el obispo Silvestre de la propia ciudad, adonde parece que se hallaba el pretor romano Sergio Galba. Celebraban los bracarenses fiestas al dios Silvano, cuya mayor ceremonia era que por entre los bosques vecinos, a manera de montería, corrían un puerco negro y grande; jabalí si quieren los cernidores de vocablos.

Venía el ídolo en la fiesta, y todos los que le seguían, coronados de varias flores: era en abril este espectáculo. A que le reverenciase fue convidado Víctor; a que no lo hiciese le obligó la Fe santa; porfió la contumacia de adoración diabólica en aquellos, la de constancia con Cristo en el mozo; átanle a un árbol, azótanle; métenle entre láminas de hierro ardientes, degüéllanle delante del ídolo en una puente que está puesta sobre un río de poco nombre, y que luego le pierde entrando en el Deste, que riega los arrabales de esta ciudad insigne. Por las diligencias piadosas de su arzobispo fray Agustín de Castro, viviendo Felipe III, fue mudada de aquella puente una piedra, sobre la cual afirmaba tradición constante, que había sido degollado Víctor, porque en ella se veían permanecer manchas sangrientas. No era en vano, que cuando la mudaron se vio debajo de ella mucha sangre, y tan fresca, que de aquel punto parecía derramada. Consérvase ahora, y se venera en el templo que el mismo prelado levantó a la memoria de este santo. El obispo Silvestre, que celaba el honor del cuerpo afrentado gloriosamente, le dio sepulcro, y por ello perdió la vida, llevándole la cabeza un solo golpe, porque el fervor con que publicaba la fe de Cristo, pidió a la idolatría tan arrebatada muerte.

Muerto Nerón, fue puesto en el trono Sergio Galba, que días antes aspiraba a ello, incitado de algunos contrarios de su antecesor: éralo sobre todos Oto Silvio, legado en nuestra Lusitania, porque en medio de este ejercicio ilustre le pulsaba en el alma el deseo de la venganza del agravio que le hacía con su Popea. Resolvióse en seguir la parcialidad de Galba; juntóse con él no menos liberal con tesoros, que animoso con gente lucida, siendo primera la portuguesa, con que Galba se dio por tan seguro, que empezó a hacer en España con los bienes del patrimonio imperial, lo que Nerón en Roma hacía con los suyos. Entre los lusitanos, que tanta parte tuvieron en su elección, fue digno de ser siempre memorado de los autores el nombre de Emilio Pacense, natural de la ciudad de Beja, que entonces se llamaba *Urbs Pacensis*. Por su singular valor ascendió a la dignidad tribunicia, y a la capitanía de todos los electores de Galba y de su guarda.

Todavía en Roma fue tan mal visto, habiendo sido bien deseado (así es poco segura la elección humana) que con menos de ocho meses de gobierno le quitaron la vida (70). Facilitóle a Oto Silvio, que desde Lusitania le fue siguiendo, sucederle en el Imperio, porque tenía afectas las voluntades con muchas dádivas, con mucha clemencia, con muchas esperanzas de otros beneficios que Galba les había negado. Acordado Oto del amor experimentado en la gente portuguesa, queriendo de más lejos tenerla más inclinada, concedió a muchas ciudades privilegios notables: mayores los de Mérida, entonces metrópoli de toda la Lusitania.

En el mismo tiempo se hallaba Vitelio por general de Alemania, y le halló Silvio por su competidor y opuesto, de manera que cuando a los alemanes llegó la nueva de su elección, llegó a los romanos la que los alemanes habían hecho de Vitelio. Tenían tanta parte los lusitanos en la de Oto Silvio, que Plutarco en la vida de Galba, con la boca de los adversos, hace diferencia de ellos a los españoles; pues escribe que orgullosos los alemanes en la aclamación de Vitelio decían: *Que no eran menos para levantar un emperador, que los españoles y lusitanos*. Oto queriendo atar a su devoción la Francia Narbonense, envió a nuestro Emilio Pacense con dos capitanes, mas tan mal vistos de la Fortuna en esta expedición, que en vez de favorecidas quedaron con ella más flojas las fuerzas de su príncipe. Ya Vitelio marchaba desde Alemania, no menos confiado en la gente portuguesa que le seguía, porque con el valor nativo tenían la calidad de soldados veteranos. Estos, si bien pesaban el amor de Silvio para con sus naturales, todavía acataban la fidelidad debida al general debajo de cuya mano militaban. Fueron pues de los primeros que, gobernados de Valente y Cecina, entraron por los campos de Italia haciendo camino con las armas. Oto oprimido y desesperado de mejor suerte, se mató a sí mismo, con que a los lusitanos que le seguían no quedó lugar de hacer otra cosa, que matarse muchos de ellos al tiempo que se quemaba su cuerpo; eran estas las honras que a los príncipes muertos celebraban los vivos que más fieles los habían seguido. Fueron tres meses solamente los que Oto tuvo aquel nombre y lugar supremo, que la desesperación le negó más presto de lo que se lo había concedido la ventura.

Entró Vitelio resucitando la memoria de Nerón apenas sepultada, y el pueblo a desear medios de quitarle la vida, que con la dignidad fue de ocho meses. Eran sucesivas las tiranías en los príncipes, y ellos son el compás que llevan las prosperidades o las miserias de los vasallos. Sucedió Vespasiano, cuya modestia, cuya afabilidad, cuyo valor hizo enjugar las lágrimas comunes, y serenar el descontentamiento público de todas las provincias. La de Lusitania respiró más que todas, porque se le mostró liberalmente aficionado, ilustrándola con obras generosas. Una de ellas, el camino militar que desde Braga a Orense se extiende por espacio de quince leguas, rompiendo fragosidades y asperezas sigue una traza e igualdad tan grande, que en toda esta distancia no se baja o sube cosa considerable: de las muchas vueltas que repite se llamó Giro, Giresio el monte que rodea, y modernamente Geres; adonde fue descubierta una inscripción que claramente insinúa el tiempo y el autor de la obra. Junto a la villa de Chaves (llamada *Aguas Flavias*, por ser este último nombre del propio Vespasiano que la ilustra) hizo levantar sobre el río Tamaga una puente, adonde quedó otra inscripción así prolija, que refiere todas las dignidades a que por sus grados había subido Vespasiano, y todos los pueblos que concurrieron a los gastos de la fábrica, los más de ellos lusitanos. *Aguas Flavias* ya se dijo Chaves. Interamica, entre Lima y Miño. Tamacama, entre Duero y Tamaga. Arobrigensia, Bibala, Celerina, Equesa, Ebisocia, y Querquerna, adyacentes a la villa de que sólo permanecen estos nombres. Limica parte de Galicia. Las letras traen Morales y Vaseo.

Murió Vespasiano (80) con nueve años y medio de imperio, quedaron con él sus hijos Tito excelente, Domiciano perverso. En su tiempo se dividió la Lusitania en tres comarcas, que reconocían por sus cabezas Mérida, Beja, y Santarem; cuarenta y cinco lugares de importancia había en ellas. Cinco de ellos colonias romanas: Mérida, Medellín, Beja, Norba Cesarea (cerca de Alcántara), y Santarem. Municipios: Lisboa, Évora, Alcacer do Sal. Era colonia superior la ciudad de Braga sobre veinte y cuatro ciudades con sus distritos, que llevaban casi trescientos mil vecinos. Las demarcaciones de Portugal eran por la marina desde la garganta de Guadiana hasta la de Duero, y de allí hasta la del Miño. Por lo Mediterráneo corría desde el Guadiana hasta Medina del Campo, quedándole incluía la Ciudad de Salamanca con todo lo que se llama Extremadura amojonada con el Duero. Casi todo lo último se ha perdido, consiste lo primero; ilustrábalo entonces nuestro portugués Daciano, raro filósofo y poeta. Por toda España exploraba los secretos naturales Plinio: insignes son los que de Lusitania escribe.

Mejóro Nerva las cosas de Roma y del Imperio. El mayor acierto suyo fue la adopción del español Trajano, con que se vieron sucesivos dos príncipes, bueno el uno, y el otro excelentísimo. De Nerva no tiene Portugal memorias, o bien porque fue poca su detención en la Monarquía, o bien porque las muy grandes están sujetas a padecer en muchas provincias olvidos de sus propios dueños. Por este tiempo todavía se sabe que muchos lusitanos en diferentes tercios y cohortes proseguían su antiguo ejercicio y valor en las armas debajo de los estandartes del Imperio. Consta de una piedra, que hallada en las reliquias de Atilia, está entre Génova y Dertona. Contiene los oficios que tuvo un Quinto Acio Perfecto del primer tercio de los españoles, y del primero de los lusitanos. Este lugar, y el de Plutarco ya referido en la vida de Galba son notables, por la diferencia que quieren hacer entre lusitanos y españoles, siendo una parte no grande de España Lusitania. Mas hacía singularizar a la pequeñez de la tierra la grandeza de los corazones que produce.

Aunque empezó a gobernar Trajano (99) con una moderación maravillosa, no dejó de experimentar que es imposible en monarquías denodadamente dilatadas, no perder sus príncipes muchas ciudades y provincias, al paso que con la codicia de ensancharse van conquistando otras de nuevo. Halla en su propio peso su ruina la grandeza. Rebeláronse algunas. Libró el sosiego de sus movimientos en el valor de dos capitanes insignes, Máximo, que fue muerto en una batalla, Luso que se estima por lusitano (bien lo persuade el nombre) tan osado y tan venturoso en la jornada, que domando la ciudad de Nisibis, dismanteló la de Edesa, airado porque algunos días le había

resistido; y castigando las otras rebeladas, volvió al emperador a tiempo que se hallaba en necesidad de sosegar un nuevo tumulto.

Los judíos que vivían en Cirene y en la isla de Chipre degollaron cerca de cuatrocientas y cincuenta mil personas de todo estado, de todo sexo, de toda edad. Fue Luso sobre ellos, y en diversas entradas hizo tan cruel venganza, que los dejó casi extintos en aquellas partes de Levante, y en Chipre de todo punto.

Engrandeció Trajano nuestro reino con muchas obras y edificios públicos, liberal en la majestad de ellos, piadoso y justo en los gastos con que los hacía; porque no salían de tributos duros impuestos al pueblo miserable, antes de las propias rentas imperiales. La más ilustre (aunque hoy sea de Castilla) en grandeza y arquitectura, es la puente de Alcántara, puesta sobre el Tajo, llamada de Trajano: bien que fue esta edificada a costa de muchos pueblos de Portugal, que espontáneamente quisieron fabricarla por la necesidad que había de ella, y dedicársela por el amor que le tenían. Fueron ellos los de Idaña, los lancienses opidanos, los talaros, los interanenses, los colarnos, los lancienses tranicudanos, los medobrigenses, arabrigenses, bannienses y pesures. Del sitio que ocupaban algunos no hay cabal noticia; del que otros la hay en diferentes lugares de este papel. A la otra puente a que Vespasiano en Chaves había dado principio, dio remate la munificencia de Trajano y caudal de los moradores, que también se la dedicaron, como le deja ver de sus inscripciones, y otras memorias semejantes, algunas que permanecen en el contorno, algunas derramadas por lugares varios de toda Lusitania. Irrefragables monumentos del ánimo puro con que los portugueses veneraban este príncipe. Mas ¿qué mucho, siendo tal, en vasallos que nunca supieron menos que amar fidelísimos, los que el tiempo le dio no justos?

En la entrada del nuestro en el Imperio hubo por toda España motines peligrosos contra la gente romana, originados en la insolencia de algunos de sus gobernadores, tan cierta siempre en los que lo son en partes remotas como lo enseña la experiencia moderna en gobiernos menos distantes ahora del trono de Madrid, que entonces del Capitolio de Roma. Exasperados pues los lusitanos con ver, cuando sujetos y obedientes, que los oprimían soberbias y tiranías de aquellos que tantas veces tuvieron rendidos y deshechos, tomaron las armas en su defensa. Furiosamente vengaban las molestias recibidas, pues Trajano para apagar la llama, y reprimir la inquietud de los ánimos, socorrió los presidios con catorce legiones, que fueron ruina de muchos lugares fuertes y ciudades populosas. Una la de Lamego, que por ser en aquel siglo la más ilustre, no solamente de Lusitania, de toda España, fue su estrago lamentable; efecto, o bien de que, por más fuerte y mejor munida había hecho mayor daño, o bien de la furia con que Roma sin excepción, venía tomando venganza de los daños padecidos. Hoy con poca distancia del sitio primero, mas con mucha de la primera grandeza es cabeza de obispado de los mayores de Portugal, y está colocada con eminencia sobre las márgenes que al austro riega el Duero.

Nadie imagine que nos vencía Roma a nosotros sin nosotros mismos. Esto basta que lo haya callado siempre su ambición, y tantos siglos nuestro descuido. Mucha gente lusitana venía en las catorce legiones, que no sirvió poco con el amor de la patria para procurarle menores castigos: intercediendo con los pretores de ellas, hacían clementes los verdugos. En la tercera, que llamaban Itálica, venían dos tercios de portugueses capitaneados por Lucio Voconio Paulo, natural de la ciudad de Évora, que con razones de peso defendió la fidelidad de sus naturales, no solamente delante de los gobernadores y capitanes de España, sino delante de los magistrados de Roma. Su ciudad y su patria agradecida le erigió estatua con letras honoríficas. Consta de ellas que fue hijo de Lucio Querino, edil, cuestor, seis veces flamen, prefecto de la cohorte primera de lusitanos, de la primera de vetones, tribuno de la legión Itálica. Tal la piedra. Premios son que también se hallan dedicados a otros portugueses valerosos de este tiempo, y de estas legiones en diferentes lugares de la provincia. Junia Verecunda, sacerdotisa perpetua de la ciudad de Évora, dedicó otra a Cayo Antonio Flavio, su hijo, soldado de la legión segunda Augustal, que por su valor mereció que con el sueldo doblado se le diese un collar de oro. A Quinto Cecilio Volusiano, de la propia ciudad

levantaron sus moradores estatua de bronce, y la letra: *Que fue capitán del primer tercio de soldados romanos, venció seis desafíos; premiáronle sus generales con dos lanzas, tres banderas, dos coronas cívicas, una mural, obsidionales cuatro*. No tiene premios nuestro siglo, porque se perdió la estimación de los honrosos. Si no la tuviera el Imperio de Roma, no los tuvieran todos sus emperadores. Dichosos ellos que dominaron ejércitos en que había soldados y capitanes con valor y sin codicia. Infeliz nuestra Monarquía, que para hartar la codicia de un soldado sin valor, no tiene nada en cuanto tiene. A una corona de laurel antigua responde una ciudad y un título moderno. Así los premios, al revés en las hazañas. Súfrasenos esta diversión contra nuestra costumbre e instituto: que si es mucho para el estilo, para la materia es poco. En la ciudad de Arucia (ahora villa de Moura) celebra una basa a su ciudadano marzo Aterio Paulino: una estatua de bronce, el poder invencible de Hércules, a que llama Patrón de la República de Arucia.

Murió Trajano (118), y causó admiración su muerte: porque de todos sus antecesores fue el primero que la tuvo sin que se la diesen. Parece que de este príncipe heredó nuestro rey Don Manuel el intento de navegaciones grandes, porque en sus armadas salió de los ríos Tigris y Eúfrates hasta las islas de Zizara y estrecho de la Persia, y de ellas al océano Índico, por donde tomando algunos navíos que venían de Bengala, tuvo noticia grande de toda aquella tierra. Mas fatigado del trabajo y de la edad no pasó adelante. Sucedióle Adriano, que juzgando imposible sustentar algunas de sus conquistas, las dejó libremente. Vano ha sido, o el ganar del uno, o el perder del otro. Para asegurar lo restante del Imperio usaba de algunas industrias no poco convenientes. Proveía las provincias de gobernadores naturales de ellas. A los portugueses les dio andaluces, y a los andaluces portugueses, tan justos y moderados, que a dos de ellos (según parece) levantaron estatuas los moradores de Tarragona. Uno natural de Braga, otro de la villa de Chaves. De las letras consta que el primero se llamaba Quinto Poncio Severo, el segundo Cayo Larecio Fusio: ambos a dos de la familia Quirina.

Otras memorias de este emperador y de la emperatriz Sabina permanecen en este reino, mas como no se infiere de ellas otra cosa que conjeturas de beneficios y obras publicas, afición y amor de los naturales a su príncipe, advertencias y observancias de la longitud que había de unos lugares a otros, omitimos en esta brevedad el referirlas. Veinte y un años casi tuvo el imperio Adriano (140). Veinte y dos Antonino Pío que le sucede, mas no en los vestigios de su nombre en Lusitania.

A la exaltación de marzo Aurelio (162) acompañaron notables inquietudes en España, de que la provincia de Portugal experimentó la mayor parte; porque brotando la Mauritania muchas gentes de armas rebeladas al Imperio, furiosamente robaron diversos puertos marítimos, de que salieron tan osados, que por lo mediterráneo de España fueron vagando libremente. Padeció nuestro reino los daños de esta invasión tan sin reparo, que se vio casi zozobrado. Todo lo que había por la marina, que corre desde el cabo de San Vicente hasta la boca del Duero, fue visto arder y nadar en diluvios de fuego y sangre. Dura batería sufrió Lisboa, valióle la libertad el sitio fuerte que ocupaba. Asaltada la de Oporto, resistió virtuosamente, mas los combates prolijos la hicieron venir a conciertos, que siempre son en favor de quien no los propone. Ejecutados muchos robos y muertes, incendios y ruinas, pesando el peligro que les aguardaba en las legiones romanas que venían sobre ellos, y el deseo de la venganza en los lusitanos) que animados con ellas volaban en diferentes remolinos de todas partes, zarparon ferros de aquel río en que habían dado fondo, y relajadas las velas al viento, desaparecieron brevemente.

De un lusitano señalado en este conflicto, y se llamaba Lucio Quintilio Galión, se halló junto adonde estuvo la ciudad de Osanova, la basa de una estatua, con letra que decía serle levantada por libertador de la patria, desbaratando capitanes bárbaros; entre tanta oscuridad, luz importante. Ninguna hallaremos en distancia de más de setenta años (182) que contienen las vidas de trece emperadores consecutivos hasta Maximino, porque si bien hay algunas inscripciones, no consta de ellas más de que los hubo: y no es eso lo que ahora necesita de investigaciones y cuidados. De Maximino, que sucedió a Severo (239), permanece la memoria dentro de la ciudad de Braga en una

calle y puerta de su nombre: indicios claros de que fueron obras suyas. Fuéronlo también muchas puentes y caminos públicos por aquellas partes, como se deja ver de algunas letras.

Por las vidas de otros tantos emperadores fueron corriendo los años. En los del imperio del delicioso y descuidado Galieno vino desde el Oriente una peste barriendo la generación humana harta el Ocaso, adonde alcanzó con tan impío golpe a nuestra Lusitania, que en casi toda ella quedaron sin gente las ciudades, y los campos sin cultura. Abrió los ojos Galieno (menos debemos a las prosperidades que los cierran) reconociendo que todo eran castigos por sus exorbitancias y inclemencias con que vejaba los cristianos. Mandó parar la persecución, continuada desde el tiempo de Quinto Decio, insaciable monstruo de la sangre humana: otra cosa no se veía que horrores abominables; salió de ellos un infinito número de mártires que poblaron el Cielo, y salió también otro que lo perdía postrando la fe al miedo de los tormentos. De los últimos fueron dos obispos; de Mérida Marcial, de Astorga Basíldes: éste que blasfemaba de Cristo en una enfermedad, en cuanto aquel en fiestas gentílicas pensaba oscurecer la ley verdadera. En favor de ella y oprobio de él, se opuso fiel y católico Eliano o Lelio, diácono de Mérida, que como fuerte insigne en letras y virtud hizo juntar Concilio Nacional en aquella iglesia, adonde se hallaron muchos obispos de Lusitania, y fueron depuestos de su dignidad los dos idólatras. El deseo de ella les mudó el semblante mas no el alma. Fingieron arrepentimiento, de cuya demostración llevado el papa san Esteban los mandó restituir: pero no fue obedecido en esta parte por el Concilio, con parecer de san Cipriano que consultaron desde Cartago, adonde entonces era obispo benemérito.

Al golpe horrendo de la peste para los hombres, sucedió otra de alemanes para las piedras en todo el Imperio. Invadiólo esta nación con tal avenida que, esparcidos como lenguas de fuego, lo iban abrasando todo: herían, dismantelaban cuanto viviente o edificado se le oponía a la vista. Sintiólo Lusitania tanto, que la mayor parte de las ciudades de que hoy tiene memoria, o por ruinas sin nombres, o por ellos sin ellas, tuvieron su desolación antes en este tiempo que en el de los godos; porque los primeros como solamente pretendían volver ricos con robos a Alemania, cortaban sin piedad alguna; y los segundos como venían de asiento usaban de ella, favorables consigo mismos en virtud de la esperanza que los guiaba. Algunas de las poblaciones en que hay reliquias de este rayo en Portugal son Medóbriga que es Arameña; Calantica que fue junto de Arrayolos: Gerabrica, hoy Povos; y Bricio Évora de Alcobaça o Alfazeiraon; y murió Galieno.

Algunas memorias del mundo por estos años.

Anduvo el Sumo Sacerdocio en Jázaro, en Annano, en Ismael el hijo de Jabi, en Eleazar hijo de Annano, en Simón hijo de Camith, en Josefo Caifás, depuestos unos para hacer lugar a otros por el cónsul Cerino, a quien Octaviano mandó escribir la gente en el nacimiento del salvador del mundo, y por Valerio Grato, que Tiberio envió por gobernador de Judea. Allí se veía ya dudoso (como sombra del verdadero) el pontificado supremo, cuando al de la Iglesia militante dio principio el príncipe de los apóstoles san Pedro, a quien dejó por sustituto suyo entre los hombres el sacerdote eterno junto al mar de Galilea después de su resurrección gloriosa. Habíase antes visto a la hora de su muerte, que era la de mayor elevación del sol, aquel eclipse portentoso, temblor de la tierra, alteración y movimiento en todo lo que siente y no sensible, Viose su resurrección, su ascensión, su aparecimiento a Pablo cuando caminaba para Damasco con la espada sangrienta, mudada en divina pluma al rayo y a la voz que le derribó capitán para levantarle predicador. Murió la virgen santísima María reina de los ángeles, que del valle de Josafat adonde fue sepultada, resucitando subió a los cielos en cuerpo y alma. Esparciéronse los apóstoles a predicar por el mundo la ley evangélica. Introdujose la corona en los sacerdotes. Escribió san Mateo su Evangelio, el primero de los cuatro. Después el suyo san Marcos. San Lucas el tercero. El último san Juan, algunos años adelante. Empezaron a resplandecer las enseñanzas filosóficas de Séneca, y la poesía de su sobrino Lucano. Escribía Plinio; este en España peregrino la ilustra; aquellos españoles peregrinos en Roma la engrandecían. Imperaba Antonino Pío, cuando en el pontificado sucedió a san Pedro san Lino; a

éste san Cleto, el primero que en las letras romanas introdujo las palabras *Salud y bendición Apostólica*. San Clemente, Anacleto, san Evaristo, Alejandro, que instituyó el bendecir de la agua, y que se mezclase en el cáliz en memoria de la que con la sangre salió del lado de nuestro Redentor. Sucedióle san Sixto, y Telesforo, autor del ayuno de la cuaresma y de las tres misas por Navidad. Higinio, que ordenó hubiese padrinos en el bautismo. Pío que dispuso que el día de la Resurrección de Cristo fuese en domingo perpetuamente; y san Aniceto. Floreció Aquila que tradujo la Biblia de hebreo en griego, Plinio segundo, san Dionisio Areopagita, san Ignacio. Filón judío, grande imitador de la filosofía platónica; Cornelio Tácito, Suetonio Tranquilo, Galeno príncipe de la medicina, Pausanias Cesariense, Lucio Apuleyo filósofo; Justino historiador. Tolomeo insigne astrólogo si no es vana la ciencia. Estacio el de la Tebaida, Silio Itálico, Valerio Flaco, Marcial, y el Satírico, Epícteto, Heliodoro, Polemón; Aulo Gelio, Josefo excelente varón en la espada y en la pluma. Ganó y asoló Tito a Jerusalén con duro cerco, en que las madres llegaron a comer sus hijos; y al fin con las armas murieron un cuento y mil personas; cautivaron noventa y siete mil, siendo vistos antes y después diferentes prodigios en la región del aire.

II. DESDE EL AÑO 271 AL DE 435 DEL NACIMIENTO DE CRISTO.

Mi determinación era llevar de un aliento las memorias que tiene nuestro reino de los emperadores de Roma hasta el tiempo de los godos en España, mas el trabajo y dolor de muchas, unas perdidas, y no buenas otras, pedía en alguna estancia pausa para respirar un poco. Dichosa por cierto la de mártires y santos; benemérita de dar principio a cláusulas elegantes. Estas faltan, mas no faltarán sus obras. Al lugar de que había bajado la muerte a Galieno subieron Claudio y Valeriano, el que venció la reina Zenobia.

En sus días (271) se ejecutó en España el martirio de nueve ilustres doncellas portuguesas, hijas del alemán Catelio. Conquistó este capitán la ciudad Norba Cesarea, ya de tres siglos antes una de las más celebres de Lusitania, situada junto al Tajo en aquella comarca a que sirven de extremos Alcántara y Portalegre. Fue principal despojo entre los de esta ciudad una portuguesa noble, llamada Calgia, y de tanta hermosura que Catelio se halló vencido de ella igualmente como de él lo habían sido sus padres, sus parientes, sus naturales. Enamoróse casto, nombróla mujer suya; y lo fue tan fecunda, que el año primero le dio juntas nueve hijas: mas tomando por afrenta la copia (sin falta misteriosa) habiendo sucedido el parto ausente el marido, mandó con secreto a una criada que las echare en un río; ella, piadosa, fingiendo que ejecutaba el mandamiento riguroso, las distribuyó por mujeres cristianas en un lugar vecino. Las amas, enamoradas de la belleza de la niñas, las hicieron bautizar, y llamáronlas Liberata, Genebra, Victoria, Eumelia, Germana, Gemma, Basilia, Quiteria, María. Crecieron, como en los años, en la doctrina de la verdadera ley. Conociéronse por hermanas, supieron el peligro a que estuvieron expuestas, el medio por donde fueron libres, y en gratificación de tanto bien dedicaron su virginidad al autor de la pureza.

Catelio, vencido del amor conyugal aumentado en la hermosura de Calgia, con quien se había hecho soberano de Norba Cesarea, la llamó Belcagia desde el punto que conoció el preñado de su mujer, por eternizar con este nombre en la población el de Calgia en todo el mundo: así quedó siendo la ciudad elogio de su belleza.

Años adelante fue publicado un edicto contra los cristianos (parece ser el de Aureliano) que por aquellas partes hacía ejecutar Catelio. Fueron culpadas las nueve hermanas, y traídas delante del padre, que no las tenía por hijas, como aquel que fue persuadido que el preñado de su compañera se malograra. Todavía con algún impulso misterioso, o fuerza de la sangre, con blandura les preguntó

quién eran. Dejéronle admirado respondiendo que sus hijas; pero que mucho más que de su familia ilustre se preciaban de cristianas. Catelio tomando en modo largo el nombre que le daban de padre, porque así le deben llamar los señores de vasallos, prometiéndoles que lo sería en ampararlas. Que lo era verdadero le desengañaron con referirle el caso. Satisfecho de su verdad se gloriaba con las hijas, a quien quería quitar la gloria que buscaban. Persuadiólas que dejaran aquella ley, que bebida en la leche había dilatado en el alma constantes fundamentos. Corridos los padres, y ciegos con la luz de las nueve estrellas, se les mostraron tan rigurosos, que ellas propias por no dar lugar a que fuesen ellos mismos bárbaros en su sangre, se resolvieron (motivadas de espíritu divino) a dejar la patria, cada una por diferente parte, porque a la sazón en la más segura el martirio era infalible. Tal andaba la ceguedad de los hombres.

Llena España de ministros infernales inundaban por ella los tormentos. Varios fueron los que a siete de las nueve quitaron la vida temporal en cambio de la eterna. Quedaron Liberata y Quiteria: ésta siendo alcanzada de alguna gente que sus padres enviaron en seguimiento suyo fue traída a su presencia. Ellos deseosos de reducirla, la retiraron a una parte de su palacio (ya se llamaban reyes) dándole tiempo, en que le dio más al amor de su divino Esposo. Allí le hablaba el ángel de su guarda, asegurándola que continuando su ejercicio en el monte Orial (a que desde palacio se subía) tendría del Cielo favores particulares. No fue pequeño volver a decirle el tiempo de su martirio, y darle la bendición para fortalecerle en la batería de las penas. Trataban ahora sus padres de casarla con un señor llamado Germano, que la pedía enamorado; ella sintiendo el peligro, aconsejada de su ángel, huyó con treinta damas y seis criados. Hicieron alto en el monte Columbino, hoy Pombeiro, que se pudiera pensar haberle así llamado de la infanta Comba o Columba, y de su criado Columbano, que fueron en el martirio compañeros de Quiteria, o bien de los columbrios, que poblaron a Condeixa, si no tuviéramos otro lugar del propio nombre en este reino. Es patria mía, y centro de la provincia de Entre Duero y Miño, montes y valles más poblados que de casas, de gente, ríos, fuentes, bosques y árboles frutíferos, por donde hoy se derrama casi oscurecida no poca ilustre sangre de familias portuguesas; muchas quintas y torres como solares suyos con sus propios apellidos, son tristes monumentos de aquellos primeros resplandores. Desde aquel lugar de donde parece huyeron al nuestro habrá de distancia 40 leguas. Así será más razonable, aunque allí tengamos la conjetura del nombre, iglesias con el de Columba o Comba, ermita de San Pedro en lo alto, que anduvieron la mitad de este camino quedándose en aquel Pombeiro, que dista cinco leguas de Coímbra, y una sola de la margen del Mondego. Es Pombeiro en nuestra lengua portuguesa derivado de Pomba, Columba en la latina, en la castellana Paloma.

De este monte pues bajó Quiteria instruida del propio ángel, a reprender en la ciudad de Aufragia a Lenciano rey de ella (que había robado los templos de Dios), porque le fue revelada la ferocidad con que el demonio aguardaba licencia para llevar al infierno el alma de este idólatra. Mas él inexorable, queriendo por su mano cortar la cabeza de Quiteria, de improviso perdió la vista y el oído. Cobrólo todo por oraciones de la virgen. Resultó del milagro su conversión, y la reducción de dos obispos, Valentiniano y Marcial, que le seguían en sus obstinaciones. Volvió Quiteña al monte; acompañábala Lenciano en él, en cuanto Germano, que la había pretendido, viéndose desdeñado, con licencia de Catelio conducía una tropa de gente armada en seguimiento suyo, ya más furioso para vengarse, que amante para rendirse. Halláronla, y de un golpe le fue cortada la cabeza, que la misma santa volvió a tomar en sus manos desde el suelo, así como se sabe de Dionisio Areopagita. Llevóla al lugar que para su sepulcro tenía señalado muchos días antes en la ermita de San Pedro (puesta en la extremidad del propio monte) en cuanto los ángeles a coros por el aire cantaban las exequias del entierro prodigioso: o, por decirlo mejor, los epitalamios de las velaciones más dichosas. Acompañaron en el martirio a su capitana las treinta doncellas (ilustre y hermosa escuadra portuguesa, con que se asaltaba desde aquel monte el Cielo) de que la principal fue Comba, Coloma, o Columba. Siguiéronlas los seis criados; de tres se sabe el nombre, Simplicio, Remigio y Columbano, y el rey Lenciano con los obispos ya nombrados. Ejecutadas estas muertes

consultaban los sacrílegos las afrentas que usarían con los cuerpos, cuando revuelto el aire, lloviendo rayos mató la mayor parte, y dejó los otros con furor rabioso matándose a sí mismos.

Liberata o Ontcomera, que solamente tenemos viva, después de prolija penitencia en la soledad de otro monte, ganó la misma palma puesta en una cruz, por que la hallasen con igual acción los brazos del amante que buscaba. Portugueses son los mártires, en Portugal fue su martirio. Pero en la iglesia de Sigüenza está el cuerpo de santa Liberata dignamente venerado, como la memoria de sus hermanas y compañeras.

Al tiempo que Diocleciano gobernaba el Imperio, tenía el dominio de algunas tierras lusitanas Ontcomero, que con buenas conjeturas se presume ser pariente de Catelio: régulo le nombran también memorias varias. Tuvo una hija llamada Engracia: efectuáronse capitulaciones matrimoniales entre ella y un señor que en Francia gobernaba la provincia de Rosellón. Enviábala el padre a su marido servida como hija de príncipe, que lo era entre gente lusitana. Entraron en Zaragoza donde a la sazón estaba Publio Daciano con poderes imperiales peleando contra el Cielo, y degollando con impía mano innumerablemente. Engracia, que envidiaba una corona de cuantas el mismo Cielo llovía festivo y sereno entre el horror de los tormentos, saliendo al encuentro a Daciano con decirle quien él era en sus ejecuciones, y quien los que las padecían en su sufrimiento, dio motivo a probar el rigor de ellas con diferentes suertes de martirios; en ellos se vio a sí propia sin hígado y corazón, si pudo faltar alguna parte de estas a un sujeto que con tanto valor y constancia triunfó del bárbaro más encrudelecido que vio la Iglesia militante. Igualmente firmes acompañaron a su infanta muchos caballeros portugueses para el Cielo, así como lo iban haciendo para Francia. Bien perdido camino. El tirano, cuanto más corrido más obstinado, mandó que les fuesen cortadas las cabezas. Los nombres de algunos permanecen. Lupercio, tío de Engracia, Optato, Suceso, Marcial, Urbano, Julio, Quintiliano, Publio, Frontón, Félix, Ceciliano, Evanto, Primitivo, Apodemio, Miturino, Casiano, Enero, Fausto. Todos (menos el último, que tiene sepulcro en Navarra), en compañía de su princesa, son hasta hoy glorioso adorno de Zaragoza, después de haber sido con aquella animosa sangre lusitana, sino esmalte de las piedras de sus calles.

Agotada casi la sangre fiel por estas partes, y no apagada la sed de Daciano, pasó a buscarla en Lusitania: empezó por la cabeza, que era Mérida, adonde con excesivos tormentos hizo martirizar a santa Eulalia, que en medio del rigor de ellos convirtió constante alguna gente. Su alma fue visiblemente vista como paloma dar un vuelo desde su boca, y penetrar los cielos. Su cuerpo resplandece con milagros en el santuario de Oviedo. El mismo día fue degollada Julia, su doncella. Acompañóla un ciudadano noble, que mataron porque viendo llevar a santa Eulalia desnuda por las calles había arrojado el manto por cubrirla. De santa Lucrecia se dice que en la propia ciudad padeció martirio aquellos días.

Llegó Daciano a Évora, llamado de las inquietudes que entre los moradores de esta ciudad y la de Beja había sobre el alindar de sus distritos. Allí empezó a martirizar a san Vicente, natural de la ciudad, que siendo obligado a subir unas gradas de mármol adonde había un ídolo de Júpiter, las piedras en que ponía los pies, como si fueran blanda cera recibieron la forma de sus plantas. Allí permanecen hoy. Porque no quiso idolatrar fue puesto en la cárcel, adonde visitándole sus hermanas Sabina y Cristeta le persuadían que guardase las demostraciones de su constancia para tiempo más sazonado, pues de él pendía el amparo de ellas. Como cristianas no reprobaban el intento del mozo, como mujeres temían el golpe del tirano. Vicente advirtiéndole el peligro que indiciaba su temor, cedió a su ruego, y al presupuesto de tomar tiempo para animarlas. Huyó de la prisión con ellas; fue a parar en la ciudad de Ávila adonde los prendieron. Ya que vio las hermanas al compás de su diligencia conformes en morir por Cristo, no quedándole que temer halló en el martirio la gloria que buscaba para sí y para ellas.

Puertas sobre una piedra las cabezas y con otra machucadas esparcieron los sesos por el campo. Dejaron los cuerpos sagrados expuestos a la voracidad de los animales, cuando porque ninguno les tocase previno el Cielo uno para guarda contra todos. Apareció en el puesto una

serpiente de extraordinaria grandeza, que en una cueva vecina era todo el miedo de la ciudad y la campaña. Atreviéndose un judío a querer mirar con desprecio aquel espectáculo, y la sierpe enroscándose al cuerpo le trajo a que confesada la Fe de Cristo daría a los santos sepultura. Apenas lo propuso, cuando se vio libre. Hízose bautizar, y fabricó un templo; dedicólo a los mártires, que dejó recogidos en capaz sepulcro. Sobre él en tiempos antiguos se hacían juras con motivos grandes: y si eran falsas sucedían de improviso castigos milagrosos sobre los perjuros. De aquí vino que los reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel vedaron en las leyes de Toro esta forma de juramento. Con otro Vicente desempeñó Valencia aquellas tierras, por éste que debían a Portugal. Parece que anduvieron siempre las Coronas de España en competencia de cual había de dar a la otra mártires y santos más insignes. En el número excedió la Lusitania, en la calidad el Cielo lo gradúe.

Con buenas conjeturas parece haber sido consecutivamente el martirio de san Verísimo y sus hermanas Máxima y Julia, naturales de la ciudad de Lisboa, dentro de ella misma. Después de cortadas las cabezas, atado a una piedra cada cuerpo, fueron echados al mar, que con el Tajo se envuelve entre Lisboa y Almada. Mas apenas los dejaron en el agua, cuando desde la playa vieron que como si fueran vivos en naufragio les servían las piedras de tablas en que salían a la orilla. Cedieron los idólatras el furor a la admiración de manera que no osando porfiar, consintieron que los cristianos les diesen sepultura en la misma arena, adonde después se levantaron altares y templo suntuoso. Este llaman hoy Santos el viejo, a diferencia del otro a que se trasladó los sagrados cuerpos del rey Don Juan el Segundo. Son estos mártires patronos de la ciudad de Lisboa. Ellos la defendieron de los alanos y suevos cuando entraron a ser incendio y ruina de toda España; porque teniéndola sitiada con viva esperanza de rendirla, se contentaron con que sus moradores les diesen cierta copia de moneda obligados de una peste que les iba consumiendo. Resulta de la diligencia devota que con los santos hicieron sus naturales oprimidos. Estos son los dineros con que algunos escritores dijeron que Lisboa había comprado la libertad, sin referir aquel motivo. Y si en esta ocasión defendieron la ciudad para sus naturales, siendo después ganada por los moros, la restituyeron al rey Don Alonso Enríquez; porque cuando la recobró de ellos, en aquel terrible asalto fueron vistos los santos en forma maravillosa quebrantando el ánimo a los bárbaros.

De otra santa virgen y mártir portuguesa llamada Eufemia se venera hoy en la villa de Orense el cuerpo precioso. Ignórase el progreso de su vida, y el modo y el tiempo de su martirio. Quede en este lugar esta memoria de la invención de sus reliquias; que pues la antigüedad ha oscurecido aquella noticia y estamos en los días de Daciano, que encarnizado y sediento poblaba las mansiones celestiales, será posible que en ellos ganase la suya santa Eufemia. En la breve llanura de un valle que se extiende a las faldas de la asperísima sierra de Geres, por donde la provincia de Entre Duero y Miño se muestra a los confines de Galicia, apacentaba su ganado una pastora de edad tierna, cuando un día descuidada, volviendo los ojos a una peña, vio que por entre cierta quiebra se meneaba una mano que tenía anillo de oro con piedra resplandeciente. O con simplicidad como moza, o con codicia del adorno cómo mujer, osó llegarse, y despojó del anillo el dedo. No lo sacó barato porque al punto quedó muda. Fuese a su casa, y admirado el padre volvió con ella al puesto; vio la mano hermosa, bien que despojada, en la propia fractura de la peña. Restituyóla su anillo, y luego como si en prendas de él hubiera quedado la lengua de la moza, pudo hablar y referir el suceso. Dudoso el viejo entre temor y contento, oyó una voz que desde lo alto le decía ser aquel el cuerpo de esta virgen, que lo hiciese sepultar en una iglesia vecina. De ella lo hurtaron los gallegos algunas veces, porque otras tantas milagrosamente volvía a su primer sepulcro. Siempre tuvo en esta nación la portuguesa grandes ladrones de sus santos. Bien honra la devoción al nombre. Todavía a las oraciones de Pedro Segnino, obispo de Orense inclinado el Cielo, permitió que en su iglesia la pudiese colocar, asegurado de que no desaparecería de ella la reliquia. Pasó en el año mil y ciento y cincuenta y tres, en que reinaba nuestro príncipe y rey primero Don Alonso.

El santo emperador Constantino, después de sosegar las inquietudes de España, queriendo mejorar las cosas espirituales, juntó concilio en Toledo. Hízose en él la división de las Iglesias

Metropolitanas, que fueron Braga y Mérida en nuestra Lusitania. Toledo, Sevilla y Tarragona. Subordinadas a Braga se nombraron Astorga, Tuy, Coímbra, Iria Flavia, Britonia, que fue cerca de Valencia de Camiña, Viseo, Lamego, Idarra y Orense. A Mérida: Beja, Lisboa, Ébora, Osonova, Caliabria, Salamanca y Coria.

Favoreció mucho Constantino esta nuestra provincia, dióle preeminencias, alivióla de tributos; entrándose con estos beneficios en las almas de los lusitanos, que siempre a tanto precio fueron gratos a las mercedes de sus príncipes (341). De los cinco que se siguen no hay memoria entre nosotros. Mas sí la hay de dos sacerdotes portugueses, Ripario y Desiderio, que por la defensión de la Fe padecieron persecuciones graves. Hayla también de nuestro natural san Dámaso en los tiempos de Valente. Tuvo Dámaso su nacimiento y padres en la villa de Guimaraens, casi centro de la provincia de Entre Duero y Miño (378). Constantemente lo tienen escritores no naturales, dejando así con llaneza convencido aquel robo virtuoso de los que a fuerza de conjeturas estiradas le quieren dar otra patria. Lograba entonces la Iglesia algún reposo en las materias de la Fe porque vino a faltar a los herejes el favor que tenían en el emperador Valente. Bien que Aurencio obispo de Milán defendía la doctrina de Arrio con algunos prelados franceses y venecianos, que redujo a sus errores. Contra ellos convocó Dámaso a concilio en Roma muchos obispos, que confirmando el de Nicea condenaron las determinaciones impías de aquel conciliábulo. Fue también convencida la cisma de Prisciliano, que murió por ella (390), teniendo por acérrimos opuestos dos obispos lusitanos, Ursacio de Mérida, Iracio del Algarve.

En Roma edificó Dámaso dos templos de arquitectura y grandeza singular: el primero dedicado a san Pedro y san Pablo en el lugar donde tuvieron el primer sepulcro; el segundo a san Lorenzo nuestro mártir, adornándolos con joyas y con piezas preciosas, Dio remate a la iglesia de las vírgines y mártires Rufina y Secunda. Tuvo por secretario aquel apoyo de las divinas letras san Jerónimo. Hizo muchos milagros. Ordenó entre los fieles el reconocimiento a Dios con el diezmo de los frutos; fue doctísimo, en la poesía eminente.

Volvió Roma, y el Imperio después de algunos años, a ver en Teodosio a Constantino. Parece que compitieron estos príncipes en la verdadera grandeza, justicia, clemencia y religión. Purificó Teodosio la suya en la severidad con que a la puerta de su iglesia se le mostró en Milán el obispo venerable y doctor sagrado san Ambrosio. No con poca propiedad se pudiera dejar correr por sus memorias la pluma, pues con ser príncipe nuestro, en la opinión de algún autor su mujer Placila es portuguesa; y benemérita por sus virtudes de tan virtuoso dueño.

Algunas noticias de las cosas del mundo por este tiempo.

En la silla de san Pedro sucedieron Aniceto, Sotero, Eleuterio, Victor, Ceferino, que instituyó el tercero mandamiento de la Iglesia; Calixto, Urbano, Ponciano, Antero, san Fabián, que en un concilio grande condenó la herejía de Novaciano, que negaba admitirse el arrepentimiento del que una vez apostataba; san Cornelio, Lucio, Esteban, Sixto segundo, Dionisio, Félix, Eutiquiano, Cayo, Marcelino, Marcelo, Eusebio, Melquíades, san Silvestre, marzo, Julio, Liberto, san Dámaso, Siricio, que ordeno que los que hubiesen sido casados dos veces o con viuda, no pudiesen ser admitidos al sacerdocio; Anastasio, Inocencio, Zósimo. Rindieron y profanaron los godos, y otras naciones bárbaras la ciudad de Roma. Hallóse la cruz de Cristo, título y clavos de ella por las grandes diligencias de la santa emperatriz Elena. Fue instituida la fiesta de Nuestra Señora de las Nieves. Florecieron en virtud y letras Clemente Alejandrino, Orígenes su discípulo rarísimo en el ingenio, raro en la virtud, y todavía dudosa su salvación. Tertuliano cartaginés, opuesto con valerosa pluma a las herejías de Montano, Cipriano, Eusebio Cesariense, Lactancio Firmiano, Efrén diácono, san Juan Crisóstomo, san Ambrosio, san Agustín, que nació en África el propio día que Pelagio en Inglaterra, san Jerónimo, san Gregorio Nacianceno, san Epifanio, san Basilio, san Atanasio, san Hilario, san Juan Damasceno, Dídimo Alejandrino. En la vida eremítica san Pablo y san Antonio.

Fertilísimo siglo de varones y padres venerables. La falsa doctrina de Arrio tuvo principio; y fin el Imperio de los Partos.

III. DESDE EL AÑO 412 HASTA EL DE 448. ENTRADA DE LOS GODO EN ESPAÑA.

Fueron los godos descendientes de Magog, un hijo de Noé, poblador primero de la isla Escandinavia. Tanto conocimiento como opinión no tuvieron los antiguos de su grandeza y sitio. Remota de Italia y Grecia, adonde las buenas letras florecían, dejaba solamente una noticia confusa de las regiones septentrionales. De Alemania, de Prusia y de Livonia se divide por un golfo del mar Sueonico, que forma otro estrecho como el de Gibraltar entre ella y Dinamarca llamada Cimbria Quersoneso. Del austro la ciñe el mar Helado y del oriente el Deucalidónico enfrente de Escocia; quedándole así como una península cortada con diversas calas o brazos del mar, junta con tierra firme por las provincias de Finmarquia y de Biarmia. Dentro de ella hay tres regiones notables: Gotia, Suecia y Noruega. De la primera salieron los godos abundantemente memorados en el mundo, por las hazañas y victorias con que por tantas partes suyas se afamaron. De la segunda los suevos, que si bien eran vecinos de los godos, diferentemente de ellos hicieron expediciones constreñidos de las armas de los propios godos. A la última se dejaron quedar de asiento en Alemania, por donde se extiende el ducado de Baviera, confederándose en casos militares con otras naciones septentrionales: vándalos, alanos, burgundianos y silingos habitantes de las riberas del Tanais, y laguna Meotis. Estos llamados de Estilicón, que traía su origen de los vándalos, mancomunados entraron asolando toda la Francia con intento de establecer dominio en ella. Quédense ahora ocupados en sus robos, en cuanto tomamos otro hilo para añadir a este ya tomado.

Sucedió ala sazón en Inglaterra una inquietud nueva, procedida de dos capitanes, marzo y Graciano, a quien la gente de guerra dio sucesivamente título de emperadores. Pero matándolos luego, aclamaron otro llamado Constancio, que viendo la ociosidad variable con que obedecieron y mataron los otros, estos mismos que ahora le exaltaban, pasó a Francia. Conformándose con algunos de aquellos que entonces se hacían señores de ella, cobró la mayor parte. Animado con una tan grande, hizo expedición de gente encargada a varones señalados, para que como gobernadores suyos entrasen en España a despedir los que en ella lo eran por el emperador Honorio. No los hallaron tan cuidadosos, que fuese difícil la ejecución del intento de Constancio, sino fuera por dos hermanos, Didimo y Veriniano, naturales de Plasencia, que se estimaban como parientes del emperador Honorio. Estaban estos ocupados en Portugal, de donde con mucha gente bien armada vinieron marchando en diligencia a tomar el paso de los montes Pirineos por imposibilitar el socorro con que solamente podía Constancio conseguir lo que esperaba. Todavía pasó Constante su hijo acompañado de algunas legiones de soldadesca vieja, y muchas compañías de alanos y suevos, rebelados todos al Imperio. No es posible que les saliese barato este pasaje, y más siguiéndolos los dos hermanos tan animosos, que dentro de la misma Lusitania (según parece) volvieron a afrontarse con mucha de esta gente, en el encuentro miserablemente castigada de nuestras armas, mas al fin vencido el valor de los dos hermanos por la multitud con que los tiranos los vinieron buscando.

Siendo pues oprimidos, los españoles hicieron por fuerza lo que con mucha habían procurado de no hacer: era esto dar la obediencia Constante. La guarda de los Pirineos, para que no entrasen los bárbaros esparcidos por Francia, dio él a los suevos y alanos que le seguían. Ellos, como cebados ya en los robos de España y sus riquezas, trataron con los mismos vándalos, alanos, suevos y silingos contra quien estaban puestos, que dejada Francia pasasen todos en España. Entraron en ella bien que conformes, gobernados por príncipes diferentes. Gunderico se llamó rey de los

vándalos; de los suevos Hermerico; Resplandiano lo era de los alanos (416). Todo lo vencieron y conquistaron en diversos asaltos, de manera que entre los españoles quedó totalmente sacudido el yugo de los romanos, y entre la barbaridad tiránica todas nuestras provincias. Todos los estilos políticos que habían resultado de la escuela romana fueron reducidos a una bruteza torpe. La gente muerta casi toda, una al golpe del cuchillo, otra al rayo de una pestilencia, y al garrote de una hambre tan cruel, que los padres, matando sus hijos, con horrendo remedio acudían a la natural necesidad.

Los vándalos, gente más fiera y robusta entre toda la de esta invasión, quedaron con los silingos en la Bética. Los alanos y suevos en Galicia y Lusitania. La mayor pérdida fueron las reliquias de los santos por las ruinas y incendio de los templos. Para el reparo convocó Pancracio, arzobispo de Braga, concilio provincial en que se hallaron algunos obispos que andaban huidos de sus iglesias. Ordenóse que cada uno en la suya hiciese esconder los cuerpos sagrados en lugares de que entre unos y otros quedase noticia, para cuando serenado el cielo tuviesen mejor fortuna nuestras cosas. Eran estos prelados Gelasio de Mérida, Elipando de Coímbra, Pamerio de Idaña, Arisberto de Oporto, Deufdedit de Lugo, Pontamio de Águeda, Tiburcio de Lamego, Agatio de Iria, Pedro de Numancia.

En cuanto esto se disponía y ejecutaba, ya los tiranos asaltaban Lisboa, ganaban Coímbra, Idaña, Mérida, y Astorga; lo restante después. Repartidas las provincias, muerto Resplandiano, rey de los alanos, sucedióle Ataces en toda Lusitania, que asentó su corte en la ciudad de Mérida. Hermenerico rey de los suevos quedó con Lisboa hasta el Algarve, y un pedazo de Galicia, que todo no quedaba incluso en la Lusitania, aunque hoy lo quede en Portugal. Unos y otros vinieron a humanarse con los naturales. Pafando los días, Ataces con sus alanos ya poderoso y soberano en esta provincia, se hacía temer de los confinantes, y asaltando por veces la Celtiberia y Carpetania, llevó después las armas victoriosas sobre Hermenerico, rey de los suevos, en Lisboa y ganóle con algunas tierras de cuenta la ciudad de Colimbria, entonces asentada adonde ahora se llama Condeixa la vieja, tan furioso que todo lo puso por tierra, o por vengarse de la resistencia, o por multiplicar rendimientos en quien le miraba airado. Todavía porque no quedase sin un lugar ilustre una conquista tan importante, empezó a fundar otra ciudad a las orillas del Mondego (Munda entre los antiguos) que es hoy la de Coímbra, seminario florentísimo de las letras en Europa. En su labor y fábrica hacía, impío y herético (siendo cristiano seguía la doctrina de Arrio), trabajar los prelados y personas católicas que había cautivado en las empresas pasadas.

Ocupado estaba en este edificio cuando Hermenerico, que había juntado gente de la otra parte del Duero, y venía favorecido de Gunderico, se hizo ver sobre la obra, en que halló su rey tan pronto para la batalla, que fácilmente quedó victorioso en ella; apretando a Hermenerico de manera que se halló obligado a procurar por amigo aquel mismo a quien había buscado por contrario. Fueron los partidos muy a satisfacción y gusto del alano; mejor cuando entre todos halló que el suevo le ofrecía en casamiento su hija Cindasunda dotada de singular belleza y virtud no poca. A la ciudad de Coímbra, adonde Ataces proseguía con su fundación, le llevó Hermenerico la mujer, y con ella grandes tesoros. Celebráronse las más suntuosas bodas que entre la barbaridad se habían visto.

Ataces queriendo mostrar al suegro la grande conformidad en que quedaban, mandó retratar en sus banderas a Cindasunda en una torre, al un lado de ella un dragón de color verde, al otro un león rubio. Eran estas las insignias de los dos competidores, ahora conformes en virtud de la novia, que entre dos extremos terribles quedaba siendo un medio pacífico y suave. Los oficiales, por lisonjear a su príncipe que miraban contento, entremetían en la obra algunas piedras esculpidas con la misma pintura de las banderas, que conservada desde entonces es hoy la divisa y armas de la ciudad de Coímbra. Son las mujeres toda la guerra de los hombres, y tal vez toda la paz.

Cindasunda como católica (que al fin lo era, y muy devota de san Pedro de Rates, arzobispo de Braga) favorecía secretamente los cristianos, sacerdotes y prelados, que el rey obligaba a aquel

trabajo; en particular a su obispo Elipando, y al presbítero Eseno. Ablandaba con los ruegos de su hermosura el corazón de su marido; y él que la amaba mucho consentía que a su disposición saliesen de la esclavitud muchos católicos.

Vivieron los dos reyes con mucha conformidad algún tiempo, en que Ataces orgulloso y soberbio se empleó en hacer guerra a algunas tierras que aun estaban afectas a la devoción del Imperio. Mas ligándose con los godos, los romanos salieron a la defensa, y fue de este modo.

Estaba el emperador Honorio en Rávena lastimado de ver en sus días tanta declinación en la monarquía imperial. Ponderaba que el trono y la diadema compuesta a fuerza de brazo por muchos siglos, perdía piezas y joyas por momentos. A Constantino miraba intruso en parte grande de la Francia; Ataúlfo rey godo en la Narbonense. Vándalos, suevos, y alanos en la España, antes de vencida toda la competencia y el miedo de Roma, y después toda su gloria, todo el colmo de sus triunfos. Para restaurarlo nombró por general a Constancio, romano ilustre y valeroso. Su primera jornada fue contra Constantino, que cercó en Arles, adonde desnudándose la púrpura se acogió a sagrado, haciéndose sacerdote. Pensó salvar la vida con desmentir el traje, y no fue así, porque la muerte le halló en el segundo, de la manera que él la había temido en el primero. Como si valiera menos la vida, por mil caminos se arrisca en alcance de mayor fortuna; y como si no valiera nada la mayor, se desestima en alcance de un solo día más de vida. Tan hermoso es un estado grande; tan terrible una hora triste.

Constancio victorioso, quiso llevar las armas sobre Constante, hijo del muerto Constantino, cuando supo que en Viena lo había degollado Geroncio, una de las principales cabezas de esta rebelión y tiranía, y gobernador de España, adonde había sustentado valerosamente casi toda la Celtiberia y Carpetania exenta del poder y sujeción de aquellos bárbaros. Mas ahora creyendo, según la disposición de los sucesos, que podría quedar con la parte que usurpase, olvidado de la lealtad debida al verdadero emperador Honorio, y confianza que de él había hecho Constantino, dio nombre de emperador de España a un amigo suyo llamado Máximo, que pasando a Francia, apenas ejecutó la muerte de Constante, cuando supo que Constancio había ejecutado la de Constantino con mano poderosa. Témla Geroncio; vuelve a España; halla los soldados romanos contra sí por la cobardía de la vuelta; pierde la vida a manos de los mismos por quien había distribuido el nuevo Imperio. Máximo, sabida su muerte y temiendo otra semejante, desestimó el imperar adonde tanto peligraba el vivir. Desterróse, y acabó la vida con pobreza y miseria grande.

En esta suspensión de cosas y variedad en que casi se iban deslizando todos los más bien afirmados discursos, Honorio en la propia confusión libró toda la esperanza del remedio. Como Constancio su general fácilmente había allanado los movimientos de Francia y de Inglaterra, con él quiso cobrar lo que tenían los godos y su rey Ataúlfo en la Narbonense. Pone en plática el pensamiento, convierte las armas triunfantes sobre Ataúlfo, oblígale castigado a que por la parte de Rosellón entre en España, ganando en ella tierras y lugares no más piadoso que los vándalos y suevos, alanos y silingos.

Después de varios sucesos, que no tocan a nuestro intento, en virtud del valor de Constancio vinieron los godos a admitir acuerdos de paces con Honorio (418). No así los alanos, que ocupaban la mayor parte de Portugal, fiados en el poder con que se hallaban: antes continuaban la conquista, tratando las otras naciones de vándalos y suevos (ya no como compañeros) como vasallos y vencidos. Esto dio motivo a que de nuevo se inquietase toda España, queriendo cada cual defender la libertad al paso que Ataces, rey de Lusitania, quería dominar la de todos. Para que más libre y desesperadamente pudiese cada nación seguir lo comentado, escribieron al emperador Honorio una carta digna de ser memorada. Era esta: *Tened, señor, paz con todos nosotros; admitid de todos prendas. Dejadnos pelear, que si nos matamos, el daño es nuestro, y vuestro el fruto de la victoria si vencemos. El mayor provecho que puede traer el tiempo, a vuestra república es solamente el vernos consumidos a todos.* La guerra se empezó muy conforme a tal resolución, cruel y sangrienta, dándole principio nuestros alanos contra vándalos y silingos. Acudió Constancio trayendo en

socorro a Walia, rey de los godos, que residía en Cataluña. Sintió nuestro lusitano el peso del encuentro. Bien que no vencido, se retiró cuidadoso a los términos de sus tierras.

A sus espaldas entraron los contrarios, a quien en su potencia poco antes se aparecía la imagen de todo el peligro: mas ahora viéndole con algún temor, en diferentes pronósticos y juicios se hacían a si propios lisonjas y promesas de sucesos y prosperidades siempre más buenas de fingir en el deseo, que de asegurar en la fortuna. Ataces por mostrarles a cuanto su ánimo llegaba, salió a encontrarlos por los términos de Mérida con tanta lozanía militar en sus alanos y portugueses naturales, que ya en estas empresas le acompañaban, que los romanos y godos bien conocieron que poco menos les había de costar el ser victoriosos que vencidos. Fuéronlo al fin los nuestros, dejando su rey muerto en la campaña, puestos en huida; unos hasta Galicia, desamparando sus tierras por solicitar el favor de Gunderico, a quien los días pasados habían conquistado como enemigo; otros hasta Lisboa para el mismo efecto entre los suevos.

De esta manera, sin nombre de reino o señor particular, descansaron algún tiempo, grandemente ajenos de aquella natural soberbia conque sirvieron de terror a todos los bárbaros de España, que los juzgaban por invencibles. La ocurrencia de muchos casos juntos impide el remate de algunos de ellos: defecto del poder humano que, como los peligros se acumulan, o él se ha de dividir y perecer, o por acudir unido a un lugar, perder aquellos adonde falta. Así sucedió a Constancio, que ya se nombraba César por concesión de Honorio en premio de tantos triunfos. Llamado de motines grandes en Italia, dejó de proseguir la guerra de España, y los alanos y portugueses esparcidos entre gallegos, vándalos y suevos empezaron a cobrar lo perdido, y fundar de nuevo algunos lugares. De estos fue la villa de Alanker Kana, que en alemán vale templo de los alanos. Es hoy con disminución de dos sílabas Alanquer. Governábanse sin rey u otro superior más de los capitanes a quien obedecían en la guerra, obligándose a reconocer el Imperio, con ciertos tributos, por afianzar con ellos esta quietud no solamente moderada, sino mal segura.

Entretanto Hermenerico, rey de los suevos, desde Lisboa atendía solícito a la restauración de poblaciones destruidas, tratando como a los suyos los naturales. Consentíales el ejercicio de los sacramentos, la frecuencia de las iglesias, la veneración en ellas de sus prelados, y el reconocerlos con sus rentas. Bien se hallaban contentos los portugueses entre los suevos, a que eran iguales en los oficios públicos y honoríficos, con que acabaron de negarse hay deseo de yugo romano, adonde les faltaba todo esto, sobrando mucho los tributos: es el mayor y más pesado no tener algún alivio: mas también vano el poder sobre vasallos tan exentos como príncipes. Ligáronse pues con amistad y parentescos, dándose unos a otros las hijas por mujeres portuguesas y suevos tan unos, que en pocos años no se puso cuáles eran los suevos, o cuales los portugueses. Todo lo eran estos, todo aquellos. Lo mismo sucedió el siglo pasado en Castilla entre los cristianos nuevos y los que no lo eran, mezclándose de manera, que de los primeros se presume extinto el error, y de los segundos no afrentadas las familias. Al contrario pasa en Portugal, adonde hoy por conservarse esta división, no dejando de mezclarse muchos, peligran en el honor, beben yerros en el peligro, y son perpetua mancha de la nobleza.

Tal fue la conformidad de lusitanos y suevos, que no bastó toda la discordia e invasión que después hubo de godos, para que siempre no fuesen llamados suevos los moradores de Portugal, y de aquí suevosos y sevosos.

Nombre glorioso para los portugueses, más desdichado en la estimación popular, como el de galecios a los gallegos. A estos con éste, como a aquellos con el de sevosos, intenta dejar corridos la ignorancia, que en todas edades contará por afrenta los premios de la virtud. Con ella nuestra nación a ninguna de las del mundo ha sido extraña; con ella tiene derivado su nombre de los de sus príncipes, de los de gentes valerosas; con ella le han dado a otras muchas, a muchas provincias, a muchos mares; en todos y en todas han cabido los portugueses, y todo ha cabido en ellos. De los suevos pues traen su origen no menos ilustre que la de los godos: porque en las tierras de donde salieron son vecinos; en las armas y conquistas iguales; en las familias todos de un tronco; en la

piedad y celo con la Fe, después de conocida, conformes; en la lengua parecidos. Solamente discordaron en que al salir y derramarse por Francia y por España no fueron tantos en número como los godos, para que su reino al mismo paso fuese durable; o para que siempre el reino de Portugal, dentro de los términos de su pequeñez, fuese clarísimo. Dejando pues la provincia de Lusitania este nombre, largo tiempo se llamó Suevia.

Lograban los alanos sin rey su quietud y su reposo: los suevos o portugueses con el suyo sus aumentos, cuando Gunderico el de los vándalos en Galicia, pareciéndole fácil avasallar los alanos en Lusitania, y silingos en Andalucía, si primero desbarataba a nuestro rey Hermenerico, que entonces dominaba pedazos de Lusitania y de Galicia por donde confinan con Entre Duero y Miño y Tras los montes, quebrando la paz con los suevos, entrando furiosamente por sus tierras, dio con las armas un sangriento principio a sus intentos. Descuidado estaba Hermenerico del asalto, mas diligente venció el descuido, saliendo a recibir su contrario con tanto valor y acuerdo, que le envió castigado por otro camino bien diferente de éste que seguía, pues fue parar en las islas de Mallorca y Menorca (420), adonde le dejaremos por asunto y sujeto de historia ajena. Sucedióle Genserico su hermano, que diferente en el ánimo y ardidez, sabiendo cómo Ecio, general de Honorio, pasaba a España para reprimir el furor de los alanos y tomar satisfacción de los daños causados por su hermano, se confederó con Hermenerico rey de los portugueses o suevos, con los alanos y silingos, creyendo que junto este poder no habría alguno con osadía para oponérsele. En Mérida hicieron reseña de la gente. Temióla Ecio, y por otros accidentes, mayor la muerte del emperador (423) no solamente no tuvo efecto lo intentado, sino que Genserico, pasando con sus vándalos y algunos alanos en África, acabó de extinguir en ella el nombre del Imperio Romano (427).

Nuestro rey Hermenerico, en tanto que los vándalos que habían dejado a Galicia y seguido su príncipe se ocupaban en África, dilató su reino por aquella parte, y por algunas de la Suevia o Lusitania. Así tuvo este rey, ya en este tiempo, nuestro reino casi con los propios límites modernos.

El emperador Valentiniano, sucesor de Honorio, con aviso del pasaje de los vándalos en África, ordenó a Sebastiano su capitán que acometiese los alanos habitantes de Lusitania, por parecerle que desamparados de los vándalos sería fácil su rendimiento. Hizo el suceso acertado el parecer. Perdieron los alanos la tierra y ganóseles Mérida; como a los suevos Lisboa con la Extremadura, antes desamparadas de ellos que combatidas de los romanos. Son las mayores armas la opinión, y el temor: éste hace crecer aquella; caída la luz, la sombra se dilata. Sebastiano, hallándose victorioso antepuso a la lealtad la codicia de reinar. Hízose llamar rey de lo que en Lusitania había recuperado. Mas faltándole los confederados con la fe, por imitar con su príncipe la poca que él tuvo con el suyo, le quitaron la vida, abriendo camino a los alanos y suevos para que volviesen a cobrar, aquellos a Mérida, estos a Lisboa, con el resto perdido poco antes. Hermenerico, que aspiraba en esta ocasión a mayores aumentos, desengañado de la mucha edad y poca salud (todo esto es menester para humillar la presunción humana) hizo aclamar rey a su hijo Requila, uno de los bien afortunados príncipes que tuvo la nación sueva.

En tanto que se gloriaba el rey Hermenerico de verse quedar en su hijo, marchaba Andebalo capitán del Imperio a la recuperación de lo que dejó Sebastiano. Requila, haciendo heroico proemio a su reinado, juntó un poderoso ejército de suevos y alanos para ampliar su corona a imitación del padre victorioso. Empleólo en salir al encuentro al capitán romano, que en buena ordenanza le recibió animoso por las márgenes del Genil, silingo entonces. Perdió Andebalo en sangrienta batalla la vida, y la mayor parte de su gente a manos de la portuguesa; y el Imperio toda la esperanza de perpetuarse en España.

Penden unos trofeos de otros: fácilmente se rindió la Andalucía en peso al rey triunfante, viendo que ya fuera poco para resistirle el poder de Roma. Así Mérida, adonde permanecía presidio imperial desde que Sebastiano la dejó recuperada. A su ejemplo calló toda Lusitania. Sin bajar la lanza entró Requila, más como quien venía pacífico hereditario, que conquistador guerrero. De esta manera quedó dominando todo lo que yace desde el cabo de San Vicente hasta Galicia, y la

provincia de Andalucía, Cartagena y Lusitania. Dio el viejo rey a su hijo en el ejemplo mayor herencia que en el cetro, pues él por parecersele lo dilató tan ampliamente. Murió contento (con razón quien dejaba tal heredero) en Villa de Bretonio junto de la de Viana de Camiña, que tiene su asiento adonde desboca en el Océano el Miño (440).

Requila, reconociendo la distancia que hay de añadir a conservar, porque para lo primero basta entrar con buena fortuna en un caso de armas, y para lo segundo no basta menos que un caudal perpetuo y un poder seguro, se resolvió en perder lo que le parecía menos fructuoso, y más difícil de sustentar. También se corre tormenta en las prosperidades grandes. Brota el campo con excesiva usura la semilla; cárgase el árbol con demasiado vicio de sus pomos, para que no se ahogue la abundancia, en ella misma se castiga la codicia. Requila relajó a los romanos Cartagena y Carpetania, y confederándose con ellos, dejó establecida monarquía grande. Murió ocho años después de su padre, siéndolo de Riciario, que le heredó igual en el valor, pero más dichoso con el conocimiento de la verdadera ley en que vivió y murió constante.

Memorias del mundo por esos años.

Por muerte del santo pontífice Zósimo sucedieron en la silla pontifical Bonifacio y Celestino, Sixto III y León que llamaron el Grande. En un concilio celebrado en Éfeso se condenó la herejía de Nestorio, que negaba a la Virgen María señora nuestra el nombre de Madre del Hijo de Dios. El rey Atila destruyó muchas ciudades en Italia, la de Venecia tuvo principio. Pereció el Imperio Romano. El mundo ardía en incendios, en guerras, en confusiones, que tuvieron por espacio de cuatrocientos años apagado el orgullo de la gente, el trato, la comunicación, no hubo cosa que permaneciere en su primer estado, las Monarquías y los reinos; las religiones y las leyes; las artes y las ciencias: porque los godos eran tan ambiciosos de la gloria vana, que queriendo dar principio consigo a un mundo nuevo, pretendieron que del pasado no quedase memoria alguna. En la isla de Candía apareció un judío, que persuadió a los moradores ser Moisés enviado por Dios para llevarlos a mejor tierra, donde pudiesen vivir en la observancia de su ley: creyéronlo, llevólos hasta unas peñas levantadas sobre el mar, de donde les dijo que se echasen, porque allí verían renovado el milagro del mar Bermejo para pasar por la mitad de sus aguas divididas. Perecieron muchos obedientes al mandato o al ruego, y desapareció ese Moisés sin que jamás fuese visto de los que quedaron, mas seríalo de los que se fueron nadando al infierno: engaño con que corridos los que no quisieron arrojar, abrazaron dichosamente la Fe de Cristo. Sucedió el martirio de las once mil vírgenes. Reinaba en Francia Faramundo, de quien proceden los reyes de Portugal. Descubrióse la cueva en que estaban durmiendo los siete hermanos había ciento y noventa años. Vivía el grande sabio Merlín, que entre no pequeños autores no es fabuloso. Próspero Aquitánico, escritor diligente; san Paulino obispo de Nola en Campania, inventor de las campanas; san Paladio obispo; y san Patricio. La emperatriz Eudoxia, mujer de Valentiniano, que con admirable ingenio de versos de Homero compuso un libro de la vida de Cristo, como Proba Falconia, romana, otro de los de Virgilio.

IV. DESDE EL AÑO 448 HASTA EL DE 560.

No solamente en el señorío de Portugal, sino en casi toda la monarquía de España, sucedió al suevo Requila su hijo Reciarío (448). Igual con la grandeza de la sucesión halló una inquietud entre sus vasallos originada en sus émulos, los principales de ellos parientes de él. Era pública la culpa, y pagábanla en secreto: porque el rey con mucho los hacía matar, y los iba disminuyendo. Medio es para atajar grandes daños, bien que fuerte, imitado muchos siglos antes y después de príncipes prudentes y católicos. Ejecutor fue de estas muertes su privado Agiulfo. Con ellas aseguró su vida, y

se aseguró en su reino Reciarío. Deshechas estas nubes de cuidados, mayores los de reyes entre vasallos con poder y sin lealtad, trató de casarse; fue su mujer una hija de Teodoredo rey de los godos. Parece que trajo en dote esta infanta pensamientos nuevos, porque Reciarío pasadas las bodas, tuvo por menoscabo de su grandeza que desde la garganta de los Pirineos excediese el límite del poder romano.

Conduciendo pues un copioso ejército de portugueses y gallegos, asaltó aquellas partes de Navarra que aun estaban a la devoción de Roma. Dejó por ellas, con hazañas heroicas, común terror. Por entre muchas dificultades, por entre muchas armas abrió camino a su ejército para pasar a Francia por ver a su suegro Teodoredo. El viejo, leyendo en la frente del yerno espíritus sublimes, le dio grande socorro para la ejecución de muchos. A la vuelta conquistó la provincia de Tarragona y Carpetania que su padre había dejado a los romanos, más inclinado a que le prometiese duración su corona, que a ponerla toda en peligro la codicia. En Aragón puso en cerco a Zaragoza: rendida por combates asoló las tierras y poblaciones adyacentes. En Cataluña ganó la ciudad de Lérida con más ardid que fuerza: que la industria en los capitanes puede más que las armas en los soldados. Saqueada la provincia de Cartagena vino lleno de triunfos y cargado el ejército de despojos a tomar aliento en Lusitania.

Descansaba nuestro príncipe en cuanto moría Teodoredo, suegro suyo. Sucedióle Teodorico en quien Reciarío pensó hallar no desigual correspondencia. Con este presupuesto se dio a proseguir la guerra en la conquista de las tierras del Imperio. El cuñado, que tenía amistad con los romanos, y temió que la ambición le había de acarrear algún daño, le advirtió que la tasase, procurando sustentar lo adquirido. Era consejo laudable, si un corazón ardiente por naturaleza y herencia, orgulloso por victorias y triunfos, pudiera contenerse inmenso en los términos de la moderación medida; y más cuando imaginaba Reciarío que éste, más que celo de su perpetuidad, era envidia de sus aumentos, de sus hazañas, de sus glorias. Resolvióse pues en responder al cuñado, *que si le pesaba de las empresas que tuvo en España, le esperase dentro en Francia y su ciudad de Tolosa, adonde le haría resistencia, si su poder y su ánimo se dilatara a tanto*. Muy de príncipe de vasallos portugueses la arrogancia. Mas el godo, que no estaba mostrado a sufrir las que envolvían agravios, depuesto el amor y parentesco de que había procedido la advertencia, socorrido de los reyes de Francia y de Borgoña, compuso un ejército numeroso y lucido, conque vino a buscar a Reciarío, que no le saludó menos acompañado. Viéronse los dos campos junto a la ciudad de Astorga: embistiéronse feroces. Los dos reyes, como diligentes capitanes discurrían a todas partes, animando a los suyos con las palabras, y dándoles ejemplo con las armas. Lo que de veneración infunde la vista del cetro en la mano de su dueño, infunde de ardor militar el verla con la espada. La gente peleaba como gobernada y vista de reyes que sabían disponer y cortar. Volaba el día, y la victoria no se inclinaba a parte alguna; tan valerosamente la procuraban todos; mas al fin la alcanzó Teodorico. Falta la mejor arma adonde falta la razón. Tuvo Riciario contra sí la soberbia de aquella respuesta a la sinceridad de aquel advertimiento. Pereció lo más florido de nuestros suevos.

Riciario, cuando ya no les pudo ser de provecho, buscando un puerto de mar se entró en un bajel con intento de pasar a África, y traer en socorro los vándalos y alanos que vivían por aquellas partes. Mas corriendo deshecha fortuna vino a surgir en la barra de la ciudad de Oporto. Los naturales de ella, viéndole vencido y al godo vencedor, que venía conquistando toda la provincia de Entre Duero y Miño, quisieron lisonjearle con darle preso su contrario. La última miseria de los a que ha mostrado su calva la Fortuna no es el haberla visto, sino ver como desdecían de los corazones los semblantes en aquellos inventores de la adoración a los umbrales del valimiento. Parecióse al fin con Aníbal Riciario en esta desdicha de hallarla adonde buscaba el reparo. Preso fue traído a Teodorico (456) y él, dominado todo de la ira y del furor, menos mostró lozanías de príncipe clemente, que venganzas de hombre sangriento y agraviado. Mandóle cortar la cabeza. Dio Teodorico en la familia sueva el golpe que deseaba Calígula en el mundo: porque en Riciario estaba toda la esperanza de la perpetuidad de aquella sangre real de los suevos. El reino quedó tan caído,

que nunca volvió a la majestad y grandeza pasada. Hízose más sentir su muerte por ser príncipe cristianísimo, celador de la honra de Dios, observante del culto divino y del estado eclesiástico, con que se celebró en su vida un concilio en Celenas, lugar de Galicia, por mandado de san León Papa, que nombro por presidente de él a Idacio, obispo de Lamego, y por su notario apostólico al de Astorga santo Toribio. Viéronse en él muchos obispos y padres venerables de toda España, que condenaron muchas herejías. Fue principal la de Prisciliano, que por aquellas partes cundía y calaba nuevamente. Primero se enviaron las determinaciones a Baleonio, arzobispo de Braga, para que interpuesta su autoridad las aprobase.

Victorioso Teodorico, dio sobre la ciudad de Braga (corte y asiento de los reyes antecedentes) cuyos moradores viendo sobre sí tan poderoso enemigo, y bañado en sangre, no pudiendo fortificarse se dieron a partido tan mal capitulado, tan mal seguro, que los godos entraron robando haciendas, arruinando edificios, y haciendo, si no era conceder la vida, todo lo que sucede en una plaza entrada a fuerza de armas. Dejó Teodorico por esta parte con título de gobernador a Agiulfo, en cuanto pasando el Duero se entraba por las otras tierras de Portugal a conquistar todo lo que obedecía al rey suevo. Parece ser este Agiulfo aquel privado de Riciario, si se ha de creer que puede serlo de un rey que sucede, quien lo es del que perece. Ya proseguía Teodorico más piadoso en estas empresas; como quien ya trataba cosa propia, evitaba la crueldad conque suelen de los soldados ser vistos los vencidos. Todo se le rendía sin resistencia, si no fue la ciudad de Mérida, cuya gente y presidio con memoria y deseo de su rey Riciario, saliendo a detener la corriente de victorias que llevaba Teodorico, mostraron que hacían más estimación de la lealtad que de la vida. Sintiólo él de manera, que prometió a su constancia dismantelarles su ciudad. Bien lo ejecutara, si mano superior no lo hubiera acobardado, si es cobardía y no valor temer avisos altos y divinas advertencias. Ello es, que la virgen santa Eulalia Patrona de esta ciudad, en que nació y fue martirizada, apareciéndose en sueños a Teodorico con señales espantosas, le atemorizó de manera que no fue redimido del temor mucho después de serlo de la visión. Dejó la empresa.

Volver quería a Francia, cuando supo que Ataúlfo, que había dejado con el gobierno de los bracarenses, se dejó llamar rey suyo, y para defender el título juntó un campo considerable, con que se atrevió a embestir con Teodorico; mas cortóle la vida el atrevimiento. Última competencia de los suevos, que desde este punto quedaron dominados del poder de los godos. Allanado todo estorbo, partió Teodorico para Francia, dejando capitanes y gobernadores de su mano en las conquistas, y particularmente en Portugal. Mas sus habitantes ya quebrantados de tanta ruina y sangre, de tanto incendio y muerte, depuesto el pensamiento de las armas, acudieron a los obispos y personas católicas, pidiéndoles que ponderada la destrucción de la tierra y desórdenes originadas en falta de justicia y persona real a quien se reconociese por cabeza, alcanzasen de Teodorico, que restaurase el reino de los suevos, aunque fuese dándole de su mano rey que le agradase con las obligaciones de sujeción y reconocimiento que ellos mismos ahora le debían. Siempre fue la gente portuguesa afectadora de trono y majestad: todo su afán, todo su estudio, toda su fatiga y cuidado. Hacíase rey cuando podía mucho, y si nada, cuando menos lo pedía.

Aceptaron los obispos la propuesta: llegaron a Francia. Teodorico (bien que muy arriano) venerándolos con su natural modestia, escuchó a todos en las razones ponderosas y graves de Idacio, obispo de Lamego, a cuyas letras y canas venerables se fió dignamente la oración. No solamente les concedió Teodorico que tuviesen rey particular, sino que nombrándole de entre sí mismos, los gobernase por las leyes y costumbres de sus mayores, con cierto reconocimiento a los reyes godos, que no tenía de peso otra cosa que la memoria de ser estipendiaria a la corona. Juntáronse prelados y seglares en la ciudad de Braga, saludaron por su rey a Masdra, hijo de Mafila. Del acto celebrado para mayor descanso resultó la mayor inquietud, porque una parte de la nobleza que no se halló presente al nombramiento, o por no llamados de los electores, o por no satisfechos del electo, aclamaron en Lugo por rey a Franta, que luego se apoderó de las tierras que yacen por la costa del mar de Galicia, y ciudades de Lugo, Astorga, Orense e Iria Flavia; quedando Masdra con

toda Lusitania tenido solamente por único rey de los suevos. Con la obediencia y tributo quiso Masdra no solamente merecer a Teodorico la investidura de la púrpura, sino un socorro para desnudar de ella a Franta intruso. Mas él, teniendo por más seguro estar este reino dividido en dos partes, con que se hacía menos poderoso, porque no viniese con serlo mucho a tomar armas contra los godos, disimulando con el socorro, aceptó la obediencia de los dos competidores. Habíala Franta enviado a dar, ni con menos prisa, ni con menos esperanzas.

Repartida una tierra en dos señoríos, dividida la gente de suevos en dos príncipes, empezaron todos a sentir los daños pendientes de la división de cualquier imperio (457): porque de aspirar cada uno a dilatarse, resulta la ruina de todos juntos. Así pues, libres de las armas extrañas, cuando hubieran de gozar la paz que le concedía el tiempo, empezaron a degollarse a sí propios. Dos años permanecieron pertinaces, y en ellos perdieron tantos lugares de una y otra parte (en particular por los confines) que dados a cada cual de los quejosos sin guerra (pues al fin con ella quedaban perdidos) bastaba para dejarle satisfecho; así lo quedaron ellos solamente del mal que se hicieron uno al otro.

Murió Masdra, que era el que con más derecho reinaba sobre los suevos. Sucedióle su hijo Remismundo (460), que pesando el fruto de la guerra, asentó paces con su competidor tan conformes, que de común poder determinaron conquistar algunas tierras de Lusitania, que habían sido parte del reino suevo, y ahora entre el nublado de las discordias unas se gobernaban por capitanes, otras se habían vuelto a renovar la porfía romana, centella ya muy sin fuerza entre tanta ceniza y poco aliento. Poca resistencia hallaron los dos reyes, que con robos y muertes obligaron los rebelados a pedir paces. Ello hizo que envainada la ira con las armas, se recogiesen.

Dos años logró Franta el reposo conquistado, y fue el remate de ellos derribarle la muerte de la cabeza la corona (462). Levantóla su heredero Frumario a tiempo que en el contorno de Braga fue visto el prodigio de una monstruosidad en el nacimiento de dos niños cada uno de dos cabezas parecidas entre sí. En menores motivos solían los antiguos fundar misterios y pronósticos. Fuéronlo de la división futura. Remismundo y Frumario, sobre precedencias y superioridades con que se querían adelantar el uno al otro, llegaron a tomar las armas tan porfiados, que Frumario ganó por ellas la ciudad de Flavia, ahora villa de Chaves, adonde, y en toda la comarca, no perdonó ni aun a piedra alguna. En sangre, en incendio, en ruina, en confusión se resolvía toda persona, toda fábrica, toda población, y todo gobierno. Remismundo se daba por satisfecho con pagar en otro tanto daño por las tierras de su enemigo el que por las suyas recibía. Ganó con aspérrimo asalto las ciudades de Orense y Lugo, adonde entró como rayo en objetos resistentes: todo lo hacía pedazos, todo ceniza.

Dos años había que estas competencias eran la asolación de lugares (464), que nunca intentaron ser motivo ni aliento de ellas. Atajólas la muerte con llevarse a Frumario; y sus vasallos viéndose sin él, y sin sosiego por causa suya, se dejaron dominar de Remismundo, con que se vio adorado absoluto rey de los suevos. Trató luego de recobrar lo que de la Lusitania estaba derramado, y pasando el Duero con razonable ejército, se fue haciendo reconocer por soberano hasta la ciudad de Coímbra, no la moderna de Ataces, antes la antigua (hoy Condeixa) adonde los romanos despues de reedificada se habían fortificado de nuevo. Plaza era para aquel tiempo inexpugnable. Refrenaron desde sus almenas el curso que Remismundo llevaba de avasallar todo. Mas él porfiado los apretó de manera que se dieron a partido, con algunas condiciones honestas, tan mal guardado del suevo, que robándolos destruyó la ciudad miserablemente. Lisboa, a cuya villa se había acampado, le puso en desconfianza; pero sacóle de ella un ciudadano llamado Lufidio, dándole entrada con tanto secreto, que cuando sus moradores lo sintieron, ya no había tiempo para resistirle.

Viéndose Remismundo con todo el principado de tierras hasta ahora tan esparcidas, y ponderando cuánto el godo Teodorico había de sentir aquella armonia, porque en la disonancia de la división libraba la perpetuidad del feudo, no quiso faltarle con el. Envióle con la relación de sus victorias mucha parte de sus despojos, asegurándole de la fidelidad con que los reyes suevos

siempre habían de reconocer a los góticos. Teodorico, vencido de lo que en Remismundo había obrado, o la comodidad o la virtud, no solamente le confirmó en sus conquistas, sino que eligiéndole por yerno, le envió luego una hija con mucho tesoro, con mucha gente, con mucha pompa, a la orden de su embajador Salano. Fueron infelices bodas estas para nuestra Lusitania, porque viviendo en ella los suevos en la pureza de la fe católica, y sus reyes en la obediencia de la Iglesia, se volvieron a inficionar con la herejía de Arrio predicada por un dogmatista suyo, llamado Ajax, que la reina trajo consigo, como arriana. El amor de ella, y las razones de él rindieron al rey. El rey por una parte hacía ejemplo al pueblo con su vida, y por otra atemorizaba los que permanecían en la ley verdadera con permitir castigos, sin que la diligencia de los prelados fuese poderosa a reprimir esta infernal corriente, dilatada por cien años, en que los católicos padecieron oprobios, destierros y muertes.

Lo que restó de vida a Remismundo, y lo que obró desde este tiempo, no hay quien de ello haga memorias ni aun de los sucesores Teodulo, Varamundo, Miro, Faramiro y otros que tuvo hasta Teodemiro distribuidos por los cien años de la cisma arriana. Por esta edad vino a España Eurico rey de los godos, y con intento de avasallarla toda empezó por Lusitania robando y destruyendo con codicia y con furor. Volvió triunfante a Francia; murió en Arlés (490). Sucedióle Alarico, a quien en una batalla mató Clodoveo. Esta muerte trajo algún descanso entre los cristianos de casi toda España, con que se pudieron celebrar diferentes concilios; menos en Portugal, adonde los reyes suevos continuando la herejía de Arrio no daban lugar a que los prelados pudiesen convocarse: bien que jamás alcanzaron a extinguir la multitud de los fieles que en las persecuciones parecía que se aumentaban.

Entonces (497) sucedió en un campo de Portugal, término de la villa de Osel a las márgenes del río Cambra este milagro. Veíase en aquel campo un estanque fabricado en forma de cruz: su grandeza considerable, su materia mármoles, su labor artificiosa. Con un templo suntuoso ciñeron y encerraron esta obra los católicos. Hubo en él reliquia del protomártir san Esteban. Juntábase en él todos los años el Jueves Santo el obispo y pueblo de Osel con gente varia llamada del deseo de ver una maravilla grande. Sentían, luego que entraban, un olor divino, y puestos en oración pedían al autor de todas no les negase la vista de ésta. Con esto salían todos, y el prelado, cerrando las puertas las dejaba selladas de manera que no se podían abrir sin conocerse que habían sido abiertas. Pasábanse tres días, y llegando el sábado en que solían bautizar todos los niños nacidos aquel año (aguardaban para este efecto, si no sobrevenía peligro que obligase a no aguardar), volvía el pueblo y prelado, que examinando públicamente los sellos de las puertas, las abría. Entraban pues, y con maravilla estupenda hallaban lleno de agua aquel estanque o piscina, que habían dejado sin ella: y no solamente lleno, sino con un cúmulo que sobrepujaba con eminencia el cerco de los mármoles: bien como si no fuera líquida el agua para derramarse a todas partes; y mucho más cuando se veía con un poco de alteración ondear suavemente. Empezaba el obispo a bendecirla con el crisma sagrado. Llegaba el pueblo con vasos que daba a los sacerdotes para que les diesen de esta agua, milagroso remedio para males varios: aunque no la quitasen no venía en crecimiento, ni en disminución aunque quitasen mucha. Entraba la ceremonia del bautismo, y bautizado el primer niño, entonces perdía el cúmulo, y quedaba con las piedras igual la superficie. Así permanecía hasta acabarse el sacramento, y acabado quedaba el estanque como si nunca hubiera tenido agua. Permanecen vestigios del templo; y en el centro de su circunferencia, una señal de zanja, o cueva larga, que llaman el baño los camponeses.

Un capitán del rey suevo o portugueses, que seguía la secta de Arrio, no creyendo este milagro, y pasando por allí se entró e hizo entrar una noche muchos caballos en el templo, y en la piscina, para hacerlas establo y diversorio; mas pagólo con perder la vida primero que llegase la mañana, rasgándose a sí propio las entrañas con furia diabólica. No fue bastante este suceso para que a Teodisclo, otro capitán de los godos, le dejase de parecer que sería algún artificio de los católicos. Examinólo diligentemente por tres veces.

La última en el año que fue aclamado rey de la corona gótica Agila (549), que vencido en Córdoba se retiró a las tierras que poseía en Lusitania. Aquí hizo nueva gente para salir al encuentro a Atanagildo capitán de valor y pensamientos tan altos, que levantado con Sevilla se intitulaba rey de España. Hallábase con socorro de romanos a la obediencia de Patricio Liberio, capitán estimado del emperador Justiniano. Diose la batalla junto a Sevilla, y fue desbaratado el ejército de Agila, a quien en Mérida dieron la muerte sus vasallos.

Quedó Atanagildo con el reino de los godos en la parte de Lusitania que yace desde la boca del Tajo hasta el cabo de San Vicente. De este rey se entiende que tuvo origen el apellido de Ataides en Portugal. A las márgenes del Visela, río de poca fama, que corre por el centro de la famosa provincia de Entre Duero y Miño, permanece una aldea con el nombre de Tagilde; cerca de la villa de Canavezes, con el de Atilde otra. Quieren que sea con alguna corrupción Atanagildo. Es por cierto ilustre el apellido en nuestro reino, mas dudoso este principio. No lo goza familia nuestra, ni del mundo por ventura con sucesión continuada y verdadera.

Ilustraron la patria por estos años con santidad y letras los obispos santo Juliano de Évora, de Beja el doctísimo Aprigo, Idacio de Lamego. Paulo Orosio, autor conocido natural de Braga, que peregrinando virtuosamente por la Palestina y África, trató en ésta al glorioso doctor san Agustín; en aquella al clarísimo doctor san Jerónimo, que quiso tener el fin de su vida adonde Dios había dado principio a nuestro reparo. Fue el motivo de la jornada de Paulo Orosio enviarle Baleonio, arzobispo de Braga, a consultar con san Agurtin los medios más eficaces con que se podrían extinguir las herejías sembradas por España. En Judea halló al sacerdote Avito también natural de Braga. Este quiso con tan fiel y docto caminante enviar a su patria reliquias del protomártir san Esteban, cuyo cuerpo a la sazón se había descubierto milagrosamente. Sería parte de esta la que en Osel se veneraba. Dan algunos diferente naturaleza a estos varones. Nadie imagine que en algún tiempo necesitó Portugal de apropiarse con vanos fundamentos glorias y triunfos. Adonde son casi increíbles las verdades, sobrado vicio vinieran a ser las invenciones.

Algunas memorias del mundo por estos años.

A santo pontífice León sucedieron Hilario, que compiló el derecho Canónico; Simplicio; Félix III; Gelasio, en cuyos días fue la aparición del ángel san Miguel en el monte Gargano de la provincia de Apulia; Anastasio II; Símaco; Hormisda; Juan I; Félix IV; Bonifacio II; Juan II; Agapeto; Silverio; Vigilio; Pelagio; y Juan III. Floreció el patriarca de religiones san Benito, san Mauro, san Plácido, santa Escolástica, san Remigio arzobispo de Reims, Boecio Severino, Doroteo y Teófilo, que por orden del emperador Justiniano ordenaron el Digesto. Belisario, el famoso por el valor y la desdicha. Tuvo principio en Europa la labor de la seda. Tuviéronlo en Italia sus reyes. Fueron hallados en el río Miño por el año 490 unos peces que tenían en las escamas ciertas letras o cifras, que eran el número de este mismo año.

V.

DESDE EL AÑO 560 HASTA EL DE 672

Estamos al fin de los cien años en que los historiadores pasan en silencio las acciones y progresos de nuestros príncipes suevos (560). Su memoria resplandece más felizmente en Teodemiro, pues por su medio volvió en la mayor parte el pueblo a la pureza de la fe postrada. Este principio tuvo su reinado, este aliento nuestra religión. Pasó la corte a la ciudad de Braga. Era arriano por la doctrina, mas dejólo de ser por camino misterioso. Para la enfermedad de un hijo suyo ninguna diligencia, ningún medicamento fue virtuoso. Grandemente afligido con un mal a que no se hallaba reparo humano, salió un día con preguntar cuál había sido la religión de san Martín

obispo de Tours en Francia, entonces muy celebrada por milagros. Que la nuestra, le dijeron. Despachó en diligencia cuatro caballeros de su casa con oro y plata en cantidad de lo que pesaba su hijo y otros dones, para que ofreciéndolos al santo le prometiesen en su sepulcro que si cobraba salud el infante seguiría la fe católica. Algo mejoró el mozo, mas como no cobrase salud perfecta, el padre porfió en que había de alcanzar una reliquia de este santo, y que por ella reprobaría luego los errores de la cisma. Empezó a fundar un templo dedicado al mismo santo junto a la ciudad de Braga, que siempre se llamó San Martín de Dume, por llamarse así el valle donde se ve asentado. No se concedía en Tours a sus embajadores la reliquia; y ellos (era ya grande la fe con el santo, no podía quedar vana la diligencia) contentáronse con dejar cierta noche un sutil velo sobre el sepulcro, diciendo que si a la mañana le hallasen más pesado de lo que naturalmente podía ser y era, eso tendrían por reliquia. Vino el día, y le hallaron tan pesado como si fuera algún metal. Cantaron alabanzas divinas. Voló la fama por la ciudad; llegó a los oídos de los presos en la cárcel publica, y arrebatados de un ardor devoto, piden libertad al santo. Si hace la fe mudar los montes, no fue imposible que ahora hiciese abrir las puertas y caer los grillos de los pies a todos. Tanto pudo el santo con Dios, tanto los portugueses con Dios y con el santo. Trajeron el velo al rey, mas antes que llegasen pasó esto.

Dios que tiene en su mano los corazones de los reyes, viendo en el de Teodemiro la pureza y ansia con que deseaba la reliquia de san Martín, permitió (por darle un san Martín entero y vivo) que otro santo de este nombre desde Grecia se pusiese en camino para Lusitania el mismo día que los embajadores desde Tours hicieron lo propio. Partieron en un día no juntos de partes tan distantes, y llegaron en otro juntos a una misma parte. Apenas tocó la nave el puerto cuando el infante se halló sano. Bañóse en gozo el rey, revolvióse en fiestas la ciudad; cumple el voto; admite la verdadera ley de Cristo; alaba el san Martín difunto; el vivo escucha, estima y venera: extiéndese por el reino la fe; destiérrese la doctrina vana de Arrio en virtud de lo que obraba nuestro rey, y predicaba san Martín. Tanto puede el ejemplo de los príncipes, tanto la virtud de los ministros, tanto la veneración de los santos. Quiso Teodemiro premiar de alguna manera a san Martín, y erigiendo en catedral la iglesia que había fundado, le eligió por obispo de ella: benemérito por la vida inculpable como se ha visto; por las letras como se ve en escritos suyos, que se observan entre los agudísimos de Séneca; por liberal como lo acredita la obra del monasterio de San Benito que edificó junto a su iglesia, adonde fue hallado su cuerpo milagroso por la diligencia y celo del arzobispo Don Agustín de Castro en tiempo del tercer Felipe.

Dos años se consumieron en las jornadas y obras referidas, cuando viendo el rey sus tierras serenadas con la luz que había deshecho tanto nublado de errores, trató con Lucrecio, arzobispo de Braga que convocase a concilio, para que en el se diese forma de creer y de enseñar. Ocho obispos se juntaron (563): san Martín de Dume, Lucencio de Coímbra. varón insigne, Andrés de Iria Flavia, Cotho, Hilderico, Timoteo y Melioso. Condenóse aquí nuevamente la herejía prisciliana, que se envolvía con la de Arrio, y otras. Diose orden en muchas cosas tocantes al aumento de la religión y de la fe. Después se hizo en Lugo otro semejante llamamiento, presidiendo en el concilio Lucrecio arzobispo de Braga; celebróse particularmente para repartir o señalar a cada diócesis su término y jurisdicción. Distribuyóse con tanto acierto, que cuando el rey Wamba mostró su celo en la repartición general que después hizo, no alteró cosa alguna de lo que en esta estaba asentado. Las iglesias a que se señaló distrito son Braga; Lugo, que hicieron metrópoli con sujeción al primado de Braga; Dume, a cuyo prelado se encargó el oficio que ahora hacen en palacio los capellanes mayores, y así parece este su principio en Portugal; Porto, no la antigua que de la otra parte del Duero fue fundación de griegos y hoy se llama Gaya, sino la moderna de suevos, que se llamó Festabole; Lamego; Coímbra; Viseo; Idaña; Orense; Iria; Astorga; Tuy; Britonia; y León. Condenóse una herejía que se había sembrado por Galicia, dudando la verdadera y real existencia del cuerpo de Cristo en el altísimo sacramento del altar. Siempre está descubierto en la Iglesia mayor de Lugo por testigo de que fue ella el propugnáculo de adonde se defendió esta verdad.

Llegó la muerte al rey (570), y la corona a su hijo Ariamiro, que dio orden que se juntase otro concilio en la ciudad de Braga, consultando primero a san Martín, que ya de algunos días (sucesor de Lucrecio) se sentaba en la silla pontifical de aquella iglesia. Hallóse en él el metropolitano de Lugo; tratóse de la obligación de los mismos prelados con sus iglesias y con sus ovejas. Los que vinieron a este acto, Remisol de Viseo, Lucencio de Coímbra, Adorio de Idaña, Sardinario de Lamego, Viator de Magalona (era francés, mas hallábase en la corte de nuestro rey), Netigio de Lugo, Andrés de Tria, Avila de Tuy, Pulento de Astorga, Mailloc de Britonio. Sucedió después del Concilio, en la misma iglesia de Dume este milagro.

Entrando un día de verano el rey Ariamiro en aquel templo, que su padre había dedicado al nombre de san Martín por su salud, y viendo que empezaban a sazonarse los racimos de una parra que sobre la puerta fértilmente dilatada, ofrecía una apacible sombra, vuelto a los suyos dijo: *Nadie se atreva a tocar en las uvas, porque son de san Martín.* Un paje todavía (y había de ser paje) después de entrado el rey, asido de un tronco con la mano derecha pretendió levantarse, y con la otra alcanzar algún racimo; mas queriendo recogerse no pudo, porque seco el brazo de que se había colgado, le tenía preso en el aire; dio voces, acudió el rey, quiso de indignado cortarle el brazo, impidiéronselo sus caballeros, volvió a la iglesia, oró al santo, alcanzó remedio para el mozo. ¡Qué de consideraciones ofrece el caso! En la imagen de esta advertencia se ponderen; que como va volando nuestra pluma, será vicio en ella lo que en la detención fuera virtud (577).

Tratadas así con tanto celo las cosas de la fe, y domésticas, el rey se resolvió en tomar las armas con que se mostró a los confines de unos pueblos llamados rucones (imagínase que fue junto a Navarra) y haciéndoles guerra terrible los dejó domados. No le sucedió tan prósperamente en la expedición, que ahora por ventura llevaba más dilatadas esperanzas: porque sucediendo Luiva en el reino de los godos, y tomando por compañero y sucesor a su hermano Leovigildo, se retiró a la Francia Narbonense, dejándole en nuestras provincias para que por ellas ganase lo que pudiese, y asegurase lo que tenía ganado. Considerable por cierto es esto de amar en vida algunos de los príncipes antiguos a los compañeros y sucesores en su imperio, y de aborrecer los modernos en vida los que le han de suceder sobre la muerte. Nadie diga que no tuvieron edades las virtudes y los vicios. Leovigildo, como quien ya trabajaba para sí, desenvainando la espada con valor heroico se dio a discurrir por toda España. Mirándose temido y triunfante, pasó a Galicia, adonde tuvo la misma suerte próspera, sin que Ariamiro pudiese detenerle el paso, como ajeno de que tan intempestivo le había de asaltar un ejército potente, en lucimiento, en número, en fortuna. Acudió al remedio entonces más fácil, y fue acordar por sus embajadores al godo la confederación y amistad establecida y observada entre él y sus mayores, ahora violada sin motivo de su parte, pidiéndole se asegurase con vínculos nuevos esta paz. Parecióle justa a Leovigildo la advertencia, moderó la codicia, suspendió la corriente, quedó de acuerdo, y retiróse.

Ya en este tiempo tenía este príncipe dos hijos, Hermenegildo y Recaredo. El primero casó con Ingunda, hija de Sigiberto rey de Francia, a que luego se puso casa, y dio título real en Mérida, adonde con persuasiones de Ingunda, que era católica, abrazó nuestra religión Hermenegildo. El padre, obstinado en la herejía de Arrio, lo sintió de manera que después de prevención de guerra obligó al hijo a que le pidiese perdón, mas el no obligado de haberselo pedido, le desterró de la corte y del aparato y pompa regia. Vínose a Portugal Hermenegildo, amparóle nuestro rey Ariamiro, queriendo como católico antes aventurar su reino al furor de Leovigildo (propio de príncipes portugueses) que mostrar las espaldas a otro que por la observancia de la verdadera ley era perseguido de su mismo padre. Alguna gente iba juntando Hermenegildo, cuando supo que Leovigildo con mucha le buscaba. Retiróse a la villa o ciudad de Osela con trescientos soldados escogidos en lealtad y en valor. Era el receptáculo por arte y naturaleza inexpugnable. Bien lo conocía el viejo, mas cerrando los ojos embistió furioso, y a pesar de resistencia insigne entró la plaza, prendió al príncipe, mató los suyos, abrasó la población.

A este tiempo venía marchando Ariamiro por socorrer a los cercados. Detúvole un poco el aviso que esperaba de embajadores suyos que en Francia solicitaban favor del rey Gunterano. Este faltó porque no los dejó proponer su embajada el rey Chilperico con prenderlo. Siempre, o casi, se malogró a los príncipes portugueses la esperanza de socorros de Francia. Antes y después de esto había ayudado ya nuestro rey Ariamiro al príncipe perseguido algunas veces, otras a su mismo padre. Tal fue la de Sevilla, adonde Hermenegildo se vio cercado del rey, que había llamado en su favor a Ariamiro, para que le ayudase a domar el hijo, y restituirse de aquella fuerza. En el sitio (tanta fue la porfía de los sitiados) por quitarles el agua hizo que el Betis tomase otro camino. Entrada la ciudad, el príncipe Hermenegildo padeció martirio debajo de la mano (¡horrendo para decirse!) de su propio padre.

En este cerco murió nuestro rey Ariamiro (583). Sucedióle su hijo Eburico en los estados de Portugal con poca edad, debajo del amparo de Leovigildo el godo. Un caballero de la corte portuguesa (Endeca se llamaba) viéndose poderoso, muerto a Ariamiro, y fuera de su reino el sucesor en tutorías (hermosos incentivos para obrar un hecho feo), casóse con Sesegunda, la reina viuda, y ganando las voluntades a los principales, que siempre se ganaron a costa de la propia grandeza codiciada, se introdujo en ella, primero con las acciones blandas de la toga, luego con las terribles de la milicia por las plazas más importantes, y todo con pretexto del celo tutelar, en cuanto no llegara a la edad adulta el heredero. Mas asegurada la mano, usurpando el título real, prendió al mismo Eburico, y por quitarle la esperanza de la Corona, hizo que se la hiciesen de monje en el monasterio de Dume.

Acusábale al tirano Endeca su conciencia propia. Para el suplicio se le representaba formidable el poder de Leovigildo, que había tomado a su cuenta el amparo de Eburico. Confederóse con el francés Gunterano. Mas el ánimo del godo era tal, que despachando a su hijo Recaredo contra Francia, para que teniendo en que entender aquella corona, no enviase socorros a otras partes, embistió en persona con el suevo intruso.

Facilísimamente le prendió; y sin querer cortarle la cabeza, para mayor confusión de sus intentos, le hizo tomar el mismo hábito que él mismo había hecho tomar al príncipe en aquel monasterio. Así supo este tirano cuánto era cruel misericordia conceder vida cansada a quien algún tiempo se vio favorecido de la ventura. Luego le hizo ordenar sacerdote, y pasar desterrado a la ciudad de Beja, ya en esta sazón dominada de los godos. ¿Quién no dijera que rescataba Leovigildo el reino para Eburico? Para sí lo rescató. Tanto ciega la codicia y ambición. Castigando a Endeca por tirano, lo quedo siendo. A su corona juntó ésta, acabándose así la de los suevos, que entre próspera, y adversa fortuna tenía de duración ciento y ochenta años, poco menos. El de 585 ha sido el último. Nuestra gente poco pagada de Leovigildo, aclamando rey a un varón ilustre, llamado Malarico, osó salir con él en campo. Mas vencido y preso por los capitanes de Leovigildo, quedó de todo punto sujeto al imperio de los godos el reino de los lusitanos o suevos.

Por estos años permanecían constantemente en la fe de Cristo los portugueses. Hállanse en diferentes partes sepulcros de personas señaladas en aquella constancia, cuando apenas la dejaban respirar inundaciones de errores y herejías. Las letras en las piedras y losas que las cubrieron son testimonio indubitable. Las primeras (así como en nuestra edad: D. O. M.) **A † Ω**, protestando con semejantes señales que habían muerto en la ley de Cristo, dignificada en la Cruz, y en las letras alfa y omega griegas. Florecía Juan Abad de Valclara, portugués natural de la villa de Santarem, ilustre sujeto y venerable, por la virtud, por las letras, por las lenguas estudiadas en Constantinopla, y otras partes del mundo que había peregrinado. Fue por la fe santa perseguido de Leovigildo defensor poderoso de la secta arriana. Túvole desterrado en Barcelona, adonde fundó el monasterio de Valclara. Los malos en destierro apuran la maldad, los buenos purifican la virtud. A ejemplo de nuestro varón insigne se multiplicaban los católicos. Compuso diferentes obras; una la cronología de lo más memorable de su tiempo; fue obispo de Gerona.

Leovigildo perseguía la religión católica, deponiendo los prelados de sus iglesias, introducía en ellas otros de la escuela arriana. Fueron los depuestos Pantardo arzobispo de Braga, Constancio de Oporto, Nitigio de Lugo, Neófito de Tuy, Remisol de Viseo. Los intrusos por la misma orden Juliano, Argiovito, Becila, Gardingo y Sinula, que con su doctrina mala y peor ejemplo pervirtieron parte grande del pueblo católico, permaneciendo en las sillas usurpadas hasta el tercero concilio toledano. Desterró también de Mérida a nuestro lusitano y santo varón Nausona, a quien la virgen y mártir santa Eulalia quiso pagar la devoción que en él reconocía, apareciendo una noche al rey, y castigándole con un azote ásperamente le decía, que le restituyese su siervo. Restituyólo.

A Leovigildo, que murió como había vivido, sucedió el excelente príncipe Flavio Recaredo, que de todo lo que su padre con persecuciones impías tenía profanado en España, fue reparador fidelísimo, como cultivado con las diligencias de sus tíos los dos santos hermanos Leandro y Fulgencio. Convocó los obispos y sacerdotes arrianos, redújolos con razones y ejemplos. Restituyó a las iglesias todo lo que su padre les había usurpado. Bien quisiera el rey llamar luego a concilio, para que en juntado padres doctos, santos y venerables, se corroborare lo que tenía asentado acerca de la fe: mas hallóse impedido algunos días de ciertas conjuraciones de aquellos sectarios, que todavía les punzaba en el corazón verse despojados y en declinación de algunos puestos honoríficos. Fue la primera en Mérida gobernándola Claudio, capitán general de Lusitania, y defensor de lo que aun por la marina estaba por el Imperio. Suna, arzobispo de esta ciudad intruso con la mano del difunto Leovigildo, viendo que le obligaban ahora a restituir el báculo pastoral a su verdadero poseedor Mausona, conspira con algunos señores y otras personas secuaces de Arrio. Era principal entre todos Witerico (después fue rey) que cuando llegó el termino de ejecutar la muerte de Mausona, echando mano a la espada no fue posible sacarla de la vaina. Reservóse el golpe para otra ocasión: mas Witerico, temiendo el suceso, y considerando que mano superior había detenido el cuchillo como el que amenazaba el cuello del inocente Isaac, mostró a Mausona toda la tela, en que también se veía Claudio con el lazo a la garganta. El capitán y arzobispo con el aviso prendieron a los conjurados. Mandó Recaredo que Suna fuese desterrado si no se arrepentía: perdonó a Witerico por haber descubierto la traza; a los demás desterró y confiscó las haciendas.

Entre esta confusión de sucesos Gunterano rey de Francia se resolvió en mover las armas contra Recaredo. Gobernábala su capitán Boso, contra quien salió de nuestra Lusitania Claudio, varón tan bien afortunado en los casos de la guerra, que, aunque llevaba mucha gente, llegado a Carcasona, adonde Boso se alojaba, solamente con trescientos soldados (como otro Gedeón entre la multitud de madianitas) entró en la batalla, y dejó pasados a cuchillo la mayor parte de setenta mil franceses. Tal el número del ejército de Boso. Victoria prodigiosa, de que el papa san Gregorio por letras suyas dio gracias, dio alabanzas, dio bendiciones al general lusitano. Terror trajo este espectáculo sangriento a todos los que contra Recaredo remolinaban al impulso de inquietudes, parcialidades y motines. Refrenados así los pensamientos, pudo este príncipe católico celebrar el concilio que tanto deseaba (589). De setenta y dos prelados se compuso. Los portugueses fueron Mausona de Mérida, Pantardo de Braga, Palmado de Beja, Paulo de Lisboa, Sinula de Viseo, Argiovito de Oporto, Pedro del Algarve, Felipe de Lamego, Juan de Dume, Posidonio de Eminio. Aquí se extinguió la herejía arriana.

Después de haber triunfado de sus enemigos, murió Recaredo triunfando de los de Dios (601). Fueron vistas en nuestros tiempos monedas suyas batidas en Portugal; una en Évora, otra en Lisboa; y las letras: EBORA JUSTUS: OLISBONA PIUS; de la otra parte en ambas su rostro con su nombre. Heredóle su hijo Liuva, contra quien conspirado Witerico (aquel a quien el rey difunto había perdonado por descubrir la conjuración de Mérida) le tuvo preso, y le mató al segundo año de su reinado (603). Quedóse tiránicamente con el gobierno real de toda España. Ejercitólo siete años, que se remataron con darle los suyos propios una muerte ignominiosa (610). Arrastrándole acabó la vida. Sucesor en la corona fue Gundemaro, que deseando engrandecer la Iglesia de Toledo con el consentimiento de muchos obispos, la llamó metropolitana de toda la provincia cartaginesa. Los de

Portugal, Litorio de Idaña, de Lisboa Goma, Benjamín de Dume, de Viseo Gundemaro, Argeberto de Oporto.

Nuestro reino sujeto al Imperio godo se gobernaba por capitanes suyos. Uno particular había en cada provincia, y algunos condes, que ya entonces empezaban a ser venerados estos títulos, porque eran raros, como ahora a no serlo, porque son sin número, y porque si pueden darlos los príncipes, no pueden dar las hazañas, las acciones, las virtudes con que solían ellos merecerse. A éstas está el mundo atento para estimarlos en los sujetos a quien se conceden.

A Gundemaro, que reinó menos de dos años, sucedió Sisebuto (612) por elección de prelados y señores de España. Luego que fue exaltado, mandó (con santo celo, mas con fuerza no permitida) a todos los judíos con pena de muerte, que dejada su ley se convirtiesen a la fe de Cristo. Aunque estaba ausente de nuestro reino de Portugal, nunca se olvidó de que era él un ilustrísimo diamante de su corona. Hízole aumentar con obras. En Évora permanecen de las murallas inexpugnables para aquel siglo dos torres con su nombre: y con él y su rostro se hallan algunas monedas por aquel contorno: del reverso una Cruz, y en la circunferencia CIVITAS EBORA. DEUS ADJUTOR MEUS. Ordenó que hubiese algunas armadas por la costa del océano Lusitánico.

Habiéndole la muerte arrebatado de la mano el cetro (621), apareció con él su hijo Flavio Suintila, que acabó de sacudir de Portugal alguna gente del Imperio de Roma, que todavía por estas partes en el discurso de más de setenta años entre varia fortuna sustentaba pocas tierras. Mandó batir moneda en este reino, con letras de una parte SUENTILA REX, de otra EVORA VICTOR. Manchó este rey las virtudes de su principio con los vicios que tras ellas tardaron poco. A un príncipe malo le hace parecer peor el antecedente si fue bueno: mas hácese abominable el que habiendo subido al trono con auspicios y con proemios de rey justo, se trastorna y se derrama: porque allá degenera del antecesor por la variedad con que la naturaleza se recrea, y aquí de sí propio por la fuerza de una torpeza con que toda la razón se escandaliza. Resultaron de los dos descuidos de Suintila cuidados para el reparo en todo el reino: y resultó finalmente el desnudarse a sí propio la púrpura e insignias reales, a su mujer y a sus hijos. Vieron los miserables este castigo en quien tanto procuró engordarse con sus miserias, oprimiéndolos, tiranizándolos. No llegó a nuestro reino este rayo, aunque llegó el autor de él, porque huyendo más de sí mismo que de sus vasallos, solamente entre lusitanos dio por segura su vida. Entre ellos pues la acabó con disgusto, con afán y confusión.

Sisenando, que si no fue su hijo, como escriben algunos, fue sucesor suyo como es notorio (631), hizo juntar concilio nacional en Toledo. Viéronse en él setenta y dos obispos. Por lo que había hecho Sisebuto con los judíos se asentó que a nadie se obligase a tomar por fuerza la ley santa. Obispos de Portugal aquí, Esteban de Mérida, Pedro de Braga, Germano de Dume; de Lamego Profuturo, Montensio de Idaña, de Évora Sisisclo, de Lagos Servo, Vivarico de Lisboa, de Oporto Ansiulfo, Metropio de Britonio, Modario de Beja, de Viseo Lauso, de Coímbra Ernulfo.

Chintila sucedió a Sisenando (635). Dos concilios se celebraron en sus días. Nuestros prelados en ellos, Juliano de Braga, Sisisclo de Évora, Profuturo de Lamego, de Dume Pimenio, Montensio de Idaña, de Oporto Agiulfo, Vivarico de Lisboa, Renato de Coímbra, Earmio de Viseo. Llegada la muerte a Chintila (638), entró en el reinado el virtuoso Tulga, que en dos años no tuvo tiempo para obrar lo que prometían sus esperanzas. Introdujose en la corona Chindasvinto (640) con el durísimo derecho de las armas. Hizo juntar a concilio en Toledo cuarenta prelados. Los portugueses, Sisisclo de Évora, Resimiro de Dume, de Viseo Parino, de Britonio Sona, Witarico de Lamego, Armero de Idaña, Nefrido de Lisboa, de Beja Teodredo.

Muerto este rey (650), Recesvinto su hijo que le sucede, tuvo dos concilios en Toledo. Hubo en el primero cincuenta y dos padres de toda España; de Portugal Pontamio arzobispo de Braga, Selva de Idaña, de Évora Abiencio, Filimero de Lamego, Wadila de Viseo, de Beja Deodato, Siseberto de Coímbra, de Dume Requimiro, Somano de Britonio, Saturnino del Algarve. En el segundo, de Braga Fructuoso, por deposición de Pontamio en aquel sagrado ajuntamiento, adonde a sí propio se había acusado de un pecado de incontinencia. Era entonces prodigio un vicio en un

prelado, ahora una virtud. Cesario de Lisboa, de Évora Zósimo, Flavio de Oporto. Hiciéronse en este concilio advertencias, protestaciones y requerimientos sobre la Primacía de España. Los obispos lusitanos representaron la venerable autoridad de Braga en tiempo de los príncipes suevos. Determinóse que fuese metropolitana sólo de los obispados de Galicia, y sobre ello se juntó otro concilio en Mérida, de que todo resultó grande declinación en la dignidad de la Iglesia bracarense. Hoy todavía permanece esta porfía, y resulta de ella lo que suele de todas las competencias en ejercicios de dignidades poderosas, que es no teniéndolo alguna, perderle la utilidad para que suelen ellas ser instituidas. Fueron los obispos portugueses que se hallaron en Mérida, Proficio de esta ciudad, Selva de Idaña, de Beja Deodato, Teodorico de Lisboa, de Lamego Teodisclo, de Salamanca Justo, Cántabro de Coimbra, de Coria Donato, Exarno del Algarve, Pedro de Évora, Álvaro de Caliabria.

Convocábase este Concilio cuando en España entraron los gascones, que fueron desbaratados y resistidos valerosamente sin que se tenga particular relación del modo, y del progreso de esta guerra, ni de lo que pasó por el discurso de algunos veinte años que se rematan con la muerte de Recesvinto (672). Hállanse de él muchas monedas batidas en Braga, Mérida y Lisboa. Pero son más ilustres memorias de su tiempo para nuestro reino la vida de san Fructuoso arzobispo de Braga, la de santa Irene señora portuguesa. Era Fructuoso hijo de un duque de los godos; edificó en sus primeros años el monasterio de Compludo en Galicia, memorable, tomado el nombre del lugar del edificio. Dotóle para el sustento de religiosos con quien vivía. Fundó después los otros de san Pedro de Montes tres leguas de Ponferrada, de Visuniense, de Piona, adonde se embarcó cierto día con ciertos monjes, por ver si en una isla que había dentro en aquel mar, habría capaz sitio para otra fábrica. Saltaron en tierra tan descuidados de segurar el barco, que cuando quisieron volver a él apenas con la vista le daban alcance por las aguas; tanto había vagado por ellas. Suelen ser cuidados del Cielo los descuidos de los santos. Duélese Fructuoso de sus monjes que lloraban al verse sin remedio de pasar; échase al agua, como otro san Pedro, llega al bajel, éntrese, vuelve a sus compañeros tan enjuto como si no hubiera caminado por las olas. Quédese así cortada esta muestra de sus milagros, grandes, muchos. Después fundó en la isla el monasterio, y más adelante tantos en diferentes partes, que se hizo advertencia al rey que lo atajase, porque si Fructuoso continuaba, el reino se vería sin gente; tanta se recogía a vivir en sus monasterios. Menos eran entonces las religiones, menos serían los del santo, y ponderábase el inconveniente de que fuesen tantos: ¿hoy que hicieran? El rey Recesvinto le dio el obispado de Dume, y por la deposición de Pontamio fue arzobispo de Braga. Entre esta y aquella Iglesia fundó el monasterio del Salvador, que hoy se llama de san Fructuoso, poblado de capuchinos; casa devotísima, adonde su cuerpo sagrado resplandeció milagroso quinientos y setenta y un años, hasta que en los días de san Giraldo sucesor suyo, lo llevó para su iglesia de Santiago el arzobispo Don Diego, con los de san Víctor, santa Susana, san Cucufate, y san Silvestre, de que ya se hizo memoria adonde cupo.

Irene era hija de Ermigio y de Eugenia, señores de estado grande adonde ahora se ve la villa de Tomar. Por instituirse en vida santa acompañaba unas religiosas, tías suyas, en un monasterio asentado a las orillas del río Nabancia, hoy Nabano. Enamoróse de ella Britaldo, mozo ilustre con tanta porfía, que los amores vinieron a ser enfermedad peligrosísima. Era poderoso el padre, deseaban todos su gusto; los seglares buscaban remedios en la tierra, los religiosos en el Cielo. A Irene reveló Dios la causa de la enfermedad no conocida. Llevada de impulso divino visitó al enfermo, dióle a entender que sabía su mal, y que en un poco de olvido tenía su remedio. Dejóle sano, y a sus padres por la visita aficionados y deudores. Tenía con ella coloquios espirituales un monje llamado Remigio, que al mismo tiempo que Britaldo sanaba de aquella enfermedad, enfermó él de ella. Declaróse con Irene; pasmóse la virgen con el pensamiento diabólico, y Remigio con la respuesta que halló en sus labios tan del Cielo como lo era su alma y su hermosura. Determina vengarse de ella: dio orden como le llegase una bebida con que se le adelantó el vientre de manera que parecía preñado, fin del intento con que le envió Remigio para afrentarla en la opinión del mundo. Lo que en él se pensaba, no lo que sabía de sí, lloraba Irene. Súpolo Britaldo su primer

amante, y vuelto el amor en celos, dio orden con que la matase un amigo suyo, una mañana a la lengua del río adonde estaba en oración: arrójala desnuda en la corriente: búscase la santa y no parece: revela Dios el caso a Selio abad su tío, con el lugar adonde hallarían el cuerpo sepultado por los ángeles: publícalo en el pueblo; déjalo desengañado de la sospecha. Remigio y el matador pasan a Roma para acusarse de aquella impiedad. Selio y la gente de Nabancia a buscar la sepultura revelada. Siguieron la corriente del río hasta que se entra en la del Zezere, la de éste hasta que le envuelve el Tajo y la suya, hasta que enfrente de la villa de Escalabis sobre la arena vieron un sepulcro de mármol blanco, cuadrada la forma, admirable la labor; dentro el cuerpo de la virgen y mártir santa Irene. Quisieron llevarlo, mas permitiéndolo el Cielo, no hubo fuerzas humanas bastantes a moverle. Contentáronse con llevar parte de sus cabellos y cerrar la piedra. Caminaron pocos pasos cuando volviendo los ojos los que codiciosos de aquel tesoro dejaban en él el corazón, vieron que el Tajo se había extendido sobre el sepulcro, acabando así de reconocer otro milagro, y fue que se había desviado el río por descubrir a aquel pueblo el lugar adonde tenían su santa colocada; en medio de su corriente la habían los ángeles dejado. Allí ha aparecido, allí hecho milagros. Estupendo el que vio nuestra reina santa Isabel. Véase en los días del rey Don Dionis su marido. La villa de Escalabis que se levanta con eminencia peñascofa sobre el río dejó su nombre por el de Santa Irene, y hoy con alguna corrupción es Santarem. Así tiene esta santa en Portugal el más ilustre entierro del mundo, pues uno de los mayores ríos es su túmulo, una de las mayores villas su Epitafio. Gracias sean dadas a Dios por tantas maravillas.

Algunas memorias del mundo por estos años pasados.

En la silla romana sucedieron a Juan III Benedicto, Pelagio II, san Gregorio, Sabiano, Bonifacio III y el IV, Deusdedit, Bonifacio V, Honorio, Severino, Juan IV, Teodoro, Martín, Eugenio, Vitaliano que introdujo los órganos en la iglesia, Adeodato. Tuvieron principio los embustes de Mahoma. Toman otro camino los ríos, si aquel que ya llevaban de alguna manera se le impide. Tomaron otro expediente los comercios, después que la bestialidad de los bárbaros godos, vándalos y alanos, más conocidos por ruinas y desdichas en los extraños, que por aumentos y policía en sí mismos, atajaron la corriente de las cosas. Las naciones que no podían gastar sus mercaderías, ni alcanzar las ajenas, desesperando de traerlas por el mar Rojo y río Nilo, las trajeron por el Indo (navegación prolija y trabajosa) y desembarcadas las pasaban por tierra, y puertas Paraponesas a la provincia de Bactriana, y volviéndolas al mar Rojo, que se comunica con el Caspio, las llevaban al puerto Sicatrum del Ram, ahora Volga, por donde llegaban a Nonogardia, ciudad del gran duque de Moscovia, y atravesando la Sarmacia hasta el Tanais, que la divide de la Europa, volvían a embarcarse hasta la laguna Meotis y ciudad de Cafá, adonde en sus vasos venían a contratar los genoveses. Comodita, un emperador armenio mudó esta navegación al río Cario, y desde su puerto atravesaban el reino de Hiberia, que llaman Jorgiana, y volvían a tornar embarcaciones en el Facis, de donde salían al mar de Latana, y ciudad de Trebisonda, adonde flotas de Europa y África acudían al contrato; perdióse este camino. Navegóse después desde la isla de Sumatra, ciudad de Malaca y Java, a la ensenada de Bengala, y subiendo por el Ganges llegaban a la ciudad de Draga, y atravesando la tierra a las de Bacar, y de Cabor la más insigne de Mogores, salían a la de Samarcante en la Bactrina, que era la plaza común de las naciones, y de donde se esparcían las haciendas hasta el Catayo y la China a trueque de sus pedrerías, perlas, drogas, que después pasaron por el mar Índico al estrecho de Ormuz, ríos Eúfrates y Tigris, engolfándolas en el puerto de la ciudad de Basora; de aquí por tierra a las de Alepo, Damasco y Beirut, adonde Venecia enviaba sus contratadores en galeras. ¿Quién no ve lo que afanaba esta navegación a tantas naciones? ¿Quién no se pasma de ver que sola la portuguesa hizo corriente lo que tantas no pudieron?

VI. DESDE EL AÑO 672 HASTA EL DE 712.

Viose esta monarquía en término peligroso, porque Teodofredo hijo de Recesvinto tenía tan pocos años de edad, que de todo punto quedaba incapaz de entregársele un imperio tan belicoso, y en siglo que con todos embestía la codicia. Consultáronse entre sí los grandes sobre el caso, pidieron consejo al pontífice romano, que por revelación divina dijo que *Dios se servía de que Wamba fuese rey de España*. Por ser persona poco conocida en ella les dio señales para conocerle. Vagaron por algunas partes, hasta que junto a la ciudad de Idaña, entonces no poco insigne en nuestro reino, le hallaron ocupado en el gobierno de dos bueyes con que labraba un campo: dijeronle a qué venían; él teniéndolo si no por juego, por imposible, respondió que cuando la reja que tenía en la mano diese flores sería rey Wamba. No sabía por ventura en cuantas manos puso Dios por el arado el cetro, en cuantos hombros por el pellizo la púrpura; enseñóselo la vara, que al punto floreció. Lleváronle a Toledo, adonde fue recibido entre la veneración y el espanto. Bien sé que en esto hay otras opiniones, ser ésta la mejor mostrarálo luego una memoria. Siendo ungido por el arzobispo, derramado el óleo santo sobre su cabeza, fue visto exhalar de ella un vapor, y entre él una abeja, que subiendo por el aire se perdió de vista. En varios juicios fueron auspicios y pronósticos conformes de la prosperidad de su reinado. Diferentes están los escritores en esta coronación de Wamba, mas no así en la patria portuguesa, adonde permanecen campos, árboles y piedras con su nombre.

Ya se miraba España contenta con reino solamente portugués, sino santo, o no solamente santo y portugués, sino colocado por el mismo Dios en aquel trono, cuando los navarros y otros pueblos sus confinantes tomaron las armas con intento de sacudir de la cerviz común el yugo de la mano gótica. Salió contra ellos el nuevo rey, y apagada la llama de aquel movimiento con la espada, se hallaba ya temido y triunfante. Mas en la ciudad de Nimes de la Francia Narbonense (entonces del imperio de España) se rebelaba el conde Hilperico. Multiplicó el rey gente, llevo sus banderas contra los rebelados, y por general de ellas a Paulo, un griego valeroso, que viéndose señor del campo, en vez de castigar con él la rebelión del conde, se rebeló también con Ranosindo, capitán de Terragona, y Heldegisio, que tenía el peso de las cosas de la paz, a trueque de que ellos le nombrasen rey de España. Consiguiólo, y fue coronado en Narbona, con una corona preciosa que Recaredo había ofrecido en el sepulcro de san Félix mártir de Gerona. Dejóse llevar de la corriente de esta parcialidad Hilperico, el primer rebelde, con toda la Narbonense; siguiólos Cataluña y Navarra. Es fácil la naturaleza humana de convidar a despeñarse. Hallóse el tirano Paulo aplaudido de tantos, que contándose por seguro, envió un cartel de desafío al santo rey Wamba con estas palabras: *Flavio Paulo Suindo, rey de la parte oriental de España, a Wamba rey de la que queda al mediodía. Si acabaste ya de rodear las peñas de los montes inhabitables; si como león hambriento despojaste las intrincadas breñas; si tienes ya domada la ligereza de los corzos; si no hay ya víbora que no tengas pisada, suplicote (oh, señor de los bosques y amigo de los riscos) que me lo digas; porque si todo esto es ya vencido, y no te falta ánimo para verte conmigo, date prisa en llegar a la cumbre de los montes Pirineos, adonde hallarás con quien puedas mejor que con los animales brutos tener más ilustre guerra*. Notan estas palabras a Wamba de hombre que solamente trataba las cosas del campo, y así se asegura la opinión de su calidad, de su ejercicio, de su elección.

Este desafío le halló ocupado en la guerra de los navarros y vizcaínos. Llamó a consejo las cabezas de su corte y ejército, y después de haberles escuchado varios pareceres, todos casi contrarios al intento que tenía de llevar el campo sobre los rebeldes, diciendo el suyo les mostraba: *Que la traición y rebeldía descubierta, compuesta de ánimos desunidos, con una unión de peligros amenazaba. Eso tendrán de grandes, que su resolución tuviese de tardía. Que se esperaba cada momento el daño, vano sería el remedio, si a paso menos tirado se aplicase. En accidentes de que desengaña la vista (dice) ociosa sería la persuasión de las palabras. Importa en esta ocasión que*

sientan los enemigos nuestro ánimo primero que nuestras armas. El intento conocido les ha de admirar más que la gente numerosa. Hablo con hombres de experiencia en los casos militares. De la que yo tengo (que no le fue difícil dármele a quien me dio esta corona) estáis informados. Pues yo os aseguro que solamente diligencia y reputación (dos cosas de subidos quilates en la guerra) pueden rematar esta empresa felizmente. En general esto. ¿A quién ahora no hará pedazos el corazón ver lo que pasan por mí y por vosotros, si es que sois míos, en aquella tierra, los que ceñidos de traidores son leales? Dilatarles el socorro sería poco menos que ponernos de la parte enemiga, y ayudarles a padecer miserias. Qué godo puede haber que sufra volverse a su casa sin ver el rostro, y fin mostrarlo a los contrarios apadrinados de la ceguedad, y a los amigos expuestos a padecer tiranías? Si no nos lleva la lástima, llévenos el honor. El dictamen de la razón es que nos lleve el honor, y más la lástima. ¿Y qué esfuerzo imagináis vosotros en un traidor? La misma traición entorpece los espíritus. Vamos, que nuestra vista ha de ser toda su ruina. De camino domareis los navarros, y haréis así que el castigo de estos sea terror de aquellos. Marchad, marchad, oh godos valerosos, que Dios es quien ha de pelear de nuestra parte. A la confianza del príncipe animoso en estas palabras se siguió nueva osadía en todos los que las escucharon atentos.

Entraron por Navarra allanando en siete días toda suerte de movimiento e inquietud. Llegó el ejército victorioso a Cataluña, adonde el rey lo dividió en tres partes: una hizo entrar por Perpiñán, por Ausetania otra, otra por la marina. Quedóse atrás con unas mangas de gente práctica y lucida para acudir adonde algún accidente lo pidiese. Conquistó a Barcelona, En Gerona entró pacíficamente, porque pareciendo al tirano que Wamba no tendría ánimo para buscarle, y que primero que él entraría en ella, escribió a su obispo Amador: *Que al que primero llegase a sus muros reconociese por su príncipe*, y llegó primero Wamba. Ejecutó el prelado la instrucción, y el rey le dijo: *Ha sido Paulo profeta de mi llegada*. Cometió luego el paso de los Pirineos; en sus faldas expugnó a Colibre y otras plazas fuertes.

En tanto que Wamba se hacía obedecer castigando rebeldes, Paulo se retiró a la ciudad de Nimes, dejando en Narbona todo lo que le pareció bastante para resistir y para defenderse. Mas no pudo, aunque Witimiro su capitán, obstinado y presumido, despreció algunos partidos del rey propuestos por evitar la efusión de la sangre. Diose un asalto terrible: en tres horas fue entrada la ciudad a escala vista, preso Witimiro y otros autores de aquel bando. En Maglona, Agate, y otras plazas sucedió lo mismo, combates, escalamientos, muertes, prisiones. Mas resistió Nimes, adonde la desesperación peleaba en compañía de Paulo; mas al fin rendida a las armas de Wamba. Los franceses pensaron que alguno de los españoles que seguía la rebelión por redimirse de la ira del rey había facilitado el rendimiento, y por vengarse volvieron el furor contra sí mismos cortándose despiadadamente en cuanto los combatientes vencedores acababan de ejecutar en los vencidos varias suertes de castigos. Retiróse Paulo, depuesto el aparato real, a un anfiteatro, obra de romanos fortísima, adonde estuvo dos días sin que las armas victoriosas le diesen cuidado más que en tenerlo de que no saliese.

En tanto Wamba venía marchando con el resto del ejército, y cerca de la ciudad le salió al encuentro Argebato arzobispo de Narbona secuaz de la rebelión de Paulo, vestido en todas las insignias pontificales, y postrado en tierra tímido y lloroso y venerable, fue espectáculo de admiración a todo el campo. Recogió el rey las riendas al caballo por escucharle; y él confesando la culpa de todos, pidió perdón para sí y para ellos. Mucho aplacó a Wamba aquella acción; perdonóle luego, y diole esperanzas de que desde allí llevaba ya para los otros menor castigo de lo que ellos lo habían provocado. Entró en la ciudad con triunfo aparatoso. Trajéronle preso a Paulo, que se dejó caer en el suelo delante del rey, así como ya lo estaban muchos. Levantáronse de sus pies con vida, y guardas que los tuviesen hasta determinarse en su castigo. Dio libertad a los franceses, purificó los templos profanados, ordenó reparos a la ciudad rendida.

Votóse que a Paulo y a sus parciales se sacasen los ojos, ya que el rey les libraba del cuchillo la garganta; y él, aun más piadoso sobre la piedad, moderó la sentencia, contentándose con que

viviesen en prisión perpetua, después que en el triunfo con que por las puertas de Toledo entró nuestro rey, fueron vistos en miserable representación, puestos sobre camellos, Paulo en medio de todos descalzo con una corona de piel negra (escarnio de la que buscaba de oro) y todos con las barbas cortadas, y desolladas las molleras: castigo y oprobio con los traidores de aquel siglo.

Las obras con que engrandeció a Toledo, así divinas como profanas, constan de muchos escritos. Hizo celebrar concilio provincial, en que se acabó de ajustar la jurisdicción o límites de las Iglesias de España. En Portugal, a la metrópoli de Mérida nombraron Beja, Lisboa, Osonova, Idaña, Coímbra, Viseo, Lamego, Caliabria, Coria, Évora, Ávila, Salamanca, y Numancia. A la metrópoli de Braga, Dume, Porto, Tuy, Orense, Iria, Lugo, Britonio y Astorga. Permaneció esta repartición hasta cuando los moros entraron en España. Ordenó también el rey cómo el mismo año (era el de 675) se celebrase otro concilio en Braga para reformación de costumbres-y abusiones introducidas comúnmente tanto por la ignorancia y flojedad, como por el atrevimiento y la malicia. Halláronse en él su arzobispo Lodigio presidente, Juliano arzobispo de Sevilla, Genitino de Tuy, Froarico de Britonio, Isidoro de Astorga, Alario de Orense, Retogero de Lugo, de Iria Idulfo.

Por este mismo tiempo entraron en España los africanos, y corriendo la costa con una flota grande hicieron muchos daños. El rey expidió gente lucida de que fueron vencidos en batalla campal, la flota abrasada, su poder de mar y tierra deshecho. Siéntese que fue causa de su venida un conde llamado Ervigio, de nación griego, y de costumbres desterrado justamente por los emperadores de Constantinopla. Ambicioso de reinar, le pareció que por haber sido casado con sobrina del rey Recesvinto (de quien fue bien estimado) y por estar Wamba alcanzado de la vejez, le admitirían los godos por su rey viendo el asalto de las armas bárbaras (681). No se le logró el pensamiento: dio en otro, que fue dar un veneno a Wamba con que le perturbare el sentido. Haciendo estas y más diligencias para incapacitarle por una parte, por otra hacía muchas para que el rey le adoptare o nombrase por sucesor; y consiguiólo. Usurpándole Ervigio el cetro, y usurpándose de él Wamba, se recogió en hábito de monje en el monasterio de Pampliega entre Burgos y Valladolid, a las orillas del Pisuerga. Allí vivió tan perfecto religioso, como había sido rey, o para que lo digamos mejor, no hizo más de sacudir de la cabeza la corona, y dar por la cogulla la toga, porque en los días de rey ya era religioso. Murió.

Ervigio hizo luego juntar concilio para asegurarse en la sucesión (682). Halláronse en él estos obispos portugueses: Esteban metropolitano de Lusitania, de Évora Trutimundo, Froario de Oporto, de Viseo Separato, Juan de Beja, y de Lamego Gundulfo. Después (684) en otro con que volvió a corroborar lo que en este se había asentado, de Braga Liuva, Esteban de Mérida, Monefonso de Idaña, de Coimbra Gomiro, Belito de Osonova, de Lisboa Ara, y de las otras Iglesias los nombrados en el primero. Más adelante hizo celebrar el tercero suyo para admitirse los decretos del sexto general de Constantinopla contra la herejía de Apolinar. Hubo en él (685) procuradores de los arzobispos de Braga y Mérida Liuva y Esteban. Ervigio, aunque ya se podía dar por seguro en el reino, todavía temiendo los sucesos del tiempo, casó una hija suya, llamada Cixilona, con Égica, sobrino de Wamba, hijo de su hermana Ariberga, de la propia ciudad de Idaña, de donde el tío le había llevado a Toledo, y criándole al ejemplo de su virtud, de su valor, de la policía, y de la corte. Este es el segundo rey que Portugal dio a la Monarquía de los godos en España.

Gobernaba una parte grande de Lusitania Sala, capitán dotado de alientos y espíritus magníficos. Reparó los muros y la puente de Mérida con otras fábricas y edificios públicos. Otro tanto hacía el rey Ervigio en la ciudad de Idaña, bien que los muros casi desde los fundamentos fueron obra suya (687): por ventura por obligar a Égica su yerno con estas liberalidades, ejecutadas en aumento de su patria, a que usase de ellas con los otros hijos suyos que habían de quedar expuestos a lo que quisiese obrar con ellos: o su piedad, o su venganza. Siete años tuvo el cetro Ervigio: y así el mismo que fue la muerte de Wamba, fue la suya: no sin misterio, porque de esta fuerte casi sucedió al verdadero rey su sobrino Égica.

Y él antes quiso parecer heredero suyo que de Ervigio, porque luego que se puso la corona de su tío, dejó la hija del ambicioso Ervigio, que él le había dado por mujer, porque no fuese reina hija de padre que hizo que no lo fuese un varón a quien Dios había escogido para serlo. Motivóse de esta acción del príncipe el poco tratamiento de infantes con que los vasallos se mostraron a los otros hijos del difunto. Habíales vuelto las espaldas la fortuna; y así corrieron diferentes semblantes el velo a diferentes corazones. Parece que los humanos ofrecen adoración a la grandeza; a su propia comodidad es que la ofrecen. No en vano se temía Ervigio. Sus hijos conocieron en la falta del citado el derecho con que su padre lo adquirió: nada como príncipes, nada como grandes se vieron respetados; bien que el rey en cuyo ánimo la pasión no labraba tan apasionada (indultos del Cielo concedidos solamente a reales corazones) les procuró algún descanso, hasta que hizo juntar concilio para que en él se resolviese el modo con que se debía portar con ellos. Envolvió el asunto capital otras materias importantes al peso del gobierno de su reino. Entre setenta y uno que fueron los padres de este ajuntamiento, los portugueses eran Faustino de Braga, Máximo de Mérida, de Idaña Menefonso, de Oporto Froarico, de Viseo Wisefredo, de Évora Tructimundo, Lauderico de Lisboa, Miro de Coimbra, de Dume Vicencio, de Lamego Frioncio, Juan de Beja, Agripo de Osonova.

Égica, habiéndose determinado en este concilio que justamente podía proceder contra los culpados en la traición con que Ervigio se introdujo en el trono de su tío, ejecutó castigos diferentes. Resultó de ellos fulminarse contra él otra conspiración de que fue todo el aliento Siseberto, arzobispo de Toledo. Siéndole descubierta (porque en mucha llama luego vaporea el humo), hizo juntar concilio, para que con mayor justificación se diese la pena al arzobispo conspirador. Esta fue una sentencia de excomunión y destierro y deposición de la dignidad. Los prelados de la junta fueron setenta, los portugueses diez: Máximo de Mérida, Félix de Braga, Aroncio de Évora, Agesindo de Idaña, Emila de Coímbra, de Lamego Fionibo, de Lisboa Undexico, de Beja Juan, de Viseo Taudefredo, de Osonova Agripo. Hacen poca armonía al referirlos estos nombres, mas ellos y los lugares y ejercicios de sus dueños ilustres memorias son, e importantísimas noticias de la Historia.

En aquellas partes de Galicia que confinan con Portugal sucedió por estos tiempos una rebelión de que fue cabeza un conde llamado Vítulo. Su intento, apoderarse del reino de los godos. El poder era poco, y fue fácil el castigo. El rey por atajar movimientos viendo ya adulto a su hijo (697) Witiza (nieto de Ervigio) y con talento para fiársele un gobierno grande, nombróle rey de Portugal y Galicia, bien así como lo tenían los príncipes suevos, quedándose con lo restante de España y la Galia Narbonense. ¿Y quién duda que la división de las prosperidades fue la junta de las Coronas? Pretende cada nación hacer dichoso su príncipe, no puede un príncipe con muchas extrañas obrar lo que otro con la suya sola. Bien se ha esta doctrina a la experiencia. Witiza pasó a Portugal, puso su corte en la ciudad de Braga, adonde con hechos indignos de príncipe católico, en vez de aplacar discordias (intento de su padre) fue causa de repetirse otras tan peligrosas, que en mucha sangre derramada padeció naufragio el descanso de este reino. Alguno le quedó con verle pasar a Galicia: en la ciudad de Tuy se detuvo hasta que murió su padre.

Tomado todo el gobierno (701), se hizo tan insolente, que abriendo las puertas a todos los vicios, y cerrándolas a toda acción de valor y de virtud, y arruinando todas las murallas y plazas fuertes de su reino, bien se pudo llamar el Nerón de España, y cometa vividor que en ella se vio para anuncio de su perdición y estrago antes del rey Don Rodrigo. Dejaré de referir las tiranías ejecutadas fuera de Portugal, porque voy con más cuidado de lo que he de callar, que de lo que he de decir. Procuren otros no perder lances de escribir menos propios de una historia, de lo que pudieran ser estos de la nuestra. Los moradores de la ciudad de Braga mostrados por largas edades a fortificar sus murallas, que no a ponerlas por tierra desde que los emperadores romanos en ellas emplearon caudal y tiempo, no obedeciendo el mandamiento bárbaro de Witiza, por su arzobispo Félix le enviaron a significar en Toledo cuantos inconvenientes resultaban de la ejecución. No pudo Félix hablar al rey, porque la torpeza de sus descuidos, o de sus cuidados no le había dejado oídos.

Mas como los había renunciado en el conde Don Julián por quedar más libre para sus vicios (que no sin vicio renuncian los reyes los oídos) pudo hablar con el conde, que aunque se veía con la privanza (también esto fue prodigio), no se olvidó de la razón que había para favorecer a Félix, que en otro tiempo trataba, y en cuyo arzobispado tenía algunos vasallos y tierras, como las villas de Sea y Covillam, que por haberla poblado y nacido en ella la Cava se llamo *Cava Juliani*, esforzó el conocimiento que el conde tenía del arzobispo la razón de su ciudad. Perdonóle a los muros de Braga la pena de las culpas de su rey, por quererlo así su privado. Murió Witiza. Sucedióle Rodrigo (711). Menester es tomar aliento para sobre tantas miserias referir las últimas de España.

Sucesiones de los pontífices por estos años.

Desde la muerte de Recesvinto hasta la de Witiza pasaron casi cuarenta años. Por el discurso de ellos sucedieron a Deodato en el pontificado sumo de la Iglesia romana, Dono, Agatio, León y Benedicto segundos, Juan V, Conon, Sergio, Juan VI y VII, Zósimo II y Constantino, excelente pontífice. Florecieron varones santos, doctos, y padres venerables ya referidos.

VII. DESDE EL AÑO 712 HASTA EL DE 813. ENTRAN LOS MOROS EN ESPAÑA.

De las hazañas virtuosas y dignas de glorioso triunfo es siempre usurpador el olvido: nunca lo fue tanto de las memorias de grandes daños y ruinas. Por esto la de España apenas necesitó de escritos para conservarse: siempre fue más escuchada que leída. Sería pues culpable en nuestra brevedad el no restringirse más ahora, que viene a ser obligación precisa lo que en lo restante es industria y es cuidado, diciendo con recato de palabras la sucesión del rey Don Rodrigo, nombre infausto y perpetuamente aborrecible a nuestra Monarquía.

Era Rodrigo hijo del infante Teodofredo, y nieto del rey Chisdasvinto. Tomó el cetro a los ojos de sus vasallos con algunas esperanzas de mejor fortuna que la pasada: mas al fin su vida hizo que pareciese menos mala la abominable de su antecesor. El conde don Julián, poderoso en el reino y privado de Witiza, lo quedó siendo de Rodrigo: ya de la asolación futura todo eran pronósticos, todo prodigios, que no es pequeño, muerto un rey pasar su privado a serlo del heredero. Era su hija la que vulgarmente llaman Cava, y Florinda las historias. Enamoróse de ella el rey, nombróla esposa, cuando Egilona o Eilata, princesa africana, habiendo corrido en el mar deshecha fortuna, surgió en un puerto de España. Trajéronla al rey, vio en ella tanta hermosura, que la recibió por mujer, olvidado de Florinda, que ya tenía por segura la corona. Quedóse en palacio por dama de la reina con dolor entrañable de su padre Don Julián, que luego se dispuso a la venganza. Con razones torcidas y con celo fingido obligó al rey a que acabase como Witiza de arruinar las murallas, las fortificaciones, y las fuerzas. Acaba un privado lo que quiere con un rey que le fía lo que puede. No quedó lugar o plaza alguna con defensa.

Siguióse a esto despacharle Rodrigo con embajada a Muza en África para que no favoreciese los hijos de Witiza que allá pasaron desterrados. Quiso enviarle algún presente rico; decíase que había grandes tesoros cerca de Toledo en una torre, a cuyas puertas de largos siglos se multiplicaran cerraduras, por la tradición memorada de gente en gente de que el abrirlas sería pronóstico de pérdidas. Abriólas el rey, halló dentro un cofre, que guardaba un solo lienzo de pintura, en que se veían hombres a caballo con trajes moriscos y armas diferentes. Leyóse en algunas letras de él, que cuando aquellas puertas se abriesen sería España invadida y dominada de gentes de aquel traje. Pensó el rey que en volver a sellar la torre estaba el remedio, y no fue así. Partió el conde, y detenido en la embajada, Rodrigo volvió a proseguir en los amores de Florinda, y a empezarlos con

él Frandina madre, de ella. Mas sintiéndolo aficionado a la hija, que regateaba el empleo, ordenó a Bimigota, dama suya, que diese al rey recados fingidos de Florinda para que en su lugar viniese Frandina a conseguir la ejecución de su lascivia. Rodrigo que pensó siempre que ellos eran verdaderos (aunque las vistas de Florinda no se lo aseguraban tanto), viéndola un día entrar en una pieza, se fue tras ella, y allí ejecutó la fuerza lo que rehusaba la modestia. Profundas tristezas acabaron de pisar toda suerte de alegría en el corazón de la Cava. Conocía la madre la causa de ellas, y como quien se la envidiaba, volviendo en furor (celos al fin) todo el amor, toma ahora por instrumento de su venganza la misma hija, cuya reputación poco antes tomaba por esperanza del cumplimiento de su deseo. Persuade a la hija enferma y dudosa que con un papel signifique su pérdida al padre. Sabe el conde su afrenta (que esto era afrenta en aquellos tiempos), abrevia los negocios, pasa a España, nunca tan valeroso, pues supo disimular tanto dolor en el alma dos veces lastimada, una cuando por la mora dejó el rey su hija, otra cuando por ella le dejó sin honra a él. Con el buen remate de su embajada, y representación de semblante alegre, aseguró favores y confianzas nuevas en Rodrigo. Pidióle el gobierno de los lugares de África (dando principio a la venganza) y allá pasó con su mujer, dejando la hija en palacio por disimularse más.

Trató Julián con Muza, gobernador de África, su agravio; prometiéndole que si le socorría dejaría sujeta al Imperio de los califas la monarquía de los godos. Dio Muza aviso al gran califa, con cuyas instrucciones capituló partidos con el conde, que no siendo muy difícil en ellos, por asegurar al bárbaro, pasó a España: trajo con razones aparentes a la conspiración muchos señores, que en sus vasallos nunca faltó prontitud para seguirle. Acabó de concluirla en Málaga, pasó a Ceuta, llevando su hija con licencia del rey siempre confiado en el conde, porque en su rostro entendía que miraba su corazón. Muza, en ejecución de lo capitulado, nombró por capitán a Tarif Abenzarca, que lo era famoso, e hizo la primer entrada en España con seis mil árabes, siendo gente parcial y vasallos del conde lo restante del ejército, que constaba de doce mil combatientes. Hiciéronse ver de los godos en el monte de Gibel Tarif (713), de donde bajando furiosamente discurrieron victoriosos por toda la Andalucía, hasta que penetraron a nuestra Lusitania, en que la gente fiada en toda la paz antecedente, trataba sólo de la cultura de sus campos. Mas ahora viendo el nublado de armas inopinadas, dejando los lugares, las haciendas, y aun las mujeres y los hijos, eran vistos ir subiendo por las montañas a hacer sagrado de las breñas y las grutas. Muchos todavía, aunque mal prevenidos, bien animosos, acudiendo al rey Don Rodrigo le despertaron un poco, porque le estaban alanceando y aun dormía.

Salió de Toledo Don Íñigo Sánchez con alguna gente, la más de ella sin otras armas que piedras: mas supliendo el valor la falta, peleaban los nuestros con virtud y ardimiento, presentando diferentes batallas a los infieles y rebelados, de cuya multitud después de varias fortunas fueron rendidos, y con la muerte del capitán desanimados. Pasaron a África los vencedores con muchos despojos y cautivos, portugueses no pocos. En tanto que el conde con el califa pretendía más copiosa expedición, el rey Don Rodrigo hizo convocar el mayor número de gente que le fue posible, y tumultuariamente labrar armas, fabricar defensas, poner presidios. Más tiempo pensó que le dieran los bárbaros y el conde, cuando con flota innumerable fueron vistos pasar el estrecho, y luego alojarse en las playas de España. Empezó a marchar el rey con su ejército, que se componía de diez mil caballos, y ciento y diez mil infantes. Plantóse junto a las ciudades de Jerez y Medina Sidonia, dejando inadvertidamente el enemigo con las espaldas al mar por donde le venían nuevos socorros.

Llegáronse a mirar los dos campos un sábado, primero de septiembre (otro día dicen algunos) del año 714. Gastóse hasta la noche en tomar sitio junto al río Guadalete; amaneció el domingo, en que la batalla se empezó cruel y sangrienta, hasta que la falta de luz impidió la corriente del estrago igual en ambas partes. Peleóse toda la semana pertinazmente. Discurría el rey Don Rodrigo por el campo con todas las insignias reales en un andón o litera de marfil (costumbre antigua de los príncipes godos en los conflictos militares) animando los suyos, que cansados de herir y ser heridos

ya peleaban al domingo segundo menos vigorosos. Rodrigo haciendo la última diligencia, dejado aquel aparato real, poniéndose un arnés se subió en un caballo, y peleó por su mano tan valerosamente en los primeros escuadrones, que los moros titubearon en la presunción con que se juzgaban vencedores. Mas al caer del sol acabó de caer el ánimo a los nuestros, con que se conoció ajena la victoria, ya cuando la noche tenía con su sombra dado lugar a que muchos se pusiesen en huida. Día destinado a la ruina de la provincia más ilustre del mundo, e imperio de los godos, conservado por tanto número de años, y temido de los mayores príncipes de la tierra. Victoria que perdida por los cristianos, les costó ochocientos años de afán, y cinco mil batallas que dieron a los infieles primero que los acabasen de expeler de España.

El rey, viendo que ya peleaba sin fruto, se fue retirando a las orillas del Guadalete hasta dar en un monte, adonde encontrando un pastor por sus pieles y cayado le dio la púrpura y la espada; que para huir de la muerte peligrosa, un rey envidia puede tener a un ganadero. Entre dos extremos grandes, dolor y confusión, llegó al monasterio de Cauliniana dos leguas de Mérida, asentado a las márgenes del río Guadiana, adonde halló pocos religiosos aguardando el furor de la gente victoriosa, que venía abrasando toda la tierra. Postróse bañado en lágrimas el rey a pedir perdón de sus culpas hasta rendirse aun desmayo, de que le despertó Romano, monje devoto, con cuyo consuelo se resolvió en purificarse de sus pecados para aguardar la muerte. Confesóse, y habiendo comulgado dijo quería proseguir su camino hasta donde hallase una cueva en que apartado del trato humano, con áspera penitencia mereciese perdón del Cielo. Romano le persuadió que le dejase ser su compañero, y que llevarían un cofre de reliquias de san Bartolomé y de san Blas, y una imagen de la Virgen santísima María, que resplandeciendo allí siempre con milagros había sido traída de la ciudad de Nazaret por un monje griego llamado Siriaco, en tiempo que en las partes de Oriente se levantó una herejía contra el culto de las imágenes.

El rey viendo que le convidaba tal compañía tomó en sus brazos la imagen, Romano el cofre, y así fueron caminando por en medio de Portugal hacia el poniente, hasta que dieron vista al mar Océano junto a la villa de Pederneira. Aquí se levanta en la mitad de los arenales un monte de peñascos y tierra firme un poco prolongado desde el norte al sur, con tanta altura y proporción, que parece fábrica de milagro, por salir de aquella circunferencia arenosa sin otra tierra de que se vea tener alguna dependencia. Modo tuvieron el rey y el monje de subir a lo alto. Hallaron una ermita, en el altar un crucifijo de relieve, una sepultura en el pavimento, sin epitafio o letra que diese mayor información de la que habían tomado los ojos admirados de la obra en tanta soledad. Resolvióse el rey a pasar en ella la vida. El monje que le sintió con deseos de verse solo para acabar de destilar el corazón por los ojos (tal el arrepentimiento de sus culpas), de su consentimiento se vino una milla del monte, a un sitio que llano por la parte de tierra, por la del mar se deja caer sobre sus aguas con tanto precipicio, que desde la punta de la peña hasta la superficie de ellas no hay menos de doscientas brazadas. Entre dos peñascos que desde la extremidad parece están amenazando ruina a quien los mira desde la playa, halló Romano una concavidad naturalmente abierta en la misma piedra, adonde con algunos aumentos de sus manos hizo una figura de ermita, que con la imagen de nuestra señora que llevaba, quedó (cuando no templo suntuoso) lugar que en aquella soledad y aspereza al corazón más duro levantara a piadosas y celestes contemplaciones. El rey se quedó con las reliquias, cuyos santos milagrosamente le libraron de muchas ilusiones del demonio. Allí permanecen en una peña estampadas plantas humanas, y otras brutas, que en la memoria del vulgo son del demonio vencido por el apóstol san Bartolomé, socorriendo al rey que le invocaba: de donde quedó a este monte el nombre del santo, llamándole antes Seano. Mucha fuerza tienen tradiciones, mucha señales, mucha conjeturas tan aparentes.

En tanto que el rey resistía estos combates en su ermita, en la suya le alcanzó la muerte a Romano; conociéndola, se despidió primero del rey, y le dijo que habiendo de hacer mudanza de aquel lugar dejase en él la imagen y las reliquias del modo que él las pondría. Quedaron ellas, porque el rey, viéndose sin su vecino, dejó el monte y pasó a otro cerca de la ciudad de Viseo, y en

una ermita de San Miguel acabó la vida con penitencia grande. Relajemos a la fábula la memoria de que fue llevado de una nube por estas partes, y la de enterrarle vivo con la sierpe de cabezas, aunque sobre su sepulcro que allí se ve lo persuade una pintura antigua.

Ahora diremos la invención de la imagen escondida en aquella montaña. Era el año 716 cuando allí la dejaron el monje muerto, y Rodrigo ausente. Poblóse Portugal de moros; llegó a ver al expulsor de ellos Don Alonso Enríquez, nuestro invencible y primer rey, que expugnando los lugares de esta comarca, dio camino a que los portugueses frecuentasen la tierra que era suya. Tenía la plaza de Puerto de Mos Don Fuas Roupíño, capitán valeroso de nuestro príncipe. En las vacaciones de las armas solía divertirse con la caza. Un día errando por aquellos montes fue a dar en el sitio descrito, con la ermita del monje, adonde veneró la imagen, mas no la antigüedad, ni se detuvo en descubrir el sacramento de ella. Otro día levantó un venado, en cuyo seguimiento iba desatando el caballo tan embebecido, y ciego también con una niebla que entonces cubría la campaña, que dando en la punta de la peña que se levanta sobre el mar por tanto espacio como ya se dijo, no tuvo lugar de recoger las riendas, sí lo tuvo apenas para invocar el nombre de nuestra señora. A esta voz paró el caballo, dejando en la piedra estampadas las herraduras, cuyas señales permanecen. Agradecido al beneficio, dio gracias a nuestra señora, e hizo labrar templo más digno de su imagen. Deshaciéndose el antiguo fue hallado entre las piedras del altar el cofre de las reliquias con un pergamino en que Romano dejó escrito el motivo, las personas, y el tiempo de su invención primera, y de su depósito en aquel lugar. La imagen es pequeña con el niño en los brazos, de color morena, más de escultura figurada suavemente. Presúmese ser obra del tiempo de los apóstoles; porque siendo traída de Nazaret ya por milagrosa en los tiempos del rey Recaredo, la goza España con más de mil años, y Portugal de novecientos. El Santuario después de este primer beneficio que recibió de Don Fuas, ha tenido otros mayores, como de la piedad y grandeza de príncipes portugueses.

Mas en tanto que el rey Don Rodrigo y el monje Romano conquistaban el Cielo desde aquellas peñas, la morisma vagaba ejecutando barbaridades por toda España: perdiendo todavía en diferentes resistencias más de ochenta mil. Fue particular la de Mérida, adonde como en cabeza de toda Lusitania, eran portugueses los más, y los mejores porfiados. Gobernábalos Sacaru, un godo ilustre. Desesperación traía su valor, industria y contumacia a Muza, que les daba asperísimos combates, sin que pudiesen hacer menos que perder mucha gente. Viéndose los cercados sin bastimentos, sin municiones, sin esperanza, ofrecieron partidos, y los admitió el moro. El capitán lusitano con toda la gente que quiso seguirle volando por en medio de Portugal, paró en un puerto marítimo, y juntando flota considerable se entró por el océano con deseo de hallar las islas Fortunadas (ahora Canarias) para que en ellas se conservasen aquellos fragmentos de gente española. Adonde saliese es dudoso para afirmarse; bien que en el mar océano occidental hay noticia de una isla poblada de portugueses, que tiene siete ciudades: algunos imaginan ser aquella, que desde la otra de la Madera se deja ver, y cuando quieren llegar a ella, no parece.

Hasta aquí había mirado de lado la Fortuna a nuestro reino, ahora le empezó a mostrar todas las espaldas. La ciudad de Évora, la de Idanha, la de Alcacer, y toda la provincia de Entre Tajo y Guadiana, fueron invadidas, sujetas y profanadas. Lo que yace entre el Tajo y el Duero, y entre el Duero y Miño fue lo último de la inundación de los bárbaros: con que absolutamente quedaron siendo toda la ruina, toda la miseria, toda la calamidad de España para los edificios, para la religión, para la gente.

La restauración de España por el infante Don Pelayo (718), cómo salió de las montañas de Asturias, cómo con poca gente degolló más de doscientos mil moros, la muerte horrenda de los principales de ellos, la que desesperadamente se dieron a sí propios el conde Don Julián y la Cava, la miseria con que acabó la vida su mujer y madre Frandina, el infeliz casamiento de la reina Egilona con hijo del bárbaro Muza, que le vino a costar la vida (miserable remate de los mayores personajes de la tragedia más triste que se representó en el teatro del mundo) es asunto tratado

dilatadamente en los anales de estas coronas; y en ellos no resplandece cosa particular de alguna de ellas; y Don Pelayo en los diez y nueve años de su reinado, no tuvo imperio alguno en el reino de Portugal, que los moros habitaban con tanta superioridad, que casi todas las ciudades tenían rey particular.

A los cristianos no se impedía la frecuencia de su religión, de sus iglesias. Consta que Alihoacén nieto de Tarif, el general de los enemigos, era señor de la ciudad de Coímbra, y tierras de entre los ríos Alva, Mondego y Águeda, dando leyes e imponiendo tributos, como príncipe y tirano supremo. Así vivían los portugueses sujetos cuando el Cielo con nueva luz les dio viva esperanza de serenidad y alivio: porque entrando en el reino de Gijón por muerte de Favila, su cuñado, Don Alonso el Católico, heroica resulta del santo rey Recaredo, y viendo lo que padecían los cristianos, llevado de ánimo real y de impulso divino, entró poderosamente por Galicia, acompañado de su hermano el valeroso Don Fruela. Ganó las ciudades de Lugo y Tuy, y vadeando con el ejército triunfante la corriente del Miño, discurrió por nuestro reino hasta las orillas de Duero. Rindió con ásperos combates las ciudades de Braga y Oporto; de la otra parte la villa de Águeda; más arriba la ciudad de Viseo y la villa de Chaves, con otros lugares importantes. En todos los asaltos usó de tanto rigor con los moros, de tanta piedad con los cristianos, que ni a aquellos se concedía vida, ni a ellos se negaba algún alivio, llevándolos a las Asturias debajo de las alas del ejército, porque los lugares que expugnaba no pretendía ahora sustentarlos. Fue el primer rey que después de la pérdida de España tuvo dominio sobre la gente portuguesa. Sus hijos y de la reina Hermesenda su mujer, Fruela, Wimarano y Adosinda; de una esclava Mauregato.

Don Fruela, que sucedió a su padre en el valor como en el reino, salió (737) contra un poderoso ejército de moros que Abderramen rey de Córdoba, el primero que en España se atrevió a negar la obediencia a los califas, puso debajo de la mano de su hijo Omar, para que entrando en Portugal y Galicia vengasen los daños y muertes que del rey Don Alonso recibieron. En Portugal fue poca la resistencia; no así en Galicia: porque Fruela con bizarría militar sacudió la espada sobre sus cabezas. Murieron sesenta mil con su capitán Omar.

Atravesando casi todo Portugal con intento de ganar a Setúbal, le salió al camino Aliaben Talib con mil y quinientos caballos, y catorce mil infantes, de que perecieron en batalla campal ocho mil, dos mil y trescientos de los nuestros: hízose poco sentir esta pérdida, porque fue grande por sí misma la victoria, dando lugar a que las banderas enojadas volasen por toda la provincia gloriosas. Todo lo que se oponía de resistencia bárbara era deshecho y abrasado. Llegaron a la villa de Setúbal: poblaron el campo en contorno, pabellones, tabernáculos y tormentas de guerra. Firme semblante mostraron a los cercadores los cercados: mas experimentado el furor de los combates ofrecieron partidos. Pasó el moro a Sevilla, el rey entró la plaza; última hazaña que se sabe suya en nuestro reino. Victorias por cierto memorables, si no manchara el rey lo más ilustre de ellas con la muerte que dio a su hermano Wimarano, que en todas ellas tuvo insigne parte. El motivo fue temor de que por sus virtudes reales, que eran muchas, habría quien intentare alguna rebelión. Estaban las culpas solamente en la sospecha, y viose la pena igual con las muy claras. Católico anduvo Fruela con los bárbaros, y bárbaro con su sangre. De este infante se dice que tomó nombre un valle junto a Coímbra, por el valor con que allí desbarató el alcaide de esta ciudad. El castigo que por esta muerte injusta merecía Fruela justamente, no le tardó mucho, primero con Abderramen el cordobés, que salió poderoso recobrando mucho de lo perdido. En Portugal Lisboa, Évora, Beja, Santarem, y todo lo que yace desde el Tajo hasta el cabo de San Vicente. Segundo, con la mano de Aurelio su primo y sucesor, que le mató. Sus hijos fueron Don Alonso y Doña Ximena.

Del rey Aurelio (768) no tiene memorias nuestro reino. Tiénelas por estos años de Marvan Ibenzorat, que reinaba en la ciudad de Coímbra, ejercitando el gobierno y condado de los cristianos Teodo, varón generoso y descendiente de los reyes godos, que agradecido a los favores del Cielo ofrecía devoto algunas tierras y joyas al monasterio de Lorvano.

Sucedió a Aurelio su hermano Silo, que también entró haciendo guerra a los moros en el reino de Portugal por la Extremadura. Ganada la ciudad de Mérida, la despojó del cuerpo de la virgen y mártir santa Eulalia, que puso en San Juan de Pravia, y hoy se venera en el santuario de Oviedo.

Muerto Silo (783), Mauregato tomó el cetro; perpetuóse en la memoria de los hombres con aquel infame tributo que de las cien doncellas concedió en España al rey de Córdoba. Depositábanse en Asturias, Portugal y Galicia por los cristianos que obedecían a los reyes de Oviedo. Desde este tiempo quieren algunos traer las armas y origen de la familia de Figueras o Figueredos o Figueras, señalando diferentes lugares a la hazaña de unos caballeros que viendo llevar ciertas doncellas las libertaron, matando los moros, o con bastones de higuera, o en campo adonde había algunas. En Portugal, tres leguas de Viseo, permanece el nombre de Figueredo en un lugar que llaman de las Donas, adonde la tradición inmemorial afirma que fueron libres seis doncellas por Goesto Ansur, caballero ilustre, que lleno de coraje honroso, y impelido del amor de una y de la miseria de todas igualmente, se mostró soldado, como amante. No muy desviado se ve el monasterio de Arouca, fundación doscientos años adelante de un Ansur Goester: de que se infiere parentesco y naturaleza de aquel defensor. Cada uno procura ilustrar la patria con memorias honoríficas. Conseguirá lo mejor quien con más aparentes conjeturas lo tratare; éstas en tanta antigüedad son la probanza. Nadie pudiera escribir si nadie las admitiera. El tributo se pagó hasta el año 788, en que primero tuvo fin el autor de él. Los vicios de los hombres particulares con ellos mismos mueren. Este es el mayor daño de los príncipes, quedarse vivos después de ellos muertos.

Don Bermudo, que tomó el cetro, parece que solamente lo tomó para una acción: porque después que en batalla campal dejó desbaratado al rey Abderramen de Córdoba, y con la victoria libre España de aquel reconocimiento torpe, renunció el poder (nadie puede más que quien puede acabar consigo dejarlo; vieron estas hazañas edades mejores) en su sobrino que llamaron el Casto Don Alonso: nombre glorioso en armas en nuestras coronas, y fatal a la restauración y defensa de la ciudad de Lisboa. Ganóla de los moros a fuerza de armas, degollándolos innumerablemente en el asalto, y en otras batallas que le presentaron cuando atravesaba por el reino. En socorro suyo se afirma que pasó a España Carlos Magno con ejército tan numeroso, que no hubo en toda la copia bárbara quien contra él levantara la espada. Conquistó en Portugal (799) las ciudades de Viseo, Lamego, Coímbra, Braga, y lugares vecinos a la de Oporto. Entre las villas de Castel-Rodrigo y Almeida se ve un lugar con el nombre de Villar-Turpín, y en la memoria de la gente tradición antigua de cierto recuento que el arzobispo Turpín tuvo con moros en aquel campo. Mi intento no es que se crea lo que no mereciere crédito. En medio de las dudas antes fuera torpeza que atrevimiento callar los monumentos memorables de la patria cuando no tienen nada de imposibles, y hay tantos que lo parecen, y son certisimos.

Salió (811) con mucha gente Omar, rey de Mérida y otras tierras de Lusitania, a cerca de la villa de Benavente. Fue castigado con las armas del rey Don Alonso, en cuanto Aliatan entraba por la Extremadura en Portugal, pasando a cuchillo y poniendo a saco vidas y lugares. Cobró tanto brío por algunas victorias que llegó a camparse sobre la ciudad de Lisboa, que irreparablemente se le rindió habiendo solos ocho años que Don Alonso la ganara. Inclínáronse al yugo bárbaro otras muchas plazas por todo el reino, en que Aliatan dejó por gobernador Alcama, rey de Badajoz. Éste, saliendo después con gente lucida de Lusitania, fue muerto por Bernardo del Carpio en la ciudad de Zamora. De la pérdida deseó Aliatan satisfacerse. Levas se hicieron de gente en copia grande por toda Berbería, que distribuida en dos campos, el uno entró por Castilla, cruel y sangriento; el otro por las tierras de Portugal, adonde Bernardo le puso en estraago lastimoso.

Rebeláronse contra el rey Aliatan Abdalá y Mahamet, dos capitanes señalados, sus gobernadores, en Mérida aquel, éste en Valencia (813). Salió Aliatan contra el valenciano, y en cuanto peleaba con él se confederó Mahamet con el rey Don Alonso. Resultó de la confederación hacerse tan temido y poderoso, que conquistó muchas tierras de Portugal y Extremadura. Cuando Aliatan volvió sobre él, halló la dificultad inaccesible, habiendo embestido con la primera por

mayor. Conducido ejército grande gobernado por su hijo Abderramen en un arduo caso de guerra fue deshecho y desbaratado el rebelde. Quedóse el vencedor con todo lo que dominaba el vencido, entre los dos términos de Mérida y Lisboa.

Sucedió por estos días la muerte del venerable varón Eugenio, abad del monasterio de Lorian, entre los de Portugal insigne por la antigüedad y por el sitio. Acontecimiento digno de memoria. Habiendo un moro poderoso acusado un cristiano, por medio del santo abad vinieron a concertos de dinero. Pidió el cristiano término para satisfacer, y ofreció prendas. No quiso el moro; otras algunas mas que la palabra de nuestro Eugenio. ¡Notable cosa, que nunca la tuviesen los moros, y nunca dudasen de la portuguesa! Llegado el plazo el deudor se ausentó por no pagar; el moro llevado de furor diabólico, colgando de una viga al fiador, le atormentó de manera que pagó la deuda con la vida.

En Portugal por este tiempo (815) se platicaba aquella ley gótica, que los acusados de algún delito se librasen por hierro ardiente. Permanece una memoria de Elosinda (acusada de adulterio por su marido Ariovigildo) que de esta manera purificó su opinión en la ciudad de Coímbra, y el marido fue condenado al fuego, que era la pena de la matrona, si no se mostrara sin culpa. Lo mismo se sabe que sucedió siglos adelante en tiempo del rey Don Alonso el III de nuestro reino en la ciudad de Braga a Doña Teresa Juárez, mujer de Gonzalo Méndez de Sousa, hijo del conde Don Mendo. Lo mismo en esta edad a una mujer malabar en nuestra India.

Memorias de lo más notable del mundo por esos años.

En la silla pontifical de Roma sucedió a Constantino: Gregorio II y el III, Zacarías, Esteban II, Paulo, Esteban III, y Adriano. Al emperador León, perseguidor del culto de las imágenes, se le anticipó el morir por haber llevado de una de nuestra señora una corona, usando de ella en fiestas públicas: porque se vea que corre por cuenta del Cielo aquella memoria de los sujetos sacros. Callaba la imagen de Esculapio despojado de sus barbas, la de Júpiter de su vestidura; pocas veces callaron las de Dios y de sus santos. Hallóse en Constantinopla un sepulcro con un cadáver que se entendió ser de Platón, y ciertas letras cortadas en lámina de oro que decían: *Cristo nacerá de la Virgen María: verásme sol otra vez en tiempo que tengan el Imperio Constantino y su madre Irene.* Floreció el venerable Beda. Tuvieron principio el año 724 los reyes de Sobrarbe y Justicia mayor de Aragón; 756, el Imperio de los Turcos; 765, los reyes de Navarra y condes de Aragón; 800, el Imperio de Alemania, los condes de Barcelona, y el reino de Valencia.

VIII. DESDE EL AÑO 815 HASTA EL DE 999. CASOS ADMIRABLES.

Ya reinaba Don Ramiro, cuando Portugal oprimido con asaltos bárbaros halló en tan valeroso rey nuevas esperanzas de libertad: porque llegando con sus armas hasta donde el Duero desboca en el mar, dejó rendido a Mahomat Cid Atauf, señor de la población de Gaya; al de la villa de Águeda Muley Achin más adelante al austro; y en Lamego su rey Zuleyma Ibon Muza, que dejó por tributario en aquella ciudad en premio de haberse rendido humilde. Lo mismo sucedió en la de Viseo al rey Tarif Iben Rages. Diferentemente animoso aguardó las insignias cristianas Alhamar rey de Coímbra, porque prevenido y resuelto en no seguir el ejemplo de los rendidos, no solamente se fortificó en la ciudad, sino que presidiando todas las plazas del contorno osó pensar que las defendería de todo el poder enemigo. Mas vanamente, por que el rey incitando a batalla campal el moro, le dejó castigado, y a los demás lugares temerosos. Avasallados los unos y los otros partió para Oviedo, dejando guarnición católica en las fuerzas conquistadas.

Quedó la de Montemayor a cargo de Juan, venerable abad del monasterio de Lorban, tío del propio rey, que dejando el mundo había elegido la vida monástica en aquel convento, habitación de una soledad extraña. Sitio es adonde los ojos de ninguna parte tienen por donde dilatarse si no por las alturas de los montes, que en circunferencia desde aquel valle levantándose a las nubes encaminan al Cielo toda la vista. Aquí visitó el rey a su tío, y condolido de las miserias de los monjes y ruinas de los edificios, les hizo donación de algunas tierras y lugares. Fue principal la villa de Montemayor (el viejo le llaman hoy, a diferencia de la moderna) edificada en sitio fuerte por naturaleza, y también por arte, obligándole a que sustentase algún presidio. Estaba en ella un mozo llamado García Yáñez, en el nacimiento expósito, en la doctrina, labor del santo abad. Amábale por esto, y hacía confianza de él, porque en diferentes ocasiones había dado muestras de valor y de ardimiento. De la palma que en los casos de la guerra se concedía a Don Bermudo sobrino del propio abad, y capitán de estas provincias, tuvo tal envidia García Yáñez, olvidado de su primer fortuna (nunca obra bien quien se olvida de la que tuvo mala) que se fue a Córdoba, y se ofreció al rey Abderramen no sólo para dejar la ley de Cristo, mas para hacerle señor de Montemayor y de las otras conquistas de Ramiro.

En tanto que García negociaba con el rey bárbaro, tuvo Juan ocupaciones de guerra diferentes siendo capitán de ella su sobrino Don Bermudo. Prendió dos condes rebelados, Alderedo, a quien hizo sacar los ojos, Pinelo con siete hijos, a que costó la vida por más obstinados en la rebelión. Sabiendo que Rages, gobernador de Viseo, se ligaba con otros alcaides moros, le asaltó en la ciudad, cuyos moradores primero que fuesen pasados acuchillo empezaron a ver sus fábricas y edificios vueltos en una confusión de piedras. Restaurándola después Sebastiano, obispo de Salamanca, de consentimiento del abad, se halló en una iglesia de sus arrabales el sepulcro del rey Don Rodrigo. Esta fue la noticia primera que se tuvo de él después de perdido en la batalla de Guadalete.

Mas ya García Yáñez, dejada la fe de Cristo en Córdoba, llamándose en la circuncisión Zulema, desde aquel día se le entregó un copioso ejército, con que entró por las tierras de Portugal el segundo Julián y rayo de su patria, presumido de crueldades en ella nunca ejecutadas de los bárbaros. Acuartelóse sobre Montemayor, impidiéndole toda suerte de socorro, y apretándole con duros asaltos, bien resistidos del abad y de sus monjes, y de su gente conducida a la defensa. Mas llegando la hambre a querer mediar la contumacia, dieron en un pensamiento, mejor que para seguido para admirado. Resolución dígnamente portuguesa en la mitad del peligro de reputarse por bruta. Fue el abad Juan el primero que mató a su hermano y sobrinos; a cuyo ejemplo mataron todos sus hijos pequeños, y las mujeres. Todo era prevención para que después de vencidos (ya se contaban por tales) no saliesen afrentados en aquellas prendas que tanto suelen ser del alma y de la vida y del honor. A todo lo que el hierro desperdició de sangre, se siguió la imitación del fuego por lo más precioso de las riquezas.

Hecho ello, abriéronse las puertas de la villa, y al son de suspiros y lágrimas embistieron con los enemigos que nada esperaban menos que acción tan brava en gente tan hambrienta. Era Juan, aunque viejo, de fuerzas correspondientes a lo agigantado de su estatura. Habíala en otro tiempo ejercitado en las armas. Ejecutó ahora tales hazañas, que no se vio resistencia alguna del enemigo por aquel lado en que peleaba con sus monjes. Bien le imitó lo restante de la gente, que en breve espacio puso en huida la pagana. Quedó en la campaña el traidor Zulema o García muerto a manos del propio abad, y a las de los suyos lo más florido del campo infiel; otros murieron ahogados en el Mondego pensando salvarse, y casi todos por diferentes caminos perecieron. Entróse la noche apadrinando a los vencidos, porque con su oscuridad hizo envainar el furor conque los nuestros les iban siguiendo el alcance después de haber muerto setenta y seis mil de ellos. Llegó la mañana que descubrió la campaña sembrada de despojos varios, ricos, muchos. Pobre todo a los ojos de los vencedores, pesando con ellos la tristeza y la memoria de los hijos y mujeres que habían muerto no sólo impía, sino desesperadamente, poniendo límite a la mano del Dios de los ejércitos. De ello

reprehendía, y con razón, Judit a las cabezas de Betulia. ¿Quién duda que se halló en este conflicto el ángel belicoso, que edades atrás había sido rayo sobre el campo asirio? ¿Quién duda que el autor de las victorias unas veces se hace entender con favores y otras con castigos? ¿Y quién que tal vez por estos obra aquellos? En lo que se sigue (¡caso estupendo!) se ve todo.

Así se miraban tristes unos a otros, cuando desde la villa volvieron corriendo algunos que después de victoriosos habían llegado a ella, dando voces, y afirmando ser resucitadas (esto más lo quieren decir los ojos que la lengua) todas las personas que dejaron degolladas. No fueron creídos los primeros, y apenas los segundos. ¿Y qué mucho, si para matarlas se olvidaron los matadores del poder de quien las resucita? Mas al fin empezaron a correr por llegar, y a pasmarse llegados. Mal se exprime el alborozo y la alegría de los que se quieren mucho y se ven sobre una ausencia, no tan difícil como aquella de la muerte. El abad Juan solamente no volvió a la villa, resolviéndose en que había de acabar sus días en aquel lugar, adonde sobre tal victoria tuvo la nueva de tal milagro. Allí le trajo Don Bermudo la hermana y los sobrinos que habían sido degollados, en cuyas gargantas se veía, como en todos, una señal sutil de sangre, bien como si estuvieran ceñidas con algún hilo de color rojo. Levantó el santo abad una ermita llena de devoción con imagen de nuestra señora y la de su hijo en brazos, que también en sus gargantas tienen hoy las mismas señales que tuvieron los resucitados a sus pies, porque delante de ella quedaron muertos en la villa.

Llegó la hora de la muerte al Abad valeroso y santo (850): quisieron llevarlo sus monjes a su monasterio: mas sucedióles lo que a los de Navancia con Irene en su sepulcro. No hubo fuerzas bastantes a levantarlo de él. Conocida y respetada la voluntad de Dios, le dejaron recogido en la ermita, hasta que nuestro rey primero Don Alonso Enríquez, devoto y obligado al santo por algunos milagros, empezó a edificar un monasterio en aquel sitio, y lo acabó su hijo y sucesor Don Sancho, dedicándolo a la religión de Císter, porque de su fundador san Bernardo había recibido beneficios la infancia de nuestro reino.

A Don Ramiro tenía sucedido su hijo Don Ordoño cuando Mahamet rey de Córdoba con grueso socorro de África bajaba impetuoso conquistando tierras y plazas poseídas de cristianos. Salió el rey a presentarle batalla en la Extremadura junto al Tajo; pero en ella aunque al doble mató barbaros, quedó maltratado, mas no de todo vencido, si bien como vencedor fue pasando el moro a Portugal, adonde ganó la villa de Santarem, la ciudad de Leiria, y otras poblaciones no conocidas en nuestra edad.

Padecían los cristianos entre el ruido de las armas otras miserias domésticas con la superioridad de los tiranos, que haciéndose legisladores sujetaban los ánimos católicos a observancias abominables. Abderramen rey de Córdoba, cabeza del imperio pagano, hizo ley contra ellos, que interpretada de los suyos conforme al intento exorbitante, servía de ministrar el martirio a los fieles que entre su furor siempre permanecieron constantes. Uno de ellos, Cisenando natural de Beja, de los antiguos habitantes católicos de ella, que en seguimiento de sus estudios residía en Córdoba. Un día que murieron por la fe dos amigos suyos, quedó con más deseo de acompañarlos, que con pena de no verlos. Vio padecer otro después, e impelido de coraje santo desató su lengua en altísimas razones, todas apoyo de la ley de Cristo, todas oprobio de las otras. Desnudó con ellas el cuchillo bárbaro, y el martirio bajó del Cielo aquella corona inmortal de la bienaventuranza siéndole primero revelada en la cárcel la hora de su combate. Padeció semejante tormento su amigo Paulo natural de Córdoba, a quien Tiberino, portugués de Beja de largos años preso en la misma cárcel, pidió que en viéndose delante de Dios fuese valedor de su inocencia. Prometióselo Pablo, y cumpliólo, por que a los cuatro días de su muerte se vio libre Tiberino, y pasó a su patria. Tanto puede la fe de los hombres, tanto con Dios sus siervos. Otro portugués llamado Elias, viejo venerable, fue degollado en compañía de dos amigos suyos; y a ellos acompañaron muchos que tienen sus memorias en escritos diferentes: porque en este apenas caben las de nuestra patria.

El rey Don Alonso el Magno heredero de Don Ordoño (866) después que en algunas empresas militares dio muestras de la grandeza de su ánimo, empleó caudal y tiempo en la reedificación de

ciudades arruinadas. En Portugal la de Braga, que hasta entonces estuvo por el suelo de aquel modo en que la dejaron moros en la primera entrada. La de Oporto que se veía sin gente ni fábrica de importancia. La villa de Chaves. Las murallas de la ciudad de Viseo reparó de manera, que temeroso el cordobés de tanta fortificación, haciendo tender las alas al ejército con velocidad maravillosa, se mostró a los nuestros, que aun tenían más ocupadas las manos con los instrumentos de la labor que de la guerra. Todos ahora fueron armas, porque no dio lugar a tomarlas todas la diligencia y la lluvia de los golpes y combates enemigos; tales al fin que los cercados propusieron partidos, y fueron escuchados con perder la plaza. Pasó sobre Salamanca la mano victoriosa; a escala vista fueron entrados sus muros con tanta brevedad, que en vano marchó el rey a grandes jornadas por socorrerlos. Ya el ejército vencedor cargado de despojos caminaba a Córdoba, el rey por desahogar empleando el coraje con que se le abrasaba el pecho, discurriendo como un rayo por el reino de Toledo, todo lo ponía a saco, a sangre, a fuego. Dando vuelta a Portugal se restituyó de la ciudad de Viseo un mes antes ganada de los moros, la de Coimbra combatió tan recio, que en pocos días entró triunfando por sus puertas.

Resultó del valor de este príncipe excelente una quietud tan grande entre el temor y ruido de las armas, que los cristianos que habitaban las provincias de Entre Duero y Miño, las de la Beira y Ultramontana, de nuevo hacían poblaciones, reedificando las antiguas. En tanto que en estas fábricas se empleaban los portugueses, se dio el rey a proseguir aquella insigne de la iglesia de Sevilla, obra suya desde los primeros fundamentos. Consagraronla diez y siete obispos, más de la mitad lusitanos. De Salamanca Dulcidio, de Iria Sisnando, Nausto de Coimbra, Argimiro de Lamego, de Viseo Teodemiro, de Oporto Cumedo, Argimiro de Braga, Recaredo de Lugo, y de Britonio Teodomiro. Halláronse también señores y títulos de este reino, Álvaro conde de Idaña, Después hizo el rey celebrar Concilio en Oviedo (901) sobre cosas diferentes importantes al buen gobierno de las cosas de aquel tiempo, y en particular para que se acomodaren de algún modo los obispos que ausentes de sus Iglesias se recogían en aquella. Era uno el de Iria, a quien se dio por recogimiento la iglesia de Santa María de Tiniana, al de Viseo la de Noveloto en Recisen, a los de Braga y Dume la de Lugo cerca de Oviedo, al de Coímbra la de San Juan de Neva, al de Oporto la de Santa Cruz de Androga.

Volvió el rey a proseguir con las poblaciones de España. Llegaba en Portugal hasta las márgenes del Tajo, cuando fue descubierta la rebelión de sus hijos Don García y Don Ordoño: y tan porfiados, que se resolvió en partir entre ellos la Corona, antes que el honor o la vida. A Don García dio Oviedo, León y Castilla, a Don Ordoño Galicia y Portugal. A la ambición de reinar ni el vínculo del juramento, ni el lazo de la obediencia, ni el poder de la razón, ni la razón de la sangre fueron jamás bastante freno. Murió Don Alonso.

Don Ordoño (912) discurrió con tanto valor por Galicia y Portugal, que demás de asegurar lo conquistado hasta el Tajo, llevó las armas triunfantes de la otra parte del río, y combatiendo la ciudad de Beja, que entre todas las que los moros tenían al occidente era la más rica y populosa, la redujo a un lago de sangre: espectáculo tan horrendo a los confinantes, que sin aguardar la vista de las banderas católicas desamparaban los lugares.

Envidioso Don García de que se prosperase tanto su hermano Don Ordoño, buscaba achaques para descomponerse con él, cuando la muerte, por castigar la codicia con que había desobedecido a su padre, y la envidia con que ahora se descomponía con su sangre, le sacudió el cetro de la mano (914). Tomólo Ordoño, y haciendo el poder el compás a los pensamientos, aspiraron los suyos a mayores empresas, pareciéndole afrenta que se disminuyesen ellas, cuando se multiplicaban las coronas. Después que levantó algunos trofeos fuera de nuestra Lusitania, volvió a entrar por ella talando y destruyendo todo lo que baña el Guadiana. Fue más considerable el expugnar un castillo llamado Alhaje, que por su fortaleza era entonces el depósito de las riquezas y tesoros bárbaros. Cebó en ellos el rey todo el ejército: pasmo y suspensión voló por toda la morisma con la nueva de esta pérdida. Es el caudal el nervio de la guerra, el alma de las empresas, y el fin de las empresas y

de la guerra. Esto todo perdía en aquella fuerza el enemigo. Perdieron pues el ánimo los de Entre Tajo y Guadiana, los del Algarve y Extremadura, de tal manera, que antes que nuestro príncipe los viese, salieron a comprar la libertad a peso de oro, y hacerse tributarios y vasallos suyos. Con esto bajó el rey la espada recogiendo a León.

Mas como en los vencidos no dura más la observancia de lo prometido, que en cuanto se deja ver el poder del vencedor, animados estos con promesas de Abderramen rey de Córdoba, volvieron a tomar las armas, antes temerarios que temerosos. Velozmente volvió sobre ellos el rey; a un mismo tiempo vieron las cruces en las banderas, y las llamas en las poblaciones; a un mismo tiempo oyeron las cajas, y probaron las espadas. Mas despacio marchaba el cordobés en su socorro, pues ellos desesperados de él, tomaron por mejores armas para resistir al rey airado las lágrimas en señal de arrepentidos, y nuevos tributos.

Rompía Ordoño por el centro del reino, cuando supo que Abderramen caminaba con su ejército a buscarle. Hizo lo mismo el nuestro: viéronse junto a Talavera, y tendidas las banderas, y probadas las armas, veinticinco mil combatientes quedaron al enemigo en la campaña. Castigado en esta y otras ocasiones, convocando mayor poder entró por Lusitania, y sin perdonar a cosa que fuese de cristianos llegó a la ciudad de Oporto; batióla reciamente; en la resistencia hacía otro tanto el conde Hermenegildo. Socorro grande le trajo en persona el rey Don Ordoño, que presentando batalla a los cercadores, mató muchos y ganó despojos preciosos; mas no de balde, porque perdió gente, y la victoria no se vio ganada sino cuando al otro día por la mañana apareció el campo sin el moro, que habiéndose recogido la noche pasada con presunción, ahora volaba en las alas del temor.

Príncipe valeroso perdió España en Ordoño. No lo alcanzó tal en Don Fruela (924): por blando, por flojo, y al fin por incapaz, fue depuesto del gobierno; osadía o celo de vasallos antiguos, mostrados o a poder mucho sobre sus príncipes, o a deseárselos poderosos sobre todos. No diré cómo se llamaban estas deposiciones en aquel tiempo, en este traiciones, y rebeldías se hubieran de llamar. Fueron nombrados por gobernadores los dos memorados jueces Nuño Rasura y Laín Calvo, que algunos escritores llaman tronco de la familia de Castro: désele la fe que merecieren, sabiendo que en aquel ejercicio para poder vivir han de ser mentirosos, y para hablar verdad mal vistos. Mas en este mismo tiempo, que los castellanos introdujeron aquella suerte de gobierno, se hallan en Portugal algunos condes sustentando en paz la tierra. Don Gutierre Arias, Hufo Hufes, éste en la ciudad de Viseo, aquel en la de Oporto; hasta que sucediendo la muerte de Fruela, y en la corona don Alonso, que llamaron el monje, hijo de don Ordoño, vino por gobernador a Portugal su hermano Don Ramiro. Residía en Viseo, corriendo a los moros fronteros, y sustentando nuestra gente con gobierno suave en el reposo con que se hallaban, cuando fue llamado del rey su hermano, ya resuelto en dejarle la corona.

Por estos tiempos el portugués Pelayo, natural de la ciudad de Coímbra, padeció martirio. En Córdoba le cortaron los brazos, los pies; y haciéndole pedazos, dejaron para el golpe último la garganta. Fueron de industria, porque no se hallasen, esparcidos en la corriente del Guadalquivir, mas Dios permitió que no se perdiese alguno, para que los reyes levantasen templos en memoria de su nombre glorioso, y últimamente colocadas las reliquias en el precioso Erario de Oviedo; fue siempre invocado el mártir de todos los príncipes católicos, y de toda la Cristiandad perpetuado su nombre con haberle apropiado a sí muchas villas y lugares, muchas iglesias y montes; en Portugal innumerables.

Entrado Don Alonso en religión (927), y arrepentido de que lo hubiese hecho, apoderado el rey Don Ramiro del cetro, y constante en no dejarlo caer de la mano, abrieron camino a una guerra civil, de que resultaron los daños que nunca con ellas dejaron de ser menos que grandes. En Portugal haciendo los moros armas de nuestras discordias, y de todo lo que ministraba el furor, entraron conquistando con poca resistencia la ciudad de Lamego, la de Braganza, la de Oporto, y casi todo lo que se dilata entre las márgenes de Duero y Tajo. Los castellanos, alcanzada la ocasión para alterar de gobierno, no la perdieron. Muertos eran ya los dos jueces Nuño y Laín; hicieron que

les sucediese el conde Fernán González, todos personas a quien hizo famosos, primero que sus obras, la inquietud humana. Disimuló Ramiro (mucho sabe, o poco puede cuando disimula un rey) con los electores, y procurando vengarse solamente con mostrarles su valor, salió a los bárbaros por el reino de Toledo, y al sacudir de la espada, y al soplar del fuego, redujo a sangre y ceniza todo cuanto se le vino a los ojos.

Diferentes casos, nuevos castigos, mayor ira descubrió el furor de las armas hasta el año 934, en que se vio sin luz la tierra por espacio de dos meses. Había el sol perdido su resplandor, o negándole Dios a los hombres, que entre el horror de estas tinieblas andaban avasallados de una confusión terrible, cuando en el cielo se observa una fractura o quiebra por donde reventaban llamas de fuego, y las estrellas como que vagaban por la región del aire. Varios eran los juicios sobre la causa; mas conformes en que conocían los efectos, juzgaban que se acababa el mundo. Al otro día se mostró resplandeciente el sol; y en tanto que los cristianos aplacaban a Dios con clamores y penitencias, los moros consultaban sus hechiceros. Alfaramy de Meca afirmó al rey Abderramen que el prodigio amenazaba con ruina de príncipes católicos, si él se disponía a tomar luego las armas. Pagado el moro de la exposición diabólica, público la guerra. Las esperanzas del fruto de ella traían en diferentes remolinos toda la morisma: hacíanse levas de gente, de trabucos, de tormentas y municiones en toda España. Desde África condujo su capitán Almanzor socorro grande. Salió Abderramen con un ejército casi exento de número, y penetrando por todo Portugal, hasta los mismos peñascos revolvió. Espantosos géneros de muertes inventó la ira para los cristianos, cuyos nombres están escritos en los anales de la gloria. De piedad usaba con ellos quien los acababa de matar. Los hombres eran desollados vivos; con impía flema se cortaban los pechos a las mujeres; de los niños tomados por los pies se iban sacudiendo las cabezas por las piedras.

Grandísimos eran ya los daños y los tormentos ejecutados, cuando el rey Don Ramiro convocada cuanta gente era capaz de tomar armas en España, no habiendo menos de Portugal que de las otras provincias, llegó a encontrarse con el campo enemigo, de cuya multitud fue obligado a retirarse a las montañas de Clavijo. Aquí le apareció el apóstol Santiago, como al conde Fernán González había aparecido san Millán, asegurándolos de la estupenda victoria que en aquellos valles y montes alcanzaron. Fue visto el apóstol pelear sobre un caballo, y ser rayo sobre los moros. Por la grandeza de la victoria, y por esta su primera aparición en favor de España, y por decir él que Dios le daba el patronazgo de ella, fue llamado Patrón suyo. Bien le paga nuestra edad estos favores. Pasó esto en este año, y en la vida de este príncipe segundo de su nombre, no en la del primero, como pensaron muchos, usurpándole la gloria de tal hazaña; como también los incrédulos le desmienten la otra, toda hija de su valor, de su sagacidad; y es de esta manera.

Casado estaba el rey don Ramiro con Doña Urraca, cuando en el ocio de unas treguas pasó en romería al sepulcro del apóstol Santiago (por ventura en reconocimiento del socorro antecedente) y a la vuelta quiso reconocer algunas fronteras de moros en Portugal. Supo como Alboazar, señor de muchas tierras, tenía una hermana llamada Zara, criatura de belleza maravillosa; de la fama se dejó luego enamorar. Procuró verse con el hermano por abrir camino al fin de su deseo: fueron las vistas en el castillo de Gaya. Salió Ramiro grandemente rendido de la hermosura de Zara; pidióla por mujer al moro, y él propuso dos dificultades: la diferencia de las leyes, y tener el rey su mujer viva. Esta facilitó con decirle había sido el sacramento inválido por el parentesco. Desengañóle Alboazar conque Zara estaba prometida al rey de Marruecos. Desesperado el nuestro de inclinar el bárbaro, por medio de un encantador o astrólogo, llamado Amon, sacó a Zara del castillo. Ya entraba con ella en las galeras que tenía en el puerto con lucida gente, cuando los moros, descubierto el robo, llenos de furor y rabia dieron sobre los robadores. Por la segunda Elena de nuestra Lusitania se empezaron a barajar paganos y bautizados con golpes que solamente suele obrar la desesperación postrera. Copiosa sangre costó la victoria a nuestro príncipe. En León hizo bautizar la mora, y llamóla Artida. En la lengua de España era *artida* lo mismo que perfección: fue su nombre su alabanza.

Alboazar impelido del agravio, sabiendo que la reina Doña Urraca había quedado en población pequeña de la otra parte del Duero, la cautivó con poco más trabajo que pasar el río. Ramiro que lo supo hizo toldar sus galeras de paños verdes (luego veremos para qué eran los toldos de este color) y llenas de los más valerosos hombres de su Corona (hasta los remeros lo eran) las hizo bogar, o volar. Entró una noche por aquella barra, cortando el río hasta tomar puerto debajo de muchos árboles que entonces asombraban sus márgenes. Ni fue sentida su llegada, ni podían ser vistos los vasos por entre las ramas, porque con los toldos verdes (para esto eran) se desmentían los ojos. Haciendo saltar en tierra cierto número de aquellos caballeros, ordenó que se escondiesen en el bosque, y que no se moviesen harta que llegase a sus oídos el son de una corneta con que se apartaba de ellos. Bien armado, mas disimuladas las armas con hábitos viles, se fue hacia una fuente que está cerca del castillo. Vino Perona, criada de la reina cautiva a buscar agua para ella. Representó el rey ser un pobre enfermo, pidióle de beber, y fingiendo que bebía, dejó caer en la cantarilla una piedra preciosa conocida de la reina. Perona, sin pensar que le llevaba más del agua, al acabar de derramársela en las manos vio la piedra. Reconocióla Urraca, investigó la causa, la moza la confiesa, entendió ser su marido: hízole llevar al castillo, sin mostrar que lo entendía.

No se hallaba en él el moro: poco tardó que no llegase cuando con el rey hablaba la reina, que fingiendo se temía de que le hallase con ella Alboazar, le encerró en una alcoba. Era diferente su pensamiento, porque entrado el moro, a quien ella lograba ya como marido, le preguntó: ¿Qué hiciera al rey Don Ramiro si en las manos se lo pusiera la fortuna? Quitarte la vida (respondió) con tormentos jamás vistos. Pues aquí tienes esta llave (replicó ella) debajo de cuyas guardas le hallarás seguro. Entró en la alcoba, de donde Ramiro tenía oído todo lo que Urraca con traición digna de mujer despreciada había hablado. Previnendo el remedio en el engaño, persuadió al moro que venía a ponerse en sus manos obligado de su confesor por la culpa del robo de su hermana: y que pues el agravio fuera público, lo fuere el castigo: consigo traía una corneta, pedía que subido en lugar alto se la dejase soplar hasta que perdiese la vida soplándola. Creyólo Alboazar, quiso perdonarle, impidiólo la reina, sacáronle a un patio, y puesto sobre una columna le dejaron que empezase a tocar el cuerno.

Apenas sonó en los oídos de sus caballeros emboscados, cuando ligeros como rayos subiendo el monte, entraron por las puertas cortando a todas partes con valor estupendo por los moros embebecidos en la penitencia de Ramiro, que como tenía su espada encubierta con el traje, mostrándola a Alboazar, le cortó de un golpe la cabeza. Destruído el castillo, volvió a sus galeras, llevando la reina tan triste, que le obligó a preguntarle la causa, y respondió ser todo efectos de la muerte de aquel moro. Hízola atar a una piedra, y echar a fondo, quedando así más libre para lograr el fruto de los amores de su Artida. En ella tuvo a Alboazar Ramírez, origen de algunas familias, según autores de los aplausos de la vanidad humana, que a trueque de llevar un rey en el tronco, no repara en que se quede en la raíz un moro. Es ésta la última memoria que tiene Portugal del Rey don Ramiro, bien que fuese su muerte algunos años adelante.

Don Ordoño III del nombre, que sucedió (950) a su padre don Ramiro, tuvo por dichoso auspicio de su gobierno una sosegada paz, interrumpida después con la rebelión de su hermano don Sancho. Apenas dio remate al castigo de estos movimientos, cuando corriendo con mano poderosa por todo Portugal, y dejando vencido mucho a todas partes, llegó a la ciudad de Lisboa, que después de combatida ásperamente fue escalada, no sólo para que sus autores sintiesen en su garganta uno de los más formidables cuchillos que amoló el rigor, sino las mismas piedras, una de las mas espantables venganzas que ejecutó la ira.

En Don Sancho que llamaron el Gordo, se vio a pocos días la corona (955), que los pasados se había visto en la frente de su hermano don Ordoño. Experimentó nuestro reino en la mudanza los daños de una discordia doméstica: grandísima la tejieron los condes que tenían su gobierno. Aplacóla el rey en persona con sus armas. Mas el conde don Gonzalo, cuyo señorío era de la otra parte del Duero, obstinado en su rebeldía, con buen trozo de gente buscaba el ejército real con

intento de embestir con él de campo a campo, y de medir la lanza con su príncipe: pero viéndole tan poderoso en campaña, reducido el ánimo a desmayo, pidióle perdón, más con la tristeza del semblante, que con el arrepentimiento del alma. A pocos días acabó con veneno lo que no pudo con la espada. Así se asegura un traidor, así de un traidor no se puede asegurar ninguna potencia. Este todavía lo pagó con la vida, porque el pueblo culpando a los condes portugueses en la traición, obligó a que por su inocencia fuese desafiado el conde don Gonzalo. Salió al desafío el conde don Fruela Vermuiz, uno de los que acusaba el vulgo, y en singular batalla le dejó corrido en la villa de Salas, poco distante de la ciudad de Oporto.

La edad tierna con que Don Ramiro el III entró a reinar por muerte de su padre (975), dio osadía a los moros para tomar las armas, y alterar el reposo antecedente. Alcoraxis rey de Sevilla entró por nuestra Lusitania con tanto poder, que los condes y capitanes fronteros no pudieron detener el ímpetu de sus asaltos. Dejaron todas las plazas de sitios llanos por defenderse en la altura inexpugnable de algunas montañas. Entrando, pues, los bárbaros por el valle de Arouca lo dejaron en estado miserable, imagen de lo que había podido el hierro y la llama. Vengó el apóstol Santiago esta pérdida, y defendió su causa con una pestilencia arrebatada en el ejército infiel, que había osado poner en cerco a su santa iglesia y sepulcro: así mostró que es suyo aquel, y que era su patronazgo España.

Salió en tanto el rey de la edad tutelar con tan pocas muestras de talento y valor, que dio motivos que los condes portugueses y gallegos saludasen por su rey al infante Don Bermudo, hijo del rey Don Ordoño. Discúlpenlos si pueden las partes dignas de imperio, observadas en Bermudo, las pocas de Ramiro, la necesidad de muchas en los príncipes para parecerlo. Opúsose todavía Don Ramiro con las armas (que para defenderse también las aciertan a tomar los soñolientos), salió a encontrarse con Don Bermudo en el puerto de Arenas, rodeado de los que le habían llamado rey. Peleóse virtuosamente un día, y con la noche se apartaron los dos campos, tomando cada uno el camino de su reino, ni vencidos, ni vencedores. ¡Caso raro! Batalla fue lamentable, porque en ella pereció lo florido de la caballería de España, que entonces era el freno de los moros; pareció que más vinieron todos a hacer un sacrificio grande, que a buscar alguno la victoria.

Estas discordias intestinas o guerras civiles y domésticas, dieron ánimo al capitán Almanzor para violar las treguas, y discurrir con ejército poderoso por toda Lusitania, adonde a fuerza de armas, después de bien resistidas, volvieron al yugo bárbaro plazas ilustres, la ciudad de Coímbra; menos costoso fue el rendimiento de la de Oporto; mejor peleó la de Braga y no tuvo mejor fortuna; la de Britonio, usando lo último de la obstinación en la defensa, con estrago notable en el enemigo provocó la furia en Almanzor, con tanta impiedad, que entrados sus muros no se admitió cristiano a vida, ni se redimió de la ruina la fabrica más olvidada o más remota: solamente la memoria de su nombre y de su asiento permanece. En la provincia de la Beira corrieron la misma tormenta Lamego y Viseo. En todas el primer incendio era en los templos sagrados, y el primer golpe en los ministros de ellos, y en los católicos de vida más inculpable; de que se seguía que a un mismo tiempo asolaban la tierra y poblaban el Cielo. Conserva la tradición el nombre Archense en la eminencia de un monte del monasterio de monjas que allí fueron muertas una noche con su dichosa abadesa Columba, que bien como otra Úrsula iba capitaneando para la gloria aquella escuadra bella y divina. Pasando el moro la sierra de Pera, junto a la villa de Aguiar de la Beira y de Sismiro, dio una caterva sobre otro monasterio, y llevó las vírgenes sagradas. Cristianos le salieron al paso, y empezaron por la retaguardia con tan buena dicha, que a pocos perdonó la muerte. Por ello se llama aquel campo la Matanza, y Almanzor el monte adonde se retiró temeroso el moro.

En este conflicto pasaron algunos católicos desde este lugar una imagen de nuestra señora devota y milagrosa, cuya invención se debió a la inocencia de una pastora muda, y ella la habla al Cielo, que como corre por su cuenta la veneración de las imágenes, hizo que ésta con milagros mereciese ser adorada perpetuamente de los devotos. Llámánla de Lapa, por ser hallada en una cueva no muy lejos de la ciudad de Lamego. En el *Diálogo del culto de las imágenes* tenemos más

dilatado este suceso. Florecieron nuestros santos portugueses: Rosendo hijo de los condes Don Gutierre Arias y Aldara, señora que mereció serle revelada la concepción de este hijo. Corriendo la edad fue obispo de Dume, de Mondoñedo, de Compostela, adonde teniendo el gobierno por el rey Don Sancho el Gordo mostró que puede un bonete ser dignamente sustituto de una celada, porque con su valor fue libre Galicia de la invasión de los normandos, y su patria portuguesa de las entradas y correrías perpetuas de los moros. En la paz fundador de edificios grandes: adonde nace el río Lima el monasterio de Celanova, de monjes benitos; hízose su compañero saliendo del obispado. Vivió tan como santo, que fue anuncio y verdadero auspicio de su tránsito una paloma que se vio entrar en su boca y salir de ella, y su alma ser llevada con músicas celestes en las alas de coros angélicos. Canonizóle Celestino III. Su cuerpo resplandeció siempre en aquel monasterio con milagros insignes, experimentáronlos toda suerte de estados, príncipes, señores, medianos y plebeyos.

Señoriña, su parienta hija de Hufo Hufes, conde y señor de muchas tierras, en un monasterio de San Juan, a las faldas de la sierra de Vieira, fue monja de san Benito, y abadesa por muerte de Godiña tía suya, y maestra santa de toda la santidad de la sobrina. Muchas veces para los oficiales de las obras de su Convento convirtió en vino el agua, y ellos se lo pagaron tan mal, que viéndola hablar sola con su pariente san Rosendo, de la plática (sin duda divina) sospecharon vilmente dos albañiles; mas al pensarlo, arrebatados del demonio volaron desde un tejado, y cayeron muertos. No se vengan los santos. Ambos a dos los resucitaron luego. A las dos santas en sus sepulcros acompaña en el suyo su pariente san Gervas, en un monasterio de monjes benitos, puesto en Basto al septentrión en los confines de la provincia de Entre Duero y Miño. Entre los hombres ninguna dicha tuvieron estos santos, ni vivos ni muertos, porque la sierra en que vivieron es poblada de gente bestial, y el monte en que están sepultados de otra que parece dos, pobre y tosca, escuderos con humo de hidalgos, y serranos con humo de escuderos.

Sucesión de los pontífices.

IA Efpues de Adriano tuvieron la tiara pontifical suprema León III, a quien fueron restituidos los ojos que unos tiranos le sacaron. Esteban IV. Pascual. Eugenio II. Valentino. Gregorio IV. Sergio II, en quien tuvo principio el mudar de nombre los pontífices, no habiéndolo mudado éste, sino por no ser bueno el que tenía de *Os porci* que significa *hocico de puerco*, porque en tanta dignidad, ni aun el nombre fuese menos que puro. León IV. A éste dieron por sucesor, o la ignorancia del vulgo o la malicia del tiempo, Juan VII, diciendo ser mujer. Mas olvidado este error sucedió a León IV. Benedicto III. Nicolao, Adriano II. Juan VIII. Marino. Adriano III. Esteban V. Formoso. Bonifacio VI. Esteban VI. Romano. Teodoro II. Juan IX. Benedicto IV. León V. Sergio III. Anastasio III. Lando. Juan X. León VI, Esteban VII. Juan XI. León VII. Martino II. Agapito II. Juan XII. León VIII. Juan XIII. Benedicto VI. Dono II. Bonifacio VII. Benedito VII. Juan XIV y XV y XVI. Gregorio V. Silvestre II. Tuvo principio la orden cluniacense.

IX.

DESDE EL AÑO 982 HASTA EL 1072.

Así en Portugal; en cuanto se revolvían y aprestaban para pasar a él muchos gascones. Ahora lo pusieron en ejecución con una lucida flota, de que era el general Don Moniño Viegas. De ellos dicen que proceden muchas familias nobles, los que quieren que no lo sea sino lo que viene de fuera de su patria, extraño y peregrino. Mostróse la armada sobre la barra del Duero (982): entró por ella, y por él y sus orillas, vio de una parte el castillo de Gaya destruido, como Don Ramiro el Segundo lo había dejado cuando mató a Alboazar; de otra la ciudad de Oporto arruinada como los moros la

dejaron muchos años antes. Agradados los extranjeros del sitio reedificaron lo más eminente de ella: fortificáronle con torres y muralla sucinta, obra y defensa de ningún momento para nuestra edad, para aquella más ilustre y más segura. Ahora se ve a pedazos (así como en Madrid) en medio casi de la población moderna. Es célebre, y aun venerada, una puerta y torre que llaman de nuestra señora de Vandoma, nombre de la patria de Don Sisnando, hermano del general, que siendo obispo de ella había trocado la prelación por empresas tan heroicas, con celo católico y divino. En la torre que sobre esta puerta se levanta se ve hoy una imagen de nuestra señora, mayor de lo natural, de escultura más abultada que polida, que fue colocada por este prelado en aquel lugar, e invocada del propio en muchos conflictos militares; porque como capitán sagrado desde allí la contemplaba contra los bárbaros no menos que con divino aliento, *terribilis ut castrorum acies ordinata*. Tengan paciencia, si pueden, los impacientes de lugar semejante, que el romance no lo llega a decir tan como ello lo es, y era menester que se dijese bien. Pagóselo Dios a Sisnando con darle tiempo para que acabase de restaurar la población, y llamarse obispo de ella. De aquí con su general salió a conquistar las tierras adyacentes de la una y otra parte del Duero; de cuyos asaltos permanecen memorias. Grande la dejó Don Nunez, hermano de Sisnando, que en una sierra poco distante fundó un castillo con el nombre de Vandoma, que no falta aunque falte el edificio. Con reputación de santos tienen sus entierros en iglesias del mismo obispado.

Pasando los años, y teniendo la dignidad arzobispal de Sevilla Ataúlfo, portugués venerable y santo (996), el rey don Sancho impelido de informaciones no buenas quiso no solamente matarle, sino que muriese atormentado. Para eso hizo traer un toro bravo, mas él llegándose al varón apostólico, en vez de llevarle en los cuernos se los dejó en las manos, como que a la inocencia inculpable rendía todas las armas. Por trofeo los puso Ataúlfo en la iglesia de Oviedo, y el Cielo al rey en pena del sacrilegio expuesto al furor con que el de Córdoba(era Almanzor) volvió a entrar por las tierras de Portugal, asolando las ciudades de Coímbra, Viseo, Lamego, Porto, Braga, adonde otra vez no dejó piedra levantada, y la villa de Montemayor. En Galicia no quedo exento ni el lugar del sepulcro de Santiago. Mas pagólo su ejército casi degollado con una pestilencia grande, y con las armas del rey Don Bermudo, siendo señalado entre ellas el conde portugués Don Froila Vermuiz que con su gente salió al encuentro a Almanzor en un monte que llaman de Alvergaria y Mañouce. Púsole aquí en tan miserable estrago, que a una población vecina quedó el nombre (y permanece) de Almanzores, como a otra el de Osela a la orilla del río Cambra, por los muchos huesos de bárbaros que allí fueron vistos blanquear largos días después que Froila dejó cubierta la campaña de cuerpos paganos de este mismo ejército. Está sirviendo de apoyo a la verdad del suceso una ermita que como trofeo de gran victoria edificó el vencedor, dedicada al apóstol Santiago por haberle visto en la batalla.

Seis años tenía de edad Don Alonso Quinto de este nombre cuando sucedió a su padre el rey Don Bermudo (999). Fiado el gobierno de su corona a la prudencia del conde Don Mém González, señor grande en nuestro reino, fueron frustrados los pronósticos de muchos, y el temor de todos sobre las infelicidades que casi siempre trae consigo la sucesión de reyes niños. Vivían ya los cristianos en Portugal con tanta mano, que siguiendo algunas personas capitales, empezaron a reparar muchas poblaciones asoladas los años pasados, y a conquistar otras que en estos eran aun poseídas de los moros. Fue singular en este ejército Alboazar Ramírez, el hijo de Don Ramiro el Segundo y de Zara o Artida hermana del señor de Gaya: porque con muchos caballeros y otra gente sustentada a su costa, entró por las tierras de Portugal haciendo tan dura guerra a los bárbaros, que en el segundo año del nuevo rey (1000) se pudo nombrar expulor de ellos en toda la provincia de Entre Duero y Miño. Mas porque se iban deteniendo por la Beira y Tras los montes, se resolvió el año siguiente (1001) en espolearlos de manera que caminasen más: desbaratólos en algunos lugares, conquistó la ciudad de Braganza y otras plazas importantes por aquellas montañas. Ya en estas empresas le acompañaban sus dos hijos Don Trastamiro y Don Hermigio, que prosiguieron años adelante el propio asunto de la expulsión por estas partes. De ellos se escribe que proceden en Portugal las familias de Amayas, Cuñas, Tavoras, y Teives.

Brotaron tales desavenencias entre el conde Froila Vermuiz y los tutores del rey, que se vio sujeto a tomar las armas el portugués, y mostrarles su razón en batalla campal. Diose en el distrito de Mafra entre Villanueva y Betanzos. Desagravióse así del daño que le solicitaban enemigos suyos fiados en la poca edad de su príncipe. Caso muy parecido al otro del infante Don Pedro, gobernador de Portugal en la infancia del rey Don Alonso también Quinto del nombre, y heredero de su padre con la misma edad de seis años; y más cuando los tutores vencidos de nuestro conde, viendo al rey en edad adulta le hicieron creer contra él cosas indignas de ser imputadas a tal vasallo, y creídas de tal rey. Mas mirándolo Froila indignado volvió a tomar las armas acompañado de señores amigos, y vasallos suyos. Dio la resolución cuidado al rey, y aumentóle con la nueva, que llegó tras él, de que un vasallo suyo se había levantado con la ciudad de Oviedo.

Era éste el mayor peligro. Acudióle el rey, disimulando entretanto con Froila. Mas él, por mostrarle que aunque le veneraba como príncipe suyo, sabía no temerle como enemigo cuando más poderoso, se fue tras él; ya le halló ocupado en asaltar la ciudad rebelada; llegó a los oídos de los combatientes el ruido de las cajas y trompetas de Froila, y luego a los ojos las banderas, y las compañías en gentil ordenanza. Advirtieron al rey que mandase tocar a recoger, conociendo que si el conde embistiese en aquella ocasión, le sería fácil la victoria. Mas él, con real confianza, y conocimiento de la lozanía portuguesa, respondió, *que no desistiesen del combate, porque el conde era tal caballero, que no acometería a sus enemigos por las espaldas*. El conde, que no pensaba que tanto le conocía el rey, viendo que no cesaba el asalto, siendo ya vistas sus armas, quedó confuso, pero no desconfiado. Penetró que todo eran confianzas del rey, y pagóselas con una hazaña digna por cierto de memoria perdurable. Hagan las extrañas norabuena codicia a los curiosos fuera de su gente, que las nuestras pueden ser ejemplo para todas. Froila, pues, venciénzose primero a sí propio, echó un borrón a la memoria del motivo de su jornada; como si viniera en socorro del rey, mezcló con su ejército el suyo, y dio tal calor al combate, que entre su llegada, y el escalamiento de Oviedo se interpuso poco tiempo. El conde por su brazo fue ejecutor de tales hechos, que entre otras ilustrísimas afrentas quedó ciego. Todo el valor de Zopiro se vio en Froila, todos los deseos de Alejandro en Don Alonso, que los tuvo de que el dar muchas ciudades pudiera volver los ojos a tal héroe, mas dióle lo que pudo; muchas satisfacciones por lo que había creído contra él; muchas tierras por lo que ahora le había hecho creer con esta acción postrera.

Con diferentes sucesos, mas todos prósperos, iban respirando los cristianos en toda España (1027). En nuestro reino con esperanzas nuevas, viendo entrar al rey por las tierras de la Beira ganando lugares, villas, plazas, hasta que estando acuartelado sobre la ciudad de Viseo, cuyos moradores se defendían obstinadamente, saliendo una tarde desarmado, por reconocer más ligero las murallas y fortificaciones, se llegó tanto, que desde las almenas le tiraron con una flecha tan encaminada, que atravesándole el cuerpo le hizo dejar el sitio. Murió de la herida en la ciudad de Oporto.

Varias novedades y mudanzas trajo la muerte del rey (1037); diferentes movimientos e inquietudes la codicia; atroces insultos la traición, todo ajeno de nuestro intento; hasta que reinando Don Bermudo, dos nietos del infante Alboazar Ramírez, Don Tedón y Don Rosendo, con una caterva de gente valerosa entraron por las tierras que fenecen adonde el río Távora desagua en el Duero. Fortificándose en sitio acomodado, fue tal el ardor con que ofendieron a los moros, que en pocos días quedó libre de su opresión todo aquel campo con una esperanza tan viva de no perderlo, que luego de soldados empezaron a hacerse cultores, andando todavía en la una mano el azadón y en la otra la espada. Todo era menester; porque los bárbaros, viendo plantar árboles adonde pensaban quebrar lanzas, se juntaron en tanto número que convino a los nuestros valerse de un lugar fuerte por naturaleza, levantado en un arracife pendiente sobre el río Távora, cortado tan a plomo por todas pactes, que si no es por una difícil, no hay por dónde conquistarle; ayuda la corriente, que haciendo un semicírculo al monte, lo deja aparecer como península, en cuya extremidad se abre un

valle cubierto por todas partes de peñas inexpugnables. Aquí edificaron casas capaces de recogerse en ellas.

Salían desde esta aspereza a hacer correrías en diferentes tropas, hasta que una mañana de San Juan vieron que los moros habitantes de la villa de Paredes, de la otra parte del río llegaban con fiestas y recreos a poblar su margen. Don Rosendo, vistiendo su gente a lo morisco, vadeó la corriente por lugar oculto, y haciendo una emboscada, se detuvo en ella hasta que vio los moros derramados en el festejo por el campo. Salieron los emboscados, y haciendo muy de lo de casa, fingían escaramuzas y alegrías. Los moros pensando que ellos lo eran, se fueron acercando por mezclarse, y en las lanzadas conocieron todo su engaño, y toda nuestra industria, que hizo terrible estrago primero que los bárbaros supiesen ordenarse para resistir; mas ordenados, peleando casi con los pies en el agua unos y otros, fueron tantas las muertes, que la hicieron correr sangrienta. Crecían los paganos, y los bautizados no menguaban; bien que perecieran a no ser avisado Don Tedón del aprieto de su hermano. Salió con una tropa de caballos, y haciéndose ver de los moros de la otra parte a la lengua de agua, sirvió de alivio a nuestra gente cansada de matar, y mucho más cuando dando de espuelas a su caballo, se engolfó en un piélago, adonde cargaron los moros por impedirle el paso. Peleóse a un mismo tiempo en el agua y en la tierra con bravosidad, revolviéndose Tedón en su caballo por el río, como si en conflicto naval fuera bajel valeroso. Quedaron vencidos los moros de nuestros dos capitanes, que por la hazaña de aquel día ejecutada en la corriente del Távora tomaron el nombre de este río por apellido, y por armas cinco olas con un delfín nadando en ellas. Hicieron clarísimo principio a esta familia dos tan ilustres caballeros, y ilustráronla en nuestra edad otros dos tan insignes como lo fueron Don Lorenzo Pérez de Távora, que con embajadas de su príncipe Don Juan el III fue escuchado de todos los príncipes del mundo; y Don Cristóbal de Moura, que fue conocido de todos ellos saliendo de la escuela de tal maestro con el espíritu doblado, como de la de Elías Eliseo.

Dejó Don Tedón aquella plaza, y se dio a ganar otras, y a poblarlas de nuevo después de ganadas, cuando la fama de sus hechos llegó a Ardinga, infanta mora, y hermosa hija de Aliboacén rey de Lamego; y la obligó a que enamorada del Tesseo portugués dejase el regalo y pompa de los estrados reales, y la presunción y altivez de la hermosura (que es lo más que puede dejar una mujer, y vestida en traje de hombre por caminos ocultos viniese a encontrar con un ermitaño en cierta casa de oración y soledad, adonde fue convertida a nuestra fe por el varón penitente después que vino en conocimiento del sujeto y del motivo del disfraz, prometiéndole acabar con el capitán que la eligiese por su mujer. No se logró esta esperanza, porque el padre de Ardinga luego que lo supo, con recatada diligencia le dio alcance, y con bárbara impiedad le cortó la cabeza. Pocos fueron los días que vivió Don Tedón; matáronle los moros en cierta retirada a la corriente de un río, que hoy por el caso se llama Tedo. De suerte que un río dio nombre a este capitán famoso, y él lo vino a dejar a otro con su muerte. Sufrase en trabajo prolijo una ponderación curiosa.

Fiados los moros en que divertido el rey Don Fernando el Magno con los medios de aplacar los ánimos de leoneses, lusitanos y gallegos, cuyos señoríos había heredado por muerte del rey Don Bermudo, no podría acudir al socorro de las fronteras, salieron orgullosos. Más confiados los hacía nuestra ocupación que su valor. Entraron por Lusitania, supieron que los aguardaba el rey; infundió temor el aviso, y retirándose, hicieron que Fernando, como se hallaba con la espada desnuda, no la envainase menos que bañada en su sangre. Avasalló la villa de Sea, las ciudades de Mérida, Beja, Évora y Badajoz. Viseo, que acusada del miedo de la muerte que había dado al rey Don Alonso, se temía de mayor castigo, estaba fortificada muy conforme a su temor, y gobernada por su capitán excelente llamado Cid Alafun. Sitióla el rey, y en diez y ocho días de combates y asaltos recios, mostraron los combatientes que lo eran con dos motivos, uno de la conquista de la plaza, otro de la venganza de la muerte; y los combatidos que conocían que con los muros escalados habían de volar sus vidas. Costó muchas la entrada (1038), habiéndose dado a partido Alafun en el último periodo de la desesperación. Esta fue la vez postrera que tuvo el enemigo esta ciudad. Hallóse dentro aquel

que con la flecha había muerto al rey Don Alonso, y porque no pudiese hacer más tan sacrílegas punterías, le fueron sacados los ojos, cortadas las manos y un pie; sentidos y miembros que ocupaba la acción del tiro, porque entonces se armaba la ballesta con poner un pie en el arco: últimamente sirvió el cuerpo así troncado de blanco a muchos flecheros. Al capitán Alafun por haber rendido la espada, aunque tarde, y por su calidad, dio el rey algunas tierras en que viviese tributario. Permanecen por el reino ruinas de fábricas, y algunos lugares y campos con el nombre de este moro; el monte Alafun, el concejo de Alafoens, y otros.

No estuvo menos obstinada la ciudad de Lamego, defendida por Zadan, el más poderoso rey bárbaro que la había dominado; y como nuestro ejército se acampaba con naturaleza de rayo más rigurosamente fulminado sobre lo que mejor resiste, vio obrar en el combate todo lo que suelen dictar grandes resoluciones en ánimos porfiados: el hierro, el fuego, dio paso a los nuestros por camino de ruina y sangre.

Fue la última hazaña de nuestro príncipe en este reino la conquista de la ciudad de Coímbra, sobre que estuvo acuartelado siete meses, combatiéndola con tan poca esperanza de rendirla, que faltando ya los bastimentos, se resolvió en dejar la empresa; mas los monjes de Lorvano, que le habían traído a ella, quedándose expuestos al garrote de la hambre, porque el ejército no desistiese del intento, le dieron cuanto tenían, y tenían mucho. Ganóse la ciudad, y fue con dádivas reales premiado el celo santo de los monjes; hoy las logra el monasterio. Hallóse en este cerco el Cid Ruy Díaz, y dentro de la ciudad fue armado caballero de la propia mano de su príncipe. Mas ni el valor del Cid, ni el lusitano, ni el socorro de los monjes tuvo tanta parte en esta victoria como el apóstol Santiago; porque estando entonces en Galicia Estiano, obispo griego incrédulo de que el patrón sagrado se hallaba en las batallas de España, le vio en sueños armado ricamente, y con unas llaves en la mano le dijo *Que iba a abrir las puertas de Coímbra, al rey Don Fernando*. Dio por la mañana cuenta de la visión a los suyos, y conferida con el tiempo del vencimiento hallaron que en la misma hora había entrado el rey por los muros de la ciudad. Quedó en ella por gobernador Don Sisnando.

Poco tardaron los moros que sentidos de tal pérdida no se juntasen en número grande, y haciendo de la villa de Montemayor el viejo otra Cartago para Coímbra, fatigaran con rebatos perpetuos la misma ciudad y toda la comarca. Volvió sobre ellos el rey Don Fernando, y como su próspera fortuna en las armas le tenía concedido que fuese vencedor en tomándolas, expugnando el castillo lo dejó en estado que no lo pudiese ser en largos días. Con ellas y otras victorias, por todo Portugal fueron sus insignias no menos que llamas abrasadoras, que volaban sobre la morisma.

Llamado Don Fernando por el medio de la muerte a mejor vida (1067), repartió sus reinos por sus hijos. Dio Castilla a Don Sancho, León a Don Alonso, Portugal a Don García. Pensó contentarlos a todos, y todos se mostraron descontentos. No quedó pagado Don Sancho de la división, ni Don García de que las ciudades de Zamora y Toro quedasen a las infantas sus hermanas. Toda acción de codicia es imitada fácilmente: allá lo veremos con nuestro Don Alonso el Tercero y sus hermanas, a quien el padre Don Sancho, imitando por ventura a Don Fernando, había dejado algunas villas. Tomó pues Don García las armas contra Doña Elvira, señora de Toro y otros lugares a las márgenes de Duero por donde entra en Portugal. Tomólas Don Sancho también, no por defender la infanta, antes bien por desheredarlos a todos. Acriminábase en esta confusión toda la sangre del rey Don Fernando, y contra sí misma andaba ensayando golpes y ruinas. Tocando Sancho la dificultad a que aspiraba, medidos los poderes, concertóse con Don Alonso rey de León para que de mano común se opusiesen a Don García en Portugal.

Nuestro rey cuidadoso de su ambición, estaba bien descuidado de la ajena y de este pensamiento de sus hermanos, tratando con pocos favores a los portugueses y gallegos, todo resulta de la privanza en que tenía a Verna, con cuyo parecer, desestimando el de sus vasallos, dio principios poco felices a la guerra en Toro. Temiendo los caballeros portugueses su ruina en el privado, consultaron sobre el remedio, y resolvióse que Don Rodrigo Froyaz, varón insigne, dijese

al rey, por todos, *lo que le importaba abrir los ojos para con su reino, y cerrar los oídos a los consejos de Verna. Cuán terrible encanto era en los príncipes el valido, que les hacía ser ciegos y sordos para todos porque con aquella pasión de que son llevado no ven ni oyen nada en más de uno: y en aquel como por cristal que de cosas pequeñas y pocas las hace grandes y muchas, le confunde lo que oyen y lo que ven.* Tan mal sufrió Don García la advertencia, que fue incentivo para el fuego de la privanza lo que se pensó que lo había de apagar, y aun para nuevos desprecios de los propios caballeros; con desestimaciones de todos es ordinario en los príncipes mostrar la estimación del privado: y en él con hacer bien a quien tal vez no lo desea, pensar que de todos sus émulos se venga.

Pero como en aquellas edades había caballeros muy de veras, y que a trueque del valimiento no abarataban el honor, Don Rodrigo entrando en palacio mató a Verna. Menos sintió el rey su muerte que la nueva de que venía marchando Don Sancho, y la alteración en que miraba sus vasallos, ligándose ya los hermanos de Don Rodrigo para oponerse al castigo que Don García intentase por la muerte del valido. Mas como ella ya no le pasaba por la memoria, que los príncipes no aman en los privados más de la comodidad que se imaginan con tenerlos, mandó llamar a Don Rodrigo, que rodeado de muchos parientes, amigos y vasallos estaba ya en Navarra para pasar a Francia. Allí le alcanzaron las cartas del rey, y anteponiendo a sus agravios la lealtad portuguesa, volvió las riendas, y llegó a la ciudad de Coímbra, corte de nuestro príncipe cuando ya el rey Don Sancho venía ganando lugares por Galicia y por la Beira.

Iguales se hallaban los dos reyes en la confianza del valor de dos vasallos de un propio nombre: Don García con el portugués Rodrigo Froyaz, Don Sancho con el castellano Rodrigo de Vivar, bien que por su madre era también portugués el Cid. Adelantáronse los condes Don Nuño de Lara y Don García de Cabras con algunas mangas de caballos por llegar primero a los muros de Coímbra. Quiso salir el rey, mas Don Rodrigo, diciéndole que no había de salir a pelear con quien no lo fuese, se resolvió a aguardar con sus hermanos los condes Don Pedro y Don Bermuiz a los dos condes castellanos, y en el campo que llaman Agua de Mayas los dejaron vencidos, perdidas las banderas, y casi 600 soldados muertos, con el conde Don Fafes, y otros señores grandes, no sin pérdida de muchos portugueses: más de doscientos murieron.

Habíase ya pasado a Santarem el rey Don García, cuando el rey Don Sancho, airado y deseoso de vengarse y satisfacerse de este suceso, cortaba por todo Portugal buscándole con gente innumerable. Bien la temió nuestro príncipe, que se hallaba con poca. Con decirle que era portuguesa le animó Don Rodrigo. Eligióse para la batalla un campo poco distante de la villa, que sintió sobre sí uno de los más formidables espectáculos del ejercicio y furor de la guerra. Fue mayor al tiempo que los portugueses quisieron ganar el estandarte real de Castilla, en cuya defensa acudió el rey Don Sancho, que en medio de las maravillas que hizo aquel día fue embestido con la lanza de Don Egas Gómez de Sousa, y derribado del caballo peleó ardentísimamente; mas al fin le prendió Don Rodrigo Froyaz, en cuanto los nuestros arrastraban ya por el suelo su estandarte.

Casi sin aliento se hallaba Don Rodrigo, porque habiendo recibido ahora muchas heridas, y reventándole las que había curado de la batalla de Agua de Mayas, se desangraba sin remedio. Tuvo todavía firme el preso, y avisó al rey Don García para que de su mano llegase a recibirlo. Llegó, y Don Rodrigo entregándosele dijo: *Para mí, señor, bástame que os vea quedar con tal victoria; para estos vuestros vasallos portugueses quiero los premios.* Siguió su consejo, porque siempre amaron tanto la verdad, que nunca temieron perder la vida por la honra. Dichas estas palabras, tendido sobre su escudo, la cabeza sobre la celada, besando como cruz la espada, que había fulminado como rayo, acabó su vida en aquella campaña uno de los valerosos capitanes que tuvo el mundo. Por él y por el Cid dijo el rey Don Fernando, estimador de lo que verdaderamente se debe estimar, *que bien podía haber príncipes de mayores monarquías: mas que sólo él había merecido tener tales dos Rodrigos, portugués y castellano.*

Mas todo lo que obró la valentía, volvió en llanto la confianza y el descuido: Don García por seguir el alcance a los vencidos entregó su hermano a ciertos caballeros, de cuyas manos desasido volvió a juntarse con los suyos en la compañía del Cid, que hasta entonces no había llegado, y volviendo sobre Don García, que venía fatigado, le obligó a que volviese a sacudir las armas con tanto ímpetu que murieron los hermanos de Don Rodrigo haciendo estrago notable en el campo castellano; mas al fin nuestro rey Don García, trocada infelizmente la fortuna, fue preso de su hermano, de quien se dice le tuvo allí toda su vida.

De esta manera, ya fluctuando nuestra gente debajo de la mano de príncipes extraños, ya respirando y resplandeciendo debajo de la de aquellos que tuvo propios, llegó a verse sometida esta vez al imperio del rey Don Sancho victorioso sobre ella después que de ella fue vencido. Así después el reino de León. Pero muerto este príncipe por Vellido Dolfos volvió Don Alonso hermano de los dos a heredarlos todos: digno verdaderamente de tal herencia por el valor con que castigó los bárbaros, aumentó el imperio católico de España, y mereció ser llamado emperador. La corona de Portugal se quedó gobernando por diferentes sujetos, última desdicha de las coronas. En Coímbra el cónsul Sisnando, en Oporto y Entre Duero y Miño Don Moniño Ermigiz, el conde Mem Moniz en Arouca y su comarca, en la Beira Egas Moniz. Así iban sucediendo gobernadores en estas tierras conforme se los daba el rey Don Alonso, en tanto que para darle príncipe soberano ordenó el Cielo que satisfecho el rey Don Alonso de lo que había obrado valerosamente en su servicio contra Don Sancho Don Enrique, le casó con hija suya natural, y poco a poco (crecían los premios con los méritos) le fue dando el señorío de Portugal con título de conde, que vino a ser tronco glorioso de los príncipes portugueses.

Algunas noticias de las cosas del mundo.

A Silvestre sucedió en el pontificado sumo Juan XII y el XIX. Sergio IV. Benedicto VIII. Juan XX. Benedicto IX. Silvestre III. Clemente II. Dámaso II. León IX. Víctor II. Esteban IX. Benedicto X. Nicolao II. Alejandro II. Gregorio VII. Víctor III. Urbano II. Tuvo principio la religión de los camaldulenses por san Romualdo. Mas adelante la congregación de Valleumbrosa por Gualberto. La Guardimontense por Esteban. La Cartuja por san Bruno. La de Císter por san Bernardo. El reino de Castilla por los años 1029. Por los de 1036 la división y principio de los reinos de Aragón, Castilla y Navarra.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

[INTERMEDIO]

PRÓLOGO

Estamos en la tercera y cuarta parte, que son de las vidas de nuestros reyes. Prolíjamente contaron algunas algunos escritores. El primero que se dio a escribir esta Historia fue Fernán López en tiempo del rey Don Alonso V, habiendo ya más de trescientos años que Portugal tenía reyes: escribió desde el principio hasta su tiempo, mas perdidas sus obras, fue lo mismo que no las hubiera escrito. Vino a ser el asunto de Ruy de Pina, de Duarte Galván y otros al cabo de cuatrocientos años, que fue los días últimos del rey Don Manuel: y así no hay crónicas antiguas de este reino, aunque lo parezcan por el lenguaje en que las escribieron sus autores afectando aquel género de palabras, o por mostrar con la desnudez del ornato la pureza de la verdad, o por inclinar con aquella industria los lectores, como lo hizo el conde Don Pedro en su libro de linajes: pues en provisiones del rey Don Dionis, que fue antecedente a Don Manuel más de doscientos años, observamos el portugués con la perfección que hoy tiene; y el excelente historiador Juan de Barros escribía en el mismo tiempo que Ruy de Pina, y no habrá quien lea los dos, que no los juzgue extraños entre sí, siendo ambos portugueses; y así con poca consideración se traerán en una Historia capítulos de esta de Ruy de Pina, diciendo que se hace por referir algún caso con la antigüedad, como si pudieran tenerla los escritos del autor que no la tiene.

Demás de lo que dijeron todos se hallarán muchas novedades gustosas y grandes; no las apunto, porque a los que no tienen noticia de esta Historia todo es nuevo, y a los que la tienen será fácil el conocimiento de ellas. La mayor es la ascendencia del conde Don Enrique ilustrísimo tronco de nuestros reyes soberanos, hasta ahora ignorada de todos y no vulgarizada en España, no alcanzada por cinco siglos, y por muchos escritores que con engaño se han valido de tantas y tan varias conjeturas; sombras ya desterradas en virtud de un ejemplar Floriacense escrito en vida del mismo conde, impreso ha poco tiempo con otros autores antiguos de Historia francesa, sacados de la librería de Pedro Pitheo varón doctísimo, y corre desde el año ochocientos y noventa y siete hasta el de mil y ciento y diez, cuya autoridad entre verdaderos autores es tanta, que no tienen lugar las objeciones.

DISCURSO

A QUE DIERAN MOTIVO LAS INCLINACIONES DE ESTOS REYES, Y LA DIFERENCIA DE LOS TIEMPOS EN QUE VIVIERON.

Todos los reyes de Portugal fueron cristianísimos, fervorosos y diligentes aumentadores del culto divino, defensores de la Iglesia Romana, y por eso siempre favorecidos de sus pontífices con singulares indultos. Devastaron muchos imperios idólatras, hasta plantar la fe de Cristo en los remates del mundo; y su mayor desvelo fue en todo tiempo la entera observancia de la religión católica: que sin esto muy en su punto, es la mayor miseria la mayor corona.

Todos ganaron muchas y grandes victorias, no habiendo batalla en que no fuesen los contrarios siempre más en número, y estas palmas y triunfos eran resulta solamente del natural valor, y alguna industria: no como leemos de muchas naciones, con esto muy celebradas, que las mayores empresas suyas han sido fruto de la traición. Ni quedaron ajenos de este estilo los romanos, que tan valerosamente trataron las armas. Así ganó Sexto, inducido de su padre Tarquino el Soberbio, la ciudad de los sabinos. Así mató Sergio Galba los portugueses, cuando estaban sin armas, porque se las entregaron en cumplimiento de los acuerdos de la paz que les juró. Así los venció Servilio Escipión matando a Viriato, rayo portugués para Roma. Así fue muerto por Perpena el clarísimo Sertorio. Así ganaron triunfos Lucio Mario y marzo Manilio: mas de esto están llenas las historias.

De suerte que solo el valor vive, vence y triunfa entre héroes portugueses. Por esto todos los reyes vecinos se valían de ellos en los socorros para sus empresas militares. ¿Qué digo los vecinos? Los remotos de muchas edades atrás. Mitrídates rey de Ponto para ilustrar sus numerosos ejércitos pidió soldados portugueses al famoso capitán Sertorio cuando los acaudillaba. ¿Y cuántas veces defendieron ellos debajo de los estandartes de Sículo, rey suyo, los propios romanos oprimidos de la furia de los aborígenes? Mas ¿qué provincia hay que no sea fértil de hazañas portuguesas? ¿Cuándo o dónde no fueron perfectos vencedores? ¿Cuándo y de quién enteramente vencidos?

Todos nuestros reyes dieron leyes utilísimas, edificaron obras suntuosas, así divinas como profanas; fueron liberales; padres de la Patria; sustentaron innumerables ejércitos; conquistaron muchos reinos y provincias; hicieron copiosísimas mercedes. Todos se supieron hacer tan amados de sus vasallos, como temidos de sus enemigos. Todos estudiaban más en no hacer caso de ellos que en guardarle de sus armas. Todos tuvieron muchos Escipiones valerosos, que les entregaron sujetas en sumo sosiego provincias muy belicosas, lugares y fuerzas que para otras armas fueron siempre inexpugnables. Todos obligaron a sus contrarios que en las batallas les viesan más que las manos los pies, y cuando no esto, más la muerte que la porfía.

Todos fueron primeros en muchas artes, y en muchas hazañas en la paz y en la guerra, como se verá de sus vidas. Todos naturalmente inclinados a favorecer los varones ilustres en todos ejercicios de valor y estudio, imitando fácilmente en la liberalidad con ellos los más excelentes emperadores y reyes que ha gozado el mundo.

Todos tuvieron tanta aplicación a los trabajos del oficio de rey (oficio le llamaba Felipe Segundo) que parece que como Josué necesitaban de detener el sol para aplicarse, y no de pedir alivios con que pasar el tiempo, que hartó tiene en que pasarlo un rey si quiere satisfacer al encargo de este nombre. Ni parezca que se conserva más la salud, y se dilata la vida a los príncipes con usurparles al ejercicio y a los trabajos: ¿quién los tuvo mayores que el incansable Don Alonso Enríquez? ¿Y qué rey tuvo más vida? ¿Y quién vivió menos que el más retirado? ¡Gran desdicha!, que con procurar la vida, se haga más breve y menos famosa, cuando para hacerla famosa no repararon tantos en hacerla breve: haga la memoria alarde de los extranjeros y naturales en esta materia, y hallará probanza abundante a lo propuesto.

Todos los reyes de Portugal en medio de la soberanía del título se gloriaban de ser padres de sus vasallos: y así hasta el tiempo de Don Juan el Segundo enviaban los hijos de ellos a estudiar en las universidades insignes de Europa, y después que venían se servían de ellos; hasta el tiempo del rey Don Juan el Tercero no se pagaban los acostamientos a los caballeros de su casa sin que primero mostrasen cédula de como estaban confesados. Esto diligencias eran de padres para hijos, no de reyes para vasallos. Celebrólo la gloriosa reina Doña Isabel de Castilla, cuando en una junta le dijeron que se acabase de una vez con portugueses pues eran pocos, y muchos los castellanos. *¿Y qué haremos* (respondió ella) *que esos son hijos, y los nuestros súbditos?* Reconociendo ingenuamente el valor de los portugueses, originado en el amor de sus príncipes: que con el propio trataban de sus vidas y de sus casas: más que mucho, pues les trataban de las almas, cosa tan olvidada en el mundo; pero éstas eran las armas con que vencían.

Y porque el camino de llegar a ser buen rey es uno solo de más de lo referido, casi todos los nuestros se correspondieron en las inclinaciones y virtudes. Don Enrique pasó a la Tierra Santa, allá quería pasar Don Alonso Tercero, y allá caminaba Don Alonso Quinto, y lo deseó Don Sebastián. En las hazañas fueron muy parecidos los cinco Alonso, el primer Sancho, Don Dionis, Don Juan el I y el II.

A Don Alonso y a Don Sancho Primeros, y a Don Alonso Segundo casi misteriosamente les aportaron flotas de extranjeros, con cuya ayuda ganó el primero la ciudad de Lisboa, el segundo la de Silves, el tercero la colonia de romanos Alcácer do Sal, queriendo Dios ayudar con socorros en sus principios un reino, que después no necesitando de alguno, los pudo dar a todo el mundo.

Don Alonso Primero fue favorecido de san Bernardo, Don Sancho Segundo de san Lázaro, Don Dionis de san Luis, Don Pedro del apóstol san Bartolomé.

Alonso I tenido por santo, y así lo fueron Sancho I y Juan II. Alonso I trajo el cuerpo del glorioso san Vicente a Lisboa, y algunos de sus descendientes imitándole trajeron otros santos, haciéndoles labrar suntuosos sepulcros y templos; y a su instancia instituyeron los sumos pontífices muchas fiestas solemnísimas.

Don Alonso I tan devoto, que demás de las continuas romerías, seguía el coro en el monasterio de Coímbra, como los otros religiosos. Don Alonso IV entraba en los peligros con las palabras de Dios en la boca. Don Juan el I vino a pie tres veces en romería a Nuestra Señora de Oliveira desde diferentes partes, de donde la menor distancia eran cincuenta leguas. Don Duarte devotísimo de la sagrada cruz. Don Alonso V el primero que pidió la Santa Cruzada. Don Juan el II rezaba todas las noches el oficio divino, y de rodillas los siete salmos. El rey Don Manuel hacía muchas romerías, ayunaba a pan y agua todos los viernes del año: acompañaba el Santísimo Sacramento las tres noches de la Semana Santa, pasando postrado al pie del monumento. Don Juan el III redujo las religiones a singular observancia. Don Sebastián era devotísimo del Santísimo Sacramento, que siempre acompañaba cuando salía a los enfermos; y al fin murió por dilatar la fe de Cristo; y acabándole en él el reino, pudo decir que dio la vida por hacer conocer a los infieles quien le había dado la corona. Nótese, que de los reyes Don Alonso I, Don Juan I, Don Juan II y Don Manuel se hallan mas devociones y mayores victorias.

Don Alonso Primero por su valor fue aclamado rey. Don Sancho Primero por excelencia el Poblador. Don Dionis el Labrador. Don Juan Primero el Magno, y de la Buena memoria. Don Alonso Cuarto el Bravo. Don Pedro el Justiciero. Don Alonso Quinto el Africano, y Redentor de cautivos. Don Juan Segundo el príncipe Perfecto. Don Manuel el Hijo de la ventura. Don Felipe Primero el Prudente, el Segundo el Piadoso y Santo.

El rey Don Sancho Primero siendo príncipe, cuando tenía enemigos domésticos con que pelear, buscando los remotos pasó a la Andalucía, y llegó a Sevilla castigando sus reyes bárbaros. El rey Don Alonso III no hallando en qué ocupar las armas, porque los límites del reino estaban ya limpios de moros por sus antecesores, buscó ocasiones en tierras ajenas, conquistando el reino del Algarve. Don Alonso IV pasó a pelear en la del Salado. Don Juan el Primero y Don Alonso Quinto en África, Don Juan el Segundo en la América, Don Manuel y Don Juan el Tercero en Asia, y casi todos en todo el Orbe; que así parece que en competencia estaban echando líneas, como los dos pintores, y pidiendo, como hijos de la Fortuna, imposibles que vencer, peligros que embestir, y al fin mundos que penetrar.

El rey Don Alonso Quinto, después que ganó de los moros la insigne villa de Alcacere, viendo la notable ciudad de Ceuta, que el rey Don Juan su abuelo había expugnado y tomado a los moros, considerando por su grandeza y sitio la memorable hazaña de quien pudo rendirla, envidiándola ilustremente, dijo a los suyos: *Desde ahora tengo en poco el haber vencido a Alcacere*. Y el rey Don Felipe Primero de nuestra Corona cuando en Portugal vio la fábrica del templo de Belén dijo para Don Cristóbal de Moura: *No hemos hecho nada en el Escorial*. Mayor gloria de su fundador el rey Don Manuel, que el más señalado príncipe del mundo le reconociese ventaja: como se la

reconoció su hijo y sucesor, cuando en Tomar, mostrándole la silla en que este glorioso rey solía sentarse, dijo: *No somos dignos de sentarnos en ella.*

Don Juan el Segundo intentó descubrir la India; Don Manuel púsolo en efecto con felicísima fortuna; y con la misma tuvo abierto el camino para ser rey de toda España, como después lo consiguió Don Felipe Primero, que en ventura próspera le fue muy parecido.

Don Juan el Segundo tenía un libro secreto donde escribía de su mano los nombres de las personas que tenían méritos para hacerles mercedes, partes para servirse de ellos; y el rey Don Felipe Primero prosiguiendo estilos de un Príncipe Perfecto usaba lo mismo.

Don Juan el Segundo fue primo y único en no tener jamás privado alguno: sus ascendientes y algunos de sus sucesores, los que lo tuvieron, no de todo sujetaron y cautivaron la voluntad real: y de Don Sancho Segundo, que solamente lo hizo, se sabe que perdió la corona, y puso en miserable estado sus vasallos; y Don Juan el Segundo, que solamente no lo hizo, fue llamado Príncipe Perfecto.

Tanto como los reyes no fueron parecidos los tiempos ni los vasallos, los ministros, ni los frutos. Porque consideradas las obras que los primeros hacían, y las pocas rentas que gozaban, necesariamente es menester confesar, o que obraban milagros entonces, o que después se ha ofendido aquel gobierno y templanza acordados divinamente.

Entonces tenía el reino Casa y Corte de reyes florentísimos y majestuosos, que se sustentaban con grandeza imperiosa en medio del continuo dispendio de las guerras en aquella edad tan porfiadas. Moría un Don Alonso Enríquez, nuestro primero rey, a quien rentaba su corona solos once cuentos, con haber sustentado siempre grandes ejércitos, labrado y dotado insignes edificios y conventos. Moría un rey Don Sancho Primero, un Don Dionis, un Don Pedro, un Don Juan Primero, y un Pontífice Juan Vigésimo Segundo, que habiendo sido suntuosos en las obras, liberales en las mercedes, hallábanseles opulentos tesoros. Fructuosas resultas de la cordura y de la prudencia en la distribución de la hacienda y de la justicia: dos columnas sobre que se libra el peso de los Imperios, entonces más bien sustentadas cuando por menos ministros se trataban. Arbitrio sin objeción; pues bien ponderadas las historias, hasta el rey Don Pedro hallamos tesoros reales y leyes observadas, y hasta el rey Don Pedro hubo pocos ministros de su hacienda y de su justicia.

Los que habían de merecer alguna merced, señalábanse primero en grandes hechos: hoy apenas llega a servir uno, y nunca se da por pagado; el otro viene a pedir que le hagan merced, danle un cargo, que si cuando se le dan le hicieran pregunta si con él se daba por pagado de sus servicios hechos y por hacer, respondería mil veces que sí; pasa a ejercitarle, multiplica en él lo que nunca pensó tener, y volviendo a referir lo mismo porque se lo dieron, y a hacer mérito de la paga, vuelve a pedir mercedes, debiendo dar agradecimientos, no menos por la medranza, que por no se le preguntara los medios de ella: que tal vez piensa un rey que envía un ministro a un pueblo, que se halla con un tirano; hablo con experiencia,

Despierta sin falta este deseo en todos el exceso de favores y mercedes con que se ve crecer a algunos; porque no hay a quien no parezca que se le debe igualdad con el más crecido: dónde nació, que por no hacer ejemplos peligrosos, motivos de competencias e inquietudes en la presunción humana, generalizaban nuestros ínclitos reyes Don Juan el Segundo y Don Juan el Tercero la distribución de las mercedes; en que aquel fue tan justo que a todos procuraba hacerlas conforme a los méritos, y de éste se dijo que daba a todos algo, y no a uno todo.

Así que mucha codicia engendra poca rectitud, y hace que falten los hombres al ejercicio de hombres, no porque falten los reyes con las mercedes; pues cuando los vasallos daban las haciendas, y con hazañas Imperios a sus príncipes, de que tenemos tantos ejemplos en nuestras historias, hallamos memorias de las mercedes que les hacían. Don Dionis dio dos títulos de conde, Don Pedro dos, Don Fernando cinco, y la misma tasa había en las otras mercedes que hacían; porque a Vasco de Gama por el descubrimiento de la India no dio el rey Don Manuel más del título

de Don, y mil ducados de renta; y Don Felipe Primero a Don Cristóbal de Moura el título de conde de Castel-Rodrigo por los mayores servicios que jamás miró España en ningún vasallo, cual fue la unión de esta Corona, en que obró más su industria que el derecho de su dueño, aunque era el mejor. Siendo pues tan pocas las mercedes sábese que fueron en estos tiempos muchas hazañas. Don Alonso Quinto dio veinticinco títulos, Don Manuel muchos, los tres Felipes muchísimos. Luego creció la liberalidad en los príncipes. No faltan pues mercedes a los beneméritos, castigo sí a los criminosos y sacrílegos en todos oficios, y en todos citados; origen infalible de sucesos calamitosos.

PARTE TERCERA

PRÓLOGO

Así trataban los portugueses antiguos de obrar callando, que solamente la grandeza de sus hechos (siendo ella no más de un ilustre aparato para la Historia de ellos) juzgaron por escritura perpetua en los anales del mundo. Nueva suerte de ánimo por cierto descubre este pensamiento, pues parece que no satisfechos de pisar los términos escondidos a tantas naciones, sometiéndolas primero a sus triunfos, y humillando adelante con nuevas flotas nuevos mares, quisieron más allá del poder humano dominar al tiempo, y a las edades, y a la fortuna, y al olvido, mostrando, con perdonar a la pluma, nuevos caminos a la perpetuidad y a la memoria. Llámele desvanecimiento la envidia, que la razón lo está mirando dentro de los límites de una confianza, que con seguridad estribaba sobre la ejecución de tantas obras; y mucho más si notamos que andaba entonces la lengua en las manos, como ahora las armas en la lengua: que en aquel siglo la espada, la sangre, las heridas, y el rostro, eran la pluma, la tinta, los caracteres y el papel; todo junto la Historia viva en que se mostraban más elegantes, o los que más herían, o los más heridos. Buen estilo sin duda: mas al fin reprobado del mismo tiempo, que ambicioso de apagar glorias humanas se atreve mejor a las mayores. De este cuidado, pues, de tener más acero que papel, más merecimientos sin trompas, que fama sin ellos, resultó corriendo los años perderse no sólo la noticia de varones heroicos de la nación portuguesa en mejores siglos, mas también la de la ascendencia del conde Don Enrique, origen ínclito de aquellos príncipes (mejor diría de aquellos capitanes de Dios) que en la Europa y África, y después en el Oriente (domando primero los mismos elementos) fijaron los estandartes de su fama y nombre; y como exploradores de toda la tierra penetrando las más remotas arterias suyas, manifestaron abundantemente las más nobles producciones de los rayos del sol, y los más preciosos secretos de la avarienta naturaleza. Porque su celo católico, sin la codicia total del interés, con la ilustre del honor, fácilmente los pudo hacer dueños de tal fortuna en la peregrinación de tan justificadas armas.

I.

HENRIQUE CONDE DE PORTUGAL (1072-1112)

No se sabía, pues, de Enrique (como del emperador Claudio Segundo) la patria, ni los padres; si bien le hacían sublime sus virtudes y sus hazañas, ascendencia mayor en todas edades, esplendor raro en cualquier príncipe. Anduvieron los escritores como con una luz (notable desdicha para hallar cosa tan grande) buscando el tronco de este príncipe; y como quien no halla lo que ha perdido, aquello que más se le parece, eso pone en su lugar; unos le hicieron de las casas de Hungría y de Constantinopla, otros de las de Lorena y de Limburgo. Sucedieron fábulas a la verdad, ahora será al contrario. Deshecho ya aquel nublado de conjeturas tan varias, el conde clarísimo, adorno de la

monarquía lusitana, y autor admirable de nuestros reyes, fue nieto del primero duque de Borgoña Roberto, hijo cuarto de su primogénito Enrique; y por la propia razón segundo y tercero nieto de los antiguos reyes de Francia Roberto y Hugo Capeto, que no tiene poca parte en la sangre del famoso Carlo Magno. Por la línea paterna le deriva del siempre esclarecido Faramundo rey de los Francos; por la materna de Enrique, duque primero de Sajonia, y del santo Arnulfo duque de Moselana; cimientos grandes de nuestros príncipes; mas también príncipes, cuya grandeza necesariamente pedía tales cimientos. Bien lo han parecido en haber estado ocultos en cuanto sustentaron aquella máquina poderosa, y ahora descubiertos, después que para aliviarlos del peso de ella trajo su ruina el año mil y quinientos y setenta y ocho, después de casi quinientos de duración. Poca por cierto para el mérito de tantos defensores de la fe, mucha todavía para la condición humana, o inestabilidad de la Fortuna.

La ocasión que Enrique tuvo para pasar a España, fue la en que consienten todos, deseo de ser famoso por las armas; ejercicios muy de aquella edad tan productora de hazañas, como su discordia de peligros, mas en el tiempo no se ajustan: dirémoslo con escrituras antiguas, que no padecen argumentos; consta de algunas que Don Enrique era ya casado con Doña Teresa y conde en Portugal el año 1073. Hallábase pues en Castilla cuando murió el rey Don Fernando, y cuando el Cid ya con hechos maravillosos a que viniesen a vérselos obrar, e imitarlo en ellos desde partes remotas, incitaba ánimos altos. Ya entonces eran más de los cuarenta años de su edad, y apenas tocaba Don Enrique los treinta de la suya, proporcionados en uno para haber ganado fama, y en otro para buscarla. Con la muerte de aquel príncipe excelente, que había repartido sus reinos por sus hijos, barajó la codicia las cosas de manera, que a Don García quitó el de Portugal Don Sancho rey de Castilla, y después a Don Alonso el de León, obligándole a que se valiese del favor de los bárbaros para pasar la vida. En estas fatigas y trabajos le acompañó Don Enrique, hasta que muerto Sancho, no solamente fue restituido de su corona, sino que heredó las de Castilla y Portugal. Don Alonso conociendo que a un príncipe caído si sucede haber quién le siga, es solamente algún espíritu levantado, se resolvió que tal era Don Enrique, y que los tales sólo con prendas del alma podían ser remunerados. Éralo muy de la suya Doña Teresa su hija natural, y de Doña Ximena Núñez de Guzmán. Lo que amaba más tiernamente, eso quiso dar a quien le había amado tanto. Casóla con él, y dióle en dote la ciudad de Oporto y su comarca, entonces la mejor parte de lo que estaba ganado en Portugal (1072). Quedó sirviendo Don Enrique al rey, y así como servía en Castilla, le veremos ir creciendo en mercedes por aquellas tierras, sin que fuese a gobernarlas; porque las hallamos con gobernadores en su ausencia, hasta que poco antes de la guerra con que se ganó la Casa Santa, en que se halló, para descanso de trabajos gloriosos le concedió el rey que se viniese a sus estados.

Murió la reina Doña Inés, primera mujer de Don Alonso (1076), y efectuóse segundo casamiento con Doña Constanza, tía de Don Enrique, o porque él lo procurase, o porque al rey le conviniese, o por todo. Era Constanza hija del duque de Borgoña Roberto, nieta de Roberto rey de Francia, y bisnieta del rey Hugo Capeto. Asentadas las cosas y el tiempo de la entrega de la reina, Don Enrique, a quien por el parentesco con ella y por la confidencia de Alonso con él es claro que tocaba la jornada, pasó a Francia para traer la tía a España. Acompañóle el conde Don Ramón de Tolosa, que con él había venido a servir al propio rey; y a la vuelta vino con ellos el otro conde Don Ramón de Borgoña, motivo de que digan las historias haber venido juntos a España estos tres príncipes, sin que supiesen o se acordasen de la primera asistencia de los dos. Don Ramón de Tolosa era tío del de Borgoña, y de Don Enrique; de esta manera, Raynaldo conde de Borgoña, abuelo del conde Don Ramón de Borgoña, y Ramón conde de San Gil, padre del de Tolosa, fueron casados con hijas de Ricardo duque de Normandía; así era Ramón de Tolosa primo hermano de Guillelme conde de Borgoña, y luego tío de su hijo Don, marido de la reina Doña Urraca. La reina Constanza, mujer de Roberto rey de Francia, era hermana del Ramón de San Gil; de ella nació Roberto duque de Borgoña, abuelo del conde Don Enrique; y del conde Ramón de San Gil, el conde Don Ramón de Tolosa, primo hermano de aquel duque Roberto, y por esto tío de su nieto el conde Don Enrique.

Cuando el Cid desafió a los condes de Carrión (caso que acreditan muchas memorias, aunque lo duden otras), el rey Don Alonso prometió asegurar el campo con su presencia; mas puso en su lugar a Don Enrique con tres mil lanzas; y después estuvo a su orden todo lo que se ejecutó por castigo de los condes vencidos. No sin misterio iba ya teniendo veces de rey quien había de ser origen benemérito de muchos.

Junto a Córdoba dio batalla Don Alonso a un rey moro, que con implacable obstinación intentaba acabar de una vez la gloria de toda España; y no empezó por poco, que en la pasada de Uclés le había muerto a su hijo el infante Don Sancho. Pagólo ahora, porque llevando nuestro Enrique el lugar primero, le hizo obrar maravillas el deseo que tenía de encontrarse con este bárbaro por dos causas, humillar su arrogancia, y vengar los golpes recibidos en defensa del mismo infante, a que sirvió de escudo largo plazo primero que le matasen: como quien de días antes seguía las armas españolas. Puso en efecto el pensamiento, viole y embistiéndole (1099) dio con él en tierra; preso lo entregó a Diego Ordóñez (así como Sila Yugurta a Mario) para que lo llevase al rey, que después vivo lo mandó hacer pedazos. Enrique prosiguiendo la victoria rompió la primera batalla, y salió a la otra parte con su gente tan ordenada, que igualmente quebrantó la orden (como la espada) el corazón a la morisma. Confusos ellos, todo fue sangre, todo huida, todo estrago.

El rey, premiado de grandes hechos, le hizo merced de nuevos lugares y tierras en Portugal, y le dio licencia para que se viniese a poseerlas con su mujer Doña Teresa (1097), habiendo muchos años que estaban casados sin verse en el tálamo por los tiernos años de ella; ocasión para que muerto Enrique con los muchos de su edad, quedó Teresa con la suya capaz de casar segunda vez. Poco le dejaron lograr aquel descanso las ocasiones del tiempo, porque ligándose los príncipes cristianos para ganar la Tierra Santa, el rey Don Alonso envió un socorro grueso, y por su capitán general a Don Enrique, así por ser de aquellas partes de Francia, como por la experiencia de sus hechos, tan conocidos del pontífice Urbano II. Que le nombró por uno de los doce capitanes de aquella expedición.

En la Palestina veneró los sagrados lugares de nuestro remedio, y tuvo ocasiones grandes de mostrar a los infieles el celo de su ánimo, y el valor de su brazo, tan estimado todo de Godofredo (ya rey de Jerusalén) que se despidió de él haciéndole favores singulares. Fueron los mayores despojos de aquella conquista las reliquias santas: cúpole a Enrique el hierro de la lanza con que se abrió el costado a Cristo, parte de la corona de espinos, un pedazo de la Cruz, una zapatilla de la Virgen, y una toca de la Magdalena. Estupendas victorias alcanzaban los antiguos reyes y capitanes católicos, cuando sin codicia se contentaban con tan ilustres despojos, trayéndolos por banderas y estandartes de sus ejércitos.

Dando la vuelta a España acompañado del santo varón Giraldo (después arzobispo de Braga, que por ser su natural, y por la ocasión insigne le quiso ser compañero), visitó al emperador de Constantinopla Alejo, que entre otras reliquias le dio un brazo del evangelista san Lucas, hoy venerado en aquella Iglesia, como testigo indubitable de su jornada. Bien sé que la dificultan muchos, entendiendo que no era posible salir Enrique de sus tierras, en que tenía enemigos, por ir a buscar otros, sin reparar que muchos años había que eran suyas, y peleaba fuera de ellas, con menor ocasión que la presente insigne y gloriosa, juntándose a ella el crédito y el gusto, y la obediencia de su suegro (1099): y si me fuera permitido quitar cinco años de vida a nuestro rey Don Alonso, que para vivir 91 había de nacer el de 1094, o dejar la toma de la Casa Santa en este año, dijera, con una memoria antigua, que Enrique no vino a Portugal sino después de haber vuelto de Judea; curiosos, que estén más de espacio, pueden conciliar los tiempos, y seguir lo más probable, en cuanto con los más, decimos que fenecía el año mil y noventa y nueve, cuando vitorioso de Jerusalén llegó a Toledo, entonces Corte de Castilla. Hasta aquí todo es novedad hallada en un fragmento no poco antiguo de la Crónica del conde, por ventura el primer escrito de historia portuguesa.

Don Alonso, consideradas las grandes hazañas de Enrique, el descanso que ya merecían sus fatigas y sus años, ahora le acabó de dar para sí y sus descendientes (sin las condiciones de tributos,

o reconocimientos que dijeron escritores, o mal informados, o no bien afectos) todo lo que en Portugal estaba ganado de los moros. Era esto las ciudades de Coímbra y de Viseo, las tres regiones de Entre Duero y Miño, Beira, y Tras os montes, en Galicia hasta el castillo de Lobeira, y facultad para conquistarlo que pudiese hasta el Algarve. No siendo pues muchas las tierras conquistadas, y de ellas volviendo parte grande al reino de Galicia notoria pasión fue la con que dijo un autor, cuando sucedió la unión de Portugal con Castilla, que no había sido acrecentamiento de nuevo reino, sino restitución de cosa enajenada. ¿Quién no ve, que lo que Don Alonso dio a Enrique con Teresa fue poquísimo, y lo que Don Felipe heredó tan dilatado? Muchos imperios y reinos, nuevos mares y climas, y al fin otro mundo, que los príncipes portugueses descubrieron, y ganaron por arduos caminos con industria y sufrimiento, concedido solamente a su osadía heroica. Tenía pues su asiento Don Enrique en la insigne villa de Guimaraes con título de conde de Portugal, que entonces por menos dudoso de la dote fue lo más considerable de ella: pues la lanza en la mano había de ser la seguridad de las tierras ganadas, y toda la confianza de adquirir las que estaban por ganar: lo primero era un recelo en posesión: lo segundo una duda en esperanza.

Con la vista de príncipe, tal diferencia tuvieron las cosas de los portugueses, que muy otra era ya su confianza, y muy otra parecía su fortuna; tanto inflama los ánimos la presencia de los príncipes. Midiendo pues los corazones con la ventura que se fabricaban, intentaron ganar a Lisboa, hallando el poder menor que el ánimo, que se igualaba con el asunto, llevaron en su socorro el rey de Castilla. Asaltaron la plaza, y a fuerza de armas la rindieron. Llórese la falta de la memoria de cuántas hazañas serían obradas por los nuestros en el asedio y escala del mas ilustre propugnáculo de España. Pues si Enrique la ganó con el rey su suegro, con sus vasallos solos dio muchas batallas grandes, con que adquirió varios lugares de Entre Duero y Miño, provincia a quien nuestro reino debe sus glorias. Porque en ella está la ciudad de Oporto que le dio nombre; en ella la villa de Guimaraes que le dio rey; en ella la gente que le dio coronas; en ella edificios nobles de nuestros primeros príncipes.

Procedía Enrique en sus empresas alumbrado de celo tan católico, que al paso que asolaba mezquitas, en los mismos lugares levantaba (por trofeos divinos) templos suntuosos consagrados al verdadero Dios en honor de su culto, y memoria de sus favores, dándoles con alma devota prelados virtuosos, con mano liberal abundantes rentas. Son perpetuos apoyos de este cuidado Braga, Oporto, Coímbra, Lamego, Viseo, y otras iglesias.

Desbarató los bárbaros en diecisiete batallas campales, ganándoles ciudades, villas y lugares, y tierras, adonde fortificados vanamente porfiaron. El número de los casos sea debido a la memoria, pues lo negó al olvido, tan deudor siempre a nuestra patria: que su peligro y el valor de quien los vencía bien se asegura con la atención del tiempo en que se dieron a los enemigos, que al fin peleaban como por la defensa de sus tierras, y dentro de sus casas.

Venció las armas del emperador Don Alonso rey de Navarra y Aragón (1111), llevando las portuguesas en favor de la reina Doña Urraca su cuñada, mujer del mismo rey su marido segundo, entregándose del príncipe Don Alonso, sobre cuyas tutorías pelearon.

Como con su esfuerzo competían las ocasiones, residió la fatiga de baterías incesables de dos cercos prolijos en la ciudad de Coímbra. La de Oporto ilustró en el sitio que ocupa en nuestros tiempos; la de Braga reparó con mano grande, porque la barbaridad de los moros la tuvo más de doscientos años, y dejó tan destruida, que apenas era imagen de lo que había sido.

Con ejército copioso estaba acuartelado sobre la ciudad de Astorga (que era suya con título de conde antes de su casamiento) cuando enfermó, de manera que dio el alma a su Criador, dejando a sus vasallos llenos de deseos, lágrimas y tristeza; porque en él tenían observado ya con larga experiencia todo cuanto de ilustre y raro se venera en un príncipe, que mereció sin ser rey establecer un reino grande, como Julio César sin ser emperador un Imperio tan dilatado (1112).

Tuvo setenta y siete años de edad, más de veinte el gobierno de Portugal con título de conde; diez y ocho tenía su hijo Don Alonso, que ya con él se hallaba en aquel sitio, y dando principio a

muchas obras de piedad acompañó al padre difunto con lo más lucido de su ejército, en cuanto lo restante venía marchando a las espaldas. Llegaron a la ciudad de Braga, en cuya iglesia arzobispal está sepultado el conde Don Enrique con su mujer Doña Teresa, que por sus obras fue digna de su dueño. Era de estatura proporcionada, de hermosa presencia y venerable, rostro blanco, ojos azules, y cabellos rubios. En su retrato antiguo se ve armado con espada alta en la mano.

Sus hijos y de la condesa.

I. Don Alonso Enríquez (nombre y apellido en memoria de su padre y de su abuelo) que le sucedió en el estado con el mismo título de conde infante, después de príncipe, y últimamente de rey, como luego veremos.

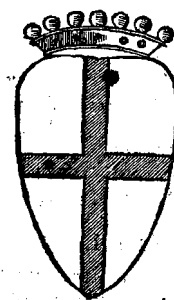
II. Doña Teresa, mujer de Don Fernán Núñez, señor grande en el reino de Galicia.

III. Doña Urraca, mujer de Don Bermudo Páez, conde de Trastámara.

IV. Fuera del matrimonio, en una mujer noble tuvo por hijo a Don Pedro Alonso, que con el ejemplo de su hermano en Portugal (adonde fue primer Maestre de Avis) dio los primeros años a la milicia, en que se mostró valeroso, y con la conversación de san Bernardo en Francia (adonde tuvo la dignidad de par) dio lo restante de su vida a la religión en el insigne monasterio de Alcobaça, y en el está sepultado.

Las primeras armas del reino con título de condado.

El conde Don Enrique, siendo descendiente de tantos y tan señalados príncipes, y pudiendo gloriarse de sus blasones, no lo hizo, antes a imitación de la gente romana, que no los traía en cuanto no había obrado hazañas dignas de dar honores a sus dueños, peleó con escudo blanco, hasta resplandecer con tantas, que merecieron, darle insignia para él. Esta fue la primera suerte de historia en que se dedicaba a la posteridad la memoria y hechos de quien las esculpía en sus escudos. Siguiendo pues el conde aquel estilo glorioso de ser cada uno grande por sus obras, ejecutadas muchas, eligió por armas una cruz azul: la figura o sacada de su devoción, o imitada de las banderas cruzadas después que escalada la ciudad de Jerusalén tremolaban victoriosas sobre sus murallas; el color claramente parece tomado del blasón de la casa de Borgoña, adonde se vieron siempre bandas azules sacadas del campo del escudo real de Francia, de que todos eran descendientes; y aun lo muestra la cruz, que solamente se compone de dos fajas atravesadas, como se ve en el escudo.



Algunas memorias del mundo.

A Urbano II sucedió en el pontificado romano Pascual II que se quedó en la silla cuando murió Don Enrique. Hallóse el cuerpo del evangelista san Marcos. Florecieron los santos Bruno cartujano, Anselmo cantuariense, y Hugo de Cluny. Tuvo principio la religiosa milicia de los hospitalarios de san Juan. Celebró el pontífice Urbano el concilio claramontano, la mayor junta de católicos que hasta entonces fue vista; instituyóse en él el Oficio de Nuestra Señora. En príncipes de España tuvo principio el señorío de Sicilia; ganóse Nicea de Bitinia, Antioquia de Siria. Murió el Cid, Godofredo rey primero de Jerusalén, Don Alonso el VI de Castilla. Celebráronse otros muchos concilios, porque así lo pedían las cismas, los abusos, y los errores de aquel siglo.

II. DON ALONSO I. (1094-1185)

Teme la pluma entrar en lo que mejor apeteció el deseo; ciega el asunto a la elegancia: mas bien perdonan al estilo tantas obras de nuestro primero príncipe; mejor le describieran o sus esplendores, o nuestro silencio, o todo junto. Era el mes de julio (1094) cuando nació Don Alonso Enríquez, primogénito de los condes Don Enrique y Doña Teresa, en la populosa villa de Guimaraens, una de las mas famosas y antiguas de España, a quien Ptolomeo, con título de ciudad, llama Araduca, clarísima con la gloria de haber sido patria del romano pontífice san Dámaso, y patria y corte de un rey, que con espada religiosa labró cetro ilustre y raro al mundo.

Llevándole a bautizar en la iglesia de Santa María de Oliveira, insigne de la villa, sucedió este milagro. Estaba aguardando el arzobispo san Giraldo para ejercer el bautismo, y entrado el infante, advirtió que en el acompañamiento venía Egeas Páez, caballero que andaba descomulgado, y que en su presencia no celebraría el Sacramento. No sufrió bien el aviso, y abalanzándose por tratarle mal, se apoderó de sus sentidos el demonio; echáronle del templo. Fenecida la solemnidad de la ceremonia, los condes pidieron al santo que impetrase de Dios remedio para el atormentado Egeas. Hízolo, y a vista de todos salió aquel espíritu inmundo por su boca envuelto en humo de olor tan infernal, que los circundantes quedaron por un rato ofendidos, el caballero libre, y el santo más venerado; dando motivo con lanzar de aquel cuerpo el enemigo común en la ocasión del bautismo de un príncipe católico, a muchos auspicios y esperanzas de que por medio suyo sería Portugal libre de la opresión de los infieles.

Estaba contra este pronóstico una objeción evidente. Había nacido Don Alonso pegadas las piernas desde las rodillas a los tobillos. Era su ayo Egas Múniz, excelente portugués, que afligido con tal defecto en una criatura que en lo restante de su proporción y forma era bellísima, solicitó devoto con Dios, el ejercicio de los pies que la naturaleza le negaba. Aparecióle la Virgen María señora nuestra, y díjole: *Que en el lugar de Carquere, junto d la ciudad de Lamego, estaba casi cubierto de tierra un edificio, que había sido levantado en su memoria, y en él imagen suya; limpiase el templo, pusiese en el altar el niño delante de ella; quedaría sano, y sería instrumento memorable del estrago de los bárbaros.* Egas ahora, con tanta fe como antes devoción, ejecutó el mandamiento por espacio de cinco años, y el Cielo desempeñó la palabra de su reina; pudo luego andar el príncipe. De esta manera, pues, va dando ya nuestro reino sus primeros pasos con pies de Dios, y eran menester para caminar sobre la cruz de Enrique.

Tenía Alonso doce años de edad (1106) cuando empezó a tratar las armas con su padre, escuela benemérita de tal discípulo. Muerto él, sobre los indicios de varios inconvenientes que acumulaba en daño de la sucesión en sus estados, el haberse casado segunda vez su madre, hubo discordias (1113) entre ambos, hasta que llamado de ella bajó Don Alonso el VII que se llamó rey de Castilla y de León, con deseo grande de agradarla, y con poder igual convocado de todas las tierras más belicosas de sus reinos. Mas entretanto tuvo Alonso lugar de prevenirse y fortificarse, si bien con poca gente, de tal valor, que encontrados los ejércitos en el campo de Valdeves, fue puesto a cuchillo casi todo el castellano: herido su rey se puso en cobro, dejando al portugués por principio glorioso de sus triunfos una victoria maravillosa.

Resistió (1117) aquel cerco duro y prolijo con que en la ciudad de Coímbra le apretó el moro Eujuni, tan poderoso rey, que en él tenía trescientos mil combatientes: copia que podía dar cuidado a quien como nuestro Alonso ya en aquella edad de veinte y tres años no tuviera avasallados los peligros de la fortuna militar, resistiendo con ella a la hambre y a la miseria humana, ayudado del Cielo que con una pestilencia inficionando al enemigo le hizo llevar menos numerosos los pabellones con que poblaba la campaña.

Entrando con mano terrible por la tierra de Leiria, plaza fuerte, la escaló, y fue degollada la mejor parte de sus defensores. Por ser la primera que rindió su brazo, quiso que fuese primicia de su devoción, y ofreciéndola a Dios en las manos de Don Teotonio, prior del monasterio de Santa Cruz de Coímbra, adonde después de ganar la villa de Torresnovas volvió a tomar aliento para el progreso de sus intentos, y de mayores conquistas.

Aquellas tierras que de la otra parte del Tajo son llamadas Alentejo, con otras adyacentes, dominaba Ismar o Ismael rey poderoso. Afectábase en su ruina la mayor hazaña para nuestro príncipe. Juntó lo más lucido de sus estados, apuró lo mas fervoroso de su celo, salió de Coímbra, pasó el Tajo, hizo algunas correrías en las tierras de los infieles, y salía de ellas orgulloso y triunfante. Provocóle el moro, convocó los suyos, distribuidos por veinte régulos: cinco de ellos reyes superiores a los quince, Ismar a todos. Cada uno se hallaba con ochenta mil vasallos diestros y bravos en el arte de tomar las armas; pobláronse las vegas, coronáronse los montes. Los nuestros, que eran solos trece mil (si bien el mayor número que había producido hasta entonces la Cristiandad en esta provincia) no viendo por largo giro otra cosa que vastos bosques de lanzas, en la multitud se desmayaron: mas como esto no corría con su príncipe, cuyo corazón siempre excedió en grandeza a los ejércitos bárbaros, un día al caer del sol, puesto en lugar eminente los ánimo de esta manera:

¿Es esto por ventura (valerosos portugueses) olvido del intento con que salistéis conmigo de la ciudad de Coímbra, o falta de aquel valor con que a los mismos bárbaros que estáis mirando tantas veces ganasteis insignias y banderas, que en copia grande colgadas en vuestros templos son belicosos adornos y triunfos? Será olvido, mas no falta, porque si aquel es dudoso, ésta no es posible. El temor no lo condeno, pero la cobardía es afrentosa. ¿Teméis por veros pocos? Pues yo os aseguro que de lo propio tiembla toda esta morisma: porque de la pequeñez del ejército infiere la grandeza de la gente. La diferencia no penséis que es poca: yo traigo compañeros, no vasallos; a vosotros os mueve el amor, la fuerza a ellos; ellos más numerosos que justificados, nosotros con más justicia que multitud-, y es invencible tormenta la justicia. Si son las armas vuestras, de Cristo es la causa. Ahora mejor que nunca las tomasteis, por él, que no por mí. Confieso que jamás fue menor que vuestra fe con vuestro Dios, vuestro amor con vuestros príncipes. Con los pasados habéis ganado muchas batallas; conmigo no habéis perdido ninguna. Pues no mudasteis de capitán, ¿para qué os estáis mudando de vosotros mismos? Los días pasados os di despojos; Dios en este os los ofrece en este campo, que os ha de ser más glorioso de lo que os está siendo formidable. Si os persuado, en esto muestro que os conozco. No perdiera yo tiempo en hablar a cobardes entre quien no se detiene la razón y la vergüenza. Hablo con vosotros, que siempre a la vida habéis antepuesto la religión y libertad. El pecho que tenéis y retiráis os pongo delante. Valga pues sólo con vos lo que es tan vuestro. Ganad la fertilidad de esa campaña para que podáis vivir y respirar. ¿No veis que en vuestras casas no caben ya vuestros corazones? Si volvéis ahora las espaldas no solamente os hacéis vencidos, sin que se haga vencedor vuestro contrario (última infamia) sino que a vosotros mismos os negáis las esperanzas de mejor ventura. En la retirada ya va manchada la opinión, y la vida no segura: descúbrese inconsideración en el consejo tornado, y miedo después del enemigo visto. Amenaza mayor estrago el huir que el pelear. Ningún receptáculo será seguro a quien aquí no lo asegurare con la espada. ¿Quedáis vosotros fuera del premio si venzo yo? ¿O yo fuera del peligro si nos vencen? ¿Por ventura mi fama no es la vuestra? ¿Por ventura no ha de ser mío vuestro daño? Al fin el tiempo es llegado, la ocasión insigne, y a no serlo el peligro, no lo pudiera ser la gloria. Ya tardamos, que si no me engaño, aliento divino me asegura que nos aguarda la victoria, y el despojo, y el triunfo. Ea pues, invencibles compañeros, sacudiendo la suspensión seguid aquella lealtad antigua vuestra, y de lo que habéis de obrar este brazo os servirá de ejemplo. Pasad la noche sosegados, que a la mañana os espero restituidos.

Ya le les abrasaba el pecho a los portugueses con tan animosas palabras. Asegúranlo a su príncipe, que recogido a hablar con Dios, después de un breve descanso vino a hablarle un viejo venerable, que allí cerca había más de sesenta años hacía vida penitente. Díjole que se animase, y

que cuando oyese en su oratorio tocar la campanilla, saliese de la tienda, y recibiría favor celeste. Rompía el alba cuando, oída la señal, salió de su pabellón armado, y a la parte del oriente le llevó la vista un rayo, que con claridad notable se extendía por el aire: multiplicáronse nubes de resplandores, y abiertas le mostraron colocado en un trono de ángeles a Cristo crucificado, animándole con fuerzas para vencer tantos bárbaros, y con insignia para su reino. Favor bien acreditado con tradiciones y escritos auténticos, y autores extranjeros; y aunque alguno lo negase, débese crédito firme al testimonio del propio Alonso santo y bueno que permanece, más que a todas las historias y juicios de la incredulidad o de la envidia.

Acabó de declararse la mañana, y los portugueses con un furor divino, buscando a su príncipe hacían con él ahora mejor animado, lo que él la tarde antes con ellos más caídos. Todos impacientes de dilación pedían la batalla, y todos antes de entrar en ella, rodeando al emperador de sus armas (aunque no lo consentía) le llamaron rey, como Escipión de los españoles lo fue llamado después de vencido Asdrúbal; que esta era la ventaja de los príncipes portugueses, merecer sólo con las esperanzas que daban de su valor lo que los otros con la ejecución de sus obras. El rey ordenó su gente dividida en cuatro escuadrones: presentóse al enemigo, que se redujo a doce. ¿Quién duda de la victoria que busca nuestra gente, si la hace el Cielo electora de un rey, y pelean con él ante sus ojos? Al encuentro temeroso incitaba los ánimos, y confundía los oídos el estruendo de los instrumentos militares; llegaba al Cielo la grito y el ruido de las armas; los dardos y las flechas que volaban haciendo resistencia a los rayos del sol, hacían sombra a los dos desiguales ejércitos ya barajados, ya sangrientos; todo el intento del nuestro era matar, ninguno tenía de desviarse de la muerte. El rey exhortaba a todos con sus obras, y todos a todos con las suyas. En seis horas que duró el conflicto, hizo Alonso tales suertes, que el abreviarlas fuera osadía, y el escribirlas salir de nuestra brevedad. Costó la vida a muchos portugueses; ya corrían arroyos de sangre, ya por el campo de Orique no se pisaba tierra sino cuerpos muertos, cuando se declaró por los cristianos una de las mayores victorias que tuvo la bandera cruzada (1139), y quedó siendo de nuevo memorable el día del Patrón de España, porque fue de aquel año el suyo aquel, y dignamente coronado el nuevo rey, título que como había sido dado por Dios, justamente lo confirmó después su vicario Alejandro III, con reconocimiento a la Iglesia romana de dos marcos de oro en cada-un año; de que se pagasen no hay memoria. Permanece la bula de esta confirmación en el Archivo Regio, vese firmada del pontífice y de más de veinte cardenales.

Ismar con tanta pérdida deseoso de venganza, inopinadamente dio sobre la ciudad de Leiria; combatida la rindió; pasó a cuchillo sus defensores, cautivó su alcaide y capitán Don Pelayo Gutiérrez. Fortificóse en ella, de manera que cuando el rey quiso cobrarla halló resistencia grande, y los infieles al fin castigo en sus armas, perdiendo segunda vez aquella tierra.

Estando el rey resuelto en ganar la villa de Santarem (difícil empresa por lo que el lugar tiene de grande, y el sitio de inexpugnable) hizo votó de edificar en Alcobaça (ganándola) un suntuoso monasterio a la sagrada orden de Cister, y que le dotaría todo lo que miraba desde la eminencia de un monte donde se hallaba votando: que así fueron siempre términos de su celo los templos sagrados, y de su liberalidad los horizontes remotos. Al punto que hizo el voto (1145), san Bernardo que estaba en su Claraval (revelándose Dios) llamó a dos de sus monjes, y les dijo que se pusiesen en camino para dar principio a la nueva casa. Claras muestras de que hacían consonancia en los oídos celestiales las armas y las ofertas de Alonso.

Desde entonces le trató Bernardo por sus cartas, y fue su socorro con su vida y oraciones; siendo desde luego primicias del fruto de ellas el suceso del asalto de aquella villa, pues sin peligro alguno en cinco días que tardó en llegar desde Coímbra, y en menos de una hora después de llegado escaló aquella noble y fuerte plaza la noche de San Miguel, y día siete del mes de mayo (1147). Arrimáronse las escalas al muro, pocos habían subido cuando fueron sentidos; entre la resistencia y confusión pudieron romper las puertas, entró el rey, y puestas en tierra las rodillas reconoció el hecho por divino. Recrecen los moros y los golpes, puéblanse las calles de armas, de sangre, de

cadáveres y pasmo. Mostró la mañana a los infieles su miseria; fue el despojo rico, y la villa quedó en las manos de la nueva gente. La noche antes, habiendo el rey mandado hacer alto junto a ella en puesto conveniente para aguardar la hora del asalto, fue visto por los de aquella tropa correr por el aire una estrella de extraordinaria grandeza despidiendo un rayo luminoso, hasta que declinando se dejó caer en el mar. Tuviéronlo por dichoso agüero del buen suceso, como en la villa fue tenido por contrario (cuando el rey les envió a decir que eran acabadas las treguas) el haberles aparecido al mediodía un toro con alas de fuego volando por la región del viento.

A Santarem acompañaron en rendirse a la espada de Alonso (1147) la villa de Mafra, la fuerza de Sintra, que por arte y naturaleza parecía incontrastable. Desde la extremidad de esta sierra se descubre el mar Océano; mirándolo se hallaba nuestro príncipe un día con el pensamiento ocupado en la empresa grande de la ciudad de Lisboa, ya de algunos años recobrada por los moros, y como no imaginaba hacer cosa que en su mismo pecho, consultado su valor, no la contase ya por acabada, proponía los peligros tan sereno, que parecía haberlos ya vencido. Así pues dilataba los ojos por las aguas, cuando descubrió una flota de Inglaterra, Francia y Alemania; su general Guillelme de Longa Espada, capitanes insignes Childe Rolim, Don Liberche, Don Ligel, Guillelme de Corni, ilustre origen de familias en este reino, derrotados vinieron a tomar tierra no muy lejos de aquel monte. Constaba de ciento y ochenta bajeles, y ellos de catorce mil hombres, el instituto católico, y el motivo de su viaje guerra santa. Propúsoles el rey la conquista de aquella ciudad; aceptaron y cercáronla: él a la parte adonde ahora se ve el monasterio de San Vicente, ellos adonde el de San Francisco. Diéronle temerosos asaltos, estaban presumidos los cercados; fue la resistencia de cinco meses igual a la presunción, que como tan soberbia y fuerte plaza había de ser el premio de la victoria, no hicieron menos los moros por no perderla, que los nuestros por ganarla, con muerte de doscientos mil bárbaros día de los mártires Crispín y Crispiniano.

Mostrándose luego grato a los extranjeros que le ayudaron, les daba la mitad de la ciudad; éste había sido el concierto con que desembarcaron, y ellos contentándose con la puntualidad de Alonso, remunerados con otros premios, volvieron casi todos a sus patrias. A los que quisieron quedarse dio liberalmente en el reino tierras en que pudiesen vivir: como ya (entre muchos ejemplos) Marcelo lo había hecho con los nómadas y españoles que le hicieron vencedor contra Aníbal. El segundo de la expedición era Rolin, que aunque dejó la parte de la ciudad que le cabía igual al lugar que tuvo en su conquista (mayor hazaña el dejar tanto que el ganarlo) quedó en el reino con la villa de Azambuxa, adonde por un casamiento se vino a hacer cabeza de la familia de Mouras. De esta suerte permanecen en aquella casa dos excelencias, que por ventura serán únicas en España, la donación, y el apellido continuado de padres a hijos por espacio de seiscientos años.

Las villas de Trancoso, Obidos, Alanquer, Serpa, Alcaçare do Sal Elvas, Coruche, Cesimbra, y otros lugares en la Extremadura, casi como una corriente de la fortuna, fueron avasalladas de nuestro príncipe. ¿Quién en la idea no concibe los hechos de tal gente, en tales ocasiones, con tales enemigos? ¿Y quién duda de cuánto sean mayores que todos el olvido y el tiempo (cosa que se hubiera de decir con llanto) para consumir memorias grandes?

Con sesenta lanzas y algunos ballesteros quiso registrar el sitio y fuerza de la plaza de Palmela; mirábalo cuando por un recuesto se empezó a descubrir el rey de Badajoz con cuatro mil caballos y sesenta mil infantes. El número era éste, mas ninguna la orden con que marchaban por socorrer a los de Cesimbra; no sabían que ya estaban debelados. Con silencio entre unas peñas se detuvo el rey pesando con los ojos la desorden, y sus caballeros la copia: tanto obraba aquella de osadía en él, como ella de temor en ellos. Resuélvese en descubrirse, los suyos en seguirle, dan sobre la multitud, y en los primeros encuentros siembran el monte de infieles muertos. Pensaron ellos que al rey le venía siguiendo algún ejército copioso, y asombrados con su nombre y con este pensamiento, a paso tirado fueron huyendo, con dejar todo el bagaje en las manos de los sesenta. Tanto cundía ya en el enemigo su mismo temor como nuestras armas. Los de Palmela, sabiendo el destrozo, no hicieron mucho en dejar la plaza y pedir las vidas. Victoria fue ésta que obligó a

muchos a que sin batalla se rindiesen (como el capitán Apustio en la guerra macedónica después que tomó la ciudad de Antipatria) por no resistir a su brazo, que en este caso dejó asombrada a la misma valentía.

Así se hacía temer el rey Don Alonso, cuando disconforme con su yerno el de León Don Fernando II (el motivo de la discordia es dudoso, nuestra brevedad no lo examina), tomó la espada contra los leoneses a los setenta y cinco años de su edad. Entró por Galicia, y a fuerza de armas Lima y Turón, y púsoles presidio portugués. Volvió la punta a Badajoz, conquista de León; talados los campos, apretó con asedio y asaltos la ciudad, y la ganó. Mas queriendo la fortuna un día desdeñosa, que en medio de tanto aparato de victorias supiese cuál era el dolor de los vencidos, habiendo rendido esta ciudad, acudió a la defensa de los términos de su conquista el rey Don Fernando con mano poderosa. Saliéronle al paso los portugueses, pelearon con menor partido, quiso acudirles su rey, y corriendo le prendió el cerrojo de una puerta del muro en una pierna de tal manera, que herida y quebrada por caersele adelante el caballo sobre ella, irremediablemente le prendieron los leoneses que llegaban. Desgracia ya sentida de Pompeyo, cuando acudiendo a su reparo, oprimido de César, al subir una galera se le embarazó una pierna en un cáñamo, de suerte que halló el peligro adonde buscaba el remedio. Ufano el de León con tal suceso, obligó al prisionero, si bien venerándole grandemente, a que por la libertad (demás de restituirle las plazas de Galicia) le prometiese que vendría a sus cortes, siendo llamado a ellas. Prometióló Alonso, y hubo condición, que no sería obligado a ello en cuanto por el defecto de la caída no se pusiese a caballo; en que nunca se puso más, por no sujetarse a lo prometido, caminando después en carros. Industria con que dejó templada la consistencia de la palabra real, y la soberanía de la Corona portuguesa.

El desastre de la caída del rey (1181) no sólo fue defecto en su persona, sino osadía en los enemigos; aun les parecía gloria vencer impedido y enfermo, a quien nunca pudieron libre y sano. Con este presupuesto Albojaque rey de Sevilla, conduciendo innumerables gentes de toda Andalucía, osó perder el temor con que tantos capitanes se desviaban de sus armas. Devastando las tierras de Alentejo llegó a poner cerco sobre la villa de Santarem, entonces descanso de los ochenta y seis años de edad que tenía Don Alonso: pues ¿cómo podían domar enemigos a quien no domaba la vejez? Hizo llevarse en su carro, y en él presentó batalla a los cercadores. Más parecía que ya vencedor salía triunfando, que no a buscar la victoria. Túvola con muerte y cautiverio de muchos, con riquezas y despojos de todos.

Unos de otros se eslabonan los peligros. Aben Jacob, miramamolín de Marruecos, sentido de lo que las armas portuguesas rendían por sus tierras, y cortaban por su gente, convocándola de varias partes, ayudado de Albojaque, el que salió castigado de los campos de Santarem, y otros reyes (eran once) con ejército innumerable, vadeado el Tajo, dismantelado el lugar y castillo de Torresnovas, pasaron a sitiar la villa de Santarem, adonde estaba el infante Don Sancho. Fortificóse, resistió cinco días aspérrimos combates, en cuanto el viejo Alonso con noventa años de edad (cólera y bríos venerables) desde Coímbra volaba a socorrerle (1185). Herido halló ya al hijo valeroso, rota su estancia, muertos algunos de los suyos; ventaja que justamente tenía presumidos los combatientes, que cuanto multiplicaron de aliento en ella, tuvieron de desmayo en la vista del padre, que en su carro les apareció terrible; pues casi sin levantar la espada, con mirarlos, fueron vistos desamparar los cuarteles, y desamparados de sus propios corazones, correr por la campaña sin orden, con miedo, huyendo. Síguenlos padre y hijo, cortando a todas partes, y como no se perdía golpe, en arroyos de sangre acababan de morir ahogados los mismos cuerpos de que salía. En la corriente del Tajo pereció el miramamolín huyendo herido de la mano del infante, que como había de suceder a su padre en el premio, le andaba imitando en los méritos.

Treinta reyes (vencidos todos, y muertos algunos con ejércitos tan copiosos, que repartidos igualmente a cada rey le tocan cincuenta mil hombres) con sus coronas y estandartes fabrican el triunfo de este rey ínclito y santo: sin hacer caso de otros de menos poder, y capitanes famosos por el mismo estilo castigados. En todas las empresas era tan diligente (propiedad del ánimo de César)

que sus armas y la luz del día siempre de los moros fueron vistas salir a un mismo tiempo, y caminar no menos que la fama.

De en medio del estruendo y fatiga de la guerra se hurtaba a ratos para mostrar al mundo que peleaba para Dios, y que peleaba Dios por él: porque dio satisfacción con grandeza no imitable al voto hecho del monasterio de Alcobaça, adonde había mil religiosos en aquellos primeros tiempos (infancia valerosa de nuestro reino) y fundó el otro de Santa Cruz, no menos insigne, de canónigos reglares de San Agustín en la ciudad de Coímbra, dotándolo con tanta liberalidad, que de sus rentas se dieron después a la universidad, y a los obispados de Leiria y Portalegre las mejores que poseen. El monasterio de San Vicente en memoria de la toma de Lisboa, de la misma familia; y al fin tantos templos demás de estos, que llegaron a ciento y cincuenta, todos de estructura suntuosa por la magnificencia con que los fabricaba; de caudal notable por las rentas que les ofrecía.

Instituyó dos órdenes militares, una que en sus principios se llamó de San Benito en la ciudad de Évora, y hoy de Avis, por el lugar que caballeros suyos en tiempo del rey Don Alonso el Segundo fundaron para su convento en un monte donde se habían levantado ciertas aves, de que resultó el nombre, teniéndolo entonces por feliz agüero. Otra de la Ala en memoria del suceso de Albojaque. Llamóla así por el brazo alado del ángel san Miguel, que allí milagrosamente se vio pelear a su lado: mas como no tenía rentas, acabóse con las vidas de los primeros que la profesaron: que ya goza antigüedad el menosprecio del honor sin provecho. A los caballeros templarios, y a los del Hospital en Jerusalén dio rentas considerables y perpetuas.

El mejor despojo de la batalla de Orique para nuestro rey fue la noticia que dos mozárabes cautivos en ella le dieron del sagrado cuerpo del mártir san Vicente, sepultado en el Promontorio Sacro. En persona pasó a buscarlo, y aunque no lo halló, por sus diligencias se descubrió después. Fue trasladado a la ciudad de Lisboa, digna custodia de tal reliquia. Resplandece y venérase con milagros en su iglesia mayor, que de la mano y celo del rey tuvo el primer obispo. Al Promontorio Sacro quiso que le quedare el nombre del santo, ya que le quitaba su cuerpo. Este propio Alonso, que vestido en acero y blandiendo la lanza era no menos que un terror a sus contrarios, se hallaba en todas las vacaciones de la guerra en aquel monasterio de Santa Cruz de Coímbra vestido en una sobrepelliz acompañando a los religiosos el ejercicio de las horas canónicas, siguiendo el coro con igual cuidado y asistencia. Otro rey David ya con las armas de su celo castigando los enemigos de Dios, ya con el arpa de sus alabanzas invocando sus favores. Dígase luego Alonso uno de los más heroicos príncipes que puede celebrar la Fama, pasada, presente y venidera, pues peleando fue asombro entre infieles, viviendo resplandor entre católicos.

Tuvo once palmos de altura, grandeza de cuerpo notable, mas en todo con proporción: cabello rubio oscuro y largo a lo cesáreo, boca abultada, rostro prolongado, ojos grandes y vivos; que al fin no se hallaba en él cosa que no espirase soberanía y majestad. Todo cual convenía para quien había de ser príncipe de tales vasallos, y sobrepujar en el gobierno de ellos como otro Quinto Fabio, las dignidades de su padre, e igualar las de su abuelo. Las fuerzas tuvo tales, que de él se escribe, nunca descargó golpe menos que mortal, y ellos fueron tantos, que el celebrarlos toca más a la admiración que a la elocuencia. En su retrato antiguo se ve con corona sobre el yelmo, y otra metida por la espada, que tiene desnuda y alta, sobre las armas manto carmesí, y un templo en la mano; que así mereció Alonso por su espada la insignia que san Agustín por su pluma; porque se vea que no enseñan menos las armas justas, que las letras santas.

Venerado por santo, lleno de días como de triunfos, durmió en el Señor a los noventa y un años de su edad (1185): de gobierno sin título de rey diez y siete, y con él cuarenta y seis. Era justo que muriese con muestras claras de santidad quien fue bautizado con milagros. Estuvo sepultado en la iglesia de Santa Cruz de Coímbra con pompa limitada, hasta que el rey Don Manuel le hizo labrar mausoleo más digno de su memoria, adonde resplandece con maravillas milagrosas; habiendo estado hasta entonces en un sepulcro de madera, en que se mostraba un cierto día del año al pueblo, que concurría a besarle la mano con respeto y devoción como a rey, y como a santo. La espada, y el

escudo con que peleaba, y la sobrepelliz con que seguía el coro son hoy en aquel monasterio joyas inestimables.

La noche siguiente al día que Don Juan el Primero ganó de los moros la ciudad de Ceuta, apareció armado en el coro a los religiosos de aquel convento en que estaba sepultado había doscientos y treinta años, y les dijo: Que por divina dispensación él y su hijo Don Sancho habían socorrido a sus vasallos en aquel conflicto. No lo dude nadie, que las victorias de los portugueses todas son estupendas, todas imagen del poder de Dios.

Cincuenta y tres años tenía de edad, de reino siete, cuando casó (asegurábale Dios la sucesión) con Doña Mafalda, la más bella criatura de aquellos tiempos, hija del segundo Amadeo conde quinto de Mauriana (descendencia de los emperadores de Alemania, y duques de Sajonia) y primero de Saboya, y de la condesa Guigonia hija del conde de Albon; princesa cuya mayor alabanza sea que en las obras de los templos sagrados fue competidora de su marido. Son suyos los monasterios de Leça, Acosta, Aguas Santas, Santa María de Goyos, y San Pedro de Rates, fábricas insignes.

Los hijos legítimos.

I. Don Enrique, murió de poca edad.

II. Don Sancho, que sucedió en la Corona,

III. Doña Urraca, mujer del rey Don Fernando II de León, de quien fue apartada con autoridad del papa por el parentesco, teniendo ya un hijo llamado Alonso, que sucedió a su padre, y lo fue del rey Don Fernando el santo, Tercero del nombre. Hubo un concilio en Salamanca sobre este divorcio.

IV. Doña Teresa, mujer segunda del primer Felipe conde de Flandes, allá nombrada Matildis, que en ausencia de su marido gobernó los estados prudentemente. Caminando en un coche murió ahogada al año 1118. Tiene su entierro en el monasterio de Claraval de Borgoña. No tuvo hijos.

No legítimos.

V. Don Pedro Alonso, maestre de Rodas, de quien solamente quedó esta memoria, y está sepultado en la iglesia de San Juan de Santarem: era natural.

VI. Doña Teresa Alonso, mujer de Don Sancho Núñez, a quien la quitó su padre, y la casó con Don Fernando Martínez el Bravo, señor de Braganza; no tuvieron hijos.

VII. Doña Urraca, mujer de Don Pedro Alonso Viegas, hijo de Don Alonso Viegas, y de Doña Aldara Pérez, y nieto de Don Egas Moniz ayo del rey. Estas dos hijas fueron bastardas: llamóse su madre Doña Elvira Guaitar.

Títulos y oficios.

A Don Gonzalo Méndez de Amaya hizo su adelantado mayor, y fue el primero del reino, en que no hubo maá de otro.

A Gonzalo Roiz tuvo por su mayordomo mayor.

A Don Fuas Roupíño hizo su almirante.

A Pedro Páez llamó alférez mayor.

A un extranjero llamado Alberto dio la plaza de canciller mayor.

A Don Gonzalo Viegas, hijo de su ayo, eligió para maestre de Avis; y todos fueron primeros en estos cargos.

Armas del reino.

La exposición del escudo real a diferentes juicios me convida, mas el estilo no los sufre. Muchos escritores, queriendo hallar más secretos en las cosas de los que sus autores tuvieron en ellas profundamente se dilatan, mucho en ésta. Yo siento que el ser azules los cinco mayores escudetes en campo blanco, y estar puestos en forma de cruz, fue en observancia del escudo de su padre: los cuatro menores, que están en figura cuadrada, son los cuatro escuadrones con que en aquella forma acometió los moros en Orique; los diez menores que ha de haber en la circunferencia ligados con un cordón (aunque al cortar se olvidaron dos) con los nueve de dentro, contando dos veces el de en medio, hacen veinte, que son los reyes vencidos en aquella batalla. Los trece puntos, que tiene cada uno, los trece mil portugueses que llevaba; y conforme al número que las historias dan a los infieles, son veinte veces trece mil. El haber dividido en cinco mayores la cruz, tradición es constante ser en memoria de las cinco llagas de Cristo, que vio puesto en la Cruz, y también habría respeto a los cinco mayores reyes de los vencidos.



[Personajes ilustres]

Los varones que ilustraron este reino con las armas naturales, Egas Moniz ayo del rey, a quien acompañaba en la jornada de Orique, cuando le llamó la muerte. Su adelantado Gonzalo Méndez de Amaya, por cuya mano tuvo señaladas victorias, que sin duda fue héroe digno de aquel siglo, y en edad de noventa y un años venció en un día dos batallas campales, pareciéndose a su príncipe en salir a ellas cargado de armas como de años, y a Publio Valerio en la gloria de tenerlas a pares, porque en otro día la tuvo de las con que humilló los bríos de los Veyos y Sabinos. Don Sueiro Méndez su sobrino, por cuyo valor fue España libre del feudo de la espada con que reconocía el Imperio de Alemania, venciendo aquel romano que por parte del emperador defendía estos tributos. Don Fuas Roupiño, que en Porto de Mos desbarató al rey Gami, y después fue el primero que en España (como en Grecia Licomedes, y en Roma Duilio) ganó la corona naval. Don Pedro Roiz, que con ánimo ardiente, y industria maravillosa, teniendo en un día dos victorias conquistó la villa de Moura, y tomando por apellido el nombre de ella, se hizo clarísimo tronco de esta familia. Don Teotonio el santo prior de Santa Cruz, que poniéndose sobre la capilla la celada recobró la villa de Arronchez. Don Mendo Moniz de Candarei nieto de Don Egas, subió primero el muro de la villa de Santarem, siendo uno de los cuatro nombrados para este hecho. Siguiéronle Don Pedro Alonso hermano del rey, y Don Pedro Páez su sobrino, Don Rolim y Don Ligel, aquellos que tanta parte tuvieron en la toma de Lisboa. Giraldo Giraldes, que llamaron sin pavor, y con fuerza y maña ganó la ciudad de Évora. Íbame cebando el gusto de nombrar tanto varón famoso, y espoléame la prisa. El postrero que se nombra merece ser primero, y el primero no ser último: no les deja caber en el carro de la Fama la competencia de las obras.

Las letras no andaban ahora tan validas. La santidad en grado sumo. Murió habiendo hecho vida milagrosa el venerable prior de Santa Cruz Teotonio, religioso, capitán y santo; por su vejez le había enviado un báculo san Bernardo.

Algunas memorias del mundo.

EL reinado de nuestro Alonso vio el pontificado de trece papas. Gelasio, Calixto, Honorio, Inocencio, Celestino, Lucio Segundos; Eugenio III; Anastasio y Adriano Cuartos; Alejandro, Lucio, y Urbano Terceros; y Gregorio VIII. Tuvo principio por un Don Sueiro la orden militar de Alcántara. Florecieron Pedro Lombardo el Maestro de las Sentencias, Pedro Comestor el de la historia de ambos Testamentos. Avicena; Averroes el grande comentador de Aristóteles. Murió el francés Juan de Tempst con 360 años de edad.

III. DON SANCHO I (1154-1212)

Quince años había que Don Alonso Enríquez gozaba el título de rey, al tiempo que la reina Doña Mafalda le dio el segundo hijo Don Sancho (para imitador suyo y heredero de su corona) en la ciudad de Coímbra a once de noviembre (1154). Desde sus primeros años se dio tanto al ejercicio de las armas (estudios de su padre nunca vencido en ellas) que sublimó con sus hazañas su fortuna.

En todo tiempo dará verdadero testimonio de su espada vencedora la gran ciudad de Sevilla, adonde Sancho (siendo el primero de los príncipes cristianos que después de perdida España llegó a sus murallas) enseñó a su rey bárbaro y vasallos a ser vencido y castigados, asolando aquel reino, adorado de ellos por la fertilidad de sus campos. Habíale ordenado Don Alonso que pasase de la otra parte del Tajo, a la defensa de aquellas tierras abundantes; prevención era contra el poder del rey de Sevilla, que las estaba amenazando. Con florente ejército salió de Coímbra (1180) acompañado de su padre algunos pasos, afectos amorosos entre la ausencia y la afición. Los moros cuidadosos, mas callados, le estuvieron viendo pasar por Évora, por Beja, por sus comarcas, hasta que atravesando la sierra Morena, fue motivo de admiración al rey de Sevilla, que con gente innumerable le salió al encuentro en el campo de Aljarafe. Ordenó el infante la suya distribuyendo por cinco escuadrones dos mil y trescientos caballos. Empezaron a herirse católicos y paganos; de una tropa de éstos se vio ceñida Sancho, y en aprieto: salió de él cortando valerosamente, haciendo correr las banderas sobre el enemigo, que con pérdida de la suya se puso en huida; mas seguido de los nuestros al entrar de la puerta de Triana, pasándolo a cuchillo hicieron que el Betis corriese menos claro, y más caudaloso: tantos fueron los que probaron los filos de la espada portuguesa, porfiando con la esperanza del triunfo, que en tal modo es poderosa cuando junta en uno a los vencedores, y la furia a los vencidos.

Volviendo a Portugal el infante devastando con poca gente muchos lugares (bien como solo el gallardo Aristomanes de los mesenios entre la multitud lacedemónica) dejó la tierra y gente en estado miserable. Rico su ejército con despojos sarracenos, entraba triunfante por la patria cuando supo que la ciudad de Beja estaba fatigada con un sitio de dos moros poderosos; y como con la reciente fortuna venía más feroz y terrible contra ellos, dejando el camino por el peligro honroso, presentó batalla a los cercadores, que abrazando la resolución, pelearon orgullosos; mas al fin oprimidos del poder de tanto príncipe, vieron deshecha brevemente la ignorancia y soberbia de sus pensamientos y armas.

Tuvo guerra con los leoneses en los campos de Argañal, de que salía con el valor propio suyo; victorioso en todo tiempo, como quien se había criado no debajo de doseles, sino de las tiendas, y entre el ruido de las armas de su padre.

Resistió constante en la villa de Santarem aquel cerco y asalto del miramamolín, que herido de su mano fue a morir en la corriente del Tajo, como ya de la de marzo Claudio Marcelo el príncipe Veridomaro. De esta manera entraron padre y hijo por aquella villa triunfando de sus enemigos, cual por la ciudad de Roma entró Vespasiano con su hijo Tito, que llegaba victorioso de Judea.

Tres días después de la muerte de su padre, en el mismo lugar donde había nacido, fue de los suyos aclamado rey, entre la tristeza que despertaba la memoria del difunto, y alegría que aseguraban las esperanzas de tal heredero. Tanto en sus principios se dio a la reedificación de lugares, ciudades y castillos, fundando muchos de nuevo; tanto favoreció la agricultura (antiguo celo del cónsul Casio, ilustre autor de la ley Agraria) que resultando de este cuidado una seguridad, una abundancia, y una fertilidad notable, fue el rey llamado por excelencia el Poblador.

En hallarse con corazón divino se parecía a su padre nuestro príncipe, y como a él se le quiso mostrar el Cielo favorable (1188). Entróle por la barra de la ciudad de Lisboa una flota de Holanda, Frisia y Dinamarca, con lucida gente (eran cincuenta y tres los vasos) que pasando a la guerra de Siria, obligada de recios temporales (tormenta misteriosa) tomó puerto. Hallaron en el rey reparo para sus incomodidades, y noticias de asuntos muy propios de sus armas. En el reino del Algarve y costa marítima está la antigua ciudad de Silves, entonces plaza fuerte, y toda la confianza de los piratas de la Mauritania, por estos mares. Los extranjeros, aceptando la empresa, pidieron el despojo, si ganasen la ciudad, que había de ser del rey, como soberano de la provincia. Fue cortando el mar la flota extraña, acompañada de cuarenta galeras portuguesas, sin otros navíos de bastimentos y municiones, en cuanto el rey marchaba con su ejército. Apenas se juntaron los de mar y tierra, cuando furiosa y incesablemente asaltaron la ciudad, adonde la resistencia fue competidora de la desesperación con que se miraban todos: toda la fuerza humana, toda la industria, todo el arte apuraron aquellos días sitiados y sitiadores; dos meses permanecieron en la pertinacia honrosa, cuando salvas las vidas se dieron los moros, obligados de lo que ya obraba entre ellos la hambre y la sed, el hierro y la muerte.

Estupendo azote, y bárbara inundación se prevenía, en tanto que el rey Don Sancho se coronaba con el lauro de aquella victoria, en tanto que gozaba triunfos de sus armas, fertilidades de su cuidado. Hambre terrible y pestilencia sucedió a la bonanza en todo el reino, y a esto el miramamolín Aben Josef, hermano del otro ya vencido en Santarem, y los reyes de Córdoba y Sevilla, que con cuatrocientos mil combatientes trataron de hacerle guerra viendo que se consumía y abrasaba; como ya los cumanos tantos siglos antes se aprovecharon del mismo mal que Roma padecía, para infestar los campos de Faleria y de Campania. Salen de sus tierras, vagan por todo Portugal con impía mano, talan campos, ganan lugares, matan gente. Nuestro príncipe piadoso dando con ánimo sublime vado a los casos del tiempo y de la fortuna, y humanándose con los suyos (como Filipo macedónico después que venció los etolos, y expelió los romanos de las tierras de Corinto) por desviarles el tercero trabajo de la guerra, acudiendo a la defensa y al reparo de muchos lugares, asentó treguas por cinco años, que tuvieron fin con un eclipse portentoso, a que sucedieron temblores en el elemento terrestre, avenidas de ríos, tempestades en el mar, y muchas otras calamidades continuadas por espacio de ocho años, padeciendo los hombres una enfermedad horrible; abrasándoseles las entrañas morían rabiando.

Todavía no olvidado Sancho del esfuerzo con que animando sus vasallos solía ser vencedor, ni pudiendo ya tolerar ver tanto reposo en los enemigos de la fe, que castigaba, ganóles la villa de Palmela, que habían recobrado, y la ciudad de Elvas. Tomó la de Tuy con otros lugares al rey de León su yerno; acciones grandes, y del último periodo de sus días, y de su pecho, que bien fue menester en tiempos tan apretados, pues pudieran ser la ruina total de este reino, si en él no hallaran el valor de este rey; alabanza mayor de marzo Aurelio, por el ánimo con que salió de las calamidades de sus días en el imperio.

Dicho lo que hacía, bien merece alguna memoria lo que quiso hacer; porque si en quien no tiene obras son ociosos los deseos, en quien ejecuta muchas parecen hazañas los intentos. Ganada por el Saladino la ciudad de Jerusalén, a su restauración incitaba los príncipes cristianos el pontífice Urbano VII. Nombre fatal a esta conquista. Sancho se aprestaba para el viaje, cuando sus vasallos disconformes le disuadieron con discursos y razones poderosas, no sin gran dolor de que lo fuesen ellas tanto. Escuchaban entonces los príncipes su gente. Mas adonde faltó con la persona, con el socorro no fue así: despidió mucho para este efecto. Hizo nuevas mercedes a los caballeros del Templo y Hospital, por animarlos en la ocasión sagrada.

En su tiempo corría aquel peso que llamaban talento, de que usaron griegos, hebreos y romanos con diferentes precios, siendo menor el portugués, que no valía más de cuatro ducados. La más antigua moneda en este reino fue la que llamaron sueldos. Estos días se ha visto alguna de oro de nuestro rey; de plata la vi yo, adonde está figurado a caballo con espada alta en la mano, y en la

de las riendas una cruz; en contorno esta letra: *In nomine Patris & Filii, & Spiritus sancti*; del reverso el escudo del reino con esta: *Sanctius Dei gratia Rex Portugalliae*.

Fue al fin Sancho venerador de las religiones, aliento de la milicia religiosa: a la de Santiago dio las villas de Alcácer do Sal, Palmela, Almada y Arruda; a la de Avis, Vallellas, Alcanede, Alpedriz y Jurumeña; a la del Templo la ciudad de Idanha. Fue premiador de los caballeros, amparo de los pobres, enemigo perpetuo del ocio, verdadero amigo y padre de la patria. Las miserias de ella en muchos años, y su liberalidad de él, pudieran haber atenuado el caudal: mas así lo templó su providencia, que en la hora de la muerte repartió un tesoro grande entre sus hijos y naturales, con iglesias y príncipes. Fue tal la avenida de sus dádivas vivo y muerto, que llegaron hasta Roma y Jerusalén: allá tuvieron su parte el pontífice Inocencio III y la Casa Santa.

Era el rey de mediana estatura, miembros abultados, y nervios robustos. Sobrándole partes sublimes (aunque no le ayudaron los tiempos) en la paz hizo maravillosas obras, en la guerra tuvo singular fortuna. Rueda suya pudiera ser llamado (como el buen emperador Helio Pertinaz) pues por una parte gozaba triunfos de bárbaros tantas veces debelados, y por otra miraba los cielos y los elementos enojados con ejecución rigurosa de castigos sobre su pueblo, que animaba cuando más caído; porque nunca fue menos claro en lograrlo próspero, que en disimular lo adverso. Su retrato antiguo nos le ofrece con corona sobre el yelmo, cetro en la mano, espada ceñida, armas ricas, y manto carmesí.

Reinó veinte y seis años, vivió cincuenta y siete, está sepultado (1212) en la capilla mayor de Santa Cruz de Coímbra en frente de su padre, que ocupa la parte del Evangelio. Abierto su sepulcro por mandado del rey Don Manuel, cuando le dio el que ahora tiene, fue hallado su cuerpo incorrupto después de cuatrocientos años: privilegio divino, y correspondiente a la opinión que se tenía de su santidad.

Algunos años antes de la muerte de su padre casó con Doña Dulce, o Aldonza, hija del príncipe Don Ramón Berenguer conde de Barcelona, y Doña Petronila reina de Aragón, y nieta de Don Ramiro el monje. Sírvenle de alabanza inmortal sus hijos valerosos y cuatro hijas santas.

Los legítimos.

I. Don Alonso, que le sucedió en el cetro.

II. Don Fernando, que casó con Juana condesa de Flandes, hija única y heredera del grande Balduino emperador de Constantinopla. Tuvo guerra con Felipe Augusto rey de Francia, que venciénzole le puso en prisión, adonde miserablemente pasó doce años; dióle libertad el sucesor san Luis; está enterrado en un monasterio junto a Lila en Flandes. No tuvo sucesión.

III. Don Pedro, que después de estar en la corte de Marruecos fue conde de Urgel, señor de Mallorca y Segorbe, por ser casado con Aurembiax, hija heredera del conde Armengol. No tuvieron hijos.

IV. Don Enrique, murió mozo; está sepultado en el monasterio de Santa Cruz de Coímbra.

V. Doña Teresa, casó con el rey Don Alonso de León, y teniendo ya tres hijos, fue apartada porque no se habían dispensado en el parentesco que tenían. Volviendo a Portugal, reformó el antiguo monasterio de Lorbano, adonde con opinión de santa se le dio sepulcro.

VI. Doña Mafalda, dotada de muchas gracias y de hermosura rara, mujer del rey de Castilla Enrique Primero, de quien también fue apartada por la misma causa que su hermana del de León, y por haberlo pedido así los portugueses al pontífice, conociendo que en estas culpas de matrimonios incestuosos se originaban aquellos azotes pasados de la hambre y de la pestilencia y de la guerra. Volvió a Portugal, fundó excelentes obras, así divinas como públicas, y reformando el monasterio de Arouca, recogida en él, haciendo vida penitente tuvo muerte milagrosa. Estos días se renueva en su sepulcro su memoria con maravillas que Dios obra, admirable en sus santos.

VII. Doña Sancha señora de Alenquer, en que de su mismo palacio (como la emperatriz Teodora en Constantinopla) hizo monasterio del seráfico Francisco, viviendo el mismo santo, y es el primero que tuvo en Portugal. Aquí fue visitada de los mártires de Marruecos; y deseosa de que por el hábito sagrado no fuesen maltratados de los infieles, dioles otras vestiduras con que disimulasen las suyas en el camino. Fue fundadora del monasterio de Celas junto a Coímbra, en él tomó el hábito y murió; esta sepultada en Lorbano adonde se venera su memoria como la de sus hermanas.

VIII. Doña Blanca señora de Guadalajara en Castilla, allí murió; fue trasladada a Santa Cruz de Coímbra, porque dignamente tuviese entierro con sus padres.

IX. Doña Berenguela, que con pocos años de edad, y muchas virtudes murió en Lorbano, donde acompañaba a su santa hermana Doña Teresa.

No legítimos.

X. Martín Sánchez conde de Trastámara, adelantado mayor de León, adonde desavenido con su hermano el rey Don Alonso, se fue a servir contra su reino. Casó con Doña Elo, señora de muchos lugares, hija de Don Pedro Fernández de Castro el castellano; no tuvo hijos; está sepultado en Cosinos, lugar de Campos.

XI. Urraca Sánchez mujer de Lorenzo Suarez hijo de Don Sueiro Viegas y de Sancha Bermuiz de Trava. La madre de estos dos hermanos se llamó María de Fornelos.

XII. Teresa Sánchez, casó con Don Alonso Tello el viejo, de quien nació Don Alonso Tello de Meneses. Proceden de ellos nobilísimas familias.

XIII. Gil Sánchez, que fue clérigo.

XIV. Constanza Sánchez, acabó el monasterio de San Francisco de Coímbra, comenzado vivo el santo: está sepultada en el de Santa Cruz de esta ciudad.

XV. Ruy Sánchez, que murió en una batalla que se dieron a sí propios los portugueses junto a la ciudad de Oporto; tiene su entierro en el monasterio de Grijó. De estos cuatro hermanos se llamó María Páez la madre, y todos tuvo el rey antes que se casase.

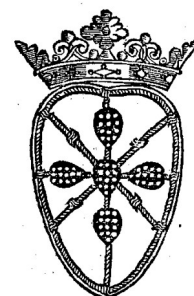
Títulos.

Don Mendo Sousano, de quien proceden unos Sousas: tuvo título de conde.

Hizo el rey Guarda mayor de su persona a un Gonzalo Méndez caballero ilustre de aquel tiempo, y fue el primero.

Armas del reino.

El rey Don Sancho quitó del escudo real, que ordenó su padre, todos los escudetes pequeños dejando los cinco que forman la cruz, enlazados en los mismos cordones. En esta forma permanecen en la familia de los Ezas estas armas. Dióselas el rey Don Pedro, como a descendientes suyos, queriendo que en ellos se continuaren las primeras del reino, ya que con los tiempos las mudaban los reyes.



[Personajes ilustres]

Entraron por ellos años a fundar en Portugal sus religiones los patriarcas santo Domingo y san Francisco, y se admitieron las de la Santísima Trinidad y del Carmen. Varones claros en las armas el conde Don Mendo Sousano que tuvo parte grande en la victoria de Silves. Martín López que venció un ejército de moros que acaudillaba Don Pedro Fernández de Castro el castellano, que contra su

rey talaba campos y arruinaba lugares. Prendióle Martín, y dióle libertad el rey. Pedro Alonso, Gil Fernández, y casi todos los de la vida del rey Don Alonso.

Algunas memorias del mundo.

Fueron pontífices romanos Clemente, Celestino, e Inocencio Tercero. Tuvo principio el arrogante Saladino que ganó la ciudad Santa, despojando de su corona a Guido Lusigniano. Por los últimos años se levanto el heresiarca Albino.

IV. ALONSO II (1185-1133)

Don Alonso primogénito de los reyes Don Sancho y Doña Dulce, que fue tercero de esta Corona, y segundo de este número (dichoso en armas entre los príncipes de España, y que se hizo claro en ella, como el de los Fabios y Escipiones en la República romana) nació a veinte y cinco de abril (1185) en la famosa ciudad de Coímbra, que así como la villa de Guimaraens había dado el primero rey a Portugal, dándole ella el segundo, y después otros, dignamente merece ser llamada ilustre y fértil madre de príncipes portugueses.

Fue Don Alonso en sus primeros pasos tan exento y ajeno de la conformidad fraterna, que penetrado del padre el natural de su hijo, por no dejar los otros que tenía sujetos al albedrío de su condición austera, y evitar discordias semejantes (así como el advertido emperador Constantino Primero lo había hecho con los suyos) dividió entre ellos muchos tesoros y algunos lugares nobles, para que viviesen con la grandeza y autoridad debida a hijos y hermanos de reyes tan poderosos. A Doña Teresa, reina que había sido de León, dejó las villas de Esgueira y Montemayor el viejo, adonde, luego que el hermano trató de desheredarla se puso en defensa. A Doña Sancha la villa de Alenquer. A los otros hermanos satisfizo con joyas y dineros. Era de Don Alonso la corona, con que se dio por satisfecho, porque como la sed de la codicia hidrópica no se aplaca con la misma abundancia en que el rey quedaba próspero; así como Sancho Primero había imitado al primer Constantino en la repartición, imitó al Segundo Constantino el Segundo Alonso, en no darse por contento de ella.

Opúsose pues el rey a la herencia de las dos hermanas. Decía eran bienes propios y hereditarios de la Corona, que su padre no podía enajenar. Por ello los hermanos, temiendo el poder y ambición del hermano, desavenidos con él desampararon la patria. Don Fernando pasó a Castilla, a Marruecos Don Pedro. Las infantas fortificándose en las tierras y lugares que su padre les había señalado, fueron cercadas del rey con tanta porfía, que Doña Teresa pidiendo socorro al de León, y dándoselo él, hizo con que ahora las armas cristianas hiciesen en Portugal lo que las bárbaras hacían los años pasados. Fueron los leoneses cercadores de los que lo eran de Teresa: viniendo a las manos los dos campos, se hirieron furiosamente. El rey fue compelido a retirarse, y los descercadores victoriosos, recogiendo ganaron las villas de Valença, Melgaço, Fulgoso y Freixo, con otros lugares de menos cuenta, adonde la codicia y la ira militar robó lo que pudo sufrir el hombre después de los carros, y abrasó lo que no pudo.

Mas ausentes las armas de León, y contumaz el portugués, necesitaron estas princesas de que el papa Inocencio Tercero interponiendo su autoridad apostólica, con censuras obligase al rey a que se viese jurídicamente el derecho y la razón de una y otra parte. Introdujo la ambición que eran mejor derecho el de las armas. Tiranía se ha de llamar éste entre cristianos, y aun entre los bárbaros. Todavía como en reino tan pequeño era muy considerable la separación de tierras, más pudo ser el

intento del rey, celo de conservar su estado que deseo de ofender a sus hermanas, o codicia de mayores bienes, pues pudo libremente (como Galba) no dar los suyos tanto que no buscarse los ajenos. Al fin (bien que al cabo de diez años) acordado ya con su sangre, siempre más poderosa que las pasiones humanas, pasó a poner en efecto otras obras dignas de su valor y grandeza.

Cuando los príncipes con ser belicosos son justificados, el mismo Cielo les ofrece armas (1217). Sin ellas bastantes, y con ardimiento maravilloso se hallaban nuestros primeros dos reyes envueltos en justos pensamientos de castigar los moros de Lisboa y Silves, y entráronles por la boca del Tajo dos flotas con que pusieron en ejecución gloriosa sus deseos. El de nuestro príncipe tercero, y la soberanía de los corazones de su gente, que no corría menos por cuenta del propio Cielo, merecieron la misma suerte. Otra armada de gente del septentrión hizo surgir un temporal en aquel puerto. Viéndolo el rey poblado de más de cien vasos guerreros, aunque destrozados, ordenó al obispo de la ciudad (era Mateo, varón santo, capaz y animoso) que socorriese a los naufragantes. Reparados ellos y contentos, incitado el rey del obispo, y ellos de ambos, de común acuerdo se resolvieron en conquistar la villa de Alcacer do Sal (ya en otro tiempo colonia de romanos) que otra vez estaba en poder de los infieles. El rey impedido no pudo seguir su ejército: capitaneólo Mateo, que la mano del báculo no es impropia para la lanza, cuando el motivo es tan divino. También peleaba el pontífice Aarón, cuando con mano sagrada sostenía el brazo en que vio el pueblo de Israel la más rigurosa espada. Veinte mil eran los portugueses, los extranjeros mucho menos; pasaron conformes, ellos navegando, y marchando aquellos. En el primer combate fueron iguales los muertos, y no fueron pocos. Los de dentro que temieron el aprieto, previniendo el remedio dieron aviso a los reyes de Badajoz, Sevilla y Córdoba, que llegaron sobre los cercadores con quince mil lanzas y ochenta mil infantes, sin diez galeras bien municionadas. Si los reyes moros acudieron a los suyos, Dios de los suyos no se podía olvidar. En el puerto de Setúbal entraron treinta y seis navíos de Holanda, su general Enrique de Umenser, que pasaba a la guerra ultramarina. Supo el caso, socorrió a los cristianos: con nuevo aliento se fortificaron: mostrando la espalda unos a otros, unos proseguían el combate de la villa, otros ofrecieron batalla a los tres reyes. Repetíanse voces de instrumentos guerreros, mirábanse gentes y trajes extraños, volaban insignias y banderas diferentes, llovían dardos, flechas y lanzas, era todo horror y confusión, espanto y sangre; murieron los cuatro reyes y treinta mil paganos, haciendo parecer el estrago obrado de las armas católicas, que más que para vencerlos se juntaron para matarlos, imitando a los romanos, cuando airados contra los boyos, negados a toda piedad, ejecutaron en ellos el último rigor de la ira, cuando se junta con la potencia.

Con ejércitos numerosos se acuartelaron sobre la ciudad de Elvas los reyes de Sevilla y de Jaén, que confiados en su multitud, querían olvidar lo que pesaba la mano portuguesa. Mas el rey en persona les dejó frustrada su confianza, desbaratándolos en batalla campal; y luego volando victorioso por toda la campaña, todo lo dejó puebo a fuego y sangre. Volvió triunfando a la ciudad con la gloria del vencimiento, y los suyos ricos con la opulencia del despojo de los ejércitos vencidos, y tierras devastadas. Suspendió para siempre con esta hazaña la invasión bárbara con que aquella provincia tantas veces era infectada de las correrías de sus tropas.

Habiendo los moros inopinadamente puesto cerco a las villas de Moura y Serpa, acudió con la misma diligencia a defenderlas por su mano. Bien castigó en este conflicto la insolencia del enemigo. De en medio del último combate le sacaron casi ahogado por ser muy corpulento, y por la opresión del peso de las armas con el calor que hacía, y coraje con que peleaba. Desbarató después al rey de Badajoz junto a Alcocer, adonde murieron treinta mil infieles. Puso en el mar una lucida flota para la defensa de la Casa Santa. Salió de todas las empresas con la honra que debía a su abuelo Alonso, y a su padre Sancho, que imitaba.

El tiempo, que consumidor de obras heroicas usurpa a la memoria humana muchas dignas de admiración y elogios, debe no poco a nuestro príncipe; porque siendo grandes y varias las ocasiones militares que tuvo su esclarecido padre para señalarse en hazañas gloriosas, y siendo Alonso tan

belicoso, que jamás dejó de acompañarle en ellas, hállese tan poca noticia de las suyas, que no puede con más copia y seguro de la verdad correr la pluma por sus hechos. Injuria que también alcanzó la grandeza de los de Trajano, con la pérdida de los escritos de Aurelio Vero y Fabio Marcelo, que los habían celebrado dignamente. Así quedaron parecidos en poner en ejecución grandes obras, y ser ofendidos del olvido por haber cegado la memoria de muchas de ellas.

Fue el rey muy grueso, y por eso llamado el Gordo (como Carlos rey de Francia por la misma razón se llamó Craso) mas disimulábalo con la estatura agigantada, rostro hermoso, frente espaciosa, ojos alegres, y cabello rubio que siempre traía largo y bien peinado. Su retrato antiguo le representa coronado el yelmo, espada alta, arnés rico, manto de nácar sembrado de flores de oro.

Vivió cuarenta y ocho años, tuvo la corona veintiuno; esta sepultado (1233) con la reina su mujer en el real monasterio de Alcobaça, y sepulcro llano y sin epitafio o letra alguna; así todos los de los primeros reyes de esta nación, empleada toda en hacer y callar.

Casó Don Alonso con Doña Urraca, hija del rey Don Alonso VIII de Castilla, llamado el Noble y Bueno, y de la reina Doña Leonor hija del rey de Inglaterra Enrique Segundo. Fue princesa dotada de singular hermosura, y de tan extremada virtud, que mereció serle revelados los últimos días de su vida; porque viniendo a la ciudad de Coímbra los seis compañeros de san Francisco, que por orden suya pasaban a Marruecos, les pidió que alcanzasen de Dios la revelación del tiempo de su muerte. Respondiéronle que sería cuando sus cuerpos, después de haber recibido el martirio en África, fuesen otra vez vistos en aquel lugar adonde les hablaba. Continuando su camino predicaron en Marruecos cinco (murió el uno sin llegar) hasta que su celo fue motivo de sus tormentos, y ellos de la gloria. Fueron traídos los sagrados cuerpos a Portugal por el infante Don Pedro, que hallándose en la corte del miramamolín, por la causa que ya se dijo, con cristianísima diligencia los puso en cobro. Por ventura permitió Dios la resolución de que este príncipe eligiese este destierro en las discordias con su hermano, previniendo ya el medio por donde no se perdiesen tales reliquias, pues para redimirlas del furor de los infieles, no fue menos que total respeto el que ellos le tenían.

Siendo pues recibidos en Coímbra los mártires con muchas fiestas, y mayor veneración de nuestra reina, se cumplió la profecía, porque a pocas horas murió con tales muestras de que volvió el alma a quien se la había dado, que estando su confesor aquella noche, las puertas cerradas, en su monasterio, vio que se llenaba el coro de una gran copia de frailes menores, entre los cuales se señalaban cinco, y a todos presidía uno. Preguntando el confesor, admirado de la novedad, la causa, fue respondido de uno de ellos: *Que Dios los había enviado a hacer aquella noche aquel oficio por la reina que era muerta. Que el mayor de ellos era san Francisco, y los cinco que más se le llegaban, los mártires de Marruecos, a quien ella tanto había venerado.* Luego que acabaron los maitines desaparecieron, y era a tiempo que llamaban a la puerta; acudió, y era recado de la reina con aviso de que estaba a la hora de su muerte. Confirmóse así la verdad de aquella visión gloriosa.

Los hijos legítimos.

I. Don Sancho, que sucedió en el cetro.

II. Don Alonso conde de Boloña por su mujer Madama Matildis, de donde fue llamado para gobernador del reino por la insuficiencia de su hermano, y le sucedió después.

III. Don Fernando, que llamaron de Serpa, casó con Doña Sancha Fernández, hija de Don Fernando conde de Lara, de quien se dice que nació Doña Leonor mujer del príncipe de Dacia. Tiene su sepulcro en Alcobaça.

IV. Don Vicente, que murió niño, sepultado allí mismo.

V. Doña Leonor, que fue reina de Dacia.

No legítimo.

VI. Don Juan Alonso, de cuya vida y hechos no ha quedado memoria alguna; porque se vea en este príncipe y otros, que si la pueden merecer, no la pueden perpetuar, y que eso han de deber a los trabajos virtuosos de la curiosidad y del estudio, y de la pluma ajena. Es todo la fatiga humana exceder los límites de la muerte, y todo su cuidado desestimar los medios de conseguirlo. Está sepultado pues Don Juan, y todas sus acciones en el monasterio de Alcobaça.

[Personajes ilustres]

Resplandeció en santidad y letras el grande portugués Antonio, luz de la Iglesia universal, honra de España, a quien los Pontífices de su edad llamaron el Arca del Testamento. Más dignamente contará su vida el silencio, a falta de algún espíritu divino. Hizo Dios en él un Epítome de su grandeza y de su poder. Mas fácil será decir lo que no ha hecho, que lo que hizo. Visitáronle los cinco ilustrísimos mártires de Marruecos, cuyos sagrados despojos goza la ciudad de Coímbra. En virtud y armas el obispo Don Mateo; en ellas Don Pedro maestro del Templo, Don Gonzalo prior del Hospital, Martín Barregaz caballero de Santiago, y los que sabe el olvido, de aquellos que hicieron a su rey vencedor tantas veces, y acompañaron el infante Don Fernando, que se halló en la batalla de las Navas de Tolosa: que no hay en España (y apenas en el mundo por todas edades) triunfo de victoria gloriosa en que el valor lusitano no tenga ilustre parte.

Algunas memorias del mundo.

Cuando Don Alonso entró a reinar estaba presidiendo en la Iglesia de Dios Inocencio III, a quien se siguió Honorio III y Gregorio IX. Sucedió aquel caso misterioso, que veinte mil niños tomando la cruzada que entonces se había publicado para los que pasasen a la Tierra Santa, uniformes se alistaron para esa dichosa empresa.

V. SANCHO II (1207-1246)

Nació el rey Don Sancho Segundo del nombre, y cuarto del reino, hijo primero del rey Don Alonso, a ocho de septiembre (1207) en la ciudad de Coímbra. Llamáronle Capelo, porque siendo enfermo en su niñez la reina, librando su salud en su devoción, le traía vestido en el hábito de la orden del gran padre y doctor de la Iglesia san Agustín. Fue parecido el rey en este traje, que después usó (como en el descuido con que se hubo) al remiso emperador Basano, que llamaron Caracalla, por una cierta ropa que vestía. Por un modo extraordinario de calzado el otro Cayo se llamó Calígula.

No hallándose pues Don Sancho naturalmente tan despierto para el gobierno como sus vasallos deseaban y a sus estados convenía, tuvo ministros que aun le hicieron más incapaz, y ocasionaron su omisión y dejamiento, atendiendo a respetos propios, de tal modo que obligó el sueño del rey, y el desvelo de ellos a que el pueblo, introduciendo nuevo estilo, tratase al principio entre sí de darle un vicario, y lo pidiese después al sumo pontífice, poniendo ya los ojos en su hermano Don Alonso para sucederle; como en otro tiempo vasallos de Eumenes rey de Pérgamo en Atalo, que lo era suyo, en quien después halló, si bien no menos ansia de reinar, por ventura más respeto al derecho hereditario con que por su vida era suya la Corona. Es lo cierto, que fue menor la

insuficiencia que la desdicha de Sancho; que también hay príncipes desdichados, y los primeros, aquellos que siéndolo, se hacen electores de quien lo sea por ellos.

Casó Don Sancho desigualmente, como el rey Antioco enamorado de una dama calcidense, con cuyos deleites se dio al descuido de toda ocupación valerosa. Tal se hizo él con los de Doña Mencia López de Haro, viuda de Álvaro Pérez de Castro, hija de Don Lope Díaz de Haro señor de Vizcaya, y de Doña Urraca, bastarda del rey Don Alonso el IX de León. Dos cosas le obligaron a aceptar este casamiento, la belleza rara de Mencia, y la persuasión de sus privados, que querían tenerla obligada, así como ya tenían al rey sujeto para sus intentos. Ganada pues de ellos la voluntad de la reina (y había de empezar por la gracia de una mujer la desgracia de todo un príncipe), prosiguieron tan deslumbrados, que despertaron en el pueblo muchas quejas, y en el rey con ellas algún deseo de castigo para atajar tanto daño; mas no lo pudo dar cuando quiso, porque no se resolvió a darlo cuando podía; que también falta poder a los reyes en aquello mismo que lo tienen, cuando en voluntad ajena resignan totalmente la suya, aunque a algunos pareció que estos descuidos del rey eran procedidos de confección que la reina le hizo gustar porque la amase más; como ya había sucedido a Calígula por otra que le dio la emperatriz Cesonia. Admira lo que piensa una mujer rendir con su hermosura, y que busque socorros fuera de ella.

La reina pues por mostrarse grata a los solicitadores de su casamiento, y porque el rey sólo hacía lo que ella ordenaba (imitando al emperador Justino II. igualmente sujeto a su mujer Sofía; o, si es más propio, Dionisio Siracusano a su amiga Mirta) obligábale a creer que el pueblo, no dándose nunca por contento, se quejaba tumultuosa, mas no justamente. Con la desdicha de su marido hacía dichosos sus privados: pero como las voces populares fuesen así mal escuchadas, o por lo menos no bien respondidas, sucediendo las quejas de los prelados, que sustanciaron las del pueblo, acudió el papa Gregorio IX con censuras ya para que el rey se apartase de Doña Mencia, con quien se había casado sin dispensación (que eran parientes) ya porque con apartarse quedasen menos alentados aquellos que por favorecidos de ella se atrevían más.

No teniendo el efecto que se esperaba remedios tan eficaces, tomó el pueblo las armas con más furor que respeto, y gobernada una multitud por Ramón Viegas Portocarrero, persona ilustre (y es mucho, porque semejantes movimientos siempre los preside algún vil sujeto) entraron en Coímbra, donde se hallaba la corte, y sacando de palacio a la reina, la llevaron al castillo de Ourem, que en arras se lo había nombrado su marido; parece que fueron ellas agüero de su prisión. Pudo el amor animar la blandura del rey, pues tomando las armas, y llevando tras sí mucha gente, pretendió restituirse, mas en vano, porque los del motín pertinaces la pasaron a Castilla. Mucho más hubieran conseguido, y menos se culparan, si lo que hicieron con la reina hubieran hecho con los privados, que contra ellos, no contra su rey, eran todas las sediciones. Luego lo enseñará la experiencia, pues en observancia de lealtad portuguesa, y homenajes que le habían hecho, solos dos alcaides en todo el reino se entregaron sin ser vencidos por las armas al nuevo gobernador.

El Papa Inocencio IV. confirmó la vicaría del reino en Don Alonso, que a la sazón estaba en Francia casado con Madama Matildis condesa propietaria de Boloña, con condición que Don Sancho fuese reconocido por rey, y tratado con la pompa de soberano, y que a la sucesión de sus hijos si los tuviese, no perjudicase la introducción de este gobierno. Nombró por ejecutores a los religiosos de San Francisco. Tuvo de aquí principio el capítulo *Grandi*, del suplimiento en la insuficiencia de los prelados. Al reino trajo en cuanto vivió Sancho, más estrago que provecho el sustituto, porque los que le seguían ya le trataban como rey, y él no desfavorecía el tratamiento, y reconocía otro lo restante de la corona, que era más. Trataron pues de que las armas definiesen la competencia. Veíanse volar unas propias insignias contra sí propias, contra sí propia volverse la propia sangre; la lealtad portuguesa mostraba a la codicia portuguesa sus quilates, en cuanto pasó esto.

Viéndose el rey Don Sancho despojado de mujer y de gobierno (peligro siempre eminente a quien se deja sujetar tanto, y dado al descuido se olvida de que la majestad sin fuerzas tiene dudosa

la existencia) alteradas las gentes, se fue a la ciudad de Toledo, entonces corte del rey de Castilla Don Fernando el Santo, como el despojado Tarquino se desterró para la provincia de Etruria, o como Aderbal cuando el belicoso Yugurta le despojaba del reino de Numidia se retiró a Cirta, y desde allí más pronto a temer, que a hacerse temido, pedía favores a Roma contra su competidor. Mas hizo Sancho esta mudanza no tanto por ver si hallaba socorro (con que volviendo a Portugal acompañado del infante Don Alonso de Molina, volvió a salir sin efecto obligado de las censuras), como porque quiso antes acabar sin vasallos desterrándose, que con ellos usurpado de su imperio. Así se siente lo que contra voluntad propia se hace admitir, pues no siendo el rey más señor de la suya con sus privados, que con el nuevo gobernador su hermano, no bastó para gastarle esta pasión natural ver mejorado el gobierno, que tenían personas inferiores.

A Castilla pues en compañía del infante caminaba el rey Don Sancho triste y sin esperanza de reino (miserable nombre de rey) y descansó en el lugar de Moreira. Hallábanse en la villa de Trancoso algunos portugueses ilustres, leales, valerosos, D. García, D. Fernando García, D. Fernando López, D. Diego López hermanos. De entre ellos salió D. García, púsose un arnés, y acompañado de un escudero, llegado adonde estaba el rey, y besándole la mano dijo: *Mis hermanos (señor) sabiendo que os halláis aquí, me envían a pedir os que os queráis quedar en aquella villa. Vasallos somos vuestros, nuestras vidas serán muro de nuestro rey en toda esta comarca, con tanto que con vos no vaya Don Martín Gil que está presente (era el Privado) y me escucha, pues contra vuestra reputación se hizo señor de vos, y fue motivo capital de tantas sediciones y ruinas. El nombre sólo habéis tenido, que la mano él la tuvo; y túvola para que ahora os veamos, y os veáis gobernado adonde fuisteis nacido para gobernar, y si él dijere lo contrario, en singular desafío le enseñaré mi verdad.* De Don Martín fue su mismo silencio su castigo, si bien con mano ajena procuró vengarse. El rey no aceptó el ofrecimiento, y prosiguió el camino.

En Toledo fue Don Sancho pasando la vida, y con los disgustos anticipando la muerte; mas en tanto que no llegaba, la anduvo aguardando ocupado en obras grandes. Gastó un tesoro en limosnas, y fábrica de la catedral, y capilla antigua de los reyes. Después de penitencia increíble, con sufrimiento insigne y particulares muestras de piedad católica, dio su espíritu al Señor (1246), en los años treinta y nueve de su edad, y trece de su corona, si le cuentan por suyos los que su hermano gobernó por él: y cuando no se cuentan, no le fue tan mal con la falta en que le puso la fortuna, pues ya por aquel camino, por ventura, no ganara como por éste el de los Cielos; con tanto fervor, que siendo devotísimo de san Lázaro, se lo quiso agradecer el santo con aparecerse dos veces en la vida, con decirle la horade su muerte, y con hallarse a ella. Dio así el suceso evidéntísimas señales de que para ganar seguramente la corona inmortal, importa o deponer la mortal, o estar expuesto a peligrar en el escollo dulce de un trono imperioso.

Al principio de su gobierno pobló la ciudad de Idania, que (arruinada por su abuelo Don Sancho cuando la ganó de los moros) apenas en las cenizas, como Corinto, conservaba la memoria de su grandeza. Resistió el cerco que por mar y tierra pusieron a la villa de Alcaicer los bárbaros del Algarve, que después de muchas muertes y daños pidieron tregua. Así en esta ocasión, como en todo el tiempo que reinó, conservó enteramente sus estados, como ya el emperador Claudio Primero, que si a la posteridad dejó ejemplo de descuido (moderación debe llamarse) no acrecentando mucho su Imperio, no lo dejó disminuido en cosa alguna. Esta es una de las dos glorias de los príncipes, o adquirir de nuevo con guerra dura, o sustentar lo adquirido con paz prudente.

En este rey se acabó la línea derecha de los reyes de Portugal, siendo cuarto en la corona, y segundo en el nombre, números infelices, en que se vio postrado el valor de aquellos príncipes; así como en Sículo la legítima sucesión de los reyes de España descendientes de Júpiter Osiris. Fue de hermoso rostro, cabellos rubios y largos, frente espaciosa, ojos verdes y alegres, nariz un poco gruesa, color tirante a pálido, y al fin por su disposición, que era buena, por sus obras, que no eran malas (pues como otro Galba fue más ajeno de vicios, que singular en virtudes) por su flojedad y

blandura, que era mucha; pudiera ser llamado Oveja de oro; como por la misma razón lo fue el procónsul de Asia Junio Silano en la boca de Cayo César.

Su retrato le ofrece a la vista con ropas de grana, corona en la cabeza, libro en una mano, en otra el cetro con una paloma en la parte superior. De condición fue afable, y fácil tanto, que hallaron sus validos bastante lugar para usar mal de ella, que la mucha facilidad en los príncipes es el acueducto por donde sordamente corren desprecios a la fuente de la majestad real. A tanto daño se sujetan los reyes que Dios hizo para todos, cuando llegan a ponerse en manos de uno.

La reina Doña Mencia su mujer se dice le acompañó después en Toledo; y también que no solamente no la vio él más, sino que desde que se la quitaron no se supo más de ella. No tuvo hijos, y pasó la sucesión a su hermano.

[Personajes ilustres]

Los varones portugueses que en su tiempo fueron asunto memorable al instrumento de la Fama, han sido muchos por la lealtad y por el valor. Aquellos caballeros de Trancoso ya nombrados. Fernando Ruiz Pacheco, que resistiendo en el castillo de Celorico un sitio con valentía rara, hizo ardidosamente que de él se levantase Don Alonso. Don Martín de Freirás alcaide de Coímbra, que defendiendo con porfía admirable aquella fuerza, Don Alonso le avisó, que muerto el rey Don Sancho en Toledo, ya no tenía por quien defenderla. Mas él implacable, quiso satisfacerse, y pidiendo tiempo pasó a Toledo, y abierto el sepulcro de Sancho le puso en las manos las llaves de su castillo: hazaña que si naciera en Roma, la leyéramos hoy en mármoles y en bronces.

Algunas memorias del mundo.

Tuvieron el sumo pontificado Celestino e Inocencio Cuartos, sucesores de Gregorio IX, que canonizó a santo Domingo, a san Francisco, a san Antonio de Lisboa, y a santa Isabel reina de Hungría. Aconteció aquel maravilloso milagro del Santísimo Sacramento en los Corporales de Daroca, que conservan hasta hoy unidas en sí y bañadas en sangre las cinco formas sacrosantas. Florecieron en las tres más ilustres facultades los excelentes varones Hugo cardenal español, que con quinientos hombres doctos compuso las concordancias de la Escritura sagrada. San Ramón de Peñafort, Conrado Abad, Jacobo de Vitriaco cardenal, Bartolomé Brigense, Azor, y Acursio glosador del Derecho Civil.

VI. ALONSO III (1210-1279)

Del rey Don Sancho (1210), que ni de su natural tuvo aquel valor de sus padres para el gobierno, ni de su mujer heredero para la sucesión, era hermano Don Alonso, que ahora llamaremos tercero del nombre y quinto del cetro. Nació en la ciudad de Coímbra a cinco de mayo, y como segundo hijo del rey Don Alonso el II estaba casado en Francia con Matildis, condesa propietaria de Boloña (hija de Reynaldo de Dampmartin y de Ida) viuda entonces de Felipe el Crespo, hijo de Felipe Augusto rey de Francia, y nieto del duque de Moravia, de quien era hija la reina María.

Trataba como príncipe católico y valeroso de pasar a la conquista de la Tierra Santa, al tiempo que le llamaron a la Corona de Portugal, o la insuficiencia de su hermano, o la prosperidad de su fortuna. Estando pendientes a total ruina las cosas de este reino, dieron ocasión a que Don Alonso fuese por la mayor parte de los estados pedido por gobernador al papa Inocencio III. Con este título

entró en su patria, adonde fue obedecido fácilmente de muchos lugares antes atemorizados con las armas de la Iglesia (censuras del pontífice) que con las de la guerra en que empezaba aquel gobierno. Muchos todavía resistieron valerosamente, que abrazados con aquella fidelidad nativa portuguesa, querían más sufrir las incomodidades y correr la fortuna de todos tiempos, que en ninguno dejar de ser señalados en esta virtud y excelencia rara tan propia suya, hasta que muriendo Don Sancho en Toledo fue Don Alonso saludado por rey en Coímbra.

Mostrándose ingrato este esclarecido príncipe (mancha no pequeña en la majestad de su persona) con repudiar injustamente a la condesa su mujer, cuando viéndose rey de Portugal le hubiera de remunerar con su corona el amor conque primero le hizo señor de sus tierras, y de sí misma en tiempo que él no las tenía, puso en olvido obligación tan crecida por casarse con Doña Beatriz, hija bastarda del rey Don Alonso el X de Castilla y de Doña Mayor Guillén de Guzmán, tomando por motivo la esterilidad de Matilde, como Nerón la de Oravia por casarse con Popea. Y si bien el deseo y la importancia de la sucesión, de que o la naturaleza o la edad hacía incapaz a la condesa, disculpa en parte grande la resolución del rey, todavía con ella se vieron quebrantadas las leyes de la gratitud y del derecho divino y del humano. Resultó de esto, que por la invalidación del segundo matrimonio se opuso el papa Alejandro IV, pero por más que instaron las censuras contra los reyes, de tal manera cundieron las contumacias, que primero que ellos obedecieren llegó la muerte a la condesa en Francia, y cesó por ella el escándalo que por los castigos no pudo. Últimamente fue legitimado por el pontífice el hijo primero que el rey ya tenía de Doña Beatriz.

Compuestas así las cosas, y aspirando Don Alonso a las altas empresas propiamente derivadas de espíritu tan levantado, trató de imitar en las armas a los tres primeros reyes y rayos de la guerra sus antecesores, que con hazañas tan prodigiosas se habían hecho temer de la soberbia bárbara, y colocar en el trono de la inmortalidad. Mas como ellos no le habían dejado a dónde ocupar la espada, porque en los límites de su reino lo allanaron todo, puso en otro los ojos. Y si bien (dicen) era ajena la posesión, esa era también la ventaja de los príncipes portugueses: serlo tanto de la guerra, que no temiendo ya peligros en su fortuna buscaban empresas en tierras remotas. Deseaba pues continuar la conquista de aquella provincia que en los pueblos turdetanos se llama Algarve, a que por el rey de Castilla había dado principio Don Payo Correa maestre de Santiago, portugués clarísimo. Envió la reina Doña Beatriz a su padre para que su vista le obligare a concederle el derecho que ya tenía adquirido de aquel reino, y alcanzólo, con algunas condiciones después remitidas con tanto gusto al infante Don Dionis su nieto, que le armó caballero cuando le fue a pedir esta gracia. Así la memoria vulgar y moderna. Suceda ahora la que el tiempo y el silencio cubren, y créase lo mas probable.

Parece que nunca el reino del Algarve fue más del de Castilla que del nuestro, antes primero de este que de aquel. ¿Cuántos años eran pasados que nuestro rey Don Sancho Primero había conquistado la ciudad de Silves (aunque después la recobraron los moros) cuando Don Payo Correa andaba por sus comarcas? ¿Con qué fundamento puede pedir un rey a otro sus tierras, aunque sea casado con su hija? Consta al fin de cartas que se escribían estos reyes, que el de Castilla conquistaba por aquellas partes con el consentimiento del de Portugal en cuanto se ocupaba en guerra más vecina. Es claro que faltó ahora de ésta, nuestro Alonso comenzó la otra. No por eso se excusa la jornada de la reina para desviar la codicia de que ya Castilla se podía haber entrado con lo mucho que el maestre Don Payo tenía vencido. Eran siete plazas, Estombar, Albor, Cacella, Tavila, Selir, Silves y Paderne. Para conseguirse pues la restitución de tantos lugares el favor no era excusado, como no lo fue para que a nuestro rey Don Sancho hiciese entregar el rey Don Fernando de Castilla las villas de Aljustrel y Mertola que tenía, aunque eran de la conquista de Portugal, porque las había ganado el propio maestre como capitán castellano.

Opúsose luego Alonso al poder de los moros por aquel reino. El maestre Don Payo Correa, que por él andaba victorioso, viéndole entrar por la comarca de la villa de Selir, y reconociéndole por señor de la conquista, le vino a dar cuenta de lo que había obrado su espada, y ofrecerse para ser

testigo de lo que ahora había de obrar la de su príncipe. En buena ordenanza fueron marchando harta acuartelarse sobre la villa de Faro. Fue el primero combate del rey, el segundo del maestre, y fue el furor de nuestras armas maestro a los combatidos de lo que debían hacer. Trataron en secreto partidos con el rey; entregáronle la plaza. Con diez caballeros solamente se entró en ella, sin que de todo el ejército lo supiese otra persona; Don Payo, viendo que no parecía el rey, temiéndose algún peligro, con ira espantosa hizo combatir la villa. Pereció mucha gente, y fuera más, si el rey no se mostrara a los suyos entre las almenas de una torre, levantando el brazo con las llaves de la villa; y poniendo en duda cuál acción fuese más para admirar, si la confianza con que el rey casi desacompañado se fió de los moros, si en ellos la constancia de la palabra y fe que nunca tuvieron. Suspendiéronse los asaltos; quedaron tributarios al rey en la plaza, así como lo eran a su miramamolín aquellos bárbaros. A este modo con hazañas grandes escaló la villa de Joulé; así la de Alguzir; así la de Albufeira; así muchas tierras. Así en virtud de su brazo quedó de todo punto libre el reino de los contrarios que tantos años antes lo poseyeron.

Faltó de esta manera la ocasión del ejercicio duro de las armas, porque llevó este excelente príncipe la gloria de haber acabado de echar de las tierras contiguas a Portugal los moros, en cuya expulsión eran pasados ciento y ochenta años; así como Octaviano consiguió el hacer llana para Roma nuestra España al cabo de doscientos que en asaltar sus fuerzas se habían fatigado las romanas. Mas hurtándose el rey siempre al ocio, se dio con nuevo estudio a la restauración de castillos, plazas, lugares, y otros edificios que el furor de la guerra tenía ofendidos, con grande industria en las obras, y liberalidad en los gastos. Desde los fundamentos es suya la villa de Estremoz.

Como otro Emilio, que después de vencer los macedónicos, habiendo envainado las armas, hizo que el Senado se aplicase al gobierno político de la república, así se aplicaba Alonso al suyo. Y advirtiendo cuánto los tratos y comercios son las alas de los imperios, señaló muchos días y lugares para plazas y mercados, haciendo limpiar de ladrones las tierras para que el concurso de las gentes no fuese impedido con el temor de los caminos mal seguros; señalado ejercicio y celo del emperador Enrico I.

Los últimos años eran de su vida cuando el rey Don Alonso el Sabio de Castilla, desavenido con el infante Don Sancho, y necesitado de socorro portugués, de su mano lo tuvo lucidísimo; y después en persona, cuando (sucediendo la venida de Aben Josef rey de Marruecos) le volvió a pedir otro socorro con sus embajadores en una galera con velas negras, señal del estado triste en que se hallaba.

Alcanzó del papa el acuerdo que se tomó cerca del misterio de la purísima concepción de la Virgen María señora nuestra; diligencia digna de creerse que merecería como Ildefonso favores de la reina de los ángeles.

Tenía una grandeza de cuerpo tan extraordinaria, que cuando el rey Don Sebastián mando abrir su sepulcro, se admiraron todos los que lo vieron. Tal había sucedido a los romanos por la estatura grande de su emperador Maximino. Con ella gozaba aspecto majestuoso, ojos pequeños mas vivos, cabellos negros, blanco y rubio. Su retrato le representa en edad senil, corona en el yelmo, manto carmesí sobre las armas, cetro, y espada baja desnuda.

Murió en la ciudad de Lisboa a veinte de marzo (1279) con sesenta y nueve años de edad, y de gobierno y reino treinta y cuatro; diez eran pasados de su entierro cuando el rey Don Dionis su hijo le trasladó al de Alcobaça junto a su padre, enfrente de su mujer segunda la reina Doña Beatriz, que siendo después abierto su sepulcro fue vista con tan hermoso rostro, que no pareció difunta.

De la primera no tuvo hijo alguno, como muchos años después se dijo con error; y con temeridad estos días la adulación, el interés, la vanidad contra la sentencia de tantos hombres doctos y diligentes; contra el testamento de la propia condesa Matilde; contra el examen hecho jurídicamente cuando la reina de Francia se opuso a la sucesión de Portugal con Felipe II. y al fin contra esta sucesión.

Los hijos legítimos.

I. Don Dionis, que le sucedió en la Corona.

II. Don Alonso, señor de la ciudad de Portalegre, de las villas de Castel de Vide, Marvano, y Arronches; casó con Doña Violante, hija del infante Don Manuel, nieta de los reyes Don Fernando el III de Castilla, y Don Jaime el I de Aragón. Fueron sus hijos Don Alonso señor de Leiria, que no los tuvo, Doña Isabel, que casó con Don Juan el Tuerto señor de Vizcaya, Doña Constanza con Don Nuño González de Lara, Doña María con Don Tello hijo del infante Don Alonso de Molina, Doña Isabel, que casó con Don Juan Alonso señor de Alburquerque, hijo de Don Alonso Sánchez, y nieto del rey Don Dionis.

III. Don Fernando, que murió mozo.

IV. Doña Blanca abadesa de Lorvano, y después de las Huelgas de Burgos, señora en ambos reinos de muchos lugares.

V. Doña Constanza, que murió en Castilla cuando su madre fue a visitar al rey su abuelo; está sepultada en Alcobaça.

No legítimos.

VI. Don Gil Alonso padre de Don Lorenzo Gil, bailío de la iglesia de San Blas en Lisboa, sepultado en ella.

VII. Don Fernando Alonso caballero de los Templarios, allí también enterrado.

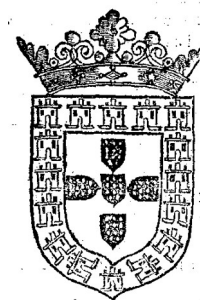
VIII. Don Alonso Dionis casó con Doña María de Ribera, de quien descienden los Sousas.

IX. Don Martín Alonso, habido en una morisca, de que proceden otros Sousas, que llaman Chichorros.

X. Doña Leonor de Portugal, mujer de Don Gonzalo García de Sousa, conde y señor grande de aquel siglo.

Armas del reino.

Un escudo sangriento sembrado de castillos de oro dio el rey por armas al reino del Algarve, que había conquistado. Sobre éstas puso las de Portugal abreviadas, de manera que las del Algarve descubriéndose un poco por toda la circunferencia, quedaron sirviendo como de orla a las portuguesas, en que también hubo novedad, quitándose dos puntos de los trece que llevaba cada escudete. Así como el rey juntó de esta manera en el escudo las armas de él, también hizo lo mismo en los títulos reales, llamándose de Portugal y del Algarve.



[Personajes ilustres]

Resplandecieron con milagros, e hicieron insigne con su vida este reino diferentes sujetos. San Gonzalo natural de la ribera de Visela, mi patria, en la provincia de Entre Duero y Miño, clérigo y abad de la iglesia de San Payo, que por ser muy parecido a san Antonio en la multitud y grandeza de las maravillas, esto sólo diremos de su vida. Está su cuerpo en un monasterio de Santo Domingo de la villa de Amarante, adonde es visitado de todo el reino por todo el año. Con aquella religión trajo pleito la de san Benito, sobre a cuál de las dos pertenecía el santo, sintiendo cada cual que fue religioso suyo, y aunque no lo fue llevó por su santidad la gloria que tuvo Homero por su estudio en competencia semejante, o con más propiedad la del admirable santo abad Hilario entre los de Chipre y Siria, porque la virtud aunque sea seguida de pocos, siempre de todos es estimado quien la sigue.

San fray Gil, religioso de Santo Domingo en la villa de Santarem, a cuyo báculo se arrimaba el rey cuando le acometía el dolor de la gota, porque sentía con esto gran beneficio en su accidente. Fue doctísimo, y es aquel que dio al demonio una cédula de su sangre a la entrada de sus estudios, que después la rescató la Virgen nuestra señora; de la mano de una imagen suya la recibió.

Sucedió en la propia villa aquel milagro estupendo del Santísimo Sacramento (hoy permanece) que llevado de una mujer a su casa desde la iglesia adonde fingió haber comulgado, la forma sacrosanta se convirtió en sangre, que los ángeles recogieron en una redoma (a la vista parece de cristal) que se muestra todos los años a los fieles, y en ella Cristo a muchos en diferentes maneras y pasos de su pasión.

Allí en el monasterio de Santo Domingo se ve el Niño Jesús de bulto, que por estos años crecía como criatura viva; y fuera de los muros el crucifijo que desclavándose de la cruz sirvió de testigo a una mujer a quien un hombre negaba la palabra que delante de él le había dado de esposo.

En la villa de Guimaraens murió san Gualter, compañero de san Francisco; hoy se renueva su memoria con milagros en su sepulcro, y en una fuente de su nombre.

En letras y dignidad tuvo la mayor y muchas el pontífice romano Juan XXI, natural de Lisboa, insigne filósofo, y peritísimo en la medicina, de que compuso libros.

Fueron muchos los varones insignes en armas. Tenga el primero lugar un Josué portugués, tal Don Payo Correa maestre de Santiago, que en la batalla que dio a los moros en las faldas de la sierra Morena, viendo que antes de acabar con ella se le acababa el día, a su devoto deseo se paró el sol, dando luz para fenecer el caso. Muchos obraron gloriosos Don Fernán Pérez de Guimaraens, Don Raymon Viegas de Sequeira, Don Alonso Pérez Ribeiro, Don Egas Enríquez Portocarrero, Don Men Roiz de Tougues, Don Ramiro Quartela, Don Pedro Novaes, Don Pedro Soares, Don Lorenzo Fernández de Acuña, Don Lorenzo Gómez Maceira, Don Gonzalo Pérez de Belmir, Don Guterre Aldaire, Don Esteban Pérez de Tavares, Don Esteban Martínez Petir, Don Gonzalo Díaz, Don Pedro Fernández del Valle, Don Juan Pérez de Vasconcelos, Don Mem Páez Moñudo de Sandin, Don Egas Gómez Barroso, Don Gueda Gómez, Don Martín Fernández de Nováis, Don Ruy Núñez de Asturias, Don Ermigo Méndez, Pedro Estaço, Juan de Aboim, Don Juan de Aviñón, Men Soares, Juan Soares, Egas Coello, Pedreanes de Portal.

Algunas memorias del mundo.

Pontífices romanos fueron Inocencio, Alejandro, Urbano (que instituyó la fiesta del Santísimo Sacramento, cuyo divino oficio compuso de orden suya el angélico doctor santo Tomás), Clemente Cuartos, Gregorio X, Inocencio, Adriano Quintos, Juan XXI, Nicolao III. Resplandecieron los doctísimos santos Tomás de Aquino y Buenaventura. Pasaron de ésta a la vida eterna la virgen santa Clara y san Jacinto. Tuvo principio en Castills el Consejo Real instituido por Don Fernando el III con número de doce letrados, que dieron principio a las leyes de la Partida que después puso en orden Don Alonso el Sabio. El reino de Sicilia se juntó con el de Aragón año 1182. Sucedió el prodigioso parto de Margarita hija de Florencio conde de Holanda, que parió juntos trescientos y sesenta y cuatro hijos vivos a los cuarenta y dos años de su edad; castigo que Dios le dio por haber creído de una mujer que había sido adúltera por parir dos hijos.

VII. DON DIONIS (1261-1325)

Más de cien años había que la ciudad de Coímbra daba reyes y príncipes a su reino, cuando vio que la más famosa de Europa le había ganado, si no la primera gloria de ser segunda silla suya, la tercera ventura de dar con herederos a tal corona trono más ilustre y más digno de ellos: porque a nueve de octubre (1261) se hallaban en la ciudad de Lisboa los reyes Don Alonso III y Doña Beatriz, cuando les nació su primogénito, a quien (por ser día de san Dionisio) pusieron este nombre, con que gloriosamente excedió lo que le pudo dar la prosperidad de la fortuna, que con una corona suele ilustrar un sujeto, y él con sus reales virtudes ilustró la propia corona.

Desde su primeros pasos fue instruido en todas las gracias de un sujeto político, en todos los ejercicios, en todas las artes de un ánimo valeroso. En la verdad, justicia y liberalidad (atributos de que se compone un monarca soberano) dejó atrás los que en todos tiempos se señalaron mucho en la alteza de tan eminentes virtudes. Sucediendo a su padre en edad de diez y ocho años, no quiso consentir que la reina su madre le asistiese al gobierno, si bien la obedecía y veneraba como hijo excelente a una excelente madre. Mas en esta parte, decía él, era afrenta de un hombre de su edad ser gobernado por otra alguna persona.

Tuvo algunas dudas peligrosas con Don Alonso su hermano segundo, queriéndole obligar a ciertos reconocimientos por los castillos y lugares que su padre le había dejado: era esto resulta de lo poco que le estaba afecto, porque como había nacido antes que muriese la condesa de Boloña primera mujer del rey, y Don Alonso después de ella, decía Don Alonso que Dionis era ilegítimo, y por esa misma razón injusto poseedor de la Corona, que antes le tocaba a él, como nacido después que el papa revalidó el casamiento (1290). O por lo uno o por lo otro, o por todo, llegaron a tomar las armas, y a verse cercado Don Alonso del rey en Portalegre: mas al fin se acabaron sus discordias por conciertos con más suavidad de lo que prometían las prevenciones de la guerra civil y doméstica.

Imitando luego Don Dionis a su padre, acabó de limpiar el reino de ladrones y gente facinerosa y forajida. Atajó las exorbitancias que los grandes usaban con los pequeños que defendía, llamando a los labradores *nervios de la República*; pensamiento en que se acomodó haberlos llamado la Antigüedad *compañeros de la Naturaleza*; y tanto (como ya lo había hecho el primer Sancho) favoreció la agricultura, que no hubo en su tiempo gente ni tierras ociosas. Por este cuidado y por el otro de levantar muchos castillos, murar muchos lugares, municionar muchas fuerzas, fue llamado universalmente por excelencia el *Labrador*, y *Padre de la Patria*, como Octaviano Augusto.

Don Sancho el Bravo y III del nombre, rey de Castilla, le dio bastante ocasión para que tuviese con él algunas discordias, por palabras y contratos que no le cumplía. Fueron estos sobre los casamientos capitulados entre los infantes de ambas Coronas; en rehenes del cumplimiento tenía consentido Don Sancho que estuviesen en manos de caballeros portugueses las ciudades de Badajoz y Trujillo, las villas de Moura y Serpa, de Cáceres, Allariz, y Aguiar de Neira. Cuando hubiera de ilustrar con la ejecución la palabra, tomó las armas, y arrebatadamente las ciudades y villas con muertes, con ruinas, con estragos; y acabando de violar la paz y la razón con mucha gente por la parte del Algarve, y por la de León, hizo en Portugal entradas diferentes matando y abrasando, como quien asaltaba poderoso y impío gente descuidada en virtud de la paz establecida.

El rey Don Dionis, que estaba colocado entre las dos virtudes Verdad y Justicia, viendo que tanto contra ellas le ofendía un rey, usó de medios suaves. Despacháronse embajadores, nada obró la razón, nada el discurso en Don Sancho, en Don Dionis sí la ira justa; mandó le desafiar, y rompiendo la guerra con mano poderosa le hizo destruir muchos lugares, talar muchas tierras. Quiso

Sancho responder al desafío, mas viéndose atajado de la muerte, y conociendo la sinrazón con que se descompusiera, mandó que se cumpliesen los contratos celebrados. Mas como Don Fernando el IV, que le sucedió, no los cumplía, ni como la justicia le obligaba, ni como el difunto le dejó ordenado, justificando Don Dionis su causa, entró hostilmente haciendo guerra a los reinos de Castilla fiera y terrible, como el emperador Aureliano a fuego y sangre sobre la ciudad de Palmira, que segunda vez se le había rebelado. Viéndose su grande resolución le salió al encuentro el infante Don Enrique, tutor del rey Don Fernando, y le detuvo la corriente con esperanzas si no ciertas, bien encarecidas. Viéronse los reyes en Ciudad Rodrigo, y quedaron de acuerdo.

Mas suspendidas las armas de Dionis, pasaron adelante las disimulaciones de Fernando; pero fueron ellas respondidas del brazo portugués con tan porfiados encuentros militares, por las comarcas de Ledesma, Simancas, Valladolid y Salamanca, que ni la ira hacía diferencia de las edades, ni los templos sagrados fueron entonces seguro bastante a los que de ellos se amparaban contra la furia lusitana, que irritada con molestias tan repetidas, con sangre esparcida en las aras de los altares se viesan aquellos días más sacrificios de gentiles que de católicos,

Acudió pues Fernando al remedio, y por detener con más apretados lazos el ejercicio licencioso de las armas victoriosas, se casó con la infanta Doña Constanza hija del rey Don Dionis, y a su hermana Doña Beatriz con el infante Don Alonso de Portugal, quedándole por castigo de su inconstancia, que habiendo de llevar dote con la mujer, si no usara de las armas, ahora la vino a recibir no solo sin dote, sino con perder las villas de Olivenza, Campomayor, y Ouguela, que en este último concierto dejó a Don Dionis, por obligarle a que envainase la ira. Dejó el portugués su hija en Castilla, y con la infanta castellana entró en la ciudad de Coímbra triunfando con fiestas que previno el común aplauso; por ver que la guerra había conseguido con las bodas del príncipe la paz del reino.

En cuanto caminaba se vino entreteniendo en rendir fácilmente, mas no sin estrago, todos los lugares de la comarca de Riba de Coa, que entonces eran de Don Sancho de Ledesma, hija de la infanta Doña Margarita, mujer del infante Don Pedro hijo del rey Don Alonso X. Fue la causa que habiendo este caballero, agraviado del rey Don Fernando, valídose del rey Don Dionis, y hallando en su mano liberal mercedes grandes, después de recibidas, contra todas las leyes de la honra y de la fe, por no perder partidos, se volvió al rey Don Fernando, y con una flota en que salió de Sevilla entrando en el puerto de Lisboa, volvía a salir con la presa de algunos vasos, cuando el almirante portugués, siguiéndole el alcance con algunas galeras, en conflicto naval le prendió, y trajo a que le viesan castigado donde le vieron presumido.

Hallándose el rey Don Fernando desacordado con los reyes de León y Aragón, y con el infante Don Alonso de la Cerda por varios casos y varias pretensiones, de reino y de codicia todas, poco el poder, muchos los enemigos, se vio con su suegro el rey Don Dionis en Fuente Guinaldo y Badajoz, adonde le pidió socorro. Dióselo con sus vasallos, con sus dineros, con su persona, hasta que le restituyó en algún descanso, y hasta que las partes de común acuerdo cedieron su competencia a su juicio; así como ya gentes remotas del Imperio romano tomaron por medianero en sus discordias al emperador Antonino Pío, que veneraban por la fama de su entereza. Tal era la de nuestro príncipe, que se fiaron de ella las partes juntas, siéndolo él por parentesco de una, y habiéndola socorrido con sus armas. Árbitro pues, pasó a Aragón con poca gente; mil caballeros lucidos y principales; compuso al de Castilla con Don Alonso, al de Aragón con el de Castilla tan a satisfacción de todos (tanto obra la prudencia) que los dejó, y a sus vasallos, llenos de admiración de sus consejos y juicio, obligados de sus manos reales y dadivosas.

Tuvo en los postreros años desavenencia con su hijo Don Alonso, ocasionada de la mucha privanza en que tenía a Don Alonso Sánchez, su hijo bastardo. Llegaron las cosas a términos de guerras civiles (última ruina de una república) porfiadas entre padre y hijo, como ya el emperador Enrique IV con su primogénito Conrado, por querer nombrar en el imperio al segundo llamado Enrique. Bien que ahora no era tanto el amor que el padre tenía al bastardo, como el odio que el

legítimo le tenía, y a su padre, de quien era amado tiernamente. Ambicioso de corona y mando, el infante se olvidaba de la obediencia debida a su padre, y a su rey; con los disgustos le anticipaba el morir. Veíanse muertes, violencias, sacrilegios y fuerzas entre una misma gente, en una misma tierra; morían hijos a manos de sus padres, y al contrario; volaban unas mismas insignias sobre unas mismas armas encontradas. Véase una reina santa, mujer y madre de dos príncipes, por componerlos cruzar amorosa y afligida por entre sus reales y escuadrones, volviéndose a ambas partes, porque a la una no le dejaba la obligación del marido, a la otra el amor del hijo; muchas veces los dejó compuestos su ruego, muchas los descompuso la inconstancia con que el hijo se componía.

Mas el rey, deseando la paz y conformidad (seguras basas en que estriba la perpetuidad de las cosas) encomendaba a personas religiosas y santas que pidiesen a Dios remedio en aquel negocio. Escribiólo también al rey Don Jaime II de Aragón, para que lo encargase a san Raimundo, que entonces le acompañaba en Zaragoza. Considerada por el santo la causa de la guerra, respondió: *Cuando el remedio de los daños estaba en la mano de los hombres no se le había de pedir a Dios. Pues con la privanza de su hijo bastardo (bastando que le conociese por hijo) inquietaba el legítimo, templase la afición, y tendría la paz que deseaba.* Ello sirvió de argumento a la respuesta de Don Jaime a Don Dionis.

Instituyó (1320) la orden ilustrísima de la milicia de nuestro Señor Jesucristo, con algunas rentas de los Templarios a la sazón extintos, dotándola de otras muchas que le fueron multiplicando hasta el número que hoy tendrá de quinientos mil ducados en quinientas encomiendas: para que los caballeros con premio ya mostrado se animasen a merecerlo con hazañas en la conquista de África; intento del instituto. En éste se emplean menos hoy, antes la codicia tiene hecho estos bienes hereditarios como si no fueran sagrados meramente. Sintiendo la poca culpa con que los Templarios fueron depuestos, muchos de ellos admitió a la nueva Orden. Libertó la de Santiago en Portugal de la obediencia que tenía a la de Castilla, creando maestro de ella con autoridad del pontífice Nicolás IV. Fueron instituidas con obligación que no casarían sus freiles, y revocóse este voto de la continencia en tiempo del rey Don Juan II, por Alejandro VI, con papa muy a propósito para esta concesión se encontró la súplica.

Tuvo el rey singular cuidado en fortalecer las ciudades, villas y lugares de sus estados, con murallas fuertes, pero más vistosas, como se ven las de Oporto, Braga, Guimaranes, Miranda, y otras. Edificó desde los fundamentos más de cincuenta castillos y algunas villas, haciendo poblar muchas. No olvidándose de las obras sagradas, liberalmente dotaba las iglesias.

Como tomaba ora la espada, ora la pluma, así docto en esta, como valeroso en aquella, hizo de la ciudad de Coímbra una nueva Atenas con floreciente academia, ilustrada de varones clarísimos en todas facultades, conducidos a su costa de varias partes. A imitación de ésta tuvieron principio en Europa algunas, y en los príncipes tales deseos de tratar los hombres doctos, que el emperador Carlos IV de Alemania, como se hallaba entre ellos, se divertía de todas las ocupaciones domésticas. Bien se deja ver que no tenía poco conocimiento de las letras quien así las favorecía. Fue versado en diferentes lenguas, y (en todo imitador del excelente emperador Adriano) era inclinado a la poesía. En España, y aun en Italia por ventura, fueron primeros sus versos a imitación de los provenzales y arvernos. Permanecen obras suyas.

Así usó de la liberalidad, que en su tiempo se decía en proverbio: *Liberal como un Dionis*, de la manera que se solía decir *como un Alejandro*. Y ejercitando esta virtud (propia de los príncipes portugueses) en aquella ocasión que el rey Don Fernando IV de Castilla (el propio a quien compuso con Don Alonso de la Cerda en Aragón) quiso oponerse a la conquista de Granada; le ayudó con numeroso ejército de caballería, y diecisiete mil marcos de plata, dándole Don Fernando en empeño de los trece mil la ciudad de Badajoz, y del resto las villas de Alconchel y Burguillos; condición, que pasado el término de volver la suma, el rey Don Dionis sería obedecido en estos lugares como suyos. En la otra ocasión que pasó a componer los reyes de Castilla y Aragón, pidiéndole ellos

grande copia de dineros prestados (fácil es de creer lo que puede pedir prestado un rey a otro) dio graciosamente a cada uno el doble de lo que le pedía; no se vio caballero en ambos reinos a que no hinchiese las manos. A besárselas vino uno, diciendo que sólo él quedaba sin merced suya, y el rey, que tenía delante una mesa de plata, se la dio. No saliera a pedir de esta manera un caballero portugués, mas un príncipe portugués de esta manera daba. Lo cierto es que cuando los reyes no eran grandísimos, lo eran sus tesoros. ¿A quién no admira tal tormenta de dádivas sobre tantas guerras? Y no se debía nada a los ejércitos. Presuma nuestro siglo, que si vuelve los ojos a lo pasado, no se verá a sí propio.

Tenía tanta noticia, y hacía tanta estimación de aquello de que abundaba su reino (contra la inclinación humana, que es apetecer lo remoto y peligroso) que lo que en él se hallaba, nunca procuró traerlo de otra parte; pues es tal la opinión que tiene adquirido lo ajeno, que ni el oro natural de España se halla con valor en la codicia de sus mismos naturales. Pero el rey Don Dionis, reprobando esta costumbre, hizo labrar una corona y cetro preciosos del oro que muchas veces entre sus arenas le ofreció en tributo el Tajo.

Sobre tanta magnificencia dejó un copioso tesoro sin opresión alguna de sus vasallos; porque tan enemigo era de tomar nada de nadie, que dando tanto al rey Don Jaime, y siendo su cuñado, y en aquella ocasión su huésped, no quiso aceptar de él cosa alguna de cuántas le presentaba por regalo; que por dádiva no pudiera haber caudal considerable a los ojos de quien tanto sabía dar.

Como hubiese entrado en el gobierno tan mozo, e hiciese algunas donaciones no con aquel consejo que es más propio de mayor edad, a los veinte y dos años de la suya revocó todo cuanto en este particular había obrado hasta aquel día: y en ello descubrió dos cosas considerables. Una, no ser bastante la edad de diez y ocho años que tenía cuando dijo que era culpable admitir en el gobierno la ayuda de más maduros años y experiencia, como la de la reina su madre; porque los príncipes siempre necesitan de consejo; si bien lo que el nuestro quiso decir, era que no convenía a un rey sujetar la propia voluntad, y no podía ejercitarla el que se atase con las acciones al vínculo de la obediencia. Otra, que las mercedes de los reyes han de ser fruto sazonado de la experiencia, y hechas con entero conocimiento de lo que vale lo que dan, y de lo que merece quien las lleva.

Saliendo a caza por los montes vecinos a la ciudad de Beja le acometió un oso; viéndose al peligro de la muerte que otro dio al rey Favila, llamó a san Luis obispo de Tolosa religioso de San Francisco de quien no era devoto, por más que la santa reina su mujer le encarecía sus virtudes. Aparecióse el santo (permisión de Dios para hacerlas confesar a un príncipe que las dudaba) y con su favor, matando la fiera quedó libre. En el mismo monte hizo levantar un templo: gratitud del beneficio, memoria del santo, trofeo del milagro.

Estatura tuvo proporcionada, cabellos negros, rostro lleno, si bien no con tanta hermosura como majestad. En su retrato se ve armado: manto carmesí, espada alta, yelmo en la cabeza coronado. Murió en la villa de Santaren a siete de enero (1257), siendo sesenta y cuatro años los de su vida deseada, porque sus obras hicieron parecer pocos los cuarenta y seis de su gobierno. *Dionisio pudo cuanto quiso*, refrán de aquellos tiempos consagrado a su valor. Su sepulcro (suntuoso como obra suya) es el monasterio de Odivelas de monjas de San Bernardo, poco distante de la ciudad de Lisboa, de la invocación de San Dionisio, así por su nombre memorable, como porque fabricándole para descanso de las cenizas de los reyes, lo tuviesen, como los cristianísimos de Francia, en templo dedicados este santo.

Fue casado con Doña Isabel, hija del rey Don Pedro el Tercero de Aragón, y de la reina Doña Constanza, hija de Manfredo rey de Nápoles y Sicilia, hijo del emperador Federico Segundo. Con milagrosas obras fue más santa que reina, siendo reina perfectísima. Sea buena muestra de lo que pudo con Dios, el saberse que en frente de la villa de Santarem tiene la virgen y mártir santa Irene (ejemplo de castidad entre las antiguas doncellas portuguesas) su sepulcro, tan famoso que fue labrado por los ángeles, y colocado por ellos en la mitad de la corriente del Tajo. Pasando por su playa la santa reina, con devoción entrañable de la mártir, y deseo de que fuera posible ver su

sepulcro, se puso de rodillas a venerar el lugar adonde se tenía por tradición que le cubría el agua, cuando ¡estupenda maravilla! dividiéndose el río a su voluntad (como a la vara de Moisés el mar Bermejo) entró por la fresca y nueva calle, y llegó a venerar el sepulcro; y vuelta a la playa, volvió a su curso el Tajo. Bien puede gloriarse Aragón del nacimiento de tal reina, mucho más Portugal de las excelencias de su vida, y de la posesión de su sagrado cuerpo. Habiendo muchos años que está ya beatificada, y que se trataba su canonización, se vino a poner en efecto reinando Felipe Cuarto. Auspicio indubitable de mejores gobiernos.

Los hijos legítimos.

I. Don Alonso, que le sucedió en la Corona.

II. Doña Constanza mujer del rey Don Fernando Cuarto de Castilla.

No legítimos.

III. Alonso Sánchez, después su mayordomo mayor: casó con Doña Teresa Martínez hija de Don Juan Alonso de Albuquerque y de Doña Teresa Sánchez bastarda del rey Don Sancho III de Castilla. De ellos nació Don Juan Alonso, señor de muchas tierras, que hubo en dote con Doña Isabel de Meneses, hija de Don Tello, nieto del infante Don Alonso de Molina; fue su hijo Don Martín Gil a quien el rey Don Pedro de Castilla hizo matar como a su padre.

IV. Don Pedro conde de Barcelós, a quien debe España las memorias de sus familias nobles: es libro estimado y con razón. Fue casado en Portugal primera vez con Doña Blanca de Portel, y segunda con Doña María Ximénez Coronel de Aragón; no tuvo hijos.

V. Juan Alonso, de cuya vida y hechos no hay noticia.

VI. Fernando Sánchez esta sepultado en el monasterio de Santo Domingo de Santarem.

VII. Doña María, que casó con Don Juan de la Cerda.

VIII. Doña María, que fue monja en Odivelas.

Títulos y oficios.

A Don Pedro su hijo bastardo hizo conde de Barcelós: y éste es el primer título que indubitablemente se sabe de merced de los reyes.

A Don Alonso Sánchez su hijo, que amaba mucho, dio título de conde de Albuquerque.

A Lorenzo Yáñez dio la dignidad de maestre de Santiago, y fue el primero.

A Gil Martínez siendo maestre de Avis, nombró para serlo de la de Cristo, y fue el primero de los diez que tuvo antes de entrar en los reyes esta dignidad.

A Vasco Martínez de Sousa hizo su canciller mayor, y fue el primero.

Algunas memorias del mundo.

Gobernaron la Iglesia romana los vicarios de Cristo, Martín, Honorio, Nicolás Cuartos, Celestino, Bonifacio VIII, Benedicto X, Clemente V, que siendo francés pasó la corte romana a Francia, adonde estuvo 70 años en siete Papas todos franceses, y Juan XXII. Florecieron grandes santos y excelentes sujetos: san Roque, santa Brígida con su vida, y resplandeció con su muerte santa Clara de Montefalco, en cuyo corazón se halló un crucifijo y tres globos pequeños, en que se experimenta (con admiración y misterio) que cada uno por sí pesa tanto como todos juntos. Los dos Nicolás Lira y Tolentino, Scoto y Durando; el excelente poeta Dante, que nació tres años después de nuestro rey. Fueron quemados de orden del papa Bonifacio los huesos de Hermano, que se

estimaban como de quien era tenido en cuenta de santo siendo infame hereje. Tuvo principio en el soberbio Otomano la poderosa monarquía de los turcos; y en las partes del Norte hubo espantojos prodigios y llovió diez meses continuamente.

VIII. DON ALONSO IV (1290-1357)

Las ciencias que el rey Don Dionis favorecía tanto le llamaron a vivir al mismo lugar donde él las había hecho florecer. Teniendo restituida la corte a la ciudad de Coímbra, en ella a ocho de febrero (1290) le dio la reina santa Isabel este primero hijo Alonso IV y rey VII. Luego en los ejercicios pueriles, adelantándose con una inclinación mayor que la edad, y tan grande como su origen, fue indiciando el esfuerzo del ánimo, por cuyo vigor después le llamaron el Bravo.

Siendo en el principio de su gobierno (como el emperador Antonino Pío, y primero como Bardanes rey de los partos) tan aficionado al entretenimiento de la caza (muy peligroso siempre en los príncipes, cuando le siguen mucho) que se divertía del cuidado y asistencia de los negocios, advertido de sus vasallos, estimó el aviso, moderó la inclinación, y atendió prontamente al peso de su gobierno. Dichoso siglo, que los ojos de los vasallos llevaban el compás a las acciones de los príncipes, y era grande la armonía.

Ahora con el poder solicitaba el odio en el ánimo del rey la ejecución de la venganza, que no tenía lugar sin la potencia, contra su hermano Don Alonso Sánchez; tomóle la hacienda, infamóle en la honra; dos golpes que más se hacen sentir, como dos vínculos a que está atada la necesidad y la vergüenza. Era poderoso y bienquisto Alonso, baja de Castilla con mano armada, y entrando con su gente por la comarca de Braga y Guadiana, a un mismo tiempo todo era sangre, todo robos, todo incendios. Sentido el rey, saliendo contra el castillo de Albuquerque lo puso por tierra.

Sobre el casamiento de Doña Constanza hija de Don Juan Manuel nieto del rey Don Fernando el Santo, que estaba tratado con su hijo el infante Don Pedro, rompió guerra con el rey Don Alonso XI de Calilla, su yerno y su sobrino. Desafió: y en cuanto sus embajadores proponían el desafío, hizo que toda la marina confinante estuviese poblada de toda forma de bajeles, abundantes de municiones y gente, sus castillos y plazas bien fortificadas. Tenía cercado a Badajoz en tanto que algunos capitanes suyos corriendo la campaña en contorno abrasaron los arrabales de Aracena, Arouche y Cortegana; a muchos castigaba la muerte, a muchos el cautiverio, a todos las heridas, las miserias. Dificultábase la entrada en Badajoz; dejó el rey combatientes bastantes, y después de correr felizmente por la Andalucía hasta Sevilla, volvió triunfante y orgulloso a proseguir el sitio, ilustre episodio de esta guerra. La misma prosperidad llevaba su hermano Don Pedro por Galicia, en vano resistidos del arzobispo y otros capitanes, que no fueron más de unos honrados testigos de cómo hería y cautivaba.

Abundantes compañías se alistaban en Castilla para socorrer a Badajoz, cuando el rey, habiendo recibido alguna gente suya mucho daño, levantó el cerco. Desasombrado el castellano, entró en la ciudad, y salió de ella sobre la de Elvas, en cuyos arrabales y campos ejecutó la ira lo que pudo con hierro y fuego. Recogióse a Sevilla en cuanto el portugués vagaba airado y victorioso con varias correrías por las tierras de Jerez y Badajoz, Burguillos y Alconchel. Restitúyanse valerosa, si no igualmente, tropas castellanas guiadas por Don Juan y Don Fernando Ruiz de Castro, que cortando desde el Miño hasta el Duero robaron poco resistidos, hasta que saliendo mil y cuatrocientos portugueses a la ordenanza del arzobispo de Braga, obispo de Oporto, y maestre de Cristo, fue muerto Don Juan de Castro con trescientos de los suyos, que dejaron un despojo considerable. De la campaña, éstos y otros casos varios y prolijos.

Los marítimos no fueron desiguales; corriendo por las olas veinte galeras y otros vasos de Portugal con dos mil hombres, cuarenta de Castilla con cinco mil y cuatrocientos, aquellos hicieron estrago en algunas plazas enemigas, y estos sin armas fueron deshechos al rigor de temporales y naufragios, hasta que reformados sucedió la naval del cabo de San Vicente, adonde habiendo los portugueses rendido nueve galeras, arrepentida la fortuna, los dejó vencidos en las manos del enemigo.

Nuestro príncipe, que por su mano sabía hacerse temer, salió contra Galicia, adonde la ira y la venganza se miró muy en su trono; casi despobladas quedaron aquellas partes. Con diez mil hombres salió el rey de Castilla por el Algarve cortando sin piedad alguna. Así iban sucediendo alternadamente iguales daños en uno y otro reino; podíanse llamar ambos invencibles, y dichoso ninguno. Ni se domaban a sí, ni los pudo domar el papa Benedicto XII. ni otros príncipes cristianos, que lo pretendieron. Continuaba pues la porfía de las armas, porque terminadas las capitulaciones matrimoniales, el castellano impidió la venida de la infanta Doña Constanza a Portugal, no perdonando a ninguna diligencia de las que son decentes a un príncipe, y de las que no lo son a quien no lo es, para estorbar este casamiento, que sentía extremadamente, envidiando celoso que esta señora llegase a ser de otro, como antes la hubiese amado mucho, y llamado esposa.

Fomentaba más tanto agravio, con la poca modestia con que trataba su mujer la reina Doña María, hija del bravo Alonso, cediendo toda su voluntad y respeto benemérito de tan soberana princesa a las amorosas delicias de Doña Leonor Núñez de Guzmán, no menos ciego por ella que Antonio por Cleopatra, afrentando la rara belleza y virtudes excelentes de Fulvia su mujer. Tal vez quiso hablar la reina a su marido, y no lo pudo conseguir, menos que a los ojos, y con el consentimiento de la concubina. Por ello estuvieron tercera vez con segundo motivo a punto de rompimiento, que impidió la misma reina agraviada; queriendo con tanta disimulación como sufrimiento (tan grande por tal causa en una mujer es admirable) pasar antes por tan injustos desprecios, que ver los daños de la guerra en dos reinos a que igualmente se hallaba obligada por infanta del uno, y por reina del otro.

Así se ensayaban casos, así se estaban dando un filo las armas, cuando la variedad y la fuerza del tiempo, que lo digiere todo, pudo hacer que entre los dos reyes se dejasen oír tratos de paz, conque al fin quedaron acordados por medio de Gonzalo Vázquez de Moura, embajador de Portugal, prometiendo el rey en ellos dos cosas bien difíciles de ser cumplidas de quien estaba tan sujeto a ellas. La primera, que dejaría venir a Doña Constanza para su esposo el infante Don Pedro. La segunda, que se apartaría de Doña Leonor, a quien trataba como reina, para tratar la reina como era razón. Luego en cumplimiento del primer acuerdo consintió que con el mismo embajador pasase a Portugal la infanta; y si al segundo no dio entera satisfacción, el haberse moderado en sus pasiones, juntamente con otros sucesos, hicieron que la paz se continuase entre ambos reinos: oro dichosamente sucedido al hierro de tanta guerra.

Hallándose después el rey de Castilla necesitado de socorro para una ocasión apretada, como estuviesen frescas aun las llagas de tantas desavenencias con el portugués, no osaba a pedírselo: mas no queriendo perderlo, ordenó a la reina su mujer, que como de su propio *motu* le pidiese este favor. Y él a su hija (penetrando la industria del castellano) *que como ella era mujer no tenía necesidad de ejércitos, armas, ni instrumentos y máquinas de guerra: que si su marido la tenía de todas estas cosas, se las pidiese, y él le respondería.*

Viéndose algún tiempo adelante de la misma manera oprimido, y dudoso con la venida de Ali Boacem de Maruecos conjurado con el de Granada contra España (capitanes de innumerables ejércitos) envió la reina su mujer al rey su padre, que siempre entre los dos reyes fue esta clarísima princesa del provecho y deseo que Julia entre César y Pompeyo, hija del uno, y mujer del otro. A la sazón se tenía Alonso en la ciudad de Évora, adonde la reina le fue a pedir el socorro que de tal Corona se esperaba, y tal ocasión pedía. Recibiéndola Don Alonso con singular amor paterno, depuestas las justas quejas que tenía del rey, no sólo le concedió el socorro, mas brevemente en

persona con ejército más crecido que en número en valor, se resolvió en ponerse en compañía de su yerno. Hizo la reina volar el aviso a su marido, y él agradecido a la animosa determinación del suegro, pasó luego a verse con él en su reino y villa de Jurumeña, situada a la ribera de Guadiana.

Juntos en Sevilla, teniendo consejo sobre si se había de pelear o no con los moros (porque contra tanta copia de enemigos quedaba el arrojamiento a los ojos del mundo con menos de valeroso que de temerario) fueron de parecer los consejeros castellanos, que Tarifa se les diese de concierto, y que con esto se evitaba el peligro de perderlo todo. Mas el bravo portugués, a quien el ánimo real no sufría que fuesen aventajados los bárbaros, teniendo él en las manos sus armas nunca temerosas (consideración de Sila, cuando saliendo al encuentro a Yugurta, fue aconsejado que no pelease) dijo: *Que no había salido de su reino con gente tan acostumbrada a vencer, para consentir que los infieles se quedasen con lugar una vez poseído de cristianos, a cuenta de no pelear.* De manera se opuso resuelto que todos, colgados de palabras tan de fuego, acometieron los enemigos así valientemente, como lo dicen las historias o mejor como lo dijo el efecto.

Humillóse aquel día la arrogancia mahometana, con tanto brío, y con tanta suerte nuestra, que hiriendo y matando Alonso en aquella multitud, que quedó a su cuenta, la redujo a un estado miserable, con tal corriente, que pudo pasarse a favorecer su yerno, que en lo que le tocaba (bien que no con menos valor hería en ellos) andaba todavía deshaciendo los remolinos en que le acometían. Deteníase la gloria del vencimiento, no por falta de esfuerzo, mas por sobra de la resistencia que se hallaba en tantos contrarios. Salieron al fin los dos con tal victoria, que la del Salado será siempre una de las que la Fama publica por sublimes, y la Iglesia celebra por milagrosas; porque ayudados del Cielo (causa en efecto suya) los vencidos afirmaban después haberse desmayado, porque vieron algunos gigantes con adornos resplandecientes peleando de la parte de los ejércitos católicos: como ya los samnitas se disculparon de rendirse a los romanos cuando peleaban con los cónsules Cornelio y Valerio, porque al tiempo de encontrarse vieron en sus ojos unas llamas, y en sus rostros un furor, por otro camino, más noble de lo usado, con que se hacían altamente temidos, y a los contrarios al mismo paso temerosos.

Ni quede en los archivos del olvido, que al tiempo de darse esta batalla se cubrió el campo cristiano de una niebla tan espesa, que pudiendo verse mal unos a otros, dio causa en todos a un temor perplejo y confusión peligrosa. Notándolo nuestro Alonso, con católico discurso y pecho osado les dijo en voces altas: *Que se animasen, porque toda aquella niebla era maná que el Cielo derramaba sobre su pueblo escogido, para fortalecer los ánimos al embestir contra la morisma.* Otra tal oscuridad tuvo Aníbal cuando a las orillas del lago Trasimeno rompió treinta mil romanos, siendo también portugueses muchos de los vencedores. Era el estandarte de nuestro rey el *Lignum Crucis*, que hoy se venera y guarda en una iglesia que está cerca de la villa de Moura; y las palabras con que dio principio a la batalla fueron aquellas del salmista: *Exurgat Deus, et dissipentur inimici ejus.*

El despojo fue rico, como podía prometerse de tanta multitud, que ya venía más como a repartir la tierra entre sí con paz, que a ganarla con la guerra: a imitación de los germanos, cuando para pasar a las de Roma traían cadenas para prender a los enemigos, como si ya los hubieran vencido; prevención soberbia que el Cielo castigó en ellos junto a las márgenes del Visurgis, como ahora en los moros a las del Salado. Todo lo bueno de este despojo se puso delante a nuestro rey al tiempo que se despidió del castellano, que le decía, tomase de todo lo que quisiese, o lo tomase todo, pues era más suya la victoria. Mas el portugués con lozanía superior, y ánimo liberal lo despreció, pagándose más del triunfo con que fue recibido en Sevilla, y de que al papa se enviasen con algunas banderas muchos esclavos. Todavía por dar a su reino señales de aquel vencimiento, quiso antes escoger de los gloriosos, que de los interesables. Llevó consigo al infante Abohamó hijo de uno de los reyes vencidos, que cautivó por su mano, y después volvió graciosamente a su padre, viendo que por él le daba un precio grande; trajo también cinco estandartes, que de la misma manera ganó en la batalla: penden hoy en la capilla de la iglesia mayor de Lisboa.

Si alguna cosa puede eclipsar la gloria y fama de tan poderoso rey, es la injusta muerte de Doña Inés de Castro, que dejó a la disposición de ánimos apasionados, siendo mujer de su hijo, y madre de sus nietos: mas parece que quiso el Cielo por este camino, que el infante Don Pedro su hijo desavenido con él, por ello, y desobedeciéndole, acabase de darle a entender, cuán pesadas fueron las molestias que había dado a su padre en la mocedad.

Mandó labrar monedas diferentes; unas que tomando su propio nombre se llamaron *alfonsines*, nueve valían un sueldo, y los sueldos, que tuvieron diferentes precios, en tiempo del rey Don Fernando valían diez maravedís, y del rey Don Duarte un real. En otras obras mostró el valor y la grandeza dignas de un príncipe señalado: gobernó su pueblo con singular justicia, dándole no muchas leyes, sino importantes y fijas; argumento infalible del raro espíritu con que colocó su estatua en los templos del Honor y de la Fama.

Tenía la frente dilatada, y con arrugas, rostro largo, nariz en proporción al rostro, boca grande, cabello dorado, oscuro y crespo, barba partida y larga, y todo de miembros abultados y vigorosos, aspecto, forma, partes y obras venerables. En su antiguo retrato se halla armado de todas armas, corona en el yelmo, espada alta, manto carmesí aforrado en armiños, como todos los antecedentes. Débese crédito a esta imagen, porque él mismo se hizo retratar, y con sus antecesores: imitáronle los herederos, y están hoy en el Palacio de Madrid estos retratos originales de nuestros reyes.

Murió en la ciudad de Lisboa por el mes de mayo (1357) con sesenta y siete años de vida, y de reino treinta y uno y medio. Su sepulcro, y de la reina Doña Beatriz su mujer, se ven en la catedral de la misma ciudad dentro de la capilla mayor de ella. Era Doña Beatriz hija de Don Sancho el Bravo, y Cuarto del nombre (como su marido) rey de Castilla, y de la reina Doña María, hija del infante Don Alonso de Molina.

Sus hijos legítimos.

Y sea alabanza ilustre suya, que no supo otros.

I. Don Alonso, que murió niño, está sepultado en el monasterio de Santo Domingo de Santarem.

II. Don Dionis, que murió del mismo tiempo, y está a los pies del rey Don Alonso Tercero su bisabuelo en Alcobaça.

III. Don Juan, que murió niño, y así esta esculpido en su sepulcro, que tiene en el monasterio de Odivelas junto a su abuelo el rey Don Dionis.

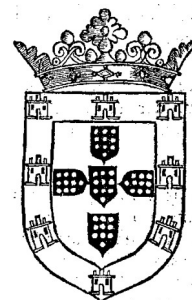
IV. Doña María, que fue reina de Castilla, mujer del rey Don Alonso Undécimo, padres del rey Don Pedro el Cruel.

V. Don Pedro, que sucedió en la Corona.

VI. Doña Leonor reina de Aragón, mujer segunda del rey Don Pedro Cuarto. Murió moza: tuvo una sola hija llamada Doña Beatriz, que viniendo a Portugal, muerto Don Alonso su abuelo, murió niña; está sepultada con la reina Doña Beatriz en la iglesia mayor de Lisboa.

Armas del reino.

No acababan de tomar asiento fijo las armas reales: el rey redujo a número de ocho los castillos, que sin él andaban sembrados en el escudo del Algarve, sobre que Don Alonso III había puesto el portugués. De los once puntos que llevaba cada escudete de los cinco, quitó uno.



Algunas memorias del mundo.

Tuvieron en la Iglesia de Dios el gobierno universal de ella los santísimos padres Benedicto XII, Clemente e Inocencio Sextos. Florecieron los famosos jurisconsultos Angelo, Landulfo, Baldo y Bartulo. Fue laureado el Petrarca por el papa Benedicto. Viose en las partes del Norte el prodigio de tres lunas juntas acompañadas de un cometa, que con largas y portentosas crines trajo admiración a todos los que lo vieron, y efectos tristes a diferentes partes, que lo experimentaron.

IX. DON PEDRO (1320-1367)

Mal se lograban a los reyes Don Alonso y Doña Beatriz sus hijos, pues con los primeros tuvieron más sentimiento de perderlos, que tiempo de alegrarse con haberlos tenido: sucesivamente iban muriendo en los días mas tiernos, y dejando a sus padres con deseos y con tristezas, hasta que vieron crecido su quinto hijo Don Pedro, que nació a diez y nueve de abril (1320) en la ciudad de Coímbra. Fue llamado Cruel y Justiciero, y antes mereció éste que aquel nombre.

Tomó el cetro a los treinta y siete años de su edad, siendo ya viudo de sus dos mujeres: la primera fue Doña Constanza Manuel, nieta y bisnieta del infante Don Manuel y del rey Don Fernando el Santo; la segunda Doña Inés de Castro hija de Don Pedro Fernández de Castro, y parienta de su marido, que primero había sido sus amores, y después recibídola por mujer en secreto, temeroso del padre que pretendía darle otra. Antes y después de casados los amantes tuvieron hijos, y causó esta sucesión y esperanzas de Doña Inés tanta envidia en algunos ánimos (nunca son grandes los que la tienen) que acabaron con el rey se la dejasen matar, con pretexto de persuasiones de lo mucho que convenía a la quietud de sus estados una tan bárbara sentencia: que las mayores tiranías a título de mejores y mayores útiles se ejecutan siempre entre príncipes sin consejo, y consejeros con pasión. No pudiendo pues, la belleza rara de tal señora y la inocencia de tal alma, ablandar de su propósito a Pedro Coello, Diego López y Álvaro González, inexorables a la razón, al ruego, al llanto y al respeto, cuando al rey le tenía aplacado y enternecido lo uno y lo otro, impiamente le quitaron la vida en la ciudad de Coímbra, dejando con este suceso trágico tal sentimiento, que aun hoy se lastima el mundo con su memoria: mas como las heridas mortales a un mismo tiempo se dieron en el cuello de Inés, y en el corazón de Pedro, le solicitaron los dolores para una venganza que fuese igual con su amor; si bien para satisfacción bastante de la vida hermosa que atajaron, les deseó Don Pedro muchas vidas, para que en todas ejecutaran sus deseos su venganza.

En tanto pues que el infante pasaba las congojas que habían sido justísima resulta de la muerte dada a quien él amaba tiernamente, tuvo con su padre, por haberla consentido, muchos disgustos, que llegaron a tomar las armas, como los dos antecedentes padre e hijo lo habían hecho por otras causas. Las provincias de Entre Duero y Miño y Tras os montes todo era fuego y sangre: corrían por ellas la ira, y la espada del infante. Ya se miraba diferente la ocupación de las insignias católicas con las señales de la guerra doméstica continuada en cuatro reyes: aquella domada con la razón que se vino a mirar mejor; ésta impedida más con la muerte del padre, que no con la conformidad del hijo.

Así lo mostró él, porque sucediendo brevemente en la corona, de los tres matadores (que ya exhortados de su propia conciencia y temor de la culpa, tanto como de la condición del rey, andaban ausentes en la Corte de Castilla) alcanzó a Pedro Coello y Álvaro González por un concierto que hizo con el rey Don Pedro el Cruel de que por aquellos portugueses le entregaría otros caballeros castellanos que andaban también criminosos en su corte. En los dos (haciéndoles sacar los

corazones estando vivos, al uno por los pechos y al otro por las espaldas, y quemándolos después) ejecutó los castigos que pudo, cuando no les halló vida para todos los que quiso.

Pasado poco tiempo hizo dos sepulcros famosos de mármol blanco y artificio laborioso: uno para sí, otro para Doña Inés, adonde con corona real la mandó esculpir naturalmente, así como Oto Silvio había hecho renovar en Roma la memoria de su mujer Popea con levantar sus imágenes, que algunos habían derribado. Fue trasladado el cuerpo de Doña Inés con un pomposo acompañamiento de matronas y señores, y habiendo diecisiete leguas desde Coímbra donde estaba, a Alcobaça donde iba, por todo el camino en dos hileras concertadas de una y otra parte, estaban muchos mil hombres con otras tantas hachas, aguardando que pasase una litera riquísima que llevaba la difunta. Antes de sepultarla mandó que todos sus vasallos le besasen la mano como a reina suya, declarando primero que lo había sido, por ser su legítima mujer; que también mostró serlo jurídicamente.

Fue Don Pedro, no cruel, como lo dijeron los tiempos, antes verdaderamente rey cuidadoso del gobierno que Dios le había fiado; con los beneméritos y buenos liberal y afable, amigo de castigar insolentes y facinerosos, que tienen librada su osadía en el olvido de la ejecución de las leyes en los magistrados. Hagamos primero imagen de lo segundo, y será la segunda de lo primero. De todos los castigos que hizo no se hallara ninguno que no fuese importante y fructuoso. Puso un mozo las manos en su padre, súpolo el rey, llamó la madre, y obligóla a que le confesase qué padre había dado a aquel hijo, porque no era posible lo fuese su marido (juicios de Salomón parecen); confesóle que lo era un religioso; fue en persona a su monasterio, e hízole matar. Un privado suyo hacía adulterio a un alcalde, hízole cortar aquella parte que le hacía ser adúltero. Condenaron un clérigo a que no ejerciese sus órdenes, por haber muerto a un hombre; mandóle matar el rey por un cantero, y hallándose a la sentencia, dijo que pues en el juicio eclesiástico condenaban un clérigo a que no ejerciese su oficio por matar un seglar, él en el suyo condenaba un cantero a que no lo fuese por matar un clérigo. Traía colgado de la pretina un azote; que para un rey a los ojos de la justicia no sería más resplandeciente una estrella en la corona. ¿Era esto puro celo, o tiranía? ¿Cómo puede ser vicioso un rey en cuyo tiempo anduvieren los vicios enfrenados? Pues en el suyo lo anduvieron.

Mas hízole parecer cruel en la opinión vulgar el concurso en un mismo tiempo de otros dos Pedros, el uno rey de Castilla, y el otro de Aragón, y Carlos Segundo de Navarra. Pero el nuestro no como ellos imitaba el sacrílego Breno, ni castigaba los hombres ambiciosos de sus haciendas, porque fue uno de los más liberales príncipes del mundo: antes por ajeno de crueldad se ha de entender que no quiso hospedar en su reino al rey Don Pedro el de Castilla cuando le fue a pedir socorro para resistir los daños que sus propias crueldades le acumularon. Al fin, mirado a buena luz, no nos ponen sus hechos en necesidad del ingenio de Paulo Orosio para la defensa de los del emperador Claudio Primero. Tal la primera imagen de la crueldad: veamos la segunda del gobierno, de la afabilidad, y de la grandeza.

Las leyes que daba eran observadas con reverencia y temor. Enemigo de juzgar por respetos, promulgó ley en que condenaba a muerte el juez que se dejase cohechar. Evitador de las dilaciones en los negocios (total ruina de las Repúblicas) mandó que no hubiese letrados ni procuradores; resolución tan fructuosa, que Matías rey de Hungría la imitó; sin ellos se acabaron en su tiempo con más justicia y brevedad los pleitos, así como ya en Roma hubo más salud cuando se halló con menos médicos.

Andaba en persona (bien como el solícito gobernador Simón Macabeo en las provincias de Judea) por todo su reino, administrando justicia a todos, como si fuera un ministro particular (o no son hoy tan fáciles los muy particulares ministros) con el premio, y con el castigo siempre a los lados: otros ángeles de guarda de los príncipes; dos polos sobre que se sustenta la duración de reinos y monarquías.

Aunque fuese tan vencido de la pasión amorosa como se vio en los extremos hechos por Doña Inés, y en otras conversaciones, y amigo de aparatos deliciosos, ni se divertía de su cuidado, ni

perdonaba a ninguno, que en el particular de la incontinencia fuese convencido, imitando en esta parte a Domiciano por ser tan justa: como en las otras virtudes a todos los príncipes famosos.

Mandó labrar mucha moneda de metales y precios diferentes, de oro llamadas doblas de veinticuatro quilates, de que entraban en un marco cincuenta: otras con la mitad de este precio, tenían de una parte el escudo real, y de otra el rey sentado en silla, espada en la mano desnuda y alta, y letras: *Pedro rey de Portugal, y del Algarve. Dios ayudadme y hacedme vencedor, excelente sobre mis contrarios.*

Fue tan liberal, que a imitación del emperador Tito no se tenía por rey el día que no hacía alguna merced. Tuvo siempre mucha plata labrada para ejercer esta virtud. Siendo (como César aunque poco airoso a los ojos de Sila) amigo de traer flojo el vestido, decía cuando se lo daban, que porque le quedasen libres y sueltos los brazos para el oficio de dar, le ensanchasen la pretina: de manera que si allá trae de un lado en ella el azote, aquí en lo restante la liberalidad.

Era por extremo aficionado a fiestas: regozijábase en oír instrumentos músicos y sonoros. Tenía unas trompetas de plata que mandaba tocar de noche, y salía danzando al son de ellas en compañía de sus caballeros, semejantes ejercicios en aplauso honesto y justo cuando no llevan el extremo de lo que en ellos usaba Ptolomeo rey de Egipto, no eran mancha a la majestad real en la facilidad de aquellos siglos mejores, aun más propia de los reyes portugueses, que entre sus vasallos nunca buscaron adoración, no dejando nunca de buscarla fuera de ellos; antes era nuevo estímulo para obligarlos más, y nuevo espanto al mundo de que un ánimo por otra parte así severo, bajase de su rigor a tanto extremo de blandura, sazonzando lo uno y lo otro de manera, que nunca por lo fácil se le perdió el respeto, ni por lo severo el amor. Con todo este acuerdo moderaba las riendas de su gobierno, ya con aspereza para los remontados, ya con lenidad para los domésticos, no siendo más grande en el castigo con los primeros, que en el favor con los segundos, porque todas las fiestas y alegrías en que se hallaba, se componían de una real magnificencia, y de un deseo afectuoso de honrar algún acto o alguna persona; donde resultó que armando caballero a Don Juan Alonso Tello, para la noche que había de velar las armas mandó labrar cinco mil hachas, y juntar cinco mil hombres que las tuviesen desde palacio hasta el templo adonde se hacía la ceremonia, y por entre aquella copia de luces andaba danzando entre los suyos; a tanto le llevaba su natural llaneza, a tanto el deseo de honrar y hacer merced a los beneméritos. De manera que así como el cónsul después de publicar, en Macedonia vencida, las leyes romanas, ordenó en la ciudad de Anfípolis muchas fiestas para recrear los ánimos de las gentes fatigadas con tan prolija guerra, sucedió justamente a la de los reyes pasados el ánimo festivo de nuestro rey presente. Tal la segunda imagen. ¿Quién no ve que sobrepujan las mercedes a las penas? ¿A la aspereza, la blandura? Y son más memoradas estas que aquellas.

En el ejercicio de la grandeza y de la liberalidad no estuvo despreciada la providencia, dejó un copioso tesoro al sucesor, y éste junto con un sosiego que también le dejó admirable en sus vasallos, le dieron una herencia raras veces vista. Parecióse en esto como en ser cognominado cruel al emperador Septimio que llamaron Severo: así pues no tuvo ocasión de tomar la espada después que tomó el cetro, mas de tal manera supo tomar éste, que llorado del amor público se decía después de su muerte: *Que tales diez años como los de su gobiernono los había visto, ni los había de ver esta Corona;* y otros: *Que nunca hubiera de nacer, o que nunca hubiera de morir.*

Por todas estas excelencias (por cierto no merecederas de llamarse cruel quien las tenía) permitió Dios que el apóstol san Bartolomé, de que era devotísimo, le visitase en su tránsito; y que estando ya muerto le volviese a la vida para acusarse de un descuido olvidado; y como no fuese sobre el caso y sucesión de Doña Inés, la califica mucho; pues la grandeza de este cargo no era para pasar a la otra vida con el un rey cristiano, si por aliviarse de otro por ventura menos grave volvió a revivir.

Pocos días antes de su muerte hubo grandes prodigios en el Cielo, pareciendo que corrían todas las estrellas de levante a poniente, de donde caían con tanta confusión, que produciendo en el

aire espantosos incendios, hacía pensar que se abrasaba el mundo, descubriéndose el cielo roto en aquellas partes donde las mismas estrellas le desocupaban.

Fue grande de cuerpo, de real presencia, frente espaciosa, ojos negros y hermosos, en la conversación alegres, cabello rubio un poco oscuro, que traía siempre largo y compuesto, boca no pequeña, mas con gracia, rostro largo, balbuciente de lengua, y bien considerado en las respuestas; aficionado a la poesía, algunos versos suyos se ven en las obras de los poetas ilustres portugueses de aquellos tiempos. Su retrato antiguo, con ropa real carmesí con vueltas y aforros de armiños sembrados de moscas negras, cetro en la mano, corona en la cabeza.

Reinó diez años menos dos meses, vivió cuarenta y ocho. En su muerte (1367) no se vieron dos cosas que se ven en casi todas las de los reyes. Ni hubo quien la festejase, ni quien la pusiese presto en olvido. Está sepultado junto a su mujer Doña Inés de Castro, esculpido a lo natural en lo alto del sepulcro.

Sus hijos legítimos y de Dona Constanza.

I. Don Luis, que murió niño.

II. Don Fernando, que sucedió en el cetro.

III. Doña María, que casó con Don Fernando infante de Aragón hijo del rey Don Alonso IV y de la reina Doña Leonor: no tuvo hijos.

Y de Doña Inés de Castro.

IV. Don Alonso, que murió niño.

V. Don Dionis, el que por no querer besar la mano a la reina Doña Leonor, mujer del rey Don Fernando, pasó a Castilla, adonde le casó el rey Don Enrique con una hija bastarda. Fueron sus hijos Don Pedro de Colmenarejo; Don Fernando de Portugal que preciándose de su madre se llamó de Torres, apellido de ella; fue casado dos veces, y tuvo amplísima sucesión. Tuvo más el infante a Doña Beatriz, que no casó; y otra que casó con Lope Vaz de Acuña señor de Buendía, y otras que fueron monjas; está sepultado con su mujer en la sacristía de Guadalupe.

VI. Don Juan, el que por consejo de la misma reina Doña Leonor (que le tentó con la codicia del reino, diciéndole que le casaría con la infanta su hija) mató mal a Doña María Téllez de Meneses, hermana de ella, y mujer del que hubiera de ser rey de Portugal, por muerte del rey Don Fernando, si por esta causa no anduviera ausente del reino; y el rey Don Juan de Castilla, que pretendía la sucesión, no le pusiera en prisiones, temiéndose de lo mismo. Para ser rey mató a su mujer, y porque la mató dejó de serlo. Casó segunda vez en Castilla con Doña Constanza, hija bastarda del rey Don Enrique. De Doña María hubo a Don Fernando, que se llamó de Eza, por señor de una tierra de este nombre en Galicia, y siendo casado, con muchas mujeres viviendo todas tuvo cuarenta y dos hijos, y fue una de sus hijas duquesa de Villahermosa. De Doña Constanza hubo a Doña Beatriz condesa de Valencia en Castilla, y a la condesa Doña María, mujer de Don Pedro Nuño. Tuvo cinco hijos bastardos, Don Alonso de Cascais, que casó con Doña Blanca hija del doctor Juan das Regras, de que proceden los condes de Monsanto, Don Pedro da Guerra, que en Doña Teresa hija del conde Andeiro tuvo a Don Fernando arzobispo de Braga; Don Luis obispo de la Guarda; Doña Inés da Guerra, que casó con Álvaro Pérez de Castro señor de Mogadouro; Don Fernando señor de Braganza.

VII. Doña Beatriz mujer del conde Don Sancho de Alburquerque, hijo bastardo del rey Don Alonso XI de Castilla, de que nació Doña Leonor, que casó con el infante Don Fernando de Castilla, duque de Peñafiel, después rey de Aragón, y al fin de estos tres hijos proceden ilustrísimas casas de España.

Ilegítimo.

VIII. Don Juan maestre de Avis, después rey; y fue el primero de los hijos bastardos de los reyes, que no teniendo título se llamó Don. Buena memoria ésta para nuestro siglo. Al tiempo que su padre le dio el maestrazgo de Avis, que fue la primera vez que le vio, alegre con verle, manifestó que tenía una figura en que se le prometía que uno de sus hijos que tenía el nombre de Juan, sería famoso, que deseaba saber si o el que miraba, o el otro tercero de su mujer segunda; mas que sin falta era aquel, porque soñando que todo Portugal se abrasaba en una llama, vio que viniendo este niño la apagó; y que comunicado el sueño a un judicario, le dio grandes esperanzas de la prosperidad de su fortuna. No sería José (dirán todos) el expositor de la fantasía, mas hizo Juan que fuese cumplidamente verdadera la exposición; después lo veremos.

Títulos que dio.

A Don Juan Alonso, de conde de Ourem,

A su hijo Don Juan Alonso, de conde de Viana.

A Don Alonso Tello, de conde de Barcelós.

X.

DON FERNANDO (1340-1383)

Era Don Fernando hijo segundo del rey Don Pedro y de la infanta Doña Constanza. Nació (1340) en la ciudad de Coímbra, y fue el último de siete reyes que con su nacimiento la ilustraron. Como las prosperidades humanas ninguna consistencia tuvieron nunca, eso llevó tras sí el sosiego y dorada paz y las riquezas y tesoros en que sucedió Fernando: porque naturalmente vano y amigo de novedades (imitador grande de la inconstancia de Sergio Galba) y mal aconsejado (añadidura más peligrosa en aquella inclinación) rompió guerra con Castilla por juzgarse (injustamente) justo pretensor de aquel reino como bisnieto del rey Don Sancho por muerte del rey Don Pedro, y poseedor injusto de él al rey Don Enrique, como bastardo y fratricida. Fabricado este concepto en el pensamiento, fomentáronle muchos señores y caballeros castellanos que pasaron a Portugal, y muchas ciudades y villas que no reconociendo al rey Don Enrique, se ofrecieron al rey Don Fernando.

Daban no poco motivo en aquellos tiempos a tales pretensiones los vasallos, pasándose a servir los reyes vecinos por disgustar a los suyos naturales, ya por culpa de los mismos reyes, que desfavorecían los hombres, ya por ambición de ellos que nunca les parece que están igualmente remunerados.

Así se andaban rebelando los vasallos por codiciosos, y los príncipes haciéndose premiadores e incentivos de maldades en los extraños, por avarientos con los suyos, con engaño y distribución desordenada en las dádivas; porque lo que les era necesario dar a un señor rebelado para tenerle afecto, sobraba para tener atados muchos de los naturales; porque con estos basta que sea dadivoso un rey, y con aquellos no basta ser menos que pródigo. Buen ejemplo trae la ocasión presente con lo que Don Fernando dio a los que tenían a ofrecerle la lealtad que no tenían con su príncipe: pues a Don Fernando conde de Castrojeriz dio luego quince villas de juro hereditario, a su hermano Álvaro Pérez de Castro nueve y el condado de Arrayolos y oficio de condestable; a Fernando Alonso de Zamora diez y nueve villas y lugares; a Mem Roiz de Ciabra cinco; a Álvaro Méndez de Cáceres seis; a Alonso Fernández de la Cerda siete; a Alonso González de Valderrábanos dos; a Juan

Fernández Andeiro tres y título de conde de Ourem; a Juan Alonso de Baeza tres villas; a Vasco Pérez de Camoens una, y tierras; a Pedro Alonso Girón, que se intitulaba maestre de Calatrava, tres villas; a Alonso Pérez cuatro; a Lope Gómez de Lira; a Alonso López de Tejada; a Lope Roiz de Aza; a Tello González; a Sancho Roiz; a Payo Rodríguez Mariño; a Sueiro Yáñez de Parada adelantado de Galicia; a Alonso de Moxica; a Mem Suárez maestre de Calatrava; a Día Sánchez adelantado de Cazorla, y otros, otras villas y otros lugares y otras tierras. De esta manera bien diremos que vinieron estos caballeros antes a quitarle el propio reino a nuestro rey, que a darle otro. Las ciudades que estuvieron a su devoción, Zamora, Carmona, Ciudad-Rodrigo, Coria, Ledesma, Alcántara, Valencia, Santiago, Tuy con sus villas y lugares adyacentes: las fortalezas de Hinojosa y Lumbrales que entregó Don Alonso obispo de Ciudad-Rodrigo. En estas partes fue el rey Don Fernando luego obedecido, y en ellas hizo labrar moneda con notas portuguesas y castellanas juntamente.

Queriendo pues asir de la ocasión que le convidaba con más lisonja que constancia, se confederó con el de Granada, y concertó casamiento con Doña Leonor, hija del de Aragón, adonde para ese efecto envió presente grande y siete galeras ricamente armadas; aquella en que había de venir su esposa llevaba de seda todo lo que en los bajeles suele ser de lienzo y cáñamo (competencia del otro en que Cleopatra admiró las grandezas de la ciudad de Tarso navegando por el río Cidno, cuando salió al encuentro a Marco Antonio, o bien de aquel con que Calígula por el mar de Nápoles fue asombrar las delicias que en el mundo la hicieron tan conocida), una corona de precio inestimable para la que había de ser su compañera en ella; al fin muchas joyas de valor inmenso, y diez y ocho quintales de oro en barras para labrar moneda en Aragón.

Mas con tantas y tan costosas prevenciones (perdidas todas) no teniendo efecto el casamiento y jornada, túvolo la guerra con que dio principio a la pretensión de suceder en la Corona de Castilla. Entró por Galicia con poca mano: habíase apoderado de algunos lugares, cuando sabiendo que el rey Enrique con mucha gente le buscaba, se entró en una galera, y vino a la ciudad de Coímbra. Enrique prosiguiendo su intento taló los campos de la ciudad de Braga y abrasóla; quiso hacer lo mismo a la villa de Guimaraens, entró para ese efecto en ella, disfrazado, un caballero suyo (Diego González de Castro) y disfrazóse mal; fue conocido, muerto, dado a comer a perros.

Mas no prósperamente le sucedía a nuestras armas (que nunca son felizmente tratadas cuando el derecho por que se toman no es muy justo), si bien Fernando usurpándose al sufrimiento (ya tan grande que algunos le llamaron cobardía) provocado de la corriente que llevaba el castellano, le mandó desafiar con tal ánimo, que perdiéndolo el desafiado dio por respuesta el consejo que tomó de dar holgura a su intento, y caminar a su reino dejando la gente portuguesa con la retirada en estos primeros encuentros, si no victoriosa, animada con aquella ventaja conocida.

El rey queriendo asegurar la esperanza con ejército más copioso, llamó en su favor ingleses, que hicieron en el reino más daño de lo que pudieran hacer los enemigos contra quien eran llamados; bien como ya dos mil años antes fue nocivo en España a los fenicios el socorro que les vino de Cartago. En tanto que no llegaban éstos, los de las fronteras pretendían ganar fama: no fue poca la de castellanos, pero fue mayor la de portugueses, que por la comarca de Medellín hicieron resultar de valientes hechos un gravísimo despojo. Asaltaron a Badajoz, la mitad se llevó el fuego, y de sus campos mucha parte el hierro; la misma fortuna Hinojosa ya arrepentida, y San Felices.

El rey Don Enrique vino sobre Ciudad-Rodrigo, de donde al cabo de tres meses salió sin efecto. Fue cercado Alonso López de Tejada en Carmona; en rehenes de entregarla si no fuese socorrido dio dos hijos; no lo fue, y no la entregó, y bárbaramente los dejó matar. Surgiendo en la bahía de Cádiz flota portuguesa de sesenta vasos y lucida gente asoló la isla: mas fue mayor el daño que nos hizo la hambre, la enfermedad y la miseria estando de cerco sobre Sevilla. Salieron contra ella galeras castellanas, y si bien no pudieron ofenderla, tuvieron la presa de una rica nave cargada de dinero de Portugal que pasaba a Barrameda. Así porfiaron los dos reyes algún tiempo con

grandes pérdidas de una y otra parte, sintiendo poco las que recibían a trueque de las que causaban (desdicha de venganza) harta que los compuso el santísimo padre Gregorio XI.

Trató luego el rey Don Fernando casamiento con Doña Leonor hija del rey Don Enrique, sin dar cuenta al de Aragón, con cuya hija primero estaba tratado tan a costa del tesoro portugués; pero no habiendo más efecto en el segundo que en el primero, vino a tenerle con Doña Leonor Téllez (nombre que ya le andaba buscando, parece que fatalmente, en todas las esposas de que hacía elección) que estando casada, enamorado de ella el rey se la quitó a su marido Juan Lorenzo de Acuña, como ya Nerón había usurpado a Oro Silvio su mujer Popea. Bien se parecieron las matronas robadas en la incontinenia y hermosura, que apenas dejan de acompañarse siempre aquel vicio y esta gracia. De este casamiento resultaron inquietudes en el reino, con que el infante Don Dionis, hijo del rey Don Pedro y de Doña Inés de Castro, por no querer besar la mano a la nueva reina se pasó a Castilla, extrañando quizá el extremo amoroso que hizo reina a Doña Leonor viva, siendo el propio que dio el mismo título a su madre después de muerta. Siguió este príncipe en ello el consejo de Diego López Pacheco, uno de los tres matadores de ella, que se había escapado del rigor del rey Don Pedro: suceso que hizo admirar el buen discurso, pues se halló este caballero con rostro para introducirse con un hijo de quien había muerto; y el hijo le dio lugar a ello con tal memoria, no siendo menos considerable cuanto es propio de algunos sujetos haber nacido solamente para ser dañosos; pues éste queriendo mal a Doña Inés, con matarla le quitó el reino; y ahora queriendo bien a su hijo con aconsejarlo se lo quitó también; porque muerto el rey Don Fernando fuera suyo sin falta, a lo menos con más razón que de Don Juan, que le sucedió por su ausencia. El mismo derecho tenía Don Juan su hermano, si no pasara también a Castilla por la injusta muerte que dio a su mujer Doña María Téllez, hermana de la reina; que (cruel imitadora de Tulia mujer de Tarquino) envidiosa de verla casada con él, y temerosa de que heredase la corona, con la industria de un celo fingido de su honra, lo pudo persuadir que la matase: espectáculo lastimoso y triste, más hijo legítimo de la codicia y de la envidia.

También besó la mano a Doña Leonor como a su reina de los primeros Don Juan maestre de Avis, por ventura ambos a dos bien ajenos entonces de que la había él de tener para suceder en la corona, con tanta desgracia de Doña Leonor, que vino a matar delante de sus ojos aquel que en ellos halló tanto lugar; y en sus manos tanto aumento; porque dominando ella al rey (como la emperatriz Mesalina su marido Claudio) sin tasa, aunque con deseo de conservarse, levantaba muchos a honores y beneficios liberalmente.

Como este casamiento del rey fue tan mal recibido de todos, dio osadía al pueblo para resistirlo, de suerte que amotinados algunos, llevando por capitán a un sastre llamado Fernando Vázquez, hombre atrevido, llegaron a palacio con intento de obligar al rey a que volviese Leonor a su marido; mas él, que como no había de hacer lo que pedían, y temió dar con eso calor a un movimiento tan peligroso, saliendo por otra parte con ella, y dejándolos burlados, la fue a recibir por mujer en el monasterio de Leça, baliado de Malta, sitio acomodado para ministrar descanso al ánimo afligido en la corriente de gustos tan inquietos. Muchos de estos sediciosos perecieron por castigo de su osadía; a cual eran cortadas las manos, a cual los pies y a cual pies y manos (venganza muy de entonces) confiscándoles las haciendas; todo originado en extrañar el matrimonio, que llamaban adulterio: y no iban descaminados, porque Juan Lorenzo, temiendo perder la vida si no quisiese perder la mujer, pasó a Castilla, y allá haciendo gracia o confianza de la afrenta, traía por martinetes en la gorra unos cuernos de oro: muy ajeno del pundonor portugués florear con este plumaje. Disculpábase el rey con pretexto de que siendo Doña Leonor y su marido parientes, y habiéndose casado sin dispensación (no siendo sin ella) quedaba el matrimonio inválido; el grado en que estaban era de primos terceros, siéndolo también el propio rey y Juan Lorenzo.

Como del desordenado y lascivo consentimiento de Doña Leonor (dejándose adulterar en última afrenta de su verdadero marido) no se podía argüir mucha modestia imitando libremente a Faustina, compañera no benemérita del emperador Aurelio, se entregó a Juan Fernández con mayor

nota, pues allí dejó un caballero por un rey, y aquí un rey por otro caballero, que con su favor subió de particular y extraño a conde y señalado señor en el reino; así que Fernando enamorado de Leonor la hizo reina, y ella enamorada de un hombre atrevido le hizo Grande. No hemos podido dejar de seguir en esta parte las crónicas; sólo por el decoro de tanto sujeto moderamos el modo con que ellas lo refieren: guardando para la vida de Don Juan el I y para cuando en la de Don Alonso V trataremos de la reina Doña Juana de Castilla, que le fue muy semejante, la razón por donde parece menos culpada, y los escritores mas licenciosos.

Proseguía el rey en la correspondencia para sus conveniencias y esperanzas con Juan duque de Alencastro, hijo segundo del rey de Inglaterra Duarte III, y en tanto rompiendo la paz, dio ocasión al de Castilla a que entrase en Portugal con mano poderosa en grande daño del reino. Pasó por Santarem, adonde Don Fernando estaba dando fe del camino que llevaba su enemigo. Si bien estando puesto a caballo para salirse al encuentro, se lo impidieron el conde Don Juan Tello, y el prior del Hospital, en cuyos corazones tenía la ambición la silla de la honra. Llegó Don Enrique a Lisboa, entróla, hubo robos, sacrilegios, fuerzas, muertes, incendios; la mejor parte de la ciudad fue del fuego, y toda del enemigo. Así en la provincia de Entre Duero y Miño, aunque se resistía algo más por aquellas partes. Nuño González capitán del castillo de Faria, siendo preso, y temiéndose que su hijo, que había quedado en él, lo desamparase, persuadió a los castellanos que le llevasen delante de él, y le mandaría que lo entregase; lleváronle, y él viendo a su hijo: *Que aunque allí le viese hacer pedazos no desistiese de la defensa* (1373). Corridos los castellanos le dieron cruel muerte, y él al mundo un ejemplo raro de lealtad famosa.

De esta manera sucedían afrentas y hazañas entre los dos reyes, hasta que los volvió a componer el sumo pontífice, de suerte que junto a la villa de Santarem se vieron sobre el Tajo; adonde habiendo dudas sobre cual de los reyes había de hablar primero (de la misma suerte que entre el cónsul Tito Quincio y Filipo macedónico, cuando para otros acuerdos se hablaron en el mar de Demetriade) Enrique habló primero, y antes de esto, viendo que Fernando (como fuese de hermosa presencia, por la cual le veneró más, como Masinisa a Escipión cuando se vieron) venía en una barca riquísimamente aderezada, que gobernaba un lucido caballero, dijo para los suyos con admiración: *Hermoso rey, hermosa barca, hermoso arráez*. Y el rey Don Fernando no menos pagado de la persona real de Don Enrique, después que se apartaron dijo para los suyos: *Yo os digo de mí, que vengo enriqueño*, mostrando con este hipérbole la afición que su vista había producido en el, porque los que entonces (fluctuando en bandos las dos Coronas) seguían a Enrique, eran llamados los enriqueños.

No obstante el acuerdo referido, luego que murió el rey Don Enrique, olvidadas las paces, volvieron a continuar las guerras con el rey Don Juan que le sucedió, por otras tales causas como las pasadas, siempre sin justificación de la parte del rey Don Fernando. Trae en su favor los ingleses capitaneados por el conde de Cambrix, hermano del duque de Alencastro, con quien venía un hijo del rey inglés. Marcha el castellano a Portugal, abrasa, roba, mata, y ayudado de los extranjeros que habían sido llamados para ayudar los portugueses, fueron varios los encuentros; en algunos hizo Don Nunálvarez Pereira con veinte y un años de edad un elegante prólogo de las hazañas que vino a hacer después. Salió también nuestro príncipe a encontrarse con su adversario. Puestos los dos ejércitos en un campo de la ribera de Caya entre Badajoz y Elvas, con intento de que las armas diesen la sentencia entre ellos, estuvieron de una y otra parte suspensos, mirándose más condolidos del estrago que imagina van hacerse, que deseosos de hacerlo: piadosa cólera.

Entretanto se trataron acuerdos, y aunque hasta hoy no se sepa cual de los reyes lo intentó primero, fácilmente parece que no ha sido el nuestro; puestas condiciones de las paces no fueron de menos gloria para Portugal de lo que pudiera ser el vencimiento de la guerra. Resultó de ellas quedar tratado el casamiento de la infanta Doña Beatriz, hija del rey Don Fernando, con el de Castilla ya viudo de la reina Doña Leonor. Así quedó serenado en aquella campaña el ceño con que la ira había traído a ella dos naciones tan belicosas.

Publicas las paces, y considerando el rey Don Juan que para Castilla tenían más de afrenta que de utilidad las condiciones de ellas, rehusó el firmarlas. Los embajadores portugueses viendo su inconstancia, luego le desafiaron en nombre de su príncipe: pudo más que la razón la arrogancia. Firmó el rey las paces, y al fin vino la infanta portuguesa a ser su mujer, después de haber sido esposa de su hijo y de casi todos los príncipes cristianos; tal la inconstancia de sus padres; tal la fuerza de las conveniencias en los corazones de los reyes. Hiciéronse las capitulaciones en la ciudad de Elvas, y los reyes en ella una entrada pomposa, adonde habiendo muchos motivos de admiración, fue mayor en los ojos castellanos la hermosura rara de la reina Doña Leonor, madre de la novia, así como la de Judit en los asirios.

Por ocasión de la necesidad en que le pusieron tantas guerras, dio mayor precio a la moneda, haciendo labrar otra de nuevo; una llamaban *dineros*; cosa menuda, porque un dinero de entonces era un maravedí de ahora; otra *graves*, valía cada una catorce dineros; *barbudas*, valían a dos sueldos, y los sueldos a doce maravedís; *pilartes*, valían siete dineros. El origen de estos nombres fue haber soldados con una suerte de yelmos o morriones, a que llamaban barbudas; otros que en las compañías llevaban pendones de unas varas, que se llamaron graves, y los que las traían, pilartes, y después portagraves; como las legiones escutarias de los romanos por unos escudos o paveses con que peleaban, o como en tiempo de Rómulo se llamaba manipulario el que llevaba aquella insignia de la mano o del manojo de heno en una asta, que fue la primera forma de bandera militar, a que se siguió el águila, llamándole aquilifer el que la traía, y hoy alférez con mucha corrupción. Todas estas monedas tenían de una parte las armas de Portugal, y de la otra la barbuda aquel yelmo, y el grave aquel pendón. Otras mandó labrar con las armas de ambos reinos; mas acabada la competencia, y con ella las guerras, volvió a poner luego en su justo precio y valor intrínseco las que por necesidad de tantos gastos tuvieron ventaja, o se labraron diminutas.

Pareciéndole a propósito tener Estudios en la corte, mostrándosele aficionado, pasó a Lisboa la universidad que en Coímbra había florecido desde que el rey Don Dionis allí la fundó: mas como Don Fernando no puso mano en cosa con acierto alguno, en esta fue lo mismo, y mudóse otra vez a su natural asiento, conocida la oposición que tienen entre sí las letras y el ruido, sin otras consideraciones graves.

En el negocio de dar largamente, dejó de ser liberal, y fue pródigo, de que resultó ser usurpada la corona real de muchos bienes; villas daba, como ya se ha visto; de las otras dádivas sea un ejemplo la muestra: a Don Alonso de Moxica dio en un día treinta caballos, treinta mulas, treinta arneses, treinta mil marcos de plata labrada, cuatro acémilas cargadas de tapicerías riquísimas. Y como en cuanto se descuidaba de otras excelencias sostuvo siempre esta de la grandeza de ánimo, hizo muchas obras magnificas. Cercó de hermosas murallas a Lisboa, Évora y Santarem; en todas fue admirable la brevedad de la obra: en Lisboa la grandeza, que hacía parecer imposible ser acabada; en Évora la lujuria de gastar, y el yerro de consentir que se arruinasen las murallas romanas que tenía, por hacer otras de que no tenía necesidad. Por esto, aunque mal afortunado, e inconstante, llevaba tras sí los ánimos y voluntades de todos. Dio leyes provechosas para el gobierno, a imitación de sus clarísimos progenitores. En la inquietud del ánimo, y en estas obras últimas fue parecido a Tarquino Prisco, y a Perseo rey de Macedonia, que después de ejercicios belicosos se dieron con el aliento de la paz, aquel a la labor de los muros de Roma, y éste a los de la ciudad Megapolitana en Arcadia.

La disposición natural se excedió en él con elegancia tan hermosa, aspecto tan de príncipe, y majestad tan evidente, que aun disfrazado entre muchos fuera conocido rey; gracia particular concedida de la divina mano a algunos príncipes, y con exceso a los emperadores Claudio I y Antonino Pío; rostro largo y blanco, cabellos rubios, ojos claros. En su retrato, ropa rozagante de grana aforrada en armiños mosqueados, corona y cetro, y un castillo en la mano, por el deseo que tenía de hacer y ganar muchos, a imitación de Brigo, que por el mismo respeto traía pintado otro en sus banderas.

Murió en la ciudad de Lisboa a veinte y dos de octubre (1383) en el año de su edad cuarenta, y de su reino diez y siete. Está sepultado en el coro del monasterio de San Francisco de Santarem. La reina Doña Leonor su mujer (que después de perder la esperanza del reino, que sin ninguna vino a ser suyo, solamente por la extrema hermosura que tuvo, sea alabada la naturaleza en lugar de las virtudes, pasó a Castilla por el modo que diremos en la vida de Don Juan el I) está enterrada en el claustro del monasterio de Nuestra Señora de la Merced de Valladolid.

Sus hijos legítimos.

I. De la misma manera que Octaviano Augusto, tuvo Fernando poca suerte en sus casamientos, y de ellos igual fruto: porque así como Octaviano dejó solamente una hija (Julia) infeliz en la sucesión, dejó él otra. Esta fue Doña Beatriz, que casó con el rey Don Juan el Primero de Castilla; mas todavía ejemplo sublime de matronas castas, pues muerto su marido, quedando con poca edad y mucha hermosura (¡raro que se pareciese a la madre en esto, y no en aquello!) y siendo solicitada de varios príncipes para casarse con ellos, respondió a todos (con aquella antigua natural modestia portuguesa) que las mujeres que tenían honra no casaban dos veces.

II. Un hijo que murió niño.

III. Otro con la misma suerte.

Ilegítima.

IV. Doña Isabel, que casó con Don Alonso conde de Gijón, hijo bastardo del rey Don Enrique II de Castilla, matrimonio de que resultó la familia de Noroñas.

Títulos que dio.

A Don Gonzalo Téllez de Meneses, hermano de la reina, de conde de Neira y Faria.

A Don Enrique Manuel de Villena, hijo bastardo de Don Juan Manuel, y hermano de la infanta Doña Constanza Manuel, madre del rey, de conde de Sea y Sintra.

A Don Alonso Téllez de Meneses, hijo segundo de Juan Alonso Téllez de Meneses conde de Barcelós, de conde de Barcelós y de Orense, y muerto mozo, dio el de Barcelós a Don Juan Alonso Téllez de Meneses, hermano de la reina, que murió en la de Aljubarrota, sirviendo contra su rey al de Castilla.

A Don Juan Alonso Téllez de Meneses, hijo del conde Don Juan Alonso Téllez de Meneses, de conde de Viana; matáronle sus vasallos de la villa de Penela, porque en la misma guerra era por Castilla.

A Juan Fernández Andeiro de conde de Ourem, a quien mató en palacio el maestre de Avis, después rey.

A Don Álvaro Pérez de Castro de conde de Arrayolos, alcaide mayor de Lisboa, y su condestable; fue el primero que hubo en el reino, porque hasta entonces hacía lo tocante a este cargo quien tenía el de alférez mayor.

A Gonzalo Vaz de Azevedo nombró mariscal, y fue el primero.

XI. DON JUAN I (1357-1439)

Hijos de sus reyes veían los portugueses, y no les dejaban ver sucesor para su reino las confusiones que se siguieron a la muerte del rey Don Fernando. Los dos hermanos hijos del rey Don Pedro y Doña Inés porque andaban desterrados; Don Juan, su hijo bastardo, por serlo, y habiendo aquellos; Doña Beatriz, hija del difunto, porque llevaba a Castilla la corona, todos la pretendían, y todos para conseguirla venían a ser ruina de ella propia, hasta que confundieron tanto los sucesos de aquellos días la razón, que Don Juan, el que menos esperaba suceder, se vio destinado para ello por la fuerza de estrella no entendida; tal se la trajo el día once de abril, en que nació secretamente en la ciudad de Lisboa (1357).

Siete años tenía de edad cuando su padre le dio la dignidad de maestre de Avis, con tanta esperanza de que sería clarísimo, que entonces refirió aquel sueño apuntado en su vida, que al fin no salió vano, como no lo había salido el que la madre de Ciro tuvo antes de su parto, porque asombrando toda la Asia, lo hizo verdadero, y así famoso en todo el mundo.

Con valor singular ayudó a su hermano el rey Don Fernando en las ocasiones de guerra; y para castigador de una traición doméstica le eligió él también, porque informado del trato ilícito que decían tener la reina con el conde Juan Fernández Andeiro, le encargó que lo matase; y aunque no tuvo efecto entonces, después del fallecimiento del rey lo tuvo, porque entrando en palacio Don Juan le dio la muerte casi a los ojos de la reina, que por la comisión pasada, y deseo que le sentía de ejecutarla fulminándole culpas, le hizo prender, y preso (como no podía acabar esto con su marido, aunque acabase lo otro) con firmas falsas ordenaba al alcaide que le guardaba le matase; mas permitiéndolo el Cielo no fueron obedecidas, y tuvo la pena que merecía aquella fama de libertad y atrevimiento.

Muerto así el conde, ordenó Don Juan a un criado suyo saliese publicando por las calles, que le mataban en palacio: el pueblo, que le amaba, en un remolino llegó a sus puertas, y hallándolas cerradas las quería abrir con fuego, sin que bastase a aplacar aquel furor el asegurarles que Don Juan estaba vivo, y que el muerto era el conde, hasta que Don Juan se mostró en una ventana, con cuya vida suspendieron la entrada en palacio, mas no la grita y voces afrentosas contra la reina, a quien Don Juan fue a pedir perdón, no de la muerte que dio, sino de haberla dado en palacio; y ella ni concediéndolo, ni negándolo pasó a Alenquer, de donde procuró matarlo, por saber se quería ausentar del reino; y el ausentarse él hubiera sido la ventura de ella.

Como la muerte del conde, y por tal mano, fue un ensayo grande de las muchas que se le habían de seguir en todo el reino (de la misma suerte que en Roma, muerto Sejano privado de Tiberio, y tirano de la patria, violador de tálamo cesáreo, y muerte de la honra y vida de Druso), alterados los vasallos, aclamando padre de la libertad a Don Juan, porque como la defendía, era bien visto de ellos, procedieron tumultuosamente. Con la furia indomable de aquel compuesto que llamamos Pueblo, y Demóstenes llamó monstruo, ejecutaron varios insultos y algunas muertes, sin distinción de justos a criminosos, despeñando el mismo día de lo más alto de la torre de la iglesia mayor a Don Martín, de nación castellano, su obispo benemérito, y otras personas que juzgaron ser sus amigos, porque entonces era culpa entre portugueses no sólo ser castellano, sino dar muestras de tenerles afición. Este prelado pues, y algunos que le acompañaban, fueron muertos, arrastrados desnudos por las calles, echados por las plazas, negada la sepultura.

Bien es verdad que, o el maestre deseaba mucho esta corona, o no sentía tanta culpa en la reina Doña Leonor, pues le propuso que se casase con él; y ella o desestimando ya la dignidad real sin la libertad con que la poseía, o queriendo desestimarla a él con la grandeza del ánimo de que era dotada, no respondió cosa alguna a lo que se le había representado en esta parte. Nombráronle luego

por gobernador del reino, y pasó Don Nunálvarez Pereira a su servicio, en cuanto la reina desde Alenquer a Santarem. Intentó Don Juan combatir el castillo de Lisboa, y tomóle sin combate, y luego los de Beja, Portalegre, Estremoz, Évora, Oporto, Almada. La reina, viéndose de todas partes expuesta al peligro por ser el origen de tanta inquietud, se amparó del favor del rey Don Juan de Castilla su yerno, que como pretendía la sucesión por su mujer Doña Beatriz, princesa de Portugal, no le negó el socorro, antes se dispuso orgulloso a prevenirlo; porque con el pretexto del amparo de la suegra entraba haciendo su causa. La acción primera fue poner en prisión a Don Juan, el hijo de Doña Inés de Castro, que andaba en su corte por quitar a nuestra gente aquella esperanza de sucesor.

Los portugueses, que no se descuidaban de ella, trataron de aventajarla por todos los medios: mayores los querían para animar a Don Juan, que algunas veces se les mostró dudoso y pensativo entre las consideraciones de la variedad de sucesos peligrosos con que la disensión estaba amenazando, y tal vez le oían resuelto, que se quería ausentar del reino. Industrias eran suyas más que suspensiones, con que descubría por momentos la constancia con que le seguía el pueblo, y encendía en él mayores deseos de seguirle. Escríbese que en esta sazón vino a Portugal un ermitaño (llamábase Fray Juan) que con ejercicios de vida inculpable la pasaba en la soledad de un monte. La novedad hizo que fuese visto de muchos, que ya le tenían por santo, ya le consultaban como profeta; mayormente que hablando en la división presente, como en lejos de pintura, daba a entender en unas esperanzas mal distintas el lugar que el tiempo tenía dedicado a nuestro príncipe. Aconsejaronle que le hablase, porque esperaban que le revelaría secretos bastantes a animarle en sus intentos: dióle cuenta de ellos, de la plática mostró salir más osado; así como Tito de la que tuvo sobre sus pretensiones con el adivino Sostrato en el templo de Venus Pasia; y antes de esto Mario para alcanzar el consulado, por lo que otro le había dicho en Útica.

Ya andaba fluctuando en sediciones, en parcialidades, en ambiciones todo el reino, cada uno siguiendo el dictamen de la codicia se inclinaba a la parte que le parecía más segura. Prevenido en tanto el rey de Castilla, entró con numeroso ejército por la Beira, adonde el obispo de la Guarda Don Alonso Correa le ofreció aquella ciudad para principio de sus intentos. Taló campos, ganó lugares, llegó a Santarem, y en pocos días se hizo disconforme con la reina, porque le negó el rabinado mayor de Castilla, que ella le pedía para Don Juda. Teniendo el rey sitiada la ciudad de Coímbra, la reina ya malcontenta, procuró matarle, proponiendo al conde Don Pedro, primo del mismo rey, que si lo ejecutase casaría con él, y serían dueños de aquella corona. Descubierto el trato, fue presa Leonor y enviada a Tordesillas contra el parecer de algunos, mas con el de muchos que pareció más acertado, porque caminar por el reino con su reina desaficionada era peligroso, y con esta mucho más, porque su resolución era terrible, su fugacidad notable. Prosiguió el rey desasombrado la empresa con poca resistencia; trató de poner apretado cerco a Lisboa, teniendo ya a su devoción en la Extremadura, Santarem, Torresnovas, Ouren, Leiria, Montemayor, Vimieiro, Feira, Penela, Obidos, Torresyedras, Alenquer y Sintra. En entre Tajo y Guadiana, Arronches, Alegrete, Cartel de Vide, Crato, Amieira, Monforte, Moura, Noudal, Mertola y Almeida. En Entre Duero y Miño, Braga, Guimaraens, Neiva y Lañoso. En Tras os montes, Braganza, Viñaes, Canas, Monforte, Montalegre, Mogodouro, Mirandela, Alfandega, Lamas y Villa Real. En la Beira, Castel-Rodrigo, Almeida, Sabugal, Monsanto, Penamacor, Guarda, Covillam, Celorico y Linares; y al fin la mayor parte del reino, siguiendo el mejor derecho, que tal era el de Castilla.

En tanto Don Nunálvarez, frontero en Entre Tajo y Guadiana, que volando con su gente juntaba otra de nuevo, dio aquella batalla célebre a los castellanos, donde llaman los Atoleitos, en que los dejó vencidos, y haciendo entradas por Castilla, a un mismo campo se hacían iguales daños estas dos naciones, con el hierro, con el fuego, con el cautiverio, y con el robo. Iban en declinación los castellanos, pero todos hacían bizarra muestra de su valor. Hubo hazañas varias y admirables. Arma el maestre galeras en Lisboa, pasan a Oporto para volver con los otros vasos que allí se habían aprestado. El enemigo ciñe la ciudad con ejército naval y terrestre en cuanto los portugueses salen a combatirse con los gallegos capitaneados por Don Juan Manrique arzobispo de Santiago,

que se retira descontento del sitio con que pensaba oprimirlos. A sus manos padeció ruina el antiguo castillo de Gaya, guardándole la mujer del capitán o alcaide, en cuanto él se deleitaba en el incendio de una aldea. Entra por el Tajo la flota portuguesa formidable a la castellana: mas combatidas perecieron tres vasos nuestros, y murió Ruy Pereira; asaltan la villa de Almada, y ríndese. Prosigue el asedio sobre Lisboa; propone el rey partidos al maestre, él no los admite, mas empezando de ahilarse la gente con la hambre bien disimulada, determinó presentar batalla al cercador, y sacóle de este cuidado una pestilencia, que con pérdida grande le obligó a levantar el cerco, y caminar a su reino; de la misma manera que con su armada Eudemo, capitán de los rodios puesto sobre Faselides en los confines de Licia y de Panfilia, obligado de otro contagio fue a surgir en el río Eurimedonte.

Andaba Don Nunálvarez recobrando lugares a fuerza de armas, en cuanto se recogían las castellanas, y los pueblos daban la homenaje al maestre. Fueron estos, Lisboa, Oporto, Coímbra, Évora, Guarda, Viseo, Lamego, Silves, Tavira, Sines, Cacem, Mourano, Serpa, Elvas, Montaraz, Portalegre, Arronchez, Fronteira, Portel, Estremoz, Castel de Vilde, Avis, Montemor, Palmela, Setúbal, Almada, Amieira, Sertán, Penamacor, Piñel, Monsanto, Trancoso, Linares, Lousam, Celorico, Moncorvo, Miranda, Espadacinta, Villaflor, Castel-branco, Nisa, Almourol, Marialva, Abrantes, Tomar, Soure, Pombal y Alcañede. Mas en cuanto al maestre, con el vínculo de juramento le ofrecían unos su lealtad, otros procuraban a traición darle la muerte: el conde de Trastámara Don Pedro, que ya había tratado la del castellano con la reina Doña Leonor, Don Pedro de Castro hijo del conde de Arrayolos, Don Álvaro Pérez de Castro, que en Lisboa sirviendo al gobernador quiso dar entrada al enemigo, Juan Alonso de Beja castellano, Garci González de Valdés asturiano, sus criados. Sabida la conjuración, contentóse Don Juan con hacer quemar el último.

Habiendo hallado inclinación en muchos a que sucediese en la corona el infante Don Juan su hermano, que el rey de Castilla tenía preso, y permitiendo el cielo que el propio rey tuviese en el hervor de sus prevenciones algunos sucesos infelices (argumento al mundo que no era voluntad de Dios que sucediese en Portugal, y que había de tener adversa fortuna en el encuentro de las armas), queriendo aprovecharse del pronóstico y de la ocasión el maestre (que de lance en lance iba ganando la corona cuando más daba a entender que solamente la defendía, aficionando primero el pueblo lusitano, como Yugurta el de Numidia) usó no menos que de su valor, de su ingenio, que en esta confusión descubrió muchos quilates. Trató de unir los portugueses con esfuerzo aumentado, como procedido de ver un príncipe natural suyo puesto en áspera prisión de poder extraño. Para esto mandó pintar en una bandera al infante Don Juan en aquel mismo estado de su desgracia, cargado hierros y abatido. Poderosa industria, imitada de la muda retórica de Exaforo y Teodoro, cuando con mostrar la veste ensangrentada de Jerónimo rey de Sicilia, incitaban los siracusanos a juntarse en Acridina contra Andronodoro, que lo había muerto; o como Marco Antonio después con la de César, cuando su cuerpo digno de mejor suerte se traía a la pira del campo Marcio, porque viendo los romanos su sangre y sus cenizas aun calientes saliesen contra los autores de tan cobarde hazaña. Mas haciendo el maestre llevar la bandera tendida con aquella imagen de lástimas por las calles, plazas y lugares, provocó a tanta furia los naturales contra el rey de Castilla, que a pocos días se halló con muchos, prontos a seguirle con las armas hasta igualar la venganza con el agravio que la vista de la pintura y el deseo de la libertad despertaba en sus corazones.

Así se fabricaba Don Juan su ventura propia con dar a entender que solamente inducía la vergüenza de la opresión ajena, cuando viéndose deseado de tantos, con el nombre de defensor convocó a Cortes para Coímbra, y en tanto que se juntaban, viose con Don Nunálvarez (el Parmeno de sus almas y de sus armas) y llevándolas por una parte el uno, y el otro por la otra, iban recobrando lugares, cuales rendidos de ellas, cuales del miedo de esperarlas. De Oporto, que siempre estuvo firme en la lealtad con sus príncipes, salió el nuestro sobre Guimaraens y escalándola pasó más adelante su fortuna Braga y Ponte de Lima.

En tanto gente castellana hacía correrías por comarca de Piñel y de Trancoso y de Viseo, poniendo a saco hasta los mismos adornos de las iglesias y altares sagrados, cuando algunos

caballeros portugueses por aquella campaña los vinieron buscando, tendidas las banderas; y encontrados, al son de muchos instrumentos y alaridos se oía llamar de la una parte por Santiago y de la otra por san Jorge: éste fue uno de los bien reñidos casos de ambas insignias; vencedores los nuestros, murieron más de mil castellanos, y los otros, arrolladas sus banderas, fueron huyendo dejando en el campo mil acémilas cargadas del despojo que llevaban.

Vino a Coímbra Don Juan, y antes de entrar en esta ciudad (caso notable) salió una multitud de muchachos puestos en caballos de caña, corriendo y pregonando con voces festivas: *Don Juan, Don Juan, por nuevo rey*: habiéndolo ya nombrado con el mismo título en Évora una niña, soltando con aquellas palabras la primera vez su lengua, como ya en tiempo del cónsul Flaminio había sucedido en Roma. Entrado Don Juan, celebradas las Cortes, salió aclamado rey, ejecutando los mayores lo que solicitaba la industria de su dueño, y lo que la inocencia había publicado con impulso sin falta misterioso. Razones que parecieron grandes dio en este ajuntamiento el portugués Juan das Regras, discípulo de Bártolo, en favor del nuevo rey, y contra el derecho de Castilla, y el de los hijos de Doña Inés de Castro, y era inferior aquel que defendía; tal el fruto de los juristas.

Colocado el maestre en el trono real, salió a procurar la obediencia de los que estaban o contrarios o neutrales, en tanto que apercebido el castellano, vuelve con gruesísimo poder, y socorros de franceses y navarros; acampóse sobre la ciudad de Elvas, mas desesperado de rendirla pasó a Ciudad-Rodrigo, adonde poniendo en consejo la entrada hubo muchos pareceres que nola hiciese; e hízola por la Beira, llegó a Coímbra, que por haber sido en ella la salutación real de su enemigo, todo fue crueldad, todo venganzas abominables: las lenguas se cortaban a unos, las manos a otros, a otros los pies, y a muchos todo; ardían los edificios no solamente profanos, sino los divinos, veíanse correr arroyos de sangre por las calles, y oscurecer nubes de humo la claridad del día. Tocó a Leiria y Tomar el rayo de la venganza y de la ira, que caminaba sobre Lisboa.

Hallábase en Abrantes Don Juan, puesto en consejo el buscar a su enemigo, se siguió el voto de Nunálvarez; y sucedió a su resolución la más gloriosa victoria, y el más temeroso encuentro que muchos años antes y después no vieron, ni sustentaron los bríos y las vegas de España. Íbanse llegando los dos campos desigualísimos en número, salió del de Castilla un hermano de Nunálvarez a tentarle que se pasase de su parte. Mas viendo su constancia Diego Fernández, mariscal castellano, dijo: *Al fin sois los más honrados del mundo, o seáis vencedores, o seáis vencidos, porque si vencéis siendo tan pocos, y si os vencemos siendo tantos, toda la gloria y toda la fama es vuestra*. Repartió el rey su gente en dos tropas; llevaba la primera Nunálvarez, la segunda él; constaba de seiscientas lanzas, volaba sobre ellas la bandera de Nunálvarez. Otro escuadrón se llamaba de los Enamorados, con doscientas lanzas; sobre ellas corría una bandera verde que ellos propios ordenaron a su arbitrio. Sobre las gentes de Castilla se veían tendidas muchas banderas con las armas de ambos reinos.

Viéndose ya los dos ejércitos, hubo en el de Castilla, fiado en la copia y natural esfuerzo, algún desprecio de la gente portuguesa, como ya los romanos que militaban en la disciplina de Minucio desestimaron los cartagineses porque eran pocos, debiendo temerlos porque eran de Aníbal. Mas reconociéndolo todo el ánimo lusitano estuvo un poco dudoso; pero deshecha la suspensión, con la señal de acometer, dijo un sacerdote al mismo punto: *Verbum Caro*. Preguntaron unos rústicos que era lo que había dicho, y respondióles otro, *que les había de costar caro*. Sea (replicaron) *en hora buena*; y arrojándose al peligro, hallando valerosa resistencia en los contrarios, casi suspendieron la corriente de la victoria. Un caballero castellano embistiendo con el rey ganóle el hacha de las manos, y él con él, la recuperó valerosamente, bien así como Marco Catón en la batalla en que fue preso Perseo macedónico. Ya se desordenaba nuestra vanguardia, cuando el rey, que venía peleando a pie con bravosidad y ardor increíble les dijo en voces altas: *Adelante, señores, adelante, que aquí va peleando vuestro rey*. Infunden fuerzas las palabras del príncipe presente, pues como si fueran estrago fatal, en menos de una hora se vieron puestos en miserable extremo por seis mil portugueses treinta y seis mil castellanos.

Sus escritores, o para hacer menos glorioso nuestro triunfo, o más airosa su desgracia, hallaron que nos había dado la victoria el pelear con la ventaja de sitio, y de que entonces les daba el sol en los ojos. Tal advertencia hizo Tito Livio en el vencimiento que los istrios tuvieron de los romanos, y de que el viento vulturno en la de Canas daba en el rostro a Roma, y en las espaldas a Cartago. Cornelio Tácito observó el haber la luna ayudado más el ejército de Vespasiano, que el de Vitelio, peleando de noche. Salustio, que fue más propicio a Yugurta que a Metelo el sitio de la pelea. Busquen todos estos alivios a su gente, que la nuestra ni tuvo mejor sitio, ni en su socorro el sol, y cuando lo tuviera, el saber ganar esta ventaja siempre fue alabanza de los capitanes famosos, y no por ella deja de ser grandísimo un ejército, y pequeño el otro. Fueron al fin los muertos más de doce mil, y los cautivos tantos, que (así como cuando las gentes del emperador Honorio prendieron las de Radagasio godo) se daban tan baratos, que el precio de muchos juntos no era despojo considerable a las manos de un soldado. Largos años se vio blanquear aquel monte con los huesos desnudos, y entre ellos hallarse pedazos de los aeneses rompidos, los hierros de las lanzas, las espuelas, y los frenos. Sucedió pues la siempre nombrada de Aljubarrota, adonde la flor de España brevemente se vio bañada en sangre, pudiendo decirse por aquel campo, que fue sepultura del pueblo castellano, como Silio Itálico lo dijo de Canas por el de Roma. De esta manera fue en nuestro Juan portugués, como en Sansón hebreo, la primera hazaña deshacer el fuerte y generoso León castellano.

Admirando al rey de Castilla la ruina prodigiosa de sus confianzas, en tanta multitud con razón fundadas, si el Cielo con David desnudo tantos años antes no hubiera asegurado que es suyo el vencer, puesto en huida presurosa, no paró hasta la villa de Santarem, de donde entrado en un navío diligente se puso en Sevilla, bien como otro Pompeyo llegando roto a Larisa, y desde allí por mar a Lesbos, huyendo las armas vencedoras de César en los campos de Farsalia. No halló el rey en muchos tiempos consuelo equivalente a su tristeza; descubriendo su corazón en lo exterior de un luto que trajo siete años. *No por ser vencido* (decía él) *antes por serlo de quien no lo esperaba.* Enseñando el suceso, cuanto de los capitanes cuerdos ha de ser siempre tenido en mucho el enemigo.

Sucedió que sirviendo unos portugueses en palacio, llegó un criado castellano a tratarlos mal, entendiendo que agradaba al rey que lo miraba; y él, pareciéndole pobre y mal intencionada la venganza, les dio libertad, y dijo: *Que no era razón que así los tratase, porque los que le siguieron habían perdido las vidas a sus ojos obrando hazañas maravillosas, y que los que fueron contra él le habían vencido.* Pensamiento por cierto solamente hallado en ánimo real, en que el lusitano victorioso le igualó; porque en Santarem dio libertad a los castellanos que allí estaban, más temerosos de su rigor, que fiados de su clemencia.

Pareció después a algunos que había sido grande parte para ser desbaratado tan copioso ejército el haberse su rey valido para sustentarlo de los tesoros sagrados de los templos; y aunque la experiencia muestra no ser pequeña causa ésta, otra razón podemos dar más cierta, y que fue sólo permisión y juicio de Dios, que los hombres no penetran; porque si por castigo de excesos en aquellos días había de permitir la destrucción de tanta gente, no lo merecía desigual la portuguesa, a quien entonces acompañaba más que la razón la fortuna; por lo menos la escoria de la plebe, que en ellos sin causa justa, con furia no domable, dio muertes, cometió sacrilegios, y ejecutó tiranías, entre sus naturales, en sus iglesias, por sus tierras; que la gente portuguesa tarda en ser cruel, mas llegando a serlo, excede los términos de toda la crueldad. Sirva de ejemplo lo ya referido del obispo de Lisboa; y en este lugar la muerte abominable de una abadesa de Évora, que solo por haber extrañado con una palabra la insolencia de algunos, fue buscada de ellos con tal furor, que hallándola abrazada con el santísimo sacramento, que el miedo le hizo sacar de la custodia, para moverlos, si no a piedad, a respeto, allí le dieron de cuchilladas, por ventura bañando en la sangre de la virgen la hostia sacrosanta; sacáronla por las calles a la vergüenza desnuda de la cintura abajo, porque le iban cortando el vestido hasta adonde obliga a cerrar los ojos la modestia; acabada de

matar en la plaza así indecentemente, quedó rendida en ella, sin que nadie osase sepultarla. Al fin tantos daños ejecutaron, que parecía no caminaban por su patria, sino por entre enemigos: bien que nunca en ella hicieron tanto ningunos, como ahora sus propios hijos.

Vencida la batalla, entró Don Nunálvarez por Castilla, saliéronle al encuentro los maestros de Santiago y Calatrava, Don Pedro Moniz y Don Gonzalo Núñez de Guzmán con un ejército de treinta y tres mil castellanos, que en Valverde fueron rotos, y muerto el maestre Don Pedro, que había desafiado al vencedor. Fue no menos insigne este caso que el pasado. Señalóse en el estrago que en otras grandes tropas hizo el capitán Antón Vázquez con muerte de trescientos adversarios. Juntase Nunálvarez con el rey, y con haber domado algunas plazas, entran por Castilla nuevamente, llegan a Coria, pónenla cerco, y después de combatirla reciamente levántanlo, con tanto disgusto del rey, que dijo para los suyos: *Mucha falta nos hicieron aquí los caballeros de la tabla redonda; y Mem Roiz de Vasconcelos: No faltaron aquí, señor, esos caballeros, sino un rey Artur que los conociese.* El rey, pasando la respuesta por bizarría, volvió a su reino, habiendo entrado y salido del de Castilla sin resistencia alguna.

Victorias y triunfos celebraba Portugal, cuando apareció en España Juan duque de Alencastro (hijo de Eduardo III rey de Inglaterra) que para Catalina su primera hija y de su mujer primera Doña Constanza, hija mayor del rey Don Pedro de Castilla, aspiraba a la sucesión de esta Corona: con este intento pidió licencia a nuestro rey Don Juan para entrar en su reino. Viéronse la primera vez sobre la puente de Mouro junto a Oporto, adonde enamorado el rey se casó con Doña Felipa, segunda hija suya, y de su segunda mujer Doña Blanca, duquesa y heredera de Alencastro; y así, aunque el duque no llevó la corona de Castilla por su primera hija, ganó su hija segunda la de Portugal por su hermosura. En este casamiento usó de una moderación admirable, tan ajeno de la codicia (mucho para quien andaba tan favorecido de la fortuna) como celoso del sosiego de sus vasallos: porque cuando se propuso, el duque le ofrecía a Catalina, dando por razón que si casaba con la primera, sería obligado a seguir el derecho que su padre pretendía tener al reino de Castilla, y con el seguimiento de él sería también forzoso o volver a las armas o perder el crédito con que las había tratado, y alterar la quietud adquirida con ellas; pues el retiramiento en esta parte, aun en la corriente de tan bien pesadas consideraciones, más se había de reputar por temor, que por modestia. Tales frutos resultan de quien tan realmente sabe pisar la codicia.

Atados de esta manera el rey y el duque con el vínculo del parentesco, mancomunados entraron por Castilla en la tierra de Campos, y escalaron las villas de Roales y Valderas. En tanto por otra parte entraron castellanos en Portugal haciendo estragos graves; desbaratólos Nunálvarez. Entro el rey por Galicia, y rindió la ciudad de Tuy. Llegó la muerte al rey Don Juan de Castilla, y trajo algún descanso para ambos reinos con ciertas treguas que duraron poco, porque no cumpliendo Don Enrique III, que había sucedido, los acuerdos de ellas, Don Juan asaltó a Badajoz, y la ganó. Quebradas las paces entró Rodrigo de Ávalos en Portugal por la Beira y Guadiana, ni fue resistido ni obró mucho, y recogióse; mas salieron de refresco los maestros de las tres órdenes de Castilla con numeroso campo de andaluces, talando las comarcas de Beja, Serpa, Moura, y el campo de Ourique. Con cuatro mil lanzas les aparecieron el rey y Nunálvarez, y ellos obedeciéndolas se retiraron.

Después corriendo Nunálvarez la tierra enemiga llegó a Cilalva, el rey a Tuy con duro sitio: preveníase grande socorro en Castilla, mas tardó, porque los combates recios la entraron primero. Salieron de Serpa y otras villas diferentes catervas haciendo correrías, y viniendo a las manos tuvieron diferentes victorias. Ya en estos días se trataban acuerdos proponiéndolos el castellano, y hubo treguas por diez años. Estaban en tranquilidad las armas; mas los ánimos no benévolos: volvieron a la guerra que duró tres años. No hacían los castellanos otra cosa que salir con deseos de venganza, ni los portugueses otra que castigarles aquel deseo. Clarísimos dueños anduvieron de la guerra en la vida de este príncipe. La memoria de los mayores hechos tiene apagado el olvido. Sirva una de alivio a la relación de tanta ruina, a tanto incendio, a tanto estrago. Junto a la villa de Chaves se hallaron en nuestros días las losas de los entierros de dos capitanes portugueses de aquella edad

con inscripciones dignas de estimación. Descúbrese en ellas lo mucho que tiene encubierto el tiempo, y lo mucho que entonces andaban domadores de sus adversarios nuestros portugueses. La primera es arrogante:

Aquí yaz Simon Antom,
Que mató muito Castelão,
E debaxo de su covom
Desafia a quantos são.

La segunda a su modo tiene gracia y elegancia:

Hic jacet Antonius Periz
Vasallus domini Regis
Contra Castellanos misso
Occidit omnes que quiso.
Quantos vivos rapuit
Omnes esbarrigavit.
Per istas ladeiras
Tulit tres vandeiras.
Et febre correptus
Hic jacet sepultus:
Faciant Castellani feste
Quia mortua est sua peste.

Pues si así graciosamente celebraba los peligros de que había salido nuestra gente, con el mismo desenfado entraba en ellos, haciendo votos más con licencia militar, que con devoción cristiana. Un caballero votó en la de Aljubarrota, que si salía de ella con vida, había de tener una novena con cierta monja; estaba presente un hermano de ella, y votó que le daría de palos si hiciese la novena, y ambos a dos cumplieron sus votos. Prodigiosos casos sucedieron en aquel conflicto: fue el mayor, que encontrándose con Nunálvarez uno de sus hermanos, que servían al castellano, delante de sus ojos le desapareció a caballo como estaba, o tragado de la tierra que oprimía, o si ella no lo pudo sufrir, arrebatado al aire, porque muerto ni vivo más hubo quien le viese; jurídicamente lo afirmó Nunálvarez.

A la grande guerra sucedió una grande paz con acuerdos honrosos a nuestro príncipe, admitidos por el rey Don Enrique III y Don Juan el II, restituyéndoseles las ciudades de Tuy y Badajoz. Mas viéndose sin estas competencias nuestro reino, y volviendo ahora los ojos a sí mismo, halló que con las guerras acabadas estaba también casi acabada su nobleza antigua, ahogadas en las olas de los movimientos y sediciones sus familias ilustres, crecidas otras de nuevo, y hacerse grandes o parecerlo algunas que no lo eran; otros tomaban apellidos ajenos, y medraban con ellos desmedrados; apenas tiene familia nuestro reino con sucesión continuada que exceda de este tiempo. Sabémoslo de la de Mouras, que por entre los nublados de parcialidades, por entre la borrasca de los que hicieron honra del interés desnudo, naufragando se salvó guiada de la luz de la lealtad, a la sazón norte peligroso. Volvió pasos atrás la medranza, mas el honor muchos adelante. El rey empezó a hacer mercedes a unos, y a moderar las que había hecho a otros. De los primeros fue el doctor Juan das Regras, con sus Bartolos y Baldos el oráculo de aquel siglo entre nuestra gente, y varón que para la borla y el bonete alcanzó los mayores premios que tiene España para la lanza y la celada, y para los otros méritos de los grandes sujetos en todas las acciones de la paz.

Grandes fiestas, con intento de que habían de durar más de dos años, público el rey para celebrar aquel descanso adquirido gloriosamente, y para armar caballeros a sus hijos Don Duarte, Don Pedro y Don Enrique. Deseábalo tanto la reina, que en secreto previno tres espadas preciosas para que con ellas dadas de su mano fuesen armados a sus ojos; mas la muerte que está acechando para dar su golpe en el mayor contento, con pasarla a la otra vida suspendió todos aquellos aparatos

de alegría, mas no el ánimo, porque estando para morir se llamó a sus hijos, y dándoles las espadas, les señaló las virtudes en que se habían de emplear con ellas; y profetizándoles su partida para Ceuta, que ya en este tiempo se trataba, les dijo el día de ella.

Era todo alistar gente, todo prevenir armas, todo fabricar bajeles en nuestro reino; y como se ignoraba la causa, aunque la fama publicase la obra, temieron todos los príncipes cristianos, y casi los infieles, pareciéndole a cada uno, que sobre sí tenía el rayo de la guerra. Todos los de España piden y aseguran de nuevo paces, Castilla, Aragón, Granada. El rey que en el secreto libraba la ventura, fingió ser todas sus prevenciones contra el duque de Holanda, y por más disimulación mandó desafiar: famosa imitación de Aníbal, cuando en España queriendo ir sobre Sagunto, salió en son de guerra contra Toledo. Ya sale el infante Don Enrique de Oporto con lucida flota, la primera que vio España llena de banderas, estandartes, flámulas y otros adornos con que suelen mostrar su contento los ejércitos navales; juntos en el puerto de Lisboa más de doscientos vasos, salieron al mar, llegaron a Lagos, luego a Faro; de donde (descubriendo el rey su intento) pusieron las proas en el estrecho de Gibraltar.

Con felicísimos agüeros de una victoria grande navegaban las armas católicas; porque aquellos días en el monasterio de Santo Domingo de Oporto apareció a un religioso de vida santa Nuestra Señora, y a sus pies arrodillado el rey Don Juan recibiendo una espada que le daba un ángel de los que acompañaban a su reina. Corresponde la visión celeste con lo que siempre para entrar en sus empresas hizo nuestro príncipe, poniendo las armas que había de llevar a los pies de la imagen de Nuestra Señora de Oliveira (en cuyo templo se guardaban) y pidiéndole licencia para tomarlas, y salir contra los enemigos de su patria o de su fe. Era el otro auspicio, haber salido la flota en día del patrón de España, y el otro el contentamiento de todo el ejército, que más parecía salir ya de la batalla victorioso, que caminar a ella pensativo.

El rey llevaba la capitania de las galeras, el infante Don Pedro la de los otros vasos: aparecieron formidables a los moros de Gibraltar, que vinieron a ofrecer dones al rey, temiendo (y temían bien) que venía para ser su azote. Algunos viendo la grandeza de la flota decían que tanto poder no lo había en el mundo, y que siendo vano, por artificio mágico se hacían parecer más de lo que eran. Hierven los paganos en Ceuta; defendíala Zalabenzala, que dominaba aquella tierra. Con gente innumerable tentó impedir la desembarcación, mas no pudiendo, se retiraron tan desordenados, que las lunas y las cruces, las espadas y las cimitarras, de tropel entraron juntamente por las puertas de la ciudad, adonde después de prolija resistencia (señalóse en ella el infante Don Enrique) al caer del sol apareció la bandera portuguesa volando victoriosa sobre las torres del castillo. Fueron muertos y cautivos casi todos los bárbaros, con pérdida de solos (increíble para decirse) ocho portugueses. Cupo la suerte entre los que escaparon a Zalabenzala, corriendo más admirado que de la victoria, de la prisa, porque apenas vio nuestras armas en la mar, cuando las probó en tierra, y apenas en ella cuando se vio vencido: y esto es que tomaba el rey Don Juan su arnés con licencia del Señor de todos los ejércitos. Varios juicios hubo si se dismantelaría aquella plaza, juzgando peligrosa y casi imposible la defensa: mas en ella (fiándosela el rey) obró después extremos Don Pedro de Meneses conde de Illó en Castilla, y después de Villareal en el reino. El día catorce de agosto (1415) fue el asalto.

Ceuta, a que Ptolomeo llamó Eselisa, esta situada a la boca del Freto Hercúleo de la parte de África, adonde la tierra con una punta al norte, y luego a Levante forma un Quersoneso, en cuya falda por lo más angosto se ve la población. Dicen haber sido de un nieto de Noé que se llamó *Ceit*, que en caldeo vale *Principio de hermosura*, por ser la primera fundación de toda África. Hallóse en una zanja de sus cimientos esta letra: *Yo poblé de mi linaje esta ciudad: sus habitantes serán famosos: tiempo vendrá en que sobre su dominio se esparcirá mucha sangre de naciones diversas; y hasta el último siglo permanecerá su nombre*. Cumplióse la profecía a los 4283 años de su fundación. En ella había el ejército del emperador Jurtiniano vencido ya las armas de los godos y a su rey Teudo que le puso cerco, si bien después la ganó Flavio, harta que con España la poseyeron

los moros más de 800 años. Con ellos gozó de tanta grandeza, que fue la más notable de toda Mauritania, porque la habían hecho un seminario de letras y armas, y una plaza de riquezas de toda suerte. Esto es lo que expugnaron las armas portuguesas en este asalto: fuerza insigne, llave de España, con la dignidad de ser la primera cosa que reyes católicos conquistaron en África.

Conseguida mucha gloria y mucha paz con las armas, volvió el rey más prontamente los ojos al gobierno político. Hizo leyes con asistencia de aquel doctor Juan das Regras, que siempre traía junto a sí, como a Ulpio el excelente emperador Antonino Pío. Fue el primero que hizo que dejada la Era de César, se usase del año del Nacimiento de Cristo en el de 1422, y que admitió en su reino la orden de San Juan Evangelista, que en él se llama de San Eloy. Hizo metrópoli de la ciudad de Lisboa con autoridad de Bonifacio IX. Edificó el monasterio de la Batalla, raro en grandeza y artificio, el de San Francisco de Leiria, la insigne iglesia de Nuestra Señora de Oliveira en Guimaraes, de que era tan devoto, que vino en romería a él tres veces, y a pie de partes distantes con más de setenta leguas, pesándose a plata armado de todas armas; cuatro palacios de suntuosa fábrica y real magnificencia, en dos lugares y dos bosques notorios, Lisboa y Santarem, Sintra y Almeiria. Fue el primero que usó comer público; de suerte que siéndolo en muchas acciones grandes, no tuvo segundo en el ejercicio de todas. Mereció por ello ser llamado el Magno, y de la Buena memoria.

Así se entraba del sentimiento de las infelicidades de sus vasallos, que no se contentaba con menos que con serles compañero en ellas, y acompañábalos a pie en las jornadas, por lo cual fue comparado a Moisés cuando sacó de Egipto el pueblo de Dios. Pasaba un camino, y vio que un ciego pedía que le guiasen, tomóle en las ancas, y caminó con él. Moríase de veneno un caballero, dijéronle que su remedio era beber su orina, y como el asco no le dejaba usar de él, el rey para animarle bebió primero. Más fácil fuera referir lo que dejó de hacer, que lo que hizo. De la pureza del trato con las mujeres de la casa real fue tan celoso, que sabiendo de un camarero suyo y su privado algunos lances contra este decoro, le hizo prender; a la cárcel le llevaban, y huyendo se metió en una iglesia; casi desnudo se hallaba el rey cuando lo supo, así y desacompañado salió a sacarlo de ella por su mano, y fue quemado. Hallando la casa real muy llena de oficiales sobrepuestos, la alivió de ellos, aplicando sus salarios a gente más provechosa. Para labrar moneda le socorrieron las iglesias espontáneamente con alguna plata. Labráronle reales de ley, y otros que llamaron blancos, doblas que llamaron moriscas, y valían 130 maravedís.

Fue de mediana estatura, rostro largo, frente pequeña, cabello negro, poco, largo y bien compuesto, ojos negros no grandes, mas con vivacidad notable. En su retrato está armado, corona en el yelmo, manto negro aforrado en armiños blancos, en una mano espada alta, en otra una palma con corona ensartada en ella, y cruz de San Jorge sobre el hombro izquierdo. Vivió setenta y seis años, reinó 48. Esta sepultado en el monasterio de la Batalla, que fundó no para su entierro, sino para trofeo y memoria santa de aquella batalla que le hizo rey en el mismo lugar donde la dio. Con admirable pompa y nueva en acto fúnebre fue llevado al sepulcro en un carro triunfal acompañado de sus hijos y nietos.

Sus hijos legítimos.

I. Doña Blanca, murió niña.

II. Don Alonso, que murió de diez años, esta sepultado en la catedral de Braga (1434).

III. Don Duarte que sucede en el cetro.

IV. Don Pedro duque de Coímbra, tan dado a los estudios que escribió varias obras en prosa y verso. Dotado de muchas partes peregrinó las mejores del mundo, ya viendo, ya obrando cosas grandes. Casó con la infanta Doña Isabel hija de Don Jaime conde de Urgel, y de la infanta Doña Isabel hija del rey Don Pedro IV de Aragón. Tuvieron a Don Pedro, de hermosísimo aspecto. Condestable de Portugal, que los catalanes eligieron por su rey en odio de Don Juan el II de Aragón,

y murió con veneno; a Don Juan de Coímbra, que fue desposado con Carlota hija heredera de Juan rey de Chipre, y murió en Borgoña; a Don Jaime cardenal de San Eustaquio, arzobispo de Lisboa, de ilustre ingenio, letras y virtud, tan raro en la continencia, que en la enfermedad de que vino a morir imitó al santo emperador Constantino, a quien dijeron los médicos que cobraría salud si hiciese un remedio, que paraba en ofensa de Dios: y sacrificó la vida por no manchar la pureza, diciendo, *Que más quería morir mozo, que vivir sucio*; a la reina Doña Isabel, mujer del rey Don Alonso V su sobrino; a Doña Beatriz, que en Borgoña adonde estaba con la infanta duquesa su tía casó con Adolfo señor de Ravesthein, hijo del duque de Cleves; a Doña Felipa monja en Odivelas. Fue Don Pedro gobernador del reino en las tutorías del rey Don Alonso: y fueron los enemigos que granjeó con el gobierno, siendo bueno, tales, que vino a morir infelizmente a manos del rey su yerno; está sepultado en el monasterio de la Batalla.

V. Don Enrique duque de Viseo, maestre de la Orden Militar de Cristo, valeroso príncipe, sabio y santo, y digno de su origen. Diose mucho a las matemáticas, a cuyo estudio y rara industria se deben las navegaciones de toda España, porque encendido en deseos de descubrir, armó navíos a su costa, con que no sólo se buscasen las playas de África y regiones marítimas que fuera del estrecho de Gibraltar miran al sur, mas aun penetrasen más adelante. Así pues con esta ocupación dio motivo a que los portugueses se hiciesen señores de mucha parte de África, hacia la de Etiopía, y varias islas del Océano. Para aplicarse a ello más libre y divertido de todo estorbo (así como lo había hecho Jubalda, tercer rey de España, en los montes de Idubeda) tomó su asiento en el reino del Algarve, parte más remota de Lusitania en la villa de Sagres junto al Promontorio Sacro: allí murió no solamente sin hijos, sino perpetuamente casto.

VI. Don Juan maestre de la orden de Santiago, condestable de Portugal, señalado en el amor de la Patria; casó con Doña Isabel hija de Don Alonso conde de Barcelós, que fue el primer duque de Braganza y su hermano natural. Tuvieron a Don Diego que murió de poca edad; a Doña Isabel mujer del rey Don Juan el II de Castilla, padres de la reina Doña Isabel, que llamaron Católica; a Doña Beatriz que casó con el infante Don Fernando, padres del rey Don Manuel; a Doña Felipa que castamente acabó su vida.

VII. Don Fernando maestre de la orden militar de Avis, murió con paciencia insigne en la esclavitud que padeció en África: numérase entre los mártires: hay libro de su vida, y de los milagros que Dios hizo por sus méritos. Allí murió, y está sepultado en el monasterio de la Batalla. La causa del cautiverio, en la vida del rey Don Duarte.

VIII. Doña Isabel que casó con Felipe III. conde de Flandes y de Henau, duque de Borgoña, que en honor y memoria de lo que estimaba tal princesa, instituyó el día de las bodas la clarísima orden del Toisón de Oro. Fue su hijo el duque Carlos que murió en la batalla de Nancy, y fue padre de María mujer del emperador Maximiliano I.

No legítimos.

IX. Don Alonso conde de Barcelós y primer duque de Braganza; cuando casó con Doña Beatriz hija única del condestable Don Nunálvarez. Tuvieron a Don Alonso conde de Ourem, y marqués de Valencia que murió sin hijos; Don Fernando conde de Arrayolos, marqués de Villaviciosa que sucedió en el ducado; Doña Isabel que casó con el infante Don Juan su tío. Está sepultado Don Alonso en la villa de Chaves.

X. Doña Beatriz, que casó con Tomas conde de Arondel en Inglaterra, de la sangre real de los príncipes de aquella corona.

Títulos que dio.

Al infante Don Pedro dio título de duque de Coímbra, y fue el primero de este reino.

Al infante Don Enrique (sus hermanos) de duque de Viseo; ya hízoles estas mercedes en Tavira por lo mucho que obraron en la toma de Ceuta.

A Don Nunálvarez Pereira dio título de conde de Arrayolos: y él besándole la mano dijo lo aceptaría si le prometiese de no hacer otro en su vida; y el rey se sujetó a ello, conociendo que la grandeza de las cosas consiste en la raridad de ellas mismas.

A Don Alonso su hijo de conde de Barcelós, interviniendo el consentimiento de Don Nunálvarez.

A Don Alonso su nieto, de conde de Ourem por renunciación de Don Nunálvarez su abuelo.

A Don Fernando nieto de ambos, hijo segundo del de Braganza, de conde de Viana; y en Castilla fue conde de Ailón.

A Pedro Lobato nombró gobernador del senado o cancelleria que llaman, do Civel.

A Gonzalo Pérez Malafaya, Veedor de su hacienda.

A Juan Roiz de Sá camarero mayor, porque este oficio hacía antes el repostero mayor, que en la casa real de este reino goza mayor antigüedad.

A Don Fernando da Guerra, su sobrino, arzobispo de Braga, hizo presidente (regidor le llaman) del senado, o casa de la suplicación. Todos estos oficios creó de nuevo.

Armas del reino.

Redujo el rey a cinco los diez puntos que tenía cada uno de los escudetes, quedándose por debajo de ellos la cruz de Avis, por ser su maestre, como también (en memoria de haber tenido la insignia real inglesa de San Jorge) acrecentó por timbre una sierpe alada; y de aquí tuvo principio en Portugal llamar a San Jorge en las batallas. Vese en muchas partes, y repetido por banderas y estandartes, en la rica tapicería de la toma de Arzila, que el adorno de las salas reales portuguesas se tejía de hazañas y triunfos de sus reyes y vasallos; éste es hoy de la casa del duque del Infantado, a quien lo dio Don Alonso V en el tiempo de sus pretensiones con Castilla.



[Personajes destacados] en armas.

Don Nunálvarez Pereira, todo el asombro de Castilla en aquel tiempo, y digno tronco de la real casa de Braganza. El conde Don Pedro de Meneses valeroso capitán, y defensor de Ceuta, principio de la ilustre casa de los marqueses de Villarreal. Juan Alonso Pimentel, y Juan Fernández Pacheco, que en Castilla el primero fue origen de la gran casa de Benavente, el segundo de las notables de Escalona y de Osuna. Lope Vázquez que también allá fue conde de Buendía, y su hermano Gil Vázquez señor de muchos lugares. Martín Vázquez de Acuña su hermano, y Egas Coello conde de Montalbán. Don Pedrálvarez Pereira maestre de Calatrava, hermano de Don Nunálvarez, Álvaro Pereira mariscal. Ruy Pereira. Mon Roiz de Vasconcelos. Vasqueanes Corterreal, el primero que saltó en tierra en la toma de Ceuta. Los doce que pasaron a Inglaterra, que aceptando y venciendo el desafío de otros doce ingleses, siendo el motivo que defenderían, que las damas del palacio inglés eran tan poco hermosas, que no habría quién por ellas quisiese con ellos salir en estacada; su capitán Álvaro González Magrico.

Descubrimientos.

Juan González Zarco, Tristán Vaz Teixeira, y Bartolomé Perestrelo, corriendo deshecha fortuna vinieron a descubrir la isla de Puertosanto el año 1418, y dos adelante las de la Madera, adonde hallaron una ermita, y letras que enseñaban la llegada allí de un inglés llamado Machín. Gil

Yáñez, que osando lo que nadie antes, pasó el cabo Bojador, y plantó más allá de sus límites la insignia de nuestra redención.

XII. DON DUARTE (1401-1438)

De muchos años atrás iban faltando ya los primogénitos a nuestros reyes, así aunque se hallaban con hijos, no era sin un justo sentimiento de que el Cielo les negase aquella gloria de perpetuarse en los primeros. Era Don Duarte hijo tercero de los reyes Don Juan y Doña Felipa de Alencastro, que se hallaba en la ciudad de Viseo, cuando fue alumbrada de este hijo (1401), si entonces no primero en el nacimiento, después sin segundo en muchas virtudes naturales y adquiridas, que aun hoy se lástima la memoria de que tuviesen ellas tanto de malogradas, como de excelentes.

Hallóse con su padre en la toma de Ceuta con tal valor, que acompañado del infante Don Enrique su hermano fue de los primeros que entraron la ciudad. Sucedió en la corona cuando en más alto punto se hallaba abundante y prosperada con copioso caudal de tesoros, poderosa y floreciente, con raro valor de capitanes. Distaron de todas estas esperanzas infelizmente los sucesos.

Gustó de que le coronasen con la solemnidad usada entre reyes antiguos; y por la hora y día de ella (como al grande Alejandro por el de su entrada en Babilonia) le fueron pronosticadas las adversidades, que entonces despreciadas, mas después padecidas (aunque no le pudieron hacer mal príncipe) pudieron hacerle infeliz: porque fueron los cinco años de su reinado llenos de un miserable discrimen de trabajos envueltos en una pestilencia así contagiosa, que traía al rey peregrinando por todos sus estados, necesitando de algún lugar seguro adonde pudiese poner en salvo su real persona.

A este mal sucedió (1437) la desgracia de la guerra que los infantes sus hermanos Don Enrique y Don Fernando emprendieron contra los moros de Tánger, que en otro tiempo se llamó Tingi, fundación de Anteo puesta en las playas del mar océano Atlántico fuera de la boca del estrecho: tiene del norte la costa, una bahía dilatada del oriente, de sur un valle inculto, del ocaso un río que llaman de los Judíos. Suceso infausto y antevisto de muchos que contradijeron la empresa con razones fuertes; mas éranlo más los deseos que estos príncipes tenían de dar quehacer al instrumento de la Fama. Pasaron pues con lucida flota de catorce mil hombres; surgieron en Ceuta, y los de Tánger, que era la plaza amenazada, temiendo su ruina, examinado el ensayo de ésta, enviaron a ofrecer tributos a nuestros infantes. Y ellos, despreciándolos porque siempre para nuestras armas fue más precioso el honor de una victoria que el provecho de una dádiva, aparecieron terribles sobre Tánger. Sitiaron la ciudad: combatiéronla con bazaría, con ardor, con desnudo primera vez, y segunda, y tercera. Mostróse en socorro de los sitiados un campo innumerable, que combatiendo reciamente dos veces a los cercadores que ya se veían cercados, al tercero asalto ofrecieron partidos, como si ellos no fueran casi setecientos mil, mas en el concierto se pareció que lo eran, porque los infantes, sintiendo a las espaldas un enemigo grande que habían tenido a los ojos, y viendo a los ojos otro grandísimo que no consentía esperanzas, librando el remedio de tanto peligro en toda la estimación de sus personas, ofrecieron una de ellas. Quedó el infante Don Fernando en rehenes a los bárbaros de que se les volvería la ciudad de Ceuta. En llanto pagó nuestro reino ahora a la fortuna todos sus regalos, todos sus triunfos.

Caso fue éste que siempre trajo al rey suspenso de un sentimiento profundo, porque o había de peligrar la vida de un hermano que amaba tiernamente, o largar a los infieles una fuerza tan importante, que ya era freno fiel a sus arrogancias, puesta en las manos de un príncipe católico.

Comunicólo a todos los que entonces tenía la cristiandad. Tuvo cortes en Leiria sobre la redención del infante, y siguióse el voto de que por él no se diese aquella plaza; éste era también el propio suyo, éste el de su hermano Don Enrique que le había acompañado, proponiendo dos medios: ofrecer a los moros todos los cautivos de España, o hacer guerra a todos con veinticuatro mil hombres, que le parecieron bastantes para castigar a África toda. Mas en su testamento mandó el rey que Ceuta se diese por el rescate; pero no cumpliéndose en esta parte (corno suele ser en casi todas las de los testamentos de los reyes) vino a morir Don Fernando en las afrentas y miserias de una esclavitud rigurosa. Viéronle los suyos, cargado de hierros, ser mozo de caballos; y viéronle muerto colgado de una almena de los muros de Fez. Así con maravillosa paciencia ganó la palma y premio inmortal de la bienaventuranza, habiendo descubierto con su prisión entrañable lealtad y demostraciones de sentimiento en su patria (no menores que las de Roma por Manlio preso). En cuanto Don Alonso V, se iba criando para ser vengador feroz de estos oprobios en los autores de él, que vieron perdida la misma ciudad adonde lo tuvieron preso.

Fue el rey Don Duarte aficionadísimo a las ciencias, y en algunas (principalmente filosofía) muy versado. Y como experimentaba en sí la ventaja que tanto singulariza a quien las posee, favorecía liberalmente los hombres ingeniosos y doctos. Escribió (así como Octaviano Augusto) muchas obras de importancia: un libro del buen consejero, dedicado a la reina su mujer, otro del arte de domar los caballos; siendo en ello (como Tito) tan diestro, que dejó atrás todos los que en esta parte fueron famosos en aquel siglo. En cualquier caballo sin freno ni cincha obraba todo lo que los otros con toda aquella seguridad; en los juegos de cañas, corriéndolas llevaba del suelo. Tenía grandes fuerzas, que ejercitaba con los caballeros en tirar la barra, luchar y correr, saliendo siempre fácilmente vencedor en una y otra palestra; no por lisonja como a rey, antes por premio justo, como a sujeto raro: singular alabanza del famoso emperador Claudio II. En el hablar, notable adorno de facundia y elegancia, con tal suavidad, que para ser querido bastaba ser escuchado.

Favoreció las partes del sumo pontífice Eugenio en un concilio grande que se celebró en Ferrara y en Florencia; y él, queriendo mostrarse grato a su celo, le concedió que los reyes de Portugal se pudiesen coronar y ungir al antiguo estilo de los cristianísimos de Francia.

Deseoso de emplearse contra los infieles, y fervorizar espíritus en todos los católicos, alcanzó del mismo pontífice la concesión de la cruzada, siendo tan venerador de la señal de la cruz, que viéndola en lugar indecente decía, *Que aquella insignia de nuestra redención había de estar colocada adonde siempre pudiese ser venerada de reyes y emperadores.*

Cuidadoso del gobierno de sus vasallos (a imitación de Numa, que hizo abreviar las ceremonias de los sacrificios por no entibiar con la copia de ellas la frecuencia de ellos) hizo promulgar algunas leyes breves para freno de costumbres largas, y reducir a poco papel las antiguas, para que más fácilmente detenidas en la memoria de los ministros y vasallos, supiesen lo que debían juzgar los unos, y temer los otros.

Aunque no era menos ejecutor de la liberalidad de sus ascendientes, ambicioso de mostrar a su posteridad con cuanta consideración y causa se deben enajenar los bienes de la corona, viendo los muchos que habían dado sus últimos antecesores por tener propicios los ánimos, hizo una ley para que en ellos no pudiesen suceder las hijas. Así por otro estilo quiso Galba restaurar lo que su antecesor había despendido: aunque nuestro príncipe tuvo el ejemplo más vecino, porque su padre, que en cuanto no fue rey dio mucho del reino para serlo, en siéndolo volvió a la corona no poco de lo que había dado, o ya de lo que vacaba de algunos, o ya comprándolo en vida a otros, por restituirse modesto de lo que dio pretendiente. Llamóse *Mental* esta ley publicada por Don Duarte, porque su padre, aunque fue el autor de ella, teniéndola en la mente la ejecutaba sin haberla divulgado. Consejo fue de Juan das Regras, que de la jurisprudencia había hecho la balanza de los premios de las grandes obras; desdichadas las que lo buscan en manos que nacieron más para pedir que para dar. Castigóle Dios con darle una hija sola para heredar los bienes que gozaba de la corona, de que la tenía desheredada su consejo; y así fue el primero que pidió al rey recurso contra su

misma rapacidad. Pudiéramos llamarle el Perilo lusitano, que siendo inventor del tormento del toro, entró primero en él. Nadie piense que culpamos sin causa el pretender Don Juan I quitar lo que había dado, principalmente a las casas de religión, porque cuando lo ejecutaba le apareció una noche Don Alonso Enríquez nuestro rey primero, diciéndole que al monasterio de Santa Cruz de Coímbra no quitase cosa alguna; Don Juan a la mañana llamó sus ministros, y díjoles: Que en Santa Cruz no se ejecutase nada, porque así lo mandaba Don Alonso.

Mandó el rey labrar moneda nueva de oro y plata; escudos de valor que cincuenta de ellos pesaban un marco, y ochenta y cuatro los reales de ley. Vimos uno de plata con las primeras dos letras de su nombre coronadas, y en contorno la letra, *Rex Portugalliae*; del reverso las armas del reino.

Abriendo una carta en la villa de Tomar, enfermó del mismo mal de que andaba huyendo, y murió (1438) con haber precedido un notable eclipse del sol a 19 de septiembre. Fueron treinta y siete años los de su vida, cinco los de su reiy nado, con mayor tristeza que sosiego, con más méritos para ser rey que tiempo para serlo; mas siempre digno hijo de su padre el rey Don Juan, y digno padre de su hijo el rey Don Alonso: está sepultado en el monasterio de la Batalla.

De cuerpo, más grande que pequeño, ojos negros y alegres, barba rubia, por los extremos dividida en dos partes, labios bien formados, en el de abajo una división que le hermoseaba más; cuidaba de andar galán, y en público siempre salía con reales insignias y lucida pompa. En su retrato, con corona y cetro: sobretúnica de grana ropa rozagante negra, aforrada en armiños, un papel en la mano.

Casó con Doña Leonor hija del rey Don Fernando I de Aragón y de Sicilia. princesa que se trató y crió sus hijos con menos idolatría de lo que usan no solamente princesas, sino aun muy ordinarias mujeres de España. Tales eran sus virtudes que el rey al tiempo de morir se la dejó con la tutela y con el gobierno de sus hijos y de sus vasallos; si bien ellos casi afrentados de que una matrona, y no natural, los gobernase, le consintieron solamente lo primero; y ella, habiendo por desdicha en grandeza de reina sufrir condiciones de súbditos, lo dejó todo. Desprecio más dignamente padecido de Cartismandua, reina de los brigantes, cuando por muerte de Venucio tomaba el gobierno de los suyos.

Sus hijos legítimos.

I. Don Alonso, que sucedió en la corona.

II. Don Fernando, duque de Viseo, maestre de las órdenes de Cristo y Santiago, condestable del reino; casó con Doña Beatriz, hija del infante Don Juan su tío; tuvieron a Doña Leonor, mujer del rey Don Juan el II, su primo hermano; a Doña Isabel, que casó con Don Fernando el II, duque de Braganza; a Doña Catalina que murió moza; a Don Juan, que sucedió a su padre; a Don Diego que sucedió a su hermano; a Don Duarte, a Don Diego, a Don Simón que murieron niños; a Don Manuel después rey; está Don Fernando sepultado en el monasterio de la Concepción, edificio de su mujer en la ciudad de Beja.

III. Doña Felipa, que murió moza.

IV. Doña Leonor, que casó con Federico III, emperador de Alemania, de quien nació el augusto Maximiliano, abuelo de Carlos V.

V. Doña Catalina, que estuvo desposada en Navarra, y en Inglaterra: murió primero que se efectuase en ninguna de las coronas; tiene su entierro en el monasterio de San Eloy de Lisboa.

VI. Doña Juana, que nació después de muerto su padre, y casó con Don Enrique Cuarto rey de Castilla. Fue su hija aquella clarísima princesa a quien quisieron pagar el haberla la Fortuna despojado del reino con llamarle la excelente señora.

Memorias del mundo desde el tiempo del rey Don Pedro.

A Clemente Sexto le siguieron Urbano Quinto, Gregorio Décimo, Urbano Sexto, Bonifacio Nono, Inocencio Séptimo, y Gregorio Duodécimo. Fue hallado el uso del astrolabio, y artillería. Resplandecieron con milagros san Vicente Ferrer, san Bernardino de Siena, san Laurencio Justiniano, san Antonino, el santo y doctísimo varón Don Alonso Tostado obispo de Ávila. Ejecutó maravillosas hazañas el Gran Tamorlán. Sucedió aquel prodigio de la pastora Juana de Lotaringia, que llegando a la Corte de Carlos Séptimo de Francia, le dijo venía enviada de Dios para azote de los ingleses, que le ocupaban el reino; diósele gente y armas, obró extremos; ganó muchos lugares, mató muchos mil hombres descercó a Orleans, adonde tiene estatua de bronce.

XIII. DON ALONSO V (1432-1481)

Estaban en la villa de Sintra los reyes Don Duarte y Doña Leonor cuando les nació su primero hijo Don Alonso (1432), que después mostró cuán dignamente había sido el primero de los primogénitos de reyes portugueses, a que llamaron príncipe: igualmente se intitulaban infantes todos los hijos de los reyes, llamándole primero reyes todos.

Con seis años de edad sucedió a su padre en esta corona (no poco trabajada en tanto que no los tuvo para conocerla) por las competencias de los que querían gobernarla, sin que las pudiese atajar (o por ventura las despertó) el haber el difunto nombrado la reina Doña Leonor su mujer para el gobierno: mas, por no ser natural, si bien digna de lo que su marido fiaba de ella, y haber infantes con talento y fuerzas excelentes para semejantes pesos, fue mal recibida del pueblo en aquel ejercicio; y así precediendo bandos, inquietudes y motines, amenazas, armas y libertades, contra la patria, contra la religión y contra la reina, eligieron por gobernador del reino al infante Don Pedro hermano y tío de los reyes difunto y vivo, reservando para la reina el cuidado de sus hijos; pero ella juzgándose agraviada, dejando no sólo aquello que no querían que tuviese, sino también lo que querían (después de haber procurado mucho el no llegar a dejarlo), pasó a Castilla, donde acabó la vida, con menor estado de lo que convenía al que ya había tenido, y por la misma causa con mucho sentimiento de haberlo querido perder. Nadie castigue en sí la culpa ajena, porque el dolor ha de ser propio.

Como el infante Don Pedro era singular en muchas virtudes, por lo natural, adquirido y experimentado con el estudio de buenas artes, con la peregrinación de varias tierras, gobernaba estos estados con aplauso público de todos ellos, procurando hacer dichoso el gobierno de su rey, como Misiteo suegro de Gordiano en su Imperio, cuyas riendas dignamente moderaba en cuanto su príncipe crecía para tomarlas. Llegando el nuestro a edad de diez y seis años, le casó Don Pedro con su hija Doña Isabel, y le entregó el gobierno de su gente con mayor fidelidad de la que se prometían sus émulos, que pensaban y persuadían al rey, que el infante se lo había denegar, como ya se hubiese con el ejercicio de sus virtudes entrado tanto por los corazones de los vasallos. Era el mayor opuesto Don Juan su hermano, conde de Barcelós, después duque de Braganza, envidioso del casamiento del rey, que solicitó para su nieta con todas las diligencias que suele ejecutar el interés desnudo y ciego; ciegas y desnudas de razón, de respeto, y de grandeza.

El infante, reconociendo la emulación y envidia, dejó la corte primero que le hiciesen dejarla; era su asiento la ciudad de Coímbra. La ausencia no moderó el odio, y éste contra él obró más de lo que pudiera sin ella; ya le parecía al rey celo toda la maldad de sus émulos. Diferentes avisos causaron diferentes alteraciones en aquel príncipe. Don Enrique su hermano viniendo a la corte por

aplacar al rey con mejores informaciones, antes esforzó su desgracia que su ventura. Esperanzas dio de hacer más el conde de Arrayolos, que siendo hijo del duque, se hizo solicitador de el infante; mas en vano, porque el padre tuvo medios para que el rey le negase primero las audiencias, y después la asistencia de la Corte. El conde de Abranhez, toda la confianza de Don Pedro y todo el valor de aquel siglo, habló al rey con los afectos de la amistad, del valor, de la verdad y de la arrogancia, por su amigo y contra sus competidores, llamándolos en su presencia al juicio de la espada en singular desafío, y no obró más que los otros, aunque fue mejor escuchado. La reina, que entre el marido y el padre no sabía a qué extremo se volviese, solicitaba clemencia en uno, y sufrimiento en otro. Mostrábase ya la llama inmensa, toda industria, todo remedio, y todo afán era sin fruto.

Resolvióse el infante en que le convenía volver a la corte por dar satisfacción de sí contra lo que sus contrarios cada día le acumulaban, y temiéndose de ellos, acompañado de un golpe de gente armada, vino caminando con disciplina militar. Halló la malicia y el temor nuevo lance, persuadiendo al rey que aquellas armas venían a despojarle de la corona (como ya por semejante acompañamiento que Turno llevaba afirmó Tarquino a los de Lacio que venía a matarlo para sucederle en el Imperio, de que resultó la muerte del inocente Turno), y él creyéndolo le salió al encuentro con treinta mil hombres de guerra. Marchaba el yerno a buscar culpas en el suegro, el suegro a mostrarse sin ellas, hasta que teniendo vista unos de otros, hubo arrebataadamente (cuatro leguas de Lisboa) aquella confusa batalla que llaman de Alfarroubeira, arroyo más nombrado por la sangre derramada en sus márgenes, que por el caudal de su corriente, adonde sin saberse cómo, o por qué se peleaba, murió el infante, que en su defensa había hecho maravillas, y el conde de Abránhez con él valerosamente, cumpliendo lo que habían jurado en una hostia consagrada de morir el uno cuando el otro. Esta muerte se profetizó Don Pedro (así como en Roma el emperador Pupieno) porque pidiéndole la ciudad de Lisboa licencia para levantarle estatua por elogio perdurable de sus obras, dijo: *Dejadlo, porque tiempos vendrán en que vos y los vuestros quebrando los ojos a la misma imagen, ayudaréis a su caída y su ruina*. Tres días estuvo en el campo sin sepultura, porque pasando el odio aun más allá de la muerte, hicieron creer al rey que había sido aquella una batalla justa, y aquel el estilo con los vencidos; venganza indigna de ánimo real, y usada injustamente con tal príncipe, mas padecida muchos siglos antes de Servio Tulio, cuando Tarquino el Soberbio que le sucedió matándole, le negó sepulcro. Suegros fueron los ofendidos, yernos los ofensores. Más bien se puede decir de él, como del famoso Germánico, que si después le enterraron sin pompa, no le pudieron quitar el merecerla. Tal el remate de los días de un héroe, que no mereció desprecios. Mancha que en los primeros pasos de tal rey solamente se limpia con saberse que los daba sujeto a ánimos apasionados, y que no tenía edad para conocerlos.

Mas haciendo cargo de esta confusión al tiempo y a la envidia, veamos al rey fatigar con flotas grandes las olas del Océano, con armas invencibles todo el poder africano. Púsose con la primera de más de doscientos bajeles en la barra de Tánger, y pasando a Alcacer Seguer desembarcó castigando la resistencia con que los bárbaros se lo impedían: asaltóse furiosamente la plaza, y al segundo combate empezó a ser entrada a fuerza de armas. Después de mucha pérdida pidieron misericordia los moros, y concediéndoseles la vida salieron, y entraron las banderas sagradas; mundificóse la mezquita con el nombre de Nuestra Señora de la Concepción. Guarnecida la plaza, encomendó el rey la defensa a Don Duarte de Meneses, varón en las armas claro. Conociólo el rey de Fez retirándose corrido de dos cercos con que pensó desesperar a los cercados, que con insigne constancia resistieron asperísimos combates, disimularon el de la hambre, y saliendo de la ciudad desordenaron los cuarteles, mataron mil y doscientos moros, y limpiando la campaña hicieron retirar ochenta mil; tan acompañado de ambas veces ciñó la plaza el bárbaro. Alcacer Seguer vale en arábigo, Palacio pequeño, fundación de Manzor rey y pontífice de Marruecos, tres leguas de España, puerto fácil, plaza rica.

Vuelto el rey a su reino (1468) con este principio ilustre de sus hazañas en África, dándole el segundo tiento, seguido de su hermano el infante Don Fernando, se envió con diez mil hombres

sobre la ciudad de Anfa o Anafe, puesta a la costa del mar Atlántico; y él a pesar de la contraria fortuna que le miró en Tanger dos veces, sangriento y terrible se llegaba a su ruina, mas los bárbaros temiéndolo le anticiparon la victoria con dejar la plaza llena de despojos; puesta a saco la quemó y dejó desmantelada: imagen quedó siendo grande de su grandeza.

Todo el intento del rey era expugnar a Tánger, siempre la amenaza fue en ella, y el efecto en sus vecinos. Ahora (1471) que con la dificultad había crecido el deseo, hizo la potencia ostentación bizarra de la mano portuguesa. Más de trescientos y treinta vasos con más de treinta mil hombres humillaron el mar lusitánico primero, y luego el africano. En frente de Tánger se puso la flota; mas aun ahora no fue asaltada, porque puesto en consejo el caso, salieron de él las proas puestas en Arzila, situada siete leguas más al Poniente. Tuvo dificultad el tomar tierra; alterado el mar, y chocando algunos vasos, perecieron con más de doscientos hombres; mas al fin desembarcados, ciñendo la plaza de mar a mar con fosos y trincheras, con plataformas, con tormentas y máquinas, todo era furor, todo rabia, y todo esperanza a los combatientes, y desesperación a los combatidos. No les dio la prisa y la confusión lugar a ser escuchados con los partidos que con voces y señales proponían, de que resultó recurrir a las armas con nueva ira, y tal, que primero dejaron la vida que la defensa. Mucha sangre costó la escala de los muros, y mucho más la del alcázar y de la mezquita, a que se había retirado toda la esperanza bárbara.

El príncipe Don Juan, que para que su padre le dejase ir en su compañía hizo porfiada diligencia, mostró en pocos años todo lo que en los muchos es alabanza; el conde de Marialva Don Juan Coutiño así con la muerte acreditó la vida, que cuando el rey armó caballero a su hijo en la mezquita, ya consagrada, delante de él, le dijo: *Que Dios le hiciese tal, como lo había sido el conde muerto, que tenía delante*. Don Álvaro de Cartro conde de Monsanto pereció con un golpe que le dio toda la cudicia; porque llamándole un moro desde el muro para que le diese libertad y le descubriría un tesoro, llegando diligente perdió la cabeza de un solo golpe, desventurada muerte: siempre la dieron pobre las ansias de la riqueza. El despojo fue gruesísimo, los cautivos que aquí cobraron su libertad cinco mil. Apenas se había ganado la ciudad, cuando Muley Jeque rey de Fez apareció en su socorro; mas sin poder obrar otra cosa, pidiendo treguas se contentó con que el rey le diese dos mujeres suyas y dos hijos que allí tenía, y eran parte de la presa, a trueque del cuerpo del infante Don Fernando, que en la esclavitud había muerto.

Los de Tánger, que supieron la rota de Arcila, y contaban sobre sí las banderas victoriosas, dejaron tan diligentes la ciudad, que ahora la vio el rey rendida primero que se acordarse de asaltarla; cuatro veces habían quedado presumidos siendo buscados, y una acabaron de mostrar que hubo tiempo en que las armas portuguesas tanto vencían escuchadas como vistas. Tomó posesión de la ciudad Don Juan, marqués de Montemor, y entrado el rey después, hizo sagrar la mezquita por el prior de San Vicente, que se nombraba obispo de ella, día de san Agustín, no sin misterio, porque lo había sido suyo el mismo santo, y ahora lo era un religioso suyo.

Al primer asalto de Arcila hizo el rey voto (como Mario romano triunfando de los hervicianos) de ofrecer, si la ganase, una estatua suya puesta a caballo, cuya materia sería plata; cuya labor, extraña; cumpliólo con admirable grandeza, en un templo de Nuestra Señora en Évora, adonde se deshizo, o con poco consejo, o con mucha necesidad; aunque nunca pudo ser ella tanta, como él desacertado. No hacían los príncipes antiguos otra cosa que ilustrarla, y ella otra que dislustrarse. De Arzila expugnada se labraron tapicerías preciosas: de su nombre se preció el título real portugués, porque el rey en él se llamaba Señor de Alcacer y de Arzila, y después que por sus hechos fue cognominado el africano, puso aquellas palabras: *Daquem e dalem mar en África*. Mas viendo después de rendir a Alcacer la ciudad de Ceuta, que el rey Don Juan había ganado, y reconociendo que la dificultad purificaba la estimación de aquella empresa, desestimó el laurel que en Alcacer se había puesto; casi llorando, como otro César, por las hechos de Alejandro, que le parecían mayores que los suyos, o como Temístocles en Grecia por los de Alcibíades. ¿Qué acción valerosa tuvieron todos los príncipes antiguos, que no fuese vista en los lusitanos? De la toma de

plazas tan notables no sólo se le siguió gloria, sino provecho grandísimo a toda la Andalucía, que de ellas continuamente era infestada: y así cuando los portugueses pasaban por ella, eran reconocidos y venerados de su gente: aunque este es tributo que nuestra nación tiene en todo el mundo: examínelo la ponderación, y no parecerá jactancia. Así en África nuestro príncipe; no la misma fortuna en España.

Llegado es el tiempo en que el reino de Portugal pretendió del de Castilla lo que en otro éste de aquel; aprobando ahora la codicia, casi con los propios motivos, lo que ya había reprobado. El rey Don Juan el I de Castilla, por su mujer Doña Beatriz hija de los reyes Don Fernando y Doña Leonor, intentó la sucesión de Portugal; ahora intenta la de Castilla Don Alonso V, por su esposa Doña Juana, hija de los reyes Don Enrique IV y Doña Juana. Estas dos princesas, por quien estos príncipes aspiraron a coronas ajenas ambas nacieron para motivos de crueles estragos de sus patrias; ambas clarísimas en virtudes; y ambas hijas de madres en quien ningún autor celebró otras excelencias más que el don natural de una hermosura rara; y para que ni ésta fuese en ellas digna de verdadera alabanza, de ellas se dijo que no usaron bien de ella; de ellas, que dieron a sus hijas otros padres, que no sus maridos. Mas esto último no pudiendo nadie afirmarlo, justamente deben ser reprehendidos algunos autores, que con demasiada libertad lo trataron en sus escritos: porque si bien pudo ser que se tuviese por cierto, no tanto porque ello lo fuese, como porque lo eran otras demostraciones licenciosas, y no dignas de tales reinas. Sabemos que el rey Don Juan el Primero de Portugal pretendió casar con la reina Doña Leonor luego que murió el rey Don Fernando su marido, y el rey Don Fernando el Católico luego que murió la reina Doña Isabel su mujer, procuró lo mismo con Doña Juana, aconsejando ingenuamente ser ella hija heredera del rey Don Enrique; y ambos a dos fueron príncipes estos no más cuidadosos, que de la observación del honor, de la perpetuidad del Imperio. De esta manera pues, aunque los casamientos no se efectuaron, parece que permitió el Cielo que los pretendiesen ellos para mejorar la opinión postrada de tan insignes matronas.

Portugal pues, años antes afrentando su reina Doña Leonor dijo que no era hija del rey Don Fernando Doña Beatriz mujer del rey Don Juan de Castilla, para negarle la sucesión en la Corona portuguesa, que le obligó a perderse en la batalla de Aljubarrota, y ahora afrentando Castilla a su reina Doña Juana, dijo que no era hija del rey Don Enrique Doña Juana esposa de Don Alonso de Portugal para negarle la sucesión en la Corona de Castilla, que le obligó a perderse en la batalla de Toro; vengándose los castellanos en esta facción, sino con tanto estrago, con igual suceso; poniéndose silencio a las armas entre estos dos reinos, hasta que juntos y unidos, no por ellas, antes por divina permisión se comunican dos naciones contrarias, como si fueran una misma.

Muerto pues Don Enrique con quien Don Alonso se había visto en Gibraltar, y concertado casamientos y alianzas, estando ya viudo, entró en aquel reino, llamado de la obligación de satisfacer la última voluntad del difunto, que con pedirle se casase con su hija, le dejó este cuidado en su testamento; y también mostrado a la ambición de mayores reinos por el arzobispo de Toledo, por el marqués de Villena, por el duque de Arévalo, y por otros grandes señores castellanos, que casi todos después de ponerle en el peligro le dejaron solo en él, como al emperador Galba en el suyo sus amigos. Desposóse, y fue alzado en la ciudad de Plasencia por rey de Castilla con Doña Juana su sobrina, princesa jurada de aquella Corona, en que la poca fidelidad y la poca modestia de algunos vasallos habían introducido a Doña Isabel, casándola con Don Fernando príncipe de Aragón. No lo podrán negar por cierto aquellos que después de meterle en los brazos el esposo, se pulieron de la parte de nuestro rey, porque de esta manera, no teniendo la fidelidad más de un solo camino, o por el uno, o por el otro anduvieron sin ella.

Jurados tío y sobrina, pasaron con mano armada por entre varios semblantes a la ciudad de Toro, y cercaron el castillo, en que permanecía el nombre de Doña Isabel, benemérita de toda aquella Corona, si no por el derecho, por sí misma. Con su marido socorrió a los cercados, mas no obrando cosa alguna, se retiraron a Valladolid con mayores temores que esperanzas. Pasó Don Alonso a Zamora, adonde se le juntó el arzobispo de Toledo Don Alonso Carrillo, que ahora era

todo de este bando, habiendo sido todo del otro; de aquí a Arévalo, adonde enfermó el ejército, pereció gran parte. Asaltada la villa de Baltanas, fue rendida, y preso en ella el conde de Benavente. Cantalapiedra, temerosa de ruina, con ciertas condiciones solicitó el desvío de las armas, y entregóse. Entraba el invierno, vinieron a alojar en Zamora, y muchos a Portugal en el descanso de sus casas.

Había entrado el rey en Castilla con veinte mil hombres, llevó no pocos la enfermedad, los casos algunos, y la ocasión de invernarse esparció muchos. En los ojos del rey era con excesiva desigualdad mayor la ocasión que las fuerzas: llamó al príncipe su hijo en socorro, que ya se acercaba, cuando supo que los que guardaban la puente estaban de acuerdo con el enemigo para prenderle o matarle, entrado en ella. Con el aviso le envió nueva orden, y en tanto que le llegaba combatió la puente deseoso de castigar la traición, mas en vano. Pasó a Toro, y apenas dejó a Zamora, cuando la ocupó Don Fernando, no habiendo osado a mostrarse en cuanto en ella tuvo su adversario. Sabiéndolo Don Alonso, volando en son de batalla se le puso enfrente, y le incitó desafiándole. Mas la comodidad que ahora en Fernando cerraba los oídos a los ruegos de la bravosidad militar, mostró a nuestro príncipe que debía volver a Toro; ya quería marchar, cuando las diligencias de Doña Isabel animaron su marido con socorro grande: dio vista a nuestros alojamientos, y ofreció batalla: con los mismos fundamentos que él la había excusado antes, se la excusaron ahora.

Mas llegado el príncipe, dieron luego sobre Fernando en Zamora, y él calló haciendo parecer que la disimulación andaba a coros. Alonso contentándose con haberle hecho cerrar las alas segunda vez, volvió a Toro. Corrido el castellano de que quien le amenazara caminase con todas las banderas con quietud maravillosa, le fue siguiendo. Bajaba el portugués un monte, cuando al pie de él, para subirlo quedaba el enemigo: subiólo, y descubrió nuestro campo, que caminaba a Toro ya con poca ordenanza, como quien llegaba a su casa. El príncipe, que llevaba la retaguardia, sintiendo el peligro a las espaldas, dio aviso a su padre, y él con prisa, repartiendo su gente en dos tropas, tomó la primera contra Don Fernando a la parte del río, y al hijo dio la segunda a las faldas del monte contra seis escuadrones, que luego puso en huida vergonzosa. Don Fernando, que sin entrar en la refriega la miraba de lugar eminente, viéndolos deshechos, dejando la campaña, no paró hasta Zamora. Llámale retiro la cortesía, que la verdad le llama huida. Sea otro tanto con nuestro Don Alonso, que viendo por aquel lado perdida su gente, desapareció de manera que le contaron por muerto, y estaba en Castronuño; imitáronle muchos volando a Toro, otros queriendo pasar el Duero murieron en la corriente, y fueron más los que acabaron bebiendo agua, que derramando sangre. Quedó el príncipe en el campo victorioso con su escuadrón entero, y recogiendo las reliquias que quedaron del de su padre, acabado el día, aguardó la mañana para embestir de nuevo al enemigo, mas él, o por quitarle de ese cuidado, o por ir a buscar a su príncipe, valiéndose del silencio de la noche, dejó el campo. Fue testigo de esta cortesía el Alba, y de la acción famosa de nuestro príncipe, que (como quien triunfaba) a paso lento, tendidas sus banderas, fue caminando a Toro. Siendo pues el vencimiento conocidamente de la gente lusitana, por no poderlo sustentar entonces, quedó siendo el fruto del rey Don Fernando, a quien ya parecía fatal esta suerte de ventura: tal la de Rávena, adonde los franceses llevaron la palma de la victoria, y los vencidos el provecho de la guerra; porque veamos que también hay triunfos desgraciados, y desgracias con dicha.

Vuelto Don Alonso a Toro de Castronuño, adonde el alcaide Pedro de Mendaña apuró la lealtad con que le seguía, ordenando con el príncipe su gente, hicieron diferentes correrías, diferentes daños, diferentes emboscadas: tal vez hubo que estuvo a peligro la misma persona del rey Don Fernando, tal la misma de la reina Doña Isabel. Pallando como rayo Alonso por toda la comarca de Salamanca, todo lo puso a saco, a hierro, a fuego; mas como no era esto lo que buscaba, llevando a Portugal su esposa Doña Juana, y queriendo pasar mas allá de lo que quería la fortuna, se fue a Francia a pedir socorro al rey Luis XII (como ya Marco Antonio contra Octaviano por el de Lépido, que allí se hallaba con su ejército); mas entreteniéndole el francés con esperanzas,

desengañóse que eran vanas, y llevado de todo el disgusto, antes quiso perder la corona, que verse en ella sin proseguir la empresa. Renuncióla en su hijo, y púsose en camino de la Tierra Santa, sin comunicarlos los suyos. Mas sabiéndolo le fueron siguiendo, y alcanzado le divirtieron, y entraron con él en Portugal, adonde ya estaba saludado por rey el príncipe su hijo, que con raro ejemplo de modestia, poco imitado en el mundo, le restituyó el reino.

Ya en este tiempo habían corrido el velo a la vergüenza casi todos los que en Castilla le seguían: ya se había perdido la ciudad de Toro, que estaba a cuenta de Don Francisco Coutiño, conde de Marialva, y él perdido en ella toda la gloria y honra que suelen perder los que duermen mucho; porque un pastor subiendo algunas noches por lo más difícil de la muralla, y reconociendo que todo era sueño en la ciudad, fue motivo de que fuese entrada sin ningún peligro. De esta manera quisieron los franceses escalar el Capitolio defendido por Manilio, que si bien dormía, despertó. El último que sustentó en Castilla el nombre portugués fue Pedro de Mendaña, alcaide de Castronuño, adonde tuvo burlada toda la potencia castellana, hasta que con licencia del rey Don Alonso dejó la plaza al rey Don Fernando, precediendo tales condiciones, que casi fue afrentosa la victoria a las armas de Castilla acampadas todas con su príncipe en contorno.

Todavía empezaba Don Alonso a componerse para volver a tomar las armas, incitado aun de algunos castellanos, que deseosos, no de pedir perdón a sus reyes de la deslealtad, sino de sacar mercedes de ellos con ella misma, le incitaban a que volviese; porque amenazado él con la guerra, y ellos a Don Fernando con mostrarse de su parte en ella, tenían cierta la medranza y el perdón. Así fue, y empezaron a encontrarse de nuevo unas y otras armas, estragos grandes recibieron una y otra nación; ya se miraba en los dos reyes exhausto el poder, gente, hacienda, cuando se trataron paces, y concluidas, hubo condición que Doña Juana esposa de Don Alonso se llamase reina, hasta que el príncipe Don Juan hijo del rey Don Fernando y Doña Isabel tuviese edad para casar con ella. De esta manera, pues, aconsejaron que era de Doña Juana la Corona, aunque después no lo cumplieron, y que Don Alonso príncipe de Portugal casaría (y casó) con la infanta de Castilla Doña Isabel.

Votado había Don Alonso de pasar a la Tierra Santa con poderosa mano, envíele el papa Calixto la Cruzada (fue la primera vez que la tuvimos) para animarle más. Lucida flota salió de nuestro reino para juntarse con las de la liga; llegó a los puertos de Italia, de donde volvió sin efecto, siendo la causa principal el poco celo de Pío II, que publicando la expedición hizo tesoro para sus intentos de lo que los príncipes cristianos le enviaron para aquel: así que el ofrecimiento fue muy de ellos, y muy de Italia aquella resolución.

Para este viaje labró moneda, que llamó *cruzados*, por ser en ocasión de la Cruzada; y primero había labrado doblas de oro, que llamaban *de banda*, valían 230 maravedís; otras de 185; otras que llamaron *cruzadas* a 150 y a 200. De cobre algunas; la más pequeña *ceitis*, casi sextil, porque seis entraban en un maravedí; otros dicen que por que se labraron en Ceuta la vez primera.

Instituyó una orden militar, que llamó de la Espada: la empresa y divisa, una torre que en lo alto tenía una espada la tercia parte metida por el chapitel, en señal del deseo de la conquista de Fez, cabeza de la Mauritania, adonde está una torre con aquella espada, y tienen los bárbaros un agüero de que la quitará de allí un príncipe cristiano. Tomó el rey por patrón a Santiago, y el número de caballeros quiso fuesen veinte y siete en memoria de otros tantos años que tenía cuando entró en la conquista de África. Fue el rey Don Alonso el primero que introdujo dejarse ver de sus vasallos muchas veces, saliendo en público por las plazas, para que le pudiesen ellos pedir mercedes sin padecer la dificultad de ser oídos: era tiempo en que ellas se pedían a los propios reyes.

No sólo se dio al estudio de las ciencias, sino a favorecer los que las seguían. Fue el primero que trató de que se escribiese la historia portuguesa en lengua latina: trajo desde Italia un hombre famoso en ella llamado Justo, dándole para alentarle un obispado, mas atajado de la muerte no sólo no la escribió, sino que se perdieron los originales de Fernán López que se le habían entregado. Fue el primero que en palacio juntó librería. Platicó la lengua portuguesa con tanta elegancia natural, que parecía estudio todo lo que hablaba. A lo mucho que era sobrio en la mesa respondió tal

continencia, que siendo de veinte y tres años cuando murió la reina su mujer, nunca más se entendió que tratase otra. Su liberalidad resplandece en varias obras, en varias mercedes, siendo el que con más títulos honró sus vasallos, e ilustró su reino. Tuvo una proporcionada grandeza de cuerpo, aspecto singularmente real; de condición tan fácil, que en algo quedaba deudor a lo severo del trono que pisaba; robusto de nervios, cabellos rubios y largos. En su retrato, armado, corona en el yelmo, espada alta, manto negro aforrado en armiños.

Como la excelente señora, su esposa, se resolvió a entrar en religión en la clausura de Santa Clara de Santarem, y se acabasen ya todas aquellas esperanzas de verla coronada, como hija de sus padres, rindióse a una tristeza tan profunda, que colgando la espada, determinó morir como ella vivía, recogido en un monasterio de San Francisco, fundación suya en la comarca de Torresvedras; mas anticipándose la enfermedad en Sintra, y en la misma pieza adonde había nacido, le vino a hallar la muerte (1481) con cuarenta y tres años de reino, y seis más de vida. Está sepultado en el monasterio de la Batalla.

Sus hijos legítimos, y no tuvo otros.

I. Don Juan, que murió niño.

II. Doña Juana, que siendo princesa hermosísima, procuraron algunos príncipes casar con ella, y ninguno lo puso en plática que no muriese; parece se ponía el Cielo de la parte de su rara castidad. Renunciando el mundo tomó el hábito de Santo Domingo en la villa de Aveiro, adonde murió con opinión de santa, confirmada con milagros, de que hay historia impresa, que anda junta con la del infante Don Fernando.

III. Don Juan, que sucedió a su padre en la Corona.

Títulos que dio.

A Don Alonso hijo de rey Don Juan el I, título de duque de la ciudad de Braganza, y fue el primero.

A Don Fernando hijo mayor del de Braganza Don Fernando I, de duque de la villa de Guimaraens, extinto.

Al infante Don Fernando, su hermano, de duque de la ciudad de Viseo, extinto.

A Don Alonso, hijo mayor de Don Alonso duque de Braganza, de marqués de Valencia, y fue el primero que tuvo el reino.

A Don Fernando, hijo segundo del mismo duque, de marqués de Villaviciosa, que se continúa de heredad en la casa de Braganza.

A Don Juan, hijo del duque Don Fernando I, de marqués de Montemayor, extinto.

A Álvaro González de Attaide, de conde de Atouguia, y alcaide mayor de Chaves.

A Don Duarte de Meneses, de conde de Viaria y Valencia.

A Don Fernando de Noroña, hijo segundo del conde de Gijón Don Alonso, de conde de Villarreal.

A Don Sancho de Noroña, hijo tercero del mismo conde de Gijón, de conde de Mira.

A Vasco Fernández Coutiño, de conde de Marialva, extinto.

A Don Álvaro de Castro, de conde de Monsanto.

A Don Alonso, hijo tercero del de Braganza Don Fernando I, de conde de Faro.

A Don Pedrálvarez de Sotomayor, señor de esta casa, de conde de Camiña.

A Lope de Alburquerque, de conde de Peñamayor.

A Don Enrique de Meneses, hijo del conde de Viana Don Duarte, de conde de Valencia y Loulé; el primero gozan hoy los de Villareal, el segundo extinto.

A Don Alonso de Vasconcelos y Meneses, de conde de Penela.

A Pedro Vaz de Melo, señor de la Castañeira, de conde de Atalaya.

A Don Lope de Almeida, de conde de Abrantes, extinto.

A Ruy de Melo, de conde de Olivenza.

A Don Pedro de Meneses, de conde de Cantanedo.

A Don Juan Galvano, obispo de Coímbra, de conde de Arganil, y para sus sucesores en aquel obispado.

A Leonel de Lima, de vizconde de Villanova de Cerveira, y alcalde mayor de Ponte de Lima.

A Don Rodrigo Vaz Pereira, de conde da Feira.

A Juan Fernández de Silveira, de barón de Alvito.

Descubrimientos.

Nuño Tristán, y Antón González, navegando llegaron hasta el cabo Blanco, que está en 20 grados, y trajeron moros cautivos y negros, cosa de admiración entonces en España. Volvió Nuño y llegó a las islas de Arguin, Lanzarote y Gilianes, que descubrieron las islas de la Garza, y trajeron doscientos esclavos. Volvió Antón González, y llegó hasta la isla de Tider. Álvaro Fernández descubrió el Cabo de Martos, y pasando cien leguas adelante, mató el señor de aquella tierra. Gonzalo de Sintra salió en Angra, hoy con otras islas de la casa de Castel-Rodrigo; y aquí perdieron seis hombres, y fue la primera pérdida que tuvo Portugal en estos descubrimientos: pequeño ensayo de muchas tan grandes, que hacen pobre la grandeza de ellos. Dinis Fernández, que llegó al río Sanagá, que en 16 grados al norte divide a los moros de los jalofo; más adelante descubrió las islas de Cabo Verde, Buenavista, Santiago, y San Felipe. Vicente de Lagos, y Luis Cadamusto, genovés, la Tercera, que llamaron de Mayo; pasaron a Ra, y hasta el cabo Bermejo, son todas las islas once, las no nombradas, Santiago, San Cristóbal, Brava, San Nicolás, San Vicente, Rasabraoca, Santa Lucía, y San Antonio. Navegaban por el estrecho de Gibraltar algunos portugueses, y con deshecha fortuna corriendo al oeste descubrieron una isla en que había siete ciudades, pobladas de gente portuguesa, que viéndolos les preguntaron lo que pasaba en España, de donde sus padres habían huido por la pérdida del rey Don Rodrigo. Fueron descubiertas las islas de Santo Tome, del Príncipe, el reino de Beni, hasta el cabo de Catalina, la Sierra Leona. Juan de Santarem y Juan de Escobar descubrieron la Mina. Fernando Poo la que tiene su nombre. Las de los Azores, llamadas así por los muchos que en ellas fueron vistos, están leste oeste de la Roca de Sintra; son nueve fertilísimas. En la cumbre de un monte, que llaman del Cuervo, fue hallada una estatua de un hombre puesto a caballo en pelo, la cabeza descubierta, la mano izquierda en la crin del caballo, la derecha señalando al poniente, plantada sobre una losa, y ella y la estatua era una misma piedra, y más abajo letras en una peña, que no fueron conocidas.

Cosas del mundo.

Estuvieron en la silla pontifical romana Eugenio IV; Nicolao V; Calixto III; Pío, Paulo Segundos; Sixto IV. Tuvo principio el nombrar los reyes personas para las iglesias catedrales. Juntóse al reino de Aragón el de Nápoles. Resplandecieron los santos Francisco de Paula, F. Diego de Alcalá. Afamáronse Platina, Sabelico, Calepino, Pomponio Leto, Alejandro ab Alejandro, Felino, Polidoro Virgilio, el poeta castellano Juan de Mena. Hallóse el Arte maravillosa de la impresión, si bien los portugueses, cuando llegaron a la China, descubrieron ser mucho más antigua; el primer libro que se imprimió fue en Roma, la *Ciudad de Dios* de san Agustín. Perdióse la ciudad de

Constantinopla, tuvo fin el Imperio Oriental. Unióse Aragón con Castilla. Y últimamente fue esta edad en España la más fértil de traiciones, que experimentaron los casos del tiempo y de la ambición.

XIV. DON JUAN II (1455-1495)

En el más ilustre lugar de Europa (Lisboa), en el más hermoso mes del año (cuatro de mayo 1455) nació uno de los más excelentes príncipes que vio la gente y el tiempo, Don Juan, hijo tercero y último de sus reyes Don Alonso y Doña Isabel. Fue segundo en el nombre, y mereció dos renombres Perfecto y Magno.

Su acción primera de valor, y grande, fue en la toma de Arziila acompañando a su padre, que en la mezquita, ya templo sagrado, le armó caballero de propia mano, en edad de diez y seis años, como Publio Escipión cuando ayudaba a su padre Emilio en la guerra Macedónica; que sus obras fueron en su adolescencia mayores que sus días, y después iguales con su pecho.

Mostróse a la villa de Ouguela con mano armada, y sus defensores se la entregaron luego. Teníala Don Martín Galindo, maestre de Alcántara, y estaba ausente. Volvía a ella, y salióle al encuentro de orden del príncipe su camarero Don Juan de Silva; eran valerosos, deseaban probarse, y corriendo la primera lanza ambos a dos cayeron muertos.

Pasando a Castilla en socorro de su padre, a fuerza de armas entró la villa de San Felices, y la relajó a la ira y codicia militar. Los de Ledesma, que ya le veían marchar victorioso, salieron a pedirle que excusase combatirlos, y sería honesto algún partido. Contentóse Don Juan con bastimentos para el ejército, en precio razonable. Llegó a Toro, y sucedió lo referido de su valor y de su triunfo en la batalla: puso en huida seis escuadrones con uno solo, recogió las reliquias del de su padre (como Asdrúbal después de apretado Hamílcar en los campos de la antigua Lusitania), y recogióse con sosiego de vencedor. Mas porque en semejantes lugares es más fuerte el testimonio del enemigo, tanto que por eso los romanos traían por escritor de sus hazañas en Judea a Josefo, que prendieron siendo capitán de ella contra ellos, alabe las de nuestro príncipe su preso y cautivo en esta batalla Don Enrique Enríquez conde de Alba de Liste, y tío del rey Don Fernando, que pidiéndole el rey perdón de haberle tocado en las espaldas con la lanza (tal su moderación) respondió: *No lo sintáis, señor, pues yo por ello no pierdo el honor ganado en tres casos campales con setenta años de edad: ni tampoco vos la gloria de lo que hoy obrastes, jamás oído de ningún famoso príncipe.* Tanto lo fue Don Juan, que pudo sacar este elogio de la boca de su contrario.

Estaba el rey Don Alonso en Castilla, cuando castellanos, teniendo nuestro príncipe el gobierno, ganaron la villa de Alegrete; y estaba ya en Francia cuando llevando sus armas le puso cerco, y los cercados, sintiendo en el primer combate lo que había de ejecutar su enojo si los entraba enojado, pidieron las vidas, y lo que pudiesen llevar, y dejaron la defensa. A su ejemplo se le entregaron Piedrabuena, Ferreira, Noudar, y otros lugares (1477).

El comendador mayor de León Don Alonso de Cárdenas, después maestre de Santiago, frontero de Entre Tajo y Guadiana entró con tres mil lanzas y quince mil infantes para correr hasta las puertas de Évora, súpolo el príncipe, hallábase sin gente, y envióle a decir: *Que sabía su intento: por excusarle el trabajo le rogaba quisiese aguardarle en aquel puesto, porque sin duda sería con él a la mañana.* Así le pareció a Don Alonso, y no le aguardó, retirándole con tanta diligencia, deshílada la gente, que en el puerto de Mouron le salió al encuentro Don Diego de Castro y Ruy Casco con ciento y cincuenta lanzas, y cautivando más de ciento, hizo que el resto volase desatinado.

Habiendo entrado a reinar en vida de su padre con orden suya, como después volviese, le restituyó el reino, con modestia, amor y obediencia, que solamente hallamos imitada del emperador León II con Zenón su padre, queriendo más ser vasallo con aquella hazaña, que rey sin ejecutarla; el padre, como origen de quien tanto solía obrar, quería no consentirlo; mas él instando le besó la mano, y le obedeció como a su padre y como a su rey: no fue todo sin misterio, porque habiendo sido rey ahora, y volviéndolo a ser después, parece que codiciosa la fortuna de hacerle rey de muchos reinos, que no podía darle, quiso que lo fuese muchas de uno que le tenía dado.

Volviendo pues a ponerse la corona (1481), y notando que por las amplísimas mercedes de su padre quedaba casi sin reino (decía que solamente había heredado el título, y los caminos) hizo ley que ningún señor pudiese tener jurisdicción criminal: y como esto era en favor del pueblo vejado, todo fácilmente se convirtió a la novedad de la ley, de suerte que hallándose los señores sin gente con que resistir la ejecución, quedaron desde luego menos grandes, menos poderosos; y el rey por la misma razón, al paso que más apoderado, más aborrecido. A esto se añadió mandar poco después que sus justicias entrasen por las tierras titulares, siendo el primero que dio forma a los homenajes que juran y dan a los príncipes soberanos los alcaides y señores. Aquellas desórdenes de usar mal de los poderes labraron este freno: como ya de las tiranías de los reyes de Roma había resultado la introducción del consulado para atajar el curso de ellas. Mas los señores portugueses (con la blandura, y casi omisión de Don Alonso en las cosas de la paz, siendo muy otro en la guerra) mostrados a ser más legisladores, que a conocerlos, juzgaron por dureza lo que verdaderamente era gobierno; y opusieron. Tal contradicción halló a su celo en las cohortes pretorias dadas a los vicios de tiempos licenciosos, el clarísimo emperador Helio Pertinax.

Pasando pues los días, y labrando las pasiones porfía, originada en que los señores no querían ser menos que príncipes, y en que el suyo no quería que fuesen ellos más que vasallos, vino a entender que Don Fernando II, duque de Braganza, a quien alcanzaban más sus leyes, como a quien tenía más del reino, o para vengarse de él, o para excluirle de ellas, tenía correspondencia en Castilla. Llamóle, y envolviendo algunas advertencias con lo severo de la majestad, y con lo fácil de la clemencia, le pareció que había asegurado al duque, y asegurándose a sí. Mas enseñándole el tiempo otra cosa, con una suerte de sospechas teñidas en evidencias, hizo fulminar proceso jurídico contra el duque, y sacado a un público teatro en la ciudad de Évora, pagó con un golpe grande, culpas que no lo eran, si en lo escondido de los reyes tienen licencia de entrar los discursos populares. Mucho es hoy menester para afirmar que no las tuvo, y para afirmar que las tuvo también es menester mucho. Es lo cierto que no ejecutó tal príncipe la pena de ellas sin creer que las tenía.

Era ya la llama casi inextinguible, y antes fue incentivo que remedio aquella sangre. Don Diego, duque de Viseo, hermano de la reina, mozo que en su osadía aguzó el cuchillo de su muerte, conspirado con otros, como Bruto y Casio contra el mayor César, se resolvió en matar al rey para serlo, y hubiéralo de ser, si no anticipara el querer serlo. Eran los otros Don García de Meneses, obispo de Évora, y Don Fernando su hermano, y Pedro de Albuquerque, y el conde de Penamacor su hermano, y Don Gutierre Coutiño, y Don Álvaro de Ataíde, y Don Pedro su hijo, y Fernando de Silveira. Muchas veces quisieron ejecutar el golpe y no pudieron. Entendiólo el rey primero por Diego Tinoco, hermano de una amiga del obispo, que fue el motivo de violarle el secreto, porque en alguna ruina no faltase mujer. El rey, aunque lo creía, no se aseguraba, mas acabóle de asegurar Don Vasco Coutiño, a quien su hermano Don Guterre, pensando inclinar a la conjuración, la descubrió. Llamó el rey con disimulación al duque a palacio, y le dijo: *Primo, a quien os quisiese matar, ¿qué le hiciérais?* Y él: *Matárale, si pudiera.*—*Vos os habéis sentenciado*, dijo el rey, y dándole de puñaladas le quitó la vida. Ejecutado el castigo, mostró jurídicamente la culpa, siendo él mismo que examinó los testigos y cómplices en ella. El obispo metido en una cisterna acabó la vida miserablemente, sintiendo casi antes de muerto la corrupción de los muertos. A Don Fernando, a Don Pedro de Ataíde, y a Pedro de Albuquerque fueron cortadas públicamente las cabezas; a Don Guterre valió el favor de su hermano Don Vasco, y murió preso; Fernando de Silveira, hombre

atrevido, aunque andaba desterrado en Francia, allí le alcanzó la muerte que le hizo dar el rey Don Juan; el conde de Penamacor murió derterrado; Don Álvaro de Ataide fue restituido a la patria por el rey Don Manuel; Diego Tinoco, que vivía de la infamia de su hermana, quedó famoso, respecto de su bajeza, con mil ducados de renta. Don Vasco, que anduvo ardiente en otras ocasiones siendo el desvío de la muerte del rey llevó un título de conde.

Podía hacer Don Juan dichosas muchas coronas, y no le pudo la suya a él hacer dichoso. Estando en posesión de una alegría, que recompensaba tanto luto, cual la del casamiento del príncipe Don Alonso su hijo con la princesa Doña Isabel, hija mayor de los reyes de Castilla, que llamaron Católicos, celebrado con fiestas hasta entonces no vistas en Europa, murió el príncipe de la caída de un caballo en que corría a la ribera de Tajo (desgracia de Seleuco Calínico rey de Siria) no lejos de Santarem, adonde quien siete meses antes le hubiera visto gozar de los mayores triunfos, y ahora le pudiera ver con diez y seis años de edad tendido sobre un poco de heno en la miserable cabaña de un pescador, no tendría por cierto que pedir, para componerse, mayor espejo a la fortuna.

Descubrió el grande reino de Congo, que yace al sur en siete grados, adonde plantó la fe de Cristo, haciendo tan cristianos sus reyes, que uno de ellos (llamóse Don Alonso) abrasando los ídolos, y condenando pasados errores (como ya en los reinos de Judea alumbrado Manasés) fue después famoso Predicador de la ley evangélica. Por ello, muriendo su padre, le dejó desheredado, nombrando su hermano segundo en la corona. Éste, saliendo un día con veinte mil vasallos de pelea, cuando quiso recogerse halló que el hermano con veinte portugueses se habían apoderado del castillo; púsoles cerco, y ellos apretados, salieron a los veinte mil y los vencieron. Cautivo el cercador, preguntó al hermano adonde estaba la gente con que le había vencido; y él señalando con el dedo a los veinte le parecía que se la mostraba toda: mas él le desengañó, que de otra mano había sido la victoria, afirmando que contra su ejército vino otro, todo con adornos resplandecientes guiados de un caballero que llevaba una cruz blanca.

Abierto pues con divino brazo el camino que deseaba el rey Don Juan, edificó muchos templos en aquellas partes, y otras obras, en que se vieron competir la liberalidad y la grandeza: mayor la ciudad y castillo de San Jorge, con tanta estimación suya, tal labor en tal conquista, que a los títulos reales añadió el de señor de Guinea.

Mas en cuanto nuestro príncipe ganaba tantas almas fuera de su reino, entraron en él las endurecidas de los judíos, nunca reducidos al conocimiento de sus errores. No sin dolor haremos memoria de esta entrada, por haberse mezclado con nuestra gente una tan impía, y por haber sido en los días del mejor príncipe; porque nunca dejasen ellos de ser mancha en lo más estimable y precioso. Del reino de Castilla fueron expulsos por los Reyes Católicos, y ofrecieron al rey Don Juan para que les diese paso por su reino algunas dádivas; pareció conveniencia la desdicha; mas entraron con pretexto de que habían de salir; llegóse el plazo, hacíanse levadas, pero como en ellas los portugueses con codicia y torpeza, enemigos de sí propios, les robaban las haciendas, violaban las mujeres, vinieron a proponer provechos para que se les concediere o libertad para quedar, o para irse sin que los llevasen. Quedaron, y resultó de ello, andando los tiempos, juntarse dos naciones, cada una tentada de vagar por el mundo, la portuguesa con valor, la judaica con codicia, y mezcladas ellas fueron un rayo para muchas provincias; no es menos un portugués en que haya entrado aquella sangre, ruina de nuestra bonanza; nunca con nuestros socorros dejaron de crecer, nunca con los suyos dejamos de perdernos. No remitiré la causa a juicios de Dios, ella es notoria.

Halló el rey el mayor y más famoso promontorio del mundo, que llamaron Tormentoso, y él quiso que fuese llamado cabo de Buena Esperanza, porque con él se abrieron las puertas a la navegación espantosa de los mares Orientales; habiendo ya por tierra enviado descubridores que penetraron hasta la India deseada y pretendida: y así aunque no entrase en ella, mostróla a los suyos, como Moisés al pueblo de Dios la tierra más esperada. Dejó puesta en plática la navegación de casi ochocientas leguas. Hizo continuar la empresa de África con tanta felicidad que la ciudad de

Azamor, última población del reino de Fez, se preci6 de que excusaba su ruina con hacerse tributaria a la Corona portuguesa (1486).

Glori6base de conocedor de sus vasallos: desigualmente los premiar6 siempre el pr6ncipe que no los conociere. Tenía un libro secreto en que escribía de su mano los nombres de aquellos que tenían obras para ser satisfechas, o partes para ser ejercitadas. Nunca sufri6 (como el excelente emperador Antonino Pío) que le pidiese merced por tercera persona, quien por la propia la tenía merecida. A un caballero que había usado de este medio, dijo, *Pues tuvisteis manos para servirme, tened lengua para pedirme premios*: que como ellas no se dan por este estilo siempre son usurpadas al valor por la lisonja. Nunca permiti6 que se diesen cédulas de promesas, porque a los beneméritos daba luego premios, y no esperanzas; y estas no quería que las tuviese quien no tenía en que tenerlas: a imitación de los lacedemonios, que se reían de memoriales con servicios bosquejados en la fantasía. De esta suerte quedaban los vasallos en deuda a su rey, y no a sus ministros: es introducción vana del tiempo agradecer a otro la merced que resulta o de la justicia de las partes, o de la gracia de los príncipes.

Siempre en los negocios que trataba hacía lugar a los que habían de ser tratados, y tan fácil en esta resolución, que moviendo varias dudas encaminadas a dilación sobre ciertos acuerdos unos embajadores de Castilla, les envi6 juntos dos papeles de su mano, en el uno iba solamente esta palabra: *Paz*, esta en el otro: *Guerra*; dándoles ingenuamente a escoger la que quisiesen, como el embajador romano a los moradores de Cartago. Eligieron la primera; confirm6se una paz que parecía obligaba a olvidar las armas; y él corriendo el velo a una imagen maravillosa de la vigilancia y providencia, al mismo punto que se vincularon las amistades, se ocup6 en la reedificación de castillos con tanto cuidado, que la concordia había parecido desafío, imitando a su antecesor Don Juan, que basteci6 de armas su reino después que no hubo ocasi6n para tomarlas, y ambos a dos al valeroso Metelo, cuando después que Yugurta le dio a entender la paz, con mayor atenci6n y orden hacía marchar el ej6rcito.

Fue el primero que us6 de firma de molde por la brevedad del despacho, fatigábanle ya enfermo tantas firmas. Fue invenci6n suya el juego de bombardas, y toda artillería gruesa en bajeles pequeños. Débese a su instancia el estudio con que los mayores matemáticos de aquel tiempo hallaron la manera de navegar por la altura del sol, por no ser inferior a César confortando los estudios de Sotigenes para la reducci6n del número de los años.

Trajano era tercero con los jueces contra sí mismo en favor de las partes, y el rey Don Juan por hacer más que un príncipe que fue llamado Justo, premiaba los ministros que daban sentencias contra él. Para nombrarlos tenía particular elecci6n y industria, publicándolos primero que los proveyere por ver si el pueblo los aprobaba, maña de los espartanos en su república, y de Alejandro Severo en su imperio.

En el concepto de Séneca era imposible no tener privado un príncipe, y el nuestro decía que a un rey le era mejor que tenerlo, tener todos los vicios, y que no merecía llamarse príncipe aquel que sujetaba otra voluntad la suya. En un acto público se le llegó mucho un caballero a quien tenía afición, y él: *Llegaos menos, que pensarán que sois privado*. Si no fuere un rey señor de sí, ¿cómo lo podrá ser para su gente? Preguntaba Enrique VII de Inglaterra a un vasallo suyo qué cosa había visto más admirable en Portugal: *Un rey* (dijo) *que mandando a todos, nadie le mandaba a él*. Y así dignamente se pudo llamar en esta parte, *Milagro del mundo*, como el emperador Ot6n III.

Procuraba como Antíoco ser informado de sus defectos propios. Estimaba tanto sus vasallos, que la vida del menor le daba cuidado: otro Antonino Pío, que solía decir (tomándolo de Escipión) que más quería guardar un ciudadano, que matar mil enemigos. De la piedad y religi6n, tenía por empresa el pelícano derramando sangre, y letra: *Por la Ley y por la Grey*. Dio principio al remate que alcanz6 la grande obra del Hospital de Lisboa. Rezaba cada noche de rodillas los siete salmos: fue el primero que en la capilla real hizo entonar alternadamente las horas canónicas. Consintió a instancia del papa Inocencio IV, que las bulas apostólicas no fuesen examinadas en sus tribunales.

Saliendo de hacer oración en la ermita de Nuestra Señora de Nazaret, una mañana de espesa niebla, se puso a caballo, y sin conocer por dónde le llevaba, iba a despeñarse al mar desde aquel monte que con 300 brazadas se deja caer al agua, cuando un caballero, que conocía el puesto, invocando el nombre de María le hizo tirar la rienda a tiempo que al otro paso le aguardaba el aire, indicio que obraban con Dios sus devociones. De la vida, y de la veneración de las personas sagradas fue observador vigilantísimo, y de sus leyes el primero. Una (y la primera en Portugal) que no se vistiesen de sedas, y siendo aficionado a la gala no las vistió más. Otra sobre el juego, y sabiendo en Lisboa que se jugaba en una casa, la abrasó.

Mandó labrar moneda: de oro, que llamó *justos*, de una parte el escudo Real, de la otra armado un rey en una silla, la letra: *Justus tu palma florebit*, valían quince reales, diez las que llamó *cruzados*, ocho los *espadines*, llamados así (como las monedas *vitoriatas* de los romanos, porque tenían la imagen de la victoria) por una espada que llevaban esculpida desnuda y alta, señal del cuidadoso ejercicio de las armas contra los infieles, por ventura continuado de la orden militar de la Espada, que su padre había instituido. De plata reales y medios, que llamaron *vintens*, porque vale cada uno veinte maravedís; tenían de una parte la Y de Pitágoras coronada, o por su nombre, o por imagen de la virtud; de la otra las armas del reino: de cobre varias.

Con hipérboles y energías elegantes honraba los caballeros valerosos. Comía, llevábale un búcaro de agua Don Pedro de Melo, y cayósele de la mano, riense los circunstantes; y el rey: *¿A qué efecto aquesta risa? Si a Don Pedro se le cayó el búcaro, nunca se le cayó la lanza*. Supo que Ale Barraxe, moro poderoso, a quien días antes había vencido y cautivado Don Juan de Meneses, con nuevo aliento fatigaba los fronteros, y dijo: *Guárdese Barraxe de que no quite yo el capirote a Don Juan de Meneses*. Un día con Rodrigo de Sousa, caballero ilustre, se enojó en palacio, y sentido de haberlo hecho públicamente, se fue a su casa, y le satisfizo. De aquí resultaban en los vasallos muchos ardimientos y deseos de más vidas para ponerlas a peligro por tal rey, y él en los mayores hallar con gusto lo que otros no hallan con opresiones. Decía Carlos Octavo rey de Francia, que para humillar el mundo solamente quería la amistad del rey Don Juan. Al fin hizo soberanas obras, ejecutó hazañas heroicas; no hablaba menos que lacónicamente, sentencias y dichos agudísimos, que no dejan reducirse a la brevedad de un elogio, mas hacen confesar que pudo ser tal rey entre claros, clarísimo; cuadrándole dignamente lo que aquel prodigioso ingenio de Angelo Policiano dice de él, como quien deseó ver correr la elegancia de su pluma por los monumentos, o historia de los hechos de tanto príncipe.

Fue de mediana estatura, cabellos largos, rostro prolongado, ojos con algunas venas de sangre, que le hacían temeroso cuando se enojaba, así el emperador Claudio I en esta parte; en las otras indigno de venir a comparación con él. Sus fuerzas muchas: con la espada llevaba de un golpe cuatro hachas. Su ánimo (aunque lo referido ya lo muestra) pasaba un día a pie con la reina al Circo para ver unos toros; uno había salido de él, y venía buscando sañudo en que emplearse; huyeron todos los que venían con el rey; y él, poniéndose delante de la reina le esperó solo con la espada. ¿Poco es esto? En palacio de noche le apareció un difunto, y pidiéndole que saliese a escucharle en la playa del mar, lo hizo así. En su retrato le miramos armado, cubriéndole un manto de rosaseca, aforrada en armiños, espada alta, corona en la cabeza.

Con sospecha de veneno vino a morir en el Algarve, adonde iba a tomar ciertos baños, imitando, como en la vida, al emperador Constantino en la muerte, que pasando a tomar otros por la misma causa falleció en el camino de Nicomedia. Murió a 25 de octubre (1495), a los cuarenta años de su edad, con catorce de corona. Alabáronle en la muerte sus propios enemigos, dicha envidiada de Alejandro cuando temiendo que eran lisonjas los elogios que en vida escuchó de sí, deseaba que fuese posible saber si muerto los tendría. Con pompa harta entonces no vista en acto fúnebre, fue por el rey Don Manuel trasladado desde la catedral de Silves al monasterio de la Batalla, y hallado incorrupto con olor maravilloso, calificóse la opinión que se tenía de ser santo; varios milagros le apropió la piedad y devoción.

Casó con Doña Leonor, su prima hija del infante Don Fernando, duque de Viseo, y de Doña Beatriz, hija del infante Don Juan, princesa de hermosura singular, de ingenio divino, de partes y virtudes dignas de imperio; de tanta piedad, que propiamente es fundadora de la gran casa de Misericordia de la ciudad de Lisboa, y por ello, de todas las que en España se levantaron imitándola. A su instancia envió desde Colonia el emperador Maximiliano I, su primo, el precioso cuerpo de santa Auta, una de las once mil vírgenes, hoy venerado en el monasterio de la Madre de Dios de Lisboa.

Su hijo legítimo.

I. Don Alonso, intempestiva e infelizmente muerto, casado con la princesa Doña Isabel hija de los Reyes Católicos.

No legítimo.

II. Don Jorge, duque de Coímbra, marqués de Torresnovas, maestre de Santiago y Avis, señor de las tierras del infante Don Pedro, deseóle el rey mucho por sucesor en su corona: opúsose la reina en observancia del derecho de su hermano Don Manuel, como por el de Tiberio la emperatriz Livia, mujer de Octaviano. Ni se lo concedía el pontífice Alejandro VI. Fue también señor de la villa de Aveiro, y tronco de esta casa con apellido de Alencastro, que si bien es un poco remoto, tomáronlo en memoria de la reina Doña Felipa, hija del duque de Alencastro en Inglaterra, y mujer que había sido del rey Don Juan el I. Casó con Doña Beatriz de Villena hija de Don Álvaro de Portugal, hijo del duque de Braganza. Su madre se llamó Doña Ana de Mendoza, de conocida nobleza, después comendadora del monasterio de Santos, paradero en Portugal de damas mal logradas, como en Castilla Tordesillas de príncipes inquietos.

Títulos que dio.

A Don Jorge, su hijo, de duque de Coímbra cómo lo había tenido su bisabuelo el infante Don Pedro, extinto.

A Don Manuel, su cuñado y primo (después rey) de duque de Beja, luego que mató a su hermano Don Diego, extinto.

A Don Pedro de Meneses, segundo conde de Villarreal, de marqués de la misma villa.

A Don Vasco Coutiño hijo del mariscal Don Fernando, de conde de Borba; premio de haber descubierto la conjuración del de Viseo, extinto.

Instituyó el tribunal que llaman *Desembargo de Pazo* (responde al Consejo de Cámara) con menos ministros de los que hoy tiene, mas no con menos expediente: fueron siempre en aumento ellos, en todos los estrados, y en disminución el efecto para que se aumentaron.

Armas del reino.

Es el número setenario perfectísimo: en él por medio de un príncipe perfecto tuvieron fin las mudanzas que tuvo el escudo real de este reino. Viendo que no estaba ordenado según leyes de armería, quitó de él la cruz de Avis, redujo los castillos a siete, los escudetes colaterales hizo caer derechos, todo con excelente forma, y tal, que entre todos los escudos reales del mundo el portugués fácilmente es más hermoso.



Personas insignes, y descubrimientos.

Fueron personas insignes por armas y descubrimientos Don Diego de Almeida, que entrando poderoso no tanto como osado en África, venció, mató, cautivó. Don Juan de Meneses capitán de Tánger, que desbarató a Barrage moro altivo y bravo. El conde de Borba Don Vasco Coutiño, que con setenta lanzas rompió quinientas africanas, cuyo alcaide preso le preguntó si traía mas gente, y respondiéndole que no, dijo: *Al fin hoy ha sido Dios cristiano, otro día será moro*. Don Fernando de Meneses hijo del marqués de Villarreal, que a fuerza de armas entró la ciudad de Targa en la misma costa bárbara, y la de Comice corona de una sierra, que los moros llamaban el Encanto, por juzgarla inexpugnable. Diego Cano, que llegó al río Manicongo, y a aquel reino. Al de Beni Juan Alonso de Aveiro, que trajo la primera pimienta que se vio en el nuestro. Bartolomé Díaz al cabo de Buena Esperanza, que en un mapa que el infante Don Pedro trajo de sus peregrinaciones, se llamaba Frontera de África; y en otro del año 1380 hallado en Alcobaça el de 1528, informaron que en esta costa había culebras que servían a los moradores como criados; que se hallaba debajo de la tierra miel y cera, labor de hormigas; pescados que andaban derechos en el agua como gente; y con las hembras de estos, que tenían de mujer el instrumento de la generación, se acostaban; navegando más descubrió el río del infante. Pedro de Covillam y Alonso de Paiva, peritos en lenguas diferentes, por tierra llegaron a Rodas, Alejandría, Cairo; engolfáronse en el mar Rojo, vieron la ciudad de Adén, y aquí divididos, el Paiva buscó la Etiopía, la India el Covillam, que entró en Cananor, Calecut, Goa, Sofala, Mozambique, Quiloa, Mombasa, Melinde, volvió a Adén, al Cairo a buscar su compañero, adonde quedaron de acuerdo de juntarse, y había muerto allí; volvió a Adén, a Ormuz puesta en 27 grados al Trópico de Cáncer, vio el reino del Abexin o Preste Juan; y fue el primero que lo vio todo. Cristóbal Colón con su industria sobre la noticia que un portugués le dio de las Indias Occidentales, se ofreció a nuestro príncipe para este descubrimiento: fue despreciado, y no sin misterio, pues ocupados en el Occidente pudieran los portugueses perder la gloria que después ganaron en el Oriente, tanto mayor cuanto es más ilustre cuidado asistir al sol cuando nace que cuando muere; y tanto más difícil, cuanto va de navegar inmensos o tasados mares; cuanto de conquistar tierras defendidas por gente que armada y feroz sabe resistir, o que desnuda y medrosa no puede hacer otra cosa que entregarse; ninguna tormenta militar había mostrado la ira, que en número maravilloso no la hallasen los portugueses en sus conquistas; rendida Malaca más de tres mil bombarbas se hallaron dentro de sus muros. No fueron pues no a admirar con llevarlas, sino a admirarse con verlas, y al mundo con resistirlas. Obligó la ambicion a que se dividiese el mundo. El año antes del de la muerte del rey, por la diferencia que resultó entre las dos coronas de España sobre los términos de sus conquistas y navegaciones, se juntaron en Tordesillas Ruy de Sousa y Don Juan su hijo y el doctor Aires Dalmada, portugueses; castellanos Don Enrique Enríquez y Don Juan de Cárdenas, y el doctor Maldonado, y partiendo el Orbe de norte a sur, por un meridiano que está 370 leguas al poniente de las islas de Cabo Verde, la mitad que queda a levante tocó a Portugal, la que al ocaso a Castilla.

Memorias extrañas.

En el sumo pontificado, Inocencio VIII, Alejandro VI. Ganaron los Reyes Católicos el reino de Granada.

XV. DON MANUEL (1469-1521)

Apenas hallaba ya sucesores nuestro reino, mas abundantemente descubría mayores causas de dolor por perderlos, después de haber tenido muchas esperanzas en cuantos ahora veía vivos, y ahora lloraba muertos, hasta que volviendo atrás algunos pasos vino a hallar un heredero, cuya próspera fortuna hace parecer que más necesitaba de él una corona grande, que él de toda la grandeza de la lusitana. Este fue Don Manuel, hijo sexto del segundo del rey Don Duarte, el infante Don Fernando, duque de Viseo, y de Doña Beatriz hija del infante Don Juan, sexto hijo del rey Don Juan el I. Nació en la villa de Alconchete el solemnísimo día de Corpus Christi, último de mayo (1469). Llamóse así, porque estando del parto en peligro su madre al tiempo que el Santísimo Sacramento pasaba por su puerta, salió a gozar de la luz común, dejando a sus padres libres de la fatiga, y al mundo con tan dichoso presagio de sus maravillas futuras.

Un astrólogo le pronóstico la sucesión en esta corona, a tiempo que por las muchas personas reales que tenía delante se le dio poco crédito, como ya muchos siglos antes había acontecido a Vespasiano, cuando más ajeno de este cuidado le predijo Josefo la sucesión en el Imperio. Mas el tiempo, cortando el hilo vital de muchos príncipes, calificó el juicio, y dióle el cetro como a pariente más allegado del rey Don Duarte, y primo del difunto.

Pronosticóle también la propiedad, y con tanta entró reinando, que parecía haber arrebatado de las manos de los dioses todos (permítase que lo digamos ahora así) el cetro de su gobierno; al de las aguas, al de los vientos, al de la guerra; antes pareció que entraba a reinar sobre los elementos que sobre la gentes, y antes que sobre la suya sobre todas las extrañas; príncipe fue de toda España jurado en Toledo, emperador de todo el Oriente y de todos los mares; y al fin después de haber sucedido solo, a todas las venturas de los más venturosos monarcas, sucedió al apóstol santo Tomé, porque haciendo volar las banderas cruzadas por toda la Asia, enseñó la ley evangélica, y plantóla firme en los corazones de las gentes, y en los confines de la tierra; alcanzó triunfos gloriosos, enfrenó los progresos bárbaros de la infidelidad y idolatría con sus armas, con sus presidios, con sus fábricas: excedió aquella fama que ya por los mismos ejercicios en esta parte ilustrísima del mundo había ganado el poderoso Seleuco Nicanor: descubrió la vastísima provincia de Santa Cruz, que después la codicia o la ignorancia llamó Brasil: el primer nombre tomado del día en que fue vista, el segundo de un palo rojo que produce en abundancia, entonces ya tan fructuosa, y hoy tan rica con el comercio, que es una de las importantes conquistas que engrandecen la monarquía de España; una de las envidias que en ella tienen los que no supieron otra cosa que codiciar lo que ganaron nuestras armas: El grande imperio del Abexin en la Etiopía. El reino de Ormuz y Malaca, el más célebre emporio de todo el Oriente. Otros reinos, otros señoríos, otras y otras naciones, tierras y climas, para cuya historia todo el papel es poco. Hízose reconocer de innumerables príncipes con las manos llenas de oro y perlas. Vio muchas veces en un día entrar por su corte embajadores de muchos, y el rey Sifas tuvo por excesiva ventura que Asdrúbal y Escipión, capitanes de dos ejércitos, en un día le viniesen a pedir paz y su amistad. Logró de esta manera con notable ventaja y con digno aplauso todo lo que suele dar aquello a que llamó ventura la cortedad del juicio humano: poca fue la con que Augusto contó por colmados los triunfos de su grandeza, pocas todas las insignes con la tranquilidad de un cetro que desde su tronco estaba dominando gentes extrañas; estaba desbaratando todas las armas y máquinas que inventó la ira y la arte militar: estaba deshaciendo las gruesas flotas del grande soldán de Egipto; estaba encerrando en sus casas inmensos escuadrones; estaba al fin humillando mundos, y siendo casi legislador universal. Así en Asia.

Tuvo en África la misma fortuna, ganó ciudades y plazas populosas y ricas; aquella grande provincia que contiene las comarcas de Xerquia, Garabia y Dabida, mucho tiempo la tuvo debajo de

su espada, y de sus leyes, ella toda estipendiara, y el África toda atenta. Acrecentó pues a la corona portuguesa no pequeña parte de la Etiopía, no pequeña de la Persia, tanta de la India que se introdujo dentro y fuera del caudaloso Ganges, todo de los antiguos juzgado por imposible.

Expelió del reino los moros antiguos, en él hizo convertir a la fe de Cristo todos los que seguían la depravidad del judaísmo, expeliendo los contumaces, y dándoles libertad, que hasta entonces esclavos eran no más, por el concierto celebrado con Don Juan el II. Mas siendo mayor la malicia de los que quedaron que el celo, con ser tan grande, de nuestro príncipe, acabó de establecerse la ambición de aquella nación obstinada entre la portuguesa, de manera que podremos decir, no sin dolor, que con la vida del rey más dichoso se acabaron todas las verdaderas dichas y glorias lusitanas. Habían los corazones portugueses hasta entonces avasallado la codicia, y ahora se avasallaron de ella. Este es todo el motivo de la declinación de aquel valor que en el mundo los había hecho temidos y venerados.

Fue el rey llamado (como Sila) el hijo de la ventura, y su tiempo, la edad de oro: aquella lluvia de él, que fabularon los poetas del dios Júpiter, era imagen de la que trajo sobre su reino el rey Don Manuel, haciendo por ello que la corte portuguesa pareciese una plaza universal y patria común de todas las naciones. Todas salían cargadas preciosamente: el oro fue tanto, que llegó a estimarse menos que la plata, y poco más que el cobre. De todos estos metales labró monedas varias: del primero unas que valían quinientos ducados, y de ellas envió muchas al papa León X. Otras las que se llamaron *portugueses*, y valen ciento y cincuenta reales, diez las de plata, trece los *torneses*, que solamente labró para traerlos consigo, y dar limosnas de su mano, dos y medio los de plata, que llamamos *testones*, nombre impropio si se le puso a imitación de los de Italia, o bien de las que usaron atenienses, porque aquellas llevan una cabeza que llaman testa, y éstas una tortuga, que en el latín es *testudo*: y en las nuestras se ve solamente la cruz de la orden militar de Cristo, con letra, *In hoc signo vinces*, y del reverso las armas del reino, con la otra, *Emanuel Portugalliae & Indiarum Rex*. En la India muchas: las de oro se llamaron *manueles*, porque tenían su rostro; *esferas* las de plata, por ser empresa suya, y la letra *Spera in Deo*, y dióselas su antecesor, por ventura bien ajeno de que podía esperar el sucederle; *indios*, que valían un real; continuó los *cruzados* de oro; los *ceitiles* que nunca más se labraron, porque se acabó aquel tiempo dichoso en que las cosas valían a pequeños precios, al paso que Dios dio más bienes los regatearon los hombres.

Mandó que los eclesiásticos fuesen exentos de derechos reales que hasta entonces pagaron. A su instancia fue instituida la fiesta de la Visitación de nuestra señora a santa Isabel, y la del Ángel Custodio. Concedió el papa Alejandro que pudiesen casar los freiles de Cristo, de Santiago, y de Avis, y que en los maestrazgos sucediesen los reyes, y así fue el primero que tuvo el de la Orden de Cristo. Al mismo pontífice advirtió por sus embajadores la libertad de vicios con que se vivía dentro en Roma, y no alcanzando poco el aviso a quien se daba, abrazóle como de tan católico rey; dio nuevos modos de vivir, y resultó evidente fruto. Más le dio en esto a Roma y a Alejandro, que le había dado, y a León Décimo en las preciosas joyas y adornos pontificales que excedieron el valor de seiscientos mil ducados. Porque siempre tuvo de un lado el celo, la liberalidad del otro, mereció por todo a la Iglesia romana que le concediese indultos y favores, bendiciones y alabanzas, acompañados del estoque y bonete con que los vicarios de Cristo suelen gratificar a los príncipes cristianos los beneficios que la cultura de la Iglesia recibe de ellos.

Su devoción, su piedad y su templanza igualmente fueron grandes: la primera avunaba a pan y agua todos los viernes del año, sabemos más de cincuenta templos de su fundación, continuamente andaba en romerías, acompañaba el Santísimo Sacramento las tres noches de la semana santa vestido de luto, y derribado en el suelo al pie del monumento. La segunda, dio remate al suntuoso templo y casa de la Hermandad de Misericordia, amparo y receptáculo de millares de personas miserables de todo estado; vestía todos los años todos los frailes del seráfico padre san Francisco de su reino. La tercera, fue siempre real la pompa de la mesa, religioso el uso de ella: aceite y vino nunca supo a qué supiesen; produjo a la continencia la templanza, raro en una, raro en otra.

Aquella devoción no la acompañaba tristeza alguna (que la santidad verdadera es siempre alegre), llevado era de la caza, y de las fiestas; como el rey Don Pedro, se regocijaba con las danzas, y si bien como él no entraba en ellas, descubierta la inclinación se atrevieron muchas veces a rodearle los danzantes, librábase de ellos con las dádivas; tan inclinado a la música, que siempre le entretenían con ella, mas en el mayor gusto de oírla reservaba oídos para las partes: nunca el entretenimiento le vio sin el defpacho; como el emperador Adriano, a un mismo tiempo acudía a varias cosas. En un príncipe soberano toda la desigualdad se reduce a consonancia y armonía.

Una vez le llamó a Castilla la falta de príncipe, y otra la de gente mal sufrida, con el ánimo belicoso de uno que tenían. Por los muchos subsidios con que el emperador Carlos Quinto apretaba para el progreso de sus empresas gloriosas, lo mejor de sus estados se ofreció al nuestro que miraban floreciente y aliviador de imposiciones y tributos, cuando a un mismo tiempo poblaba de armas el África y el Asia; pero el ánimo cesáreo suyo, estimando más la amistad y deudo de Carlos, que la grandeza de su corona, no solamente no admitió lo propuesto, sino que le ayudó con mucha artillería, y con muchos dineros, contra los que buscándole dejaban a su verdadero príncipe. ¿Cuál en el mundo no necesitó de los socorros portugueses? Pensó el emperador que le agradecía estos con la insignia del Tusón, y túvola nuestro rey después de dudar mucho si la aceptaría; unos la honran, otros se honran de ella.

Mandó escribir las historias de los reyes sus antepasados, y honró con premios públicos a los autores de ellas, por no quedar vencido en esta parte del Filometor rey de Egipto con el escritor Aristóbulo, o del emperador Justiniano con Doroteo y con Teófilo; hizo investigar en archivos, en edificios, en sepulcros, y en todos los monumentos de la patria, los blasones de la nobleza de ella; y de ellos, al estilo de armería, mandó iluminar y escribir un curioso libro, que permanece; y después los hizo pintar en el palacio real de Sintra. Lo que hubiera de hacer cada familia por su memoria, hizo él por todas ellas. En cuanto se hacían claros sus vasallos con las armas, los hacía él eternos con el estudio. Grande rey para tal gente; veamos ahora si la gente le responde.

Estaba Don Vasco Coutiño conde de Borba defendiendo valerosamente en África la ciudad de Arzila a todo el poder del rey de Fez, que en persona con ciento y cincuenta mil hombres la ceñía, y la tuvo entrada; estaba en Évora el rey, y salía a oír misa cuando tuvo el aviso, y entrado en la capilla dijo: *No haya sermón; al Deán que la misa no sea cantada; a Vasqueanes Corterreal que cuando yo salga esté la comida en la mesa; a Gonzalo de Faria que tenga ensillada una jaca y un caballo.* Oyó misa, comió, dejó escritas pocas cartas para algunas personas y lugares, púsose a caballo, con el paje del guión, y tomó la posta. Admírese nuestra edad, que todo este fue el apresto y el estruendo para acudir a Arzila, que se estaba abrasando escalada de toda la potencia bárbara. Llegó a Tavira, adonde en cinco días vio consigo dos ejércitos naval y terrestre con más de diez mil hombres cada uno. Véase ahora si corresponde la gente al rey, mostrándole que el que le tenía tal, podía tener aquellos arrebatamientos de resolución y prisa. Allí tuvo segundo aviso de que el moro había levantado la mano del intento, y retirándose, viendo en socorro de los cercados a Don Juan de Meneses, varón cuya espada no solamente temieron los infieles, sino que veneraron su nombre y sus hazañas. Dese parte en esta gloria a la gente castellana, que informada del peligro, acudió con ardimiento y bizarría. Volvamos a nuestros héroes en la Asia, amenazando solamente con sus nombres algo de las memorias de sus hazañas.

Vasco de Gama sale de Lisboa en cuatro vasos (1497), descubre la angra de Santa Elena, y adelante toca la de San Blas, la de Santa Cruz, y registrando con los ojos nuevas tierras, nuevas poblaciones, nuevas gentes, toma el puerto de Mozambique, metrópoli de una isla grande, y pilotos con que llega a la de Mombasa, deliciosa y vistosa con bosques y con fábricas; después a la de Melinde, puesta sobre la playa en llanura agradable, fértil de frutales varios, conocida por la hermosura de sus damas, dominada de rey poderoso, que escuchándole benigno y grave tuvo en mucho su vista y sus intentos. Pasó al Malabar, amplísima provincia distribuida en cinco reinos de ciento y cincuenta leguas cada uno: Calecut, Cananor, Cranganor, Cochín, y Coulano. Entró en el de

Calecut, límite de un año de navegación prolija, habló con el Zamori, emperador de estas coronas, que le recibió con ceremoniosa ostentación, y estatuyendo con él correspondencia y amistad volvió a la patria con admiración del mundo.

La noticia y las muestras de lo precioso de aquel imperio fue incentivo a las esperanzas de nuestro príncipe. Capitaneó en segunda expedición (1500) trece bajeles Pedrálvarez Cabral, que descubrió el reino del Brasil, vio la ciudad de Quiloa, al rey de Melinde, reparóse en la isla de Angediva, en Calecut, aseguró la amistad establecida con su príncipe, y el comercio; mas variando le costó experimentar la furia portuguesa con hierro y fuego, en el mar y en la tierra. Pasó a Cochin, y salió conforme con su rey, así con los de Cananor, y de Coulano.

Juan de Nova con tres naos hizo el mismo viaje (1501), descubrió la isla de la Concepción a la ida, a la vuelta la de Santa Elena, delicioso asunto de la trompa heroica de nuestro poeta. En naval conflicto desbarató las armas bárbaras.

Vuelve ahora (1502) capitán y general terrible sobre las aguas aquel a quien ellas habían visto descubridor industrioso: con veinte navíos pasó Vasco de Gama segunda vez a la India: trajo el vasallaje que dio en sus manos el rey de Quiloá; castigó al de Calecut con sangre y fuego por la muerte que había dado a pocos portugueses, y engaño que fulminaba para todos. Descubrió nueva gente, firmó nueva correspondencia, y volvió a Lisboa con trece naos, mejor con trece tesoros, tal la riqueza de que venían cargadas.

Francisco de Albuquerque (1503) llevó tres naves en Cochin y Calecut, entró como rayo contra ciertos rebeldes, abrasó una flota, taló tres islas, mató mucha gente. Había partido tras él con otros tres vasos Alonso de Albuquerque, el azote de toda la Asia, y el padre de las hazañas. Tomando las armas los dos contra el rey de Calecut en defensa del de Cochin, tanto obraron con ellas que el mismo que provocó la venganza pidió la misericordia. Una y otra redujo al bárbaro al yugo lusitano.

Con otras tres naves siguió Antonio de Saldaña las pasadas: derrotóse en una Diego Fernández Pereira, y descubrió la isla de Socotora. Sucedió lo mismo a Ruy Lorenzo con el tercero vaso, y en la de Zanzíbar hizo tributario su rey. Saldaña con despojos grandes de casos marítimos surgió en Mombasa, hízoseles feudataria la república de Brava.

Partió de Lisboa (1504) Lope Soares de Albergaria con trece bajeles, con que desbarató ochenta y cinco en el mar de Cranganor, flota poderosa de Zamorin adverso, y pasando la ira de las olas a la tierra, fue puesto fuego a la ciudad. En Panadrane deshizo veinte fustas del rey de Calecut, guarda de diez y siete naves que cargadas de riquezas innumerables, peleando y perdiendo en ellas la vida casi dos mil a trueque de quince portugueses fueron abrasadas.

Conspira todo el poder de todos los príncipes de la India contra nuestra gente, contra nuestros intentos (1505). Pasa Don Francisco de Almeida con veinte y dos navíos a reprimir estas conjuraciones con título de virrey, y fue el primero entre nuestra gente en esta dignidad, y de los primeros del mundo en el valor; y empezando por el rey de Quiloa, con quinientos hombres la entró, hizo nadar en sangre, y puso a saco: el rey tomando sus pies por fiadores de su vida perdió la corona. El de Mombasa pensó resistirse, mas puesto en huida, muertos mil y quinientos, de seis mil que la defendían, fue saqueada, y dado fuego, reducida a humo y a ceniza. Así la ciudad de Onor, fiada a cuatro mil hombres; así dos flotas de quince y catorce bajeles en aquel y en este puerto. Imitaba a Don Francisco su hijo Don Lorenzo, que hizo tributario al rey de Gale en la isla de Ceilán.

Con ochocientos portugueses en doce vasos embistió con la flota de Calecut, en que había doscientas velas, ganó nueve, a fondo fueron diez, tres mil bárbaros murieron por seis portugueses que mataron. Con treinta se opuso a toda una armada del soldán de Babilonia, y mató, y murió valerosamente. Sale el padre a vengar la muerte del hijo, y dando un filo a la espada volvió en polvo la gente y los edificios de la ciudad de Dabul, rica y poderosa; así todos los campos adyacentes.

Llegado a probarse con la armada del soldán, con la de Calecut, con la de Dio, todo fue confusión y todo estruendo; muchos bajeles echó a fondo, muchos ganó, degolló cuatro mil bárbaros, y perdió treinta y dos portugueses.

Pedro de Añaya (1506) con seis velas fue siguiendo a Don Francisco, y a pesar de los cafres de Zofala la hizo tributaria a Portugal. Tras él con quince naves se siguió Tristán de Acuña, que puso a saco y fuego la ciudad de Oja rebelada; humilló la de Lama; la de Brava hizo que acompañase a la de Oja con muerte de mil y quinientos hombres, con la de muchos echó de la isla de Socotora al príncipe de ella.

Alonso de Albuquerque, habiendo acompañado a Pedro de Añaya, cortó las olas del mar Árábico, conquistó el reino de Ormuz, con ejecución de hazañas varias, venciendo muchos ejércitos, degollando muchos, escalando muchas ciudades, destruyendo muchas. Sucedió en el gobierno y en el título a Don Francisco de Almeida. Con mano armada y sangrienta entró en la ciudad de Calecut, la de Goa primera vez, y la segunda ella y toda la isla, que hizo asiento de los virreyes y gobernadores de la India. Sucedió lo mismo a la de Malaca, y será encarecimiento del peligro con que se ganaron todas, el saberse que en ésta después de rendida fueron hallados tres mil cañones gruesos. Otros reyes viendo que contra sus armas no había resistencia, se le ofrecían variamente.

Con catorce velas salieron de Lisboa cuatro capitanes (1508): Felipe de Castro, Vasco Gómez de Abreu, Jorge de Melo y Fernán Suárez. Y tras ellos con cuatro Diego López de Sequeira, y Jorge de Aguiar con doce, que obraron diferentemente. Lope Suares de Albergaría (1515), que fue toda la asolación de la ciudad de Judá en la costa de Arabia; en la de Etiopía la de Zeyla reducida a sangre y brasas; hizo estipendiario a Portugal el reino de Columbo. Con nombre de gobernador sucedió a Lope Suárez (1519) Diego López de Sequeira, que tuvo más quehacer en domar rebeldes conquistándolos de nuevo, que tiempo para nuevas empresas. Antonio Correa Barem mereció por sus hechos juntar este último apellido a aquel primero, conquistando la isla de Baharem en favor del rey de Ormuz. Sucedióle (1521) Don Duarte de Meneses, castigo de aquel rey, que (después de haberle puesto en tranquilidad la mano portuguesa) le negó el tributo.

Duarte Pacheco, que sin pérdida de un solo portugués desbarató muchas veces muchas gentes, y con ochenta embistió todo el poder del Zamori, que conduciendo un campo de sesenta mil combatientes escandalizaba el reino de Cochín, y les hizo que con pérdida de muchos se retirasen vencidos en diferentes batallas navales y terrestres, con admiración de toda la Asia. Sin respeto a la orden de las flotas hemos nombrado los héroes capitales de ellas. Ellas fueron más que los años: más repartidas por los veinte y tres de su reinado toca a cada uno, una de treze vasos: ya se sabe cuáles son de ordinario en grandeza los que pasan de Lisboa a la India. Casi siempre volvieron a entrar por la boca del Tajo llenos de oro los que salieron por ella llenos de corazones, y de algún hierro; y si algún capitán entró con menos de los que llevó, alguno entró con más: las dificultades que vencieron, y los hechos que ejecutaron piden nuevo papel, nueva pluma, y nuevo afán.

Al mismo tiempo que nuestro rey humillaba el mar Asiático, el Árábigo y el Índico con estas flotas, con otras el Etiópico, con otras el Africano y el Atlántico, quiso en persona pasar con mano grande a la conquista de África. Pobló de bajeles el puerto de Lisboa con veinte y cinco mil combatientes, mas dividióle el Papa con pedirle cuatro mil en treinta velas para socorro de los venecianos oprimidos de los turcos. Y sin pasar conquistó mucho, la ciudad de Zafin levantada en la costa del Océano Atlántico de la provincia Daduecala, población de cinco mil vecinos, con valor e industria maravillosa, y pérdida de un solo portugués; la ganó Diego de Azambuja. Salió Don Juan de Meneses con flota moderada a sondear las entradas de Azamor, de Mámora, de Cale, de Larache: de la primera se retiró después con más poder, dejando degollados mil y doscientos bárbaros. Años antes había corrido hasta las puertas de las plazas más interiores de los infieles, abrasándoles muchos aduares, mucha gente. Francisco Pereira Pestana, que en la campaña de Arzila mató, cautivó con esfuerzo grande. Nuño Fernández de Ataíde, cuya osadía desbarató muchas veces, y

admiró infinitas a las armas, y a las astucias africanas; defendió el cerco de Zasin, castigó los cercadores, y avasalló la comarca; rompiendo el campo del rey de Marruecos le puso en huida, ganó su pabellón y su mujer; conquistó la ciudad de Tetnest. Don Duarte de Meneses, gobernador de Tánger, que hizo levantar al rey de Fez del cerco que le tenía puesto, y que primero acometido de los alcaides de Tetuán y Xexuán con tres mil hombres, los recibió con quinientos, a cuyas manos quedaron muertos y cautivos casi mil, grande el despojo. Lope Barriga, que con treinta caballos asaltó todo el ejército del rey de Marruecos, matando y cautivando en él, que en reñido caso cortó la cabeza al moro jeque poderoso y estimado, cuyo golpe fue todo el descanso de la comarca de Xerquia, que al capitán Jererife quitó la vida, y a cuatro cientos de los suyos en porfiado combate.

Sobre la ciudad de Azamor puesta a la garganta del río Cusa (Omirabit ahora) pasó Don Jaime duque de Braganza con flota de cuatrocientas velas, y en ellas del rey dos mil y doscientas lanzas, y diez y seis mil peones, suyas casi cuatro mil. Bien municionada halló la plaza a la orden de su capitán cide Manzor, valeroso y vigilante; la campaña a cuenta de Muley con gente suelta; todo mucho, y luego poco todo para resistir el combate. Murió Manzor, huyeron todos, fijáronse en la ciudad entrada las banderas portuguesas. A la fama de la victoria del rey Don Alonso Quinto en Arzila sucedió el miedo con que los moros dejaron a Tánger; a la del duque en Azamor, el otro con que desampararon las villas de Tite y de Almedina, que fueron luego pobladas y defendidas con nuestra gente y nuestra espada.

El conde de Alcoutin, gobernador de Ceuta, con ciento y cuarenta lanzas sin perder una dejó tendidos en la arena africana doscientos, embistiendo un ejército de diez mil con que corrían la campaña los infantes hermanos del rey de Fez. El almocaden Diego López con veinte lanzas portuguesas, y cuatrocientos moros tributarios, volando por todo el campo, matando y cautivando llamó con sus armas a las puertas de Marruecos. Así Don Alonso de Noroña, conde de Mira, en aduares grandes; así Don Juan Coutiño general de Arzila, que a la espada y a la cuerda trajo parte mucha de un ejército de Fez; así Don Álvaro de Noroña por la comarca de Azamor, y en el escalamiento de las villas de Umbrete y Siner, y otras poblaciones, saliendo bañado en sangre bárbara, con cautivos en número grande, y despojos en número grandísimo; así Don Manuel Mascareñas en Benamares; así Don Nuño Mascareñas por el campo de Zafin; así Vasco Fernández, César en aquel mar, echando a fondo vasos, matando gente, y reprimiendo el osar del enemigo; así Diego de Melo; así Don Enrique de Meneses, general de Tánger; así Aires Coello y Diego Coello; así muchos que la brevedad de nuestro intento no consiente nombrar ahora. Todos con poca gente desbaratando infinita, feroz, armada, y belicosa, haciendo estipendiarios a sus reyes, muchos reinos, muchas provincias, y aun la misma fortuna.

Vana memoria es la que hacemos de los Argonautas, y de todas las osadías de los antiguos, más dichas que grandes, para encarecer las presentes: vana la de Hércules, la de Alcides, la de Teseo en las hazañas de la guerra, vanas las de Numa, y de todas las togas en la paz. Para los primeros son mayores los portugueses, que en las aguas antes que hombres fueron peces. Para los segundos, un Viriato, un Don Alonso Enríquez, un Don Juan I y un Alonso V, un Don Nunálvarez, un Alonso de Albuquerque, un Duarre Pacheco, un Don Francisco y un Don Lorenzo de Almeida, un Don Juan de Castro, un Nuño de Acuña, un Don Pedro, y un Don Duarte, y un Don Juan de Meneses, un Lope Vaz de Sampayo, un Nuño Fernández, un Lope Barriga, y unos infinitos son los verdaderos Hércules, Teseos, y Anteos, en uno y otro hemisferio, en uno y en otro elemento. Para los terceros, un Don Sancho I, un Don Dionis, un Don Pedro, un Don Cristóbal de Moura, un Lorenzo Pérez de Távara; la multitud me los confunde, y me empobrece.

Menos hay que creer en las fábulas de los libros vanos, que en las verdades de los hechos, y de los sujetos portugueses. No pudo la envidia extraña oscurecerlos ni imitarlos, y contentóse con llamarlos temeridades, y aun locuras. Todas las naciones engrandecieron y admiraron esta, unas con el aplauso, unas con la pluma, otras con el silencio, y otras con la emulación. La verdad es esta, y la lástima es que no siendo obradas estas hazañas en las edades de aquellas fábulas, sino ayer, han

hecho que lo parezcan hoy los nietos, y aun los hijos de aquellos ejecutores de ellas: de suerte, que cuando creamos que los hubo, les daremos la naturaleza de los rayos, fabricados para un incendio arrebatado de muchas gentes, y para apagarse tan arrebatadamente, que si no es en la propia multitud de las ruinas hechas, apenas distingue la idea quién las hizo.

Mas volvamos a nuestro príncipe, que por lo mucho que había que ver en su gente le dejamos de ver un poco. Estas fueron sus propiedades, avasallar muchos imperios prósperos a un mismo tiempo en diferentes climas y elementos; ser rey de vasallos que apenas creemos que los hubo, antes pareció que le buscaba la fortuna a él, que él a ella; en todos los príncipes será mas fácil referir las alegrías que los disgustos, en el nuestro las dichas que las desgracias, si se detiene un rato el pensamiento a ponderarlo, antes parece sueño que discurso.

Era de mediana estatura, caídos los brazos le llegaban los dedos abajo de las rodillas: bien los hubo menester así quien había de abrazar tanto; cabello rubio oscuro, que trajo largo como sus antecesores, y en esto fue el último; labios gruesos y encendidos; el ánimo verdaderamente real y belicoso, y luego afable y festivo; inclinado a la caza, a la música, a las letras: mucho le agradaban fiestas pomposas, mas porque sus vasallos no se despendiesen en ellas, tenía innumerables adornos, y arreos preciosos que les mandaba dar en las ocasiones de festejo. Alguna gala nueva se había de poner todos los días; cuando salía era siempre con magnífico aparato: precedían tres, cuatro, cinco elefantes, y otros animales diferentes; tres, cuatro, o cinco coros de instrumentos varios; ninguna acción tuvo menos que superior e imperiosa. Vese retratado con corona en la cabeza, espada baja desnuda, armado, y sobre las armas manto de brocado con bordadura de perlas, si engendradas del sol en playas remotísimas, halladas por él para último adorno de todo el mundo. Murió (1521) en edad de cincuenta y dos años y medio, con veinte y seis de reino. Está sepultado en el monasterio de Belén, obra suya, y que no siendo más de un principio de su intento, es una de las primeras de Europa. Llevóle al sepulcro aquella llaneza con que los reyes se contentaban con ser llamados de *Señoría*: alguna vez escuchó la *Alteza*, la *Majestad* ninguna. Sea esta una de sus felicidades.

Casó tres veces: la primera con la princesa Doña Isabel, viuda infelizmente del príncipe Don Alonso, que luego con la corona le dejó mujer, y con la mujer nueva corona. Con ella fue jurado en Toledo por legítimo heredero de los reinos de Castilla y de León, que le tocaban como a hija mayor de los Reyes Católicos, muerto el príncipe Don Juan. Mas como ya Dios iba amenazando a Portugal con la misma exuberancia de favores, cortó aquella esperanza en posesión con la muerte de la reina en Zaragoza del parto del primer hijo, que se llamó Don Miguel, que muriendo de pocos meses, trajo sobre muchas bonanzas una lástima.

La segunda con la infanta Doña María hija de los propios Reyes Católicos, hermana de su primera mujer, de que tuvo numerosa sucesión; y así antes llamaremos a Don Manuel el Jacob portugués, pues el otro gozó en las dos hermanas está misma suerte, Raquel hermosa, y poco fecunda que vio muerta del parto del querido Benjamín, Lia menos bella, pero nada estéril.

La tercera con la infanta Doña Leonor, hija del rey Don Felipe I de Castilla, hermana del emperador Carlos V y sobrina de sus primeras dos mujeres.

Hijos legítimos (y no tuvo otros)

De la primera:

I. El príncipe Don Miguel que murió de veinte y dos meses.

II. Don Juan, que sucedió en la Corona.

III. Doña Isabel, bellísima criatura, mujer del emperador Carlos, madre de Felipe II (y este es el grado por donde tuvo mejor derecho a la sucesión de Portugal), de la emperatriz Doña María mujer del emperador Maximiliano II, de la princesa Doña Juana, madre del rey Don Sebastián.

IV. Doña Beatriz, mujer de Carlos III. duque de Saboya, por donde el duque pretendía la misma sucesión en nuestro reino. Sus hijos Carlos que murió mozo, Manuel Filiberto que sucedió a su padre y casó con Margarita hija del rey de Francia Francisco de Valois; de ellos nació Carlos IV. cuya mujer fue la infanta Doña Catalina de Austria hija de Felipe II y de la reina Doña Isabel, su mujer tercera.

V. Don Luis, duque de Beja, condestable de Portugal, príncipe dotado de virtudes soberanas, y estudioso en todas artes, padre natural de Don Antonio, prior de Ocrato, grado con que osó a oponerse al rey Don Felipe en la sucesión de esta corona: está sepultado en el monasterio de Belén.

VI. Don Fernando, que casó con Doña Guiomar, hija de Don Francisco Coutiño, conde de Marialva, y de Doña Beatriz de Meneses, condesa de Loulé; príncipe de rostro hermoso y ánimo sincero, no tuvo hijos; está sepultado en Belén.

VII. Don Alonso, cardenal y arzobispo de Lisboa y otras dignidades grandes, y fueron mayores sus virtudes: siendo arzobispo administraba los sacramentos en su iglesia como un cura, logróse poco, así todo lo bueno; está enterrado con sus hermanos.

VIII. Don Enrique, cardenal y arzobispo en las tres iglesias de Portugal, que infelizmente sucederá en el cetro.

IX. Don Duarte, que casó con Doña Isabel, hija de Don Jaime, duque de Braganza, princesa digna de sus grandes progenitores. Estando enfermo dijo a sus criados la hora en que había de morir; tiene su sepulcro en Belén. Nació de este matrimonio Doña Catalina, duquesa de Braganza, matrona digna de imperio, y para quien él no se dejó afectar poco, porque fue ella la mayor competencia de Felipe II a la sucesión de este reino, y segunda hija de sus padres; la primera Doña María, mujer de Alejandro Farnesio, príncipe de Parma, que por esta razón también pretendió tener derecho a la corona. Tuvieron más a Don Duarte póstumo, duque de Guimaraens, condestable del reino, y todo él un ramo benemérito de su tronco.

X. Doña María.

XI. Don Antonio, que murieron niños.

De la tercera:

XII. Don Carlos, que murió de pocos meses.

XIII. Doña María, que de cincuenta y siete años murió castísima doncella, y edificó suntuosas obras. Princesa benemérita de Portugal, con ingenio raro, con hermosura grande, con virtud insigne, con ánimo soberano. Tiene ilustre sepulcro (labor suya) en el monasterio de Nuestra Señora da Luz junto a Lisboa.

Títulos que dio.

Al infante Don Luis su hijo segundo, de duque de la ciudad de Beja: extinto.

Al infante Don Fernando su hijo tercero, de duque de la ciudad de la Guarda: extinto.

Al infante Don Duarte su hijo cuarto, de duque de la villa de Guimaraens: extinto.

A Don Juan de Lencastre, hijo mayor de Don Jorge, duque de Coímbra, de marqués de Torresnovas.

A Don Rodrigo de Melo, de conde de Tentugal, y después de marqués de Ferreira.

A Don Diego de Silva de Meneses, su ayo, de conde de Portalegre.

A Don Vasco Coutiño, de conde de Redondo.

A los primogénitos de los marqueses de Villa Real, de condes de Alcoutin.

A Don Juan de Meneses, hijo cuarto del conde de Viana Don Duarte de Meneses, de conde de Tarouca.

A Don Martín de Castelobranco, de conde de Villanova de Portimaõ.

A Don Francisco de Portugal, de conde de Vimioso.

A Don Vasco de Gama, descubridor famoso de la India, dio título de Don para sí y sus descendientes; éste ya no es menester que lo den los reyes, y pagábase con él un tal servicio: imagen de cuando era premio una corona de caducas hojas; lástima de nuestro siglo: después le dio título de conde de Vidigueira, y almirante de aquellos mares.

A Don Diego Pereira, de conde de Feira.

A Don Francisco de Almeida, título de virrey, primero de la India.

[Otros personajes destacados]

Con santidad ilustró nuestra patria, y confundió la suya y la secta bárbara, Gonzalo Vaz, moro de nación, natural de Benagarfate, sierra de Arzila, hijo de padres nobles, que reducido a la ley evangélica, en compañía de los portugueses fue contra su gente valeroso. Preso de ella le martirizaron con varias suertes de tormentos, siendo la última abrirle el corazón. Le hallaron dentro escrito el dulcísimo nombre de Jesús.

Juan Vaz, su hermano, lo quiso ser en la muerte: padeció martirio también y colocóse en el perpetuo descanso de la gloria.

En este tiempo ya se hacía conocer el famoso historiador Juan de Barros.

Nació el mejor poeta de Europa, Luis de Camoens, para que ya en la mejor prosa, ya en el más alto verso tuviese este glorioso príncipe la ventura de Aquiles, y no la envidia de Alejandro.

Memorias del mundo.

En la Iglesia de Roma: Alejandro VI, Julio II y León X. En varias partes florecían en varias ciencias muchos sujetos: Nauclero, Volaterrano, Bautista Mantuano. Dio principio a la impiedad de sus sentimientos y errores Martín Lutero. Ganó nombre el arrogante Barbarroja. Pluma y espada desdichadas con la luz de la fe no conocida. Subvertióse en la isla de San Miguel una villa, y en el reino de Granada muchos lugares.

XVI. DON JUAN III (1502-1557)

Hijo segundo del rey Don Manuel, y primero de su mujer segunda fue Don Juan el III, que nació en la ciudad de Lisboa a 6 de junio (1502), en hora que los elementos se desataban en tormenta arrebatada. Llevándole a bautizar se levantó un incendio en palacio. Salió pues a recibir la vida con agua, y el agua santa con fuego. A diferentes juicios, a diferentes pronósticos y auspicios convidó la ponderación, prósperos los más de ellos, de la manera que en la república romana por la grande lluvia que en el campo de Marte mojó la pira o llama prevenida para el entierro de Británico. Mucho tiempo antes que fuese engendrado, tres veces en visión y sueños reveló su nacimiento un viejo venerable al ama que después tuvo, diciéndole, que lo había de ser de un príncipe soberano. Tal entre los gentiles soñó la madre de Virgilio que paría un laurel; y entre los católicos la de santo Domingo una luz divina.

Porque no se pierda nuestro sentimiento en el agua con que fue nacido aplicaremosla a lo que lloró el valor portugués, ver en sus días relajar a los moros cuatro plazas que, con mucha sangre y

con muchas hazañas, rindieron y sustentaron Don Alonso Quinto y Don Juan el Segundo y Don Manuel: Alcacer y Arzila, Zafin y Azamor, con los tributos grandes de otros lugares y comarcas. Fueron aquellos tres príncipes los Trajanos, aumentadores de su imperio: éste el Adriano desestimador de sus aumentos. Disculpáronlo sus ministros con la dificultad de sustentarlo: fue dificultoso a uno lo que a tres menos bien heredados no lo había sido. El tiempo, maestro de los consejeros, descubrió que fueron desaciertos los motivos. Mancha fue tan indeleble, que no pudo disimularse, ni aun entre la multitud de las acciones grandes del rey Don Juan, bien que cuanto la luz es mayor, se descubre más el defecto.

Ya que no el agua en este juicio, la llama le sea favorable. En el Tribunal del Santo Oficio, que introdujo en la forma que ahoratiene, se apareció con espada de fuego (como el ángel a nuestros primeros padres en la entrada del Paraíso) a los cristianos nuevos en la posesión de nuestra patria, que como la de promisión apetecieron; tan temeroso a los comprendidos en el error del judaísmo, que de aquí resultó en ellos una mudanza notable, y es que en tiempo de los Reyes Católicos huían de Castilla para Portugal, y ahora huyen de Portugal para Castilla, adonde, pues logran tanta quietud, entran con mucha enmienda o con mucho recato: éste es más cierto. Si la codicia inventora de arbitrios me conociera, por ventura que en este lugar dejara uno que se pudiera llamar justo.

Trasladó a la ciudad de Coímbra la Universidad que había fundado en ella Don Dionis, y Don Fernando mudado a Lisboa, conociendo que el concurso tumultuoso de la corte no correspondía al sosiego que busca el ejercicio de las letras; y también porque Coímbra goza de un sitio y clima dispuesto para el estudio, y es el centro del reino. De nuevo la ilustró con varones eminentes en unas y otras facultades, atraídos de toda Europa con honras y con mercedes, de que resultó salir de ella muchos maestros insignes para otras, como la de Salamanca, que con ser tan notable le dio la nuestra sucesivamente tres catedráticos de Prima peritísimos. Al fin la puso en estado tan floreciente, que por ello, y por haber caído de la primera grandeza en que la había dejado el rey Don Dionis, llega el autor de la *Biblioteca Hispánica*, o no bien considerado, o mal diligente a contar por fundador al rey Don Juan, que propiamente la reparó.

Con las expediciones de gruesas floras sustentó las conquistas de la India, y aun las aumentó con el valor de algunos famosos héroes que de la escuela de su antecesor habían quedado. En una poderosa nave hizo que se embarcasen muchos hombres que por facinerosos estaban condenados a castigos diferentes, juzgando que pues eran tan bravos entre sus naturales, lo serían entre los idólatras y bárbaros, mas como los semejantes viven ya casi infieles por sus costumbres entre los católicos, mas llevan de hábito para seguir con facilidad los enemigos de la fe, que de celo para usar de sus arrogancias en obsequio de ella; no sin divina permisión se perdió este vaso sin que se supiese adonde, cómo, o cuando; o por lo dicho, o porque no quiso Dios que gente tan llena de sangre tuviese parte en la cultura de su viña.

El rey de corazón fue religioso, y religiosos hubo que con él fueron reyes de corazón. Fue el primero que admitió en este reino a los padres de la Compañía de Jesús, fundándoles la casa de San Antón en Lisboa, la primera que en el mundo tuvieron propia, y luego otras, con tanto favor del príncipe, y tan santa industria de ellos, que en Portugal y sus conquistas es inmenso lo que poseen con más de doscientos mil ducados de renta. Las otras religiones hizo reformar y reducir a singular observancia; a su instancia subieron la Iglesia de Évora a la dignidad de metropolitana, y a la de catedrales las de Miranda, Leiria, y Portalegre. Edificó muchos templos, el Hospital y Cofradía en Almeirín, para socorro y reparo de cortesanos pobres y viudas necesitadas, mayormente africanas, que venían a pedir el premio de los trabajos y fatigas virtuosas de sus maridos muertos en defensión de la fe, y servicios de su rey. Así en la religión, así en la piedad.

En el gobierno fue instituidor del Tribunal que llaman Mesa de la conciencia. Tuvo particular elección para dar a los cargos ministros convenientes, dio leyes utilísimas, siendo más inclinado a la misericordia que al último rigor de la justicia; revocó (como el emperador Constantino) la que había

de que los ladrones fuesen marcados en la cara, como hoy lo son en las espaldas, diciendo: *Era injusto si mejorasen de vida, que trajesen siempre consigo un testimonio de la pasada.*

Teniendo los condes del reino dudas entre sí sobre las precedencias, ordenó que estas se regulasen por la antigüedad de la merced del título de cada uno. En la distribución de las mercedes (imitando al excelente emperador Teodosio) tenía tal orden, que todos llevaban algo, y no uno todo. Labró moneda; de cobre en abundancia, la mayor de diez maravedís, de cinco la segunda, la tercera de tres.

El emperador Carlos V. le envió la insignia ilustrísima del Tusón, agradecido a lo que le ayudó en la jornada de Túnez, consintiendo que en el socorro entrase el infante Don Luis su hermano, que por tierra fue a alcanzarle en Barcelona, en cuanto desde Lisboa navegaban dos mil hombres de guerra en veinte y cuatro vasos, el capital con doscientas piezas de artillería.

Su estatura fue mediana y abultada, hermoso de rostro, cabellos negros y muchos; ojos azules, y todo lleno de majestad, con que en quien le miraba infundía no solamente respeto, sino suspensión y temor, de suerte que hablándole se perdía el curso de las palabras; y así era menester, o hablarle sin tener ojos, o verle sin llevar lengua. Tuvo tan feliz memoria, que viniendo a su Universidad de Coímbra, de una vez que oyó el nombre de sus estudiantes, los conocía a todos por ellos, como el rey Ciro a los soldados de su ejército: excelencia celebrada en el emperador Federico I y que Simónides encarecía a Temístocles; mas a los príncipes lusitanos ninguna ha sido ajena. En su retrato está trajeado a lo portugués antiguo, que en medio de tantas variedades siempre le pareció injusto y vano hacerse por el traje extranjero a la patria, de que era hijo y príncipe por naturaleza y nacimiento, enseñando que la gala no está en introducir cosas peregrinas, sino en saber usar de las propias.

Murió en Lisboa (1557) con cincuenta y cinco años de edad, treinta y cinco de corona; tres días antes que muriese a pie había ido a oír misa en la casa de Misericordia. Está sepultado junto a su padre, y junto a él podremos decir que también lo fueron aquellas reliquias de la prosperidad heredada, porque sus días cuenta la ponderación por los muy últimos de ella en su reino, como ya se dijo en la muerte del romano Servio Tulio. No sé como en él es alabanza lo que fue desventura para su corona.

Casó con Doña Catalina, hija del rey Don Felipe el I de Castilla, hermana del emperador Carlos Quinto, por cuyas excelencias raras, y raro amor con que gobernó el reino después de muerto su marido, en defecto de la edad del rey Don Sebastián su nieto, mereció sin duda que la llamasen Madre de la patria, ya que sus hijos no tuvieron vida para ser con mejor título llamados, Hijos de Catalina, que así se les diera con justicia lo que los romanos con lisonja querían conceder a Julia, que o se llamase Madre de la patria, o que al nombre de César fuese añadido el título de hijo de Julia. Conocían y veneraban los mismos bárbaros su grandeza de ánimo, pues resistidos por él (como otra reina María que asombró la Palestina con sus armas) cuando con copia innumerable pusieron cerco a Mazagán, uno de calidad y de valor vino a postrarse a sus pies, diciendo que no quería morir sin ver primero una matrona que tanto pudo, y que después de haberla visto dijera fácilmente, que no pudiera menos, aunque la experiencia no lo asegurara ya; tan altamente respondía el aspecto a las obras.

Sus hijos.

I. Don Alonso que murió niño.

II. Doña María, mujer de Felipe II, murió del parto de su hijo primogénito Carlos.

III. Doña Isabel. IV. Doña Beatriz. V. Don Manuel. VI. Don Felipe. VII. Don Dionis. VIII. Don Antonio, que murieron niños.

IX. Don Juan, que casó con la infanta Doña Juana, hija de Carlos V, que trajo en dote trescientos y sesenta mil ducados, y una condición llena de aspereza y altivez, y un ánimo despreciador de las grandes pérdidas. Con éste disimuló la que sabía de la muerte de su marido hasta que quisieron decírsela, prevención para el peligro de la preñez. De ella, muerto él, nació póstumo el rey Don Sebastián, a quien ella dejó en su reino, y volviendo a Castilla fundó el real monasterio de las Descalzas de Madrid para su entierro, y junto a él la casa u hospital que llamó de Misericordia, a imitación de los que en Portugal vio de este nombre. Estando una noche recogida con el príncipe, que ya dormía, le apareció una mujer vestida de luto, y dando un soplo se deshizo; otras noches había sentido que le apagaban la luz sin ver quién la soplaba. Estando a una ventana con sus damas vieron todas por dos veces salir desde un corredor a echarse en el Tajo muchos hombres trajeados a la morisca con hachas encendidas, priesa y alaridos. Pocos días antes se había visto sobre la ciudad de Lisboa una señal en forma de tumba, todas infaustas, todas tristes señales, que pronosticaban lo poco que se lograron estos príncipes, de quien, y de tantos prodigios, ya quedaba siendo hijo el rey Don Sebastián, para dignamente ser tan temido su gobierno, como era deseado su nacimiento.

No legítimos.

X. Don Duarte, arzobispo de Braga, príncipe piadoso y docto, que en la lengua latina dio principio a la Historia de Portugal.

Títulos que dio.

Al infante Don Fernando su hermano, de duque de Trancoso cuando casó con Doña Guiomar Coutiño, heredero de la casa de Marialva: extinto.

A Don Juan de Alencastro, hijo mayor del duque de Coímbra Don Jorge, de duque de Aveiro.

A Don Rodrigo de Melo, conde de Tentugal, de marqués de Ferreira.

A Luis de Silveira, de conde de la Sortellá.

A Don Antonio de Ataide, su privado, de conde de la Castañera.

A Don Pedro de Sousa, de conde de Prado: extinto.

A Don Antonio de Noroña, hijo del primero marqués de Villa Real, de conde de Linares.

[Otros personajes destacados]

En las empresas de la India mostraron ser ilustrísimos residuos de la gloria del rey Don Manuel el grande Nuño de Acuña, terror y asombro del rey de Mombasa y del de Cambaya, a que quitó la corona y el orgullo con la vida; de la isla de Betel defendida con obstinación horrenda de los rumes, de muchas gentes, de muchos reinos.

El grande Don Juan de Castro que en el segundo cerco de Dio, acometiendo con resolución que pareció temeridad, consiguió una de las estupendas victorias que apoyaron el valor portugués.

Don Luis de Meneses que se hizo claro en la ciudad de Xaer.

Don Pedro de Castelobranco, en las islas de Querima.

Etor de Silveira, que con la vista de las armas que llevaba victoriosas por aquellos mares, avasalló al rey de Adén.

Jorge de Albuquerque, defendiendo con ochenta portugueses el cerco en que con doce mil hombres de mar y tierra le tenía el rey de Bintaõ.

Martín Alonso de Sousa sobre el de Paté.

Jorge Correa y Álvaro de Brito, que con dos vasos y cuarenta soldados en cada uno, echaron a fondo y ganaron treinta, de sesenta con que hallaron al general de Bintaó.

Así Don Simón de Meneses abrasando la ciudad de Brazalor.

Así Don Enrique de Meneses sobre una flota del rey de Calecut; así castigándolo y compeliéndolo a levantar el cerco que tenía puesto a la fortaleza con cincuenta mil combatientes.

Así en este caso, Don Vasco de Lima, Nuño Castaño, Francisco de Vasconcelos, Francisco Pereira Pestana, Duarte de Fonseca y Cristóbal Jusarte; así en muchos espantosos Lope Vaz de Sampayo, Don Pedro Mascareñas, Cristóbal de Melo, Antonio de Miranda, Antonio y Diego de Silveira, Gaspar y Lope de Sousa, Don García y Don Alonso de Noroña, Antonio de Silveira, Francisco de Silva (que a pesar de todo el valor de los naires abrasó en su ciudad al rey de Chembé), Jorge Cabral, Pedro de Silva (defensor de Malaca al poder de cinco reyes que coligados la ciñeron).

En África Don Guterre de Monroy, Gonzalo Méndez Zacoto, Juan de Carvallo, Luis de Loureiro, Don Pedro de Acuña; mas ellos no tienen número. Y porque las mujeres en esta parte no degenerasen de aquel antiguo valor (no digo de las Amazonas extrañas) sino de las propias antiguas portuguesas siendo cercada por el rey de Marruecos con cien mil hombres la ciudad de Zafin, las mujeres tomando las armas tuvieron gran parte en la gloria de tan ilustre resistencia.

Señalóse impiamente un hereje, osando arrebatarse en la capilla delante del rey de las manos del sacerdote la hostia sacrosanta. Caso que trajo profundo sentimiento a este católico príncipe, y a su reino presagio (según juicios humanos) de sucesos infelices. Vio morir ocho hijos, y murió dejando un nieto para heredarle sin edad, y que con ella se desheredó a sí mismo. En la India fue visto un hombre que por claras noticias constó haber vivido trescientos y treinta y cinco años.

En el mundo.

Subsecuentes a León X tuvieron el peso de la Iglesia universal en Roma Adriano VI, Clemente VII, Paulo III, Julio III, Marcelo II, y Paulo IV. Coronóse emperador en Bolonia Carlos V. Estuvo preso en Madrid Francisco, rey de Francia. Perdióse Rodas. De los montes de Sicilia se exhaló tanto fuego, humo y ceniza (como ya había llovido tierra en los campos de Amiterno siendo cónsul Tito Quincio, y en los de Avagnia siéndolo Lucio Emilio) que opresas las tierras, ganados y poblaciones, padecieron un daño lastimoso. En Bolonia (caso horrendo) dieron judíos puñaladas en una hostia consagrada, y corrió de las heridas mucha sangre.

XVII. DON SEBASTIÁN (1554-1578)

Siempre para desatarse más, se vio serenar un poco la tormenta; siempre para morir, dio más claridad la luz. Íbase extinguiendo los años pasados la de nuestros príncipes: y en los dos reyes antecedentes vino a resplandecer con tantos rayos, mas así breves, que el reino llegó a mirarse pendiente de una mal distinta alegría que le dejó por su muerte el príncipe Don Juan (hijo IX del rey Don Juan el III) en la princesa Doña Juana, hija del emperador Carlos V. Así pues a pocos días nació póstumo Don Sebastián en Lisboa el día 20 del mes de enero (1554). Única esperanza entonces (como Manasés en Judea) de la corona y de los deseos de sus vasallos, y después funesta memoria, tristeza y luto de su propia gente, respondiendo su fin más a las lágrimas con que fue nacido, que su vida al contento con que fue jurado. Lloró el pueblo lusitano para tenerle, y lloró porque le tuvo.

Por ocasión del nombre que le dieron, venerando el de san Sebastián, en cuyo día sucedió este nacimiento, le envió el pontífice sumo Paulo IV una flecha de las que se sacaron del sagrado cuerpo de este mártir ilustrísimo.

Tres años tenía de edad (1557) cuando sucedió a su abuelo debajo de la tutela y religioso gobierno de la reina Doña Catalina, abuela suya, a quien el difunto rey, que en ella veneraba estas y otras virtudes raras, quiso dejar tanto cuidado, como al morir en los reinos de Judea el celoso Hircano lo había dejado a su mujer, una de las valerosas matronas de aquel tiempo. Mas la reina hallando, si no desigual, peligroso el peso de tantos reinos, desistió de él, con lástima de ellos. Acción en que los portugueses mostraron diferente celo de aquel que habían mostrado cuando alteraron la tranquilidad de su gobierno, negándolo a la reina Doña Leonor por ser extraña, a quien su marido el rey Don Duarte nombró para él cuando moría. Entonces lloraron porque una mujer no natural les quedaba gobernando, y ahora porque otra les dejaba de gobernar. Así que no obraba en esto la virtud de ellos, sino la desdicha, o la ventura de ellas.

Pasó pues el gobierno al cardenal infante Don Enrique, que siempre en él entró de buena gana, Tío del rey, que lo tuvo, hasta que entrado en los catorce años de su edad (1578), y día de san Sebastián en que había nacido, tomando el cetro se encargó del celo de las leyes, y del uso de las armas, siéndole pronosticado como al rey Don Duarte (por el insigne matemático Pedro Núñez, su maestro) que no le sucedería bien si esta ceremonia se celebrase en aquel día. En la edad, y en los juicios astronómicos con que entró a reinar, quedó parecido al emperador Gordiano, que de catorce años, y con malos agüeros, tomó la posesión del gobierno de Roma. Mas al fin la tomó del lusitano el rey Don Sebastián con tanto aplauso de los suyos, y tan claras muestras de que serían felices sus vasallos, que ya con ellas se prometían nuevas venturas y más crecidos aumentos, mas no se los prometía el Cielo y la fortuna y las estrellas.

Diéronle por ayo a Don Alejo de Meneses, varón insigne en costumbres virtuosas, y en sangre nobilísima. Pidió un día al ayo que le mandase ensillar un caballo no domado para salir en él, instó el viejo que no, el rey que sí: mas viendo que no vencía, salió enojado a otra pieza diciendo algunas palabras desestimadoras de la obediencia en que le tenía Don Alejo; un caballero que no le quería bien, y menos al rey que pensó agradar, le dijo: *Que así había de hacer quien había de ser príncipe soberano*; y él conociendo la maldad y la lisonja, aun en la corriente del enojo, volvió adonde estaba el ayo, y díjole: *Vuelvo a vos porque ya fulano (y nombróle) me besó la mano porque os desobedecía*. Hablaba un moro delante de él con prudencia en las cosas de África, obligándole a que las temiese, y unos caballeros con arrogancia y lisonja, a que se precipitase; y dijo para el bárbaro (entonces más los suyos) *Los moros hablan como cristianos, los cristianos como moros*.

Púsose en muchos votos, y grandes la calidad y estado de la persona que se le daría por maestro de gramática: y aunque sólo el cardenal Don Enrique, o por la afición que tenía al único estilo de vivir de los padres de la Compañía, o por tener de su mano quien a ella le fuese inclinando el príncipe (que siempre, o con ambición o con amor quiso gobernar a sus naturales) fue de parecer que de entre ellos se le había de dar, y fue llamado desde Roma el padre Luis González da Cámara, a quien asistían otros. De todos salió doctrinado con celo tan santo, que hallándose en los primeros pasos de la juventud dotado de singulares virtudes, tuvo en sumo grado la de continencia, más propia de un religioso que de un príncipe, de cuya posteridad pendía la duración de sus estados. Junta así esta virtud y deseo de conquistar toda África (en que salió tan diestro, que bien parecía haber más estudiado en pensamientos ajenos, que en los propios libros) con la del natural valor y osadía intrépida, pronta a emprender cosas arduas, y a buscar como rayo lo difícil, vino a salir de sus estudios con todo aquello que fue no menos que ruina suya, y de su reino. Así pues de la escuela de un caballero salió el rey con la religión que convenía a un príncipe, y de la de religiosos con la bravosidad que convenía a un soldado. Desapetecía todo lo que más apetecieron los hombres. Siempre a sus ojos quedó corrida la fuerza de la hermosura. Nunca hubo dama que le diese cuidado. La armonía de los elementos con que vive el cuerpo, ésta es su muerte si disuenan. Un mozo

hermoso y príncipe soberano aborrecía a la propia naturaleza, y al tálamo; un viejo veremos luego heredarle con el retrato del tálamo y de la naturaleza en el seno. ¿Quién en esta disonancia ignoraba que se moría el reino?

En tanto pues que se le prevenía el entierro, mostraba el rey por una parte celo de príncipe católico, y digno del imperio que tenía, por otra, acciones que todas eran imágenes varias de su precipicio, llenas de un osar admirable y peligroso. Después de acostado volvía a las once de la noche a levantarse con Don Álvaro de Meneses, paje suyo, y saliendo a la playa se adelantaba solo, y pasada una y dos horas se recogía. Muchas veces con Sancho de Toar, a la misma hora, en un barco atravesaba el Tajo, saltaba en la arena, adonde de la parte de Belén acudía otro de que salía un hombre, y después de pasear en la playa, tal vez una, tal dos horas, se apartaban, sin que se supiese ni lo que hablaba, ni con quién. Junto al palacio de Sintra hay un bosque tan espeso, que aun de día trae miedo a quien le penetra solo; para ir a pasear en él dos horas a las propias muchas veces se levantó de noche. Otra en Almeirín sobre un árbol esperaba un jabalí, sintió ruido entre las hojas, y aplicando la vista distinguió un bulto, bajó aprisa, y remetiéndose con él: el ruido de la lucha hizo que acudiesen algunos cazadores pensando que el rey lo había con algún monstruo, y halláronle abrazado con un negro salvaje que de largos días huido de sus amos habitaba con las fieras de aquel monte. Había mandado que nadie sin registrar pasase por las torres de Belén y San Giaon, y que si pasase los artilleros le echasen a fondo. Después, o por experimentar si se observaba, o porque buscaba la muerte en los suyos (que estaba ya destinado que ellos le habían de llevar a ella), se entró en un bergantín con ciertos caballeros, y pasando le empezaron a cañonear, y él sin querer darse a conocer por entre las balas que volaban volvió a palacio. Murió Don Álvaro de Castro, su privado: algunas noches salió con algunos caballeros, y dejándolos atrás se fue al entierro de Don Álvaro, adonde le oían hablar, y le veían salir lloroso. Aquellos días en que antes de su jornada fue visto aquel espantoso cometa con infausta y prolija cauda, a la parte de occidente, decía él: *No viene a divertir el cometa, sino a que acometa*. Tal el ánimo que tenía: ninguna cosa de las que siempre fueron honor a los hombres le trajo alguno.

Entrado en el gobierno, y pensando el cardenal Don Enrique su tío que la reina Doña Catalina apoderada del rey le quitaría apoderarse él, por medio del padre Luis González (ya va sirviendo el haberlo hecho maestro) hizo que el rey diese de mano a aquella matrona que merecía tenerla mejor sola, que todos juntos los que se conjuraron para quitársela. El nieto dejola, mas el cardenal perdiendo la privanza en el camino, porque no la tuviesen aquellos en quien ya la veía casi declarada, volvió a introducir la reina con el rey, y a sí propio por medio de ella: asegurado en el trono, huyó de ella con el rey que ya llevaba sujeto. Era su confesor el padre Luis González, de la reina el padre Torres, del cardenal el padre León Henríquez, todos de la Compañía, y todos conformes entre sí; el cardenal con ellos, el rey con todos, y ninguno con la reina, que desengañada, buscó confesor en otra religión. Entró en la privanza Martín González da Cámara, hermano del padre maestro, sin que desease salir de ella el cardenal; mas conoció quién la tenía cuando Martín González, ambicioso de su oficio de Inquisidor general y de su dignidad de arzobispado de Évora, pidió al rey que le obligase a renunciarlo en su favor, y él, que ni quería perder la gracia del príncipe, ni la superioridad del cargo y de la Iglesia, dando muestras de hacerlo, para no lo hacer se valió de Felipe II, y no tuvo efecto la temeridad del privado que no embistió con menos que con toda la veneración debida a un tío de su rey.

Así fluctuaba el gobierno del reino en olas de emulaciones, envidias, codicias y trazas, todas para hacer desventurado un rey, con quien se querían hacer venturosos los autores de ellas; en cuanto llegaban de la India diferentes flotas y diferentes avisos de lo que obraban las armas portuguesas (que todavía obraban mucho) tal escuchaba el rey que Don Constantino, hijo del duque de Braganza Don Jaime, había conquistado con poca gente la ciudad de Damaõ, tal que Don Luis de Ataíde hizo estipendiaria a su corona la república de Bracalor; que con seiscientos portugueses defendió la ciudad de Goa al Hidalcaõ que la ceñía con cien mil bárbaros, dos mil elefantes

guerreros, casi cuatrocientas piezas de artillería gruesa, y que le hizo retirar con pérdida de ocho mil hombres que fueron degollados, y de trescientos elefantes y cuatro mil caballos; que en el otro cerco de Chaul, en que tenía el Nisamaluco ciento y cincuenta mil combatientes, trescientos elefantes, cuarenta cañones gruesos, después de nueve meses de sitio fue vencido con muerte de doce mil infieles e idólatras por Don Francisco Mascareñas con menos de mil soldados; que Jorge Moura y Antonio Chale habían descercado la fuerza de Onor, en cuya ámbito la reina de Guarcopa tuvo puestos seis mil hombres que fueron desbaratados; que con cincuenta mil había rodeado el Zamory la plaza de Chale, y que el mismo Antonio con Don Diego de Meneses los hicieron levar sus pabellones y tormentas en menos número; que Don Leonis Pereira con doscientos portugueses resistió el cerco que con doscientos vasos que traían quince mil combatientes, le puso en Malaca el rey de Achen, haciéndolo volar con pérdida de tres mil, y de un infante su hijo; que Don Diego de Meneses redujo a sangre, y luego a ceniza en el Malabar muchas poblaciones, y todo el reino de Mangalor; y en suma que todos los reyes del Oriente conjurados a un mismo tiempo para sacudir de la cerviz el yugo lusitano, vergonzosamente fueron compelidos a retirarse. Picábanle con acordarle las victorias de África, y más veces el cerco de Mazagaõ, que gobernando su abuela había resistido Álvaro de Carvalo con ochocientos portugueses contra ciento y seis mil que sobre ellos trajo Muley Abdalá, rey de Marruecos, y que era menester que en su juventud hiciese más de lo que una mujer casi en su vejez.

Estas victorias, y otras maravillosas de su tiempo fueron por cierto, y de su gente, mas no de gente de su tiempo. Considerábanse mayores (y éranlo en lisonjas) las que con él se conjuraron contra el reino; hicieron en sus oídos tal armonía las persuasiones y los triunfos, que solamente cuidaba de las armas, y como otro Escipión tenía ya en poco ser señor de lo mejor de Europa, de la Asia y de la América, en comparación de las cosas que en la esperanza y grandeza de su ánimo había concebido, porque ya miraba toda África rendida, ganada por solo él la fama y cumplimiento de tantos deseos de sus antecesores; alcanzada la palma de aquella guerra, así como adquirida en honor suyo y gloria del señor de los ejércitos que solía vencer con los portugueses, cuando como ahora por sus reyes se convertían contra los infieles, que atentos le estaban mirando envuelto en aquella confianza que justamente pudo tener para fijar sus estandartes en los muros de Constantinopla, quien de tantos años atrás, por ventura con bríos no mayores, estaba en posesión de romper estupendos escuadrones, si Dios quisiera en Alcácer lo mismo que ya quiso en Orique; mas es cierto que entonces favoreció el celo, y ahora castigó el modo.

Estos deseos, no menos católicos que ardientes, más buenos que fáciles de ejecutar, fomentados con el aplauso de los que muriendo por una privanza viven de muchas lisonjas, le hicieron pasar primera vez a África en edad de veinte años, más presumido que acompañado, disculpólo con que solamente iba a visitar aquellas plazas; desembarcó en la ciudad de Tánger. Salía a montar por las sierras de África, como si fuera en los bosques reales de la patria; hizo diferentes correrías, y dando con los sucesos de ellas cuidado a los moros, juntos en número grande aparecieron un día cubriendo la campaña; el rey con gran diligencia previno reparos, dispuso la gente; los bárbaros fiados en la multitud empezaron a menearse. Saludáronlos nuestras galeras con un rocío de balas, punzados se arrojaron a la escaramuza, en que fueron desbaratados los que primero se aventuraron. Hallóse siempre en la primera estacada el rey, y apretándolos por fuera de ella discurría como dueño del campo; y cerróse el día, vino la mañana, aguardólos con la misma orden, mas ellos mostrándose en número menor se retiraron totalmente, dejando el campo al rey, que en él solemnizando la victoria jugó cañas, y volvió a Lisboa. Juego fue en que la fortuna enojada parece que con ardid se dejó perder una mano para asegurar otra mayor.

Empezó el rey a tratar del apresto para segundo viaje, habíase pedido socorro al papa en las iglesias del reino, y a los cristianos nuevos concedido perdón por cierta cantidad que ofrecieron viendo al rey necesitado, que sobre la necesidad de los católicos siempre hizo sus lances la herejía, y nunca medraron ellos con lo que llevaron por ella. Vuelva los ojos atrás el juicio libre, verá que

nunca se logró menos que desastradamente todo socorro de aquella nación obstinada. Este fue uno de los auspicios de desventura del viaje; otros, las extorsiones con que se alistaba la gente, la más de ella concejil, y ésta de la última que no tuvo que dar a los coroneles para que la dejaran de traer a la cuerda, con tal tratamiento, que escandalizado uno y otro estado, los que iban y los que quedaron, antes pedían justicia, que victoria. Los que llevaban al rey y se hacían estimar de él y de todos, con un contentamiento inocente o fingido, parecía que iban a algún festín; los que eran llevados, y no vistos, con un dolor profundo parecía que acompañaban a algún entierro. El rey difunto Don Juan el III apareció tres veces a fray Luis de Moura, obligándole que dijese (con ciertas contraseñas para que no dudase de la visión) a la reina, que no aprobase la jornada, no dejase al rey, no le consintiese privados, y que el cardenal se contentare con ser pastor de sus ovejas. La reina murió primero, y en el último suspiro lo acordó todo. Aquellos días del apresto, o del azote, salieron en las playas innumerables peces de los que llaman espadas, y en uno grandísimo fue visto de una parte una cruz con dos azotes pendientes de los brazos; de la otra el número de aquel año 1578. En la región del aire fueron vistos escuadrones de gente armada sobre la provincia de Entre Duero y Miño. A Vasco de Silveira, uno de los coroneles, siguió siempre una voz sentida, sin que viese el dueño; mas una noche en el campo de Almeirín le apareció de extraordinaria grandeza vestido de luto, haciéndose mayor cuanto se llegaba más, y apretado de la porfía y ánimo de Vasco que dijese la ocasión de sus gemidos, dijo: *Llórome a mí, y a ti te lloro, viéndote ya con los que siempre quise tanto en tal desventura*. Esta misma fantasma vio en el campo de Alcacer la noche antes de la batalla junto al pabellón del rey. Refiero lo mas creíble: mayores cosas disimulo sin dudarlas; nadie se admire. Por ocasiones menores refiere Livio iguales prodigios en Roma; habíalos de haber en la pérdida de un reino establecido por el mismo Cristo, que quiso más a los portugueses que el demonio a los romanos.

Y prosiguieron los aprestos: no faltó todavía quien, como Quinto Fabio en Roma contra Escipión, condenase el haber de pasar en persona el rey a África, anteviendo todo el peligro en virtud de la experiencia, mas el que lo buscaba sin ella pareciéndole que era miedo, y no consejo, secretamente escribió de su mano a Don Duarte de Meneses, capitán de Tánger, que le escribiese cartas en que dijese que el Maluco no tenía poder considerable; y éstas mostraba en su consejo para rendir sus consejeros; mas instando Don Juan Mascareñas, que valerosamente se había portado en la India, y no atreviéndose el rey a negarlo, hizo una junta de médicos en que propuso: Si un hombre valeroso podría con la mucha edad perder la valentía y tener miedo; y ellos por no salir de su gusto respondieron que sí. Y así vino a morir a manos de la medicina (¡raro para pensarse!) el valor de un capitán insigne.

El deseo del rey era pasar sin otro motivo, mas trajo uno la ocasión de pedirle Muley Mahamet jarife, socorro contra su tío Muley Maluco, que le despojaba del reino de Marruecos. Con pretexto, pues, de que lo socorría, pasó en una flota de mil velas con ejército tan lustroso, que más parecía llevar despojos al campo, que fuerzas a la pelea; o por lo menos que no iban a la guerra, mas a ciertos galardones de victoria; presupuestos de cuyo castigo están llenos los anales del mundo, imitando en la riqueza y galas la que llevó contra los partos Antíoco Sidetes; no fue así en la disciplina militar, pues anticipadamente se descubrieron argumentos notorios de ruina miserable. Fuéronlo también las desconformidades con que los mismos portugueses se embarcaron, obstinados en sus odios, que cuando hubieran de ser olvidados fueron encendidos. Mostró Cristóbal de Tavora, en quien a este tiempo estaba ya toda la privanza, en la poca modestia con que trató al señor Don Antonio, hijo del infante Don Luis, y en los desfavores que le solicitó en su príncipe, todo lo que podía obrar la pasión con el poder; así todos: tanto al contrario de lo que había hecho Don Alonso V. que cuando pasó a Arzila no consintió que se embarcase alguno que tuviese enemistad con otro, sin que primero se conformasen.

Propuso el Maluco al rey muchos partidos justos, y la soberbia que los hizo despreciar, prevenía el castigo del desprecio. Entró el moro a pelear justificado, el cristiano sin justicia; el moro

con valor y experiencia, el cristiano con aquel, pero fin ésta; el moro todo conforme, todo disconforme el cristiano; todo descansado el moro, el cristiano fatigado, todo con hambre y sed, que obligó a dar sin tiempo la batalla.

Contenía el campo católico diez y ocho mil combatientes, castellanos tres mil, tudescos otros tantos, italianos novecientos, todos iban delante, la infantería en escuadrones, los de a caballo en tropas de a treinta cada uno. El bárbaro ochenta mil caballos, y a este respecto los peones. En forma de luna vino marchando contra el nuestro, y rodeándolo peleóse con tanto valor, que por dos veces fue oído en los campos de África, victoria, victoria por los portugueses, no solamente pregonada por ellos, sino por los mismos moros que huyendo la iban publicando por los lugares, que así se vieron primero los vencedores más cercanos del peligro que los vencidos, pues sin falta por la desorden de un sargento se perdió la gloria de este día, como ya de César el segundo Pompeyo por la retirada, bien que celosa, de su capitán Labieno. Fue también poderosa ocasión de perderla el haberse encubierto la muerte del Maluco metido en su litera por un renegado, que desde allí daba las órdenes que le parecían convenientes, obedeciéndolas todos como de su rey, creyendo que de él las refería aquel ministro de nuestra miseria, que tanto supo imitar la industria con que Publio Valerio encubrió la muerte de Volumnio, y animó sus soldados para restaurar el Capitolio, que primero tuvieron la victoria de su contrario, que supiesen la muerte de su caudillo. También fue dañoso el grande ánimo del rey, porque con él quiso en el campo hacer todos los oficios que suelen ser encomendados a muchos y experimentados sujetos, conque se acabó de hacer poco justificado a los suyos, y menos espantoso a los enemigos, dejaban de hacer en ellos mucho estrago algunos escuadrones por no salir de la obediencia, habiéndoles el rey mandado que sin orden suya no se moviesen: observantes imitadores de Graco, cuando por no exceder la orden de su dictador perdió en la defensa de Casilino ocasiones que fácilmente pudieran romper el sufrimiento; así tenía el rey puesto más temor en los suyos, que en los contrarios. Refieran finezas de veneración y lealtad con sus príncipes los extraños, que en estos días, y en este conflicto apuraron la suya los portugueses: ninguno hubo que no supiese que llevaba el rey a morir, y ninguno hubo que trocase por la vida la obediencia.

Al fin cediendo el valor de diez y ocho a la multitud de ciento y cincuenta mil, murieron de los nuestros la mitad, de los moros treinta y cinco mil; daño que pudiera darnos el vencimiento con ventaja más evidente de la que tuvo Valerio peleando con los etruscos, pues dudosa la victoria, una vez oída en el aire, la concedió a los romanos por un solo soldado que habían muerto de más a sus contrarios. Mas ausente el tiempo de este estilo de vencer, fuimos vencidos en 4 de agosto (1578); infausto día a Portugal, que en él dejó teñida la arena africana en sangre de tantas vidas, y la patria anegada en llanto de tantas muertes: lastimosas exequias del reino muerto en tierra ajena. Allí acabaron los triunfos lusitanos: murió el orgullo y brío, la pompa y fuerza, la riqueza y esperanza, sirviéndoles fatalmente de sepulcro aquellos campos, que en una hora cubrieron la vida y honra, ganada en el discurso de tantos centenares de años.

Llevaba el rey la espada y escudo de nuestro nunca vencido y primero rey Don Alonso, para entrar en la batalla con armas que ya tenían avasallados y rendidos tantos enemigos de la fe: mas como Dios tenía determinado que fuesen ellos ahora vencedores, no quiso que fuesen ellas vencidas: permitió que el rey desembarcase sin ellas, y volvieron al monasterio de Santa Cruz de Coímbra, cuyos religiosos se las habían fiado con grandes condiciones, y las guardan con la estima de las joyas más preciosas.

El rey se señaló tanto en hazañas, que aun excedió el mismo concepto que de su valor tenían los suyos, los moros, y el mundo; mas si en esta ocasión le desmintió la fortuna portuguesa, mayor lástima es que se purificase la opinión de las fuerzas de su rey que, como Catilina, viéndose solo entre sus enemigos con la memoria de su estado y grandeza pasada, hizo que no fuese alegre la victoria a los vencedores, y a su imitación murieron por otra parte los más valerosos. Mas al fin perdido el rey, hizo más triste la batalla, pues con él aun quedaba bastante motivo para algún llanto:

que las muertes, las heridas, las pérdidas y las lágrimas particulares no causaron tanto sentimiento a los portugueses como el sepulcro que miraban de este reino en un monte hecho lago de su sangre, y en un valle hecho monte de sus cuerpos.

Contar particularidades en un conflicto, que como rayo apenas dejó abrir los ojos para ver más que la ruina, es cosa vana. Pocos se vieron morir unos a otros, al rey ninguno, y conociéronle muerto, cuando un caballero que le encontró vivo le vio ya tal, que no conociéndole, le preguntó, si había nuevas de él. Afirmar que vivía no le viendo nadie, como fénix, mayor culpa. Esta fue la última, y la mayor que cometieron los que le llevaron, porque temiendo el castigo de llevarle, lo suspendían con la esperanza de la vuelta, y les valió; pasó la privanza más allá de la vida.

Nueva confusión trajo a Portugal esta voz; tuvieron muchos, vanamente, la esperanza del suceso de Masinisa, que pensándose en toda Mauritania que era muerto, a pocos días salió de una cueva a descubrirse primero a los masulos, por donde empezó a cobrar su reino. Dando motivo esta memoria y aquel deseo a que algunos se fingiesen ser el rey Don Sebastián, sujetos viles y atrevidos, como entre varios ejemplos se sabe del esclavo Clemente, llamado Agripa como su amo difunto, conque puso en cuidado la república romana, de la suerte que a las provincias de Asia y de Acaya, uno que en las islas Cícladas se fingió ser Druso. Cuatro o cinco Sebastianes se levantaron, y perecieron a vueltas de muchas inquietudes en ánimos grandes, y en los inferiores no pocas muertes. Para que no hubiese desventuras vistas en todos los reinos remotos, que ahora no las experimentase el nuestro en sí propio, solicitadas todas por su misma gente, no sin misterio: porque como ninguna cosa del mundo ha de permanecer firme, no pudiendo nadie destruir a los portugueses, era menester que ellos se destruyesen a sí mismos, así como ellos mismos se habían hecho.

Al mismo tiempo que ya se perdía la victoria, dio el fuego en algunos carros de nuestro campo, que eran quinientos, y apoderándose con la pólvora, como ellos estuviesen cargados de municiones, instrumentos de guerra y muchas lanzas, volado todo a la región del aire, parecía que el mismo cielo arrojaba armas con tanto estruendo, que causó horror y admiración en los vencedores, no solamente en los vencidos. Así quedaron ellos ajenos de su potencia, dejando a los bárbaros una victoria, que no sólo pareció gloriosa, sino perpetua. Si bien entre este silencio les tendrá la divina mano prometido mejor fortuna, como ya los romanos mejoraron la suya adversa en las afrentas de la paz caudina: de tal suerte, que más claros los haga la venganza, que abatidos el agravio.

El día de la batalla fueron vistos en el reino ejércitos de gente peleando en el aire, y revelada la pérdida a algunas personas de religión y santidad, juntamente con el premio de la gloria de la bienaventuranza, a que veían marchar resplandecientes los que morían a las manos de los infieles. No solamente en el reino: en Castilla tuvo la misma visión la santa madre Teresa de Jesús: aunque este premio se ha de pensar que no se daría a los que llevaron al rey, sino a los que fueron llevados de él. Estaba en Alcobaça el cardenal Don Enrique en oración el mismo día de la batalla, y cuando más arrebatado le apareció lleno de sangre y sudor y polvo Don Manuel de Meneses, obispo de Coímbra, que en ella había muerto, y le dijo: *Cuanto a lo del mundo, todo está perdido; cuanto a lo del Cielo, los más somos ganados.*

Pocos días antes de la jornada se había visto el rey con su tío Don Felipe Segundo en el gran santuario de nuestra señora de Guadalupe, habláronse de Majestades, no pudo el Prudente disuadir al sobrino; no faltaron discursos, y aun agüeros sobre la ida a Castilla: decían que parecía aquello llevarle en persona la posesión del reino; juicios eran de la experiencia y de la razón, que anteveían ya la muerte del uno, y el derecho del otro. Sebastián se resolvió en salir de allí una mañana, Felipe en despedirse de él a la noche. Háblele recibido el viejo con las mayores demostraciones de amor y respeto que podían pedir el deudo y la grandeza, y él viendo que se despedía para no salir con él a la mañana, acostándose dijo que en llegando al lugar primero de su reino despacharía un rey de armas a desafiar a su tío. Súpolo Don Cristóbal de Moura, y con aquel celo, con aquel modo, con aquel juicio que le hizo ser amado, no solamente bien visto de tantos príncipes, hizo que despertasen a

Felipe, mandóle entrar; díjole el enojo del huésped con el motivo, y él: *Tiene razón mi sobrino, grande descuido ha sido el nuestro, acompañémosle*. Levantóse, púsose de camino primero que él caminase, y llegando adonde dormía le despertó diciendo: *Para quien ha de caminar es dormir mucho*. Quedó sentido Sebastián por haberse enojado pensando que Felipe sin noticia de su enojo salía a acompañarle. ¿A quién no admira lo que hierve e inquieta el verdor de la juventud? ¿Lo que sosiega la prudencia de tan felices años? ¿Lo que ataja la diligencia de un criado cuerdo y vigilante? Nadie le pasó por alto a Felipe, afirmando a Don Cristóbal, *que el servicio que le hiciera, había sido el mayor que nadie le podía hacer, y se le había de lucir; que no le sucedería verse con otro rey, porque de semejantes vistas antes resultan odios que amistades*.

Había el rey Don Sebastián solicitado por medio del santo padre Pío V, el casamiento con Margarita, hija de Henrique rey de Francia, pidiendo solamente en dote, que los reyes de aquella corona entrasen poderosamente en la liga contra el turco; abrasábasele el alma en deseos de dilatar la fe, mas no teniendo efecto, en Guadalupe pidió a su tío una de sus hijas, y él admitiendo la plática, difirió la ejecución hasta la vuelta.

Fue muy celoso de la religión, murió por ella, hizo que pasase a la India el tribunal de la santa Inquisición; tan devoto del Santísimo Sacramento, que en oyendo la señal de cuando sale a los enfermos, por salir a acompañarle lo dejaba todo. Con tanta veneración quería que fuese nombrada la serenísima Virgen María, que en un papel adonde se habló con ella, y luego en el con título de rey nuestro señor, mandó, que este último se quitase, porque no era bien que se dijese adonde se hablaba de Nuestra Señora. Enemigo de vicios, inclinado a la misericordia, con prontitud a que no faltase la justicia, promulgando leyes para reformation de costumbres.

No fue menos liberal que sus progenitores, principalmente con los padres de la Compañía, a quien (imitando a su abuelo) aumentó rentas, casas y colegios, y deseó fundárselos en la ciudad de Marruecos, porque deseaba juntamente que fuese esta fructuosa Compañía en África (aunque menos fértil) del mismo beneficio que en la Asia. Visitó algunos de sus antecesores, haciendo abrir sus sepulcros: deteníase en ver los que habían dilatado el reino, y no veía los que no lo dilataron. Pareciéndose en muchas cosas al grande Alejandro, también se le quiso parecer en la respuesta que había dado a Diógenes, porque sabiendo de un hecho valeroso de Miguel Téllez de Moura, dijo: Que no fuera sino Miguel Téllez a no ser Don Sebastián. Fue el primero que se acompañó con guarda real, y que usó de corona cerrada. Todo acciones de bravosidad y de grandeza, todo lleno de deseos y llamas virtuosas.

Faltó a su reino cuando más necesidad había de él, y también cuando la había de que soberbias de algunos de sus vasallos fuesen así desengañadas, si es posible que lo fueron, porque siendo tan riguroso castigo despertado por culpas propias, hicieron cargo de él a las estrellas; y así, si es lástima que se perdiese con un rey mozo un imperio grande, mucho más lo es que el motivo fuese ambición, envidia, y respetos particulares, que sin falta lo fueron tanto de esta ruina postrera, como del gobierno de los principios, pues la reina Doña Catalina, pidiendo al rey Felipe II favor para el remedio del gobierno de su nieto, le dijo: *Que si estuviese en su libertad, y le dejasen abrir los ojos, no le faltaba entendimiento, condición, y voluntad para hacerlo todo muy bien; que era pues menester rescatar de este cautiverio un rey mozo de muy buenas esperanzas*. Considerando con razón que para ser en todo perfecto sólo le faltaba, o no tener privados, o que ellos tuviesen el ánimo sano después de haberse apoderado del suyo. Mas nadie con buen intento se apodera del de los reyes: porque luego de primera instancia es culpa en el valido aquella acción, por más que todas las otras sean acertadas, porque puestos sus príncipes en condición de obedecer, se ponen a sí en peligro de no saber mandar como príncipes, en los cuales es infalible que tiene Dios depositados mayores aciertos, si tienen libertad para su ejecución. Mas volviendo a nuestra reina en lo que afirmaba al tío del sobrino, decía ella de él tales alabanzas, a tiempo que tenía quejas de los agravios que en él hallaba, como en el emperador Enrico IV, Inés su madre, mal venerada del arzobispo de Colonia, que se atrevió a aconsejar tan mal a su príncipe para hacerse sin ella señor de él. No

menores daños resultan de sujetarse los dueños del Imperio, desprecio con las personas reales, despeñarse un rey, y degollarsle un reino, a quien para ese efecto parece que fabricaron tales ministros una sola cerviz, como el diabólico emperador Calígula la deseaba ver en todo el mundo para cortarlo de un golpe. Haga alarde la memoria de Imperios apagados, verá que el camino de casi todos es el del nuestro.

Fue el rey de mediana estatura, con bellísima correspondencia de partes, blanco y rubio, ojos azules, y aspecto majestuoso; de espíritus soberanos, a que ninguna cosa parecía grande para admirarse; de corazón osado y muchas fuerzas, a que nada se hacía difícil para acometerse; su retrato le muestra con corona imperial, armado con un bastón en la mano; su edad veinte y cuatro años y ocho meses; reinó diez y medio; tiene su sepulcro en el monasterio de Belén.

En su tiempo bajó de precio la moneda de cobre, las de diez maravedís a tres, las de cinco a uno y medio, las de tres a uno; y aunque al principio fatigó la novedad, atajóse con esto un daño grandísimo, resulta de la mucha moneda que irremediabilmente entraba en el reino: aumentóse la de plata, porque con la otra industria de dar valor de cuarenta maravedís a los reales castellanos, se pasaron casi todos a Portugal en alcance de la ganancia de los seis maravedís que tenían más que en Castilla. Mandó labrar grandes monedas de oro, unas de a mil, otras de a setecientos a cincuenta reales, con intento de traerlas consigo para dar de su mano.

Títulos que dio.

A los primogénitos del duque de Braganza, de Duques de Barcelos, y el I fue Don Juan, hijo del duque Don Teodosio I.

A Don Luis de Ataide, de conde de Atouguia cuando le envió segunda vez por Virrey a la India, solamente por que el voto de su valor y de su experiencia le aconsejaba que no se quisiese perder.

A Simón González da Camara, capitán de la isla de la Madera, de conde de la Calleta.

A Don Diego de Silveira, de conde de la Sortella.

Formó el Consejo de Estado, y el primer sujeto que en él ocupó fue Lorenzo Pirez de Tavora, caballero insigne por las calidades de su persona, y por el talento y valor con que se hubo en la guerra y en la paz en casi todas las partes, y con casi todos los príncipes del mundo.

De lo mas notable general.

Al papa Paulo IV sucedieron los dos Píos IV y V, y Gregorio XIII. Acabóse el sagrado concilio tridentino. Venció el señor Don Juan de Austria la naval de Lepanto. Vivían milagrosamente santa Teresa de Jesús, san fray Pedro de Alcántara, san Luis Beltrán, santo Tomás de Villanueva, el santo duque de Gandía Don Francisco de Borja. Cantaba las armas católicas vencedoras en la Palestina Torcuato Tasso. Escribía las cosas de España Esteban de Garibay, Ambrosio de Morales, fray Hernando del Castillo de Santo Domingo.

XVIII. DON ENRIQUE (1512-1580)

El cardenal Don Enrique, hijo octavo del rey Don Manuel, y séptimo de su segunda mujer Doña María, nació en la villa de Almeirín el último día de enero (1512). Diole el capelo y título de los santos cuatro coronados Paulo III. Fue arzobispo de las tres iglesias metropolitanas, Braga,

Lisboa y Évora; abad del insigne monasterio de Alcobaça; gobernador del reino dos veces, en el estado y hábito que tenía poco a propósito para la corona, mas tanto para la tiara, que muerto aquel pontífice tuvo en el cónclave muchos votos para sucederle, y en él vivo, muchos deseos de que le ayudara a llevar aquel peso, y de que tuviera Roma el ejercicio de su celo, de sus letras, de su virtud. Había colocado en la ciudad de Évora un tribunal del Santo Oficio, porque los negocios de la religión (de que tuvo el supremo magistrado) así los trató con integridad y con industria, que se le debe mucho del alto colmo con que en esta parte nuestro reino tiene eminencia (no es jactancia) sobre todas las provincias del mundo.

El tiempo que fue gobernador nunca dejó de ser prelado, el tiempo que príncipe de la Iglesia, nunca dejó de ser sacerdote, con devoción particular decía misa en todos estados, con todas las fatigas de la enfermedad y de la vejez y de la afición. Fundó en Évora un suntuoso colegio y universidad para los padres de la Compañía, adonde tienen escuelas generales de que se aprovechan los naturales de aquellas partes, con tal séquito, que viniendo muchos por ello a dejar la cultura de los campos, en cuyo ejercicio se criaron, vinieron a perderse muchas tierras que fértilmente producían el sustento de grande parte del reino, traído por ello a necesidad de pedir pan a sus propios enemigos. El intento principal que tuvo en la obra fue labrar sepulcro y descanso para sus cenizas. Otro colegio fundó en Lisboa (cuando gobernaba por su sobrino) adonde son los mismos padres del propio fruto que en el primero, con el aprovechamiento que suelen, y es notorio.

Reformó las religiones, redujo la de San Bernardo a un cuerpo en la obediencia de Alcobaça, cuyo abad hizo inmediato a la sede apostólica. Fue docto en diferentes facultades, versado en muchas lenguas, continente en sumo grado, excelencia conocida de sus hechuras; en cuanto sacerdote estudioso de las letras, ejercitando la pluma en materias doctas y graves; en cuanto gobernador, vigilante con las leyes, reduciendo a método y orden las del reino.

Estaba en Alcobaça (1578) cuando llegó la nueva de la rota lamentable de su sobrino y de su gente. Luego partió a Lisboa, adonde con su vista, que siendo de heredero hubiera de enjugar las lágrimas, se vieron repetidas, considerando que tanta desventura venía a ser para el reino haber sucedido en él Don Sebastián con tres años, como él con sesenta y siete; y esta tenían por más terrible, porque el primero entraba a tomar el cetro con la vida, y era una esperanza trabajosa; y el segundo empezaba a tocar la muerte con el cetro, y era una desesperación incomportable. Toda la gloria de las prosperidades, toda la pena de las desdichas experimentó este reino: aquellas cuando tuvo quince reyes todos dignos de mayores imperios; éstas cuando tuvo dos, uno mozo con osadías temerarias, otro viejo con irresoluciones temerosas. Tanto obró en daño de la patria la mucha vejez, como la mucha mocedad.

Mas fue Enrique aclamado rey y sucesor legítimo en la corona, y acompañado de sus vasallos con el pensamiento en la mal lograda juventud de Sebastián, con la vista en la infructuosa senilidad del heredero; no era por cierto, no, como cuando Dios quería, levantamiento con voces de júbilo y gusto, funeral pompa sí, entre tanto luto y lamentos, en que el mismo venerable y lastimado viejo los acompañaba; que el triunfo (por más que deseado) con que se veía saludar, no pudo suspender el sentimiento del alma, cual el valeroso, mas afligido Fabio por la pérdida de los caballeros romanos, se halló mas pronto al llanto que le ministraba el dolor, que a la oración que le concedía el Senado.

Mas ya coronado, y puesta en el trono de la púrpura del cetro la del báculo (que después de haber gobernado dos veces este reino, parece que como mariposa en la luz deseaba extinguirse en este esclarecido príncipe, por lo mucho que le buscaba) dieron principio en pocos días a manifestar su derecho los pretendientes de la sucesión, con que volvieron a brotar las lágrimas, de tal suerte, que si lo mejor de la patria se había resuelto en sangre fuera de ella, ahora en ella lo restante se resolvía todo en llanto, porque previsto generalmente el arduo descrimen de las pretensiones, quedaban descubiertas, y aun irreparables las últimas miserias; ya la codicia pisándolas arbitraba y discurría; ya los rostros de los que se prometían dichas libradas en la desdicha de su patria se tenían de las

colores del tiempo; nadie se miraba sin temor, y nadie menos que con muchas esperanzas, vísperas grandes de grandísimas maldades.

Don Felipe Segundo de Castilla, que presto veremos Primero de Portugal, envió luego Don Cristóbal de Moura a dar el pésame al rey Don Enrique de la pérdida pasada, y juntamente la norabuena de la sucesión presente. Con aquella singular prudencia suya, no tratando entonces de su derecho, mas llevando el embajador instrucciones para explorar los medios de conseguirlo, los ánimos de la gente, y el alma de la ocasión. Nunca lo sabrá nadie decir como él lo supo ejecutar; ello es notorio, y aunque no tanto como conviene, o se aguarde mejor pluma, o me esperen en otro puesto, que desde lugar sospechoso no es bien hacer sospechosas las verdades. Era la cátedra de las primarias de las coronas, fueron muchos los opositores. Don Felipe, como hijo de la emperatriz Doña Isabel, hija primera del rey Don Manuel. Doña Catalina de Braganza, hija del infante Don Duarte, hermano de la emperatriz. Estaba la competencia entre los dos, en que ella, aunque mujer, pretendía como hija de varón, y él como varón, aunque hijo de mujer. El duque de Saboya por la suya, Doña Beatriz, hija segunda del mismo rey Don Manuel. El príncipe de Parma Alejandro Farnesio, viudo de Doña María, hermana primera de Doña Catalina. Don Antonio, prior de Ocrato, por hijo que pretendía ser legítimo del infante Don Luis, hermano de Don Duarte, de Doña Isabel, y de Doña Beatriz.

El pueblo intentaba ser elector, traía a comparación el primer rey, el gobierno de Don Alonso III, y el nombramiento de Don Juan el I. El papa quería que fuesen espolios de un capelo una corona, un cetro de un cayado, y hacienda de la sede apostólica, y cuando menos que no se uniese a Castilla Portugal. La reina Isabel de Inglaterra sus diligencias hizo; la de Francia Catalina de Médicis, por entenderse (mal entendido) que nuestro rey Don Alonso III, cuya mujer primera fue Madama Matildis la condesa de Boloña, había tenido un hijo de este matrimonio, y así tuvo tan fácil la respuesta como era remoto el derecho y vano el fundamento. En Saboya y Parma hubo también poco que vencer, no porque el derecho fuese vano, ni remoto, sino porque estaban más apartados, y tenían menos poder. Inglaterra y el pontífice quedáronse con los deseos del estorbo, y el jarife, que en ellos también andaba terciando. El pueblo ejecutó lo que propuso, y no le valió. Mas al fin todos estados, todas naciones segunda vez jugaron fuertes sobre la púrpura de Cristo, que la Lusitania suya era, como concedida por él a su rey primero. Lo inexpugnable quedaba entre Doña Catalina y Don Antonio, que se hicieron temer de Felipe, tanto que por que cediesen de su intento, a ella ofrecía no menos que el príncipe su hijo para casar con una hija suya, sin otros aumentos de su casa; y a él los prioratos de San Juan en España con el gobierno del mismo reino. Ambos a dos no aceptaron el partido, y por ello les veremos perder luego todo el resto.

Don Cristóbal de Moura, con una pausa maravillosa, mostraba una maravillosa diligencia; es así que muchos ánimos tenía opuestos, pero muchos que se estaban quedos, casi consentían en los muchos que tenía afectos; ya conocían el derecho de su príncipe, y su poder ya le miraban. Los que no veían este en el duque de Braganza, y querían que aquel no fuese menor, entre sí mismos lo templaban, con que un hijo de Felipe casase con hija de Braganza: y así tendría el reino rey, y los dos pretendientes satisfacción. Otros que llevaban solamente la pendencia entre el duque y Don Antonio, le daban a él la hija del propio duque, y resultaba la armonía imaginada. Otros a quien Don Felipe, ni Doña Catalina, ni Don Antonio se aparecían menos que ceñudos, proponían que el cardenal rey se casase, así viejo, así enfermo, así sacerdote. Nombráronsele novias, la hija de Braganza, la reina madre de Francia, cuyo retrato mandó traer, y le tenía; y la verdad es, que para su disposición y edad en tenerla pintada la tenía como la podía tener; si bien por haber sido ya madre, más a propósito era para él que su sobrina; y con todo eso, los mismos que le deseaban casado conociendo que ni con mujer ya casada tendrían fruto del casamiento, optaron decir a los padres de la Compañía, que le diesen mujer, aunque viniese ya preñada. Bien pudiera escandalizarse la modestia religiosa de los padres, mas como ellos habían enseñado al rey Don Sebastián, y su discípulo a su reino su perdición, queriendo ahora restaurarlo, lo acababan de perder, buscándole

heredero fuera de Castilla, de que resultó procurarse que su general les mandase que no interviniesen en aquel punto. Tratábase ya de la dispensación en Roma para casar Enrique; por parte de Felipe se impedía en secreto; el papa, aunque inclinado a darla, dilatábase: así estaba la mujer en duda, mas el retrato en posesión.

Entanto que esto se resolvía, todavía se estudiaba el punto de la sucesión por letrados insignes, y algunos del propio reino con insignes deseos de medrar desentrañaron los textos de su deseo. Casi todos hallaron más autores por quien más podía, dar primero, y vencer después: y en cuanto se estudiaba el punto, los grandes y señores, parciales y neutrales se ofrecían, los medianos se engañaban confusos e irresolutos; los últimos sediciosos tumultuariamente se confundían, y todos juntos, sin dar lugar a la razón, errando mostraban varios semblantes, según la diversidad de los ánimos, fabricando un monstruo formidable, que con tristes anuncios abrió camino a su engaño, a su afrenta, a su precipicio, envuelto en sucesos bien sentidos después, y nunca bastante llorados. Don Cristóbal llegó a ver toda su industria no vencida, pero fatigada: los que tenía adquiridos, medrosos; los que tenían deseo de buscarle suspensos; los que de verle deshilado, presumidos, mas de ninguna manera contentos, porque entonces en estado ninguno ningún estable fundamento encontraba la alegría. Cuidadoso pues de que no se imputase a descuido, si el negocio se perdiera, aconsejó al rey que enviase de nuevo a Don Pedro Girón, duque de Osuna, sujeto que igualaba la suficiencia con el estado. No supo esto Franqui cuando dio diferente causa a esta misión.

Estaba cautivo en África el prior Don Antonio, hijo del infante Don Luis y de Violante Gómez, que llamaron la Pelicana, nombre de ave transferido en una mujer, tan famoso en Portugal, como en Castilla el de Paloma. Habíale dejado su padre orden de que se hiciese clérigo, y criándole para ese efecto con la religión de San Jerónimo en el notable convento de Acosta, situado en un monte sobre la villa de Guimaraens. Prudencia fue imitada del excelente emperador Carlos V con su hijo Don Juan de Austria, que si fuera ejecutada en uno y otro, no fueran menester después remedios fuertes para atajar orgullos peligrosos. Resistió el mandato de su padre en cuanto pudo, mas obligado de su tío el cardenal, ahora rey, llegó a tomar orden de Evangelio, y desavenido con él porque le obligaba a la de Misa, siendo ayudado del rey Don Felipe (sobre cuyas cosas ya Don Cristóbal le había venido a servir en el reino, tratándolas con la reina Doña Catalina) dispensó el papa con él para que pudiese ponerle espada, con que luego le proveyeron del priorato de Ocrato que gozaba al tiempo que pasó con el rey a África, adonde cautivó y cobró libertad para ser la segunda ruina del reino en que nació. ¿Y quién pensara que le impedía el cardenal la dispensación de las órdenes, y que después para sí la desease, y se la impidiesen? ¿Y quién pensara que le favorecía Felipe entonces para que ahora con el hábito y estado que le procuró le tuviese por opuesto? ¿Mas quién ha de pensar la disposición de los hados? Mandaron Carlos y Don Luis, que sus hijos fuesen sacerdotes, a ambos a dos les mostró otro camino el rey Don Felipe, cómo le fue con su hermano ya lo dicen sus naturales, y cómo con Don Antonio nosotros lo diremos.

Llegó pues Don Antonio a Lisboa, recibióle Don Enrique con agrado, y luego le trató con favores: el ánimo por naturaleza era inquieto, y la ocasión era para inquietarlos reposados; empezó a dar calor a su pretensión tan confiado que Don Cristóbal con orden de su príncipe le propuso en lugar de ella los prioratos de San Juan, como fuesen vacando en León y Castilla, y el gobierno del propio reino: antes le dejó alterado, que convencido la propuesta. Don Enrique, que le había favorecido públicamente, públicamente le desfavorecía ahora, obrando en la gracia inclinada y retraída el temor del uno, y el modo del otro, si bien no daba un paso ningún pretensor que al rey no le pareciere que ya le bajaban de aquel trono, que a la verdad más procuró conservarse en la corona, que conservarla: más de ser rey, que no de que dejase de ser reino el suyo. Al fin desterró a Don Antonio de la Corte, tomando por motivo que afrentaba las cenizas de su padre con querer mostrar jurídicamente que había sido casado con Violante Gómez, mujer a quien la misma hermosura con que aficionó un príncipe, trajo al mundo la publicidad de su nacimiento humilde; hizo todavía su información, procedióse contra los testigos, y el cardenal rey, que conocía de la causa, le dio por

ilegítimo. Don Felipe que nunca lo esperó, había pedido hay Papa que la avocase a sí; determinada ella llegó el Breve: aprovechábase de él Don Antonio, en cuanto Felipe se volvía contra sí mismo, porque lo había pedido. Dábase en él por ninguna la sentencia si estuviese dada, y pasó el pleito a Roma: parece que fatalmente andaba el rey Don Felipe en favor de su contrario. Cobró aliento Don Antonio, mas entre temor y esperanza propuso a Don Cristóbal que se le dejase el Algarve, con título de rey, o el gobierno del reino en su vida con trescientos mil ducados de renta, la mitad perpetuos, aun lo que era menos se tuvo por desproporción; púsose silencio a la plática.

Así moría y resucitaba la esperanza de muchos en cuanto salían de la corte el propio Don Antonio y el duque de Braganza, a quien el rey mandó que treinta leguas de ella no parasen, y en cuanto venían a ella los procuradores del reino, que había llamados a Cortes para la villa de Almeirín, y se notificaban los pretendientes para que dijese de su derecho. Resolvióse en ellas que muerto el rey hubiese gobernadores que juzgasen causa tan grande. Mas apretando Don Cristóbal y el duque de Osuna, que ya asistía, llamó el rey a Consejo privado, y se asentó que se concertasen con Don Felipe. Los dos estados eclesiástico y nobleza vinieron en ello fácilmente; el pueblo, y aun de la escoria inexorable estuvo firme, cuando ya su firmeza era su mayor miseria, porque no discurría que a tener razón ya no tenía fuerzas. Hizo este asiento quitar el rebozo a muchos que ya se fatigaban con tenerle tanto, y al fin pues ellos se declararon con Don Cristóbal (digámoslo claro), hacían una de dos cosas ambas injustas, porque, o vendían el reino que no era de Felipe, o vendían a Felipe el reino que era suyo. En restitución le están muchos de lo que le llevaron. Don Cristóbal por lo menos así lo entendió, pues teniendo en su mano muchas firmas en blanco de Felipe para dar a cada uno aquello en que se concertasen (digámoslo así, que venta, y compra era) y teniendo a su padre Don Luis de Moura, cuya autoridad inclinada había sido ejemplo grande, nunca quiso que a este título le hiciese el rey merced alguna; y el viejo compitiendo con las bizarrías del hijo, nunca quiso ver al rey. Es esto atropellar la codicia, y es la mayor hazaña de los hombres. Pocos halló la ocasión presente, mas otro con los dos bien pueden ilustrar una nación. A Don Juan Tello de Meneses, uno de los cinco gobernadores del reino por muerte de Don Enrique, nunca le pudo mudar ninguna dádiva, ninguna esperanza preciosa, de que resultó escribir el duque de Osuna al rey Felipe: *Que a Don Juan, o se le había de cortar la cabeza, o traerle sobre la cabeza*. Hubieran de haber nacido en Roma estos varones primero que Tito Livio, y esto sólo sabré decir de ellos.

Era todo llamar médicos sin admitir medicamento alguno, saludable por lo menos. Vuelve el rey a convocar Cortes, en lo exterior deseoso de que las cosas compuestas con algún buen acuerdo, no solamente atajase daños futuros, antes resultasen provechos conocidos, cuales se esperaban de que quisiesen admitir su parecer, que ya en este tiempo estaba inclinado justamente al rey Don Felipe, habiéndolo estado a Braganza de todo punto; tal la diligencia de Don Cristóbal. Mas apenas le conocieron el intento, cuando no le dieron lugar a declararlo de todo, saliendo con la variedad que prometían ánimos envueltos en extremos tan distantes, imaginando cada cual el fruto de su esperanza a la medida de su inquietud, y el daño a la de su temor, sin que la autoridad real y venerable del rey, ni el ejemplo de los principales del reino, ni las diligencias de los embajadores, ni toda la fuerza de la razón fuesen bastantes a templar tan peligrosa disonancia, donde muchos por lo que no se los había concedido, y otros por lo que esperaban concedérsele, haciendo venal la lealtad y el crédito, se hacían favorecedores de discordias.

La muerte corría la posta tras el rey; alcanzóle sin poder obrar otra cosa por lo que en él obraba la irresolución natural en los negocios públicos, y a no poderse dudar si ahora lo fue más por la inclinación propia, que por la grandeza de ellos, vendría a tener alguna parte en la culpa de las desgracias después de su muerte padecidas, por la competencia de la sucesión, pues todas se evitaban con dejar declarado el sentimiento que en ella tenía. Quedaron pues para jueces de la causa nombradas once personas, y para gobernadores del reino cinco, el arzobispo de Lisboa, Don Juan Mascareñas, Diego López de Sousa, Francisco de Sa, y Don Juan Tello de Meneses; los cuatro todos llenos de esperanzas de Castilla, el último toda la esperanza de la patria. Quedó así esta

Corona sujeta al gobierno de muchos, falta de rey, como ya Roma al de los cónsules en la deposición de Tarquino por los movimientos de los romanos. Empezaron la averiguación de la anterioridad y precedencia; pero esto es ya del nuevo príncipe Felipe, que empieza a mostrar con las armas su derecho a aquel pedazo ínfimo de la plebe impaciente del que le mostraron los jurisconsultos con la pluma; mas al fin éste, que no ellas, ha de vencerlos.

En Enrique se acabó el reino que se había principiado en otro, y habiendo fallecido el primero en el año 1112 dando lugar al primero rey, nació en el año de 1512 el segundo para ser el último, así en el nombre de Enrique, y en el número doce tuvo principio y fin esta Corona; fue el último rey, y había nacido y murió el último de enero, y en el último año de los ciento y uno, porque había hecho paces entre estas dos Coronas, murió el reino y el rey adonde habían nacido, el reino en Enrique, y el rey en Almeirín. Tal se sabe de Constantinopla, edificada por Constantino, hijo de Elena, perdida por otro hijo de otra Elena, llamado Constantino, teniendo también en el número tres su aumento y su ruina; acabóse de edificar el año 330, de perder el de 1453, con 1123 de duración. Al fin así como en la vida del rey Don Juan el Tercero ponderamos que habían acabado en él las prosperidades de este cetro, justamente diremos (no sin dolor) que en el rey Don Enrique empezaron las mayores desventuras suyas, porque aquel aun le dejaba algunas esperanzas, éste se las llevó de todo punto. Así pues en el décimo séptimo rey suyo, se miró ajeno de sus reyes nuestro reino, como el de Israel después de otros tantos se vio dominado de Salmanasar de los asirios.

Fue Don Enrique de estatura más pequeña que grande, blanco y rubio, ojos azules, muy parecido al rey Don Manuel su padre. Su retrato le representa en los últimos días de su vida. Padecía la luna un eclipse grande cuando murió con 78 años de edad, uno y medio de reino (1580). Estuvo depositado en la propia villa hasta que el rey Don Felipe le hizo trasladar al monasterio de Belén.

Títulos que dio.

A Francisco de Sa, de conde de la Villa de Matosiños.

A Don Nuño Mascareñas, de conde de Aziñoso.

Gloriáronse, y a su patria, con la corona y palma del martirio en África siete soldados de Cristo, que en la batalla fueron cautivos: Simonde Freitas, Amaro González, Antonio de Silva, Juan de París, Fernando Ginés, Francisco de la Esperanza, y Domingo.

FIN DE LA TERCERA PARTE.

PARTE CUARTA

PRÓLOGO

Muéstrase el sol en el oriente imperando con aumentos y felicidades en todas las almas: al amanecer las racionales le miran más despiertas y alentadas; allá le hacen su festejo distinto las más brutas: las vegetales con nueva lozanía se levantan y remozan. Va subiendo el mismo sol, y cuando más elevado, empiezan a desmayar los bríos de todas aquellas cosas que al verle subir los aumentaban. Llega a la parte más eminente, es fuerza no parar, y forzoso el empezar a caer: ya calienta menos, y al fin rodando llega a sentir perdida, sino la luz, la gloria de darla al uno de los hemisferios que rodea. Todo esto pasa en un día solamente. ¿De qué nos admiramos, pues, si el reino de Portugal, como otro sol opuesto, desde el ocaso al oriente fue subiendo, hasta que muerto el rey Don Manuel empezó a declinar, y en el rey Don Enrique, de todo punto puesto, si todavía existe, a lo menos aquellas grandes luces suyas no las vemos? Y esto no pasó en solo un día, sino en el discurso de casi quinientos años. Volvamos los ojos a esos amplísimos imperios de griegos y romanos, hallaremos que a todo su valor y a todo su poder, fue imposible, no solamente la perpetuidad, la duración igual al nuestro: de manera que es inevitable el perecer. Nunca pudo esta imagen (¡prodigioso para decirse!) refrenar aquel deseo, y aquella ambición de hacerse mayores las más vastas monarquías llevando en su propio peso el precipicio; en el modo de tenerlo está la felicidad o la desgracia; mas ¿quién en la declinación pudo hallar felicidades? Serálo el caer con el menor estrago que se pueda; fue con el mayor que pudo ser nuestra caída; en ella se prometieron muchos que así como quedó pareciendo dichoso el pecado de Adán, porque de él resultó la venida de Cristo al mundo, había de ser venturosa la ruina de esta Corona con el reparo: mas el valor con que se competían dos naciones únicas en el al mundo, hizo siempre recuerdos de cuanto convenía que permaneciese Cartago para Roma.

I. DON FELIPE I (1527-1598) Desde el año 1580.

Calamidades bien restauradas pudiera llamar ya las que vio de sí nuestro reino, quien supiera que para heredarlo había nacido en Valladolid a 21 de mayo del año 1527. Don Felipe, hijo del emperador Carlos V y de la emperatriz Doña Isabel, hija de los reyes Don Manuel y Doña María. Sucedida la pérdida de África dio con Don Cristóbal el pésame al cardenal Don Enrique, ofreciéndole todo su poder para el reparo del reino, y luego la hacienda para el rescate de los cautivos: fue el primero el hijo del duque de Braganza, a quien siguieron muchos caballeros; ya parecía rey portugués en aquellas piadosas muestras con portugueses afligidos.

Mas sepultado el rey Don Enrique, las cosas se mostraban en todo ajenas de disposición de que se pudiese inferir seguridad alguna; menos la había en los propios gobernadores, puestos totalmente en las manos del temor; en solo el pueblo se veían algunos dejos de constancia que acercaban mucho a la corona la esperanza de Don Antonio, y él por no desampararla había acudido a ofrecerse en Lisboa al Regimiento para defensor del reino, hecho todo discípulo del maestre de Avis sobre la muerte del rey Don Fernando, a quien sucedió con semejantes artes. Agradecieronle el ofrecimiento, mas pidiéronle que ahora no se detuviese en la ciudad; fuese a Santarem, dejando en ella los duques de Braganza con mayores esperanzas de la Corona, que diligencias para alcanzarla. En todo el reino la paz era ninguna, y ninguna era la guerra. Resolvióse Felipe en que marchase el ejército prevenido, y en nombrar con parecer de Don Cristóbal por general el duque de Alba, que a la sazón estaba preso en Uceda. Los aparatos militares hicieron que Don Antonio volviese a la plática del concierto, y que los embajadores volviesen a proponerlo a los duques: mas él como ya buscaba casi con miedo lo que había desechado con presunción, era causa de que los partidos fuesen adelgazando. Cien mil ducados de renta le ofrecieron ahora, y los duques como les parecía que los buscaban pensando hallarlos medrosos al son del estruendo de las armas, antes huyeron de los ofrecimientos que los provocaron, y vínoles a ser tan dañosa esta confianza, como a Don Antonio aquel temor. Esta fue la última diligencia del duque de Osuna, que ya fatigado deseaba retirarse, y concedióselo Felipe; de manera que solo entró Don Cristóbal en este hecho, y solo lo acabó, y salió con él por entre vastísimas dificultades, que hasta ser restañadas fueron creciendo, y vistas correr con mayor ímpetu. En Santarem levantaban por rey a Don Antonio; en Setúbal embestía el furor popular con los gobernadores Don Juan, Don Diego y Don Francisco, que saliendo por las ventanas fueron al parar en Ayamonte; en Lisboa cruzaban por las plazas diferentes catervas de diferentes estados; y la defensa ninguna contra el último de que querían defenderse. Todo era impaciencia, y todo ira, y todo desorden, y todo confusión.

Hallábase ya Don Felipe en Badajoz, por parecerle que con aquella mudanza y acercarse más, habría en Portugal alguna moderación en el progreso de la perniciosa inconstancia y variedad, procedida más que de celo, de particular codicia de aquellos que al principio (pareciendo dudoso el derecho) trataron sólo de inclinarse adonde tenían por mejor librado el fruto de su esperanza, que daban a los pretendientes a la medida de lo que en cada uno de ellos miraban de potencia, o imaginaban de razón y de fortuna. Miseria que por muerte del emperador Helio ya tenía padecido el Imperio romano, cuando la gente de guerra poniéndolo en almoneda buscaba quien más le diese. Procuró cada uno levantarse con presupuesto de la salud común, llagando la propia honra; de suerte, que siendo esta la edad de hierro para la patria, fue la de oro para muchos de sus hijos enemigos de ella.

No había obrado mucho en los primeros días el haberse llegado Felipe, mas en los siguientes la ciudad de Elvas, las villas de Campomayor y Olivenza, abrieron los ojos, y cuando el rey no lo esperaba, le enviaron las llaves. Esto acabó de exasperar aquella canalla que seguía a Don Antonio, y atropellando toda la razón, y toda la orden se acabaron de confundir, y en Santarem le saludaron rey, haciendo con una acción dos daños grandes, correr a su perdición, y suspender como arrebatados de ver su corriente a algunos de aquellos que la llevaban encontrada. Mas como todo redundaba en una dilación dañosa, el Prudente (bien como otro Anco Marcio rey de Roma, después de ver que los latinos no estimando sus protestos, le obligaron a usar del rigor de las armas) moviendo las suyas mandó a su general que hiciese marchar el ejército, que hasta la villa de Estremoz ya no tenía resistencia, y en ella apenas la tuvo; en tanto Don Antonio que se veía seguido de alguna gente, la más esclavos concitados del deseo de la libertad (como ya con cuatro mil siervos y forajidos de Roma osó pretender Apio Herdonio la posesión del Capitolio) pasó a Lisboa, adonde para defenderle la entrada estaba el gobernador Don Juan Tello, que sin poder hacer menos la desamparó; y ella sin poder hacer más, oprimida se vio con rey que no quería, y con ministros de su gobierno cuales él quiso. Desde aquí juntaba gente, y pedía socorros a Francia e Inglaterra; ellos tardaron, y aquella no se aumentaba.

El duque de Alba había llegado y expugnados (por eso, que poco resistieron) Cascais y San-Gian, se acercaba a Lisboa con veinte mil hombres, halló resistencia en la puente de Alcántara, y no pequeña, combatida una noche entera; vino la mañana y entróla; de la otra parte estaba Don Antonio con casi cuatro mil, los más de ellos sin armas, y de los que las tenían eran raros los que se hallaban con conocimiento de ellas; mas como ya entre ellos ejercitaba la mano de príncipe a vista del enemigo los incitó delta manera:

Yo no pienso animaros con mis palabras, antes animarme con vuestra reputación, que en este día ha de sobrepujar aquella gloria con que vuestros mayores se hicieron electores de príncipes, tres veces cuando menos. Y es más, que los que nombrasteis fueron clarísimos entre todos los que os dio la sucesión. Aquel primero Alonso, y el tercero, ¿quién sino vos les puso la corona? Pues al rey Don Juan el Primero que no me excedió en la fortuna del nacer, ¿quién le dio la de reinar? Buen auspicio por cierto para vos y para mí, pues no sólo tenéis posesión para nombrarlos, sino buena mano para elegirlos; no sólo habéis fiado de mí el cetro, sino que ya se debe fiar de vos el acierto de entregármelo. De vuestro juicio ha resultado el nombramiento, resulte de vuestro corazón que no parezca temeridad sino justicia; yo dado todo a esa esperanza me dejé traer todo a ese peligro, que una corona mal asegurada en la frente antes promete ruina que ventura. Todas las dificultades he pisado, no para ser ejemplo de ambición, sino para motivo capital de vuestra defensa y libertad. ¿Y quién piensa que sin misterio he salido por entre lanzas y fatigas de la muerte y de la esclavitud (de que salieron tan pocos) después que porque no os faltase vuestro rey, encontrándole en el campo sin caballo le di el mío, exponiéndome a la ira de la barbaridad victoriosa? ¿Y quién piensa que en vano quedé libre de las persecuciones de mi tío, que viendo que de nada me acautelaba menos que de sus designios, me quiso quitar las esperanzas con quitarme de entre vosotros, relajándome a las últimas afrentas de la miseria? ¿Y quién piensa que sin permisión divina, huyendo de la prisión y del rigor de la patria, he escapado de las acechanzas de Castilla? Porque al fin el aprieto me hacía por desvío de un peligro dar en otro. Yo de vosotros fie siempre mi justicia. Los grandes portugueses nunca la quisieron para los otros grandes, deseando cada uno ejecutarla sobre todos. De entre vosotros he de hacer que muchos la ejecutéis en ellos. Vosotros sois a quien en mis agravios despreciaron: pues sabed que el camino de haceros preciar es seguir la resolución con el valor. ¿Para qué queréis consentir que nadie crezca sobre vosotros con maldades? No permitáis que yo, criado a vuestros ojos, hijo del príncipe más excelente, nieto del rey más venturoso que tuvisteis, venga porque os defiende a la última desventura. ¿Será bueno que el enemigo, natural de las tierras de mis abuelos, se introduzca extraño en ellas? ¿No tocáis ya con la mano vuestra opresión, si no le sacudís de esta esperanza? ¿Con qué amor ha de trataros aquel a quien vuestros padres tantas veces castigaron, y contra quien vosotros os armasteis? Si él os asegura con su potencia más aumentos, yo os aseguro que de un rey en favor de un reino, más obra la inclinación que la grandeza. ¿Y qué inclinación queréis vos que os tengan aquellos que saben que nunca les fuisteis inclinados? No hay que temer si estáis unidos, que a los imperios más los defiende la concordia grande, que la grande copia. Ese campo, y ese mar que veis poblados y cubiertos de tormentas que parecen formidables, no contienen otra gente más de aquella que mostrada a ser vencida de vuestras armas, está trayendo a la memoria cuando en Aljubarrota no fueron apagados de mayor número que el nuestro. Entonces para casi cuarenta mil fuimos seis, y ahora para veinte estamos cuatro. No quisiera deciros que por lo menos procuremos sustentarnos en cuanto tardan los socorros. En Inglaterra y Francia se van haciendo levadas con tanto calor, que es imposible la tardanza. Yo bien quisiera que no fuesen menester, porque no faltará en vos y en mí aquella soberanía de vencer a muchos siendo pocos; es esta nuestra posesión, y nuestra fama, y nuestra gloria, de vos espero que la habéis de sustentar, y de mí que con ella he de deshacer todos los poderes de la envidia.

Llevados de estas palabras, o de su desatino, sin orden alguna militar, y desnudos casi todos, osaron embestir con un ejército grande, diestro y fuerte, y lo que es más, dieron cuidado al duque general, que quiso llamar victoria digna de dar nombre a un capitán ya nombrado de la fama, la rota

de tan deshilada tropa. Por caminos ocultos iba huyendo Don Antonio, en tanto los arrabales de Lisboa se ponían a saco, que fue mayor que la batalla, o para decirlo mejor fue grandísimo él, y ella ninguna. No pretendo en esto gloria para la patria, sino para las mismas armas de nuestro príncipe, que acostumbradas a conseguir triunfos grandes, fuera desacreditarlos si entre ellos nos acordáramos de éste; y si lo hubo, cierto que más propiamente se debe al osar de tan pocos bisoños contra tantos veteranos. En los juicios cada uno se deleite con lo que estima, en el número a nadie es concedido el alterar. El campo castellano excedía de veinte mil combatientes, el portugués (sea campo en ora buena) no excedió de cuatro mil; la verdad es ella.

Hallándole luego Don Antonio en la ciudad de Oporto con las reliquias de aquella gente que le hubiera sustentado más en el título rea si en dárlelo se hubiera anticipado menos ciega, fácilmente le puso en huida Sancho de Ávila (uno de los mejores capitanes de las armas españolas) empezando a batir la ciudad desde la otra parte del Duero, que baña sus murallas; mas como ella no había pensado resistir, el empezar a batirla, antes fue demasía, que importancia. A este ejemplo bajaron con furor por la comarca algunas compañías; yo no niego el valor, mas ejercitarlo adonde falta resistencia, no le llamaré cobardía a trueque de que no le llamen vistoria. Ya no hallaba lugares que le admitieren Don Antonio, los montes y los bosques fueron su receptáculo y su refugio largos días; tiempo vino a alcanzar en que debió más a las fieras que a los hombres, como el emperador Macrinio, obligado del poder de Heliogábalo, cuando por la menor Asia bajaba temeroso. Mas ya con desengaño y casi sin compañía pasó a Francia, de donde todavía volvió con una armada en que fue desbaratado por el marqués de Santa Cruz en la isla de la Tercera, ocasión en que se vio algo de valor, y mucho de la ira, y licencia militar. Portugués hubo que muerto el enemigo le comió los hígados.

Pasados siete años, ayudado de las fuerzas de la reina Isabel inglesa, con una flota de cien vasos apareció sobre Lisboa, ganó a Peniche, entró en los arrabales de la ciudad, e hízose dueño de parte grande de ella. Desde el castillo y galeras batidos los ingleses, empezaron a perder tierra y gente y retirarse a Cascais, de adonde entrados en sus vasos desaparecieron habiendo hecho daño y recibílo, todo menos considerable que la lealtad portuguesa después de reconocido su príncipe. No hubo persona en esta ocasión que se acordase de Don Antonio; obraba ya demás de la virtud natural, el amor que Don Cristóbal ahora andaba conquistando en el rey para ellos, así como a ellos los había conquistado para el rey. Nada quedó divertido al servicio de su príncipe, ni al amor de su patria: extraño obrar, en ocasión que parecía no poder uno ser de una parte, sin pretender la ruina de la otra. Levantaba Felipe, como Abraham, el cuchillo sobre la garganta de muchos, como divino medio lo detenía Don Cristóbal. Quería entrar Felipe desde Badajoz, pidió al general un tercio para entrar acompañado, y Don Cristóbal: *Suplico a vuestra majestad humildemente, no entiendan los portugueses que vuestra majestad no se fía de ellos, porque nunca les conquistaremos los corazones, y lo que pretendemos esto es solo.*

Entró pues el rey por Elvas sin el arnés, y con la toga, despachando con Don Cristóbal todas las cosas del nuevo reino. Llamó a Cortes para la Villa de Tomar (1580), adonde ya con alegría y con aplauso fue jurado por legítimo heredero de aquellos estados, jurándoles sus privilegios, y confirmando sus leyes. Caminó a Lisboa, y día de San Pedro hizo su entrada con soberbio triunfo, y faustas aclamaciones, habiendo pensado por ventura que la había de hacer rompiendo por las armas portuguesas, las halló en maravilloso silencio con la antigua prosperidad de Furio Camilo que prevenido contra las que imaginaba prontas entre los tusculanos, entró en su ciudad hallándolos divertidos en el gobierno de sus casas. De su quietud y de este contento, se vio cómo había ganado los corazones de los portugueses con su derecho y con su valor natural, que no con sus armas, como publica la boca popular; pues (como decía Zenón o Tito Quincio, agraviado de todos los magnates, sólo porque Euriloco con pocos se oponía a los romanos; y los emperadores de Rodes cuando el senado les culpaba de que alguno favorecieron a Perseo macedónico) la alteración de un señor, con poca gente, la más de ella olvidada, no podía ser parte para deslustrar la conformidad y fe de casi

todos; porque a no ser esto, y a resistirlo conformes, ¿quién no dudara del suceso? Si se vio que habiéndose perdido el año antecedente veinte mil portugueses, estando el reino atenuado, lo mejor conforme, los alterados pocos y casi desarmados, dieron tanto cuidado al sucesor, que le obligaron a usar de todo su poder y de toda su prudencia.

Mas ¿a qué efecto argumentamos lo que resolvió el propio rey? Envióle el duque de Alba, después de esta que llaman batalla, las llaves de la ciudad de Lisboa, y él, dándolas a Don Cristóbal de Moura: *Tenedlas vos, porque a vos se deben ellas*. Llámeme ahora victoria de las armas la vanidad, que la prudencia en estas palabras victoria le llamó de su derecho, dado a entender por Don Cristóbal, y que muchos lo entendiesen de espacio no es culpable: cuando vieron morir un rey cristiano que todo estuvo declarado por Braganza, y que después a poder de Don Cristóbal estándolo por Castilla no se atrevió a declarar que sucedía su sobrino: y lo que es más, cuando vieron al mismo sobrino apoyar la justicia de las partes con ofrecerle porque desistiesen de ella, dones grandes, y al propio reino tan grandes, que fueron todos los que un príncipe natural les dejó cuando le llamaba otra corona, el rey Don Manuel cuando pasó a jurarse por príncipe heredero de Castilla. Son estos, así como los trajo el duque de Osuna cuando vino a ayudar a Don Cristóbal.

Gracias y mercedes que el rey mi Señor concederá a estos reinos cuando le juren por su príncipe y Señor, en las cuales se incluyen las que el serenísimo rey Don Manuel les concedió el año 1499. Era aquel en que pasó a Castilla.

1. *Que su Majestad hará juramento en forma de guardar todos sus fueros y costumbres, privilegios, y exenciones concedidos a estos reinos por sus reyes.*

2. *Cuando hubiere Cortes tocantes a este reino, serán dentro de él, y que en otras ningunas se podrá tratar o determinar alguna cosa que le toque.*

3. *Que poniéndose Virrey, o personas que debajo de otro cualquier título gobiernen ese reino, serán portugueses; y lo mismo se entenderá si a él se hubiere de enviar algún Visitador: mas que podrá enviar por Gobernador o Virrey persona real que sea hijo suyo, hermano, tío, o sobrino.*

4. *Que todos los cargos superiores e inferiores de Justicia y de hacienda y cualquier otro gobierno, no puedan darse a ningún extraño sino a solos portugueses.*

5. *Que en estos reinos habrá siempre todos los oficios que en tiempo de sus reyes hubo, así de la casa real, como del reino, y serán siempre proveídos en portugueses, que los ejercitarán cuando su Majestad y sucesores vengán al reino.*

6. *Que lo mismo se entienda en todos los otros cargos y oficios grandes y pequeños de mar y tierra, que ahora hay, y después hubiere de nuevo; y que las guarniciones de soldados en las plazas serán portugueses.*

7. *Que no se altere en los Comercios de la India, y Guinea y otras conquistas de estos reinos, ya descubiertas, o que se descubran después, y que todos los oficiales de ellos sean portugueses, y naveguen en vasos portugueses.*

8. *Que el oro y la plata que se hiciere en moneda (que será todo el que viniere al mismo reino de su dominio) no tendrá otra nota que las armas de Portugal sin mezcla alguna.*

9. *Que todas las Prelacias, Beneficios y pensiones se darán a portugueses: cargo de Inquisidor mayor, Encomiendas, y oficios de todas las Órdenes Militares, y en todo lo eclesiástico, como ya se dijo en lo seglar.*

10. *Que no habrá tercias en las Iglesias, ni subsidios a ni excusados, y que para ello no se podrán impetrar Bulas.*

11. *Que no se dará ciudad, villa, lugar, jurisdicción, ni derechos reales a persona que no sea portuguesa; y que vacando bienes de la Corona, su Majestad ni sus sucesores lo podrán tomar para sí, antes darlos a los parientes de los últimos poseedores, o a otros beneméritos portugueses.*

12. *Que en las Órdenes Militares no se inová cosa alguna.*

13. Que los Fidalgos venzan sus moradas con doce años de edad. Que su Majestad y sucesores tomarán cada un año doscientos criados portugueses que venzan la propia morada, y que los que no tuvieren fuero de Fidalgos sirvan en las armadas del reino.

14. Que cuando su Majestad y sucesores vinieren a este reino no se tomarán casas de aposentadoria, como en Castilla se usa, sino como en Portugal.

15. Que estando su Majestad y sucesores fuera de este reino traerán siempre consigo un Consejo que se llamará de Portugal, con una persona Eclesiástica, un Veedor de hacienda, un Secretario, un Chanciller mayor, y dos Oidores, que serán portugueses, y con que se despacharán las cosas del reino; y en la Corte habrá dos escribanos de hacienda, y dos de la Cámara para lo que se ofreciere; y todos los papeles serán en portugués; y cuando su Majestad viniere a Portugal vendrá con el propio Consejo.

16. Que todos los Corregidores, y cargos de justicia se proveerán como ahora, Proveedores, y Contadores y otros.

17. Que todas las causas de cualquier calidad que sean se determinarán y ejecutarán en este reino.

18. Que su Majestad y sucesores tendrán Capilla como los reyes pasados en Lisboa, para que los oficios divinos se celebren.

19. Que admitirá su Majestad los portugueses a los oficios de su casa al uso de Borgoña, indiferentemente que a los castellanos, y otras naciones.

20. Que la reina se servirá ordinariamente de Señoras y Damas portuguesas, y que las casará en la patria y en Castilla.

21. Que porque se aumente el comercio se abrirán los puertos secos de ambos reinos, y pasarán libremente.

22. Que se dará todo favor para entrar pan de Castilla.

23. Que dará trescientos mil ducados, ciento y veinte para rescatar cautivos portugueses, ciento y cincuenta para depósitos, treinta para acudir al trabajo presente de la peste.

24. Que para las flotas de la India, defensa del reino, e castigo de corsarios su Majestad mandará tomar asiento conveniente aunque sea con ayuda de los otros Estados suyos, y mayor costa de su hacienda Real.

25. Que procurará estar en este reino lo más que fuere posible, y si no hubiere estorbo, quedará el Príncipe en él.

Almeirín 20 de marzo de 1580.

Estos privilegios sacaron portugueses para su Patria, y ahora hay portugueses tan enemigos de ella, que los ayudan a violar, como si la ruina necesitase de apetitos, y como si no incurriesen los que los quiebran, y los que lo consienten en aquellas maldiciones de aquellos padres de los cetos poco temidas, cuando vemos en nuestro daño los efectos de ellas. Confirmólos Felipe. Y todas estas mercedes (dice), gracias y privilegios tengo por bien, quiero y mando, que ni en todo, ni en parte dejen de tener su efecto en tiempo alguno; suplo cualquier defecto que de hecho o derecho en estas cosas se pueda oponer (prosигuen palabras y cláusulas de firmeza) y encomiendo, ruego y mando al príncipe mi hijo, y a todos sus sucesores, que así lo cumplan; si lo hicieren (como espero) sean benditos de la bendición de Dios, Padre, Hijo, Espíritu Santo, de la Virgen gloriosa, de la Corte Celestial, y de la mía. Si no (lo que no creo) serán malditos de la maldición de nuestro Señor, de nuestra Señora, de los Apóstoles, y de la Corte Celestial, y de la mía: no crezcan, ni prosperen, ni pasen adelante. Dada y sellada de mi sello de plomo en Lisboa a 15 de noviembre. Lope Suárez la hizo año de 1582. REY. Miguel de Moura.

Estos privilegios ofreció al reino porque le jurasen, estos le confirmó después que le juraron. Sepamos ahora quien es el conquistado, si el rey de quien un reino saca tales gracias, si el reino de

quien un rey no pudo serlo sin ellas. Diferentemente nos juzgara Carlos V, porque su hijo después de jurado en Portugal no tuvo quien se volviese contra él, habiendo toda la ocasión que pudiera alterar los ánimos. Pasó su nombre a la India, distancia inmensa, y acalló todo aquel Imperio, y obedecióle todo.

Con satisfacción pública compuso el rey en Lisboa las cosas pasadas y presentes, y después de haber usado algún castigo con algunos culpados, no como Sergio Galba con todos los que tardaron en saludarle por emperador, usando de la clemencia de Julio César con los romanos, perdonó a otros, dejando purificada en pocos la imprudencia de todos los engañados, y todos fueron tan pocos, que queriendo reservar algunos, nombró la primera vez, cuando el rigor estaba en todo su punto, veinte y cinco solamente, y la segunda cuando no estaba en todo su punto la piedad, solamente cinco; algunos trescientos reservó Carlos V en el perdón del tiempo de las comunidades. Las muchas mercedes que hizo Felipe, las muchas acciones con que se mostró digno de aquel Imperio, esas ya en los ánimos de todos le dieran el título cuando él no fuera suyo.

Dejando al serenísimo príncipe cardenal Alberto, archiduque de Austria, su sobrino, por gobernador de esta Corona, volvió a Castilla (1586) con la emperatriz María su hermana, que viniendo a España en esta ocasión fue a buscar al hermano en nuevo reino. El mayor cuidado que tuvo el gobernador en su tiempo, fue la vuelta de Don Antonio con la armada inglesa sobre Lisboa. con que vino a despedirse de la patria, cuando no de las esperanzas de volver a ella, parecido (sino con el otro Antonio que en tiempo de las competencias de Vespasiano y de Vitelio aplacaba los motines) en los sucesos de su intento a Manlio llevado a la pretensión de rey de romanos, para que le dieron ánimo muchos que después se lo quitaron, porque no solamente le desamparó el pueblo que tanto le había amparado, mas aun sus mayores amigos le mostraron las espaldas, haciendo que a un mismo lugar y un propio tiempo se viese en el trono que deseaba, y en la miseria que por ventura no temía, ni fue la menor verse llamado tirano de algunos que le llamaron rey, y de otros que sin duda entonces deseaban ser compañeros de aquellos. Prosiguiendo en solicitar favores de Francia residió en París miserablemente, y así murió. Está sepultado en la iglesia del Ave María con humildad, mas en el epitafio con la porfía de título de rey; fue príncipe dotado de virtudes dignas de mejor fortuna, y que no desmereció la que buscaba, sino en el modo de buscarla.

De la misma suerte que el gobierno romano después de adquirido el reino de Macedonia, puso en algunas provincias tribunales para mejor expediente de las partes, así el rey hizo pasar desde Lisboa a la ciudad de Oporto el Senado o Chancillería que llaman Relación, pareciendo que se atajaban gastos y opresiones; mas la experiencia ha mostrado que fue abrir la puerta a nuevos pleitos que se dejaban de hacer, componiéndose por no ir tan lejos, dándose a aquella ciudad y su contorno una opresión que solo conocen los que las padecen, y nunca acaban de entender los superiores para el remedio; porque en los pretendientes miran solamente la humildad con que piden cargos, sin considerar la soberbia con que después los ejercitan. Leones vi yo en aquella ciudad, que después vistos en Madrid eran ovejas.

De enfermedad prolija, que grandemente le atormentó (como al emperador Arnulfo), murió en su insigne monasterio de San Lorenzo del Escorial a 17 de septiembre (1598) con setenta y un años de edad, diez y ocho de rey de Portugal, y cuarenta y tres de toda España. El primero príncipe de esta Monarquía junta después que los godos la perdieron. Pudo con razón decir como Septimio Severo al tiempo de morir, que cuando tomó el imperio casi todo lo vio alborotado, y cuando lo dejó, todo en sosiego, y paz tranquila. Fue uno de los mas ínclitos príncipes que tuvo el mundo; en él se acumularon virtudes que divididas por otros los pudieran hacer clarísimos. Cuidaba del cargo que tenía; y a la costumbre humana de sus gloriosos antecesores portugueses, conocía los vasallos, premiaba los méritos, oía a todos, a todos respondía, no con generalidades, sino con resolución a las pretensiones, con entera noticia de ellas y de ellos. Para esto tenía contadas las horas, distribuidos por ellos los despachos por no confundirlos; y sobre ellos escribía tanto de su mano, que sólo lo que

hoy se conserva en el Archivo de la casa de Castel-Rodrigo le podía acreditar por un vigilante y cuidadoso monarca.

Mediana tuvo la estatura, la presencia venerable, frente levantada, ojos azules y hermosos, nariz bien puesta, labios gruesos, el de abajo caído un poco, como de la Casa de Austria; cabellos rubios, y todo junto de aspecto verdaderamente real y majestuoso. Careció del sentido del olfato, o por lo menos de manera le tuvo que no hacía diferencia en los olores: esta falta tuvo, porque casi es alabanza el tenerla, que quien trabajaba tanto, es de creer que de buena gana dejaba las delicias. La aplicación maravillosa. Fue rey de sus privados, y no elector de reyes. Moría congojado, y decíale Don Cristóbal, que se acordare que dejaba un hijo capacísimo; y él: *¡Ay Don Cristóbal, que temo que le han de gobernar!* Nunca habló menos que por la boca de la prudencia y agudeza. Decía Cicerón que si Júpiter hubiera de hablar como los hombres, hablara solamente como Platón, y dijera como Felipe si supiera profetizar. Retratos diferentes le representan en diferentes edades: mas hermoso aquel que se ve con ropa rozagante imperial de brocado de oro, aforrada en tela de plata, cetro en la mano, gorra puesta como se halló en las Cortes de Tomar, ornamento observado entre las ceremonias reales antiguas de este reino en semejantes actos.

Casó (como Julio César) cuatro veces. Primera con la princesa Doña María, hija de nuestro rey Don Juan el III. Segunda con María, reina de Inglaterra, hija de Enrique VIII, de que no tuvo sucesión. Tercera con Isabel que llamaron de la Paz, por la que trajo en dote, hija de Enrique II, rey de Francia. Cuarta con Ana, hija del emperador Maximiliano.

Hijos.

De la primera.

I. Don Carlos a quien su padre (como el emperador Constantino con su hijo Crispo) recogió por justas causas en un cuarto de su palacio, adonde murió mozo.

De la tercera.

II. Doña Isabel Clara Eugenia, condesa de Flandes, mujer del archiduque Alberto.

III. Doña Catalina, mujer de Carlos Manuel duque de Saboya.

De la cuarta.

IV. Don Fernando y V. Don Carlos Lorenzo, que murieron niños.

VI. Don Diego que murió niño, jurado príncipe de Portugal.

VII. Don Felipe que sucede en la Corona.

VIII. Doña María, que murió niña.

Títulos que dio.

A Don Manuel de Meneses, de duque de Villa Real, de que era marqués.

A los primogénitos de la casa de Aveiro, de duques de Torresnovas.

A Don Antonio de Castro, de conde de Monsanto.

A Don Francisco Mascareñas, de conde de Villadorta o Santa Cruz.

A Ruy González da Cámara, de conde de Villafranca.

A Don Francisco Manuel, de conde de la Atalaya.

A Don Fernando de Morona, de conde de Liñares.

A Don Fernando de Castro, de conde de Basto.

A Don Pedro de Alcaçova Carneiro, de conde de la Idanha.

A Don Duarte de Meneses, de conde de Tarouca.

A Don Cristóbal de Moura, de conde de Castel-Rodrigo.

[Del mundo.]

En su tiempo por el papa Pío Quinto se reformó el Misal y el Breviario, reduciéndose a unas mismas las diversas ceremonias y estilos que se usaban en la Misa y en el rezo. Por Gregorio Decimotercio se concluyó la reducción del año, cuya cuenta se adelantaba por ocho minutos, cuarta parte de una hora que falta al día, añadido al año bisiesto, con que las Pascuas venían fuera de sus tiempos. Tuvo principio en el de 1582, contándose de manera que celebrada la fiesta de san Francisco a cuatro de octubre su propio día, el siguiente fueron contados quince del mismo octubre, dejando esta diligencia a nuestro rey parecido con Numa, raro en lo primero del culto de sus dioses, primero en lo segundo de la distribución de los doce meses por un año.

II. DON FELIPE II (1578-1621)

Grande fue el gobierno de nuestro rey difunto, grande por la misma razón su falta, grande por todo el sentimiento de quien le perdía. Moderábalo una viva esperanza que a todas partes aseguraba el heredero Don Felipe, que en la insigne villa de Madrid había nacido (séptimo hijo de su padre, y cuarto de su madre la reina Doña Ana) a 14 de abril (1578). Fue Segundo del nombre en Portugal, y Tercero en España, como su padre Segundo en ella, y Primero en él.

Juróle por sucesor esta Corona el primer día de febrero (1583), después las otras. Vino de esta manera a ser el príncipe primero de toda España, y Portugal el primero reino que lo aclamó. Tenía entonces cinco años de edad, y veinte cuando tomó el cetro que su padre había dejado (1598).

Tuvo diferentes embajadas de emperadores y reyes que siempre recibió con real grandeza. Expidió muchas armadas, muchos socorros: muy suyo aquel con que ayudó al pontífice Paulo V, de tres millones, treinta mil hombres, a imitación del grande Carlos de Francia, cuando la Iglesia padecía las molestias de los Lombardos; otro al emperador Ferdinando de treinta y dos mil infantes, cuatro mil caballos, y suma copiosa de dineros. De todos resultaron victorias importantes, reinos nuevos en la India Oriental, aumentos en las navegaciones y comercios, singularmente del Océano.

Con celo cristianísimo (y resolución tan grande, que fue temida de todo el ánimo de Carlos Quinto, en quien como antes en el católico rey Don Fernando, y después en el prudente monarca Felipe Segundo, fue visto este deseo siempre con inconvenientes no pequeños) expelió de España los apóstatas moriscos (fueron casi cuatrocientos mil) que en ella se difundían heréticos, tiranos y traidores, usando con ellos de tal clemencia (si bien dañosa después) que no los puso a cuchillo, pudiendo con justa causa. Esta hazaña gloriosa le fue profetizada el día de su nacimiento por un predicador apostólico, después de haber reprehendido aquella gente sacrílega, amenazándola con el príncipe nacido.

Muchas veces prometió a nuestro reino verle en persona, y otras tantas dejó de hacerlo: lo primero deseos suyos; lo segundo reparos de sus privados. ¡Notable cosa! que ninguna está tan bien a un rey y a su gente, como verla y ser visto de ella, y que no se vean porque no quieren mudarse los validos; tan de vidrio es la privanza. Ya de escarmentada no lo pretendía esta Corona, ni lo esperaba, cuando arrebatadamente le vio caminar por el mes de abril (1619), llevando en su compañía los príncipes Don Felipe, y Doña Isabel y la infanta Doña María; y (como su padre) en el propio día de San Pedro (con razón elegido de estos reyes para recibir llaves dichosamente) entró en

la ciudad de Lisboa gozando del mayor triunfo que jamás se escribió de ningún monarca, porque llevados los portugueses del amor y alegría de verle entrar en su reino, habiéndole primero entrado en las almas: tales obras fabricaron, que ocupando con ellas los distritos de los cuatro elementos, no les dejaban lugar donde cupiesen; no es exagerar que toda elocuencia era siempre poca para describir este aparato. Copia innumerable de bajeles por el Tajo, en forma de varios peces y monstruos marinos. Pasó el rey en una galera (acompañada de muchas) fabricada con tan superior artificio, que pudo poner en olvido la con que Filopater, rey de Egipto, asombró su tiempo, y dio motivo al cuidado de las cifras de Budeo. En tanto que bogaba la multitud de embarcaciones, los truenos de la artillería de ellas y del castillo atemorizaban la región del aire. Puesto en tierra el rey fue pasando hasta la iglesia mayor, de ésta hasta palacio, viendo tantos espectáculos de oro y plata, que faltándole tiempo para verlos, al otro día volvió a remirarse en máquinas tan sublimes, que al fin eran descripciones de los ánimos de quien se las ofrecía: así teatros y fábricas innumerables se vieron levantadas con fundamentos y materias, que antes parecían para muchos siglos, que para un solo día, aun el deshacerlas se mostraba imposible; esto sólo se diga (sin excesivo encarecimiento) en retorno de verlas hechas. Al fin allí faltó caudal a la admiración para admirarse, y a la grandeza discurso para conocerse tanto, que el mismo rey mostrado a lograr aparatosas pompas, dijo *Que solo aquel día se tuviera por rey*, queriendo llamar en esta entrada a la ciudad de Lisboa, *Felicidad de Felipe*, como la llamó César suya entrando en ella.

Celebró en palacio los dos actos del juramento del príncipe, y de las Cortes del reino con grande alegría, con grande aplauso, con grande esperanza, todo mal logrado: primero por lo poco que los vasallos fueron vistos de su rey, aunque le vieron a él; segundo, por la resolución con que fueron respondidas las Cortes. Esto fue porque el ir al reino, y celebrarlas, acción suya había sido, el responderlas, y no hacerles mercedes resulta de privados y ministros: mostrando allí esta ocasión como otras muchas cuantos aciertos buenos hizo perder a su Corona faltar en tal rey la exención y libertad de su antecesor Don Juan el II. Temerosos los validos de que se aficionase a nuestra gente, y le detuviese entre ella, ninguna grandeza, ninguna abundancia, ninguna comodidad, ninguna conveniencia hubo que no fuese veneno, y pudo tanto con este príncipe lo que le decían, que apenas dio crédito a lo que veía, habiendo de lo visto a lo escuchado distancia sin medida. Bien lo pagaron ellos, que si quitaron un rey de la vista de unos vasallos a que no podían quitarlo de las almas, Dios se lo quitó a ellos a los ojos de los agraviados, que los vieron morir en destierro, en desestimación, y aun en miseria: paradero fatal de la privanza.

Gastados siete meses en ida y vuelta, vino a morir en Madrid el último de marzo (1621), con cuarenta y tres años de vida, y veinte y dos y medio de reino. Está enterrado con sus padres en el monasterio Real de San Lorenzo. Su retrato, así como se halló en las Cortes de Lisboa, con ropa rozagante de brocado, Tusón y cetro, es alegre y majestuoso. Fue de estatura con más proporción que grandeza; frente dilatada, ojos azules, labios gruesos, blanco y rubio, cabellos de oro, aspecto hermoso, presencia de que fácilmente se infería soberano imperio. Católico y santo príncipe, no halló de qué temerse, ni qué llorar a la hora de su muerte, sino el haber calificado aquellos temores que dijimos de su padre a la hora de la suya, que a no haberlos calificado, hubiera sido uno de los más sublimes y bien afortunados príncipes de toda la tierra, porque tal era su felicidad, que teniendo privados que trataron más de hacerse poderosos sobre él, que de hacerle poderoso sobre sus contrarios, debelándolos y confundiéndolos les hizo perder vidas y reinos; otros nuevos trajo a España, y otras plazas, el de Pegu, el de Candía, la Mamora, y Larache.

Casó con Doña Margarita de Austria (hija de los archiduques Carlos y María) una de las más gloriosas reinas que tuvo esta Corona, y tuvo muchas; viudo de ella, en la continencia fue imitador del esclarecido rey Don Alonso V.

Sus hijos.

I. Doña Ana María Mauricia, mujer del rey Luis XIII de Francia, que llevó en dote quinientos mil escudos de oro.

II. Don Felipe que sucedió en el cetro.

III. Doña María que nació en Valladolid a 18 de agosto de 1606, capitulada casar con el rey de Hungría.

IV. Don Carlos, que nació en Madrid a 14 de septiembre de 1607.

V. Don Fernando, que nació en San Lorenzo el Real a 17 de mayo de 1609. Cardenal, arzobispo de Toledo, prior de Crato, y abad de Alcobaça.

VI. Doña Margarita nació en Lerma el mes de mayo de 1610, y murió a 11 de marzo de 1617.

VII. Don Alonso nació en San Lorenzo a 22 de septiembre de 1611, y murió el año siguiente, de cuyo parto había muerto su madre, dejando a sus vasallos llenos de eterno deseo y sentimiento.

Títulos que dio.

A Don Miguel de Meneses marqués de Villa-real, de duque de Camiña.

A Don Cristóbal de Moura conde de Castel-Rodrigo, de marqués de la misma villa, de Grande de España, y le hizo de su Consejo de Estado en Castilla, y Virrey primero de Portugal.

A Don Diego de Silva conde de Salinas, de marqués de Alenquer, villa que hasta entonces fue siempre propia de las reinas portuguesas.

A Don Juan de Borja, de conde de Ficallo.

A los primogénitos de la casa de Castel-Rodrigo, de condes de Lumiares.

A Don Luis Enríquez, de conde de Cuba y Villaflor.

A Don Luis de Silveira, de conde de la Sortella.

A Ruy Méndez de Vasconcelos, de conde de Castelmellor.

A Enrique de Sousa, de conde de Miranda do Corvo.

A Don Luis de Portugal, de conde Vimioso.

A Luis Álvarez de Tavora, de conde de San Juan da Pesqueira.

A Don Manuel de Castel-Branco, de Villanova de Portimar.

A Don Francisco de Faro, de conde de Vimieiro.

A Don Pedro de Meneses, de conde de Cantañeda.

A Don Esteban de Faro, de conde de San Luis de Faro.

A Juan González de Ataíde, de conde de Atougua.

A Don Luis de Lima, de conde de los Arcos.

A Simón González da Cámara, de conde de la Calleta.

A Don Francisco de Sa y Meneses, de conde de Peñaguison.

[Del mundo]

En su tiempo al haber sudado copiosamente una imagen del insigne mártir San Sebastián, sucedió el aplacarse el mal de una peste con que se abrasaba Lisboa. Un año antes de su jornada a Portugal fueron observados dos cometas prodigiosos en los signos de Virgo y Libra, uno de ellos de tanta grandeza que renovó la memoria de aquel que en el nacimiento de Mitrídates ocupó la cuarta parte del cielo; siguiéronse muertes de pontífices, de reyes, pérdidas de imperios, caídas de

privados, si bien para temerles el fin de como han de caer, no hay más cierto cometa que el modo con que se ven subir. En la ciudad de Braçain de nuestra India hubo una tormenta que llevó templos, casas, gente, árboles y montes; viéronse en el aire diferentes señales en forma de personas, fuegos, y peleas, como ya en tiempo del cónsul Flaminio se habían visto en los campos de Amiterno. Fue beatificado el apostólico y santo varón fray Bartolomé de los Mártires, arzobispo de Braga, cuyo cuerpo posee la villa de Viana. Margarita de Chaves en vida y muerte, milagrosa.

III. DON FELIPE III (1605) Su reinado hasta 1628.

El mayor viernes del año nació el mayor príncipe de la tierra. Estaban en Valladolid los gloriosos reyes Don Felipe y Doña Margarita cuando en este día que fueron 8 de abril (1605) salió a la luz del mundo Don Felipe III en nuestro reino, IV en todos los otros que hoy posee. Fue celebrado su nacimiento con las más costosas fiestas que en ocasión semejante fueron vistas: presagios felices entonces de tan esclarecido príncipe, y ahora de tan soberano monarca. Benigno el Cielo nos conceda mucho número de años a su vida, victorias sin número a sus armas, despojos no logrados de ningún César a sus triunfos.

Muerto su padre (1621) se retiró, acompañado del infante Don Carlos, al real monasterio de San Jerónimo, de adonde a pocos días, saliendo a tomar posesión de su imperio, con sublime aparato y pomposa entrada mostró al mundo un alegre y memorable día. Con felicísimos auspicios, y con espíritus muy de mayores años, entró en su gobierno reformando Consejos, promulgando leyes, castigando ministros culpados, y mandando a todos que presentasen inventarios de sus haciendas, para que siempre se observase lo que lograban antes de servirle; si no fue en esta ocasión, nunca hubo alguno a que pareciese que tenía adquirido mucho.

A diez y seis de mayo (1623) entró en Madrid por la posta sin ser conocido Carlos príncipe de Gales, rey de Escocia y de Inglaterra. Encubierto se aposentó en casa de su embajador, y descubrióse con él el pensamiento que le traía a España. Su Majestad Católica hizo con él desde San Jerónimo la entrada que solamente se debe a sus reyes y señores naturales, dándole el lado derecho, acompañado de toda su Corte, que en este día fue la ostentación de la alegría y de la riqueza. Después con demostraciones públicas le festejó, saliendo en persona a jugar cañas, y a llevar el premio del común aplauso. Pareciéndole que aseguraba diferentes pretensiones, propuso la mayor, el casamiento con la serenísima infanta María. Mandóse a varones gravísimos que votasen y escribiesen sobre la propuesta; conciliados los que conformes en que se hiciese, discrepaban en el modo: esperanzas hubo de que había de tener fin la pretensión, mas permitió el Cielo que no lo tuviese: y si fue dicha de nuestra infanta no tenerle, bien se puede fiar al tiempo, y a la de Francia con quien lo tuvo, que lo digan.

Tuvo fin con la entrega de Breda aquel cerco en que se vieron encendidas todas las máquinas, todo el poder, y toda la bizarría militar que de la Antigüedad por admirables libró del olvido la memoria. Por diferentes regiones volaron las insignias de España sobre diferentes y numerosos ejércitos. En todas estas partes sirvieron siempre y sirven muchos portugueses, con tanta aprobación y estima, que apenas se hallaran en una compañía cuatro soldados particulares que no sean nuestros los dos de ellos. Así que los lusitanos sin otra gente, muchas veces vencieron batallas; las otras gentes sin lusitanos apenas dieron alguna.

Los rebeldes holandeses, deseosos de ejecutar más de lo que pueden, intentaron ganar la provincia del Brasil, y aprovechándose o ya del descuido de quien la gobernaba (que los

gobernadores del siglo antes pasan a ser mercaderes, que capitanes) o ya de algunos viles sujetos que habían divertido el cuidado, y dado avisos, comunicaron el pensamiento o la codicia mal pensada a los príncipes del Norte, que todos envidiosos del poder de España (eterna será su envidia) se inclinaron en su favor, y establecieron compañía gruesa con gente mercantil y poderosa. Una armada fletaron en la isla de Holanda y Zelanda, que contenía treinta y cinco vasos, de que eran general Juan Van Dort, almirante Jacob Villebens, con tres mil hombres de mar y guerra, todos de opinión y nombre; artillería no poca, municiones y pertrechos en abundancia suma. El secreto (cosa que más falta y más importa en todos los Consejos) fue notable, publicando que la jornada era a las Indias Occidentales, salió en diciembre (1623): pasada la línea, y a seis grados del sur, abiertas las instrucciones hallaron que les mandaban ir sobre la Bahía de Todos Santos. Es la bahía una ensenada que forma el mar amplísima, tanto que se juzga por la mayor del mundo, y puerto de la ciudad de San Salvador, que en aquellas riberas montuosas se levanta con alguna elevación, en forma prolongada de norte a sur; tiene iglesia catedral: tuvo una chancillería (que llamamos *Relação*) hasta el año pasado, en que con mucha razón se vio extinguir, porque la mayor injusticia que padece una república, resulta de tener muchos ministros de justicia; es metrópoli de todo el Estado del Brasil, provincia que yace en aquella vastísima parte del Nuevo Mundo, que se llama América, al oriente de ella, y respecto de nosotros al occidente, mayor que toda Europa, mil y doscientas leguas de costa de mar, agradable, rica y fertilísima. Referir los frutos que lleva, la gente bárbara que la posee, y sus costumbres, pasado un siglo que la pisamos como patria, sería antes que necesidad, deseode escribir y de abultar, son eso ya cosas muy de casa.

Entró pues la armada, batieron el arrabal de la marina, estaba empezado en frente de la ciudad dentro del agua un fuerte en que asistía Antonio de Mendoza, hijo del gobernador Diego de Mendoza, con alguna gente, que sin obrar mucho lo desamparó maltratado de la artillería enemiga. En tanto, desembarcaron mil mosqueteros, y a la deshilada fueron marchando sin resistencia alguna. Hicieron alto en el arrabal de San Bento; entró la noche, y salieron de la ciudad todos sus habitantes. De ella se apoderaron los enemigos a la mañana libre y sosegadamente; el gobernador, que casi solo había quedado, esperólos en su casa, y de ella preso lo llevaron a su capitana. Toda edad, todo sexo, y todo estado, ni pesó recato, ni dificultad, ni reputación, solamente seguían el deseo de salvar la vida con la prisa por entre los bosques vecinos, dejando en sus casas un rico despojo. Fueron los templos profanados, las imágenes ofendidas, y escarnecido todo ornamento sagrado. El obispo Don Marcos Teixeira, varón docto, mostrándose animoso, puesto con sus canónigos en hábito de soldado, se había ofrecido al capitán para la defensa, mas no siendo admitido se retiró con orden y concierto militar a una aldea. Matías de Albuquerque, que sucedía al gobernador preso, estaba cien leguas ocupado en el gobierno de Pernambuco, adonde hiciera daño su falta, al mismo tiempo que fuera provechosa su asistencia en la Bahía. Avisó del caso: llegó el aviso en julio (1624); escribió el rey de su mano a los gobernadores de Portugal Don Diego de Castro conde de Basto, y Don Diego de Silva conde de Portalegre, y a los caballeros principales encareciendo: lo que estimaba el valor y fidelidad portuguesa, y lo que en correspondencia de su amor esperaba que obrasen en ocasión tan grande. Y ellos, porque no fuese vana la esperanza viéndose mirados de su rey (estimación que siempre en los corazones lusitanos solía despertar hazañas maravillosas), que bajando a Lisboa de todas las partes del reino donde se hallaban, con las personas y con las haciendas hicieron que sin costa alguna de la hacienda real saliese del Tajo dentro de tres meses una flota de veintiséis bajeles llenos, casi la mayor parte, de la nobleza de esta Corona.

Dos primeros con acciones ejemplares hubo en esta ocasión. Don Manuel de Moura Corte-Real, marqués de Castelrodrido (lustre y reparo moderno de la antigua familia de Mouras, que siempre por el servicio de sus reyes y libertad de su patria imitó liberal la otra excelente de los Fabianos, cuando para salir a pelear contra los Veyos hicieron semejante ofrecimiento a la República romana), viendo el Erario público con más necesidad de ser socorrido que buscado, fue el primero que ofreció para el socorro una lucida compañía levantada en sus tierras, armada y

satisfecha a su costa, acción a que se debió por ventura (puede mucho en semejantes ocasiones el ejemplo liberal de un noble) lo que ofrecieron otros, porque entre nuestra gente lusitana obra tal vez más la emulación que la virtud. Don Alonso de Noroña con años y con bríos venerables, fue el primero que se alistó como soldado, habiendo sido benemérito gobernador y capitán general de todas las grandes plazas de nuestras conquistas, y nombrado virrey del Oriente. Si el ejemplo del marqués hizo ser liberales a algunos que nunca pensaron serlo, el de Don Alonso de Noroña soldados a muchos que no lo eran; a su ejemplo se alistó de la nobleza parte grande. No los nombraré, porque entre caballeros portugueses es cierto que cada uno trocará la gloria de ser nombrado, porque su vecino no lo sea. Los aprestos y la gente a paso igual se multiplicaban, todo con calor increíble: dijera la antigüedad que el antiguo valor de Portugal resucitaba.

Pareciendo todavía conveniente que el poder había de ser tal que no se pudiese dudar (cuanto al juicio humano) de la recuperación de aquella plaza, se ordenó que la armada castellana se juntase con la portuguesa. A un mismo tiempo se empezaron a aprestar, mas con desigual diligencia se aprestaron; la portuguesa aguardó un mes en el puerto de Lisboa por la castellana, y saliendo en noviembre sin ella, aguardóla en la isla de Santiago (principal de las de Cabo Verde) hasta el mes de febrero, en que se vieron juntas: tardanza considerable, y que se hizo provechosa al enemigo; no fue sin causa la desigualdad, porque el un apresto se hizo con amor, y con hacienda de vasallos, y el otro con hacienda del rey, y con tibieza de ministros. La armada portuguesa contenía veinte y seis vasos con cuatro mil hombres de mar y guerra, ellos en dos Tercios, de que eran maestros de campo Antonio Moniz Barreto y Don Francisco de Almeida, general de todos Don Manuel de Meneses, persona de conocido valor y experiencia, y almirante el mismo Don Francisco. La castellana en más vasos, ocho mil hombres de mar y guerra: los de guerras en tres Tercios, dos de españoles, uno de italianos, sus maestros de campo Don Pedro Osorio, Don Juan de Orellana, el marqués de Torrecuso, almirante Don Juan Fajardo de Guevara, general Don Fadrique de Toledo Osorio, marqués de Valduesa, que en pocos años de muchos ha tenido aplausos. Naveguen las Flotas en cuanto vemos lo que pasa en la Bahía.

Metido el holandés en posesión de ella, toda embarcación que entraba inocente del suceso venía a hallar el peligro adonde buscaba el descanso: muchas presas tuvieron de estas, parte grande enviaron de unos y otros despojos navales y terrestres a su República en cinco vasos con las nuevas de la felicidad y facilidad con que fueron ganados. El gobernador y el provincial jesuita presos hicieron mas estimable en Holanda la muestra del fruto conseguido. Corrió luego los mares del Brasil Pedro Pers, inglés, con ocho navíos, lucida gente y armas, mas sin provecho, hasta que con pérdida del almirante y veinticinco mosqueteros de trescientos con que asaltaron la villa de Vitoria, que embestidos de solos cuarenta y seis hombres con la espada sola, que capitaneaba Salvador de Sá Benavides, hijo de Martín de Sa, gobernador del Río de Janeiro, que pasaba en socorro de la Bahía, vergonzosamente sin sacar las espadas de las correas, perdiendo mas de cien mosquetes y una bandera volando se embarcaron, y levando fierros, dieron velas al viento.

Vencida, digo ganada fin victoria la ciudad, entró en el cargo de general para la defensa de la tierra y ofensa del enemigo, el obispo Don Marcos Teixeira; acercóse con mil y quinientos hombres la tercia parte negros. Hubo diferentes asaltos y combates, en que perdimos siete u ocho soldados, y el rebelde más de trescientos hasta que en uno fue muerto por el capitán Francisco de Padilla el coronel Juan Dort, persona de estima entre los suyos: cortóle un dedo en que llevaba una sortija por trofeo de la hazaña, y relajado a los soldados, despojándole, con ira militar le cortaron aquella parte de hombre que con modestia no sabe ser nombrada, y mostrándola a sus compañeros los corrían. Gloriosa fue siempre la victoria: mas en afrentas semejantes nunca tienen menos parte los que las hacen que aquellos a que son hechas, por mayor tengo la primera. De algunos viles sujetos indignos de ser llamados portugueses, gente mercantil, cristianos nuevos, apóstatas, que seguían al enemigo, arrepentidos dos salieron de la ciudad y se vinieron a los nuestros, que los recibieron en puntas de dardos, y de espadas, haciéndolos pedazos con ira espantosa pero justa. Fue recuperado el puerto de

Tapagipe, y traído a Lisboa el capitán que le guardaba. Enfermó el obispo, y muerto, sucedióle Francisco Núñez Marino, que mostró valor, hasta sucederle Don Francisco de Moura, que nombrado por el rey para el cargo había llegado del reino con socorro en cuanto la armada no llegaba. Hizo al enemigo más medroso, obligándole a no salir en campaña habiendo perdido los arrabales del Carmen y San Bento, mas en la ciudad estaban fortísimos, y en el mar muy fuertes con veinte y seis vasos bien poblados de gente y armas; todos eran tres mil de naciones diferentes, Inglaterra, Alemania, Francia, Holanda, con quinientos negros.

Y llegaron las armadas: contar la navegación y lo que pasaron y lo que vieron en mares tan conocidos, como si fuera cuando los descubrimos, eso antes sería ociosidad que diligencia. En Viernes Santo hicieron su entrada, no menos alegre y vistosas, que fuertes y temidas, por aquella Bahía adulterada de embarcaciones y ánimos rebeldes. Cuatro mil hombres se pusieron en tierra fácilmente. El general Don Manuel de Meneses y el almirante Don Juan Fajardo quedaron en el agua con el resto, formando una media luna para evitar la huida del enemigo. El marqués de Cropani Pedro Roiz de San Esteban fue marchando la vuelta de la ciudad con los cuatro mil, a que siguió Don Fadrique; tomaron puestos, y acuartelábanse. Veían los rebeldes crecer su peligro en las fortificaciones y reparos. Cuando más atentos a su labor los nuestros, salieron ellos hasta en número de trescientos con resolución ardiente, mas aunque dieron en descuidados, retiráronse cuidadosos de lo que habían de temer, matándonos todavía más de cincuenta de ambas naciones, y casi todos importantes caballeros; mas plantada ya la artillería empezaron a volar a todas partes las balas, y las nuestras tan bien encaminadas a lo mejor de la ciudad y de sus fortificaciones y artillería, que a pocos días ya no había pieza en su lugar, ya no había edificio sin ruina, ya no había corazón sin temor declarado. Así sobre la armada, porque Don Manuel de Meneses desde su Capitana no hacía sino echarle vasos a fondo, y matarles gente de la que asistía en la marina para guarda de ellos.

Ya no tenía el enemigo más ánimo que la confianza de que había de llegarle un socorro que esperaba: mas cuando llegó no hizo más de ser testigo de la afrenta con que salieron de la ciudad. Los holandeses, ingleses y alemanes, gente mercenaria y que acusaba el ser traída con engaño, ya se fatigaba, mostrólo; y el coronel para acabar de conocer los ánimos echó bando de que se pasase a nuestro campo el que quisiese, declarándose dos fueron luego colgados. Callaron todos un poco, mas desengañados proponían que se entregase la plaza. Costóle la constancia al coronel un motín, y ser herido y afrentado; entendiése que deseaban huir, y porque no lo pudiesen hacer hubo orden de que se quemase su armada; mas en tanto que se trataba de la ejecución, trataron ellos de sus vidas, y salvas ellas se rindieron a toda la fortuna miserable con que suelen gloriarse los vencedores, y abatirle los vencidos.

Entregaron la ciudad, y salieron por la puerta de la infamia, que nunca salió por otra quien por la de la rebelión entró a cometer algún hecho. Entraron en junio con esperanzas, con armas, y hallaron riquezas; salieron en veinte de abril pobres, desarmados, y escarnecidos. Hallóse dentro un despojo grande, sobre el cual hubo soldados españoles que parecieron holandeses; la ciudad en ser saqueada no halló otra diferencia sino que lo fue de aquellos, y no de estos. En mercaderías diferentes hubo más de tres millones, en dinero más de trescientos mil ducados, dos mil quintales de pólvora, balas sin número, doscientas y treinta piezas, tres mil mosquetes, coseletes ochocientos, otras tantas sillas de caballos, seiscientos negros, seis mil fanegas de harina, cincuenta mil vacas, dos mil pipas de vino. Recogieron las armadas, y lo que no hizo en ellas el enemigo, hízolo el mar airado, destrozadas se derrotaron y con vasos y gente menos aparecieron en sus patrias.

Sucede justamente el agradecimiento al beneficio. Sería injusto callar la grandeza liberal con que su majestad fue servido de remunerar a los portugueses el ánimo con que se portaron en esta ocasión, pues habiéndole consultado el Consejo que para animar a los caballeros sería bien que hiciese merced a los que en ella muriesen de lo que tenían de la Corona, para sus hijos; lo hizo así, y después (sin que se le pidiese) acrecentó de su mano: *Que por cuanto deseaba que tales vasallos viviesen, hacía aquella merced a todos los que habían pasado aunque no muriesen en la jornada.*

Liberalidad que no se lee de ningún monarca, más digna de uno adonde podríamos esperar ver juntos los diez y nueve reyes portugueses, de que heredó la grandeza de ánimo, así como la de todos sus estados.

Viniendo este mismo año 1625 (cuyos sucesos le tienen hecho notable entre los que lo fueron por todas las edades) a la bahía de Cádiz una flota de más de cien vasos ingleses armados contra España (agradecimiento mal correspondiente a las alegrías y pompas con que en ella pocos días antes se había tratado su príncipe), acudieron a la defensa de aquella ciudad los caballeros portugueses con el mismo celo con que andaban laboriosos en el reparo de sus lugares marítimos; porque demás que después de la unión de estas Coronas se contaron luego por unos mismos, fue siempre costumbre suya no darse por contentos de acudir a la seguridad de sus propias tierras, sino buscar en las ajenas otras ocasiones de ejercitar el valor con más peligro. Del poder de España salieron infamemente huyendo los ingleses, dejando la arena del seno Gaditano manchada de su sangre, y sembrada de copia no pequeña de sus compañeros muertos. Con estos sucesos prósperos sin falta se despertará la disciplina militar de España, que desde los fundamentos de sus reinos ha sido con singular valentía ejercitada, para que los enemigos comunes suyos no engendren osadías en nuestro descuido, que para el cuidado jamás las pudieron tener.

Esta invasión de los ingleses sucedió al haberse tañido por sí la campana de Velilla, día de San Agustín, sobre que se hicieron algunos discursos; divulgóse uno, erudito por cierto, mas que alegando al abad Martín Carrillo en sus *Memorias cronológicas* refiere las veces que así misteriosamente se ha tañido, y una de ellas dicen ellos que fue cuando los portugueses hicieron sus conciertos para matar al rey Don Felipe porque no sucediese en la Corona. En esto verdaderamente más hicieron dudoso el crédito de tañerse la campana por milagro, que diminuta la fe y amor de los portugueses con sus príncipes, de que nunca dudaron, ni aun los enemigos más notorios, y escritores menos afeólos: porque Franqui, tan deseoso de descubrir con qué afrentarlos, aprovechándose de muchas cosas vanas no halló esta memoria entre las muchas que para aquella escritura fueron dadas. Lo cierto es que conoció mejor su majestad los quilates de la lealtad portuguesa, pues mandó luego que tales obras se recogiesen, poniendo en deuda mayor estos vasallos, y enseñando a los autores cuánto deben examinar sus escritos.

Así empezó nuestro príncipe estimando su gente, cuidando de su corona, enfrenando sus enemigos, robusto y dispuesto (como sus gloriosos abuelos los emperadores Maximiliano y Carlos) para sufrir trabajos en el ejercicio de castigar rebeliones de unos y osadías de otros, hasta que Dios permita que en virtud de tanto celo se cumpla el deseo del clarísimo emperador Probo, que fiaba de su prosperidad allanarlo todo de tal modo que no fuese menester al Imperio sustentar gente de guerra.

Tuvo nuestra Corona dos pérdidas notables antes y después de estos sucesos: la primera, con esperanza de recuperarse; sin ninguna la segunda y última. Es aquella la ciudad de Ormuz en la India puesta ahora en manos de ingleses que la expugnaron. Es ésta la armada portuguesa que saliendo por acompañar la flota de la India fue a parar en la costa de Francia, adonde jugando con los vasos una tempestad incontrastable, fueron todos abiertos, todos a fondo, la gente casi toda muerta, más de dos mil personas la mayor parte nobles y diestras, y los que salvaron tuvieron algunos días vida que les fue más espantosa que la muerte. Después de la pérdida de África no tuvo Portugal otra que se le pudiese parecer.

Casó el rey en vida de su padre con la esclarecida princesa Doña Isabel de Borbón (hija del rey Enrique IV de Francia, y de la reina Madama María de Medicis) con quien los Cielos favorables (después que para estrellas les han llevado ya las primicias de tres infantas) nos dan esperanzas de dilatada sucesión de Felipes, nombre ya deseado en los príncipes de España, y que no sin causa permite Dios que se continúe como propicio a la defensa de su fe católica, pues no con menos misterio se llamó Felipe el primer emperador de romanos que la abrazó con el bautismo en los días del sumo pontífice Fabiano. Tiene su majestad noticia de las ciencias y artes, principalmente de la

cosmografía y pintura; y en la música diestrísimo imitador de su abuelo Carlos V. Favorece los sujetos ingeniosos y doctos, de manera que en su edad se resucitan las escuelas de Atenas y las academias del Liceo. Goza (largos años lo vea su Imperio) una disposición gallarda, blanco y rubio, ojos azules, labios gruesos, rostro prolongado; sus retratos son así varios como obligan los años diferentes en que se hacen.

Los hijos.

I. Doña Margarita María nació a 15 de agosto de 1621, y murió a 16 del mismo.

II. Doña Margarita María Catalina nació a 25 de noviembre de 1625, y murió a 22 del mes siguiente.

III. Doña María nació a 7 de diciembre de 1627, y murió de un año. Cuatro hijos le murieron a nuestro rey Don Alonso IV. primero que se lograse un heredero que fue la salud de la Patria.

Títulos que dio.

A Don Manuel de Moura Corterreal, marqués de Castel-Rodrigo, y su gentilhomme de la cámara, dio título de grandeza para su casa, y siendo comendador mayor de Alcántara en Castilla, por esta dignidad le dio la misma de la orden de Cristo en Portugal.

A Don Alonso de Lencastro, de marqués de Puerto Rico.

A Don Diego de Meneses, de conde de la Ericeira.

A Don Antonio Mascareñas, de conde de Palma.

A Don Manuel de Lima vizconde de Villanova de Cerveira, concedió preeminencias de conde.

A Don Manrique de Silva conde de Portalegre, de marqués de Gouvea.

A Don Antonio de Ataide, de conde de Crastodairo.

A Don Pedro Manuel, de conde de Atalaya.

A Don Jorge Mascareñas, de conde de Castelonovo.

A su instancia tuvo fin la canonización de la santa reina Isabel, mujer del rey Don Dionis, acto que celebrándose siempre para santos juntos, fue celebrado para ella sola, singularidad merecida de sus virtudes. Días antes había sido beatificado el beato Juan de Dios, portugués piadoso, que nació para fundador de cuantas casas en España son refugio de una multitud de miserables, y canonizados santa Teresa, san Isidro de Madrid, san Ignacio, y san Francisco Javier.

Algunas memorias del mundo, viviendo los tres reyes antecedentes.

Sucedieron en el pontificado romano a Gregorio XIII, Sixto V, Urbano VII, Inocencio IX, Clemente VIII, León XI, Paulo V, Gregorio XIII, Urbano VIII que está gobernando la Iglesia de Dios este año de 1628, y envió a España por legado suyo su sobrino el cardenal Don Francisco Barberino, que fue recibido de nuestro príncipe con la grandeza del mayor monarca, y con el respeto del mayor católico y defensor de la Iglesia. Vivía Felipe II cuando al príncipe de Orange le mató un mozo con una pistola; el Tercero cuando murió en la aldea de Viena Claudia con setenta años de edad.

IV. EN QUE TIENE SU PRINCIPIO UNA BREVE DESCRIPCIÓN DEL REINO DE PORTUGAL.

De la antigua Lusitania, y sus primeras poblaciones y habitantes.

España es la última provincia de Europa, que cerrando sus límites queda siendo el remate y la corona de sus grandezas y delicias, así como menor en sitio que todas las otras tierras, mayor en la producción y salubridad que todas ellas. África con violento ardor se abrasa. Francia con perennes vientos se fatiga, ella como suave medio, de aquí con templada calor, de allí con dichosas y oportunas auras y lluvias, en todo género de fruto es fecundísima. Así pues, se extiende entre Francia y África en forma casi cuadrada, tan ceñida del mar que con propiedad se puede llamar Península, porque teniendo de circunferencia seiscientas y cuarenta leguas, solamente ochenta que confinan con los montes Pirineos quedan exentas de la jurisdicción de las aguas. Su primera división por los romanos fue en dos partes: Citerior por la que avecindaba con ellos, y Ulterior por la que menos. La segunda en tres, Tarraconense, Lusitania y Bética.

La Tarraconense, del oriente tiene su principio en las faldas de los Pirineos; del septentrión desde el mar Cantábrico hasta el promontorio de Finisterra; del occidente con el océano Atlántico hasta donde en él desagua el Duero, dejando poco antes bañados los muros de la ciudad de Oporto; del mediodía con la Lusitania y mar Mediterráneo. Así quedaba incluyendo esta provincia los reinos y tierras de Murcia, Valencia, Aragón, Navarra, Cataluña, Castilla la Vieja, Galicia, Entre Duero y Miño, Trasmontes, Asturias y Vizcaya.

La Bética al septentrión la acompaña el caudoloso Guadiana, que la divide de Lusitania; al occidente es su limite la parte del Océano que está entre la garganta de este río, y el estrecho de Gibraltar; al mediodía la marina del Baleárico, que entre el mismo estrecho y el cabo de Gata se difunde; al oriente desde este promontorio hasta las orillas del Guadiana. Así se incluían en esta provincia los reinos y tierras de Sevilla, Córdoba, Granada, y Extremadura, empezando desde la ciudad de Badajoz.

La Lusitania al septentrión corre desde adonde el Duero entra en el mar hasta Simancas; al occidente tiene las playas del Atlántico desde el Duero hasta el promontorio de San Vicente; al mediodía el propio mar, desde este cabo hasta la boca del Guadiana, entre las villas de Castromarín y Ayamonte, dividiendo la provincia de la Bética, bien como al oriente y septentrión hasta Badajoz la divide de la Tarraconense, tirada una línea desde Calatrava la Vieja hasta la puente de Simancas. Son, pues, límites de Lusitania el mar Atlántico, los ríos Duero y Guadiana, entre los cuales casi en igual distancia va pasando el Tajo. Son suyas, sin que sean hoy de Portugal, las ciudades y lugares de Mérida, Coria, Plasencia, Ciudad-Rodrigo, Salamanca, Ávila, Segovia, Trujillo, Ledesma, Béjar, Alba de Tormes, Segura, Albuquerque, Oropesa, Calatrava, Alcántara, Talavera de la Reina, Medina del Campo, Medellín, Guadalupe, Villar-pedroso, Puente del Arzobispo, Peñaranda, y otras poblaciones de menos cuenta, metrópoli de todas la primera.

En aquel espacio de tierra que hay desde el Guadiana hasta el cabo de San Vicente, o Promontorio Sacro, última punta de la tierra en todo el orbe, vivieron los turdetanos, otros que no los de Andalucía, tuvieron poblaciones grandes, el puerto de Aníbal, hoy Villanova de Portimão; Mirtilis, ahora Mértola; Balsa, que es Tabira; Osonova, a cuyas ruinas sucedió la ciudad de Faro; Cetóbriga en cuyo lugar la tradición nombra Setúbal; Salacia, que llamamos Alcácer do Sal; Pax Julia, la antigua ciudad de Beja; todo casi en el reino del Algarve.

Seguíanse luego los celtas, que es la provincia de Alentejo, famosos en armas y edificios; del mediodía confinaban con los turdetanos, del norte con el Tajo, que los dividía de los túrdulos

antiguos, del poniente con los bárbaros, del levante con los vetones; sus ciudades ilustres Évora, Elvas, Meidóbriga, hoy ruinas junto de Arameña a las faldas de la sierra de la Estrella.

Los bárbaros llamados Sarrios, vivían desde la sierra de Arrabida hasta Lisboa: llamóse por ellos Promontorio Barbárico. Del oriente avecindaban con los celtas, del poniente con el océano, del norte con el Tajo, del mediodía con los turdetanos, gente sin poblaciones, sin policía, en todo intratables, en todo rústicos y salvajes.

Pasado el Tajo empezaba la comarca de los túrdulos antiguos hasta el Duero. Fueron estos el origen de todos los que habitaban la Andalucía, y de los turdetanos del Algarve, eran políticos, tenían leyes escritas en verso, poblaciones insignes. Ulysipo, que es Lisboa, Scalabis Santarem, Eburubricio Alfaceiraõ, Colipo a que sucedió Leiria, Conimbriga ruinas en Condeixa, Euminio a que responde Miciñate, Talabriga Aveiro, Laconimurgi Lamego, Vaca que se entiende ser Viseo. Al levante tenían a los erminios, al norte el Duero, al mediodía el Tajo, al poniente el océano.

Los pesures vivían de la otra parte de la sierra de la Estrella, cerca de la comarca de Castelo-branco, y por la Extremadura hasta el Tajo y Riba de Con, del poniente con la propia sierra del Oriente con los vetones que vivían en la Extremadura, comprendiendo en sí a los transcudanos.

Los interamnenses, brácaros, grayos o gravios, era todo incluso en la provincia de Entre Duero y Miño, y sus poblaciones celeberrimas, Brachara Augusta, Portus Graius, Forum Limicorum, Nebis, Britonium y Cinania, que hoy son Braga, Oporto, Ponte de Lima, Neiva; los dos últimos no tienen más de los nombres, el primero con la tradición del sitio, el segundo con algunas ruinas y vestigios de grandeza.

Los berones dieron nombre a la comarca de la Beira, que habitaron' contiguos a los celtíberos, que entraron por la Lusitania en tiempo del emperador Tiberio, gente deslucida, pobre y casi bárbara.

Diferentes naciones en diferentes tiempos invadieron toda España, concitadas unas del deseo de lograr su templanza, y otras de disfrutar sus abundancias y riquezas. Los focenses que poblaron muchas ciudades, una la de Empurias. Los fenices que con gruesas flotas diestros en la marinería y estilos mercantiles de ella llevaron oro y plata innumerable. Los de Rodas que edificaron a Rosas, villa del condado de Cataluña. Los cartagineses que la dominaron largos tiempos, y que hasta que los sacudieron de su dominio los romanos, tuvieron en Lusitania mano grande. Los romanos, que señoreando el mundo con sus armas, si bien con pérdidas insignes, la domaron. De ella los despojaron los vándalos, los godos, los alanos, los silingos y los suevos, que con varias barbaridades y tiranías la dejaron profanada. Últimamente los moros que casi apagaron toda su gente, toda su nobleza, todas sus grandezas y memorias honoríficas.

Entradas en esta provincia tantas naciones, siempre hicieron particular estimación de Lusitania, porque si con razón es la frente de Europa nuestra España, bien llamaremos a Portugal la guirnalda de su frente. Bien le cortaron de lágrimas a Penélope las excelencias de esta tierra, que le detenían a su querido Ulises; bien las encareció sobre todas el príncipe de los poetas griegos; bien las encarece cuánta sangre derramaron todas las naciones por su dominio. Los romanos, que entre todos los poseedores de ella fueron más políticos, y presumidos afectadores de aplaudir las grandes cosas, no se precieron poco de inclinar a Lusitania a todos sus deseos, y todas sus grandes preeminencias. Por ella esparcieron sus conventos jurídicos (chancillerías, o senados) que siendo catorce en toda España, a Lusitania cupieron tres. En Mérida el primero, adonde acudían a sus pleitos los de Alcántara, Coria, Cáceres, Trujillo, Ávila y Plasencia, En Beja el segundo, adonde los del reino del Algarve, y Comarcas de Alentejo. En Santarem el tercero, adonde los que habitaban desde Lisboa hasta el Duero, fin de la Lusitania, y los de Extremadura, Beira, Trasmontes, Soria, Miranda, Salamanca y Ciudad-Rodrigo; después en lugar de Mérida, que no se incluía en el estado de Portugal, sucedió Braga, adonde venían los de Oporto, y toda la comarca que se dilata hasta el Miño, y pasado este río entraba en Galicia partiendo todas las tierras de aquel reino, y conventos de Lugo y La Coruña.

Tenían los romanos premios que sin ser más de cosas o nombres a que la opinión había vinculado glorias, eran más envidiados que todas las riquezas. A las ciudades más amigas y más inclinadas llamaban municipios y colonias y ciudadanos de Roma. Son municipios lugares a que el Senado romano dio privilegios, e hizo participantes fuera de Roma, de poder pedir en ella los magistrados y oficios públicos de la paz y de la guerra. Unos llamaban del antiguo Lacio, por ser Latinos aquellos a que primero los romanos concedieron tales gracias. Otros modernos que podían votar y ser electores dentro en Roma, como si fueran naturales suyos, y a estos llamaron del derecho itálico, porque primero se concedieron a los de la provincia de Italia, libres y estipendiarios los había. Municipio de estos de ciudadanos de Roma uno sólo permaneció en España, y este era lusitano, la ciudad de Lisboa sin algún estipendio, y con todas las preeminencias romanas; del de Lacio eran las ciudades de Évora, Mertola, y Alcacer do Sal, también no tributarios, que de esos tuvimos treinta y seis.

Son colonias una unión de gente que Roma sacaba de sí, y enviaba a poblar en partes remotas por ocasiones diferentes, repartiéndoles tierras para que cada uno fuese entre todos colono, o cultor de cosa propia. Llevaban triunviratos y gobernadores, todo al uso de Roma, y con tales privilegios, que una nueva Roma quedaba siendo cada una de las colonias nuevas. A otras gentes sin enviarlas de Roma se concedían aquellas mismas prerrogativas, en ellas excedían los municipios a las colonias, y éstas a ellos en la nobleza. Cinco tuvo Lusitania: Mérida, Medellín, Nova Cesárea, que pereció cerca de Alcántara, Beja con particularísimas provanzas, Santarem con muchas bien honrosas. Fue Lusitania todo el terror de Roma. Roma desesperada de tenerla sujeta con las armas, domábala con las gracias procedidas de amor fingido o verdadero, que con la gente portuguesa nunca pudo tanto el furor de la guerra, como la afabilidad de los príncipes.

V. LO QUE ES AHORA EL REINO DE PORTUGAL.

Yace Portugal en forma prolongada a la marina del Océano, por ella contiene de longitud cien leguas, siendo límites últimos al mediodía la villa de Sagres en el reino del Algarve, y al septentrión la de Valencia que confina con Galicia; por la parte de tierra tendrá menos cinco leguas, siendo términos al septentrión la ciudad de Braganza, y al mediodía la villa de Castromarín, que de esta parte queda en frente de Sagres, como de la otra Braganza enfrente de Valencia. De latitud por la parte que más (que viene a ser en la mitad de lo largo) treinta y cinco leguas, tirando una línea recta desde Peniche, que esta puesto a la orilla del mar a Salvaterra, que es casi el lugar postrero, que al mediodía toca la raya del reino de León; por la parte que menos es por donde confina con el Algarve, que al mediodía tiene de largo veinte leguas, de ancho nueve.

Lo que hoy contiene Portugal sin que sea de la Lusitania (así como es mucho de Lusitania sin ser de Portugal) tomándolo de la Tarraconense y de la Bética, es (de la primera) todo lo que se ve desde el Duero hasta el río Miño, en que están las ciudades de Oporto y Braga, y las villas de Guimaraens, Villa de conde, Viana, Barcelós, Camiña, Valencia, Lima, Monçon, Amarante, Meyanfrío, con toda la región ultramontana, que lleva las ciudades de Braganza y Miranda, y las villas de la Torre de Moncorvo, Villa-Real y Piñel. De la segunda, las de Moura, Serpa, Olivenza, Noudar, Mourão, Granja y otros lugares. Tiene todo el reino 18 ciudades, villas populosas más de seiscientas, poblaciones que llamamos aldeas son sin número, más de 300 tiene en su comarca la villa de Covillan, y algunas de ellas mayores que la propia villa, teniendo ella doce o trece curatos, o parroquias. Nombrar todos los lugares fuera prolija lista: de las que tienen voto y asiento en Cortes solamente haré memoria por sus mismas precedencias al fin de este capítulo.

Divídese el reino en seis regiones o provincias con generalidad todas abundantes, más de gente que de frutos, siendo en toda suerte de ellos fecundísimas, por más que olvidada ella de su cultura antigua tiene en ocio aquellas vegas de que salía para las otras naciones lo que ahora les pedimos. Fue la causa el darse a vagar ya virtuosa, ya viciosamente, o por las conquistas o por el mundo en alcance de mayor provecho con menor fatiga. Aumentóse el daño con la introducción de universidades y estudios, que bastando para haber letras unos, para que no hubiese labor vinieron a ser tantos. La gente en común trajeada con llaneza y modestia, mas no con desaliño, haciendo gala del aseo en las cosas propias, no de la variedad de las extrañas; en ingenio y valor salen gloriosamente de todo aquello a que se aplican; en las armas, y en las letras, y en la religión, y en el amor con sus príncipes clarísimos fueron siempre los portugueses; en la osadía extraños, y entre los extraños cupieron siempre con la afabilidad y natural blandura; tardos en airarse, mas airados, crueles sobre todos; la jactancia de la nobleza en todo tiempo, y en toda fortuna nunca fue menos que grande; es muy de la condición humana esta vanidad, mas con eminencia en lusitanos: así los hombres. Las mujeres en ninguna virtud y en arte ninguna son inferiores: la honestidad, el recogimiento, la modestia y el recato, eso propiedad es que se tienen vinculado las hembras portuguesas. En el ingenio, ¿qué facultad o arte no ilustraron? Libros y escritos tenemos de muchas en la historia, en la filosofía, y la poética en diferentes lenguas; en la pintura y en la pluma admirables; en las otras labores universales a todas las mujeres, superiores a todas fueron siempre; en las armas muchas veces vencieron, e hicieron retirar las romanas, muchas veces admiráronlas infieles.

La lengua es compuesta de la latina, de la francesa y castellana, porque antes que viniese el conde Don Enrique por lo menos lo que se escribía era todo un latín corrupto, y después de venido, como era francés y casado con mujer castellana, compuesta su casa de estas dos naciones mezclados con la portuguesa, vinieron a hacer de tres lenguas una sola, tan excelente, que en ella se ven dos cosas que juntas parecen incompatibles, más al fin lo son en nuestro idioma: para lo heroico, arrogante; para lo erótico, tiernísimo, elegante y grave; tan copioso, que para una cosa tiene muchas palabras significativas grandemente. La provincia adonde más bien se habla pienso ser (si el juicio no me engaña, y no me ciega la afición) Entre Duero y Miño, como gente entre quien tuvo principio la formación de la propia lengua: la en que más mal Trasmontes, y por donde confina con ésta, la Beira.

Ellas son seis, Entre Duero y Miño, Trasmontes, Extremadura, Alentejo, y Algarve. Vengamos en particular a cada una.

Región primera: Entre Duero y Miño.

Fue siempre la más celebre Entre Duero y Miño, llamada así porque yace entre aquellos dos ríos que corren, éste al norte, aquel al austro: poco contienden en la longitud sus cuatro lados, de diez y ocho leguas no excede alguno, y en cosa alguna no le exceden amplísimas regiones: diez y ocho leguas son de Cielo, por su fertilidad y saludable clima, por la hermosura y delicias con que produce, conocidamente vence (poco es a las del reino) a todas las de España, y no es mucho. También es primera entre las nuestras por haber sido el primer asiento de sus príncipes, y sus habitantes por esta misma razón aquellos a cuyo valor deben todo lo restante de su grandeza, y el reino de Portugal su propio nombre. Aquí fueron propagados los linajes ilustres de esta Corona, que inundando el mundo, apenas hay familia noble que de ellas no proceda, o en que no tengan ellas parte. Es generalmente tierra montuosa, mas sus montes así verdes que pudieran ser prados de otras tierras, y sus prados y valles así llenos de arboledas, de hierbas, de flores, y de fuentes, que apenas los caminos se ven desnudos; con casi cada un árbol se ve casada alguna vid, que cuando cargada de racimos pendientes de los brazos de las ramas hacen hermosa vista y agradable sombra a los caminantes que por largos trechos se burlan del sol pasando como por arcos triunfales; de tal suerte

se comunican en el aire las hojas de las plantas que de una y otra parte acompañan el camino. Sustenta innumerable gente, y puebla el mundo con la que no sustenta.

La nobleza ahogada ahora en la necesidad que resultó de la multitud de los habitantes, mas que en las personas resplandece en las ruinas de algunas torres o castillos honrados, pero tristes monumentos de aquellos ilustrísimos solares. Todavía en muchos con lo poco que son, no falta la jactancia de lo que fueron sus mayores. Tiene dos iglesias catedrales, la metropolitana de Braga con quien siempre compitió Toledo, la de Oporto, tres colegiadas insignes: Guimaraens, Barcelós y Cedofeita. Títulos, el ducado de Barcelós y el de Camina, y los condados de Celorico de Bailo y Villanova de Cerveira, vizcondado de Lima, y bailiado de Leça. Monasterios y abadías más de ciento y treinta de rentas copiosas, así muchas encomiendas de todas las órdenes militares. Once santos canonizados. Iglesias parroquiales mil y quinientas. Ermitas y oratorios particulares no admiten número; menos lo admiten las puentes llanas que atraviesan los ríos y los arroyos; las de fábrica y arquitectura suntuosa exceden de doscientas; de veinte y cinco mil las fuentes, de que resulta la prodigiosa fertilidad de esta campaña. Seis puertos marítimos, empezando desde el norte al austro, que es desde el Miño al Duero, Camina, Viana, Esposente, Villa de Conde, Leça y Oporto, con menos de dos leguas de distancia el que más dista; frecuentados de gentes varias, y ricos con el comercio de todas ellas. Las villas de más nombre son Guimaraens, Viana, Camiña, Valença, Monçon, Barcelós, Puente de Lima, Villa de Conde y Amarante. Los ríos: el Taveira que entra en el Lima, que desagua en Viana, el Cóura en el Océano; el Homem que entra en el Cavado o Prado, que por entre los lugares de Faon y Esposende para en el mar; el de Pe, el de Fafe, el de Visela, el de Landin, que haciendo todos caudaloso el Ave, le hacen entrar en el Océano con grande nombre entre las villas de Conde y Azurara; el de Gisaens que acompañando al Leça le hace ser capaz del puerto de la Villa de su nombre; el Tamaga, el Sousa, el Ferreira, que llevados del Duero van ayudando a bañar los muros de la ciudad de Oporto. Para caber todo ello parece que se pedían muchas leguas. Ella sea, pues, la imagen de las diez y ocho de esta provincia, ceñidas de aquellos dos lados con aquellos dos famosos ríos, del otro al occidente con la inmensidad del Océano, del oriente con altísimas montañas, hermosas llaves de aquel paraíso terrestre, que si hubo campos Elíseos ellos eran, y si no los hubo, serán estos.

Segunda región: Trasmontes.

La Ultramontana, o Trasmontes, incluía casi como la primera entre los propios ríos, quedando de la otra parte de aquellas serranías o montes que guardan la de Entre Duero y Miño, confinando al septentrión con Galicia, y al oriente con el reino de León. Riéganla menos ríos: el Tuelo que entra en el Tuage, el Piñón, el Sabor, el Carcedo, que todos pierden sus nombres en el Duero. Tierra seca, áspera y montuosa, bien que por otro camino rica y abundante; el trigo es mucho, más el centeno, los vinos no pocos y excelentes; en tiempos pasados tuvo del artificio de la seda (hoy tiene algunos) muchos laborantes. Su grandeza, de largo veinte y seis leguas, de ancho diez y siete; sus ciudades, Braganza, cabeza del ducado más insigne de España, Miranda que tiene silla catedral; sus villas Chaves, Villa-Real, Murcia, Monforte, Villa-flor, Anciaens, Freixo, Vimioso, Mogadouro y Penarroyas. La gente alguna noble, y toda rústica y robusta: hablan nuestro idioma con grande corrupción; las iglesias no muchas, pero pingües. Títulos, aquel ducado, el marquesado de Villa-Real, el condado de Vimioso, el de Peñaguião. y el de Villa-flor.

Tercera región: Beira.

Mayor que todas la Beira, más de treinta leguas tiene a cada parte, en forma cuadrangular, metiendo algunas puntas en Alentejo y en la Extremadura, desde la villa de Aveiro, hasta la ciudad de la Guarda. La gente por la mayor parte pobre, la nobleza poca, el trato y traje último, la lengua mal conocida. Aquello que celebraban mucho los antiguos escritores de que los antiguos

portugueses eran tan moderados en la pompa y faustos, que el vestido que traían les servía de cama, eso se ve hoy en casi toda esta provincia, más no por moderación, sino por necesidad o desaliño. No sin causa se dijo que la Antigüedad finge mayores o más buenas las cosas que pasaron. Con ser la tierra fertilísima de pan, son sus moradores tan dados a pedir, que tanto piden los que tienen algo, como los que no tienen nada. Llena se ve Castilla en tiempos señalados de los que acabando sus labores salen a mendigar en cuanto la naturaleza en el campo levanta y sazona las semillas; y llegada la sazón vuelven a sus casas, y hacen su agosto, y ven sus parvas con alegría, aquellos mismos que el día antes con triste semblante y prolija arenga pidieron su limosna.

Sus ciudades Coímbra, Lamego, Viseo, Guarda e Idaña. Villas Aveiro, Ovar, Buarcos, Castel-Rodrigo, Piñel, Covillan, Trancoso, Lorvaon y Monte Mayor el Viejo. Obispados aquellas primeras cuatro ciudades. Títulos el ducado de Aveiro, el marquesado de Castel-Rodrigo, el de Ferreira, el de Gouvea, el condado de A Feira, el de Tarouca, el de Monsanto, el de Sabugal, el de Idaña, el de Liñares, el de Lumiares, el de San Juan de Pesqueira y el de Crastodairo. Los ríos el Lomba, el Arda, el Paiva, el Tavora, el Touroens, el Coa, que todos entran en el Duero. El Zezere, el Ponsul, el Aravil, el Elia, que todos en el Tajo. El Mondego y el Vouga, que llevando aguas ajenas hacen diferente entrada en el Océano.

Cuarta región: Extremadura.

La Extremadura que como una faja por lo angosto y largo ocupa desde la boca del Mondego hasta la del Tajo con treinta y tres leguas de longitud, latitud diez y seis adonde más, tiene al ocase el mar Océano, al norte y oriente la Beira, Alentejo al mediodía. Contiene puestos y pastos fertilísimos, mucha gente nobilísima, la mediana lucida, y la última no pobre, y la pobre laboriosa; de manera que viven todos de sí mismos. Sus ciudades Lisboa, que pudiera hacer insignes muchos reinos, Leiria cabeza de obispado, la notable villa de Santarem, las de Alenquer, Abrantes, Tomar, Aljubarrota, Azambuja, Ega, Soure, Esgueira y Cascais, el último lugar de todo el mundo. Títulos, el ducado de Aveiro y el de Torres-novas, el marquesado de Alenquer, el condado de Tentugal, el de Arganil, el de Ouren, el de Castañeira, el de Atougia, el de Atalaya, el de Miranda y el de Ericeira. El ilustrísimo convento de la orden militar de Cristo, su encomienda mayor, el priorado de O Crato o Malta, aquellos reales edificios y bosques de Belén, de la Batalla, de Tomar, de Odivelas y de Sintra. Prolija cosa fuera escribir de la fertilidad de sus campos, de sus árboles, de sus hierbas. Provincia al fin llena de maravillas, de grandezas y abundancias.

Quinta región: Alentejo.

La de Alentejo o Entre Tajo y Guadiana, desde la villa de Sines del Campo de Orique, hasta la ciudad de Elvas; casi en cuadro tiene treinta y tres leguas a cada parte, habitada de gente menos rústica, y más rica, como cultora de campos fecundísimos de todo género de frutos. Son labradores los más de ellos, poderosos en haciendas, de cuyos hijos sustentados con ellas, en los estudios del reino están llenos los tribunales, que con poderse sustentar en las universidades vienen a ser ministros habiendo de ser labradores. Los ríos que la riegan, Guadiana en parte grande, el Enxarama que entra en el Zadaõ, y éste en el Miño, el Divor y el Teva, que por dar más agua al Tajo pierden nombre. Sus ciudades la metropolitana de Évora, que tuvo muchos siglos obras de romanos suntuosas y el trono de los reyes portugueses, y tiene ahora de todo las ruinas. Elvas obispado. Villas: Almeirin, Salvaterra, Almada, Palmeta, Setúbal, Montemayor, Villa-viciosa, Arrayolos, Alcacer do Sal y Moura. Fue provincia fatal a los principios de las armas lusitanas, porque en ella está el campo de Orique que sobre una victoria nos dio el primer rey. En ella el Promontorio Sacro, de que tomó nombre la villa de Sagres, de adonde descubrió el infante Don Enrique nuevos mares y nuevas tierras, que con muchos reyes estipendiarios han hecho grandísima la Corona lusitana. En ella la villa de Setúbal, por donde se afirma que tuvieron principio las poblaciones de España, y

cuando menos las nuestras. Los títulos que tiene son el marquesado de Ferreira; el condado de Arrayolos, el de Redondo, el de Vimieiro y el de Vidiguera; la baronía de Alvito; el convento de la orden de Avis en la villa de este nombre, el de la de Santiago en la de Palmela, y las casas y bosques reales de Salvaterra y Almeirin.

Sexta región: Algarve.

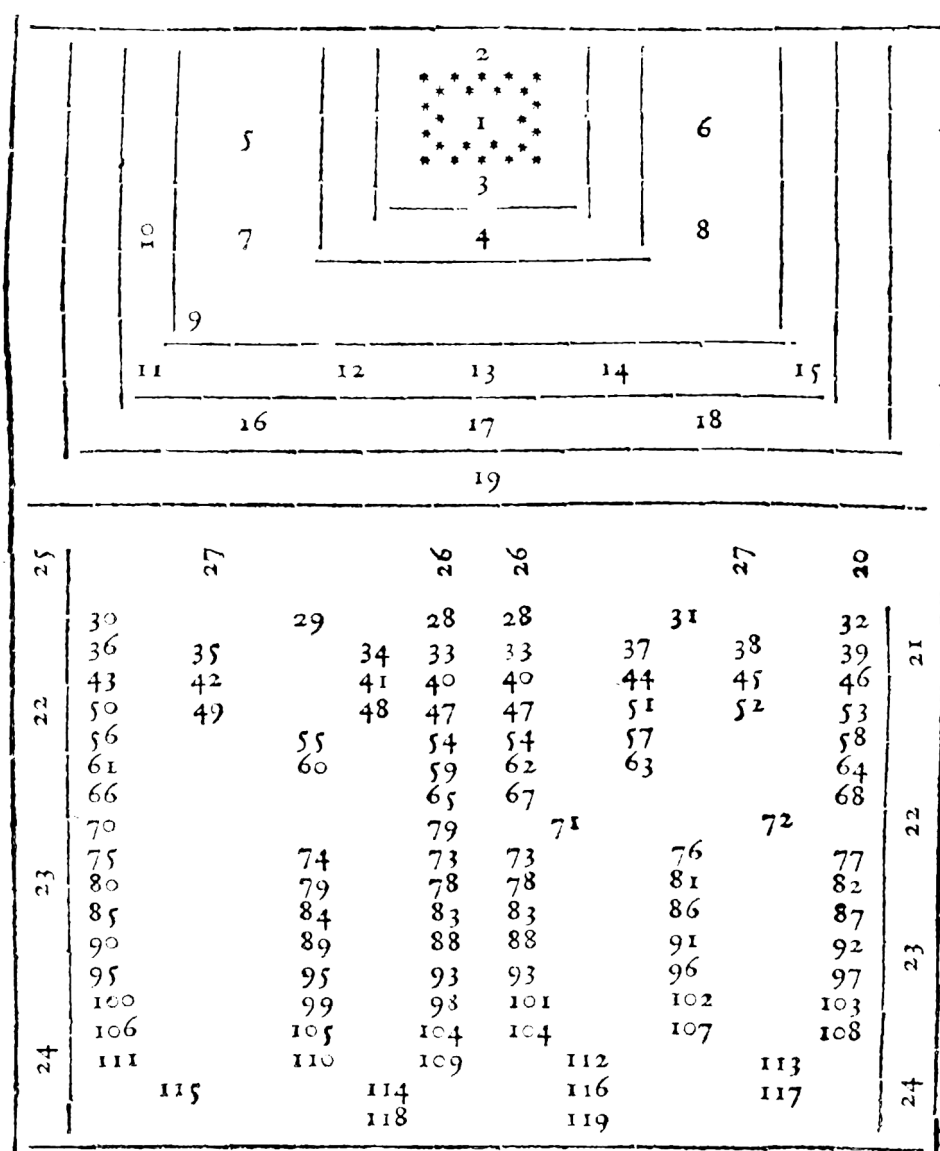
El reino del Algarve que contiene desde Ceixe hasta Castro-marin, enfrente de Ayamonte, con longitud de veinte y siete, y latitud de ocho leguas, queda a Portugal para el mar Gaditano, como para el Cantábrico las Asturias a León. Provincia montuosa, más abundantísima de vinos preciosos, de uvas y de higos, que pasados son mercadería y sustento conocido y estimado en toda Europa, aceite en copia suma, y las almendras; pescados varios, y varios frutos de palmares, las curiosidades tejidas de sus hojas son vistosas y estimadas. Sus ciudades: Silves obispado, Tavira y Faro. Sus villas: Albufeira, Lagos, Sagres, Loule, Castromarin, Aljezur, Cacela, Alvor y Villa-nova de Portimaõ, que fue el puerto de Aníbal. Títulos: el condado de Mira, el de Alcoutin, el de Villa-nova. La gente belicosa.

[Lugar en las Cortes]

Para demostración del lugar que tienen en Cortes todas las ciudades y las villas principales de estas seis provincias, menester es la figura que se sigue.

En un salón, pues, ricamente colgado se levanta en la parte superior un estrado o teatro de seis gradas, con elevación de siete palmos, en la inferior arrimados a las paredes unos bancos, y por en medio treinta y seis. Junto de ellos están ya aguardando en pie las personas que se sientan, cuando el rey vestido en ropa rozagante de brocado, con cetro de oro en la mano, viene entrando, trayéndole la falda el camarero mayor de este reino, y delante el condestable con el estoque levantado; más adelante el alferez mayor con la bandera real arrollada, y más adelante los reyes de armas, arautos y pasavantes, vestidos en cotas en que se ve bordado el escudo del reino, y más adelante los porteros con mazas de plata; y detrás los grandes, títulos y señores. Y si el acto es de juramento, preceden a todos los atabales, tromperas, chirimías, y menestriles, que en el de Cortes no los hay. Llegado el rey a la silla se acomodan todos en sus lugares señalados en esta forma, siguiendo los números de la figura.

1. La silla real, adonde con el cetro en la mano está sentado el rey en cuanto dura el acto.
2. El camarero mayor en pie detrás del rey.
3. Sobre una almohada el sello real.
4. El escribano que llaman de la Puridad, cargo que se fía a las personas más señaladas, a cuya cuenta está aquel sello.
5. El guarda mayor de la persona real en pie.
6. El mayordomo mayor en pie.
7. El condestable en pie con el estoque levantado.
8. El alguacil, que llaman merino mayor, en pie con su vara en la mano.
9. En la punta del segundo estrado el prelado a quien se comete la plática de la proposición de las Cortes, y acabada vuelve a su lugar de los prelados donde salió a hablar.
10. Los duques sentados en sillas rasas con almohadas de terciopelo encima.
11. El presidente, que llaman regidor de la casa de suplicación, que es el Consejo Real.
12. El chanciller mayor de todo el reino.
13. Los consejeros (que llaman veedores) de hacienda.



14. Desembargadores de palacio, que es Consejo de Cámara.
15. Chanciller mayor de la Suplicación.
16. Desembargadores de los agravios.
17. Corregidores de corte.
18. Oidores del crimen de la casa de la Suplicación.
19. Oidores, o desembargadores extravagantes de esa casa.
20. Marqueses en sillas rasas con almohadas de terciopelo negro.
21. Condes.
22. De uno y otro lado, personas del Consejo.
23. Señores de tierras, que llaman donatarios.
24. Alcaldes mayores de ciudades y villas.
25. Los obispos y prelados.
26. Reyes de Armas.
27. Porteros con sus cetros o mazas, en pie todos.

En los bancos que se siguen se sientan los procuradores del reino, de cada ciudad o villa dos:

28. Los de Lisboa, que siempre uno es de los más ilustres caballeros de ella, y el otro un letrado que responde a la plática o proposición del obispo. 29. Los de Évora. 30. Los de Oporto. 31. Los de Coímbra. 32. Los de la villa de Santarem. 33. Braga. 34. Viseo. 35. Guarda. 36. Tavira. 37. Lamego. 38. Silves. 39. Elvas. 40. Beja. 41. Leiria. 42. Faro. 43. Lagos. 44. Guimaraens. 45. Estrtemoz. 46. Olivenza. 47. Montemayor el Nuevo. 48. Tomar. 49. Braganza. 50. Portalegre. 51. Covillan. 52. Setúbal. 53. Miranda. 54. Villa-Real. 55. Viana de Lima. 56. Ponte de Lima. 57. Moura. 58. Montemayor el Viejo. 59. Alenquer. 60. Torres-Novas. 61. Sintra. 62. Obidos. 63. Alcacer do Sal. 64. Almada. 65. Torres-Vedras. 66. Nisa. 67. Castelobranco. 68. Aveiro. 69. Serpa. 70. Mourão. 71. Villa de Conde. 72. Trancoso. 73. Piñel. 74. Arronchez. 75. Avis. 76. Abrantes. 77. Loulee. 78. Valença. 79. Freixo de Espadacinta. 80. Alter do Chaon. 81. Monçon. 82. Alegrete. 83. Penamacor. 84. Castelo de Vide. 85. Castel-Rodrigo. 86. Marvan. 87. Sertan. 88. Monforte. 89. Fronteira. 90. Crato. 91. Veiros. 92. Campomayor. 93. Castromarin. 94. Torre de Mencorvo. 95. Camina. 96. Palmela. 97. Cabeça de Vide. 98. Monsanto. 99. Coruche. 100. Barcelós. 101. Gravaon. 102. Panoyas. 103. Ourem. 104. Albufeira. 105. Orique. 106. Arrayolos. 107. Borba. 108. Portel. 109. Villaviciosa. 110. Monçaraz. 111. Atouguia. 112. Panela. 113. Santiago de Cacem. 114. Villa-Nova de Cerveira. 115. Viana de Évora. 116. Porto de Mos. 117. Ponbal. 118. Alvito. 119. Mertola.

Las provincias de donde son estas ciudades y villas se hallaran en el título particular que hicimos de cada una. A cada una de ellas, a cada uno de los títulos, consejeros, señores de tierras y alcaides llama el rey a Cortes por carta suya; y los que tienen impedimento para no hallarse en ellas nombran procuradores que asistan en su nombre.

VI. DE LA ANTIGÜEDAD DE ESTE REINO, Y DEL ORIGEN DE SUS NOMBRES, LUSITANIA, PORTUGAL, SUEVIA Y OTROS.

Así se fatigan muchos en persuadir que Túbal fue personalmente el fundador de este reino, y otros en que no lo fue, como si porque lo fuese pudiera la nación portuguesa ser famosa sin sus obras, o como si por no serlo dejara ella de ser clarísima entre todas las mortales. Yo de mí aseguro que no me desvela este cuidado. Autores peregrinos que no lo tuvieron más que de referir o lo que hallaban, o lo que sentían, dijeron que Túbal había empezado a poblar en España por este reino, y que la primera fundación suya había sido la villa de Setúbal, no la que hoy está puesto a la boca del río Zadaõ, aunque llevase el nombre, sino la primera que estuvo de la otra parte en el sitio que ahora se llama Troya. De esto no existe otra probanza o vestigio más de la tradición, que en cosas muy antiguas tiene fuerza: júntase el nombre que permanece, y que la misma tradición afirma resultar de la palabra *cætus* y Túbal, que en latín significa *ayuntamiento de Túbal*, porque congregados y unidos en aquel lugar, lo habitaron. Y si esto vale otros vocablos hallaremos que juntándose al nombre de Túbal dejan formado, no con peor sonido, ese de nuestra población. *Sedes* por el asiento como *cætus*, y luego Sedes Túbal, y con la corrupción Setubal, observándose que todas las corrupciones de los vocabos son siempre con dismunición de letras, y aun de sílabas. *Secta*, religión o doctrina, y de allí Secta Túbal los que seguían las enseñanzas de este patriarca. *Septa*, cercas o muros de zarzas y otros arbustos impenetrables, como aquellos que habían de guardar casas y edificios de ramas, que tales fueron los primeros. Pero al fin, antes dejaban de ser ciudad, que imagen de ciudades, porque no se deba menos a las cabañas de Túbal, que a las fábricas de su posteridad soberbias. Y si las derivaciones del latín no agradan, Túbal tenía un hermano que se llamo Sem; pudo de los dos nombres hacer uno para dar a la población, cosa muy de los antiguos, si no fue antes juntar al suyo el de Set, hermano de Abel, y heredero de sus virtudes, padre de Enós,

que ilustró las ceremonias de invocar el nombre del autor del mundo, ejercicio principal de Túbál en esta nueva república.

A los que no quisieren que la villa se llame de Túbál, por esta asistencia, ahí tienen otros vocablos para darle el propio nombre. Briga en lengua antiquísima era lugar municionado, *cætus* en latín pescado grande, y siendo esta pesquería copiosa allí sucedió el nombre de Cetóbriga, como decir Almadraba de atunes, que dominado de la corrupción es Cetúbriga y Cetubala. *Tubulus*, por la canal, y *cæta*, por los pescados que acudían a una que allí hace el mar, pudieran dar el nombre de Cetúbulos a sus habitantes. El afinar algo de esto sería temeridad, y lo sería desestimar todo. Muchos dicen que Túbál no vino a nuestra España, y si vino, y no se sabe a dónde, ¿qué menos lo mereció nuestra provincia que las otras? Y si tenemos tradiciones y conjeturas aparentes, y autores extranjeros que lo apoyan, el callarlo los naturales antes sería torpeza que modestia.

Así con éste, o con otro principio pasaron los moradores de esta provincia hasta que fueron conocidos con el nombre de lusitanos, más de mil y quinientos años antes del nacimiento de Cristo: el motivo del nombre es ilustrísimo, por ser amor de esta nación con su príncipe, y de su príncipe con ella. Heredó la Corona de España Luso hijo de Siceleo, y viéndose grandemente amado de nuestra gente, la vino a favorecer tanto, que las otras para llamarle, o con admiración, o con envidia, los estimados, y los queridos de Luso, les llamaron lusitanos, y de ellos se llamó la tierra Lusitania. Más de doscientos años retuvo este nombre sin alteración, y al cabo de ellos con poca se llamó Lisitania, porque faltando la sucesión de Luso, y tratando ellos ya de muchos días de tener príncipe particular, sucedió que viniendo Baco a España saludaron a Lisias hijo suyo por su rey, que a imitación del pasado Luso les quiso dar su nombre, pero muerto él prosiguieron con el primero.

Este hizo tal armonía en los oídos de todas las naciones, que teniendo otro más moderno nuestra gente, siempre por aquel es nombrada y conocida, más que por el de Portugal y portugueses, si bien no menos escuchado en todo el mundo. Sobre su origen diferentes opiniones hubo entre escritores, no saliendo todavía de la ciudad de Oporto. Unos dicen que en frente de ella, primero que la hubiese, había un puerto que llamaban Cale, en Latín Portus Cale, y corrupto Portugal. Otros que de este mismo puerto después que en él surgieron flotas griegas, llamándole Puerto Gravio, o Porto Grayo, y Gravia o Graya una población que llaman Gaya, y permanece, y de allí Portogayo, y Portugal. Otros que de los franceses que viniendo a este puerto le llamaron Puerto de los Galos, y adelante Portogalo, y Portugal; aquellos vinieron a esta provincia mil y ochenta años antes del nacimiento de Cristo, estos novecientos, y parece que de todos se llamó Portugal (así como de dos reyes Lusitania) Grecia y Galecia, que corruptamente es Galicia, nombre que tuvo aquella mejor parte de este reino en la provincia de Entre Duero y Miño.

Para que se llamase Escocia y Portugal también con otra opinión, tenemos la de Polidoro Virgilio, que en la historia de los reyes de Inglaterra, dice que Illavado Gatelo, hijo de Neolo rey ateniense, huyendo de la aspereza con que su padre le trataba, pasó en Egipto, y ayudó a Faraón contra los etíopes, tiempo en que Dios envió a Moisés por su legado. El rey agradecido le dio por mujer a Escota, hija suya. Con ella y con nuevos pensamientos vino a España, y tomó puerto en aquella costa de Portugal, que por él se llamó Portus-Gatel, y los suyos del nombre de su mujer, los escoteses, y su población Escocia. Multiplicada la gente, pasados trescientos años, reinando entre ellos Simón Brecho, pasaron a Irlanda, y establecieron nuevo reino, y después en Inglaterra, y la llamaron Escocia en memoria, o bien del nombre de su primera reina, o bien del de su primera población que tuvieron en Portugal. En tiempo de nuestro rey Don Juan el III estuvo en aquella corte con negocios graves de la portuguesa Gaspar Palla, a quien algunos escoceses doctos mostraron en sus historias este origen, preciándose de traerlo de Portugal, y acordándole las razones que nuestra nación tenía para ser conforme con la suya.

El otro nombre que tuvieron los portugueses fue suevos, y Suevia la provincia, por la misma razón de la suavidad y blandura que se le dio de lusitanos. Invadida España de las naciones

septentrionales, tanto con la sueva se mezcló la portuguesa, que viniendo a reputarse las dos por una misma se vinieron a llamar suevos largos años, y a elegir reyes que se intitulaban de Suevia. Demás del origen de estos nombres se va descubriendo cómo el tener príncipes particulares los portugueses viene con el principio de su propio nombre. La diferencia es, que fueron más cortas aquella sucesiones, que la última que tuvo principio en el conde Don Enrique.

VII. DE LAS CONQUISTAS DE ESTE REINO.

La India Oriental si bien en orden a los descubrimientos de los portugueses fue el último, respecto de su grandeza es el primero en el mundo, y lo será en este papel. Tiene por términos el cabo de Buena Esperanza en la Cafraria, y el de Liampó en la China distantes entre sí casi cuatro mil leguas contadas por la costa sin lo que rodean las playas de los mares Rojo y de Ormuz, que son poco más de mil y doscientas leguas. En este espacio se comprehende la mitad de la África, y toda la Asia con innumerables islas adyacentes a estas dos partes del mundo. Dividen aquellas cuatro mil leguas de costa seis señalados límites en siete partes.

La primera, son sus términos el cabo de Buena Esperanza (más austral de África, y más señalado de la tierra descubierta) y las bocas del mar Rojo, o estrecho de Meca, todo es uno. Comprehende por la marina muchos reinos de la Cafraria: el grande y rico de Monomotapa, señor de todas las minas de oro de África, el de Zofala, el de Mozambique, el de Quiloa, el de Pemba, el de Melinde, el de Paté, el de Brava, el de Mogadoxo, y otros muchos señoríos. Tiene la corona portuguesa en esta parte la fortaleza de Zofala, la de Mozambique y su ciudad, y la de Mombasa.

La segunda parte yace entre las bocas del estrecho de Meca, y las de Ormuz o Basora. Contiene la región de Arabia, en que tenemos la fortaleza de Mascate por sitio fortísima, y casi inexpugnable.

La tercera, limitada con el estrecho de Basora y con el río Indo, lleva los reinos de Ormuz, pequeño en grandeza, y grande en riquezas y comercios, emporio universal de la Arabia, y de la Persia; parte del de Persia, el de Guadel, el de Sinde, y mucho del de Combaya. Aquí poseemos la grande y populosa ciudad de Ormuz, situada en una isleta adyacente a la parte de la Persia, y entrada del estrecho de Basora, que por razón de la ciudad se llama también de Ormuz; en ella hay aduana y arsenal de fustas y galeotas. En frente en la costa de la Persia la fortaleza de Bandel; y en Carbaya, cerca de la boca del río Indo, la ciudad de Dio con aduana, fuerte, y muy frecuentada de naciones varias, teatro de maravillosos hechos portugueses.

La cuarta parte comprendida del río Indo, y del cabo de Comori, contiene todo lo que propiamente se llama India, en que se incluye parte de Cambaya, el Decán, el Canará y el Malabar, poseído todo de muchos reyes y gentes de costumbres diferentes y notables. Tenemos en este distrito la ciudad y fortaleza de Damao segura y bien municionada; la de Asarin puesta en una roca para defender la entrada de las tierras de Baçaim; la de Danu, de San-Gens, de Agacim, de Maim, de Manorá, de Trapor, que se llaman Tapadarias; la ciudad y fortaleza de Baçaim bien cercada; la villa y fortaleza de Taná, con otros dos castillos en el propio río; la villa y fortaleza de Caranja; la ciudad de Chaul fuerte y nobilísima, con la gran fortaleza del Morro en frente, de la otra parte del río; la ciudad de Goa populosa, grande y fuerte, cabeza de todo el estado de la India, ilustrada con título arzobispal y primacía, adonde residen los virreyes, los tribunales de la Inquisición, de la hacienda real, de la Contaduría, y todo lo que toca al gobierno común de aquellos amplísimos estados; tiene aduana, arsenal, almacenes de municiones y bastimentos. Esta situada en una isla de que tomó el nombre, toda fortificada con muralla, y con seis castillos, el de Daugin, el de San Blas, que llaman Paso-seco, el de Santiago, el de Aguaçain, el de Panguim, y el de Nuestra Señora del

Cabo; de la otra parte para la defensa de la barra hay otro que se llama de Bardes. Enfrente del Daugin queda la fortaleza de Noroá con honrada población; ciñe por una parte la isla de Goa otra que llaman de Salfete, adonde está la fortaleza de Rachol. Mas allá de Goa se ven las de Onor, Barcelor, Mangalor, y Cananor, con una villa grande y bien poblada; más abajo la de Cranganor, y luego la de Cochim y su ciudad, que tiene obispo, y a las espaldas la de Angamale con la misma dignidad, y adelante cerca del cabo de Comori, la villa y fortaleza de Coulaõ.

La quinta parte terminada con el cabo de Comori y con el río Ganges, contiene lo que se dirá, Coromandel y Orixá. Allí tenemos la fortaleza de Negapataõ, la de Meliapor y su ciudad, que por otro nombre se llama Santo Tomé, y es obispado; la fortaleza de Masulapatan.

La sexta parte, entre el río Ganges y el cabo de Sincapura. Tiene los reinos de Bengala, de Pegu, de Tanaçarin y otros, si bien menores, no pequeños; a los confines de ella está la ciudad de Malaca, tiene obispo y aduana, es fuerte y grande, y la última fortaleza y más oriental que tenemos en la tierra firme de los estados de la India.

La séptima parte comprendida de los cabos de Sincapura y Liampo tiene los reinos de Pan, de Lugor, de Sion, de Camboya, de Champa, de Cochinchina, y el vastísimo y precioso de la China. Aquí no tiene el Imperio lusitano fuerza alguna, mas no deja tener como en las otras, la estimación y el comercio.

En la isla de Ceilán, despensa de que sale toda la canela que consume Europa, puesta al lado del cabo de Comori, tenemos la ciudad de Columbo con una fortaleza, y las de Manar y Gale, con otros castillos fabricados para el progreso de la conquista de esta isla. Adelante de Malaca, de la parte de la Sunda, quedan las islas de Solor y de Timor, en que tenemos fortaleza. En las de Maluco había dos, una en Ternate, en Tidore otra, y otra en Amboino. En Macao, isla conjunta con la China, hay la ciudad del nombre de Jesús, que es obispado. Sin estas ciudades y fortalezas, así de un vuelo referidas, tenemos en todo aquel estado grande número de villas, grande de lugares y de aldeas, cuya lista pide mayor papel, y más licencioso estilo.

La religión, que en estas conquistas fue el intento principal de las armas portuguesas, es grande, y va siempre en más aumento: hay en estos estados la iglesia metropolitana, primaz de todos ellos, que renta diez mil ducados, el obispado de Cochim, el de Angamale, el de Meliapor, el de Malaca, el de Macao, y el de Japón, que tienen a dos mil ducados cada uno, bastante renta si van a ser pastores, y si mercaderes muy sobrada. Estos provee y nombra el rey; el virrey (confirmándolos ellos) todos los otros beneficios eclesiásticos. Los conventos de religiosos son de los de Santo Domingo diez, de los de San Francisco veinte y uno, de los de San Agustín catorce, de los Jesuitas trece, sin una casa que tienen en Saor, ciudad principal del Imperio del Mogor. y dos en su propia corte, en el Japón una provincia entera con muchas casas y colegios, seminarios, e iglesias esparcidas por todos los sesenta y seis reinos de aquellas islas, y en la China tienen otras; de las parroquiales y oratorios suma grande.

En rentas, que es el otro incentivo a la peregrinación de las gentes, son mayores las capitanías de las fortalezas que el rey provee cada tres años. De la de Zofala sale el capitán con trescientos mil ducados, con otros tantos de la de Mozambique, de la de Ormuz con ciento y cincuenta, con los mismos de la de Malaca, de la de Cochim con noventa, con ochenta de la de Chaul, con sesenta de la de Diu, con cincuenta de la de Mascate, de la de Damão con cuarenta, de la de Maluco con lo propio, de la de Mombasa con treinta, con eso de la de Baçaim, de la de Barcelor con otro tanto, y con más de la de Columbo, con veinte y cuatro de la de Manar, de la Goa con veinte, y con veinte de la de Amboino, con cada diez y seis de las de Gale, de Cahanor, de Manorá, y de Solor, con cada once de las de Mangalor, de Onor, de Coulaõ, y de Santo Tomé; con cada seis de las de Bandel, de Asarin, de Bardes, de Rachol, y de Cranganor, con más de las de Negapatan y Masulapatan, de cada una de las de Danu, San Gens, Maim, y Agaçaim con dos mil, con tres de la de Caranja, con más de mil de las de Aguaçaim, Noroa, Trapor, y Tana, fin los viajes de unos a otros puertos, que vale casi doscientos mil, y otros castillos de menos cuenta, con que se llegan al número de ochocientos mil

ducados cada un año de solas las capitanías que el rey provee en este Estado. Lo que valen los otros cargos de hacienda y de justicia omito por cosa más dilatada, mas no de menor sustancia, advirtiéndole que tienen los reyes de Portugal tanto en que hacer mercedes, que aunque no quisiesen no se les podía pasar un día sin hacerlas, que fue todo el sentimiento de todo el poder de un emperador romano, pasársele uno sin hacer alguna.

De las conquistas de África, que fueron las primeras, es mas ilustre la ciudad de Ceuta, de cuyo sitio dijimos en la vida del rey Don Juan el I que la sometió a su poder; adelante la de Tánger, la de Maçagán se sigue luego, en altura de treinta y tres grados sustentada por los portugueses a los ojos de la corte de Marruecos. Las islas de la Madera y del Cuerpo Santo en la misma altura; más apartadas las de los Azores, que son ocho: la principal la Tercera, de que ahora así se llaman todas, San Miguel, Santa María, Graciosa, Cuervo, San Jorge, Fayal y Pico. Al sur las de Cabo Verde, adonde empieza la costa de Guinea, que fenece en la Sierra Leona; ellas son diez. La primera Santiago, las otras Mayo, Fuego, Buena-Vista, San Vicente, Santa Lucía, Sal, Brava, San Antonio y San-Nicolás. La Sierra Leona en quince grados, más adelante el castillo de San Jorge o Mina. La isla del Príncipe con otras. Los puertos de Ocre, Arda, Calabar de la isla de Santo Tomé, puesta debajo de la Equinocial; la de Año-Bueno que corre al sur por espacio de setecientas leguas, rematadas en el cabo de buena Esperanza, principio de la India en treinta y cinco grados. En esta costa y altura de seis grados el reino de Congo, y en nueve el de Angola, que tenemos lleno de muchas fortalezas, no solamente a la marina sino en el corazón de toda su grandeza. Poco apartada del cabo de Buena Esperanza, aquella isla de Santa Elena, despoblada, mas deliciosa y abundante de frutos diferentes, y descanso de los navegantes de nuestra India antes que lleguen a la patria.

En la América tenemos la gran provincia del Brasil, que empieza en el Pará, fortaleza suya a la boca del río de las Amazonas debajo de la línea, y acaba a la entrada del Río de la Plata, treinta y cinco grados al sur, con mil y cuarenta leguas de costa. Divídese en catorce capitanías: desde la del Pará hasta la del Marañón hay ciento y sesenta leguas, de ésta a la de Ceara ciento y veinte y cinco, a la del río Grande ciento, de que dista la de Paraíba cuarentay cinco, de la de Tamaraca a la de Pernambuco seis, setenta de ésta a la de Segeripe, y de aquí a la de la Bahía veinte y cinco, y de ella a la de los Illeos treinta, otras tantas de ellos a la de Puerto Seguro, y de ésta a la de Espíritu Santo sesenta y cinco, y setenta y cinco de ella a la del Río de Janeiro, de él a la de San Vicente sesenta y cinco, y de allí a la del Río de la Plata, límite de estos estados, exceden de doscientas. De estas catorce capitanías son ocho del rey, y las seis de señores particulares; todas en las rentas responden a las otras de la India, y tienen por metrópoli la ciudad de San Salvador, puesta en lo más eminente de las riberas de la Bahía de Todos Santos. Llevada la palabra evangélica por los portugueses a estas partes, en obsequio de ella fueron vistos sucesos milagrosos; difundióse no solamente predicada por nuestros sacerdotes, sino por sus mismos príncipes, que alumbrados, sacudiendo de sí la barbaridad gentílica, se hicieron apóstoles de Cristo. Las dignidades eclesiásticas, los templos sagrados, las casas y conventos de religión, así como en la India se multiplicaron y crecieron.

Para hacerse dueños los portugueses de tan remotas conquistas, fueron inmensos los mares y los peligros que probaron, inmensas las tierras y los climas que descubrieron. A aquellos antiguos escritores que pensaron no haber dejado a la naturaleza secreto que no le investigasen, pudieran dejar corridos nuestros lusitanos si los unos se alcanzaran a los otros: más cuando menos quedan casi sin precio sus escritos, porque refiriendo lo que oyeron, viene a ser mucho menos de lo que los portugueses tocaron con la mano. ¿Qué riquezas conocieron los tesoros en cuanto nuestras armas no las hallaron? ¿Qué adornos las casas de los grandes príncipes? ¿Qué aumentos las artes y facultades? La medicina casi todas las más preciosas ignoraba; a los sentidos se les escondían los recreos más insignes; a la vista le faltaban aquellos objetos varios, vivos y pintados de colores alegres y vistosos; al oído o a la armonía, o el estruendo de las aves y animales que diferentemente escuchadas nos admiran; al gusto aquellas especierías que tanto le despiertan, y aquel dulce del azúcar más excelente, y de las frutas extrañas conservadas con artificio saludable y delicioso; al

olfato las gomas, los licores, los aromas preciosos, cogidos en árboles y en monstruos admirables; al tacto todo lo que se ve, todo lo que se escucha, todo lo que se gusta, todo lo que se huele con tanto extremo maravilloso y peregrino.

Pues si de tantas provincias, si de entre tantas naciones, si por entre tantos imposibles trajeron a nuestros ojos lo que está sujeto a la mudanza, de lo que no lo está nos trajeron las noticias con cuya relación justamente nos elevan. En la isla de Ceilán vieron una altísima peña, en cuya extremidad se ve estampada una planta que dicen ser de nuestro primero padre. En la isla de Sumatra o Aurea Quersoneso, sus habitantes casi brutos con los dientes dorados, con colas como carneros, comiendo carne humana. En el reino de Sion sus príncipes poner en campo treinta mil elefantes guerreros. La isla de Gumvape, desde cuya extrema punta corren al mar llamas de fuego como arroyos. En Ternate la altísima elevación de una montaña exhalar permanentemente incendios grandes; mas en vano intentamos referir tantos prodigios.

Las rentas reales del reino son casi mil doscientos y setenta cuentos de maravedís, de alfandegas, de estancos, de chancillerías, de almojarifazgos, de las órdenes, y otros tributos diferentes.

Las del Estado de la India son cuatrocientos y trece cuentos, de aduanas, de fletes, de drogas y derechos.

Las del Brasil de otras semejantes calidades son setenta y seis cuentos, lo uno y lo otro antes más que menos, que a ducados exceden de cuatro millones. No dejaré de ponderar que es cosa digna, no solamente de admiración, sino de llanto, el saberse que a nuestro primero rey Don Alonso Enríquez le rentaba solos once cuentos su corona, y a Don Alonso V cincuenta, y que siempre estuviesen sustentando ejércitos, siempre levantando suntuosos edificios, siempre haciendo mercedes, y que todos se mirasen contentos, y les quedasen tesoros. Y que rentando hoy mil setecientos y cuarenta, que son casi mil y setecientos de ventaja, hagamos menos; bien se deja luego ver que no la grande suma, sino la moderación grande fuese siempre autora de los grandes hechos, de las grandes obras.

VIII. DEL TÍTULO DE ESTE REINO Y DE SUS CONQUISTAS.

El título de Portugal subido a la dignidad de tener rey fue concedido por la boca del mismo Cristo, puesto en el trono de la Cruz rodeado de angélicos ministros, diciendo a Don Alonso I cuando le apareció en el campo de Orique antes de aquella gran batalla, que los portugueses le habían de llamar rey, y que él lo consintiese, porque su voluntad era que lo tuviese supremo esta provincia y esta gente, cuyas armas habían de dilatar por remotos climas su ley santa. Así pasó, y después fue confirmado el título real por el pontífice Alejandro III en esta forma.

Alexander Episcopus, servus servorum Dei, Charissimo in Christo filio Alpohso illusti Portugalensium Regi, eiusque Haeredibus, in perpetuam rei memoriam. Manifestis probatum est argumentis quod per sudores bellicos et certamina militaria inimicorum Christiani nominis intrepidus Extirpato, et Propagator diligens fidei Christianae, tanquam bonus filius, et Princeps Catholicus, multimoda obsequia Matri tuae Sacrosanctae Ecclesiae impendisti, dignum memoriae nomen, et exemplum imitabile Posteris relinquens: Aequum est autem ut quos ad regimen et salutem populi ab alto dispensatis Coelestis elegit, Apostolica Sedes affectione sincera diligar, et in justis postulationibus studeat efficaciter exaudire. Proinde nos attendentes Personam tuam prudentia ornatam, justitia praeditam, atque ad Populi regimen idoneam, eam sub Beati Petri et nostra protectione suscipimus, et Regni Portugalensium cum integritate honoris Regni et dignitate, quae ad Reges pertinet, nec non omnia loca quae cum auxilio Coelestis gratiae de Saracenorum

manibus eripueris, in quibus jus sibi no possunt Christiani Principes circum positi vindicare, Excellentie tue concedimus, et autoritate Apostolica confirmamus. Ut autem ad devotionem et obsequium Beati Petri Apostolorum Principis et Sacro-sanctae Romanae Ecclesiae vehementius accendaris, haec ipsa prafatis Haeredibus tuis duximus concedenda, eosque super his quae concessa sunt Deo propitio, pro injuncti nobis Apostolatus Officio defendemus. Tua itaque intererit, Fili Charissime, ita circa honorem et obsequium Matri tuae Sacrosanctae Romanae Ecclesiae humilem et devotum exostere, et si te ipsum in eius oportunitatibus, et dilatandis Christianae fidei finibus exercere, ut de tam devoto et glorioso Filio Sedi Apostolicae gratuletur, ut in eius amore quiescat. Ad indicium autem quod praescriptum Regnum Beati Petri juris existat, pro amplioris reverentiae argumento, statuisti duas marhas auri annis singulis nobis, nostrisque successoribus persolvendas, quem unquem censum ad utilitatem nostram, successorumque nostrorum Bracharensi Archiepiscopo, qui pro tempore fuerit, tu et successores tui curabitis assignare. Decernimus ergo, ut nulli omnino licdar Personam tuam, aut Haeredum tuorum, vel etiam praefatum Regnum temere perturbare, aut eius possessiones auferre, vel ablatas retinere, minuere, aut aliquivus vexationibus fatigare. Si qua igitur in futurum Ecclesiastica, secularisue Persona, sane nostram Constitutionis paginam sciens, contra eam venire temere tentaverit, secundo, tertioe commonita nisi reatum suum digna satisfactione correxerit, potestatis honorisque sui dignitate careat, reamque se divino Judicion existere de perpetua iniquitate cognoscat et a Sacratissimo Corpore et Sanguine Dei et Domini Redemptoris nostri Jesu-Christi aliean fiat, atque in extremo examine districtae ultioni subiaceat. Cunctis autem eidem Regno et Regi sua jura servantibus, sit pax Domini Jesu-Christi quatenus et hic fructum bonae actionis percipiant, et apud districtum Judicem praemia aeternae pacis inveniant, Amen, Amen.

Petrus, Paulus, Alexander Papa III. Ego Alexander Catholica Ecclesiae Episcopus. Ego Joannes Presbyt. Cardin. S. Joannis & Pauli Ecclesiae Lamachij. Ego Joannes P. C. Ec. S. Anastasiae. Ego Joan. P. E. S. Marci. Ego Petrus P. C. E. S. Susanna. Ego Vivramensis P. C. E.S. Stephani in Caelio monte. Ego Cintius P. C. E. S. Ceciliae. Ego Hugo P. C. E. S. Clementis. Ego Arduinus P. C. E. S. Crucis in Jerusalem. Ego Matthæus P. C. E. S. Marcelli. Ego Hulaldus Ostensis Episcopus. Ego Theodinus Portuensis S. Rufinae Episc. Ego Petrus Tusculan. Episc. Ego Henricus Albanen. Episc. Ego Bernerius Penitinus Episc. Ego Iacintus Diaconus Cardinal. S. Mariae in Cosmedim. Ego Ardicius Diaconus Cardinal. S. Theodori. Ego Haborans Diaconus Cardinal. S. Mariae in Port. Ego Camerius Diac. C. S. Georgii ad velum aureum. Ego Braciatus Diac. C. SS. Cosmi & Damiani. Ego Joan. Diac. C. S. Angeli. Ego Chamerius Diac. S. Adriani. Ego Matthæus S. María Nova Diac. Card. Ego Bernardus S. Nicolai in carcere Tulliano Diac. Card, Dat. Laterani per manum Alberti S. romana Ecclesiae Presbyt. Card. & Cancellarii decimo Kal. Junii, iudict. II. Incarnationis Dominica, an. M. C. LXXIX. Pontific. V. Domini Alexandri Papa III. ann. XX.

Permanece el original en el Archivo Regio de esta Corona, que llamamos *Torre do Tombo*, parte del antiguo palacio de los reyes de Portugal en la ciudad de Lisboa.

Cuando Don Alonso Tercero entró a reinar ya los moros eran totalmente expulsos de Portugal; por el reino del Algarve andaba contra ellos Don Payo Correa portugués, maestre de la orden de Santiago en Castilla, caballero valeroso, de quien se dice que como capitán castellano proseguía en la conquista, y que deseándola nuestro rey Don Alonso, la pidió al de Castilla por ser suya, y se la concedió. Esto las Crónicas lo dicen; mas también dicen que Don Sancho I entró por el Algarve con las armas portuguesas primero que las castellanas, y que ya en su tiempo había estado por Portugal la ciudad de Silves, principal de aquel reino, y no consta que para esto fuese menester consentimiento de Castilla, ni tampoco que de allá se lo impidiesen. Duro parece de creer (no que Don Alonso desease llevar sus insignias por aquel reino) sino que hubiese de pedirlo a cuyo era, si era de Castilla, y que se lo diesen por haberlo pedido. Hablar en esto con resolución yo no lo haré: consta de papeles originales que el rey Don Sancho II hizo donaciones de tierras en aquel reino.

Sucedíóle Don Alonso III su hermano, que llamamos el conquistador del Algarve, y porque entre él y Don Alonso el Sabio de Castilla hubo dudas sobre la conquista después de acabada, acordáronse en que fuese de Portugal el reino, y el uso de Castilla en vida del Sabio solamente; y este uso es el que a ruego de su hija remitió a su yerno rey nuestro. Cosa más fácil para pedir, para conceder y para creerse. Dejaré ahora aquí la copia de dos cartas que se escribieron estos reyes el uno al otro sobre la materia, sin decir otra cosa en ella.

El portugués al castellano.

A o muito honrado è muito amado D. Afonso por la graça de Deos Rey de Castella è de Toledo, de Leon è de Sevilla, de Cordova, è de Murcia, é de Jaen. Don Afonso por essa mesma graça Rey de Portugal, saude em ò Señor assi como amigo que muito amo, é que muito prezo, è de que muito confio, è para quem queria muita de boa ventura. Rey, façovos à saber, que quando eu ouve o castelo de Albufeira, que he no Algarve, dei ò por esmola ao Mestre è ao Convento de Avis; è elles avendo è tenendo esse castello eu puse meus preitos e miñas convenças con vosco assi como vos sabedes: de guisa que ouvestes de tener ò Algarve em vosos días, assi como yaz, em as cartas dos preitos que sum entre vos è mi: è Rey, vos me embiastes dezir por vossa carta que vos desembargariades esse castello de Albufeira ao Mestre, è ao Convento de Avis se à mi aprouguesse, &c. Prosigue diciéndole que le place, y acaba. Dada em Lisboa à 8. días ante as Calendas de Mayo, Era de 1298.

El castellano al portugués.

Sepan quantos esta carta vieren y oyeren, cuemo nos Don Alfonso por la gracia de Dios Rey de Castilla, de Leon, de Galicia, de Sevilla, de Cordova, de Murcia, de Jaén. Quitamos para siempre à vos Don Alfonso por essa misma gracia Rey de Portugal, y à Don Dionis vuestro fijo todos los pleitos è conveniencias, è todas las posturas, y omenages que fueron puestas, è escritas, è selladas entre nos è vos, è Don Dionis sobre razon del Algarve, que nos tenemos de vos en nuestros días è non mas; el qual nos demos à Don Dionis, assi como lo nos teníamos por vuestro otorgamento, que nos fiziesse ende ayuda en nuestra vida con cinquenta Cavalleros contra todos los Reyes de España, si non contra vos. Fecha en Badalloz. Miercoles 16. andados del mes de febrero Era 1305. Yo Millan Pirez la fize escribir.

Los originales están en el Archivo Real, con otros de que consta que los prelados que presentaba el rey de Castilla era con consentimiento del de Portugal; lo mismo en los otros cargos y oficios de la paz y de la guerra.

Las conquistas, habiéndole dado principio el infante Don Enrique hijo del rey Don Juan el I en tiempo del rey Don Alonso V, envió las primicias de lo más precioso que en ellas se hallaba al pontífice Martín, y él agradecido hizo concesión perpetua a la Corona portuguesa de todo lo que descubriesen sus vasallos hasta la India, con indulgencia plenaria para los que muriesen en aquella conquista. Confirmáronlo adelante los pontífices Eugenio IV y Nicolás V, ampliando la gracia a todos los reinos y señoríos, islas, puertos y comercios, con censuras gravísimas contra cualesquier otros príncipes que pretendiesen entrar en aquellas conquistas. Últimamente Sixto IV lo corroboró todo en los tiempos del rey Don Alonso V y Don Juan II.

Mas viendo los reyes de Castilla lo que penetraban las armas y osadías portuguesas, juzgando que si alguna concordia no les pusiese tasa o límite, todo sería suyo, vinieron a acordarse, y fue que el rey de Portugal Don Juan el II envió a Ruy de Sousa, a Don Juan su hijo, y al Doctor Aires de Almada, el rey de Castilla Don Fernando a Don Enrique Enríquez, a Don Jorge de Cárdenas, y al Doctor Maldonado, juntáronse en Tordesillas, y dividieron la redondez del Orbe del norte al sur, por un meridiano que está trescientas y setenta leguas al poniente de las islas de Cabo Verde, y que la

mitad a levante quedase a Portugal, y la mitad al occidente de Castilla, y la tierra y mar comunes a todos para los caminos y viajes.

IX. DE LOS MONTES Y FORTALEZAS DEL REINO.

Los geógrafos dicen que la naturaleza fabricó el cuerpo de la tierra con un espinazo de montes que tienen su origen en el Tauro; éste dividiendo el mundo con los brazos que deja caer a todas partes tiene diferentes nombres según las lenguas de las gentes adonde caen: Tauro por donde más se eleva y aparta las provincias de Panfilia y Cilicia de la mayor Armenia; Cáucaso, y Paraponeso en diversas regiones de la India; sus ramos unos se llaman Caspios, otros Rifeos, Hiperbóreos otros; Atlante en África, Alpes por donde divide la Germania de Italia, Apenino entrando en ella, y entre Francia y España, Pirineos. De estos salen por toda España muchos brazos con nombres varios, en una parte Idubedas, en otra Orospedas, que con sus tortuosos caminos ciñen y rompen estos reinos. En el nuestro entran algunos por la villa de Chaves en la provincia Ultramontana; algunos dividen la de Entre Duero y Miño, entrando por aquella parte del reino de León: otro ramo que procede de las montañas de Idubeda, y pasa por Bonilla y Béjar; poco adelante hace su entrada por la ciudad de la Guarda. De estos, pues, resultan todos los otros que tenemos, son los más insignes.

El de la Estrella, llamado Erminio mayor de los antiguos; todo el año permanecen sus cumbres cubiertas de nieve; agradable a los pastores con sus fertilísimos pastos en diferentes várzeas y llanuras que deja formar en él la capacidad de su grandeza. En la extremidad hay dos lagunas de monstruosa anchura y fondo, la una tanto que nunca se le halló; en ambas a dos se ven tablas de navíos de que se infiere comunicarse el mar con ellas, y más habiéndose observado que están en quietud si él lo está, y si él alterado, ellas también; son sus aguas tristes, y que no traen cosa viva; es fértil la sierra de muchos árboles fructíferos, y de fuentes excelentísimas sus faldas: todo lustre y honor de la comarca de la Beira.

El Erminio menor, que llamamos de Marvan, contiene muchos lugares, lleva minas de oro y plata, de plomo en abundancia.

La sierra de Sintra que la antigüedad llamó Promontorio de la Luna, porque allí tuvo templos suyos, y del Sol tiene una Villa, y fue recreación real de nuestros príncipes, levantada sobre el Océano descubre de sus aguas muchas leguas; vese en su mayor aspereza labrado en una sola peña un monasterio de la orden de San Jerónimo, cosa admirable.

El Promontorio Barbárico, que hoy se llama Arrabida, abundante de finísima grana que de él se lleva para varias partes.

Esagro o Sagro, que es ahora monte junto, célebre entre los escritores primeros por la fama de que en él concibiendo las yeguas del viento, daban caballos tan ligeros como el padre.

Por la misma ligereza de caballos fue nombrada la sierra de Minde o Albardos; lleva también alguna grana, mucho mármol blanco, minas de azabache bien estimado.

El monte que se llamó de Venus, poco distante de Évora, porque en él estuvo un templo de esta diosa: hoy llama Pomares, nombre tomado de los fertilísimos frutales de que abunda.

La sierra del Algarve, que los antiguos llamaron Cico, divide a Portugal y este reino; tiene su principio junto a Castromarín, y su remate en Algesur, villas puestas sobre la playa del Océano.

El monte de Gerez, que por una parte divide de Galicia a Portugal, por su mucha elevación áspero, sin otra cola útil que la mucha caza de toda suerte: cabras, corzos, jabalíes, osos y venados; sus faldas deliciosas, como bañadas de perennes fuentes.

El Tapeyo o Ansiaõ asperísimo a los caminantes, tiene poblaciones pequeñas y gente miserable.

Alcoba, sierra que se divide en otras hasta juntarse con la de Monte-muro, estéril y casi despoblada, sus valles al contrario fertilísimas de árboles de espinos, de otros provechosos, y de miel singular.

Monte-muro grandísimo, poblado de gente pobre con algún ganado, principalmente armentería.

Son también conocidas las sierras de Osa, de Portel, de San Isidro, de San Luis, de Monte Corva, de Soayo, de Maraõ, de Montoso, de Caldeiraõ, de Olor, de Dala, de Baço, de Bobera, de Coura, de Rebordaõs, y otras, de cuyas extremidades bajan copiosas aguas, y se descubren victoriosísimas campañas.

No sin propiedad juntaremos a los montes, que son fortalezas naturales, las del arte que tienen nuestro reino por toda la marina, empezando desde la boca del Miño hasta la de Guadiana, que es más de la mitad de la circunferencia de todas las provincias. Son veinte y ocho, la de la villa de Viana, la de San-Juan junto de Oporto, la de Obidos, la de Pcniche, la de Cascais, la de San Giaõ, la de Belén, la de Zezimbra, la de Palmela, la de Sines, la de Sagres, la de Lagos, la de Alvor, la de Peñõ, la de Beleira, la de Albufeira, la de Barcaceira, la de Loulé, la de Porches, la de Faro, la de Portimaõ, la de Tavira, la de Atalaya, la de Cacela, la de Castromarín, la de Alcoutin, y la de Mertola. Bien municionadas las más de ellas, con más de sesenta mil hombres alistados para poder acudir por toda la marina a su defensa.

X. DE LAS AGUAS.

Grande número de ríos, y fuentes que no sufren número bañan todo el reino, todas agradables a los ojos, y a los campos, muchas salutíferas, muchas provechosas por otro camino, y muchas admirables con propiedades de que sólo sabe el secreto el autor de ellas.

Los ríos más famosos son el Tajo, ufano con dejar atrás la más ilustre ciudad de Castilla, y la mas insigne de Europa, que son Toledo y Lisboa, para entrar en el Océano y abrir la entrada a todas las riquezas más estimables de la Asia y de la América; es navegable en parte grande, nuestros padres vieron subir embarcaciones desde Lisboa hasta Toledo.

El Duero, que rompiendo muchos montes corre al poniente rapidísimo, despeñándose casi siempre; bebe infinitas aguas desde su nacimiento, y siempre medaño baña los muros de Oporto, y una legua adelante ofrece en el Océano una peligrosa barra a los navegantes, embarcaciones grandes le humillan por muchas leguas.

El Guadiana, que después de haber corrido algunas leguas por espacio de siete se esconde en Argamasil, y vuelve a reventar en Daimiel, porque no nos faltase lo que fingieron los antiguos de Alfeo en la Arcadia; con aguas muchas, pero tristes, desboca en el océano Atlántico junto a Ayamonte.

El Mondego nace en la sierra de la Estrella; caminando a poniente halla el océano en Buarcos; es navegable.

El Lima que la antigüedad llamó Leteo, entra en el océano poco distante de Viana; navegable un trecho.

El Sadon no tan famoso por el caudal, como por la bahía grande que hace en Alcacere do Sal, y por la entrada por él de Túbal en España que refieren muchos escritores, si quieren los muy escrupulosos; llamóse Calipo, sus aguas para las damas favorables.

El Vouga, o Vacua o Vacuum, entre los antiguos geógrafos, después de recoger otros ríos como el Agueda se echa en el océano junto a la villa de Aveiro, agua mala y navegable.

El Leça, que se llamó Celando, casi lleva más peces que agua, pasa con tanto descuido que apenas se conoce para donde corre, y que por ello y por el nombre le tuvieron algunos más propiamente por Leteo; entra en el océano junto a la Villa de su nombre.

El Ave, que hace su entrada después de haber cortado por en medio de Entre Duero y Miño, y llevado algunos ríos de nombre como el Visela; navegable poco.

El Neiva, que es famoso, si bien le usurpa caudal y nombre el Cavado, llevándole al océano junto a la Villa de Faõ, con poca lluvia se enfurece de manera que es imponible el vadearse.

El Zezere nace en la sierra de la Estrella, y con torrente copioso entra en el Tajo tan furioso, que no se mezcla con él por grande espacio, así como se dijo del Orco con el Peneo.

El Alba o Albula, que nace en la misma sierra, acompaña al Mondego para entrar en el océano.

El Con o Cuda nace junto a la villa de Alfayates, y después de hacerse famoso se sepulta en el Duero; triste de corriente, fértil.

El Tabora nace junto a la Villa de Trancoso, y muere en el Duero; su agua agrada a las hermosas damas.

El Nabancia o Navão, junto a Tomar, pasa pobre de aguas, y a trueque de llevar más pierde en el Tajo la gloria de tener su nombre, imita a los humanos que venden el honor por el lucimiento.

Así como el Guadiana fenece al mediodía dividiendo de la Andalucía el reino del Algarve, así el Miño al norte dividiendo de Galicia a Portugal, haciéndose de esta manera comunes ellos dos ríos a tres naciones.

Otros tenemos dignos de nombre y fama, como el Tamaga, el Soure, el Sor, el Caya, que divide a Portugal de Castilla, bien conocido de ambos reinos, porque cuando entre sus príncipes se concertaban casamientos, las entregas se hacían sobre sus aguas; el Seira, el Seda, el Paiva, el Tera, el Montargil, el Caña, el Coruche, el Sousa, con otros muchos no conocidos de los geógrafos antiguos; y todos llenos de pescados diferentes, innumerables y gustosos. En muchas de estas aguas se ven las maravillas que los pasados escritores celebraron: algunas dejaremos apuntadas en el capitulo de las cosas admirables de este reino.

Entre estas aguas frescas, otras hay que naciendo calientes sirven de remedio a males incurables: Baños o Caldas los llamamos; junto a la villa de Obidos son las más nombradas, no lo siendo menos las de Alvor en el Algarve, con hospitales para los que van a ellas sin remedio: piedad de nuestros príncipes.

XI. DE LOS FRUTOS Y MINERALES.

Referidas las sierras y los valles y las aguas, con cuyo jugo, y en cuyas entrañas el sol engendra y produce los frutos y las riquezas que nos sustentan y adornan, empezaremos por el más universal sustento, que es el pan. Sabemos que en tiempo del rey Don Dionis, y hasta el rey Don Fernando se proveían de este reino los extraños; ahora se lo traen de ellos muchas veces, si bien no más de aquel que se quita nuestra gente a sí propia enviándolo en harina por contrato a las conquistas, y dejando de cultivar los campos por salir a otras ganancias mayores que la codicia inventó, menos cansadas aunque más remotas y de más peligro; de manera que puesto que no falta pan, bien era menester que viviera Don Dionis para los portugueses, o que no murieran ellos para su reino. Sea, pues, principio indubitable empezando por este fruto, que todos los de esta provincia no

son igualados de otra alguna en fertilidad, y en gusto. Apetecía el rey Don Juan el III, cansado de platos reales, los vulgares: de fuera del reino le traían algunas cosas que en él había mejores que las peregrinas mendigadas, mas con la desdicha de naturales abatidas. Advirtiolo un caballero, y gustándolas el rey pidió perdón a la patria.

Flandes, Alemania, Castilla la Vieja, León, Galicia, la India, el Brasil, del aceite del reino se sustentan. Las villas de Santarem, de Tomar, de Abrantes, de Estremoz, de Moura, las comarcas de Lisboa, de Coímbra, de Elvas, y de Beja, exprimen mares de este licor, y admirable: a todos excede el de Coímbra, y todos a los del mundo. Así de los vinos en que tiene eminencia el reino del Algarve y la comarca de Alentejo, la de Lisboa los lleva preciosos, la de la Beira bonísimos, la de Entre Duero y Miño los peores, verdes les llaman por su aspereza, y duran poco.

La miel es claro argumento de su copia, y de su bondad ser todo Portugal lleno de flores y otras matas salutíferas y olorosas: Évora, Torres-vedras, Abrantes, el campo de Orique, Entre Duero y Miño, montes famosos son por este licor, menos estimado después que la delicia halló el azúcar.

El ganado, así menudo, como armentería, en la cantidad mucho, en la calidad excelente. La provincia de Entre Duero y Miño solamente apacienta cuatrocientas mil cabezas; en sabor son sus carneros como gallinas, y sus vacas como carneros de otras partes bien famosas por sus pastos; los tocinos portugueses ¿a dónde no se han hecho alabar? Ese el gusto. La grandeza es prodigiosa, resulta de toda la excelencia y superioridad de los regalos que proceden de la leche; los requesones, las natas y los quesos, ¿quién no desea los de Alentejo? La caza volátil y terrestre es infinita, es varia, y es todo el desvelo de los apetitos más caídos.

Las lanas de toda suerte, ásperas o blandas, fueron siempre materia, aquellas a la labor de las cosas más bastas, pero no menos importantes; estas a los más finos paños en que se esmeraba Londres, en tiempo que la vanidad aun dejaba hacer estimación de lo durable, y hoy lo son a los que se tejen en el propio reino en varias oficinas por excelentes laborantes: Portalegre, Covillan, y Cartel de Vide se aventajan.

Los caballos, tan celebrados fueron los de las márgenes del Tajo, que los muy estirados escritores de la Antigüedad dijeron que las yeguas concebían del viento, tal su ligereza: aquel prodigioso de Julio César, que tenía los pies y manos como de hombre, en Portugal nació, y él le estimaba tanto que en el templo de Venus le hizo poner pintado.

Las salinas de este reino son el remedio de muchos. El Septentrión, de las de Setúbal se valió siempre: por ellas a la villa de Alcaçare do Sal llamaron Salacia los romanos, y en ella tuvieron templo dedicado a una diosa marina de aquel nombre. Muchas hay en los contornos de Lisboa, muchas en los de Oporto, muchas en el Algarve.

Los pescados. Portugal no es otra cosa que mar y ríos, elemento de ellos, y ellos tantos y tan varios, que fuera prolijo trabajo referirlos todos. Algunos: sollos, salmones, sábalos, lampreas, taíñas, corvinas y cazones, truchas, rellos, lenguados y azevías. Un sollo se tomó en el Tajo en tiempo del rey Don Dionis, que por cosa monstruosa permanece pintado en el Archivo Real de Lisboa: diez y siete arrobas era el peso, y portuguesas, que exceden de las castellanas siete libras cada una; así otro en los días de Don Juan el Tercero. Esto de los ríos. Tiene Portugal casi trescientas leguas de circunferencia; la mitad es marina llena de puertos, y ellos de pescadores. Setúbal y Cesimbra se aventajan en algunas suertes: salmonetes, besugos, rodaballos, chernes y sardinas. Porto en lampreas, sábalos y pescado que llaman social en Castilla. El Algarve en atunes. Lo que llamamos marisco, pescados todos cubiertos de conchas, que crecen y menguan con la luna; al gusto es extremado, a la vista maravilloso, la multitud innumerable. Principales: langostas, cranguejolas, ostras, amejoas, mejillones; en las ostras muchas veces se hallan perlas. Todo el mundo se vale de pescado portugués.

Las plantas, apenas hay casa que no tenga un bosque de naranjos, limones, limas, cidras y laureles. Perennemente están para la región del norte en todos los puertos portugueses cargando de

esta fruta. De la otra variedad de frutales en vano se pretendiera hacer memoria: imagen sea de ellos el haber tantos de aquellos que nunca se lograron en otras tierras fertilísimas. De las hierbas no supiera dar cuenta Dioscórides: poco fuera en Portugal haberlas de verano como en las otras tierras; siempre es abril, y siempre mayo: a lo menos en Entre Duero y Miño, rosas he visto en diciembre muchas veces: así de las que sirven ala vista. Las hierbas de gusto son tan fértiles y crecidas, que en muchas partes hay nabos que sirven de asiento a los rústicos que de invierno están al fuego, y de ellos mismos van cortando y guisando, hasta que hallando poco asiento toman otro. Cardos de grandeza, que ya hubo hombre que rehusó el peso de uno. Los ajos y cebollas bien puede ser nueva codicia de la gente de Judea. En Entre Duero y Miño de una sola vid o cepa cincuenta arrobas suelen exprimirse; a la sombra de una berza bien puede reposar un caluroso. Las hierbas de labor como el lino bien lo apoya la codicia que tienen todas las naciones al lienzo, y al hilo portugués, que sin traerlo para vender lo que traen lo pregonan en todas las partes del mundo. ¿Qué sutil labor no se hace en Portugal de juncos y de palmas? ¿Qué estrados de princesas son vistosos el verano sin las esteras lusitanas? Las hierbas del olor y medicina no presumo yo tanto, que entre a nombrarlas. Para teñir, colores maravillosos: la grana más fina celebra Plinio en Lusitania, y le desempeñan hoy las sierras de Arrabida, de San Luis, de Cazimbra, y de Beja.

Las minas de metales y piedras preciosas muchas son. Apenas tenemos río, apenas monte que no lave, y que no cubra granos de oro. En otras edades venían los griegos, fenicios y romanos a buscarlo a Lusitania, de la manera que ahora los lusitanos a la India. Plinio dice que en su tiempo esta provincia, y las de Galicia y Arturias, pagaban a Roma de sus minas cuento y medio de oro; y entonces eran aun menos graves los tributos. De entre las arenas del Tajo salió el oro con que el rey Don Dionis hizo labrar una corona y cetro, joyas preciosas de los reyes portugueses; otro cetro el rey Don Juan el III. El Mondego, el Duero, y otros ríos sobre oro corren todos. Como en tesoro se imagina poseído el que guardan las sierras de la provincia Ultramontana. En el camino de Viana junto a Beja y lugar de Tondón se dice que está la mayor mina del mundo. De plata las hay en el campo de Évora caminando a Orique junto a una fuente ceñida de muro; junto a Lorvan; junto a Braganza; junto a Mogadouro a la parte del oriente; desde Villaviciosa caminando a Elvas; en Sousel; a la ribera del río de Folgoso. De estaño en el consejo de Lafoens. De plomo en Arameña; llamáronse sus moradores plumbarios por esta causa. De hierro en Tomar, y en otras partes.

De piedras preciosas. Carbuncos llamo Plinio a los rubís que de Portugal llevaban los extraños, diciendo que muchas varias se hallaban a la parte del océano de España, que es todo nuestro reino. Obsidiana llama a una de que se hacían vajillas como de cristal, menos claro y más duro; de ellas eran las urnas o pomas en que guardaban los antiguos las lágrimas lloradas por los difuntos. Los cristales alaba mucho el propio autor y su grandeza; en la villa de O Crato no hay pocos. Jacintos en la villa de Betas, finísimos. Las cianeadas, piedras verdes no menos excelentes que las esmeraldas, se hallan en grande copia media legua de Borba en Alentejo. Los montes de Estremoz llenos están de mármoles blancos, otros variados de colores, y todos maravillosos, y materia a la más humilde fábrica de toda la comarca. Con esta se engrandecieron siempre los edificios a que llaman los hombres maravillas del mundo. El rey Don Felipe el Prudente mucha hizo traer a San Lorenzo. En la comarca de Lisboa infinitas pedreras de esta suerte; en Sintra, negras, que pulidas exceden en oscuridad al ébano, e igualan a los espejos en mostrar la figura a quien se llega a ellas. Junto a Coímbra, y en otras partes, la piedra que llamamos ansam, tan blanda, que en ella como en madera suele mostrar la escultura adonde llega; obras admirables tenemos de esta piedra. Junto a las villas de Lagos y Setúbal otras durísimas, y que cada una parece unión de muchas de colores varios. De azabache tenemos abundancia: el de la villa de la Batalla excelentísimo. Entre con esta especie la labor de los barro tan nombrados de Portugal, adonde son más preciados para beber los de Lisboa y Montemor; para ver los de Aveiro y de Estremoz; los primeros por el olor, por las labores los segundos. Otros hay extremados en la villa de Sardoal. Dioles la naturaleza a los lusitanos las mejores fuentes, y el arte los mejores vasos para lograrse de ellas.

Así del reino. ¿Quien niega ahora que se han de llamar propias suyas aquellas cosas que a él trajeron nuestras armas, nuestra industria, nuestra osadía y nuestra fortuna, que parece hicieron estipendiaria a esta Corona la misma naturaleza? Fue gran cosa por cierto, que en el portal de Belén apareciesen tres reyes de Oriente con dones nuevos ofrecidos al hijo del autor del mundo. Sea grande, que por la puerta del Belén de Portugal, fábrica insigne del autor de las flotas de la India, el rey Don Manuel, entran cada día tributos de varios reyes del mismo Oriente. Del África, de la Etiopía, de la Arabia, de la Persia y de la India, de la China, del Maluco y muchas islas, vienen aquellas drogas llenas de espíritus de vida, pimienta, clavo, canela, jengibre, masa, nuez moscada, cardamomo, galanga y malagueta; aquellas piedras preciosas, aquellos regalos y adornos admirables, diamantes, rubíes, esmeraldas, zafiros, amatistas, balaxes, jacintos, topacios, crisolitos, girasoles, cornerinas, ágatas, camafeos, sardónicas, turquesas, baazares y laquecas; las perlas más subidas y el ámbar, el almizcle, la algalia, el bejoin, el estoraque, el incienso, la canfora, el spicanardi, el calambuco, la águila, el áloe, los bálsamos y otras gomas salutíferas, a que no supieron los nombres todos los antiguos especuladores y cronistas de los secretos de la naturaleza, y del atrevimiento de los hombres. El marfil, el ébano, las obras de estas materias que nos admiran, las alfombras de la Persia, las colchas de Bengala, las finísimas telas de tantas provincias, las pinturas, los biombos y las porcelanas de la China, los animales varios y vistosos en formas, en mañas, en voces, y en colores; los esclavos de diferentes naciones, y todo el adorno que codician todas, tomada muchos años de la mano portuguesa.

XII. DE LAS RELIGIONES, ÓRDENES MILITARES Y SANTOS.

De la iglesia de Dios, Francia debe ser llamada el atrio, Italia el cuerpo de la iglesia, España su capilla mayor, y Portugal el sagrario de esta capilla. Los templos, su grandeza, su riqueza, su lucimiento hacen que el más pobre de este reino sea el más precioso de otras provincias. ¡Y qué mucho que los portugueses tengan los suyos llenos de oro, si los extraños más conocidos apenas están sin joyas de nuestros príncipes, y de nuestra gente! Quien es visto en las historias sabe de esto, quien no lo es, sepa que la ley del estilo a que voy atado me hace volar por grandes cosas. Diré solamente que fueron siempre tan religiosos los portugueses, que no sin misterio fenecieron sus reyes en príncipe de la Iglesia excelentísimo.

Las religiones que fueron instituidas para que los hombres dejasen el mundo son ahora más buscadas de aquellos a quien el mundo tiene dejado: digo de aquellos que no teniendo nada en él andan buscando adonde tengan algo; pero debajo de esto se ha de entender que siempre en ellas hubo varones santos, en ellos insignes siempre las de Portugal; unas fueron ya más florecientes, que otras que lo son más ahora.

La de San Benito a cuya puerta ya dejaron, las tiaras, las púrpuras y coronas muchos pontífices, muchos príncipes, muchos reyes; tiene en ella veinte y seis monasterios de frailes y de monjas (así en todos se ha de entender con gruesas rentas); su cabeza Tibaens en la comarca de Entre Duero y Miño.

La de San Bernardo tiene cincuenta monasterios, su cabeza Alcobaça, que tuvo ya mil religiosos, y su coro oración perenne; edificio es muy maravilloso.

La de San Francisco se divide en diferentes hábitos y provincias. Mayor la que llaman de Portugal, tiene cincuenta y nueve monasterios, su cabeza en la ciudad de Lisboa. La del Algarve tiene cincuenta y tres, su cabeza el de Enxobregas, arrabal de Lisboa. La de Piedad treinta y cuatro, su cabeza en Tabira del Algarve. La de San Antonio diez y ocho. La de Arrabida otros tantos, su cabeza en la sierra de este nombre. La de Nuestra Señora de Jesús de los Cardáis quince, su cabeza

junto a Lisboa. Ya se sabe la multitud de religiosos que sustenta el Seráfico Patriarca, y tiene este reino doscientas casas suyas.

La de Santo Domingo treinta y ocho conventos: el más insigne la Batalla, que lo es mucho.

La de San Agustín que llaman Canónigos Regulares tiene diez y ocho monasterios; su cabeza el notable de Santa Cruz de Coímbra, sus rentas gruesísimas. La otra que diferencia de hábito, y llamámosla de Nuestra Señora de Gracia veinte, y tuvo siempre sujetos excelentes.

La de San Bruno o la Cartuja tiene solos dos monasterios, mas el de Évora es una de las grandes cosas de Europa.

La de San Jerónimo diez, su cabeza Belén junto a Lisboa, fábrica admirable.

La del Carmen quince, su cabeza en Lisboa, y de Descalzos ocho o nueve; su cabeza en Oporto.

La de Nuestra Señora de la Rosa (que tuvo principio en el ermitaño que en el campo de Orique, enviado por Dios, animó a Don Alonso para aquella gran batalla) tiene diez y nueve monasterios, visten paño como jerónimos, mas el modo es de ermitaños.

La de la Santísima Trinidad siete, en Lisboa su cabeza.

La de Santo Eloy, que se llama de San Juan Evangelista, tiene nueve; su cabeza de San Benito de Enxobregas fuera de Lisboa, visten paño azul, y sobre la sotana o túnica una muceta, como obispos.

La de la Compañía de Jesús, que con venir última a la labor de la viña celestial excede a todas las otras juntas, si no en casas, en rentas que pasan de doscientos mil ducados. No me acuerdo en esta memoria de las conquistas, trato solamente del reino, en que vengo a hallar cuatrocientos y cincuenta monasterios.

Las Órdenes Militares de este reino siempre se señalaron mucho en la obligación de su primer instituto, en cuanto se repartieron sus rentas por los valerosos caballeros que con la lanza en la mano las esperaban. Vinieron a ser aquellos bienes sagrados premios de ejercicios que no lo son: y así casi impropriamente se llaman ahora Órdenes Militares. La de Malta tiene muchas Encomiendas en este reino, su cabeza la Villa de O Crato, de que es prior el cardenal infante Don Fernando, arzobispo de Toledo. Bailiado que llaman de Leza Entre Duero y Miño, casa ilustre; hay en Estremoz un monasterio de monjas de este hábito. La de Avis instituida por nuestro primero rey Don Alonso, tiene grandes encomiendas; su convento y cabeza, la Villa de su nombre, su comendador mayor Don Luis de Lencastre. La de Santiago no menor en rentas, era sujeta a la de Castilla, exentóla el rey Don Dionis, que fue el primero que le dio maestres en este reino, su cabeza la villa de Palmeta en la comarca de Alentejo; es su comendador mayor el duque de Aveiro. La de Nuestro Señor Jesucristo, última en tiempo, mas en dignidad y grandeza la mayor de esta corona; su convento en la Villa de Tomar, fábrica espantosa; su comendador mayor el marqués de Castel-Rodrigo.

Los mártires y otros santos naturales fueron en pruebas de virtud maravillosos. Nunca en Portugal se llamaron santos a aquellos en que solamente resplandecieron muestras de santidad, sino a los que obraron estupendas maravillas; quedan atrás las vidas de algunos abreviadas, sus nombres (de la comarca de Entre Duero y Miño) Dámaso Papa, natural de Guimaraens, opinión mas seguida; Rosendo, Señoriña, Godiña, Gervas, Frutuoso, Víctor, Silvestre, Cucufate, Torcuato, Susana, fray Rodrigo de San Francisco, Gonzalo. De la Extremadura Antonio de Lisboa, Liberata, Germana, Eumelia, Genebra, María, Basilia, Quiteria, Gema y Victoria hermanas, Engracia y dieciocho caballeros de su casa, Irene, Sancha, fray Bartolomé de los Mártires arzobispo de Braga, fray Lorenzo de Santo Domingo. De Alentejo Vicente, Sabina y Cristeta hermanos, Sisenando, Amadeo, D. Beatriz de Silva, Juan de Dios, fray Pedro de Santo Domingo, el infante Don Fernando. De la Beira fray Gil de Santo Domingo, Pelayo, Comba. De varias partes Margarita de Chaves, Amaro, Ginés, Simón, Antonio, Juan, Domingo, mártires después de la batalla del rey Don Sebatián, y los

muchos que de todas las religiones predicando la ley evangélica en las conquistas de este reino, admiraron con su constancia varias gentes, e hicieron caer en tierra inmensos ídolos. En más prolijas relaciones los habrán visto los devotos.

Propios podemos llamar también a los santos que no siendo naturales de este reino se contentaron de tener en él sus sagrados cuerpos, que si hubieran podido tener jactancia de la veneración, dijéramos que quisieron tener sepulcros entre nación que mejor venera los despojos de los siervos del Señor. Digan enhorabuena otro tanto de sí las que tienen cuerpos y reliquias de santos portugueses. Las vidas de los que tenemos no naturales se pueden leer en el *Flos Sanctorum*, sus nombres, Torpes y Mancio de Italia están en Évora, Vicente de Valencia, Félix, Adrián, y Natalia de Nicomedia, Auta virgen de las once mil en Lisboa, Pedro discípulo de Santiago, Santiago Interciso, Martino de Grecia, Fructuoso godo, Giraldo de Francia en la ciudad de Braga, en la de Oporto Pantaleón de Nicomedia. La reina santa Isabel de Aragón, Teotonio de Tuy en Coímbra, Gonzalo Vaz, y Juan Vaz africanos, los más traídos a este reino con sucesos extraños y milagrosos. De las otras reliquias del Hijo de Dios, y de su Madre, y de sus Santos largo discurso fuera el relatarlos. Imágenes de Cristo que obraron obras y maravillas grandes, el de Matosiños, villa marítima, traído de las olas; es obra de Nicodemus, y que vista infunde miedo y devoción; el de Santarem que desenclavando las manos de la Cruz así permanece; el de Barcelós a que ningún hombre pudo mirar sin temor. Imágenes de Nuestra Señora antiquísimas y milagrosas, la de Nazaret, la de Carquere, la de Oliveira, la de Lapa, la de Lagoa, la de Peña, y tantas que como solamente de la memoria saco con prisa esta deípcion, de entre muchas se me ofrecen tan pocas.

XIII. DIGNIDADES ECLESIASTICAS Y SEGLARES.

Apenas subió en este reino persona alguna a dignidad suprema que no la mereciese primero, y a lo menos que puesto en ella no mortrase que la merecía. Nunca los grandes lugares fueron menos que ilustrados con sujetos portugueses, todos llenos de pompa y majestad, procurando antes aumentar que disminuir los aparatos de la grandeza, y con gravedad y reposo notable hacerse estimar y servir con temor y con decoro. Esa es la soberanía, quien está puesto en ella no ponerse entre los viles con acciones que lo sean, que tener el título no puede hacer sublime a quien en él se hiciere humilde.

Bien, pues, cumple un portugués con la modestia, con la moderación, y con la vigilancia de pastor, primero y primaz el de Braga, que tuvo principio con los apóstoles, renta cincuenta mil ducados, sonle sufragáneos los obispados de Oporto, Viseo, Guarda, Lamego, Miranda y Leiria.

El arzobispado de Lisboa, que fue sublimado a esta dignidad el año 1390. Cincuenta mil ducados. Tiene sufragáneos a Coímbra y Portalegre.

El arzobispado de Évora, que tuvo principio el año 1540. Vale sesenta mil ducados. Sufragáneos suyos el obispado de Elvas y el de Silves.

El obispado de Coímbra, tiene juntamente título de conde, vale cuarenta mil ducados. Él de La Guarda treinta mil; veinte y cinco el de Lamego; el de Viseo veinte; a quince los de Oporto, Miranda y Algarve; a diez los de Leiria y Portalegre.

Iglesias colegiadas y otras prelacías, son mayores la de Nuestra Señora de Oliveira en Guimaraens, que renta seis mil ducados, y canonicatos de quinientos, así la de Barcelós, la de Zedofeita, y la de Soallanes rentan a dos mil ducados, y son mayores que sus rentas sus preeminencias.

Los títulos y señores seglares son tantos, que teniendo este reino más de seiscientas y cincuenta poblaciones, grandes ciudades y villas, las doscientas solas son del rey. Diré solamente de

los títulos que dieron siempre los reyes de Portugal por grandes causas, conociendo, y con razón, que en ser pocos estaba toda su estimación. Cuando Felipe II. entró en Portugal no había más de tres duques, cuatro marqueses y cuatro condes de juro hereditario; esto se pide hoy con acciones bien limitadas. Los que hubo, y no hay son de duque, Coímbra, Viseo, Beja, Trancoso, Guimaraens, y Villa Real, los cuatro primeros solamente a infantes se daban, los dos a grandes sujetos: de marqués, Valencia, Montemayor y Torresnovas; de conde, Barcelós, Albuquerque, Viana, Neiva y Faria, Sea, Sintra, Marialva, Camina, Loulé, Penela, Abrantes, Olivenza, Cantanedo, Villa-Real, Borba, Prado, Matosños, Castel-Rodrigo, Idaña.

Los que permanecen son cinco de duques, de marqueses siete, de condes cuarenta, un vizconde, un barón; los últimos sin respeto a la antigüedad o grandeza nombraré así como me los trajere la memoria: será primero el nombre del título, y segundo el apellido de su dueño.

Duques

- I. Braganza.
- II. Barcelós, de los primogénitos de Braganza.
- III. Aveiro, Lencastro.
- IV. Torres-novas, de los primogénitos de Aveiro.
- V. Camiña, Meneses.

Marqueses

- I. Villa-Real, es duque de Camiña.
- II. Castel-Rodrigo, Mouras.
- III. Ferreira, Melos.
- IV. Villa-viciosa, de Braganza.
- V. Gouvea, Silvas.
- VI. Alenquer, Silvas.
- VII. Puerto Seguro-Brasil, Lencastros de Aveiro.

Condes.

- I. Arrayolos, de Braganza.
- II. Arganil de los obispos de Coímbra.
- III. Alcoutin de los primogénitos de Villa-Real.
- IV. Atouguia, Ataides.
- V. Atalaya, Manueles.
- VI. Arcos, Limas.
- VII. Basto, Castros.
- VIII. Castañeira, Ataides.
- IX. Callera, Camaras.
- X. Castelmellor, Vasconcelos.
- XI. Crastodairo, Ataides.
- XII. Ericeira, Meneses.

- XIII. Feira, Pereiras.
- XIV. Faro, Faros.
- XV. Ficallo, Borjas.
- XVI. Liñares, Noroñas.
- XVII. Lumiares, primogénitos Castel-Rodrigo.
- XVIII. Mira, Noroñas.
- XIX. Monsanto, Castros.
- XX. Miranda, Sousas.
- XXI. Ourem, de Braganza.
- XXII. Penaguaiaõ, Sas.
- XXIII. Portalegre del marqués de Gouvea.
- XXIV. Palma, Mascareñas.
- XXV. Redondo, Coutiños.
- XXVI. Santa Cruz, Mascareñas.
- XXVII. Sabugal, Castelobranco.
- XXVIII. San Juan, Tavoras.
- XXIX. Sortella, Silveiras.
- XXX. Tarouca, Meneses.
- XXXI. Tentugal., de los marqueses de Ferreira.
- XXXII. Valença, de Villareal.
- XXXIII. Vimioso, Portugales.
- XXXIV. Vidigueira, Gamas.
- XXXV. Villanova, Castelobrancos.
- XXXVI. Villa-franca, Camaras.
- XXXVII. Villa-flor, Enríquez.
- XXXVIII. Vimero, Faros.
- XXXIX. Vizconde de Serveira, Limas.
- XL. Barón de Albito, Lobos.

Las rentas de estas casas, es eso cosa muy menuda para nuestro instituto. Braganza tiene cien mil ducados, y provee otros tantos en encomiendas y oficios. Las otras no exceden de cuarenta mil, y algunas no suben de seis, mas respecto de la tierra son ellos veinte de otra.

Oficios Titulares.

Empecemos por aquellos de la Paz, que es toda la dicha de los hombres.

Mayordomo es lo mismo que *Mayorhomo*, el mayor hombre de la casa real, llamáronle antiguamente *Senex*, viejo, que tal debe ser, y *Calculus* que es piedra, sin la cual no contaban los antiguos, porque sin el Mayordomo no se pueden hacer cuentas en las casas de los príncipes; todo el sustento de ellos a él toca, y sin su autoridad no se dispensa cosa alguna: estánle sujetos todos los otros oficiales y criados, que por orden suya son pagados de sus acortamientos, que llamamos moradias, y son admitidos los vasallos a diferentes grados de nobleza, o fueros en palacio. Anda este oficio en la casa del marqués de Gouvea, conde de Portalegre.

Camarero mayor, tiene mano sobre todas las otras personas de la Cámara del rey, vístele y desnúdale a la mañana y a la noche; en los actos de juramentos y Cortes lleva la falda; anda este cargo en la casa de los condes de Penaguiã.

Meiriño mayor, o Alguacil mayor, quiere decir, hombre que tiene mayoría para hacer justicia en la Corte, responde al oficio de Adelantado mayor que hubo en tiempo de nuestro primero rey; ha de poner de su mano un Alguazil que resida en la Corte. Hállase con su vara en Cortes a la mano izquierda: había uno en cada comarca antiguamente con amplísimos poderes, ahora es uno solo del reino, anda en la casa del conde de Sabugal.

Aposentador mayor, tócale cuando camina el rey partir un día delante a prevenir la posada, y resolver las dudas que hubiere sobre la aposentaduría; anda en la familia de Sousas.

Capellán mayor, Priors de las Órdenes Militares, Inquisidor general, oficios son ilustrísimos, y cuyos ejercicios no se ignoran. Coudel mayor tenía a cargo la criación de buenos caballos. Guarda mayor de la persona real, hubo y no le hay ahora; solía andar en la casa de los condes de Sortella. capitán de la guarda real de caballos, que llaman de los Jinetes, es el conde de Santa Cruz; y hay otro de la guarda de a pie, que llaman de los alemanes, que hoy reside en el Salón del palacio de Lisboa, así como en tiempo de los reyes, y de la misma manera todos los otros oficios de la casa Real.

El Presidente del Regimiento de Lisboa, los Gobernadores de los Consejos y Chancillerías, plazas y fronteras, y Veedores de hacienda, tienen en este reino la misma estimación.

Los de la Guerra, Condestable es el mayor después de la persona real si se hallaba en campaña, y si no primera. Estos llamaba Duques la antigüedad; ptenécele elegir caudillos, que son uno a cada treinta hombres, cuadrilleros para repartir los despojos, exploradores, guías, escuchas, y atalayas; señalar asiento al ejército; la resolución en las cosas de justicia entre la gente militar, de que no se apela a otra parte; de todos los que venden algo en el campo tiene gajes; los animales mayores, que son presas, le tocan; lleva el estoque real en las entradas y en las Cortes; anda este oficio en la casa de Braganza.

Mariscal, es después del Condestable en el ejército, a quien en muchas cosas está sujeto: tócale ordenar los alojamientos, tener la guarda del campo a hora de comer, que las otras son del Condestable; en las presas tiene los animales de menos porte, y gajes de algunos que venden en el ejército, jurisdicción civil y criminal, de que se apela al Condestable; las ejecuciones de lo juzgado. Anda en la familia de Coutiños.

Alférez mayor quiere decir *Signifer*, el que lleva la insignia o bandera real en el ejército; tenía antiguamente la jurisdicción del Condestable. No puede desarrollar la bandera sin orden del rey, y tendida por él, han de tender luego las suyas todos los otros. Anda en la familia de Meneses.

Alcaides mayores de castillos son obligados a tener gente y bastimento para su defensa, y a morir por ella, no salir sin gran causa, y dejar en su lugar la mayor persona. Tiene grandes privilegios, y parte en las penas de dineros en que son condenados diferentes criminosos: ptenécele registrar todas las armas que en su comarca entran de fuera del reino.

Almirante, persona mayor en las flotas y armadas, con todo el poder real sobre la gente de mar y guerra; cuando se elegía velaba armas como los que armaban caballeros, y al otro día aparecía ricamente ornado delante del rey, que en presencia de muchos caballeros le metía en el dedo un anillo, y en la mano una espada, en la izquierda el estandarte real, y al tomarlo juraba de no huir de la muerte por su príncipe. Tócale repartir las presas marítimas, y la quinta parte de ellas: dar órdenes a todos los puertos, jurisdicción civil y criminal sobre toda su gente, nombrando Oidores, Alcaldes y Alguaciles. Tiene dos Almirantes esta Corona, uno del mar Lusitánico, otro del Oriental; aquel anda en la familia de Acevedos, éste en la casa de Vidigueira.

Adalid, que llamamos Adail, para ser electo han de juntarse doce Adalides, y jurar si aquel tiene las partes requisitas; y jurando que sí, le arman, y un caballero principal le ciñe espada, y él desnudándola se pone sobre su escudo, y los doce le levantan en él, y le vuelven la cara al oriente, y él con la espada dando en cruz dos tajos en el aire, dice: *Desafío en nombre de Dios a todos los enemigos de la Fe, y de mi rey*; lo mismo hace vuelto a las otras tres partes del mundo, y envainada la espada le da el rey alguna insignia, diciéndole: *Otórgote que seas Adalid de aquí adelante*. Tocale acaudillar a los Almocadenes, Almogávares, y la gente con que ha de hacer cabalgadas en las tierras enemigas, y saberlas bien para encaminar con seguridad la trepa.

Almocadenes tienen menos poder que Adalides, casi de la misma manera se eligen.

XIV. DE LA NOBLEZA DEL REINO.

Balsas de sangre noble llamaron príncipes a algunas provincias de este reino, y la nobleza de todas el mundo todo la conoce; no tiene rey la Cristiandad, y apenas casa ilustre, que no sea iluminada con resplandores portugueses. Mas en tanta manera presumen ellos en esta parte (no lo negaremos) que juntamente llega a las otras naciones la noticia de la presunción con la del motivo de ella. Los ilustrísimos casi como entre los gentiles se constituyen dioses; los medianos, ilustres; así compiten los plebeyos: jactancia que si es culpable un poco en nuestra gente, esa misma por ventura les hizo ejecutar hazañas que no se podían esperar de quien no se tuviese por sublime. La nobleza de cada uno todavía se mide por el lugar o fuero que tienen en la casa real, y entre los más aventajados es gran ventaja en la honra tener más un real en la *moradia*. Hasta los días del rey Don Pedro fue costumbre que sabido en palacio que había nacido hijo a algún fidalgo, luego un criado del rey iba a su casa con la provisión o cédula real del fuero, o moradia, que dejaba al niño en los pechos de su madre, o de su ama; por eso (con razón) se llamaban nuestros reyes padres de sus vasallos, hijos estos vasallos de sus reyes. Después se ordenó que esto se hiciese con el primer hijo (porque con todos se hacía) y sin aquellas ceremonias, y demostraciones de amor y cuidado, tan dañoso el quitarlas, que al paso que fueron ellas olvidándose, fueron enflaqueciendo los corazones lusitanos. Una fortaleza derriba a su rey quien le hace negar un favor a cualquier vasallo, que un corazón favorecido de su príncipe es el muro más inexpugnable de su reino. Nunca los reyes supieron negar favores: eso resultas son de aquellos que no naciendo príncipes los levantó la fortuna a sus oídos.

Conócese también la nobleza por los apellidos, de todas las familias que de ellos hubo, particularmente en nuestro reino, escribió un libro el conde Don Pedro, hijo bastardo del rey Don Dionis, obra estimada. También lo es en nuestros días la de Don Antonio de Lima, que no escribió de más de aquellos que ahora son tenidos por más nobles; quédase en medio Damian de Goes que añadió mucho al conde Don Pedro. El rey Don Manuel hizo con notables diligencias en archivos, en capillas, y en sepulcros juntar todos los blasones de las familias del reino, y conforme a las leyes de la armería les dio forma, y redujo a orden. Trajo de Inglaterra personas inteligentes en ello, instituyó

rey de armas, y los otros arautos y pasavantes, y con toda la autoridad y examen compuso un libro que permanece (de iluminación excelente) en el Archivo Real, de todos los blasones que pudieron descubrirse. Los apellidos de ellos son estos, no por la orden que están en el libro, aunque en él no se tuvo respeto a precedencias, sino por ésta, para que cada uno se halle con mayor suavidad.

Abreu	Barbedo	Cáceres	Febo	Larzedo	Moreira
Abul	Barbariza	Carvallosa	Felgueira	Leme	Montarroyo
Afonseca	Bairos	Castelo	Feijó	Lemos	Monteiro
Agomia	Bayao	Cabedo	Ferreira	Leitaó	Moutino
Aguiar	Barcelar	Carrasco	Figueira	Lex	Mouzino
Albuquerque	Barriga	Cardoso	Figueiredo	Leites	Navais
Almeida	Betancor	Cerveira.	Fogaça	Lima	Negro
Almada.	Beja	Cerqueira	Fonseca	Lobo	Neto
Albergaria	Beca	Celar	Freire	Lobato	Nobrega
Alcaçova	Belas	Chacin	Fraçaõ	Lobeira	Nogueira
Alcoforado	Biscaino	Chaves	Freitas	Lobia	Norona
Albornoz	Boim	Chanoca	Frois	Lordelo	Oliveira
Alma	Borges	Carregueiro	Fruela	Lousada	Ornelas
Alpoem	Bottos	Coutiño	França	Lucena	Orta
Alvarenga	Botiller	Coello	Fragoso	Maya	Osorio
Alardo	Botello	Corta	Frade	Malafaya	Pasaña
Alfaro	Botete	Correa	Fuzeiro	Manoel	Pacheco
Amaral	Botado	Cordovil	Gama	Mascarenas	Paim
Arca	Botafogo	Cotrim	Gamboa	Magallanes	Paiva
Araña	Borrallo	Cogomiño	Gallardo	Mattos	Pao
Arvelos	Brandad	Correao	Garcez	Matela	Pereira
Aravia	Brabo	Corvallo	Galvad	Maracote	Pedroso
Arcos	Britto	Couto	Gago	Machado	Pestana
Arráez	Bullao	Correa	Giraldez	Macedo	Peixoto
Arnao	Cabral.	Corrella	Gois	Mariño	Perdigaõ
Ataide	Caldeira	Corte-Real	Goyos	Mariz	Perestrelo
Atouguia	Calcas	Cuña	Godiño	Maciel	Pessoa
Avinhal	Caldas	Canto	Godim	Martinz	Pega
Avelar	Campos	Dantas	Gorizo	Madureira	Pegado
Ávila	Camelo	Docem	Gouvea	Maldonado	Palma
Amaya	Caõ	Dragus	Gaviaõ	Melo	Padilla
Azevedo	Camoens	Diaz	Guimaraens	Mendoça	Pimentel
Azinal	Camina	Doutiz	Gonçalvez	Meneses	Pinto
Azambuja	Camara	Eça	Guedez	Meira	Pina
Azeredo	Canelas	Esmeraldo	Guzmão	Mexia	Piñeiro
Barros	Castro	Esparragosa	Gramoxo	Menagem	Picanzo
Barreto	Otro Castro	Estevez	Gram	Mesquita	Porras
Barbudo	Castel-branco	Evangelio	Grosoi	Menelao	Portocarreiro
Barbuda	Casal	Enríquez	Homem	Medeiros	Povoas
Barbosa	Carvallo	Falcaõ	Jacome	Miranda	Puga
Barbato	Corvallal	Faria	Lafeta	Mina	Privado
Barrada	Castañeda	Fariña	Lagarto	Moura	Presno
Barbalonga	Carreiro	Fagundez	Lago	Moniz	Quadros
Barroso	Carillo	Fafeilo	Lançaõ	Mota	Queiros
Bandeira	Castillo	Feo	Landim	Morales	Quintal

Rabelo	Saldaña	Serraõ	Tavares	Triqueiro	Viñal
Resende	Sampayo	Sernige	Taveira	Troncoso	Viveira
Refojos	Sande	Severim	Távora	Valadares	Uña
Revaldo	Salazar	Segurado	Teive	Valente	Veloso
Rego	Sardina	Silva	Teixeira	Vale	Viveiro
Regras	Sacoto	Silveira	Tello	Varrejola	Villegas
Ribeiro	Salema	Sodre	Tinoco	Vasconcelos	Villalobos
Ribafria	Saraiva	Sobriño	Torres	Veiga	Villa-nova
Riga	Seabra	Sousa	Tovar	Vello	Vogado.
Rocha	Sequeira	Supico	Touriño	Vivar	
Sas	Serpa	Taborda	Travassos	Vieira	

Bien quisieran los curiosos ver aquí dibujadas las insignias de cada uno de estos apellidos; en otro lugar le cumpliremos ese deseo, y ahora diremos solamente que de estos que ya fueron nobilísimos casi no tenemos más de la memoria; perecieron y apagáronse, bastando para esto un motivo solo, muchos va trayendo la rueda del tiempo que no parando, como si se regalara en la ruina de las grandes cosas, las acaba. Las familias que hoy verdaderamente gozan esplendor de nobleza son aquellas de que trató Don Antonio de Lima, de que referiré los principios con la precedencia de las letras, porque ninguno me demande la de noble, pleito indubitable en la presunción humana, y en la portuguesa más estiradamente.

Abreus, tienen su principio en tiempo del rey Don Dionis, y hoy señores de tierras.

Aguiars, en un hombre que en tiempo del rey Don Juan I fue uno de los descubridores por el infante Don Enrique.

Alardos, que son lo mismo que Barbas y Pestanas, en tiempo del mismo Don Juan, que fue tiempo en que se hicieron grandes los pequeños, y al contrario.

Albuquerque, proceden unos de Don Alonso Sánchez, hijo bastardo del rey Don Dionis, señor y conde de Albuquerque en Galicia, y dioles la tierra el apellido; otros hay de menos condición, y otros señores en el reino.

Almadas, unos proceden (se dice) de caballeros ingleses, que se hallaron en la última toma de Lisboa: hay otros, y otros más modernos, tuvieron título.

Almeidas, en tiempo de Don Juan el I tuvieron cargos grandes y capitanes famosos, señores de tierras.

Ataides, dicen que descenden de Don Moniño Viegas Gascón, tiene hoy este apellido tres o cuatro títulos; y en Entre Duero y Miño el solar, tierra del mismo nombre; y tuvo buenos capitanes.

Atougias, se dice proceden de Guillelme de Lacorni, que se halló en la toma de Lisboa, primero señor de Atougua, villa que dio el apellido.

Azevedos, familia antigua, mas no continuada, anda en ella el oficio de almirante.

Barreros, así antiguos como los Azevedos.

Botellos, desde el tiempo del rey Don Fernando hay de este apellido caballeros de valor.

Britos, quieren tener su principio en un caballero inglés que se halló en la toma de Lisboa, la sucesión es dudosa, mas no la nobleza y el valor; títulos tienen en el reino, y han tenido buenos soldados.

Cabrales son del tiempo del rey Don Dionis, la sucesión a pedazos, hubo de ellos más letrados que capitanes.

Camaras, su principio en un criado de la casa del infante Don Enrique, que le envió en una carabela a descubrir tierras; tuvo ministros en grandes puestos, y tiene títulos.

Carvallos, desde Don Juan el I buenos capitanes tuvo.

Castros, tienen unos principio de hijo bastardo del rey Don Sancho Ramírez de Navarra, y dicen que de Laín Calvo por la madre; hay otros que compiten con ellos; la diferencia en el blasón es ser uno de seis roeles, de trece otro; hubo de ellos grandes capitanes, grandes prelados, y hay títulos.

Coellos, de Don Egas Moniz, ayo del rey Don Alonso I, señores de tierras, extremados capitanes y soldados.

Corterreales, su tronco un caballero de Tavira en el Algarve, llamado Vazqueanes de Acosta, y diole el rey Don Duarte el apellido de Corte-Real, porque con reales gastos y bríos seguía su corte, tuvo hombres de valor; tiene títulos en el reino.

Costas, en un caballero del tiempo del rey Don Manuel, soldados y ministros de importancia tuvieron, y hoy caballeros poderosos, hay otros y otros diferentes.

Coutiños, su principio un coutero de la tierra de Leomil (llamamos coutero al guarda de algún monte o bosque privilegiado) en tiempo del rey Don Alonso IV; grandes caballeros tuvo en la paz y en la guerra; hoy tiene títulos.

Cuñas, su principio (dicen) de un caballero gascón en tiempo del conde Don Enrique; buenos capitanes y letrados han tenido.

Eças, su origen Don Juan hijo del rey Don Pedro, y de Doña Inés de Castro; llamóse de Eça Don Fernando hijo de este Don Juan, por ser señor de Eça en Galicia.

Enríquez, en Don Fernando hijo bastardo del conde de Gijón, es apellido estimado, tiene título.

Farias, en tiempo del rey Don Fernando, en Nuño González, alcaide del castillo de Faria, por una hazaña grande que en él obró perdiendo la vida en observancia de la lealtad y servicio de su rey.

Figueiras, de un caballero gallego que vino a Portugal en tiempo del rey Don Fernando.

Figueiredos, del mismo tiempo, en un ayo del infante Don Fernando, el origen del apellido en la tabla general.

Freires de Andrada, en Nuño Freire, caballero de Galicia, maestre de la Orden de Cristo en tiempo del rey Don Pedro, valerosos soldados tuvieron.

Furtados o Hurtados, en un caballero que pasó de Castilla a Portugal en tiempo del rey Don Alonso IV; grandes sujetos en la paz y en la guerra.

Gamas, su solar en Olivenza, su principio en tiempo del rey Don Juan Segundo, su lustre en el de Don Manuel, fue el gran descubridor de la India Don Vasco de Gama, que bien mereció el título que tiene en el reino, y en los mares Orientales.

Gois, en un caballero del tiempo del rey Don Pedro.

Guedez, en un caballero gallego o castellano que en las inquietudes de Portugal con Castilla en tiempo de Don Juan el I, vino a servirle; señores de tierras.

Lencastros, su principio en Don Jorge, hijo bastardo del rey Don Juan el II, que le dio este apellido en memoria de su abuela la reina Doña Felipa, mujer del rey Don Juan Primero, hija del duque de Lencastro; títulos en el reino.

Limas, en Don Fernando Baticela al principio del reino, ha tenido varones claros, y tiene hoy títulos.

Magallanes, su principio en tiempo de Don Alonso III; solar y origen la tierra del mismo nombre.

Manueles, principio en hijos de fray Juan Sobrino, obispo y letrado; llamáronse Manueles porque su madre fue ama del rey Don Manuel.

Mascareñas, del tiempo del rey Don Juan el I, en un caballero buen soldado; muchos capitanes, algunos prelados y títulos.

Melos, su principio en Entre Duero y Miño, un gran caballero del tiempo del rey Don Fernando el Magno, que ganó a Coímbra; ha tenido varones excelentes, y tiene títulos.

Mendañas, en tiempo del rey Don Alonso V, en Pedro de Mendaña, caballero castellano, que en las guerras de Portugal con Castilla siguió a Don Alonso con valentía y fidelidad maravillosa.

Meneses, proceden de Don Alonso Téllez, poblador de Albuquerque, y de Doña Teresa Sánchez hija bastarda del rey Don Sancho I.

Mesquitas, su solar en Trasmontes, su principio en un criado de la casa del marqués de Villa-Real.

Minas, en un caballero que se llamó así por tener el contrato de la Mina en tiempo del rey Don Juan II.

Mirandas, en Alonso Pérez de Charneca, ciudadano de Lisboa en tiempo del rey Don Juan I.

Monizes, en dos hermanos que se hallaron en la toma de la ciudad de Ceuta.

Mouras, en Don Pedro Rovi, porque ganó valerosamente la villa de Moura en tiempo de nuestro primero rey, y desde entonces tiene de padres a hijos la sucesión continuada; tuvo varones claros en la paz y en la guerra, y tiene títulos.

Noroñas, de un hijo bastardo del rey Don Enrique II de Castilla: el origen fue ser señor de Noroña en Asturias; títulos, sujetos grandes, familia estimada.

Oliveiras, en tiempo del rey Don Alonso IV. buenos soldados.

Pereiras, en el conde Don Moniño Romano, antes de nuestro reino, tiene títulos, y ha tenido en todos tiempos, y en todos estados sujetos maravillosos: hay muchas familias de este apellido sin que procedan de aquel tronco grande.

Portugales, es la primera casa de las que proceden de la de Braganza, con título de condado de Vimioso.

Sas, proceden de un buen caballero del tiempo del rey Don Pedro, y los ha tenido buenos, y tiene títulos.

Saldañas, de un caballero castellano secretario de la princesa Doña Juana, hija de Don Enrique IV, motivo de las guerras entre Don Alonso V y Don Fernando de Castilla.

Sampayos, en tiempo del rey Don Fernando se llamó así un caballero de la tierra de Sampayo.

Sequeiras, en un caballero cuya mujer había sido ama de la misma princesa Doña Juana; tuvo hombres de valor.

Silvas, del tiempo del rey Don Fernando que ganó a Coímbra, en un caballero señalado.

Silveiras Pestanas, en un alférez mayor de Évora en tiempo del rey Don Juan I; tienen título.

Silveiras Lobos, en un letrado oidor del rey Don Juan I; señores; tienen de tierras.

Sousas, en tiempo del rey Don Sancho I; han tenido varones excelentes, y tienen título. Otros hay que llaman Chichorros, y proceden de Don Martín Alonso que en una morisca hubo bastardo el rey Don Alonso III.

Tavoras, en Don Tedón y Don Rosendo, caballeros insignes, han tenido muchos, y tienen títulos: Véase la tabla.

Vasconcelos, dásele principio en Don Alonso de Cascais, hijo bastardo del infante Don Juan hijo del rey Don Pedro, y Doña Inés de Castro, porque casó con una mujer de aquel apellido.

Veigas, de un hijo de Don Lorenzo arzobispo de Braga, casado con mujer que se llamaba Viega.

De cada uno de estos apellidos, a lo menos de casi todos, hay diferentes familias que siempre van en disminución; andan todos los más nobles, tanto en cristianos nuevos como en caballeros limpios; la primera razón es, porque cuando aquellos se bautizaron en Portugal tomaron los

apellidos de los padrinos, como hoy hacen los moros y los negros. Por eso nadie piense (por lo menos en Castilla, adonde muchos vienen con el dinero a persuadir noblezas) que todos los que se llaman Meneses, Mouras, Pereiras, Silvas, lo son derechamente; porque aunque los dueños verdaderos de los ilustres apellidos no se manchan con que gente vil los tome para sí, todavía es importantísimo que se tenga conocimiento de la verdad que en estas materias se oscurece fácilmente. Otros apellidos llenos de esplendor tuvo este reino que perecieron en él, así como Pimenteles, Amayas. Las disensiones de los reinos son la ruina de las familias grandes, y el principio grande de las pequeñas. Tales los tiempos del rey Don Juan el I, en que tienen principio casi todas las que ahora florecen más.

XV. TRIBUNALES Y CONSEJOS SUPERIORES.

Es cosa de admiración que no creciendo nada la tierra, ni tampoco se multiplicase la gente (antes por falta de ella está perdida la cultura de muchas vegas) y que creciesen tanto los Tribunales, y los ministros de justicia con celo de que la hubiese, y que por ser ellos tantos, ella sea menos. Harta los tiempos del rey Don Juan el I, con cuatro corregidores (y oficiales menores a ese respeto) se gobernaba todo el reino, mas por eso se gobernaba. ¿Qué desgobierno mayor, y qué mayor injusticia que en todos los lugares de seis personas que se encuentran, la una de ellas, y la mitad a veces, sean ministros y oficiales? ¿De qué han de vivir estos? Ellos mismos con mayor mano han de ser autores de maldades para sustentarse de ellas: oso afirmar que se hallarán menos pleitos que ministros. Desde el rey Don Juan el I se fueron multiplicando tribunales, y los que hoy son mayores.

El Consejo supremo, que llaman de Estado, y reside en la Corte de Madrid, conforme a los privilegios jurados por Don Felipe II, tiene presidente, un veedor de hacienda, dos togados, que llamamos desembargadores, un eclesiástico, dos secretarios, y un escribano de cámara.

El Consejo de Estado en Lisboa presídelo el virrey o gobernadores; no están reducidos a número los consejeros, trátanse en él todas las cosas tocantes a la paz y a la guerra del reino, y las conquistas, y vienen por consulta al de Madrid.

El que llaman Desembargo de palacio, que responde al Consejo de Cámara, meta y fin de los principios de todos los bachilleres, tiene presidente, que siempre es un caballero ilustre no letrado, cinco desembargadores, siete escribanos, y otros oficiales bajos; sigue siempre la Corte, tiene amplísima jurisdicción, tómale en él residencia o pesquisa de todos los ministros de las comarcas del reino.

El que llamamos Casa de Suplicação, que es como el Consejo Real, consta de cuarenta oidores con diferentes ocupaciones, un presidente que llaman regidor, tribunal en que casi siempre se hallaban los reyes; acuden a él por apelación de todo el reino; reside en Lisboa.

El que llaman Mesa de Conciencia y Órdenes, tribunal grave: tiene presidente, cinco teólogos, y canonistas, que se llaman diputados, todos eclesiásticos, y tres oidores que han de tener el hábito de alguna de las órdenes, tres escribanos, uno para cada orden, Cristo, Santiago y Avis; jurisdicción sobre las universidades, hospitales, capillas, rescates de cautivos, y sobre muchas casas de recogimiento de doncellas nobles. Provee todos los cargos de las órdenes, consulta los obispos ultramarinos y los lugares de freiles, y otras infinitas superintendencias. Tiene un decreto de los reyes en que le manda que, informados de todo lo que se ejecuta contra la conciencia real se le advierta, y por esto se llama de la Conciencia; reside en Lisboa.

El de la Inquisición, son tres, Lisboa, Évora, Coímbra, superior el primero, adonde reside el inquisidor general; los consejeros de unos y otros llaman diputados.

El Regimiento de Lisboa, que llaman Cámara, tiene presidente que siempre es un caballero señalado con seis senadores, hombres de letras que llamamos vereadores, un escribano, dos procuradores, dos misteres, que son solicitadores del pueblo; unos y otros en los actos públicos de ciertos días, como el de Corpus, salen con varas coloradas, en lo alto las armas del reino y de la ciudad; así en todas las ciudades y villas.

El juicio que llaman do Civil, dos jueces, nueve escribanos, dos distribuidores, ocho enquiridores; de lo que juzgan hasta cien reales, no hay apelación. Dos corregidores con seis escribanos, y los otros oficiales tienen mayor mano en otro tanto.

El Consejo de Hacienda consta de tres consejeros de estado, que llaman veedores, y son siempre caballeros principalísimos, y tres letrados desembargadores, cuatro escribanos.

El que llaman Relación, es Chancillería que pasó Felipe Primero desde Lisboa a la ciudad de Oporto con celo de aliviar los vasallos de aquellas comarcas adyacentes, y fue oprimirlos, pues es menester que no vivan ellos para que vivan cuarenta desembargadores, y otro número infinito de oficiales; tiene presidente, que llaman gobernador; las sentencias cuya cantidad excede de cien mil maravedís, pasan por apelación a Lisboa.

Demás de estos superiores hay por todas las ciudades y comarcas diferentes ministros, puestos en lugares convenientes. La comarca de Entre Duero y Miño está repartida en cuatro corregidurías: la de Oporto con tres concejos de jurisdicción. Son concejos tierras que constan de muchas aldeas; la de Guimaraens con dos villas notables y diez y ocho concejos; la de Viana con seis villas y ocho concejos; con veinte y cuatro la de Ponte de Lima.

La comarca de Tras os Montes en cuatro corregidurías; la de Miranda con Braganza, cinco villas y tres concejos; la de Moncorvo con nueve villas y trece concejos; la de Villa-Real con tres, y veinte y cuatro concejos; la de Piñel con treinta y dos villas, y nueve concejos.

La comarca de la Veira en seis corregidurías: la de Coimbra con 20 villas; la de la Guarda con veinte y cuatro, y diez y ocho concejos; co cincuenta y dos la de Lamego, y catorce villas; con once la de Viseo, y cuarenta y cuatro concejos; la de Aveiro con veinte y nueve villas, y diez concejos; la de Castelo-branco con la ciudad de Idanha, y 18 villas.

La comarca de Extremadura con seis corregidurías: la de Lisboa por sí sola un reino grande; la de Santarem con quince villas, con cincuenta la de Tomar, la de Alêquer con 16, con 20 la de Leiria, la de Setubal con otras tantas.

La comarca de Alentejo en cinco corregidurías: la de Évora con diez y ocho villas, la de Beja con veinte y ocho, con doce la de Elvas, con veinte la de Portalegre, la de Estremoz con quince.

La comarca del Algarve en dos corregidurías, la ciudad de Tavira con la de Faro y seis villas; con tres y la ciudad de Silves la de Lagos.

Demás de estos corregidores hay en cada comarca, y en cada villa, y en cada lugar, y en cada aldea, oidores, proveedores, jueces, que según sus ejercicios tienen otros nombres: de Civil, de Crimen, de Huertanos, de Alfandegas, de Aduanas, de la Corona, del Fisco de la moneda, de las Órdenes, de los Cuentos, Almojarifes, Pagadores, Alguaciles, jueces que llaman de fuera a diferencia de los naturales, justicias (como religiones) calzadas y descalzas, invención de la codicia de los hombres; a este modo en las conquistas.

XVI. DE LO QUE POBLARON Y ALCANZARON LUSITANOS FUERA DE LA PATRIA.

Reducir a número las poblaciones de los portugueses fuera de la patria, cuando de ellos se puede decir que fueron y son hoy los pobladores del mundo, antes queda siendo descrédito que alabanza. Dejando lo muy antiguo, ellos ocupan parte grandísima de la Asia, grande de la América y del África, con tantas poblaciones célebres y con tantas fortalezas segurísimas, que fuera mucho el referirlas; en particular de lo pasado diré solamente lo que en la memoria con facilidad hallare.

En tiempo del rey Beto pasaron lusitanos a poblar la Andalucía, más adelante en Sicilia y la ciudad de Roma; no lo decimos sin buenos fundamentos, como también de la fundación de Valencia en memoria de la Valentia de su capitán Viriato; en el reino de Aragón mucho. Nuestro rey Habidis fundó las ciudades Astigia, que responde Écija, Asturica, que es Astorga. Los escoceses, como lo dejamos apuntado en el capítulo de los nombres de Portugal, se preciaron ya de que portugueses les dieron principio.

De casas de religión no pocos instituidores, Amadeo en Italia lo fue de una; su hermana doña Beatriz de Silva en Castilla de la Concepción, de aquel hábito en que le apareció vestida la misma reina de los ángeles. Juan de Dios de todos los hospitales que vemos ser amparo y remedio de gente innumerable. De la casa que llamamos de Misericordia, institución de piedad grandísima, una reina nuestra. A la infanta doña Isabel, hija de don Juan el I, podremos llamar instituidora de la insignia con que en Europa se honran los grandes príncipes, porque su marido Felipe III, conde de Flandes y de Henao, duque de Borgoña, mostrando cuánto estimaba esta princesa, instituyó aquella orden clarísima del Tusón el día de sus bodas.

Inventores de alguna costumbre o arte, muchos tuvo Lusitania. Hispado, electo rey por los portugueses, fue el primero que dio sepultura a los difuntos, y ordenó luto a los parientes. Licinio, capitán lusitano, fue inventor de la fundición de hierro y de las armas, y por ello le llamaron hijo de Vulcano. Nuestro Gárgoris de la labor de la miel, de que resultó ser cognominado Melícula.

Personas que fuera de la patria alcanzaron lugares y títulos honoríficos: Corocota capitán fue de la guarda del emperador Octaviano por su valor y hazañas.

Por ellas Emilio Pacense tuvo en Roma la dignidad de tribuno, y la capitanía de los electores de Galva, y de su guarda.

Quinto Acio, prefecto de la gente de España en Roma, imperando Trajano.

De las armas de este mismo emperador fue Luso uno de los insignes capitanes.

Lucio Voconio Paulo, de Évora, en los propios años fue en Roma edil, cuestor seis veces, flamen prefecto de muchas cohortes.

Quinto Cecilio Volusiano, de la misma ciudad, en el mismo tiempo, capitán de romanos.

Imperaba Adriano cuando Quinto Poncio Severo, de Braga, y Cayo Larecio Fusio, de Chaves, fueron puestos de su mano por gobernadores de Tarragona.

Apuleyo Diocles en tiempo de Calígula llevó en Roma todos los aplausos y premios romanos por el ejercicio de cursor o auriga en la arena de sus circos y anfiteatros.

Sevio Lupo en los días de Augusto, con ingenio lusitano hizo famosa el arte de la arquitectura.

Dámaso, que conforme a la mejor opinión natural era de la insigne villa de Guimaraens, por su santidad y por sus letras mereció ser pontífice de la Iglesia universal de Roma, primero del nombre.

Mereciólo de la misma manera Juan II, de Lisboa.

Don Jaime, hijo del infante Don Pedro, fue cardenal en Roma.

Don Pedro de Afonseca lo fue del título de San Angelo.

Juan Alonso de Azambuja, del de San Pedro ad Vinculam.

Don Jorge de Acosta fue cardenal, y tuvo en Roma todas las dignidades de mayor estimación; y en Portugal todo el poder del papa que le concedió Julio II.

Don Miguel de Silva fue electo cardenal.

El infante Don Alonso.

El infante Don Enrique, hijo del rey Don Manuel, cardenal de los santos Cuatro Coronados, que muerto Paulo III tuvo en el cónclave muchos votos para sucederle en el pontificado.

Juan Vaz de Almada por su valor mereció en Inglaterra la insignia de la orden real de aquella corona tan estimada, y ser embajador de su rey; así Pedro Vaz su hijo.

Álvaro Vaz, hermano de Pedro Vaz, fue uno de los más famosos caballeros de Europa, de tantas fuerzas que solía decir que con tres como Fernando de Moura (que las tuvo grandes) osara poner el crédito de Portugal al riesgo de una batalla. En Inglaterra tuvo aquella propia insignia; en Francia fue conde de Abranchez, y en Italia, y en Turquía alcanzó honores grandes de todos los príncipes.

Duarte Brandaõ en Inglaterra por su valor y grandeza de ánimo mereció y tuvo aplausos y estimaciones particulares.

Juan Fernández Pacheco, de él proceden en Castilla las grandes casas de Escalona y de Osuna.

Juan Alonso Pimentel, señor que fue de Braganza, fundamento es de la gran casa de Benavente.

Don Payo Pérez Correa allá fue maestre de Santiago, y uno de los excelentes capitanes del mundo, por quien, como por Josué, para fenecer una batalla se detuvo el sol.

Don Pedro, nieto del rey don Juan Primero, fue electo rey de los catalanes.

Don Pedrálvarez Pereira, hermano del condestable Don Nuñálvarez, fue maestre de Calatrava en Castilla; de Alcántara lo fue don Martín Yáñez de Barbuda.

Don Alonso fue gran maestre de la Orden de San Juan.

Rui Gómez de Silva, que vino a ser señor de muchos estados, duque de Pastrana, conde y príncipe de Melito.

Don Cristóbal de Moura, que fue en Castillas comendador mayor de Alcántara, y tuvo la privanza del rey más prudente, y la estimación de todos los príncipes de aquel tiempo.

Muchos varones portugueses insignes en santidad, en letras, en armas, tienen en varias provincias nombres grandes y sepulcros y memorias ilustrísimas.

En nuestras conquistas, si la nación portuguesa no estuviera tan atada a la lealtad con sus príncipes, no pocos fueran coronados por reyes de ellas. Los años pasados fue Salvador Ribeiro electo por rey de Pegu, y puesto en el trono con todas las ceremonias e insignias, muchas y preciosas, que solamente aceptó en nombre de nuestro monarca. ¿Y qué mucho que en estas partes elijan para reyes a los portugueses, si los eligen para dioses? Dos años habrá, o tres, que perdiéndose una nave de la India salieron a la playa algunos, fueron caminando por tierras extrañas, y en dos diferentes hallaron dos portugueses que por varios casos habían ido a parar a ellas; convidáronlos a que se viniesen con ellos a la patria, y no quisiesen acabar la vida entre gente barbara e idólatra, y respondieron, que si aquellos bárbaros entendiesen que los incitaban a dejarlos, los matarían, porque cuando no llovía les daban agua.

XVII.

ALGUNAS DE LAS COSAS PRODIGIOSAS DE ESTE REINO.

Escribieron los antiguos muchas cosas de que nos admiramos, algunas tan extrañas, que tal vez les damos poco crédito, mas ellos siempre consiguieron grande nombre; las de nuestro reino son tales que califican todas las pasadas, y la condición humana tan varia, que si entonces se estimaba un sujeto que las escribía, hoy es motivo de poca estimación el escribirlas. Por ello, pues, y por no poner en duda la verdad, referiré muy pocas.

Junto a la villa de Estremoz hay una fuente tan copiosa, que ante se puede llamar río; en entrando el invierno se va secando hasta que de todo punto se queda seca; en entrando el verano brotando hasta hacer moler muchas azeñas, cuyas ruedas, en virtud de la misma agua que las mueve se convierten en picura, cualquier vaso de madera, si bien no se convierten propiamente, sino se cubre de piedra de tal modo, que si con industria le quisieren gastar el palo por de dentro, habría servido de molde a la piedra, como vemos a las piezas de bronce.

Junto a la villa de Tentugal hay otra fuente que llaman Fervenças, y sorbe todo lo que le arrojan, teniendo tan poco fondo, que no es más de un pie; muchas experiencias se han hecho con árboles enteros y animales vivos; es la que Plinio celebra con el nombre de Catinense, y hoy se llama Cadima el campo.

En la extremidad de la sierra de la Estrella hay dos lagunas grandísimas; la una nunca pudo ser fondada, y ambas a dos se alteran cuando el mar, y no traen cosa viva; hállanse en ellas pedazos de navíos.

En la provincia de Entre Duero y Miño, junto a una ermita de Santiago que llaman de las Bichas, hay un río pequeño que dos o tres días del año, víspera y día de aquel santo, se puebla de sanguijuelas, adonde los que van en romería enfermos se entran, y ellas subiendo por ellos los muerden, y chupan la sangre, y salen sanos ordinariamente. Bicha en portugués es cualquier animalejo de los que se arrastran.

Otras aguas hay con propiedades semejantes, muchas que nacen así calientes, que unas sirven de baños saludables, muchas de descanso a sus vecinos, en aquellas cosas para que hubieran de calentarla en sus casas.

Junto a la villa de Barcelós hay un campo adonde en dos días del año hallan la tierra toda labrada en cruces de color ceniciento, por más profundamente que la penetren con azadones.

En una grande peña de la sierra de Sintra, junto a Lisboa, calva y desnuda de tierra y cosa verde, está edificado un monasterio de San Jerónimo, que llaman de Nuestra Señora de la Peña. La iglesia y oficinas todas, y todo lo que es un monasterio capacísimo es fabricado de una sola piedra, abierta cada pieza en ella como si fuera en cera, siendo durísimo pedernal. De otra parte se trajo la tierra de que se sustentan algunas hierbas olorosas de un jardinillo.

En el contorno de la villa de Arruda hay una piedra de que hacen los hornos sus moradores, y tiene tal calidad que calentándola una vez moderadamente sirve dos días, y está cociendo pan continuamente: cosas de menos humedad como gallinas sin calentarse las asa, y las deseca; llevada fuera de aquella tierra esta piedra no tiene aquella virtud.

En la Provincia de Entre Duero y Miño hay vides que de una sola se cogen uvas de que se exprimen sesenta arrobas de vino; y hay vasos de madera, que llaman cubas, de excesiva grandeza: una se sabe que por dentro de ella podía entrar un hombre a caballo con su lanza levantada. Troncos de árboles, en cuyo hueco se sientan media docena de hombres a una mesa. Castaños y nogales que dan a cincuenta hanegas de su fruto.

En Villa-Real, de la comarca Ultramontana, murió los años pasados una mujer que vio vivos ciento y sesenta y cuatro hijos y nietos y bisnietos suyos.

En la villa de Moura un hombre sirvió de ama a sus hijos sustentándolos con leche de sus pechos.

En la misma villa vive una mujer que casó doce veces o trece, y con los últimos novios, en vez de las teas y las otras ceremonias nupciales, iban delante los muchachos con azadones anunciando la cueva que aguardaba al novio para suceder otro.

En un monasterio de monjas de este reino estuvo los años pasados una hija de padres nobles, que un día estando en el coro con la comunidad sucedió a un estallido volverse en varón; salió del convento a heredar un mayorazgo, y vive.

En tiempo del rey don Juan el I hubo una niña en Évora, que estando en la cuna sin edad para hablar, dijo de improviso: *Real, real*, por el rey don Juan.

En la misma ciudad en los días del rey don Manuel hubo un niño que de dos años, cuando apenas se empieza a hablar, hablaba demás de su lengua portuguesa, la latina perfectamente.

XVIII. DE LOS ESCRITORES PORTUGUESES.

Quisiera excusarme de este capítulo, porque sin estudio particular no lo hubiéramos de escribir; son infinitos los escritores lusitanos, y con una ponderación de que hasta veinte años atrás, no hubo ninguno que publicase escrito menos que digno de estimación perpetua en todas facultades. La poesía tan general que conocemos, y se ha conocido muchas personas que naturalmente hablaron en verso. Cada fuente de Portugal, y cada monte son Hipocrenes y Parnasos; así en los hombres. Y porque las mujeres con igual ingenio y estudio se afamaron siempre entre nosotros, ilustrarán esta memoria muchas que ilustraron otras. Nombraré los que se me ofrecieren por la precedencia de las letras, la facultad que escribieron, y el tiempo, no de todos; sea principio éste para los que con mayor memoria se acordaren mejor. Callaré los que viven, porque si bien son muchos, merecen pocos alabanza, y la merecida es sospechosa en cuanto se vive; tiempos vendrán en que se acuerden de ellos más bien cortadas plumas, sin recelo de que el que escribió ignorante pida lugar entre los cuerdos.

A

Aquiles Stacio, poesía latina, en tiempo del rey don Manuel.

Aires Barbosa, poesía latina, don Juan III.

Aires Pinelo, leyes, don Juan III,

Alonso Álvarez Guerrero.

Alonso Núñez.

Alonso Sánchez, hijo bastardo del rey don Dionis, poesía.

Alonso Giráldez, un poema en redondillas de la batalla del Salado en que se halló, permanece.

El rey don Alonso V, el primero que juntó biblioteca en palacio, e hizo escribir las crónicas de los reyes.

Alonso de Albuquerque, comentarios de los hechos en la Asia.

Álvaro Valasco.

Álvaro Vaz, leyes, don Sebastián.

Fray Amador Arráez, obispo de Leiria, varios escritos, don Sebastián.

Amato, de Medicina.

Andrés de Resende, historia, don Manuel.

Fray Andrés de Resente, dominico, vidas de santos.
 Andrés de Gouvea, letras humanas, don Juan III.
 Ângelo Pacense.
 Fray Antonio de Afonseca, sobre Cayetano.
 Fray Antonio Feo, sermonarios, Felipe II.
 Antonio de Gama.
 Antonio de Gouvea.
 Fray Antonio de Lisboa.
 Fray Antonio Dominico.
 Antonio Luis en medicina.
 San Antonio de Padua, en teología, don Alonso II.
 Antonio de Afonseca, teología.
 Antonio de Gouvea, leyes, don Juan III.
 Antonio Suárez, leyes, don Juan III.
 Antonio Méndez, erudito en todas letras, don Juan III.
 Antonio Ferreira.
 Fray Antonio de Sena, dominico.
 Antonio de Gama.
 Antonio Pinto Pereira, de historia, don Sebastián.
 Antonio Vélez.
 Fray Antonio de Sousa.

B

Fray Baltasar de Santo Domingo.
 Fray Bartolomé de los Mártires, arzobispo de Braga, muchos libros doctos para la enseñanza de sus ovejas.
 Fray Bartolomé Ferreira.
 Bartolomé Felipe, leyes, don Sebastián.
 Benito Fernández, teología, Felipe I.
 Fray Bernardo de Brito, historia, Felipe II.
 Bernardino Reinardido Ribeiro, poesía, don Juan III,

C

Zacuto, geografía, don Alonso II.
 Cipriano Suárez, retórica, don Felipe II.
 Cristóbal de Acosta.
 Cristóbal Falcaõ, poesía, don Juan III.

D

Daciano, filosofo y poeta, en tiempo de Nerva emperador.
 Dámaso I, pontífice santo, teología, poesía.
 Damián de Goes, historia, don Juan III.
 Fray Damián Díaz, de Santo Domingo.
 Fray Damián de Afonseca, de Santo Domingo.

Diego Pereira, poeta latino, don Manuel.
 Diego de Gouvea, y
 Diego de Teive, letras humanas, don Juan III,
 Diego Méndez de Vasconcelos, historia.
 Diego de Paiva, teología, don Sebastián.
 Fray Diego de Stela.
 Diego de Couto, historia, Felipe II.
 Diego de Saa.
 Diego de Crasto, poesía.
 Diego Bernárdez, poesía.
 Fray Diego de Lemos, de Santo Domingo.
 El rey don Dionis, poesía.
 Fray Domingo de Paz, de Santo Domingo.
 El rey don Duarte, políticas y gobierno.
 Diego de Crasto, poesía.
 Duarte Galvao, historias, don Juan III.
 Duarte Barbosa.

E

Fray Egidio, de San Agustín, teología, Felipe II.
 Estacio de Faria, mi abuelo, poesía, don Sebastián.
 Fray Esteban Leitao, de Santo Domingo
 Esteban Roiz de Castro, poesía, Felipe II.

F

Felipe Díaz.
 Fray Fernando de Santa María, de Santo Domingo.
 Fray Fernando de Tavora, de Santo Domingo.
 Fernán Dálvarez Seco.
 Fernán López, historias de Portugal, don Alonso V.
 Fernán López de Castaneda, historia, don Juan III.
 Fernán Roiz Lobo Zumpita, poesía, Felipe II.
 Fray Francisco de Cristo, de San Agustín, don Juan III.
 Francisco Foreiro, teología, don Sebastián.
 Fray Francisco de Lisboa.
 Francisco de Caldas, leyes, Felipe II.
 Francisco de Andrade.
 Francisco Álvarez, de historia.
 Francisco de Moráis, Palmerín de Inglaterra, don Juan III.
 Francisco de Sá de Miranda, poesía, llamáronle los viejos de Portugal, el Platón Lusitano, don Juan III.
 Don Francisco de Sá, poesía.
 Don Francisco de Moura, don Felipe II.

Francisco Roiz Lobo, poesía, don Felipe II.

G

Don García de Meneses, obispo de Coimbrã.

Garda López, Medicina.

García de Orta, Medicina.

Fray Gaspar de Casal, obispo de Leiria, don Sebastián.

Gaspar Barreiros, geografía.

Fray Gil de Santo Domingo, santo teólogo.

Gil Vicente, el Plauto Portugués, don Juan III.

Gomeseanes de Azurata, historia, don Alonso V.

Gonzalo Vaz Pinto, leyes, don Juan III.

Gregorio Coello.

H

Don Henrique, cardenal infante, después rey.

Henrique Henríquez.

Henrique Cayado, poesía, don Manuel.

Fray Henrique de San Gerónimo.

Fray Henrique de Tavora, de Santo Domingo.

Henrique Colar, medicina, don Juan III.

Hermigio, poeta latino, don Manuel.

Fray Hector Pinto de San Gerónimo, teólogo, don Felipe I.

I

Fray Ieronimo Oleastro, de Santo Domingo.

Fray Ieronimo Pineiro, de Santo Domingo.

Fray Ieronimo de Ramos, de Santo Domingo.

Fray Ieronimo Corrigio, de Santo Domingo.

Don Ieronimo Pereira, obispo Salinense, don Juan III.

Don Ieronimo Ossorio, historia y teología, don Juan III.

Ieronimo de Azambuja.

Ieronimo Ossorio, canónigo de Elvas.

Ieronimo Cardoso.

Ieronimo Corte-Real, poesía, don Sebastián.

Ieronimo de Mendoza, historia, don Felipe II.

Inacio de Moráís, poeta latino, don Manuel.

Iorge Coello, Poeta Latino, don Manuel.

Iorge de Lemos, historia, Felipe II.

Iorge Ferreira.

Iorge de Monte-mayor, poesía, don Sebastián.

Juan Papa XXII del nombre, en teología y en medicina.

El rey don Juan I hizo traducir los Evangelios, Epístolas, y horas de Nuestra Señora.

Don Juan de Meneses, que llaman Amadeo, don Alonso V.

Fray Juan Consobrino, de Santo Domingo, teología y derechos, don Alonso V.
 Fray Juan de Portalegre, de Santo Domingo.
 Fray Juan de Portugal, de Santo Domingo,
 Juan das Reglas, discípulo de Bartulo, don Juan I.
 Juan de Barros, el grande historiador, don Juan III.
 Don Juan Suárez, obispo de Coímbra, don Juan III.
 Juan Alonso, en leyes, don Juan III.
 Juan de Acosta, letras humanas, don Juan III.
 Fray Juan de San José.
 Juan de Lucena, de la Compañía de Jesús, historia.
 Fray Juan Bermúdez, historia.
 Juan Roiz, en medicina,
 Juan Vaz.
 Don Juan obispo de Girona, teología.
 El Doctor Juan de Barros, historia, don Juan III.

L

Laimundo Ortega, en tiempo del rey don Rodrigo, historia.
 Lope de Sousa Coutiño, historia.
 Lorenzo de Cáceres, poesía
 Don Luis, infante hijo del rey don Manuel, matemáticas
 Luis de Lemos, en medicina.
 Fray Luis de Sotomayor, de Santo Domingo, teología, Felipe II.
 Luis Álvarez, teología, don Sebastián.
 Luis de Camoens, el Poeta de Europa, don Sebastián.
 Luis Álvarez Cabral, letras humanas, don Juan III.
 Luis de la Cruz, poeta latino, don Manuel.
 Doña Leonor, hija del marqués de Villa-Real, en tiempo del rey don Manuel, no solamente tradujo (que eso aun para mujer fuera pobreza) a Sabelico, le ilustró con anotaciones.
 Luisa Sigea, en la escuela de la infanta doña María, hija del rey don Manuel, escribió en todas las lenguas que más ilustran a los doctos.

M

Manuel Correa Montenegro, historia, Felipe II.
 Manuel Álvarez, letras humanas, don Juan III, y
 Manuel Tomas, y
 Manuel de Acosta, poeta latino.
 Manuel de Acosta, en leyes, don Sebastián.
 Manuel Godiño, historia.
 Manuel de Sá, don Felipe I.
 Manuel Suárez, poesía.
 Don Manuel de Almada, obispo de Angra.
 Marco Romeo, teología, don Juan III.

Don fray Marcos de Lisboa, obispo de Oporto, historia de su religión de San Francisco, don Sebastián.

Marçal de Gouvea.

Doña María, infanta de Portugal, hija del rey don Manuel, escribió en latín, y tenía perpetuamente Academia de mujeres doctas.

Doña María, su hermana, princesa de Parma, en las matemáticas.

S. Martiño obispo de Dume.

Mendo Gómez.

Mendo Vázquez de Briteiros.

Miguel de Cabedo, poesía, don Juan III.

D. Miguel de Silva obispo.

N

Fray Nicolás Diaz, de Santo-Domingo.

Nicolao Coello.

Nuño de Acosta.

P

Paula Vicente, que llamaremos la Pola Lusitana, porque esta como la otra a Lucano su marido, ayudó a su padre Gil Vicente en sus comedias, y compuso otras.

Paulo Orosio, portugués con buenos fundamentos, natural de Braga.

Pedro Aladio, historia, en tiempo de los godos.

Don Pedro Infante, hijo del rey don Dionis, genealogías.

El rey don Pedro, poesías.

Don Pedro Infante, hijo del rey don Juan I. poesías, y tradujo a Tulio *de officiis*, y Vegetio *de re militari*.

Pedro Núñez, en las Matemáticas, don Juan III.

Fray Pedro Mártir, de Santo Domingo.

Fray Pedro Calvo, de Santo Domingo.

Pedro Enríquez, letras humanas, don Juan III.

Pedro Barbosa, el grande en leyes, don Felipe I.

Pedro de Afonseca.

Pedro de Mariz, historia, Felipe II.

Pedro de la Cruz.

Pedro Cardenal, en Medicina.

Pelayo Roiz de Vilariño, teología, don Juan III.

R

Rodrigo de Afonseca, en Medicina.

Rodrigo de Santa-Cruz, leyes, don Manuel.

Don Rodrigo de Silva, lo mismo.

Don Rodrigo de Lima.

Rui de Pina, historias, don Juan III.

S

Sebastián de Barradas, don Felipe I.

Fray Simón Coello.

T

Tomás Roiz, en medicina, don Juan III.

Fray Tomas de Acosta, de Santo Domingo.

Fray Tomas de Sousa, de Santo Domingo.

Fray Tomás de Pena, de Santo Domingo.

Tome Vaz, leyes, Felipe II.

V

Vasco Martínez de Resende, poesía, don Dionis.

Vasco de Lobeira, el que primero escribió libros de caballerías, don Fernando.

FIN DE LA CUARTA PARTE
Y DE LA OBRA

ILUSTRACIONES

GALERÍA DE LOS REYES DE PORTUGAL

Se reproducen a continuación los retratos de los monarcas portugueses que figuran en la edición del *Epítome de las historias portuguesas* publicada en 1677 en la todavía hispánica Bruselas, aunque con privilegios españoles, y también portugueses, que ya es independiente.

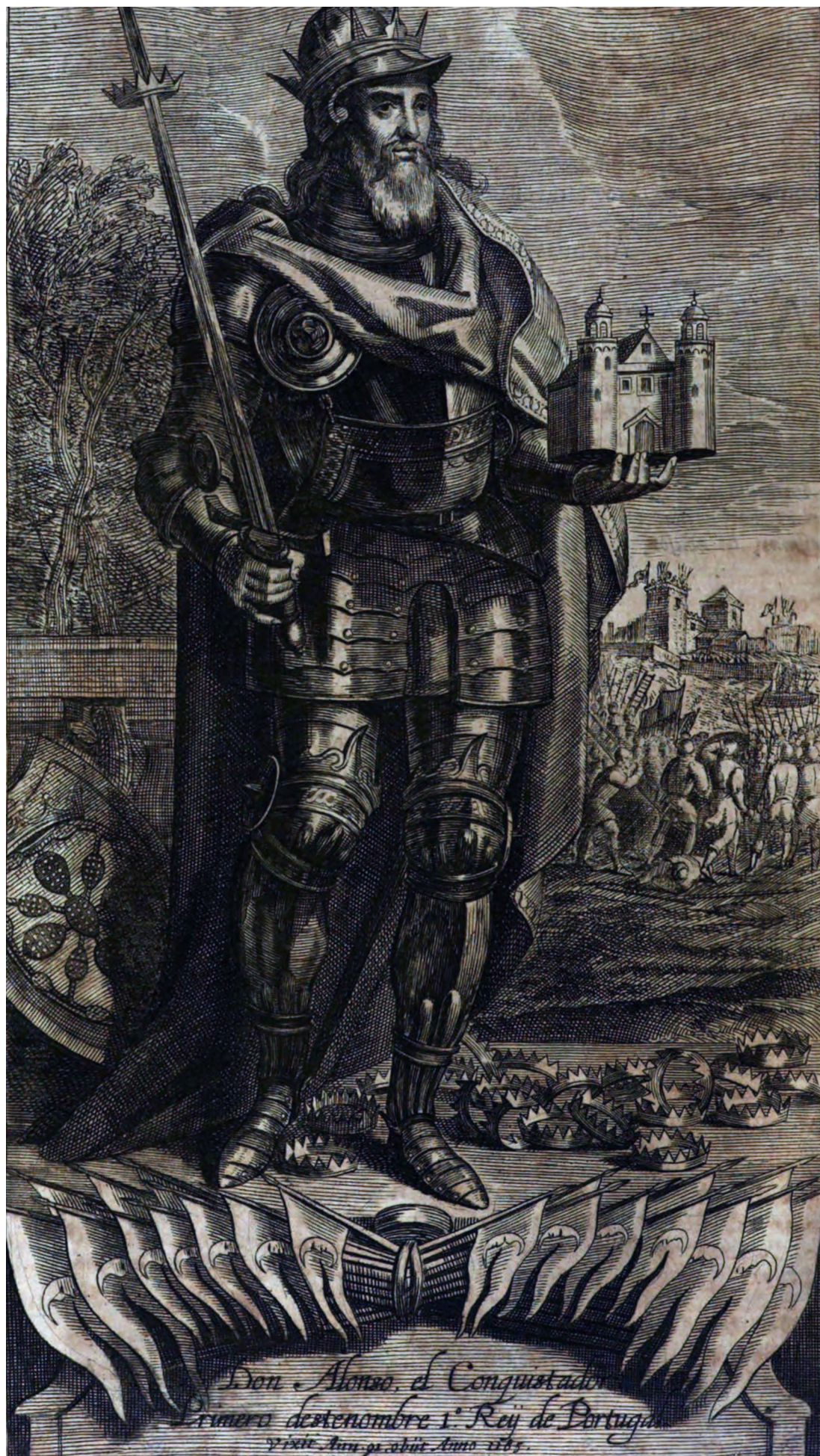
Por la coincidencia con las descripciones de Manuel de Faria en el texto, los grabados parecen corresponderse con los retratos *oficiales* que se exponían en el palacio real de Lisboa, y luego en el de Madrid. Tras describir el aspecto físico de Alfonso IV, al tratar de su reinado, Manuel de Faria escribe: «Débese crédito a esta imagen, porque él mismo se hizo retratar, y con sus antecesores: imitáronle los herederos, y están hoy en el Palacio de Madrid estos retratos originales de nuestros reyes.»

Les antecede el grabado que representa, de forma característicamente barroca, a Lusitania triunfante, flanqueada por la Fe y la Fortaleza, entronizada sobre el Orbe arrastrado por América, Europa, Asia y África. Cada una de estas personificaciones cabalga sobre el animal que se le asocia: caballo, toro, elefante y león, respectivamente.

También se reproducen las portadas de las ediciones de 1628 y 1677, y el grabado encomiástico del autor, con la enumeración de sus obras principales, tanto publicadas en vida como póstumas, que procede de *El Gran Iusticia de Aragõ Don Martin Batista de Lanuza... por Manuel de Faria i Soufa, Cav.º d la Ordẽ d Chrifto i de la Casa Real*. Madrid 1650.







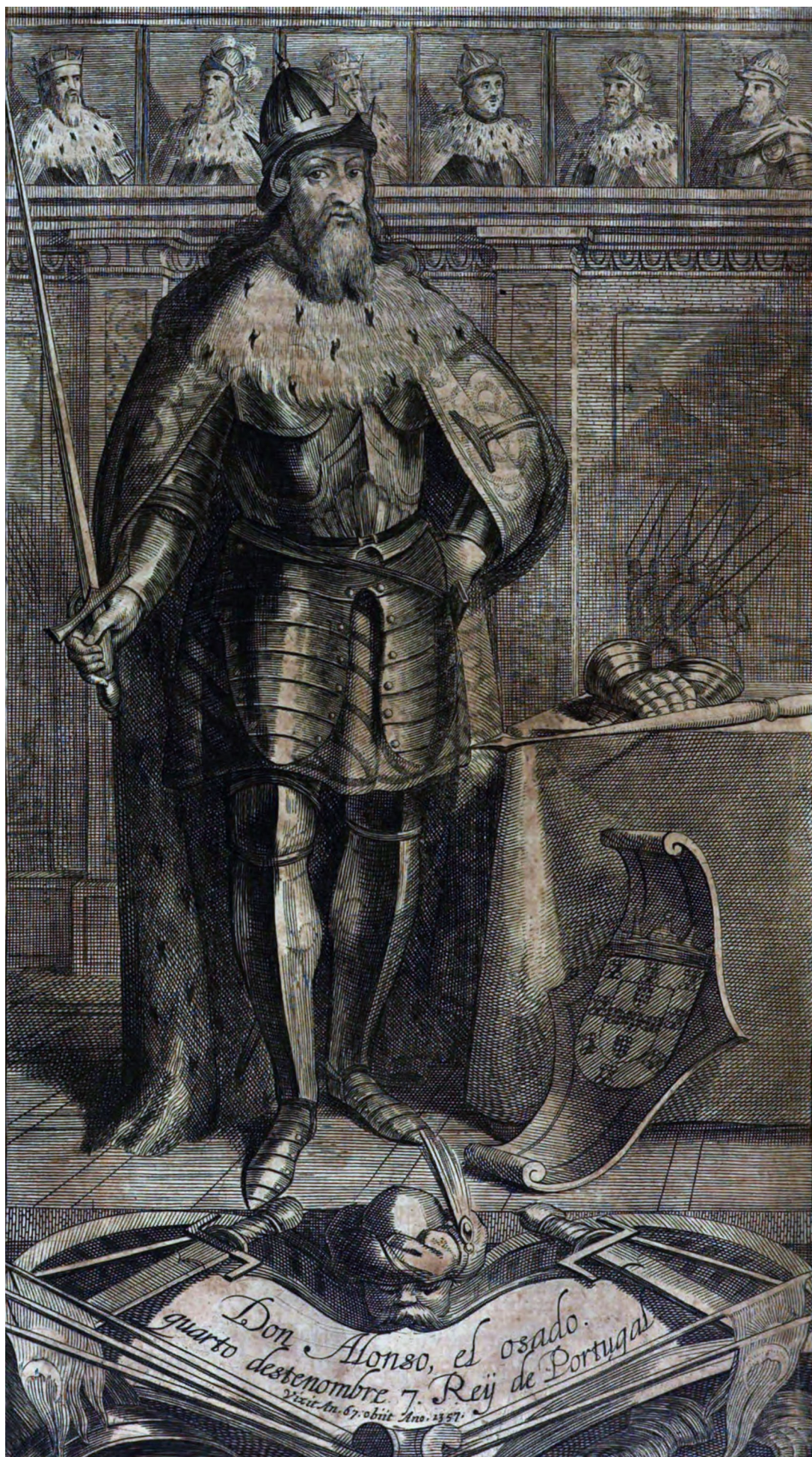




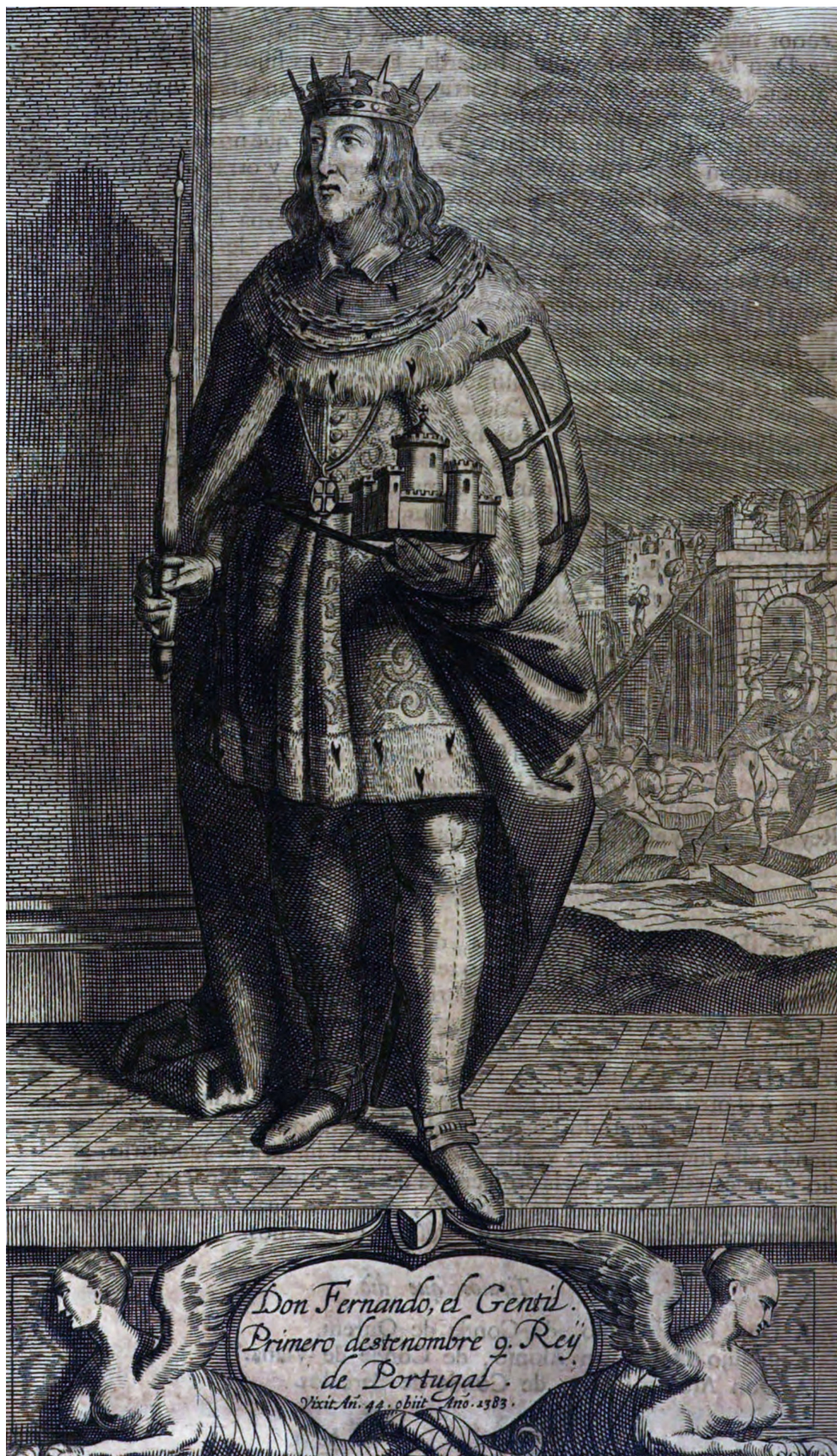
















Don Duarte, el Eloquentes.
Primero de este nombre II. Rey de Portugal.

Vixit Anno 37. obiit Año 1438.





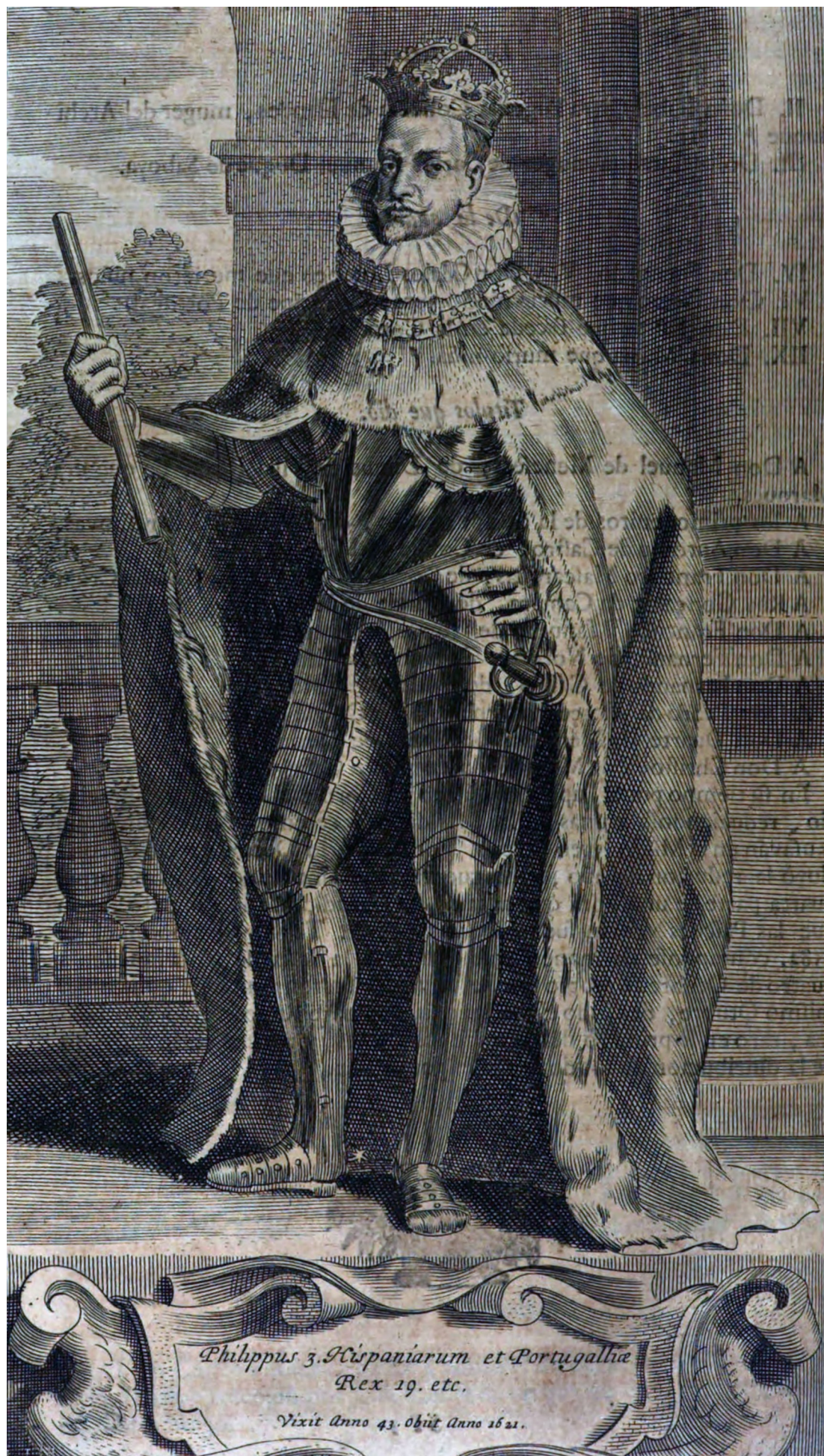














EPITOME

DE LAS HISTORIAS PORTUGUESAS.

Primero i Segundo Tomo.

Divididos en quatro Partes.

POR MANVEL DE FARIA
I SOUSA.

AL EXCEL^{NO} SEÑOR DON MANVEL DE
MOVRA CORTE-REAL MARQUES DE CASTEL-RODRIGO,
Conde de Lumiares, Comendador Mayor de la Orden de
Christo, Capitan i Governador de las islas Terceras, San
Iorge, Fayal i Pico, Grande de España, Gentil-
hombre de la Camara de su Magestad, de
su Consejo de Estado, i Veedor de
su hazienda.



CON PRIVILEGIO.
EN MADRID,

POR FRANCISCO MARTINEZ.

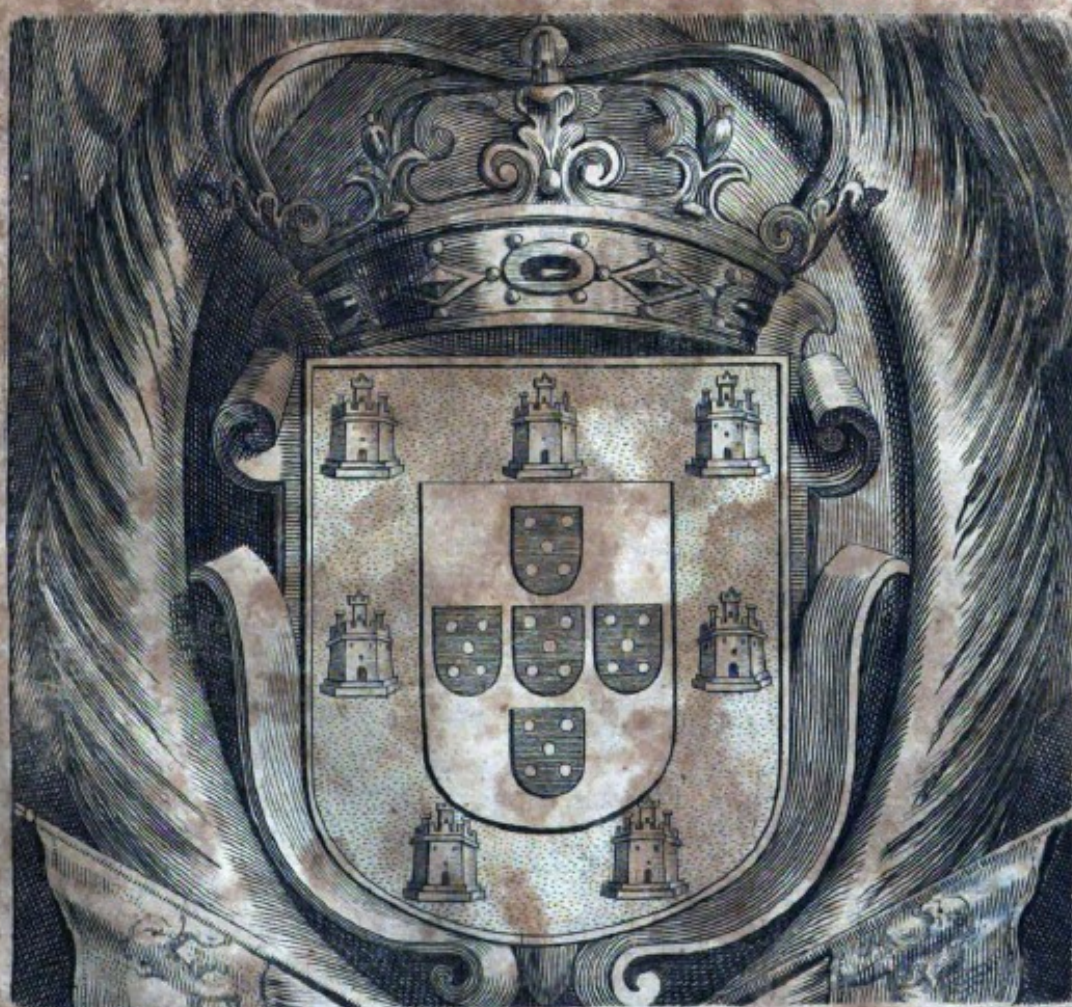
A costa de Pedro Coello, Mercader de Libros.

1628.

E P I T O M E
D E L A S
HISTORIAS
PORTUGUEVAS,

DIVIDIDO EN QUATRO PARTES:
POR MANUEL DE FARIA Y SOUSA.

Adornado de los retratos de sus Reyes con sus principales hazañas.



EN BRUSSELAS,

Por FRANCISCO FOPPENS, Impressor y Mercader de Libros. M. DC. LXXVII.



CLÁSICOS DE HISTORIA

<http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/>

- 567 Carlos Pereyra, *El mito de Monroe*. Seguido de *El crimen de Woodrow Wilson*
- 566 Johannes Scherr, *Germania, dos mil años de historia alemana*
- 565 José María Salaverría, *El instante dramático y otros artículos*
- 564 Eduardo Barriobero, *Un tribunal revolucionario. Cuenta rendida por el que fue su Presidente*
- 563 Winston S. Churchill, *La guerra civil española. Artículos y discursos 1936-1939*
- 562 Francisco Javier Simonet, *La mujer árabe-hispana y otros estudios andalusíes*
- 561 Godefroid Kurth, *¿Qué es la Edad Media? y otros artículos polémicos*
- 560 Juan Valera, *Sobre el concepto que hoy se forma de España y otros artículos*
- 559 Ramón del Valle-Inclán, *Visión estelar de un momento de guerra*
- 558 Hans Holbein el Joven, *Danza de la Muerte*
- 557 Megástenes, *La India (fragmentos)*
- 556 Beroso, *Babilonia (fragmentos) seguido del Falso Beroso de Annio de Viterbo*
- 555 Leonor López de Córdoba, *Memorias (1368-1412)*
- 554 Herrada de Lansberg, *Hortus deliciarum. Calcos de las miniaturas*
- 553 Augustin Cochin, *Las sociedades de pensamiento y la democracia en la revolución francesa*
- 552 Manetón, *Historia de Egipto (fragmentos)*
- 551 Horace Greeley, *La Administración Lincoln y la Guerra Civil (1860-1865)*
- 550 DeBow, Lagdon, Van Dyke, *Defensa de la esclavitud. Un panfleto antiabolucionista de 1860*
- 549 John L. O'Sullivan, *El destino manifiesto (artículos)*
- 548 Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia de los Incas*
- 547 Francis Yeats-Brown, *La jungla europea*
- 546 E. A. Wallis Budge, *La literatura de los antiguos egipcios*
- 545 Yevgeny Ivanovich Zamiatin, *Nosotros*
- 544 *La epopeya de Gilgamesh*
- 543 Joaquín Costa, *Reconstitución y europeización de España*
- 542 Ricardo Macías Picavea, *El problema nacional: hechos, causas, remedios*
- 541 Julio Cejador y Frauca, *Tierra y alma española*
- 540 Havelock Ellis, *El alma de España*
- 539 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los Césares*
- 538 Jacob Burckhardt, *La época de Constantino el Grande. Del paganismo al cristianismo*
- 537 Rufo Festo, *Breviario de las victorias del pueblo romano*
- 536 Lucio Cecilio Lactancio, *Cómo mueren los perseguidores*
- 535 Luis Zapata de Chaves, *Miscelánea o Varia historia*
- 534 Nicolás de Condorcet, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*
- 533 Martin Hume, *Historia del pueblo español, su origen, desarrollo e influencia*
- 532 François Plaine, *Los pretendidos terrores del año mil*
- 531 Juan Ximénez Cerdán, *Letra intimada al Justicia de Aragón*
- 530 Andrés de Mena y Francisco de Rioja, *Sobre el Conde Duque de Olivares, en su caída*
- 529 Luis Suárez, *Grandes interpretaciones de la Historia*
- 528 *La falsa vida del falsario Saavedra (relatos y refutaciones)*
- 527 Eusebio Jerónimo de Estridón, *Varones ilustres*
- 526 Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*
- 525 Pedro Mártir de Angleria, *Décadas del Nuevo Mundo*
- 524 Carlos Pereyra, *Tejas: la primera desmembración de México*

- 523 Lorenzo Zavala, *Viaje a los Estados Unidos del Norte de América en 1830*
- 522 Frances Trollope, *Costumbres familiares de los norteamericanos*
- 521 Jesse Ames Spencer, *Historia de los Estados Unidos* (2 tomos)
- 520 Benjamín Franklin, *Esclavos y razas* (1751-1790)
- 519 Alejandro Manzoni, *Historia de la Columna Infame*
- 518 Alejandro Manzoni, *Los novios. Historia milanese del siglo XVII*
- 517 Fernando Patxot, *Las ruinas de mi convento*
- 516 Marqués de Ayerbe, *Memorias sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay*
- 515 Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*
- 514 Conde de Robres, *Historia de las guerras civiles de España desde 1700 hasta 1708*
- 513 Isidoro de Sevilla, *Historia de los reyes godos, vándalos y suevos*
- 512 Ángel Salcedo Ruiz, *Contra el regionalismo aragonés* (1918-1920)
- 511 Juan Moneva y Puyol, *Disertaciones políticas* (republicanas y regionalistas)
- 510 Andrés Nin, *Las dictaduras de nuestro tiempo*
- 509 Francisco Cambó, *Las dictaduras*
- 508 Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión; los reportajes del Herald*
- 507 Guillén de Lampart, *Proclama por la liberación de la Nueva España y otros textos*
- 506 Carlos Pereyra, *La obra de España en América*
- 505 Pedro Mártir de Angleria, *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*
- 504 Juan Moneva y Puyol: *Política de represión y otros textos*
- 503 Francisco Cambó: *Un catalanismo de orden; textos 1907-1937*
- 502 Macalister y otros, *Palestina en 1911* (*Encyclopædia Britannica*)
- 501 George Robinson, *Viaje a Palestina y Siria en 1830*
- 500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*
- 499 Pere M. Rossell, *La Raza*
- 498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
- 497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
- 496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
- 495 Francisco Raull, *Historia de la conmovición de Barcelona en... julio de 1835*
- 494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscriptos*
- 493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política... y otros textos*
- 492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
- 491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*
- 490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
- 489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
- 488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*
- 487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
- 486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
- 485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
- 484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
- 483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
- 482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
- 481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
- 480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
- 479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
- 478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
- 477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
- 476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
- 475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
- 474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*

- 473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
 472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
 471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
 470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
 469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
 468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
 467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*
 466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
 465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
 464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
 463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
 462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
 461 *Los ilustrados y la esclavitud*
 460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
 459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
 458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
 457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
 456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*
 455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
 454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
 453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista* (6 tomos)
 452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
 451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
 450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y otros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
 449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
 448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
 447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
 446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
 445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
 444 Publilio Siro, *Sentencias*
 443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
 442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
 441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*
 440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
 439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
 438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
 437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*
 436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
 435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzl, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
 434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
 433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
 432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
 431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
 430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
 429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
 428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
 427 Georges Desdevise du Désert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
 426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*
 425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en Ken 1938-1939*
 424 Dolores Ibárruri "Pasionaria", *Artículos, discursos e informes 1936-1978*

- 423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
- 422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
- 421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*
- 420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
- 419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*
- 418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
- 417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*
- 416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
- 415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*
- 414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*
- 413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
- 412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
- 411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
- 410 Tertuliano, *Apologético*
- 409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
- 408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
- 407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
- 406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
- 405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*
- 404 Ángel Pulido, *Espanoles sin patria y la reza sefardí*
- 403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
- 402 George Dawson Flintner, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
- 401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
- 400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia... desde el año de 1494 hasta el de 1532 (2 tomos)*
- 399 *Anti-Miñano. Folletos contra las Cartas del pobrecito holgazán y su autor*
- 398 Sebastián de Miñano, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*
- 397 Kenny Meadows, *Ilustraciones de Heads of the people or Portraits of the english*
- 396 *Grabados de Les français peints par eux-mêmes (2 tomos)*
- 395 *Los españoles pintados por sí mismos (3 tomos)*
- 394 Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*
- 393 Joseph-Anne-Marie de Moyriac de Mailla, *Histoire generale de la Chine (13 tomos)*
- 392 Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*
- 391 José Joaquín Fernández de Lizardi, *El grito de libertad en el pueblo de Dolores*
- 390 Alonso de Ercilla, *La Araucana*
- 389 Juan Mañé y Flaquer, *Cataluña a mediados del siglo XIX*
- 388 Jaime Balmes, *De Cataluña (y la modernidad)*
- 387 Juan Mañé y Flaquer, *El regionalismo*
- 386 Valentín Almirall, *Contestación al discurso leído por D. Gaspar Núñez de Arce*
- 385 Gaspar Núñez de Arce, *Estado de las aspiraciones del regionalismo*
- 384 Valentín Almirall, *España tal cual es*
- 383 *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña (1885)*
- 382 José Cadalso, *Defensa de la nación española contra la Carta Persiana... de Montesquieu*
- 381 Masson de Morvilliers y Mariano Berlon, *Polémica sobre Barcelona*
- 380 Carlo Denina, *¿Qué se debe a España?*
- 379 Antonio J. de Cavanilles, *Observaciones sobre el artículo España de la Nueva Encyclopedia*
- 378 Eduardo Toda, *La vida en el Celeste Imperio*
- 377 Mariano de Castro y Duque, *Descripción de China*
- 376 Joseph de Moyriac de Mailla, *Cartas desde China (1715-1733)*
- 375 Dominique Parennin, *Sobre la antigüedad y excelencia de la civilización china (1723-1740)*
- 374 Diego de Pantoja, *Relación de las cosas de China (1602)*

- 373 Charles-Jacques Poncet, *Relación de mi viaje a Etiopía 1698-1701*
 372 Thomas Robert Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*
 371 Víctor Pradera, *El Estado Nuevo*
 370 Francisco de Goya, *Desastres de la guerra*
 369 Andrés Giménez Soler, *Reseña histórica del Canal Imperial de Aragón*
 368 *Los juicios por la sublevación de Jaca en el diario "Ahora"*
 367 Fermín Galán, *Nueva creación. Política ya no sólo es arte, sino ciencia*
 366 Alfonso IX, *Decretos de la Curia de León de 1188*
 365 *Codex Vindobonensis Mexicanus I. Códice mixteca*
 364 Sebastián Fernández de Medrano, *Máximas y ardidés de que se sirven los extranjeros...*
 363 Juan Castrillo Santos, *Cuatro años de experiencia republicana 1931-1935*
 362 Louis Hennepin, *Relación de un país que... se ha descubierto en la América septentrional*
 361 Alexandre Olivier Exquemelin, *Piratas de la América*
 360 Lilo, Tono y Herreros, *Humor gráfico y absurdo en La Ametralladora*
 359 Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*
 358 *Revolución y represión en Casas Viejas. Debate en las Cortes*
 357 Pío Baroja, *Raza y racismo. Artículos en Ahora, Madrid 1933-1935*
 356 Diego de Ocaña, *Ilustraciones de la Relación de su viaje por América del Sur*
 355 Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*
 354 Rafael María de Labra, *La emancipación de los esclavos en los Estados Unidos*
 353 Manuel de Odriozola, *Relación... de los piratas que infestaron la Mar del Sur*
 352 Thomas Gage, *Relación de sus viajes en la Nueva España*
 351 De la Peña, Crespí y Palou, *Exploración de las costas de la Alta California (1774-1799)*
 350 Luis de Camoens, *Los lusíadas*
 349 Sabino Arana, *Artículos de Bizkaitarra (1893-1895)*
 348 Bernardino de Sahagún, *Las ilustraciones del Códice Florentino*
 347 Felipe Guamán Poma de Ayala, *Ilustraciones de la Nueva Crónica y Buen Gobierno*
 346 Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España*
 345 Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*
 344 Tomás de Mercado y Bartolomé de Albornoz, *Sobre el tráfico de esclavos*
 343 Herblock (Herbert Block), *Viñetas políticas 1930-2000*
 342 Aníbal Tejada, *Viñetas políticas en el ABC republicano (1936-1939)*
 341 Aureger (Gerardo Fernández de la Reguera), *Portadas de "Gracia y Justicia" (1931-1936)*
 340 Paul Valéry, *La crisis del Espíritu*
 339 Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarrojas*
 338 *Cartas de particulares sobre la rebelión de Cataluña (1640-1648)*
 337 Alejandro de Ros, *Cataluña desengañada. Discursos políticos*
 336 Gaspar Sala, *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*
 335 *La Flaca. Dibujos políticos de la primera etapa (1869-1871)*
 334 Francisco de Quevedo, *La rebelión de Barcelona ni es por el huevo ni por el fuero*
 333 Francisco de Rioja, *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*
 332 Gaspar Sala y Berart, *Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande*
 331 François Bernier, *Nueva división de la Tierra por las diferentes especies o razas humanas*
 330 Christoph Weiditz, *Libro de las vestimentas (Trachtenbuch)*
 329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y sunna*
 328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis. Mapas y vistas urbanas*
 327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas. Prólogos de Lo gayter del Llobregat*
 326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*
 325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*
 324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*

- 323 Baronesa D'Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
- 322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
- 321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*
- 320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
- 319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*
- 318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II* (4 tomos)
- 317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos* (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)
- 316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
- 315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo* (Anti-Kautsky)
- 314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
- 313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano* (artículos y discursos, 1930-1932)
- 312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
- 311 Teofrasto, *Caracteres morales*
- 310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry* (Selección de las miniaturas)
- 309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
- 308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum* (selección de los grabados)
- 307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
- 306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
- 305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
- 304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
- 303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
- 302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg* (3 tomos)
- 301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
- 300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia* (2014-2018)
- 299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
- 298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
- 297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
- 296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra...* (1793-1795)
- 295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
- 294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
- 293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
- 292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
- 291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
- 290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
- 289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
- 288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
- 287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
- 286 Miguel Serviá († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
- 285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
- 284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
- 283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
- 282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
- 281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
- 280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
- 279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
- 278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
- 277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
- 276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
- 275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
- 274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*

- 273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
 272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
 271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
 270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
 269 Homero, *La Odisea*
 268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
 267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
 266 *El orden público en las Cortes de 1936*
 265 Homero, *La Ilíada*
 264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
 263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
 262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
 261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
 260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
 259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
 258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
 257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
 256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
 255 Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*
 254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
 253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario Ahora del 16 de febrero de 1934*
 252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
 251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
 250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
 249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
 248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
 247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania... en el año de 1546 y 1547.*
 246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
 245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
 244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
 243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
 242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
 241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
 240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
 239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
 238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
 237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
 236 Platón, *Las Leyes*
 235 Baltasar Gracián, *El Político Don Fernando el Católico*
 234 León XIII, *Rerum Novarum*
 233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
 232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguæ latinæ exercitatio*
 231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
 230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
 229 *Concilio III de Toledo*
 228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
 227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
 226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
 225 José Echegaray, *Recuerdos*
 224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*

- 223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
- 222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
- 221 *El Corán*
- 220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
- 219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
- 218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
- 217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
- 216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
- 215 *Textos de Historia de España*
- 214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
- 213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
- 212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
- 211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
- 210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
- 209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
- 208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
- 207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
- 206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
- 205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
- 204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
- 203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
- 202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
- 201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón (4 tomos)*
- 200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
- 199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o... de la guerra contra los indios.*
- 198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
- 197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
- 196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
- 195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
- 194 Platón, *Critias o la Atlántida*
- 193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
- 192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
- 191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
- 190 Tomás Moro, *Utopía*
- 189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
- 188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
- 187 Cayo Veleyo Patérculo, *Historia Romana*
- 186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
- 185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
- 184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
- 183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
- 182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
- 181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
- 180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
- 179 Platón, *La república*
- 178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
- 177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
- 176 Dante Alighieri, *La monarquía*
- 175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
- 174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*

- 173 Aristóteles, *La política*
- 172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
- 171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
- 170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
- 169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
- 168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
- 167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
- 166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
- 165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
- 164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
- 163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
- 162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
- 161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
- 160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
- 159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
- 158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico... hasta la época presente* (cuatro tomos)
- 157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
- 156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
- 155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
- 154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
- 153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
- 152 Luis Astrana Marín, *Gobernaré Lerroux*
- 151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
- 150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
- 149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
- 148 José María Blanco White, *Autobiografía*
- 147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
- 146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
- 145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
- 144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
- 143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
- 142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
- 141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
- 140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
- 139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
- 138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
- 137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
- 136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
- 135 *Códigos de Mesopotamia*
- 134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
- 133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
- 132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
- 131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
- 130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
- 129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
- 128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
- 127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
- 126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
- 125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
- 124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*

- 123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España*. Versión de Hinojosa
- 122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
- 121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
- 120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
- 119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
- 118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
- 117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
- 116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
- 115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
- 114 *Crónica de San Juan de la Peña*
- 113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
- 112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
- 111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
- 110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
- 109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
- 108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
- 107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
- 106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
- 105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
- 104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
- 103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
- 102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
- 101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
- 100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
- 99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
- 98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
- 97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
- 96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
- 95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
- 94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
- 93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
- 92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
- 91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
- 90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
- 89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
- 88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
- 87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
- 86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
- 85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
- 84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
- 83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
- 82 Pomponio Mela, *Corografía*
- 81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
- 80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
- 79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
- 78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
- 77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
- 76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
- 75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
- 74 Egeria, *Itinerario*

- 73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
- 72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
- 71 Roque Barcia, *La Federación Española*
- 70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
- 69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus* (de Al-Bayan al-Mughrib)
- 68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
- 67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
- 66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
- 65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
- 64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
- 63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
- 62 Conde de Romanones, *Notas de una vida* (1868-1912)
- 61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
- 60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
- 59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
- 58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
- 57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
- 56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
- 55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
- 54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
- 53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
- 52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
- 51 *Historia Silense, también llamada legionense*
- 50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
- 49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
- 48 *Anales Toledanos*
- 47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
- 46 George Borrow, *La Biblia en España*
- 45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
- 44 Charles Fourier, *El falansterio*
- 43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
- 42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
- 41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
- 40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
- 39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
- 38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
- 37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
- 36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
- 35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
- 34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
- 33 Carlos V, *Memorias*
- 32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
- 31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
- 30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
- 29 Plutarco, *Vidas paralelas*
- 28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
- 27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
- 26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
- 25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
- 24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*

- 23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
- 22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
- 21 *Crónica Cesaraugustana*
- 20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
- 19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
- 18 Juan de Biclaro, *Crónica*
- 17 *Crónica de Sampiro*
- 16 *Crónica de Alfonso III*
- 15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
- 14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
- 13 *Crónica Albeldense*
- 12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
- 11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
- 10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
- 9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
- 8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
- 7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
- 6 Idacio, *Cronicón*
- 5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
- 4 *Ajbar Machmuâ*
- 3 *Liber Regum*
- 2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
- 1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)